



LA CAÍDA DE UNA DIVA

RAÚL GARBANTES

LA CAÍDA DE UNA DIVA
RAÚL GARBANTES

EL ASESINO DEL LAGO
RAÚL GARBANTES

MIRADA OBSESIVA
RAÚL GARBANTES

Colección de Misterio y Suspense

Tomo I

Raúl Garbantes

Copyright © 2017 Alba Digital Publishing.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Alba Digital Publishing
info@albadigitalpublishing.com

Acerca de Raúl Garbantes:

Facebook: <https://facebook.com/autorraulgarbantes>

Twitter: <https://twitter.com/raulgarbantes>

Amazon: <https://amazon.com/author/raulgarbantes>

Contenido

La Caída de una Diva

El Asesino del Lago

Mirada Obsesiva

Notas del autor

Otras obras del autor

La Caída de una Diva

(Serie de los detectives Goya y Castillo n° 1)

CAPÍTULO 1

Nunca se imaginó que moriría de esta forma. Lo cual, ahora, mientras su rostro se enrojece e hincha por la presión ejercida sobre el cuello, le parece fatalmente irónico. ¿Cuántas veces —y de cuántas maneras— no había muerto ya, sobre las tablas, o en un escenario, ante una cámara? Podría contarlas, pero no es el tipo de cosa que uno hace mientras es asesinado. Había muerto envenenada en el momento menos esperado, había muerto apuñalada por la espalda, también por un disparo, mientras protegía al amor de su vida... La lista no era precisamente corta.

Forcejea, intentando aliviar, así sea solo un poco, la fuerza que la ahoga. Se mueve de un lado a otro, con fuerza estrella a quien la ataca contra una pared, se quiebra un espejo, se cae un jarrón. Finalmente es elevada y cae de espaldas, sobre el atacante, quien no la suelta.

Ya era suficientemente difícil dominar su mente en condiciones normales. Aunque “normal” quizá no sea la palabra. A menos que sea la normalidad de los que beben directamente de la dorada ubre de la fama y el éxito. Incluso ahí, cuando todo parece estar bien, cuando uno creería que no hay nada de qué preocuparse... Si la vida no te da problemas, una misma se los inventa. Pero la gente sigue creyendo que una es intocable, una fortaleza impenetrable e invulnerable. Y así, la gente te sigue adorando. Pretender es un arte que nunca pasa de moda. Los actores lo saben de sobra. Más aún, las mujeres, las actrices. Vaya que sabemos sobre apariencias y vaya que sabemos sobre fingir. Conservar la figura, mantener la piel hidratada, hacerle creer que lo amas, cuando en verdad tu corazón se ahoga de amor por otro hombre. Pero actuar no es fingir, ni mucho menos pretender. Actuar es tener el permiso, la aprobación, para estar loca. Una demencia enmarcada, como un cuadro de Vincent van Gogh, o de Munch.

El brazo que envuelve su cuello redobla la fuerza. Lo aprieta un poco más. Su boca se abre y de ella salen sonidos extraños. Es imposible moverse. Desde el suelo, puede ver un lápiz labial todavía rodando, mientras mueve sus brazos, tratando de defenderse. Ahora siente el agua mojando la planta de sus pies, que se deslizan, buscando inútilmente un punto de apoyo. Piensa en sus flores. Aunque su vida se va apagando, sigue esperando que alguien grite “¡Corten!”, o “¡Otra vez, desde el comienzo!”. Que el director salga encabronado a reñirles porque hay un detalle de la escena que se les ha escapado, que no tiene vida, que no es verosímil. Curioso evento, la muerte: a la vez, lo único verdaderamente seguro, cierto, y por ello, real; y también, lo más inverosímil, lo que nadie termina de creerse.

Tampoco se imaginó que morir se sentiría así, realmente. Actuar no es fingir ni pretender, pero tampoco es la vida. Vida imitando vida, si acaso. Pero solo un fragmento, como el trocito de un espejo roto, el espejo donde se miran las celebridades. Varias veces visitó a personas que agonizaban para estudiarlas, grabar sus gestos, sus contorsiones. También miró grabaciones de suicidios asistidos. Se tomaba en serio su carrera. Quería llegar lejos, más lejos que nadie. Y lo estaba logrando. Pero ahora se encontraba en el umbral definitivo. Quien lo cruza nunca vuelve. Y si bien alguna de esas muertes fingidas le mereció el galardón de los críticos y la alabanza de sus colegas, nada de eso, absolutamente nada, la preparó para esto, para esta desesperación. El aire se acaba, sus fuerzas se escapan. El camerino se va despojando de sus vivos colores. “Aunque sea muero como una mujer de Hitchcock”, piensa. El espejo donde se miran las celebridades es el mismo donde se miran las personas corrientes, las que nadie conoce, las que nadie recordará. Pero ven cosas distintas. Las últimas ven deseos, y las primeras, la ilusión de su satisfacción.

Si tan solo hubiera una cámara grabando esto. Qué importa morir, qué importa el crimen, qué importa el culpable. Pero la escena, esta escena... Qué perfecta es. O si al menos hubiera espectadores. Aunque sea uno. En fin, alguien que viera este *performance*. Sin duda se le pondría la piel de gallina, su corazón latiría rápido, respiración entrecortada. Si esta fuera la

escena final de la película, en el cine, no faltaría la mujer que tratara de esconderse tras su pareja, horrorizada. Y al finalizar, se levantaría de su butaca y aplaudiría. Con suerte, con lágrimas en los ojos. Las lágrimas (o las risas) de los espectadores son el verdadero premio. Cómo le hubiera gustado dirigir. Cine o teatro, o ambas. Acaso pueda permitirse esa fantasía ahora que todo llega a su fin.

La escena transcurre en silencio, las luces se van apagando y solo queda la principal, que los ilumina a ellos, los actores de la escena.

Sus brazos caen a los lados, sus piernas ya no se mueven.

Deja ir su último aliento.

Sus ojos quedan abiertos.

Fuera luces.

Telón.

CAPÍTULO 2

Era de noche cuando llegó a la capital.

Llovía. No era una lluvia fuerte, pero era constante. No paraba y tampoco parecía aumentar o disminuir un ápice, como un mantra. La estación estaba atestada de gente de todos los tamaños, de todos los colores, de todas las edades; atestada de sonidos, risas, gritos, madres regañando a niños que lloran, hombres peleando por teléfono. Y sin embargo, el conjunto le daba la impresión de un movimiento controlado, sin exabruptos mayores. No se imaginó que hubiera tantas personas en medio de la semana. Pero suponía que así debía ser siempre en la capital. Al salir sintió el alivio del aire fresco, e incluso agradeció la lluvia mientras salía a la calle principal para pedir un taxi.

Cuando llegó uno, el hombre no pudo ocultar su sorpresa al ver el poco equipaje que llevaba.

—¿Eso es todo? —le preguntó.

—Sí —respondió ella, con parquedad.

Era claro que no era primera vez que estaba en la capital. No solo dijo al taxista a dónde se dirigía —una pensión de una señora entrada en años, barata, donde se quedaría provisoriamente— sino que también dio indicaciones sobre cuáles vías tomar para llegar más rápido. Sin embargo, la lluvia entorpecía todos los caminos, conocidos o desconocidos. El taxista trataba de hacer conversación para aliviar la pesadez del tráfico. Pero ella solo respondía con sonidos escuetos, lo mínimo necesario para hacer entender que estaba allí, que oía sus palabras. Realmente no le prestaba atención, pero esto al hombre le venía sin cuidado. Después de todo, no le preguntaba nada sobre ella. Ignoraba que, en realidad, ella no era de la capital y sería la primera vez que viviría en ella.

En su mente, repasaba lo que haría al llegar a la pensión. Seguramente tendría que intercambiar varias palabras con la dueña, contarle de dónde venía, cuánto tiempo pensaba permanecer, es probable que le ofreciera algo de tomar. Un té, probablemente, para recibirla en una noche lluviosa y fría como esta. Solo esperaba no perder mucho tiempo en esas minucias. Luego subir a su habitación—sería ideal tener al menos dos opciones—, ordenar sus contadas pertenencias y, de ser posible, enterarse de las noticias de la noche. Esto era lo que más le interesaba y se podía decir que todo lo anterior era solo algo por lo que había que pasar.

De sus pensamientos la sacaron voces de protesta y gritos de consignas. Esta era, precisamente, la razón por la cual le interesaban las últimas noticias de la noche. A lo largo de la última semana, habían muerto tres personas pertenecientes a minorías étnicas a manos de la policía. Los hechos habían sido grabados por testigos que, por alguna razón u otra, se encontraban en el lugar. Y a juzgar por la evidencia, las muertes eran totalmente injustificadas. Ella sabía que había defectos en el funcionamiento de la policía, que había oficiales corruptos. También sabía que esto ocurría desde siempre, pero nadie quería aceptarlo. Todos querían creer la mentira de que no existían el racismo, el sexismo ni la homofobia. Ni hablar de la comunidad transgénero. Y lo peor era que, en su mayoría, estos abusos de fuerza eran realizados por hombres blancos. Ahora mismo puede observar a unos oficiales que tratan de quitarle una pancarta a un grupo de mujeres. Oficiales blancos, mujeres negras. Esto puede ponerse feo. Decide quedarse en el lugar, así que le pregunta al taxista cuánto le debe, paga y se baja del auto.

Al acercarse más a la escena, puede distinguir lo que dice el cartel. “Un policía muerto no puede matarnos”, en grandes letras blancas. Ahora advierte que los oficiales se ponen más agresivos y las mujeres empiezan a alzar más la voz. Decide apurar el paso.

—¡Oficiales! —grita, con firmeza— Dejen a las mujeres. No están haciendo nada.

Estos voltean y por un momento se dejan distraer por su sutil atractivo.

—Mantente fuera de esto, bombón —le dice uno—. Sabemos lo que hacemos.

Al ver que la ignoran, se acerca un poco más y deja sus cosas en el suelo. Uno de los oficiales voltea y trata de ponerle una mano encima. Ella, que ya se lo esperaba, lleva una de sus manos al bolsillo, mientras con la otra toma la muñeca del oficial, aplicándole una llave con un movimiento casi imperceptible. Mientras el hombre es reducido, los otros voltean y la observan mostrando una identificación.

—Inspectora Castillo —ella les dice—. ¿Quieren una denuncia por abuso de fuerza ante el comandante Sotomayor? Se la puedo hacer llegar directamente, ya mismo.

Las mujeres, por su parte, permanecían atónitas, no solo por la escena sino porque su protagonista era blanca. La inspectora suelta al oficial mientras los otros tratan de retomar la compostura.

—¿Y? —continuó— ¿Vamos a tener problemas? ¿Más problemas de los que ya tenemos?

Los oficiales respondieron negativamente y se retiraron, regresando al cordón de seguridad. Las mujeres se acercaron para celebrarla pero ella las detuvo inmediatamente con un gesto.

—Ahórrense el gesto, no hay nada que celebrar —les dijo—. Solo esperemos que nadie las mate a ustedes —entonces, señaló la pancarta— y que nadie me mate a mí.

Tomó sus cosas del suelo y se retiró un poco del bullicio, dirigiéndose a una tienda. Al entrar, el encargado la miró con cierta preocupación.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, viendo a una mujer joven acelerada— ¿Tuvo que correr de ese desorden?

No había reparado completamente en ello, pero el breve altercado la había dejado sudando, con el corazón acelerado y algo nerviosa. Todavía no podía evitar ese tipo de reacciones en su cuerpo.

—Estoy bien —dijo, como si nada—, soy de la fuerza. Deme un agua mineral, por favor.

El hombre hizo un gesto para excusarse y le entregó el agua.

—No se preocupe —le dijo—. Va por la casa.

Ella lo miró a los ojos un instante, contrariada. Luego sacó algo de dinero.

—Le agradezco —le dijo ella, mientras se lo entregaba—, pero prefiero pagar como cualquier otra persona.

El hombre volvió a hacer un gesto parecido, un poco más afectado que el anterior. Ella, no queriendo muy antipática, decidió preguntarle algo.

—¿Ha estado muy agitada la manifestación? —preguntó— Yo acabo de llegar.

—La verdad, todo estaba transcurriendo pacíficamente, pero hace poco se dieron a conocer noticias de otra muerte. Esta vez fue una transgénero, en San Isidro.

—Mierda... —alcanzó a decir.

Abrió la botella y bebió con vehemencia. Después del trago, dejó salir una exhalación de gran satisfacción. En eso escuchó que llegaba una llamada a su teléfono celular. Dejó la botella de agua en una mesa cercana y comenzó a palpar su saco para ubicar el teléfono. Lo sacó y miró la pantalla, que mostraba el nombre Carlos Sotomayor. Le pareció extraño que el jefe la llamara. No la esperaban sino hasta mañana en el departamento de policía.

—Comandante, aquí Aneth Castillo —dijo.

—Inspectora Castillo —respondió el hombre, con un tono muy neutral—, primero que nada, permítame felicitarle por su promoción a inspectora. Y también por la transferencia a la capital.

—Muchas gracias, comandante. Me siento muy afortunada de haberla obtenido.

—La fortuna nos ayuda muy poco en este trabajo, inspectora. Prefiero la versión de los colegas que me dicen que se tiene bien merecida esa promoción.

—Trabajo muy duro —dijo ella, casi vacilante— y me gusta mi trabajo, señor.

—Eso es lo que quiero escuchar. Es lo que necesitamos. Sobre todo ahora. Me imagino que estará al tanto de la situación aquí en la capital.

—Precisamente, acabo de llegar a la ciudad, señor.

—Entonces ya habrá visto el circo.

—Sí, señor.

—Por culpa de unos pendejos nos van a cagar la fuerza. Y también ese maldito doctor Malewski, entrenando muchachos para que disparen primero, que luego él mismo responde las preguntas.

—Es muy lamentable, señor.

—Pues, inspectora, no pudo llegar en mejor momento. La necesito ya mismo. Teatro Imperial. Llegue cuanto antes.

La llamada había terminado y Aneth se quedó viendo su maleta y el morral. Mujer prevenida vale por tres. Pedro, su padre, siempre se lo decía, viaja mejor quien va más liviano. Tomó sus cosas, le dio las buenas noches al encargado y salió de la tienda. Mientras caminaba para conseguir un taxi, recibió un mensaje en su celular. Lo revisó. Era Vicente, preguntándole cómo había llegado. Guardó el celular pensando en responderle luego.

CAPÍTULO 3

Había varios autos estacionados en la entrada del Teatro Imperial. Dos de ellos eran patrullas. Un modesto cordón policial mantenía los curiosos a raya, haciendo preguntas, diseminando rumores. La estructura del edificio no era impresionante, al menos no por su tamaño. Sin embargo, parecía tener mucho tiempo de construido. Y esto, sin duda, le daba un encanto único. Aunque conocía la capital un poco, había muchos lugares que aún le faltaba descubrir a la inspectora Castillo. Después de mostrar su identificación a unos oficiales, entró al edificio.

La antesala era ovalada, de techo alto y muy espaciosa. A los lados se levantaban escaleras que llevaban al segundo nivel. Al frente, la entrada principal a la sala y, bajo las escaleras, aparecían entradas más pequeñas que, se imaginó ella, llevarían a pasillos laterales que rodeaban el teatro. Cerca de las puertas de la sala dos oficiales parecían escuchar a un hombre que debía de tener la misma edad que ella, o cercana. El hombre era atractivo y parecía tener un estado físico óptimo. Pensó que seguramente sería un actor de teatro y luego pensó que era muy probable que un cuerpo hubiera sido encontrado en el teatro. Las puertas de la entrada principal permanecían abiertas y era por donde circulaban las pocas personas que había. Al cruzar el umbral, se mostró a sus ojos el espacio deslumbrante del teatro en sí: las largas filas de butacas que llegaban hasta la tarima, el techo que se elevaba con soberbia, los otros tres niveles con palcos.

A medio camino entre ella y la tarima, en el pasillo central, un hombre gordo y calvo parece haberse dado cuenta del asombro con que mira las instalaciones del teatro. El hombre deja a un grupo de oficiales que hablan con uno que parece extranjero y se acerca a ella.

—Castillo, pensaba que nunca llegaría —dijo Sotomayor.

—Lo siento, señor. El occidente de la ciudad está muy congestionado.

—Sígame, inspectora —dice, volteando para caminar hacia la tarima, pero se detiene un momento—. Puede dejar sus cosas con esos oficiales.

El comandante retoma el paso hacia la tarima. Aneth deja sus cosas con los oficiales, que parecen no haberle prestado atención mientras escuchan al otro que, ahora que Aneth lo ve de cerca, confirma que sus rasgos son caucásicos. Luego apura un poco su ritmo para alcanzar al comandante. Más adelante, bordean la tarima y suben por unas escaleras de madera. El comandante, entonces, se para en medio de la tarima y, con un gesto, le indica que se acerque. Cuando llega a su lado, el comandante estira el brazo hacia las butacas, como pidiéndole que observe el lugar desde donde están. Entonces, ella gira su cuerpo en la dirección respectiva y mira el cuadro.

—Impresionante, ¿no? —le dice el comandante.

—Lo es, señor —responde ella—. Cuando llegué y vi el teatro desde afuera, no parecía tan grande.

—Lleva alrededor de un siglo de haber sido construido. Claro, todos los edificios de alrededor son mucho más modernos. Y mucho más grandes también. Hay que imaginárselo hace cien años, con edificaciones de una sola planta, en su mayoría, quizá algunas de dos, si acaso unas pocas de tres... Es solo cuando uno observa el teatro desde aquí que uno entiende porque lleva el nombre que lleva.

—Tiene mucha razón en todo lo que dice, comandante. Pero ¿por qué me muestra esto?

—Quiero que se imagine —respondía Sotomayor— el furor que debe sentir alguien que observa a cientos de personas, ubicadas en cada una de las butacas de cada nivel que usted observa frente a sí, inspectora, y también en los palcos; quiero que se imagine, como le decía, a todas esas personas levantadas de sus asientos, aplaudiendo, aclamando, gritando “bravo”, a alguien parado en el lugar preciso donde usted se encuentra... Imagínesse que es usted misma,

que acaba de dar un recital, o que acaba de finalizar la última escena de una obra de teatro y suben el telón y experimenta semejante ovación. ¿Qué cree que sentiría?

—La verdad —dijo ella, después de pensar un momento—, no sabría decir lo que sentiría. Supongo que algo muy intenso. Poder, quizá.

—Después de vivir algo así uno podría sentir que es capaz de hacer cualquier cosa, ¿cierto?

—Correcto.

Sotomayor entonces se dirigió tras bastidores. Con un gesto, le pidió a la inspectora que lo siguiera. Al abandonar el escenario se adentraron en los pasillos que llevan a los camerinos. Ella había estado muy pocas veces en una sala de teatro y ninguna tras bastidores. Le sorprendió que detrás de escena se escondieran tantas ramificaciones. Por un momento, se sintió que entraba en un laberinto. A lo lejos, escuchaba un llanto. Parecía el llanto de una mujer.

—Esta noche, hace algo más de una hora, se encontró el cadáver de una actriz, rubia, veinticinco años, en su propio camerino. Debe saber de quién se trata. Se había convertido en toda una celebridad recientemente. Paula Rosales. ¿Sabe de quién le hablo?

—Claro —dijo Aneth, tratando de mostrarse más sorprendida de lo que realmente estaba—. ¿No aparecía ella en esa película que hace poco fue ganadora en no sé qué festival?

—Cannes. ¿No va mucho al cine, inspectora?

—No realmente, señor.

—Lástima. Le hubiera podido venir útil.

Cuando empezaron a atravesar el pasillo de los camerinos, Aneth pudo observar la fuente del llanto, que ya había disminuido en intensidad y ahora solo eran sollozos que se mezclaban con una respiración entrecortada y palabras sueltas. En uno de los camerinos, dos oficiales trataban de calmar a una mujer con una apariencia sumamente delicada y linda. También se veía destrozada. Siempre le había impresionado lo femenina que podían ser algunas mujeres, siempre preocupadas porque el maquillaje no se les corra, atentas a su apariencia, usando cualquier cantidad de productos para mantener en perfecto estado sus pieles, sus cabellos, sus cuerpos en general. Sobre todo comparándose a sí misma, que creció aprendiendo sobre el funcionamiento de los autos, los deportes y las caras de póker.

—Ella fue quien descubrió el cuerpo —dijo Sotomayor, mientras esperaba por ella—. Ya llegará el momento de escuchar su declaración. Primero lo primero.

Unas puertas más allá, casi al final del pasillo, un oficial custodiaba lo que parecía ser el camerino principal. Cada tanto, la ráfaga de un flash salía desde adentro. Aunque Aneth ya llevaba algo más de ocho años en la fuerza y aunque ya había visto varios cadáveres en su vida, era la primera vez que vería uno como inspectora. Sotomayor la esperaba en la entrada.

—Después de usted —dijo, mientras con un gesto la invitaba a pasar.

CAPÍTULO 4

En el centro del camerino yacía el cuerpo de una mujer que parecía exactamente de veinticinco años. Si acaso, veinticuatro o veintiséis, cuando mucho. Sus ojos permanecen abiertos, mirando el techo, y su rostro conserva una expresión que parece de horror. La mujer apenas tiene ropa encima. La que tiene deja ver un cuerpo muy bien conservado y que, seguramente, fue la envidia de muchas. Un charco modesto de agua moja parte de los pies y las pantorrillas del cadáver. Hay flores esparcidas por el piso y también trozos de cerámica. El espejo del camerino está roto. El vestuario está alborotado, hay prendas y zapatos dispersos por el camerino. El forense termina de examinar el cadáver y tomarle fotos.

Por un momento, los que se encontraban en el camerino suspendieron sus actividades al ver entrar a una mujer joven, alta, blanca, de cabello negro, largo pero recogido, que se mostró imperturbable ante la atención que todos ellos le dirigían, mientras examinaba con atención cada uno de los espacios y detalles de la habitación, como tratando de grabar cada detalle. No eran muchas las mujeres que había en la fuerza (aunque aumentaban cada día). Y, ciertamente, muy pocas como ella. Por no decir ninguna.

—A ver, caballeros —dijo Sotomayor—. Sí, acaba de entrar una mujer, disimulen un poco. Es la inspectora Castillo, recién salida del horno y recién llegada de Aborín a nuestro pequeño infierno de Sancaré. Vuelvan a lo suyo. ¡Vamos!

Una vez el comandante hubo roto el encanto, el lugar retomó su dinámica previa. El forense, que sin embargo nunca se distrajo de sus actividades, parecía que había terminado su tarea, por el momento. Se levantó y acercó a ellos.

—¿Y esta criatura —dijo el hombre— es la que usted escogió para sustituir al jefe Goya, comandante?

Castillo se mostró confundida y por un instante observó a Sotomayor.

—Esta criatura —dijo el último—, como usted dice, Márquez, fue la que resolvió el caso de la niña Castro. Y entonces era patrullera. Ahora, ¿por qué no me dice algo útil?

—Bien —dijo Márquez, como retractándose—, todo parece indicar que la estrangularon. Pero es obvio que los detalles todavía no se los puedo dar con certeza. Para ello debo llevarme el cuerpo y practicar la autopsia. Sus pertenencias parecen intactas. Es decir, no se llevaron su cartera ni sus tarjetas. No hay dinero en la cartera, eso sí.

El doctor Márquez observa a la inspectora, mirando el cadáver.

—¿Desea echarle un vistazo antes de levantarlo, inspectora?

Castillo asiente y comienza a moverse dentro del camerino. El comandante y el doctor salen, pidiéndole a su ayudante y a otro oficial que salgan también. La inspectora se coloca unos guantes de látex y se agacha para observar de cerca el cuerpo. El cuello está claramente lastimado. Solo lleva puesta la braga y una camisa vieja, algo grande, para cubrir su cuerpo. Parece tener raspones en los brazos. Hay artículos de maquillaje que han caído del tocador. El espejo está rodeado de bombillos. Clásico. Todos ellos prendidos. Solo el espejo está quebrado. Al lado está el colgador, con ropa, pero hay varias prendas en el suelo y, cerca, zapatos regados y desordenados, tacones en su mayoría. Un tacón solitario se encuentra alejado del colgador, del otro lado del cadáver, cercano a sus pies. Hay una mesita cerca de la puerta, a cuyos pies se encuentran los trozos de cerámica y las flores. Son camelias. Rojas. La inspectora vuelve a mirar el rostro de la occisa. Y con su mano, cierra sus ojos.

Al salir ella, vuelve a entrar el forense con ayuda para llevarse el cuerpo. La inspectora advierte que Sotomayor la espera, como para decirle algo.

—Y bien, ¿qué opina, Castillo?

—Lo que me parece más obvio es que, a quien quiera que la haya asesinado, no le resultó tan fácil.

—Un pequeño desastre ese camerino, ¿no?

—Además, la mujer estaba en forma. Claro, no era musculosa. Quiero decir que, al menos, tenía mucha resistencia física. Y la chica que descubrió el cuerpo... ¿Otra actriz?

—Catrina González. Como le mencioné, fue quien descubrió el cuerpo. Estaba histérica cuando llegamos. Destrozada. Al parecer era muy cercana a Paula. Mejores amigas o algún rollo por el estilo. Ha empezado a darse a conocer en el mundo del teatro.

Ambos salieron del laberinto tras bastidores y caminaban nuevamente por el pasillo central del teatro. La maleta y el morral de Aneth permanecían donde los había dejado.

—¿Y el hombre con el que hablaban en este lugar —dijo ella—, con pinta de gringo, tiene algo que ver con el teatro?

—Se llama Nathan Smith, es el director de la obra que se estrenaba mañana, donde Nina y Paula tenían roles. Paula también se encontraba rodando una película, una adaptación contemporánea de *Lo que el viento se llevó*. Por otro lado, tanto Smith como Nina han puesto sus contactos a la orden.

—¿O sea que ya se han ido?

—El gringo se fue poco después de que los dejamos. Y Nina fue despachada hace solo momentos. Ya es bastante tarde, no sé si se ha dado cuenta. Creo que todos queremos descansar. Sobre todo usted, Castillo, que todavía no ha terminado de llegar.

—¿Qué hay de la familia de la víctima?

—Era huérfana. Fue adoptada cuando ya era una niña grande, por unos ancianos con considerable poder económico. Murieron cuando todavía era adolescente.

Ahora salen del edificio. La lluvia permanece intacta, invariable, como si fuera una dimensión agregada a la realidad de la ciudad.

—Una cosa más, comandante.

—¿Qué?

—No pude evitar notar la ausencia del inspector Goya. Tampoco, las palabras del forense. Tenía entendido que sería compañera del legendario Guillermo Goya.

El comandante escuchaba y asentía, mientras anotaba algo en una libreta.

—Castillo, el año sabático del jefe Goya terminaba la semana pasada, en teoría. Si quiere su ayuda, va a tener que sacarlo de su cueva.

El comandante extendió el papel hacia Aneth, quien lo observó con atención. Era una dirección. Abajo ponía “Jefe Goya”.

—Debo serle sincero —agregó el comandante—. Solicité su transferencia porque, por todo lo que he escuchado, usted tiene madera de inspector. Promete. Y le tengo más fe a usted que a Goya. No es por nada. No me malinterprete. Respeto muchísimo a ese hombre. Pero, después de lo que le ocurrió a su compañero, no ha sido el mismo. Y la verdad es que dudo que vuelva. Nosotros lo mantenemos en nómina y, cada mes, le enviamos un cheque, por solicitud expresa del alcalde, quien piensa que es lo mínimo que podemos hacer, después de tantos años de servicio a la ciudad y a la comunidad. De cualquier forma, ya es un hombre entrado en años y hace falta sangre nueva.

—Pero podría aprender mucho del mejor. Yo apenas empiezo.

—Como le dije, Castillo, depende de si logra incorporarlo o no. Ahí le dejo la dirección. Trate de entrevistarse con él mañana temprano, antes de que empiece formalmente con la investigación. No le puedo asegurar que la vaya a recibir. Tampoco sé cuál será el estado en que se encuentre, si lo llega a ver. Yo mismo empecé a visitarlo días antes de la fecha en que, se supone, iba a reincorporarse. Y ya ve que no pude hacer mucho.

—Entiendo.

—Y ahora dígame dónde se queda. Yo la llevo. ¿Llamó a la pensión que le recomendé?

—Sí, señor.

—Bien, vamos.

Ambos se montaron en el auto del comandante. Momentos después, el auto dejaba las instalaciones del teatro y se adentraba nuevamente en la ciudad, que no dormía, pero que seguía bajo el hipnotismo de la lluvia y su sonido.

Había poco tráfico en las calles de la ciudad. Las manifestaciones habían terminado. El comandante dejó a la inspectora en la pensión, a donde ingresó con su bolso y la maleta. Una señora mayor la recibió. Aparentemente, era la suegra de Sotomayor. Seguramente por la hora, la señora se limitó a enseñarle dónde quedaba la cocina y luego dónde quedaba su habitación. Esta no era ni muy grande ni muy pequeña, perfecta para lo que buscaba por el momento y tenía su propio baño. No tardó mucho en ocupar el armario y los cajones con sus cosas. Luego se duchó, se puso ropa para dormir y, antes de ir a la cama, sacó su portátil.

Decidió hacer una búsqueda relacionada con Paula Rosales, para empaparse un poco de la información que hubiera relacionada a ella en los últimos días. Encontró algo sobre un orfanato, el cual había ayudado a financiar. También había tenido roces, con insultos y golpes de por medio, con fotógrafos indiscretos que, según parecía, la acosaban sin cesar. Una nota de hace varios días comentaba el estreno próximo de una obra donde iba a aparecer, en torno a la cual habían grandes expectativas y que, se decía, sería la actuación que la inmortalizaría como actriz. Otra nota más reciente mencionaba la cancelación de un matrimonio; otra, su comportamiento errático a medida que se acercaba el estreno de la obra, que se llamaba *La máscara transparente*, citando “fuentes cercanas” que declaraban lo difícil que resultaba trabajar con ella.

Luego, Aneth colocó un video de una entrevista, aparentemente la última que se hizo a la actriz. La belleza de Paula era realmente impactante y había algo en su forma de hablar que hipnotizaba.

—Creo que... —respondía Rosales— hay dos grandes conflictos, o problemas, que pueden atormentar a un actor o actriz. Uno, el que a mi parecer es menor, es el de que el actor se confunda con un papel. Es decir, que se vuelva incapaz de discernir entre su propia identidad y la del personaje. Es un problema terrible, claro. Pero me parece menos terrible que el otro, una versión más aterradora del anterior, y es el de poder recrear personajes muy diversos, completamente distintos unos de otros, y sufrir esa misma disociación con respecto a tu propia identidad.

—¿Por qué este le parece más terrible? —preguntaba el entrevistador.

—Porque, entonces —respondía Paula—, no hay nada que le diga al actor, o actriz, que su identidad, su yo, es otro personaje más. ¿Qué tal si, de tanto usar máscaras, se vuelve incapaz de reconocer su propio rostro?

—Pareciera que este mismo problema la atormenta a usted, Paula.

—Bueno... —replica ella, riéndose.

Aneth no puede seguir viendo la entrevista. Sus ojos se cierran. El sueño la ha vencido.

CAPÍTULO 5

Se despertó de un golpe, sudando, muy agitado y con una terrible resaca. Imágenes fugaces y vagas cruzan por su mente, como una fiebre o un delirio. No recordaba cuánto tiempo había dormido ni qué hizo mientras estuvo despierto. No mucho, de seguro. Probablemente, los muchachos de la estación tuvieron que sacarlo cargado del bar, otra vez, y tirarlo en el colchón. De cuántos problemas no lo han sacado ya. Lo último que cree recordar es estar en el bar, contando glorias pasadas a unas chicas mucho más jóvenes que él. Ahora le parece que deben tener la misma edad de su hija y siente asco de sí mismo. Luego todo se vuelve borroso y culmina con la pesadilla de la que acaba de despertar, donde es testigo de la muerte de su compañero, muerto de un disparo, en medio de la calle, en una noche fría y lluviosa, hace tiempo. La pesadilla es tal porque repite lo sucedido sin que pueda hacer nada para evitarlo. Sin embargo, todo es confuso. Hasta la vigilia.

Con dificultad, logra levantarse del colchón. Todo se mueve, como un bote en alta mar. Un escalofrío lo recorre y vuelve a comenzar a sudar. Trata de observar la habitación. Hay libros empolvados en una esquina. Un tocadiscos viejo, acompañado de una corneta igual de vieja, sirve de apoyo a una modesta colección de vinilos aún más viejos. El armario está abierto y desordenado. Se mira la ropa, ¿desde hace cuánto no se cambia? Entonces siente unas fuertes arcadas y con torpeza se mueve unos pasos hasta el baño, donde cae de rodillas como un trasto viejo, frente al retrete, y vomita. Suda frío, profusamente, tose. Cuando logra calmarse un poco, se va gateando de vuelta al colchón y busca su saco. Lo ve del otro lado. Dice una palabra que suena como “mierda”, o “piedra”. Y se estira por encima del colchón para alcanzarlo. Cuando lo toma revisa los bolsillos. En alguno, encuentra lo que buscaba, un frasco de jarabe para la tos con codeína. Queda poco. Lo abre, empuja el frasco sobre sus labios y cierra los ojos, girando su cuerpo hasta quedar boca arriba para sorber todo el contenido. Cuando deja de sentir el jarabe, pasa la lengua por el pico y trata de meterla dentro lo más que puede, con el mismo propósito. Degusta en su boca el sabor, estrechando la lengua contra el paladar. Deja caer el brazo que sostenía la botella y esta cae rodando, junto con dos frascos más, también vacíos. Cuando termina de degustar el jarabe, suelta un suspiro y algo parecido a un gemido, que a su edad y en su estado, se asemeja más al sonido que hace un perro viejo cuando se acomoda mientras duerme. Sus ojos permanecen cerrados. Piensa en su esposa. Se pregunta cómo estarán ella y su hija. Trata de buscar un recuerdo agradable de su vida juntos, pero solo logra ver su rostro molesto, gritándole que despierte.

Alguien golpea a su puerta, con firmeza. Tiene babas secas a un costado de su boca. ¿Cuánto tiempo estuvo dormido? ¿Otra vez? Vuelven a tocar. Se mueve y trata de sentarse. No tiene idea de la hora, pero definitivamente es de día. Parece que todo se mueve en cámara lenta. Le duele el cuello, estaba en una postura muy incómoda. Tocan de nuevo. Trata de decir algo, pero su voz no sale. Carraspea fuertemente su garganta. Vuelven a tocar.

—¿Qué quiere, carajo? —alcanza a gritar, con rabia.

Una voz apenas llega a sus oídos. Parece de una mujer pero no escucha bien. Vuelven a tocar. Gruñe e intenta pararse de nuevo. Lo logra, tumbando algunas cosas de un armario de gavetas. Entonces logra moverse hasta el umbral de la puerta de su habitación. Da un vistazo a la sala-cocina-comedor. Hay cosas por lavar, pero no muchas. Una cafetera en una de las hornillas. Una pequeña biblioteca. Todo parece en orden allí. Luego observa la pequeña mesa de comedor. Parece haber una nota. Se mueve hasta la mesa. Vuelven a tocar.

—¿Pero qué coño quiere? —grita.

—¿Inspector Guillermo Goya? —dice la voz de una mujer desde el otro lado.

—¡Aquí no vive ningún inspector! —grita.

Llega a la mesa pero se golpea un dedo del pie con una de las patas de una silla.

—¡La puta! —grita con ira.

—¿Señor, está bien? —pregunta la mujer.

Gruñe y mira la nota. Está escrita en una factura vieja. Dice:

Jefecito, nunca despertó y me cansé de esperarlo. Le dejé café hecho. Llámeme, no sea malo. Deje mi número guardado en su celular. XXXX. Vicky.

Vuelven a tocar la puerta.

—¡Que aquí no hay ningún Goya! —grita de nuevo.

—Jefe Goya —dice la mujer—, sé que es usted, el conserje y su vecina de enfrente me dijeron que está en casa, que no sale desde hace tres días.

“Carajo, ¿llevo dormido tres días?”, piensa. Entonces vuelve a mirar la nota.

—Escucha, princesa —dice, cambiando el tono, mientras se dirige a la cafetera—, no te recuerdo. Seguramente la pasamos muy bien. Pero no me interesa que nos sigamos viendo, ¿sí? Mejor vuelve de donde sea que hayas salido.

—No sé de quién habla, señor —dice la mujer—. Soy la inspectora Aneth Castillo. Acabo de ser asignada a la capital y me gustaría intercambiar observaciones con usted.

Destapa la cafetera y huele el contenido. Le viene otra arcada y tose fuertemente. Luego desecha el contenido de la cafetera en el fregadero.

—Jefe Goya, ¿se encuentra bien? —pregunta nuevamente la inspectora Castillo.

—Lo siento, inspectora, estoy de sabático. Mi reincorporación es en dos semanas.

—Disculpe que lo contradiga, señor, pero la fecha de su reincorporación pasó hace una semana, cuando menos.

El jefe Goya maldice para sus adentros. No sabe el día ni la fecha. Pero si ya se pasó, debe ser finales de octubre.

—¿Inspector? —vuelve a preguntar Castillo.

—Un momento, un momento —dice él, con fastidio.

Se acerca hasta la puerta, suspira y la abre, sin quitar el seguro. Pensaba decirle a la mujer que se retirara, que no pierda su tiempo. Su voz le indicaba que aún era bastante joven. Sin embargo, se encontró que era más alta de lo que creía y con un singular atractivo.

—No sé qué espera que le diga, inspectora —dijo, después de examinarla por un instante.

—Solo quiero hablarle de un caso reciente —replicó ella.

Todavía la observó por otro instante, recriminándose un poco por no ser capaz de mandarla al carajo. Cierra la puerta, quita el seguro y se encamina hacia el baño. Se detiene un momento antes de entrar en su habitación.

—¡Está abierto! —le dice— Tome asiento y espéreme un momento.

Goya entra y cierra la puerta. Se dirige nuevamente al baño y busca el botiquín de medicinas. Tras encontrarlo, lo abre y busca con atención entre cajas, recipientes de plástico y sobres de pastillas. Su rostro se ilumina como si se hubiera ganado la lotería. Todavía le queda algo de morfina y naloxona. Sale del baño y saca una Colt de cañón corto de una gaveta de su mesa de noche. Hace tiempo se quedó sin balas, no recuerda cómo, seguro en tontas apuestas. Vuelve al baño, saca una pastilla de morfina y la golpea suavemente con el culo del mango. Guarda los trozos más pequeños de vuelta en el recipiente y deja el más grande afuera. Luego se lo lleva a la boca y abre el caño del lavamanos. Se agacha y se ayuda con la mano para beber. Después se moja el rostro y el cabello. Se siente fresco, finalmente. Sale del baño otra vez, se pone su saco, busca sus pantuflas y por último sale a la sala-comedor-cocina. Allí consigue a la mujer, de pie, mirando la pequeña biblioteca.

—¿Le gusta leer? —pregunta el jefe Goya.

—No leo literatura, señor, si a eso se refiere —responde Castillo—. Pero veo que tiene aquí buenos amigos: Dupin, Parodi, Holmes, Spade, Marlowe...

—No lee literatura. Pero sabe quiénes son esos personajes.

—Por mi padre. Eran las únicas historias que le gustaba leer. De resto, odiaba a los artistas y el arte en general. Menos la música.

—¿Odiaba el arte? —pregunto él, mientras tomaba asiento, cada vez más intrigado por esta chica que había salido de la nada.

—Sobre todo a los poetas y la poesía.

—Suena a que hay una mujer de por medio.

Castillo volteó con una sonrisa genuina pero comedida.

—Definitivamente es usted el jefe Goya —dijo ella—, la leyenda. Sí, esa mujer vendría a ser mi madre.

—Clásico. ¿Creció con su madre entonces?

—No —respondió ella, que volteaba a ver unas fotografías en la biblioteca—. De hecho nos abandonó después de tenerme. Nunca la conocí. Era poeta, decía mi padre.

—Vaya. Creo que he perdido algo de mi magia —dijo, mientras sacaba un cigarrillo—. Pensaba que su madre lo había abandonado por un poeta. Pero si era ella misma, no lo culpo.

—¿Esta es su familia? —preguntó Aneth, señalando una de las fotografías.

—Bueno, ¿vino a una terapia familiar o tiene un caso que discutir? —dijo y encendió el cigarrillo.

—Sí, señor. Paula Rosales, todo indica que ha sido asesinada.

—¿La actriz? —dijo él, con notable sorpresa.

—La misma.

—Caramba, qué lástima. Era divina esa mujer —dijo Goya, mientras recordaba una escena controversial de la última película de Rosales, donde ella derramaba vino sobre su propio cuerpo, casi completamente desnudo.

—Su cuerpo —dijo Castillo— fue encontrado ayer, en la noche. Todo indica que fue estrangulada.

—Un momento, ¿o sea que esto acaba de ocurrir?

—Sí, señor.

—¿Qué hay de sospechosos, declaraciones, coartadas?

—Aún no he comenzado formalmente la investigación, pero...

—¿Y entonces a qué ha venido?

—Señor, es mi primera investigación como inspectora de la fuerza. El comandante me dijo que sería su compañera, pero entiendo las circunstancias y solo quería hablarle un poco de la escena del crimen y cómo fue encontrado el cuerpo.

Goya calló, maldiciendo en silencio al comandante Sotomayor. ¿Qué se creía? Ni siquiera tiene la misma cantidad de años que él en la fuerza. ¿Y ahora lo quiere poner de niño?

—Lo siento, señorita, está perdiendo su tiempo. Cuando tenga más información le podré ayudar. Pero por ahora está mejor sola.

—Jefe Goya...

—Lo siento, tengo cosas que hacer —dijo, pero era obvio que mentía, no tenía nada que hacer.

Se levantó y se dirigió a la puerta. La abrió y, con un movimiento de su brazo, la invitó cordialmente a salir de su casa. La inspectora se levantó, frustrada. Parecía querer decir muchas cosas. Cosas malas. Pero se contenía.

—¿Al menos tiene alguna recomendación —preguntó ella, antes de salir—, con toda la experiencia que tiene?

—Piense que todos son culpables y descubra un móvil —dijo él.

—Bah... —replicó Castillo.

Goya no dijo nada y se limitó a cerrar la puerta. Del otro lado alcanzó a oír “maldito viejo borracho”. Después volvió a la mesa y se sentó cerca de la biblioteca. Observó una vieja

fotografía donde aparecían él y Pérez, su difunto compañero, recibiendo un reconocimiento del entonces alcalde de la ciudad. Luego observó la de al lado y la tomó. Ahí estaban su esposa y su hija, esta última todavía pequeña. Pasó sus dedos suavemente sobre la superficie de vidrio. Volvía a sentir el mismo dolor de desgarró de aquella vez que fue obligado a abandonar su propia casa. Dejó la fotografía y tomó otra, esta de su hija sola, recién graduada de la secundaria. Una adolescente hermosa y alegre. Ahora que lo piensa, debe tener la misma edad de la inspectora. Cerca hay un teléfono viejo con contestadora. Presiona el botón de *play* para reproducir los mensajes. Una voz pregrabada le indica que tiene un solo mensaje, de hace cinco años. Luego suena un tono y oye la voz de su hija.

Papá, por favor, prométeme que no te voy a encontrar borracho mañana. Si no logras mantenerte limpio esta vez, con todo el dolor de mi alma, voy a tener que alejarme de ti, porque no soporto ver cómo te destruyes de esta forma. No puedo... No puedo pasar por esto una vez más. Mamá dice que pierdo mi tiempo contigo, pero yo sé que no. Yo sé que esta vez sí lo vas a lograr... ¿Verdad que sí?... Mañana iremos juntos otra vez a buscar ayuda... Te amo.

El mensaje termina. La voz pregrabada pregunta si desea guardar el mensaje o borrarlo. Goya mira por la ventana, luego se observa las manos. Piensa en su hija y en su esposa. Luego piensa en la inspectora Castillo. La voz pregrabada repite la pregunta. Guardar.

Como siempre.

CAPÍTULO 6

Aneth sale frustrada de su encuentro con el jefe Goya y decide tomarse un café para pensar en cuál será su próximo movimiento. Después de pensárselo un rato le parece que lo más obvio es visitar el apartamento de la víctima. Antes de intentar convencer al exinspector, había ido a la comisaría para echar un primer vistazo a la evidencia. En la declaración de Catrina González leyó que la víctima tenía pareja pero vivía sola y entre sus cosas estaban las llaves de su apartamento. Antes de dejar la comisaría, pidió al criminalista, Hilario Cota, que revisaran las pertenencias de la víctima, buscando contactos o cualquier dato sobre el itinerario de la víctima. Ahora se le ocurre que después de mirar el apartamento de Rosales volverá al Teatro Imperial. Entonces, la inspectora termina el café pequeño y cargado que había pedido y se dirige al apartamento de Rosales.

Era un apartamento muy sofisticado, con muebles de madera que parecían traídos del extranjero. En el pasillo de entrada colgaban varias fotos donde salía Rosales con distintos elencos o grupos teatrales a lo largo de su carrera. Unas parecían recientes. En las más viejas se veía una Rosales que todavía no cumplía los veinte. Al entrar, Aneth advirtió que el apartamento tenía dos plantas. En la primera estaba la sala comedor (no muy grande pero espaciosa), un baño, la cocina, la lavandería y un cuarto estudio. El cuarto estudio tenía una biblioteca y un escritorio. La biblioteca tiene una variedad de libros que a la inspectora le produjo algo parecido al vértigo: novelas, obras teatrales, libros de poesía y ensayo, todos estos eran de esperarse; pero también encuentra libros sobre psiquiatría, psicología, patología, antropología, una gran cantidad de diccionarios de temas muy diversos y algunos libros sobre arte. También había un armario. Aneth investigó lo que había en él y encontró diversos documentos: copias de contratos, facturas, informes médicos. No estaban muy bien ordenados.

En la planta de arriba estaba la habitación de Rosales, otro baño, un cuarto con aparatos para hacer ejercicios y la entrada a una terraza. Esta última daba una vista espectacular de la ciudad. Aneth pensó en los años que tendría que trabajar para poder pagar un apartamento así. Ni siquiera se molestó en sacar la cuenta exacta.

La habitación de Rosales tenía pocas cosas. Una cama muy grande, un espejo en el techo, una mesa de noche y un armario de ropa que parecía otra habitación con otro baño más al fondo. Sobre la cama observó un bolso tejido que le pareció hermoso, con una mezcla extraña entre rudeza y delicadeza. El tramado de los hilos era complejo y atractivo. Se preguntó dónde lo habría comprado. Quizá en otro país. Luego revisó la mesa de noche. En sus gavetas, Aneth consiguió una extraña mezcla de libros y folletos. Entre los libros solo reconoció el de *Alicia en el país de las maravillas*. Lo hojeó y entre sus páginas halló una foto vieja, algo gastada donde aparecía una niña de unos siete u ocho años, abrazada por un niño que se ve algo mayor, acaso un par de años mayor. En la parte de atrás dice “Paula y Fernando”. La inspectora advierte que es la única foto que ha visto en la casa donde Rosales todavía es una niña. Entre los folletos, hay unos que son de obras en las que Rosales ha participado anteriormente, también hay folletos de restaurantes, otros son de lugares turísticos, hay algunos de medicinas y el más raro y viejo de todos es sobre tratamiento de hormonas. Hay mucho material que revisar. Aneth llama a la comisaría y vuelve a hablar con Cota para que organice el material del apartamento. Una vez hecho esto, la inspectora Castillo se dirige nuevamente al Teatro Imperial.

La lluvia se ha reducido a llovizna, pero continúa siendo constante, incesante. Aneth decide salir del mero centro de la ciudad caminando. Al menos la parte congestionada. La ciudad parece haber retomado su cauce normal. Aunque es solo una impresión; no sabe realmente cuál es el ritmo normal de una ciudad como Sancaré, donde los barrios nuevos aparecen y otros desaparecen, como si nada; donde ocurre hasta lo impensable, donde la

periferia es imprecisa y la mirada se pierde en el horizonte. Al menos, las manifestaciones de anoche han cesado y la presencia policial ha disminuido, en lo que al centro se refiere.

Después de caminar unas cuadras, donde el tráfico es más fluido, decide tomar un taxi hasta el teatro. En algún momento del trayecto, por la radio anuncian la muerte de la famosa Paula Rosales, pero el manejo mediático que hacen del hecho es cuidadoso. Informan que la causa de muerte es suicidio. El funeral será en la tarde del día siguiente. Si tal era el caso, la autopsia y el informe deberían estar casi listos. Posteriormente, al llegar al teatro, desde afuera parece como si nada hubiera ocurrido la noche anterior. Al entrar ve personas limpiando en la antesala. Adentro ve personas en la tarima, algunos sentados con papeles en sus manos, leyendo; otros en pareja, de pie, parecen ensayar. Otros solo conversan o escuchan. Por ningún lado ve al gringo. Nathan Smith. ¿Dónde se habrá metido? Tampoco ve a Catrina González. Decide acercarse y preguntar.

Como lo imaginó, se trata de actores y actrices relacionados con el director. El grupo teatral se llama “Prosopos”. Fue creado por Smith hace cinco años y lo ha dirigido desde su creación. Primero inquiere sobre el paradero del director y la actriz Catrina. Se entera de que el primero, a tempranas horas de la mañana, ha enviado un comunicado a todo el equipo que trabaja en la obra, tanto actores como técnicos, informando sobre lo sucedido y dando dos días de descanso, en señal de luto. El estreno de la obra, “La máscara transparente”, se pospone para la siguiente semana. Al parecer, Paula Rosales (o “la Diva”, como se referían a ella los compañeros) había sido la adquisición más importante de Smith y se había unido hacía tres años, aproximadamente. Por aquel entonces realizaban adaptaciones de obras clásicas que tuvieron tremenda recepción. “La máscara transparente” sería la primera obra inédita que montaría el grupo. Resultaba claro para Aneth que muchos no se creían que Rosales hubiera cometido suicidio. Cuando tocaban el tema, sus voces asumían un tono ligero (pero evidente) de sarcasmo. Muy parecido al tono con que le decían “Diva”, solo que este último le pareció a la inspectora una mezcla de burla y envidia. Cuando preguntó acerca de si asistirían al funeral, pocos contestaron afirmativamente. La Diva, al parecer, tenía pocos amigos.

También le comentaron que su vida personal parecía ser un poco desastrosa e intensa y que no les extrañaría que, fuera del grupo teatral (al cual, a fin de cuentas, había dedicado poco tiempo de todos los siete años de carrera que alcanzó a acumular), se hubiera ganado varias enemistades y que, seguramente, no faltarían los fanáticos desquiciados que le seguían el rastro, los acosadores, los que se obsesionan con las celebridades porque no tienen vida propia. Después de todo, acaso en Prosopos estuvieran las pocas personas que realmente se preocupaban por ella, como Nina y el director. En efecto, aquellas pocas personas que le dijeron a Aneth que irían al funeral, se mostraron genuinamente dolidas y consternadas.

De “Nina” dijeron que Rosales era su mejor amiga. Aquellos que lograron hablar con ella, más temprano, decían lo mismo: que sonaba completamente devastada por la pérdida. No obstante, con respecto al director, observaron que en los últimos días había tenido fuertes e intensas discusiones con Rosales, en privado, quien al parecer estaba en algún tipo de crisis. Quienes lograron escuchar algo hablaban de gritos y amenazas.

Con toda esta información, la inspectora Castillo solo podía tener la paradójica certeza de que, en el fondo, había pocas certezas con respecto a la Diva Rosales. En última instancia, todo era impregnado por la confusión del rumor. De lo que se dijo y lo que se escuchó sobre ella. La imagen provisional que se hacía de ella la inspectora Castillo era la de una persona muy talentosa pero arrogante y prepotente, algo volátil e impredecible. Toda una diva, a fin de cuentas.

Cuando salió del edificio, Aneth decidió hacer una visita al director Nathan Smith y obtener más información sobre esas discusiones con gritos y amenazas de las que hablaban

los otros miembros del elenco. De paso, quizá podría obtener datos más concretos sobre la diva.

CAPÍTULO 7

Cuando entró al apartamento, la voz gruesa y carrasposa de un hombre, con inocultable acento inglés norteamericano, la invitó a pasar y a tomar asiento, mientras él se terminaba de arreglar para salir pronto. También la invitó a prepararse algo del bar, si así lo deseaba. Ella agradeció el ofrecimiento y se limitó a tomar la silla que vio más cercana, para sentarse, un poco intimidada por la apariencia sofisticada del lugar donde se encontraba.

El director vivía en una de las zonas más cotizadas de la ciudad, en el *loft* de un quinto piso. Aneth solo había visto apartamentos así en la televisión o en revistas. Su decoración era ecléctica, pero liviana a la vista. Quien quiera que hubiera estado a su cargo, es evidente que ha viajado mucho y tiene un criterio muy cultivado y particular. Acaso sea el mismo director. Tendría sentido. Una mezcla entre clase y bohemia. Cada objeto parecía dotado de una singularidad perfecta, sea por su procedencia o por el material del que estaba hecho. También por su forma. Grandes cuadros abstractos, pero de figura y colorido armónicos, colgaban de las paredes. Alfombras grandes cubrían ciertos espacios, como estratégicamente; y otras, más pequeñas, parecían dispuestas al azar. Aneth no podía decir si el toque de descuido y desorden general del *loft* era genuino, o por el contrario, absolutamente intencionado, fruto de una planeación minuciosa, como si el orden buscara imitar algo que ve atractivo en el caos. Aneth no puede evitar recordar a Pedro, su padre. De todos los artistas, a quienes más odiaba, después de los poetas, era a los actores y actrices. Los “teatros”, como él los llamaba. Aparentemente, su madre también era actriz. La verdad, ahora que lo piensa bien y vuelve a ver el lugar, algo así se esperaba la inspectora de un director de teatro. Y sin embargo, la realidad supera sus expectativas.

—Inspectora Castillo —dijo Smith, cuando salió, saludando para presentarse—, es un placer conocerla.

—Señor Smith —replicó ella, estrechando su mano.

—Inspectora, *with all due respect*, debo confesarle que me sorprendió mucho escuchar su voz por teléfono. Digo, que la persona encargada de la investigación fuese una mujer. Ahora me sorprende más al verla, si me permite decirlo.

Nathan Smith era apenas más alto que ella. Debía de tener entre cuarenta y cincuenta años. Le pareció que, a pesar de la torpe pronunciación, tenía un buen manejo del vocabulario en español.

—Estoy acostumbrada, señor Smith —dijo ella, a secas—. Créame que soy la primera en saber que es poco común ver a una mujer inspectora. A veces obtengo reacciones bastante normales, sin embargo.

—¿Normales? —dijo, extrañado— ¿De quién?

—De la gente común y sencilla.

—Oh, entiendo —dijo el director, con cautela, mientras se dirigía al bar.

—Veo que está bien acomodado. ¿Qué tiempo lleva en el país?

—En total, unos ocho años.

—¿Qué lo hizo dejar los Estados Unidos?

—Por una parte, me gusta mucho viajar.

—¿Y por qué se quedó aquí?

—En mi tierra, la realidad parece una cosa decretada. Algo fijo que no cambia. Pero aquí, como en otros países, las cosas se mezclan, hay espacio para la sorpresa y la improvisación. Y eso, en mi línea de trabajo, *moreover*, en mi visión del mundo, es esencial. Además, no está tan lejos de mi *homeland*. ¿Desea algo de tomar?

—Le agradezco, pero no vine a eso.

—*So*, dígame, ¿en qué puedo ayudarla? —le preguntó, a la vez que se preparaba un whisky.

—Como se imaginará, me interesa saber todo lo que pueda decirme de Paula Rosales. Cómo y cuándo la conoció, cómo fue su trato en los últimos días, cómo era su estado. En fin, todo lo que sepa.

—OK. —dijo, mientras se sentaba cerca de ella, con el trago en la mano—. Vi a Paula en persona, por primera vez, hace un poco más de tres años. De pronto cuatro. Fue en el festival de Cannes. Habían terminado de proyectar *Hombre malo, mujer buena*, que por entonces era el último *film* donde aparecía como protagonista, muy aclamado por la crítica este película. Yo había quedado absolutamente deslumbrado con su actuación. ¿Ha visto este *film*?

—Realmente no soy de ir mucho al cine, señor Smith —respondió ella, lacónicamente.

—Qué lástima... —dijo él, con afectación— Es sobre una mujer que debe defender los bienes de su familia, pero es muy débil de carácter. Sus padres son muy ancianos y no pueden ayudarla. Así que decide reinventarse y hacerse pasar por hombre, pero un hombre intransigente y déspota, fingiendo ser un primo lejano. El trabajo de Rosales fue... *just amazing*. Así que me acerqué a ella después de la proyección para felicitarla y hablarle del grupo teatral que acababa de ensamblar. Yo sabía que ella había empezado muy joven en el teatro y había escuchado que estaba considerando volver. Yo, claro, también he ganado algunos reconocimientos y tengo una larga trayectoria. Ella había escuchado de mi trabajo, por supuesto, pero en el momento se le hacía imposible unirse al grupo. Entonces me pareció una mujer muy centrada, modesta, pero increíblemente encantadora. Esta última impresión permaneció constante durante todo el tiempo que la conocí. Cuando ella quería, y sin aparente esfuerzo, era capaz de hacerte sentir... No sé cómo ponerlo en palabras. Te hacía sentir especial. Era muy desconcertante, sobre todo después de conocer su otra cara.

—¿Como el personaje de la película, déspota e intransigente?

—Qué observación tan... ¿Cómo se dice?... ¿Perspicaz? Exactamente, inspectora, una persona sumamente difícil, para quien nunca nada era suficiente, soberbia, que creía nunca cometer errores... Al comienzo, esta actitud era muy esporádica. Pero, en los últimos días, era *rather strange* ver su lado encantador. En fin, después de conocerla seguimos en contacto. Yo quería insistir en que se uniera al grupo de teatro. Aunque pocas veces hablé específicamente con ella, al final logré convencerla.

—¿Por qué el interés en que formara parte del grupo?

—De verdad debería ver alguna de sus actuaciones. Es simplemente impactante. Era justo el perfil de actriz que buscaba para las adaptaciones que estaba realizando en el momento. Además, era la estrella del momento. Hollywood se empezaba a interesar por ella.

—¿O sea que vendía muchas entradas con ella en el reparto?

—No me malentienda, inspectora. *That's not what I meant*. Si hubiera seguido viva, estoy completamente seguro de que hubiera sido una de las actrices más importantes de la historia. Eso, las personas como yo, lo sabemos. Y no era el único que lo decía.

—Pero todavía no responde mi pregunta, señor director. ¿Cómo le iba con las obras donde ella aparecía?

—Pues, ¿cómo cree? Se vendían todas las entradas. El teatro se llenaba por completo.

En este punto, Smith bebió de un solo trago lo que le quedaba en el vaso. Respiró profundo y se dirigió nuevamente al bar.

—Director, usted ha dicho —retomó Castillo— que, en los últimos días, el trato con ella se volvió muy difícil. ¿Llegaron a tener altercados?

—Sí, sobre todo hacia el final.

—¿Eran fuertes?

—No realmente. Normales para el ámbito de trabajo.

—Hay testigos que aseguran haber escuchado gritos y amenazas.

—Señorita Castillo...

—Inspectora.

—*I'm sorry*, inspectora Castillo, si usted supiera algo del mundo del teatro, o del mundo de la actuación en general, sabría que entre actores y directores nos gritamos y amenazamos todo el tiempo. Si hay una persona más narcisista que un actor, es un director. Sí, probablemente llegamos a alzar la voz mientras discutíamos Paula y yo, y quizá se nos haya escapado algún insulto.

—¿Usted la llegó a amenazar?

—No, para nada.

—¿Y qué hay de ella? ¿Lo amenazó de alguna forma?

—Pues, sí, de alguna forma, sí. Decía que iba a abandonar la obra. La que hubiéramos estrenado hoy, si no hubiera ocurrido nada.

—¿Y por qué razón?

—De un día para otro, se le metió la idea en la cabeza de realizar cambios en la trama de la obra. Prácticamente ya la obra estaba lista para ser presentada y yo mismo la había escrito. Sin embargo, en el proceso de montaje le permití realizar modificaciones a ciertos detalles de su personaje y de lo que le pasaba. Varias veces consentí sus caprichos y por lo general tenía muy buenas ideas, pero se acercaba la fecha del estreno y no iba a permitir que hiciera cambios a última hora. Esta vez había muchas cosas en juego. Permanecí firme en mi posición y ella se fue muy molesta.

—¿Y esto ocurrió anoche?

—No. La noche anterior —dijo el director, quien revisaba su celular, que acababa de sonar.

—¿Qué hacía usted ayer por la noche, cuando se encontró su cuerpo?

—¡Me encontraba en el teatro! ¡Es terrible saber que estaba en el mismo lugar que ella cuando murió y que pude haber hecho algo para evitarlo! *Jesus...* Me rompe el corazón cada vez que lo pienso.

—¿Y qué estaba haciendo?

—Los días anteriores a un estreno suelo quedarme hasta muy tarde en el teatro, repasando notas, mirando el escenario, asegurándome de haber visualizado todo a la perfección. Por un momento estuve hablando con otro actor de la obra, simplemente discutiendo la obra y las ideas que Paula quería implementar. Luego recuerdo que Nina pasó a saludar. Dijo que había olvidado algo y se retiró. Luego Iván también se fue y yo continué revisando el texto y mis notas. Puedo ser muy obsesivo con lo que me apasiona y los estrenos me generan mucha ansiedad. Revisar el texto y mis notas me calman un poco.

—¿Dónde se encontraba?

—Estaba en las butacas frente al escenario, quizá en la quinta o sexta fila, no recuerdo bien. Oiga, ahora recuerdo haberla visto a usted entrar a la sala más tarde, cuando llegó la policía y yo les daba mi testimonio.

—¿Alguna otra persona con la que pueda hablar? ¿Familia? ¿Pareja?

—Ahora que lo dice, estaba a punto de casarse, con su mánager. Yo diría que la alteración en que se encontraba últimamente estaba más relacionada con eso que con la obra. Lamentablemente, Paula era muy hermética con respecto a su vida privada. Yo no recuerdo el nombre de ese hombre y la verdad lo vi pocas veces. Solo en los estrenos. La única persona que conozco que tenía una relación cercana con ella es otra actriz de mi grupo.

—¿Nina?

—*Indeed*. Catrina González. Ahora, si me disculpa, inspectora, tengo compromisos pendientes en la tarde de hoy. Mi conductor me espera afuera. ¿Va a algún lugar en específico? Si lo desea, puedo llevarla.

Aneth se quedó pensando un momento. La verdad no tenía mucha plata como para andar pagando taxis todo el tiempo. Su sueldo no era precisamente el mejor. Al final accedió a la

propuesta y ambos salieron a un día particular que derramaba sobre ellos, simultáneamente, la luz del día y las pequeñas gotas de una llovizna persistente.

CAPÍTULO 8

En el camino, Aneth solicitó que la dejaran en un café que no quedaba muy lejos de la estación de policía. Aprovecharía para comer algo antes de dirigirse a la estación para preguntar sobre el informe. Sin embargo, mientras comía, creyó ver a una persona conocida a través de la vitrina, pasando de largo el café. Dejó un momento su comida y salió corriendo para alcanzarlo. El andar taciturno y la apariencia andrajosa parecía confirmar su sospecha, aunque solo podía ver su andar de espaldas. Al estar lo suficientemente cerca decidió salir de dudas.

—¿Jefe Goya? —dijo, algo emocionada, pero tratando de disimularlo.

El hombre volteó un poco asustado y no dijo nada. Era la segunda vez que Aneth lo veía y le daba la misma impresión, la de una persona que no está ahí del todo, o que tiene un pie en otra dimensión.

—¿Estuvo en la estación? —preguntó, recuperando el tono ecuánime— El informe sobre el crimen debe estar listo.

—No lo está —replicó Goya y retomó su camino.

—¡Espere! —exclamó, buscando detenerlo— Vengo de entrevistar al director y también hablé con personal del grupo y del teatro.

El jefe Goya se detuvo, pausadamente. Luego asomó el perfil de su rostro.

—¿Va a venir o no? —preguntó después.

Aneth miró hacia el café, pensando en su comida. Cuando volteó hacia Goya, este retomaba su andar. Gruñó y salió corriendo al café. Llegó a su mesa, tomó sus cosas y dejó dinero sobre la mesa. Luego volvió a alcanzar al viejo Goya, quien le daba un trago a su botella personal de brandy. Al advertir la presencia de la chica, el inspector hizo un gesto para ofrecerle un trago. Después de recibir la negativa, guardó la botella en el bolsillo interno de su saco.

—¿Ahora con Nina González? —preguntó Castillo.

—Nina González —confirmó Goya.

Aneth se hizo a la orilla de la acera para pedir un taxi.

—No —se apresuró a decir Goya—. Mi auto está por aquí.

Catrina González vivía en un apartamento bastante cómodo pero que no llegaba a ser lujoso. Nada cercano al *loft* del director, sin duda, como tampoco tenía el aire sofisticado del de Rosales. No había nada rebuscado o extraordinario en la apariencia del apartamento, aparte de unos afiches de películas, dentro de los cuales se encontraba uno de *Hombre malo, mujer buena*, y un estuche duro de guitarra. Al recibirlos se mostró muy hospitalaria y simpática. Aneth notó el disimulo de la actriz al percibir el olor fuerte a alcohol y tufo de Goya.

Catrina llevaba ropa de trotar o hacer ejercicios, aunque más tarde les dijo que no tuvo ánimos para hacer nada. Ni cambiarse. Sin embargo, no por ello dejaba de presentarse arreglada. El esmero que ponía en ello ya lo había advertido Aneth, la primera vez que la vio. Pero ahora, cuando todavía la luz del día penetraba por las ventanas y la podía ver más de cerca, y con mayor detenimiento, la impresión era mayor y casi causaba en ella un sentimiento de admiración, por la misma razón que ella gastaba la mínima cantidad de tiempo posible en esos cuidados, solo lo suficiente para aparecer presentable y profesional. La actriz, en cambio, parecía ser el caso contrario y, para Aneth, era evidente que cada segundo que Nina dedicaba a su apariencia, lo hacía con sumo gusto y placer. Su maquillaje era impecable, aunque se notaba que había estado llorando. Su cabello largo era de un castaño rojizo con brillos amarillos y, aunque Castillo advertía que era ondulado, también podía distinguir el uso de productos sofisticados de cuidado para el cabello. Cada hebra parecía ocupar un lugar con un propósito. Por otro lado, su vestimenta, a pesar de ser “deportiva”,

estaba combinada con mucho estilo. Casi le causaba envidia. Aneth podía imaginársela perfectamente tomándose fotos con la combinación de ropa elegida para cada ocasión y compartiéndolas por las redes sociales. Estilo era quizá la palabra con que Aneth podía definir mejor la apariencia de Nina; solo seguida por la palabra belleza y, por último, simpatía, ya que, a pesar de la imagen, lo que le transmitía en el momento era un sentimiento de desolación, de alguien que acaba de perder, súbitamente, un miembro de la familia. De manera que, la impresión general era la de una modelo —debía tener la misma estatura que Aneth— que está a punto de realizar una sesión de fotos para la sección de *fitness* de una revista de moda, pero que trata de ocultar su dolor ante la cámara.

Todo ello, el jefe Goya podía percibirlo, a su manera, ya que la inspectora podía notar cómo le agradaba mirarla y, también, el tacto insospechado con el que la trataba. “Hombres”, pensaba Castillo, “qué bobos son”.

—¿Cómo conoció a Paula Rosales? —preguntó Goya.

—Pau y yo nos conocemos —respondió Nina, pero se detuvo un momento— Perdón... Ambas empezamos juntas en el teatro. Éramos unas adolescentes apenas.

—¿Se conocían desde hacía mucho, entonces? —intervino Castillo.

—Sí, cariño —respondió, suspirando—. Cuando apenas empezábamos a descubrir la vida y el mundo. Fue como amistad a primera vista. Por entonces había un grupo teatral muy famoso. Se llamaba “Escena”...

—¿El de Horacio Vitto? —preguntó Goya, interrumpiendo.

—Exactamente —respondió Nina, sonriendo—. Fue antes del terrible escándalo en el que se vio envuelto y, pues, antes de su lamentable desaparición —Su mirada pareció perderse un instante pero enseguida volvió su luz y retomó—. En aquel momento el grupo había abierto, por vez primera, un curso de preparación teatral para menores de edad. Tenían la intención de crear una versión juvenil de “Escena”. En fin, desde el primer día nos hicimos amigas.

—¿Se conectaron desde el primer momento? —preguntó Aneth.

—Sí. Cuando la instructora empezó a dar la charla introductoria, apenas empezando el primer día del curso, ella y yo solíamos intercambiar miradas de no entender nada, de sentirnos un poco desubicadas.

—¿Pero usted sí sabía que quería actuar? —indagó Goya.

—Sí —respondió Nina, con semblante alegre, como si esos buenos recuerdos le trajeran consuelo—. Y ella también, como lo supe unas horas después. Lo que sucede es que, aunque no lo crean, Pau era una persona muy tímida y muy privada. Yo también era muy tímida. El teatro nos ayudó mucho en ese sentido. En fin, en el primer descanso yo me alejé un poco para fumar un cigarro, un vicio que acababa de tomar (y que ya dejé, gracias a Dios). Ella se me acercó para pedirme uno, aunque no sabía fumar. Yo le enseñé, pecadora de mí. No hablamos mucho en ese momento. Lo mismo que ya nos habíamos dicho con las miradas. En el segundo descanso sí conversamos sobre nuestras actrices preferidas y sobre nuestro sueño de ser estrellas de cine. Desde entonces fuimos amigas. Claro que ella fue la única que realmente cumplió ese sueño —Su voz se quebró por un momento—. A mí al final terminó gustándome más el teatro que el mundo del cine. No hay nada como trabajar directamente con una audiencia. Y, obvio, cuando se empezó a hacer famosa nos alejamos un poco. Sin embargo, me escribía de vez en cuando. Años después, Nathan creó Prosopos y yo estuve desde el primer momento. Poco antes de eso me llegó a escribir que le gustaría volver al teatro y, en un futuro, dirigir. Meses después me volvió a mandar noticias, diciendo que Nathan la quería en el grupo y yo le comenté que trabajaba con ellos. Creo que eso fue lo que le dio el empujón final para unirse.

—Fue reportado que usted consiguió el cuerpo —dijo Goya—. ¿Nos puede contar lo que estaba haciendo antes y cómo lo encontró?

—Tuvimos un ensayo general en la mañana. Para la tarde Pau se quedó con Nathan y el actor principal para trabajar un poco más en ciertas escenas y algo sobre unas ideas que Pau tenía.

—¿El actor principal? —preguntó Aneth.

—Sí. Iván Ruiz. Como mi papel era secundario, ya no tenía nada que hacer en el teatro. Así que almorcé afuera, luego fui al gimnasio. Cuando salí de allí vine acá a mi casa, pero había olvidado las llaves en el teatro, en mi camerino. Así que volví al teatro, busqué mis llaves y antes de salir noté que la puerta del camerino de Pau, al final del pasillo, estaba abierta y con la luz encendida. Sabía que Iván y Nathan seguían en el teatro porque los había visto y saludado. Pero no había visto a Pau y me imaginé que estaría allí, así que decidí pasar para despedirme de ella...

Nina detuvo el relato un momento, tratando de controlarse.

—La puerta estaba entreabierta... —dijo, mientras la voz se le quebraba— Y cuando la empujé... Estaba ahí, tirada, inmóvil, con los ojos abiertos...

Se estaba comenzando a alterar. Cerró los ojos y respiró profundo para calmarse.

—Yo nunca había visto un cadáver —dijo, retomando el relato—. Y ver el de mi amiga... Simplemente fue demasiado. Comencé a gritar, despavorida. Estaba en pánico.

Entonces se detuvo y se levantó a servirse un trago de whisky. Les ofreció a los huéspedes, quienes se negaron pero agradecieron el ofrecimiento. Ella se volvió a sentar y se lo bebió todo de un trago.

—¿Alguna vez pelearon o hubo alguna rivalidad fuerte entre ustedes? —preguntó Castillo.

—Tú sabes cómo somos las mujeres, cariño. A veces nos tratamos peor de lo que nos trata un hombre. Pero entre ella y yo nunca hubo tal cosa. Nada dañino. Cuando comenzamos juntas había una competencia sana. ¿Pero qué hace uno cuando es testigo de esa chispa divina, ese *je ne sais quoi* del talento innato? Yo no tengo problema en admitir que soy una buena actriz de teatro. Pero no se imaginan cuánto me ha costado. Me lo he ganado con sangre, sudor y lágrimas. En cambio, cuando la veía a ella, había algo, algo que nunca supe bien identificar, pero que la hacía deslumbrarte, conmoverte, o llenarte de ira si el papel que representaba lo pedía. Yo solo podía sentir admiración y orgullo por ser testigo de cómo semejante talento iba floreciendo.

Nina se detuvo y empezó a llorar, sin estruendos, sin histerias, solo dejaba salir las lágrimas, que ahí mismo alcanzaba con un pañuelo, suspiros y algún sollozo. Aneth se tomó la libertad de tomar su vaso e ir a servirle otro trago. Tomaba ahora lentamente, respirando profundo, buscando recuperar la compostura.

—Entonces—dijo Aneth, cuando ella se calmó—, ¿podría decir que Paula confiaba en usted?

—Sí. Quizá no compartía cada una de las anécdotas, pero sí sus emociones, sus estados de ánimo, cómo se sentía con respecto a algo que hubiera sucedido.

—¿Qué nos puede decir de ella con relación a los últimos acontecimientos de su vida? ¿Le habló de algún problema grave o de alguien por quien se sintiera amenazada?

—Pues, pronto se iba a casar con Antonio Luque, un empresario que se convirtió en su *mánager*. Ella misma me contó, después de unos meses de comprometerse, que el matrimonio le estaba causando ansiedad. Al parecer, Luque era muy posesivo y terriblemente celoso. Le comenzaban a invadir las dudas. Precisamente, hace pocos días rompieron el compromiso, por una infidelidad... Ella me dijo que Antonio la había amenazado de muerte. Se podrán imaginar... Todo esto... —Su voz se volvió a quebrar— Ella pasó sus últimos días muy alterada.

A la mujer la invadió una desconsolación terrible. Casi no emitía sonidos y se pasaba la mano por el pecho, como tratando de aliviar un dolor. Al verla así, el jefe Goya le hizo

entender a Aneth que ya era suficiente por el momento. Al salir, Nina les ratificó que se ponía a la orden si tenían más preguntas. La tarde caía. Se montaron en el auto de Goya y comenzaron a dirigirse a la estación de policía, esperando que el informe sobre la escena del crimen estuviera listo.

—¿Y qué opina? —le preguntó Castillo a Goya, mientras iban en el auto.

—Todavía es muy temprano para sacar conclusiones —dijo él y se echó un trago de brandy—. Se muestra cooperativa y muy espontánea en sus reacciones.

—¿Pero... ?

—Pero más vale seguir pensando que todos son culpables hasta conseguir al verdadero culpable.

—¿Quién es el tal Horacio Vitto? —preguntó con curiosidad Castillo— ¿Qué le ocurrió?

—Por Dios, ¿ni siquiera veía televisión?

—Probablemente estaba cambiando los inyectores de un motor, cazando o acampando con mi padre.

—Hmm... —Goya la miraba de reojo, como un bicho raro— ¿Entonces era de las afueras de Aborín?

—¿Sabe de dónde soy?

—No soy el “jefe” Goya por nada.

—Cierto. Bueno, Horacio Vitto.

—Hace alrededor de diez años era probablemente el actor más importante o más respetado del país. No era raro verlo como actor principal en alguna telenovela. Lo mismo con las películas nacionales y hasta llegó a aparecer en algunas extranjeras. Ya había consolidado una carrera de larga trayectoria y fue uno de los pioneros del teatro moderno nacional, cuando cayó la dictadura. Sin embargo, precisamente cuando se encontraba en la cima del reconocimiento, comenzaron a aparecer denuncias de pederastia en su contra.

—¿Quiénes hacían la denuncia?

—Los padres de menores de edad que, aparentemente, él formaba en actuación, personalmente. Esto fue justo antes de la formación de Escena Juvenil. De hecho este grupo se formó para tratar de mejorar la imagen pública de Vitto y varios actores y personajes del entretenimiento lo ayudaron, trabajando en el grupo como formadores. Aunque no lo creas, funcionó. En parte porque el grupo juvenil empezaba a servir como plataforma para la formación de nuevas estrellas.

—¿Como Paula Rosales?

—Como Paula Rosales.

—¿Y qué le sucedió? ¿Cómo murió?

—Pues, ahí está el detalle. La palabra que usó Catrina González fue muy adecuada. Desapareció, literalmente.

—¿De repente? ¿De un momento a otro?

—Algo así. Una noche se reportó un incendio en su residencia. Él no se encontraba y las autoridades nunca lo pudieron ubicar. Hasta yo mismo estuve en esa casa, con mi compañero. Pero nada. Nunca se supo más de él ni se halló su cuerpo. Se cree que en el incendio se perdieron pruebas contundentes que probaban su culpabilidad con respecto a las denuncias de pederastia.

—¿Por qué se creía tal cosa?

—Cuando ocurrieron las denuncias, nunca se pudo investigar el domicilio de Vitto. Los tribunales nunca dieron la orden. Seguro estaban comprados. De igual manera, los medios apenas cubrieron estos hechos.

—Entonces, el viejo quemó las pruebas y desapareció del mapa.

—Es lo más probable. Por cierto, ¿qué hay de Smith? ¿Qué impresión le dio?

—Un poco menos transparente que Nina. Al menos en apariencia. Objetivamente, no tendría mucho qué ganar con la muerte de Rosales. Pero es posible que tuviera algún tipo de fascinación extraña por ella. No descarto que hasta haya podido ocurrir algo entre ellos. Según los del teatro, él se mostraba muy atento y preocupado por ella. Ese sería el único móvil que podría tener.

—No hay que bajar la guardia con él. Ahora sabemos que Antonio Luque es un sospechoso, pero también debemos investigar con quién le fue infiel Rosales. Aunque no sepamos quién es, es un sospechoso.

—Entendido.

CAPÍTULO 9

—¡Que me lleve el diablo, Castillo! —dijo el comandante, cuando se dio cuenta de quién era la persona que entraba a su oficina junto a ella.

—Sotomayor —dijo Goya—, dejemos las pendejadas para después, que no hacen falta ahorita. ¿El informe está listo?

—El mismísimo jefe Goya —dijo el comandante, entre risas incrédulas—. No se le pueden enseñar trucos nuevos a un perro viejo, ¿eh? Algo me decía que no se resistiría a Castillo.

—Señor... —trató de intervenir Aneth.

—¿Ya le contó cómo le dicen en los bares del centro? —preguntó a ella el comandante— ¡El goyador!

—Lo único que me interesa es saber si el informe está listo, señor —replicó ella con seriedad.

—Está bien, está bien —dijo aquél—. Veo que los dos tienen en común la falta de sentido del humor. Sí, ya está listo. Déjeme llamar a Cota. Haremos la reunión en el salón de conferencias, en cinco minutos.

Mientras tanto, Aneth empezó a conocer a los otros colegas de la estación y el jefe Goya se dirigió al baño. Mientras caminaba hacia allá, algunos en la estación comenzaron a reconocerlo. Había cambiado mucho desde la última vez que lo vieron. Alguna vez un hombre corpulento y de apariencia decente, ahora había adelgazado considerablemente y tenía una barba de quién sabe cuándo. Su cabello también era un desastre. Le daban la bienvenida y lo saludaban con sumo respeto, tratando de disimular el impacto que les causaba el fuerte olor a alcohol del inspector. Una vez en el baño, vació la vejiga y trató de arreglarse en lo posible, frente al espejo. Lo único que pudo resolver fue mojarse la barba y el cabello para dar cierta uniformidad. O al menos una idea de eso. Que la gente vea que está bien, que aunque sea puede fingir, incluso si no es así. En un mundo de apariencias, Sancaré no era la excepción, ni siquiera estaba cerca de serlo. Y en un mundo así, en una ciudad así, no hay lugar para los extraños, los inusuales, los raros. Son confinados a los bares de mala muerte, a las prostitutas, a los drogadictos. Goya conocía la ciudad como casi nadie la conocía: el esplendor de sus cumbres de civismo y la profundidad de sus abismos de perdición. Una vez se sintió listo, un escalofrío lo recorrió, haciéndolo temblar y sudar frío. Saca de su saco un par de pastillas de naloxona y se las toma con un trago de brandy. Observa la botella. Se está acabando. Piensa en comprar otra en lo que salga de aquí.

Al salir se encuentra con los aplausos de los presentes en la estación, que se hallaban reunidos, esperando a que saliera. Entonces siente otro escalofrío atravesándolo y los aplausos le parecen chirridos de un cuchillo en tubos oxidados, la luz le molesta. Se esfuerza en mantener cierta apariencia. Después de todo, sigue siendo un tipo fuerte. O si no fuerte, resistente.

—No hace falta toda esta mierda —dijo el jefe Goya, con aplomo—. Les agradezco y todo eso, pero hay cosas más importantes que hacer.

Se escucharon algunas risas y exclamaciones de aprobación. De inmediato, Goya se dirigió al salón donde ya lo esperaban Aneth y los otros.

—¿Algún avance sobre el caso? —preguntó el comandante a Goya y Castillo.

—Tenemos un primer sospechoso —dijo la última—. Existe un móvil pasional. Se trata de Antonio Luque, mánager de la víctima. Pronto se iban a casar pero rompieron el compromiso por una infidelidad de Rosales. Una testigo asegura haber escuchado de la propia víctima que Luque la había amenazado de muerte. Es el móvil más claro que tenemos hasta el momento.

—Bien. Señor Cota, ¿qué tiene para nosotros?

—El primer detalle —dijo el criminalista, mientras exponía las fotografías pertinentes— es que la puerta no mostró señal alguna de haber sido forzada. Por otro lado, como seguro habrá notado la inspectora, la víctima apenas llevaba ropa encima. Estos dos elementos sugieren dos posibilidades principales: o la víctima conocía a la persona que la mató, o esta persona entró desapercibida y tenía los medios para entrar. Creo que estarán de acuerdo conmigo en que la segunda opción parece la menos probable.

—Considerando que la primera posibilidad fuera el caso—intervino Goya—, no solo cabría suponer que la víctima conocía a la persona, sino que había una relación cercana entre ambos. No necesariamente romántica, aunque esto también es posible, claro. Digo, a no ser que en el mundo del teatro no haya ningún tipo de barreras en ese sentido, cosa que también es posible, el hecho de que la víctima se dejara ver con tan poca ropa, implica que se sentía cómoda de esa forma alrededor de dicha persona. El problema es que, en los testimonios que hemos podido recoger la inspectora y yo, la víctima era conocida por ser muy privada, pero también por ser muy encantadora y yo diría que seductora.

—En segundo lugar —retomó Cota—, el estado general del camerino era de desorden: un florero roto, agua derramada, flores y maquillaje esparcido por el suelo, espejo del tocador roto, ropa y zapatos desordenados...

—Hubo forcejeo —interrumpió esta vez Castillo—. La víctima se encontraba en buen estado físico. Dio la pelea. No se dejó.

—Exactamente —dijo Cota, con cierta exasperación—. Un forcejeo intenso. Nada más fíjense hasta dónde llegó ese tacón —Cota señaló una foto donde se veía un tacón azul, cerca de la víctima, pero del otro lado de donde se encontraban el resto de zapatos—. En tercer lugar, no hay rastros de ADN o huellas dactilares extrañas. Todas las huellas que se encontraron pertenecen al personal del teatro o el grupo teatral, lo cual resulta lógico considerando que a los camerinos entra y sale gente todo el tiempo. Claro que esto no implica que haya sido alguien de alguno de esos grupos ya que, en el cuerpo de la víctima, no se encontraron huellas de ningún tipo. Por último, la causa de muerte, como se sospechaba, es asfixia mecánica por estrangulamiento. Hay marcas en el cuello de la víctima y la autopsia reveló daños físicos, internos, en el área del cuello. Por otro lado, el cuerpo muestra marcas de que el agresor usó las manos para estrangularla, pero que también la ahorcó con los brazos y creemos que el último método fue el que causó su muerte, aunque esta es mi opinión personal. Quizá el cambio esté relacionado con el forcejeo que hemos mencionado.

—Es probable —agregó Goya— que el agresor haya hecho esto antes. Quizá tenga antecedentes de violencia física... Por otro lado, si la atacó por la espalda, pudo haber tenido algún tipo de remordimiento o reserva con respecto a lo que iba a hacer. De pronto la atacó por la espalda para que la víctima no viera su rostro mientras lo hacía. O, simplemente, quería atacarla por sorpresa, lo que reforzaría la hipótesis de que era alguien conocido y cercano. Lo que a mi parecer deberíamos descartar es que el crimen haya sido realizado en el calor del momento, en un brote de furia circunstancial. Había premeditación. Además, si en algún momento la estranguló con sus propias manos, cara a cara, es probable que el agresor estuviera satisfaciendo algún tipo de venganza y por ello quería que la víctima lo mirara muy bien, mientras cometía el crimen.

—Luque... —intervino Castillo.

—Es posible —replicó Goya—. Sin embargo, todavía no estamos seguros de si hemos cubierto a todos los sospechosos. Lo dudo. Tenemos toda la información de contacto sobre Luque, ¿correcto?

—Así es —respondió Sotomayor—: dirección, teléfono de la casa, de la oficina y también el número de su teléfono móvil.

—Bien, mandemos a dos muchachos a su residencia, que lo mantengan vigilado en caso de que quiera hacer alguna movida extraña. Castillo, vamos a contactarlo para una cita mañana. Ya es tarde y no creo que quiera recibirnos ahora.

—Entendido —dijo Castillo.

CAPÍTULO 10

La noche anterior, Castillo ubicó a Luque en las oficinas de su empresa. Había tratado de llamarlo a su teléfono celular, pero la llamada caía directamente al buzón de mensajes. Tampoco pudo contactarlo en su casa después de varios intentos y pensó lo peor, que se había dado a la fuga, pero por otro lado eso lo hubiera delatado como culpable. Sin embargo, cuando llamó a las oficinas pudo hablar con él. Según Luque, se quedaba trabajando hasta tarde para buscar distraer su mente, en lo posible, de la pérdida. Pautaron la cita para la mañana siguiente, ya que en la tarde sería el funeral y prefería no tener ningún otro compromiso después. A la mañana siguiente, la patrulla les confirmó a Castillo y Goya que Luque llegó tarde a su casa y que no ocurrió nada sospechoso durante la madrugada.

Castillo y el jefe Goya se encontraban llegando a Lomas del Este, la zona donde vivía Luque. Se trataba de uno de los barrios más cotizados y costosos de la ciudad, de mansiones grandes y lujosas. Quedaba claro que Luque era un hombre adinerado y exitoso. En las averiguaciones previas, ambos se enteraron de que Luque era el creador y presidente de una importante productora, encargada de eventos a gran escala y también del *managing* de artistas de diversa índole.

La lujosa casa de Luque era de un estilo minimalista, muy moderna.

—Si tuviera el dinero —dijo Goya, antes de salir del auto con Castillo—, no me construiría una casa así. Ni siquiera sé si esto es una casa. ¿Esto es una casa?

—Parecen unas cajas grandes —dijo Castillo— hechas por niños de preescolar.

Goya sacó una botella nueva de brandy y la abrió. Luego se metió una pastilla en la boca y la pasó con un trago del licor.

—¿Cómo le funciona todo eso? —le preguntó Castillo, algo desconcertada.

—Todavía no me piso el rostro.

Entonces subieron los largos escalones que atravesaban un jardín cuidadosamente trabajado, hasta la entrada principal y llamaron al timbre. Una voz les habló desde el intercomunicador, pidiéndoles que esperaran unos segundos. Momentos después les abrió la puerta un hombre de edad cercana a la de Goya, algo más alto de lo que era Catrina González. Su físico, para su edad, parecía bastante atlético. De piel morena, algo más oscura que la de Rosales. Su cabello ya mostraba varias canas. Pero no tantas como el de Goya. Estaba vestido completamente de negro y su semblante en general era de aflicción.

—Buenos días, inspectores —dijo—. Por favor, pasen adelante. Disculpen la demora.

Al entrar, los inspectores se encontraron con una suerte de pasillo, con fotos en las paredes, que daba a la sala principal. Las fotos eran numerosas y mostraban a Antonio y Paula en diversos parajes: zonas urbanas, campos, montañas. Aparecían en la torre Eiffel, con el Big Ben al fondo, o en un piso elevado, mostrando la ciudad de Manhattan. Sin embargo, las que eran más numerosas eran las de Paula sola, en medio de rodajes o piezas teatrales, o posando sola, muy coqueta, muy sensual.

Era el pasillo lo más sobrecargado de la decoración. Al pasar a la sala, una extraña sensación de calma invadió a Goya y a Castillo, propiciado por los grandes espacios y la presencia reducida de objetos. Solo un cuadro colgaba de la pared más grande. Un lienzo de gran tamaño, blanco, con algunos trazos gruesos que parecían imitar un estilo oriental, como de caracteres chinos o japoneses. Ninguno de los dos hubiera sabido cuál, si uno o lo otro. El anfitrión los invitó a sentarse.

—¿Desean algo de tomar? —preguntó después Luque, amablemente.

Aneth iba a responder que no, pero la interrumpió Goya.

—Café, por favor —dijo el último—. Bien cargado. ¿Está bien si fumo?

Antonio se mostró contrariado, pero le dijo que no había problema. Luego abrió los ventanales con un control remoto y llamó a la criada. Le pidió que hiciera café para tres. Para

Aneth era evidente que a Luque le desagradaba el jefe Goya. Eran como el día y la noche. Uno, en el abandono, sin nada que perder. El otro, parecía que lo tenía todo y que acababa de perder algo.

—Ustedes dirán en qué puedo serles útil, inspectores.

—Le agradecemos que nos haya recibido, señor Luque —dijo Aneth—. Entendemos que debe estar pasando por momentos difíciles, pero lamentablemente no podemos detener la investigación y tenemos que hacerle algunas preguntas.

—Lo comprendo perfectamente —replicó él—. Tienen trabajo que hacer y quiero dar toda la ayuda que pueda para dar con el culpable de esto.

—¿Qué se encontraba haciendo —preguntó Goya— la noche que Paula Rosales fue encontrada muerta?

—Me encontraba de viaje por trabajo. Estaba en Puerto Luz.

—¿Hay personas que puedan corroborar su presencia? —preguntó Aneth.

—Claro. Puede corroborarlo con mi secretaria y con la Dirección de Cultura del puerto.

—¿Nos podría decir —preguntó Goya— cómo conoció a Paula Rosales?

—He seguido la carrera de Paula desde que comenzó a recorrer los circuitos teatrales. Siempre fui un aficionado al teatro. Y las actrices siempre me han causado una atracción que no puedo explicar. La primera vez que la vi actuar fue en una representación de la tragedia *Antígona* y ella tenía el papel principal. Quedé completamente fascinado por su actuación y su belleza. Sin embargo, todavía no estaba convencido de que fuera una actriz talentosa. ¿Cuántas veces no hemos visto actores que solo hacen un mismo personaje, con ligeras variaciones?

—Cierto —dijo Goya.

—Por eso decidí seguirle la pista. La segunda vez que la vi fue en una obra extenuante, ¿*Quién le teme a Virginia Woolf?*, no sé si la conocen.

—No —dijo Aneth, inmediatamente.

—Una vez vi una película con ese nombre —dijo Goya.

—Entonces sabe a qué me refiero. La interpretación de Paula fue tan increíble, que llegué a sentirme mal, físicamente, de lo mucho que me irritaba el personaje que interpretó. Un efecto completamente opuesto al de *Antígona*, que no despertó sino simpatía y compasión en mí. Entonces me declaré un seguidor y admirador incondicional de su trabajo. He visto cada uno de los trabajos que ha realizado desde entonces.

—¿Pero cuándo la conoció personalmente? —insistió Goya.

—Fue en el festival de teatro de Sancaré. Era la primera vez que ella participaba. El festival de ese año, como muchos otros, había sido organizado por mi productora en conjunto con la gobernación de la capital. Antes de su primera presentación me acerqué para regalarle un ramo de flores y desearle éxito en su presentación. Eso, además de decirle lo mucho que admiraba su trabajo y que tenía un gran futuro como actriz.

—¿Recuerda el tipo de flores que le regaló? —intervino Castillo.

—Era un ramo con camelias rojas y calateas naranja.

—¿Y cuándo empezó a tener una relación sentimental con ella? —preguntó Goya.

—La verdad... Ahora me parece que desde que la vi por vez primera en el escenario ya tenía una relación sentimental con ella. Claro, ignorada por mí y por ella. Con el tiempo, mi admiración fue fácilmente transmutando en amor, y ese amor, en pasión. Desde que la conocí en persona empecé a ofrecerme yo mismo para ser su mánager. Claro, yo solo pensaba en pasar el mayor tiempo posible con ella. Serle útil. Y sabía perfectamente cómo llevarla lejos y convertirla en toda una celebridad. Estuve varios años cortejándola como mánager. Puedo decir con orgullo que hice un buen trabajo. La llevé hasta Cannes. Logré que el mismo Alejandro González Iñárritu se acercara a ella para felicitarle y hablar de futuros planes. Como mánager logré acercarme más a su corazón. Y entonces empezó mi periplo de cortejo

como pareja. Habrán sido dos años de cortejo. Empezamos a salir juntos hace ocho meses. Yo no cabía en mí de la felicidad. Y...

La voz de Antonio Luque se quebró y se detuvo un momento para recuperar la compostura. Entonces llegó la criada con el café y tres tazas. Al ver a su jefe consternado, decidió dejar la bandeja en la mesa y se retiró, mirando a los invitados, indicándoles que podían tomar sus tazas.

—¿Es cierto que planeaba casarse con la víctima? —preguntó Goya, después de tomar un sorbo de su café sin azúcar.

—Sí, hace un mes le propuse matrimonio y me dijo que sí. Yo no podía creer que todo ello estuviera pasando. No podía creer mi dicha. Verán... Mis padres murieron cuando yo todavía era un muchacho. He tenido el privilegio de pertenecer a familias de mucha tradición, así que mi herencia fue cuantiosa. Sin embargo, aunque nunca tuve problemas financieros. No obstante, afectivamente, siempre me sentí muy pobre, muy hambriento. Claro, tuve a muchas mujeres. En cuanto sabían quién era, se me entregaban con facilidad. No me amaban. Pero Paula no... Paula nunca fue fácil. Sin embargo, una vez en su corazón, te hacía sentir único. Te hacía sentir que tu existencia importaba, que eras indispensable en su vida. Así que, se podrán imaginar mi felicidad cuando aceptó casarse conmigo.

—Pero rompieron el compromiso. ¿Por qué? —intervino Goya.

—Pues... —Luque soltó un hondo suspiro— Paula me fue infiel.

—¿Pero cómo sabe que le fue infiel? ¿Ella se lo confesó?

—Porque yo mismo los encontré juntos —respondió Luque, casi alzando la voz, luchado para contenerse. Su semblante había cambiado. Se podía ver la ira en su mirada, que se perdía.

—¿Con quién la encontró? —continuaba indagando Goya, como si hurgara una herida.

—Con el actorsucho ese —respondía Luque, molesto—, que se cree un galán de Hollywood...

—¿Iván Ruiz? —intervino Castillo.

—¡Ese! —exclamó Luque— El petimetre de Iván Ruiz.

—¿Qué ocurrió cuando los encontró? —retomó Goya.

Luque se tomó un momento para darle unos sorbos a su café.

—Es una de las peores cosas que he vivido —dijo luego—. Al comienzo no podía creerlo...

Otra vez Luque se detenía. Se notaba que estaba agitado. Sus ojos se tornaban brillantes.

—¿Se molestó? ¿Sintió rabia? —continuó Goya.

—¡Pero claro! —exclamó el otro— ¡Nunca me había sentido tan traicionado! Les acabo de contar lo que significaba para mí el que ella hubiera entregado su mano en matrimonio. Al verlos me sentí completamente devastado, destrozado...

El hombre cerró los ojos. Se los cubrió con la mano izquierda. Su nariz enrojecía. Estaba controlando el llanto. Daba igual. Estaba llorando, pero en silencio. Se disculpó un momento para ir al baño a reponerse.

Mientras tanto, Goya y Castillo intercambiaron miradas, como ponderando las respuestas y los relatos que acababan de escuchar, confirmando la presencia y la atención de cada uno. Luego, Aneth se levantó para dar una vuelta por el salón, mientras Goya le echaba un chorrillo de brandy a su café.

—Les ruego excusen mi comportamiento —dijo Luque, cuando volvió—. No se imaginan lo afectado que estoy por su muerte. Sobre todo cuando nuestra relación quedó en tan malos términos. Les seré sincero. Cuando descubrí que Paula me estaba siendo infiel, sentí tristeza y rabia. Discutimos fuertemente. Nos gritamos y nos dijimos cosas horribles. Pero yo nunca hubiera sido capaz de ponerle una mano encima. Yo mismo fui quien decidí romper el compromiso, llevado por mi estúpido orgullo. Pero apenas la dejé me arrepentí de

haberlo hecho. Yo quería intentarlo otra vez, pero pensé que sería más prudente dejar pasar unos días y que se calmaran nuestros ánimos. Planeaba hablar con ella después de llegar de Puerto Luz... Pero ya ven que no me fue posible. Sin embargo, les puedo decir lo siguiente, investigué al fantoche ese, el tal Ruiz, después de lo sucedido. Podría jurar que ese es el desgraciado que acabó con su vida.

—¿Qué lo lleva a pensar eso? —preguntó Goya.

—Después de descubrirlos, no sé por qué, pero necesitaba saber más del hombre con quien me había engañado. Entiendo que puede parecer morboso, o masoquista de mi parte. Pero tenía que saber qué había visto Paula en él como para haber hecho lo que hizo. Descubrí que tiene antecedentes de violencia doméstica. Había estado casado y su exesposa lo denunció una vez por haberla golpeado.

—¿Está seguro de que esa información es cierta? —preguntó Aneth— ¿Es de una fuente legítima?

—Pues la dio el mismo departamento de policía —dijo Luque, con énfasis—. Ahora, si me disculpan, todavía hay cosas que arreglar sobre el funeral de esta tarde. Si tienen más preguntas, podemos pautar otra cita, para otro día, con mucho gusto.

Los inspectores agradecieron la hospitalidad de Luque y salieron de su casa. También asistirían al funeral, pero primero comerían algo. Es decir, Castillo comería algo.

CAPÍTULO 11

—¿Ya puedo tomar su orden? —preguntó el mesonero.

—Un almuerzo del día, por favor —dijo Aneth.

—A mi tráigame solo un café —pidió Goya.

—¿Por qué no toma aunque sea una sopa? —sugirió ella.

—No empiece, Castillo —dijo, tajante, Goya.

¿Empezar qué?, pensó ella. Nunca había dicho nada con respecto a lo que comía o no comía. Ni siquiera había tenido el tiempo. Si acaso tenían un día trabajando juntos. Pero parecía más. Parecía una semana, cuando menos. Algo similar le ocurrió cuando empezó como patrullera. Los primeros días se le hacían muy largos. Sí había notado a Goya un poco más irritable de lo normal en la mañana, cuando la fue a buscar para ir a interrogar a Luque. En el poco tiempo que había trabajado con él se había dado cuenta de que no era la persona más conversadora. Sin embargo, mientras se dirigían a la residencia de Luque, para interrogarlo, se limitó a hacer esa observación sobre su casa y fue lo único que dijo en todo el camino. En cambio, en el camino al café donde ahora se encuentran, ni siquiera eso, y lo notaba aún más huraño.

—¿Qué son esas pastillas que tanto toma, jefe Goya? —preguntó ella, solo para hacerlo exasperar.

—Medicina —dijo el otro—. ¿Por qué mejor no me dice lo que le pareció Luque?

—Bueno... —dijo, desconcertada— A decir verdad, algo me dice que él es el culpable.

—¿Aún sin saber nada del amante?

—Todavía queda por investigar, pero me parece muy probable que sea él.

—¿Alguna razón o es una de esas cosas de mujeres?

—Usted puede pensar lo que quiera, Goya. A mí me parece muy sospechosa su completa disposición a colaborar con nosotros. ¿Vio cómo trataba de controlar su ira cuando hablaba sobre la infidelidad de Rosales?

—Es seguro que le dolió. Pero, ¿por qué dudar de su disposición a colaborar? ¿Acaso duda de Nina González también?

—¿Nina? No veo un móvil lo suficientemente fuerte en Catrina González y asumo que usted tampoco, como sí lo hay en el caso de Luque. Hablaba de ella como un hombre obsesionado, casi como un acosador. Además, todas las fotos en la entrada. ¿No le pareció extraño?

En ese momento, el mesonero volvió a aparecer con el primer plato del almuerzo del día, un caldo de costilla, para Aneth, y también con el café de Goya. Estos pausaron la discusión mientras tanto. Luego el hombre se retiró.

—Vi a un hombre completamente enamorado de una mujer —dijo Goya, mientras Aneth daba la primera probada a su plato—. Y estoy de acuerdo en que tiene un móvil lo suficientemente plausible. Si, en efecto, él fuera el asesino, sería lógico. Pero por ello mismo no termino de convencerme. Sería demasiado fácil como para ser cierto. Además, Luque está actuando muy tranquilo y tiene mucho que perder.

—Eso es lo que para mí lo delata. Un hombre mayor que por fin iba a casarse con la mujer de sus sueños, una mujer que llevaba años persiguiendo, a quien tenía en un altar, como a una diosa. Y de repente la encuentra teniendo relaciones con otro actor, más joven que él... Se derrumba la imagen prístina que tenía de ella y no soporta la traición. Decide matarla, pero, mientras la estrangula, tiene sentimientos encontrados, porque es la misma mujer que adora. Pero ya no puede detenerse, las denuncias de Rosales destruirían su carrera. Entonces decide ahorcarla de espaldas, para que ella no lo vea, porque siente algo de remordimiento. Tú mismo escuchaste al criminalista, hay marcas de estrangulación con las

manos y también que el asesino usó el brazo para ahorcarla. Ese hombre se ve lo suficientemente fuerte como para causar el daño que muestra el cadáver.

Aneth volvió a su sopa. Goya se quedó callado, pensativo. Ella terminó la sopa y movió el plato al frente. El mesonero, que advirtió ese movimiento, se acercó con el segundo plato, un bistec con papas a la francesa y ensalada. Aneth picó un primer trozo de carne y se lo llevó a la boca. Lo degustó un momento.

—¿Y bien? —dijo ella, con la boca llena— ¿Qué piensa?

—Honestamente, lo que dice me parece una buena asociación de elementos subjetivos con evidencia dura. Es decir, conjeturas. Son plausibles. Pero no tenemos las pruebas necesarias para probarlo. Tenemos un móvil posible y tenemos reacciones emocionales de un hombre “mayor”. Creo que esa fue la palabra que usaste.

—Es cierto —dijo ella, mientras picaba otro trozo de carne—. No tenemos pruebas contundentes. Me preguntó mi opinión sobre Luque. Esa es.

Entre ellos se instaló un silencio tenso e incómodo. No dijeron otra palabra. Aneth comió en silencio y Goya se retiró un momento para ir al baño. Cuando ella terminó de almorzar, salieron en dirección al cementerio.

CAPÍTULO 12

La lluvia no se había detenido en ningún momento. Ahora solo bajaba y subía de intensidad. Se empezaban a escuchar noticias de derrumbes en algunos de los barrios pobres que rodeaban las afueras de la capital y también deslizamientos de tierra en ciertas zonas montañosas. La llovizna suave que caía sobre ellos al salir del café, se tornaba ahora en lluvia intensa mientras iban por la autopista, camino al cementerio. En la radio se oía un avance de noticias sobre el funeral de Rosales, al cual empezaban a llegar personajes de la farándula y el entretenimiento.

Al llegar, la lluvia parecía menos fuerte, pero ambos podían ver a las personas caminando por el cementerio, paraguas en mano, solos o en parejas, para despedir o recordar a aquellos que han perdido. Ellos continuaron avanzando en el automóvil, con la intención de estacionar lo más cercano posible al funeral de la diva. Entonces empezaron a ver autos identificados con logotipos de canales de televisión o emisoras de radio y patrullas de la policía. También advirtieron que el volumen de gente aumentaba. Se dieron cuenta de que no iban a poder ver mucho desde el carro. Querían ver a los asistentes, identificar rostros, analizar posturas. Aunque nada de esto se lo comunicaron verbalmente. Solo con miradas que parecían obligatorias, como un requisito mínimo de respeto entre compañeros de trabajo. Aneth llevaba consigo un saco impermeable con capucha, que había usado desde que llegó. Goya esperó que ella se bajara de primero para sacar de la guantera una bufanda y coger un sombrero que llevaba en el asiento de atrás. Una vez fuera del auto, buscaron la loma más cercana para tener una buena panorámica del evento. Las cámaras, los personajes, despojaban al funeral de su aura solemne y sagrada. Lo convertían en un comentario más de las saturadas redes sociales, en una nota a pie de foto, perdida en una infinidad de notas más. Paula Rosales dejaba de ser un ser humano que alguna vez vivió, tuvo amigos, amores, frustraciones y esperanzas. Ahora solo era un rumor, una ausencia en el cuadro de una cámara, una cantidad asignable de información que viaja en impulsos eléctricos a través de cables, o por ondas electromagnéticas que salen del planeta breves instantes y son rebotadas de vuelta a la tierra por un satélite.

Una vez instalados en la loma, bajo el precario resguardo de un árbol, el jefe Goya se agachaba y aguzaba la vista para tratar de observar el transcurso del entierro. Entonces, Aneth sacó de su bolso unos pequeños prismáticos. Al darse cuenta de esto, Goya se volvió a poner de pie, un poco desconcertado.

—¿Esas pastillas no lo ayudan con la vista? —dijo ella.

—Está bien. Disfrute su momento. Dígame, ¿quiénes están?

—Veo a Catrina González. Allí está el director. Veo a Antonio Luque, con cara de pocos amigos. Y creo que está el amante también.

—¿Iván Ruiz? —preguntó Goya— ¿Cómo sabe?

—Luque no deja de mirarlo con odio. Además, la noche que encontraron el cuerpo de Rosales, fue la primera persona que vi en el teatro que no parecía del personal de limpieza o administrativo. No sé, tenía cara de actor. Además, concuerda con el relato de Smith y de González, que fueron las otras dos personas que vi que eran de Prosopos.

—Dame eso —dijo Goya, quitándole los prismáticos.

—¡Oye! —exclamó Castillo— Está mal de la cabeza, ¿sabe?

El jefe Goya observó detenidamente. Notó que Luque, en efecto, tenía una expresión de molestia y no de tristeza. También observó la presencia de unos presentadores de televisión y de actrices de telenovelas. El cura se encontraba a la cabeza del ataúd, hablando. La gente escuchaba en silencio.

—¿Qué sabe del pasado de Rosales? —le preguntó Castillo a Goya— Sé que era huérfana y que la adoptaron unos ancianos ricachones.

—No realmente. Según lo que decían en la televisión, cuando dieron una breve retrospectiva de su vida, Rosales misma contaba que eran unos ancianos cuya situación fue en algún momento muy próspera, pero por malas decisiones terminaron sus días en condiciones muy humildes. La señora ya no podía tener hijos. Ellos fueron los que le dieron el apellido a Paula. Me parece que, para entonces, ella tendría nueve o diez años. Según la historia de la misma Rosales, la rescataron de la calle. A ella y a otro niño, un poco mayor. Se habían escapado de la casa hogar donde vivían. No fueron los únicos. Tenía mala fama ese lugar. Poco después el chico desapareció. Fue una época terrible en la capital. Se reportaron varias desapariciones de menores por entonces. Pero la mayoría tenía que ver con niños de la calle. Una desgracia. En fin, los viejos murieron años después, cuando ella ya era adolescente. Le dejaron lo poco que les quedaba. Yo mismo recuerdo haberme encargado de alguna de estas desapariciones, pero no dimos con nada.

—¿Qué hay del orfanato? ¿Sigue funcionando?

—En verdad, no lo sé.

Entonces escucharon un bullicio que venía del entierro. Era un desastre. Al parecer, algún tipo de pelea y los oficiales de la policía trataban de restablecer el orden. A medida que se acercaban, la gente tomaba distancia, revelando al final un grupo de personas que trataban de separar a Luque, que al parecer se había abalanzado sobre Iván Ruiz, gritándole asesino. Al llegar, los inspectores ayudaron a los oficiales a terminar de separarlos.

—¡Asesino! —gritaba Luque, a quien Castillo y Goya trataban de calmar— ¡Confíésalo! ¡Fuiste tú!

—¡Ese tipo está loco! —exclamaba por su parte Ruiz, sacudiéndose la ropa— ¡Tienen que encerrarlo!

El actor fue retirándose del lugar, visiblemente molesto. Goya dejó a Castillo con Luque para acercarse a Ruiz.

—¿Señor Iván Ruiz? —le preguntó, cuando lo alcanzó.

—¿Qué quiere? —dijo el actor, malhumorado— Si es reportero, no pienso dar declaraciones en este momento. Tampoco pienso dar autógrafos...

—Inspector Guillermo Goya —dijo el jefe, mostrando su identificación—. Quisiera hacerle unas preguntas. Creo que no necesito decirle en relación con qué.

—¿No creerá lo que está diciendo el loco ese, o sí? —dijo Ruiz, mientras continuaba caminando.

—¿Es cierto que tuvo una relación amorosa con la difunta? —preguntó Goya.

—Inspector —dijo, deteniendo el paso—, con mucho gusto responderé a sus preguntas mañana, si así lo desea, pero ahora, como entenderá, no me siento nada dispuesto para un interrogatorio.

Ruiz sacó una tarjeta de su billetera y se la entregó a Goya.

—Llámeme en la mañana —le dijo—. Entonces responderé todas las preguntas que quiera.

Goya recibió la tarjeta, mientras veía al actor retirarse. Al regresar pidió a uno de los oficiales que lo mantuvieran vigilado porque era un sospechoso. Luego advirtió que Aneth y Catrina trataban de consolar y levantar a Luque, quien, de rodillas, lloraba sobre la tumba de Rosales. Le llamó la atención ver a la actriz en tacones, en plena lluvia. Luque se incorporó con la ayuda de ambas. Con los tacones, González se veía más alta que Castillo. También le pareció verla un poco más corpulenta. No era más gorda que su compañera. Tampoco era que tuviera más músculo, o más cuerpo. Aunque Aneth nunca revelaba mucho, podía ver que tenía un cuerpo en perfecta forma y condición física, muy atlética. Quizá fuera la espalda de la actriz, que sí era un poco más ancha que la de Castillo. Acaso fuera que su constitución ósea fuera más robusta. En todo caso, Goya tuvo que hacer un esfuerzo por dejar de mirarla.

Tras incorporarse junto a su compañera, el orden se instaló nuevamente y el acto retomó su curso. El cura terminó de decir las palabras y el ataúd fue descendiendo en la fosa. Las flores empezaron a llover sobre él. Se escuchaban sollozos y suspiros. Luego, unos empleados empezaron a echar tierra sobre el ataúd y, poco a poco, la fosa se fue llenando hasta quedar completamente tapada. El acto llegaba a su fin. Paula Rosales yacía bajo tierra. Los asistentes empezaron a retirarse, algunos en grupo, otros de manera individual, hasta que solo quedaron Nina, Antonio Luque y los inspectores. La actriz fue la primera en retirarse. Luego, Goya también partió, pero Aneth advirtió que se iba en una dirección distinta a la de su automóvil. Ella se despidió de Luque, quien permaneció viendo la lápida, y fue tras Goya.

La llovizna se había vuelto a asentar. La luz de la tarde comenzaba a desaparecer. Los postes de luz del cementerio se encendían. Poco a poco, la noche se iba instaurando. Goya caminaba con calma y Aneth se mantuvo a distancia mientras lo seguía. Pensó que debía respetar el espacio que él mismo se había procurado. Después de andar unos minutos, se detuvo frente a una lápida. Cuando alcanzó a leer el nombre inscrito en la piedra, se detuvo, guardando una distancia prudente con Goya. La tumba era la de un tal Marcelo Pérez, el difunto compañero de Goya. Este último permanecía en silencio, observando la piedra.

—Dentro de poco —dijo Goya, después de un silencio que a Aneth le pareció una eternidad— se cumplirá otro año de su fallecimiento.

—¿Es por eso que ha estado alterado? —preguntó Castillo.

Goya parecía asentir pero también temblar. Aunque trataba de controlarse, de aparentar.

—También me... se me acabó la naloxona —dijo, finalmente, con mucha dificultad.

—Mierda...

Permanecieron un momento más en el lugar, sin volver a hablar. Luego regresaron al auto, en silencio. Antes de subirse, Goya le pidió a su compañera que manejara, que si quería podía dejarlo en su casa y llevarse el auto a su casa. Cuando ella lo miró, para saber si hablaba en serio, lo encontró más pálido que de costumbre. Entonces se dio cuenta de que los síntomas de abstinencia comenzaban a afectar intensamente a Goya. En sus días de patrullera, aprendió a reconocer a los *junkies* a través del naloxona, con la cual controlaban los efectos de abstinencia. Claro, eran *junkies* con mucho dinero. Si al registrarlos conseguía esas pastillas, entonces sabía que en algún lugar conseguiría algún opiáceo. Casi siempre era heroína, claro.

Al entrar en el auto, Aneth comenzó a registrar el saco de Goya, quien se acurrucaba en el asiento del copiloto, tratando de envolverse en sus propios brazos para abrigarse. Temblaba y sudaba frío. Sacó un recipiente vacío de naloxona, pero no era el que buscaba. Después de un momento, sacó otro recipiente vacío. Era de morfina. Ese era el monstruo con el que ahora luchaba Goya. Aneth encendió inmediatamente el auto, sin saber exactamente lo que haría y salió del cementerio. De vez en cuando, Goya sufría espasmos y gemía de dolor. Murmuraba cosas que no se entendían bien. A veces creía escucharlo decir Pérez, Silvia, Laura. Aunque se compadecía de su estado, en ese momento no había nadie a quien Aneth detestara más que al jefe Goya. Ser borracho es una cosa, pero esto. Sabía que verlo tomar pastillas tan frecuentemente no significaba nada bueno. Pero no a este nivel. Ahora se recrimina su ingenuidad. ¿Qué pastillas se pueden tomar tan seguido y tener buenos resultados?

Mientras trata de controlar su velocidad por la autopista, piensa en cómo puede solucionar esto. Pero no se le ocurre nada. Sabe que necesita a Goya para la investigación, así sea a media máquina. No puede llevarlo a emergencias. Tendrían que internarlo por días y hay mucho trabajo que hacer. No, primero debe dejarlo en su casa, como le ha pedido. Entonces aumenta un poco la velocidad y se dirige al centro. Una vez allí, se dirige al edificio de Goya y suspira aliviada cuando ve que hay espacio para dejar el carro al frente. Se demora en hacer que el hombre se incorpore. La consciencia de este va y vuelve, como un péndulo delirante. Mientras subían las escaleras, Aneth pensó que no podría lograrlo, que se le

escurriría y caería por las escaleras como un pipote de basura. Y allí sí que tendría un verdadero problema. Sin embargo, con un esfuerzo que le pareció titánico, logró llevarlo hasta su cama, donde cayó con él, exhausta. El hombre asumía una posición fetal y trataba de cubrirse con lo que sus manos pudieran tomar. Ella yacía boca arriba, mirando un techo de pintura agrietada, recuperando fuerzas. La mano del jefe Goya pasó, tosca, por su cara, buscando una cobija. Y ella la apartó con exasperación, dándole manotazos, mientras el señor murmuraba algo inentendible. Entonces, Aneth se levantó, salió del apartamento, bajó las escaleras y abandonó el edificio, adentrándose a pie por las calles del centro. Alguien llama a su celular. Es Vicente. “Pero qué mal *timing*”, piensa.

Una mezcla de ansiedad y exasperación evitaban que pudiera buscar más soluciones a la situación en la que se encontraba. Estaba ofuscada y la opción, que ahora pretendía seguir, había emergido por sí sola, como una fruta madura que se desprende solitaria. En parte no podía creer lo que estaba a punto de hacer, pero hacía todo lo posible para evitar pensar en ello.

Se alejó unas cuadras del centro, hacia una zona de edificios sin fachada, la mayoría abandonados. La policía había delimitado la zona con piquetes de seguridad, cuyo perímetro Aneth suponía que estaba alrededor de las diez cuadras. Había alcabalas en ciertos puntos a lo largo del perímetro y por lo general se encontraban oficiales custodiando los piquetes. Lo llamaban “La Paila”, el pequeño corazón caótico de la capital, un lugar del cual se ausentaban la ley y el orden, de manera premeditada, el lugar a donde se intentaba confinar a todos los habitantes de la calle, los drogadictos, criminales de poca monta, personajes oscuros, marginales, cuyas vidas eran inimaginables para cualquier otro habitante normal de la capital, un lugar que apenas era mencionado y que, para los más acomodados, adquiriría una dimensión mítica e infernal.

Al acercarse al piquete, unos oficiales salen a su encuentro. Ella les muestra su identificación y menciona algo sobre una investigación en curso. Estos preguntan si desea que la escolten, que si entra sola no le pueden garantizar su seguridad. Ella les replica que es mejor que entre sola, que se sabe defender y que gracias por la ayuda. En verdad, está sumamente nerviosa. Al cruzar, palpa su arma con una mano y desabrocha el estuche. A medida que se adentra, un olor a fetidez inunda su nariz. Hay gente tirada a lo largo de las aceras, algunos sobre colchones derruidos o sofás viejos, rescatados de algún basurero, algunos se drogan, otros parecen estar ya bajo los efectos de algún estupefaciente, otros duermen. En una esquina, ve a un grupo de personas fumando en círculo. No parecen del lugar. Al advertir su presencia, abren el círculo y la observan. Uno de ellos se acerca un poco.

—¿Qué busca, princesa?

—Morfina o naloxona o buprenorfina...

—Uy, pero la muñeca busca unos jugueticos bien especiales. ¿No quiere ganja, cristales, coca?

—No, solo me interesan esos.

—Déjeme hacer una llamada.

El hombre volvió con los otros y le pidió el celular a uno. Se alejó del círculo, marcó y comenzó a hablar. Daba un saludo efusivo, pero más tarde amenazaba, casi gritando. Por último reía a carcajadas para luego colgar.

—Muñeca, no tengo morfina ni los otros. Pero tengo oxicodona. Se lo tengo aquí en segundos.

Aneth se queda pensando unos instantes. No era lo que buscaba. En realidad, solo buscaba naloxona. Luego podía ser la morfina solamente. Pero oxicodona... Eso definitivamente resolvería el problema por el momento, pero podría llevar a Goya a otro nivel de adicción, fácilmente. Qué carajo, ya se había tomado la molestia de llegar hasta allí.

—Bien. Oxicodona será.

En solo instantes llegó un niño corriendo y le entregó un pequeño cilindro de plástico al hombre con quien Aneth había negociado. El hombre le hizo una seña a otro del círculo, quien miró en un bolso y acto seguido hizo gestos negativos. El niño, molesto, parecía quejarse con el *dealer*, que ahora se acercaba a ella. Esta, al escuchar el precio de la transacción, no pudo ocultar un gesto de sorpresa. Miró en su billetera y por fortuna le quedaba algo de efectivo. Todavía le faltaba algo pero le dio todo el dinero al hombre, quien volvió con los otros. El niño, que había observado el cierre del negocio, ahora se acercaba a ella.

—Madre —le decía—, tengo hambre, ¿no tendrá aunque sea unas monedas que me regale?

—Le di todo a ese *man* —respondió Aneth, el niño parecía desolado—. Pero si realmente tienes hambre te puedo invitar una hamburguesa.

El niño aceptó la propuesta.

Al salir de La Paila, los oficiales parecieron querer detener al niño, pero Aneth les dijo que estaba bien, que iba con ella. Entonces, los dos caminaron hacia el centro. Llegando, había una hamburguesería frente a una pequeña plaza con bancos de piedra. Aneth le dijo que la esperara allí, sentado. Entonces entró a la tienda y pidió una hamburguesa en combo, con papas a la francesa y una gaseosa grande. Minutos después, salió con el pedido y se sentó al lado del niño.

—¿No era que no tenía plata? —preguntó el pequeño, mientras abría el papel de la hamburguesa.

—No tenía efectivo... Los billetes.

El niño dio un gran mordisco, con mucho gusto, con algo de ansiedad, también.

—¿Usó tarjeta? —dijo luego, con la boca llena.

—Sí —dijo ella, sonriendo—. Usé mi tarjeta de débito.

El niño entonces dio un sorbo a la gaseosa y luego tomó un puñado de papas y se las comió.

—¿Y no tiene de crédito? —dijo luego el niño.

—Hace poco me dieron una. Pero casi no la uso. ¿Cómo sabes de las tarjetas?

—Ah, porque a veces me pagan usándolas. A veces usan las de crédito para pagar a los que me dan trabajo. Y a veces usan la otra para sacar dinero y dármelo a mí.

El niño volvió a dar otro mordisco a la hamburguesa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Aneth.

—Me dicen Chapulín.

—Mucho gusto, Chapulín. Yo me llamo Aneth.

—Hola, Aneth.

El niño continuó comiendo y ella lo observó un momento.

—¿Qué hay de tus padres, Chapulín? —preguntó ella, cuando él se terminó la hamburguesa.

—Soy huérfano —respondió él, que ahora comía las papas solamente.

—¿Y desde hace cuánto estás en la calle?

—Esta vez, como un año.

—¿Esta vez?

—Por un tiempo estoy en un orfanato. Luego me escapo. Luego vuelvo. Esta vez ha sido la que me he escapado por más tiempo.

—¿Y cuántos años tienes?

—Diez —dijo él, terminando las papas.

—¿Cómo se llama el orfanato?

—Familia Casa Hogar —dijo el niño, dando los últimos sorbos a la gaseosa.

—¿Y por qué te escapas?

—A veces porque me aburro. Una vez nos llevaron a una fiesta rara de unos señores ricachones. Esa fue la primera vez que me escapé. Pero más nunca nos invitaron.

—¿Fiesta rara?

—¡Gracias por la comida! —gritó el niño y salió corriendo.

—¡Oye! ¡Espera! —gritó Aneth, pero fue inútil.

De repente Aneth recordó al jefe Goya, gritó “¡Mierda!” y también salió corriendo, pero en dirección contraria.

Al abrir la puerta de su apartamento, el hombre se encontraba en el suelo, en el umbral de su habitación. Estaba empapado en sudor pero parecía dormido. Ella tomó un vaso y lo llenó con agua. Colocó el vaso en el suelo, movió al hombre boca arriba y se puso a su cabeza, inclinándola y reposándola luego en su regazo. Sacó las pastillas y las colocó en el suelo también. Empezó entonces a darle palmadas en los cachetes, para tratar de despertarlo. El hombre comenzó a abrir los ojos y a murmurar. No estaba del todo allí, pero era mejor que nada. Entonces trató de darle un poco de agua. Logró hacerlo tomar un poco. Luego tomó una pastilla de oxicodona y se la puso en la boca, dándole un poco más de agua. Al parecer, había logrado que se la tragara. Por último, lo arrastró de los pies hasta su colchón y lo dejó allí.

Exhausta, Aneth salió de la habitación y se dejó caer en el sofá de la sala. En solo segundos, se quedó dormida.

CAPÍTULO 13

Sus ojos se fueron abriendo, casi llevados por una voluntad propia. Podía ver parte del techo de su cuarto y parte del de su sala; en ambos, la pintura agrietada con esos óvalos de burbujas de aire atrapadas. En la calle se escuchaba por un megáfono la voz de un campesino que decía nombres de frutas y sus precios por kilo, con el comentario ocasional sobre la calidad del producto y lo barato del costo. Su cabeza se había quedado fuera del colchón otra vez pero extrañamente no le dolía tanto el cuello. Tenía la sensación de haber dormido por mil años y cargaba con un letargo profundo. En el momento, no podía recordar cómo había llegado hasta su colchón ni lo que estaba haciendo antes. Clásico. Pero se sentía bien.

Logró levantarse con cierta dificultad. La somnolencia que sentía lo hacía torpe al moverse. Sin embargo, logró cargar consigo hasta el umbral de la puerta de su habitación. Dio un vistazo a la sala. Una mujer dormía en el sofá. En un primer momento, no supo quién era ni cómo había llegado hasta allí. Se preguntó si habría estado de bar en bar y, logrando traer una chica hasta su apartamento, no pudo hacer que se le levantara. Viendo que la mujer podía muy bien tener la edad de su hija, se odió profundamente. Pero no bien había pasado un segundo en aquellas cavilaciones cuando, de súbito, recordó que esa misma mujer había venido a verlo hace apenas unos días y que investigaba un asesinato con ella. Sucesivamente vino la imagen de una casa muy grande que le pareció ridícula en una zona lujosa de la ciudad; luego a una mujer alta en licras, con tremendas piernas, atractiva; luego una lluvia incesante; luego la tumba de su compañero, y por último, un nombre. Aneth... Aneth Castillo, la inspectora Aneth Castillo. Entonces, apoyado de lado en el marco de la entrada de su habitación, bajó la cabeza y se llevó una mano a la frente, soltó un hondo suspiro y sintió una pereza milenaria, una pereza que lo llevó a desear la muerte, pero no por razones dramáticas o existenciales, sino por mera flojera, una flojera prístina, y pura, y egoísta, porque todavía había personas que interrogar, lugares a los que ir, máscaras que ponerse. Y sabía que ya no tenía jarabes con codeína, ni pastillas de morfina ni de naloxona. No sabía cómo Aneth lo había sacado de su episodio de abstinencia, ni cómo era que no se sentía morir. Pero su estado de bienestar actual no podía durar mucho y tendría que hacerse con más naloxona. Al menos, no era algo de lo que tenía que preocuparse en este preciso instante.

Se acercó al comedor y tomó asiento. Presionó *play* en la contestadora y escuchó el mensaje de su hija. Luego presionó tres para guardarlo y pensó que algo tenía que cambiar, que debía intentarlo una vez más, aunque sea por última vez. Pero después se dijo en silencio que era un viejo ridículo por haber tenido, por un breve instante, pensamientos optimistas. Luego solo se sintió confundido y con ganas de drogarse. Así que, para distraerse, se dirigió a la nevera. Solo tenía tres huevos. Los sacó. Sacó dos vasos y los llenó con agua. Bebió toda el agua de uno de los vasos (tenía mucha sed) y llevó el otro para su compañera. Lo dejó en una mesa que había a su cabeza. Cuando colocó el vaso advirtió un cilindro de plástico con pastillas. Lo miró extrañado y alcanzó a leer “oxicodona” en la etiqueta blanca. Sus ojos se iluminaron y estiró su mano para tomar el recipiente.

—¡Eh, eh! —le gritó Castillo, cogiéndole la mano—. No, señor. Esta vez yo me quedo con estas.

La mujer tomó las pastillas y se las guardó en el bolsillo interno de su saco. Luego se acomodó en el sofá, dándole la espalda. Goya soltaba otro suspiro, para después dar unos pasos y volver a la cocina. Prendió una hornilla. Sacó una sartén y la colocó sobre el fuego. Luego sacó aceite y echó un poco encima de la sartén. Esperó un momento a que se calentaran y, luego, uno a uno, fue rompiendo los huevos y vertiéndolos sobre el aceite caliente. Abrió un cajón, sacó una cuchara de madera y fue revolviendo. En unos minutos ya estaban listos. Les echó una pizca de sal y pimienta, revolvió una última vez, apagó el fuego

y luego sacó un plato. Vertió los huevos revueltos encima y lo llevó al pequeño comedor. Notó que Castillo ya estaba sentada en el sofá y lo veía impresionada.

—Vaya... —dijo, burlona— Veo que la oxicodona hace milagros.

—Y si la prueba —dijo él, con lentitud—, le va a gustar más.

Luego sacó dos platos y dos pares de cubiertos. Los llevó a la mesa y se sentó. Una vez acomodado en la silla, miró a Castillo.

—¿Y bien? —dijo— ¿Va a comer?

CAPÍTULO 14

Iván Ruiz se encontraba en unos estudios de grabación cuando lo contactaron. Se demoraron un poco en llegar porque Aneth iba conduciendo y no conocía tan bien la ciudad. Por otro lado, el jefe Goya, en ese extraño letargo en el que se encontraba, tampoco sabía muy bien cómo dirigirla. Una vez allí, tuvieron que esperar un rato a que terminara de rodar una escena. Iba a aparecer como actor invitado en el próximo capítulo de la telenovela de mayor rating en el país, *Los gemelos*. No obstante, la espera fue de todo menos aburrida ya que aprovecharon la mesa de *catering* para compensar el escueto desayuno en casa de Goya. Este último, parecía suplir su carencia de opio con comida y café, con el respectivo toque de brandy. Cuando el actor por fin se desocupó, les pidió entrevistarse al aire libre, pues llevaba horas en el galpón, rodando las escenas donde aparecía.

—¿Nos podría relatar —comenzó Goya, con un tono inusualmente pausado— cómo conoció a Paula Rosales?

—Pues, obviamente ya sabíamos el uno del otro por la naturaleza de nuestro trabajo. Pero no fue sino hasta el montaje de *La máscara transparente* que nos conocimos en persona.

—¿Cuándo comenzó ese montaje? —preguntó Castillo.

—Hace alrededor de un año —respondió él.

—¿Pero usted no forma parte del grupo Prosopos? —insistió ella.

—No. Soy un actor invitado para la obra. Nathan dice que escribió ese personaje especialmente para mí. Eso dice él, al menos.

—¿No le cree? —preguntó Goya.

—Le creo. Pero no quiero parecer arrogante. Por lo demás, no suelo adherirme a grupos teatrales. Soy mi propio agente y me gusta trabajar en varias cosas al mismo tiempo.

—¿Y el personaje de Rosales? —retomó Castillo— ¿Smith lo escribió para ella?

—Si quiere saberlo realmente, debería preguntarle a él mismo. Pero, según creo haber entendido de mis conversaciones con él, toda esa pieza fue escrita para Paula.

—¿Qué quiere decir? —indagó Castillo.

—Pues que, al menos hasta cierto punto, la obra está inspirada en Paula. Nathan fue escribiéndola durante años, desde que ella empezó a trabajar en su grupo. A mi manera de ver, Nathan quería hacer con esa obra lo que un pintor vanguardista hace con un retrato.

—¿Puede explicarse un poco más? —preguntó Goya.

—Por supuesto —respondió Ruiz, quien parecía hallar mucho placer en escucharse hablar—. Un pintor tradicional, realista, que busca hacer imitaciones de la realidad, se preocupa porque el retrato parezca una fotografía de la persona retratada. Es decir, que todos los rasgos y detalles de su rostro queden fielmente representados. Pero a medida que la pintura avanza al siglo veinte, va abandonando su preocupación por representar la realidad. Esto, por supuesto, es mi observación personal. Pero pareciera que los pintores empiezan a plantearse el problema de cómo representar el mundo interno, subjetivo, de una persona. Entonces encontramos retratos como los de Picasso, que ya no le interesa retratar cómo es la persona “por afuera”, por decirlo de alguna manera, sino por dentro, o en todo caso, como él, Picasso, la percibe. Eso era lo que quería hacer Nathan con Paula. Él, como muchos de nosotros, tenía una fascinación absoluta por Paula, por el nivel de su arte y también por su persona. Y, ahora que lo pienso, gran parte de esta fascinación se debía a que ella siempre nos pareció un gran misterio, como si una parte de ella siempre nos hubiera evadido, como si solo la hubiéramos podido sentir por breves momentos, como una brisa. Creo que *La máscara transparente* fue el intento de Nathan por capturar su esencia elusiva y misteriosa.

—¿Cuándo empezó a tener una relación amorosa con ella? —dijo Goya, como si solo hubiera estado esperando a que Ruiz terminara de hablar.

El actor carraspeó y pareció incomodarse por un momento, como si la pregunta lo hubiera tomado por sorpresa, totalmente desprevenido.

—Señor Ruiz —intervino Castillo—, entenderá que estamos realizando una investigación y ya hemos interrogado a otras personas. Sabemos que Antonio Luque los descubrió juntos, en la cama. Tenía que saber que le preguntaríamos sobre esto.

—Bien —dijo el actor, con resignación—. Hace aproximadamente seis meses. En la obra, nuestros personajes también tienen una relación íntima. En el mundo de la actuación esto es más o menos frecuente. A veces resulta difícil dejar los sentimientos en el escenario.

—¿Tenía sentimientos fuertes por ella? —preguntó Goya— ¿La amaba?

—No veo cómo eso puede tener algo que ver con su investigación.

—Por favor, responda —dijo Castillo.

El actor parecía contrariado, vulnerable.

—Sí —respondió al fin—. La amaba. Me parecía inevitable. ¿Cómo no?

—¿Hubiera deseado que se separara de Luque? —preguntó Goya.

—No creí que eso pasaría.

—¿A qué se refiere? —intervino Castillo.

—Pues... Yo sí sentía amor por Paula. Pero ella no me amaba. Al menos nunca me lo dijo y no actuaba como si me amara. Por eso no creo que nuestra relación fuese amorosa, realmente. Tampoco creo que amara a Luque.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó Castillo.

—Es cierto, no puedo, es una impresión. Cuando Paula hablaba sobre el amor, lo trataba como una cosa perdida y siempre mencionaba a un hombre del pasado. Pero no decía su nombre, nunca me lo dijo y nunca supe de quién hablaba. Y dudo que fuera Luque, con quien sí tenía una relación que además era pública. Seguramente sentía un gran afecto por él, le tenía cariño, le importaba. Después de todo, Luque, como *mánager*, hizo mucho por ella. Pero amor, lo que se dice amor, dudo que lo llegara a amar.

—¿Qué ocurrió cuando él los descubrió?

—Fue un momento terrible, como se imaginarán. El hombre estaba completamente iracundo y, por alguna razón, Paula también se puso rabiosa. Nos gritamos mucho.

—¿Él trató de agredirla a ella o a usted? —insistió Castillo.

—En un primer momento, él trató de tomarla por el brazo, pero yo no lo permití. Después de eso no volvió a ser una amenaza física.

—¿Pero sí una amenaza verbal?

—Pues, como les digo, los ánimos estaban muy caldeados y todos discutimos fuertemente. Sin embargo, recuerdo que, antes de que él se retirara, completamente furioso, estoy casi seguro que dijo “espero verte muerta”.

—¿Casi seguro? —preguntó otra vez Castillo.

—Fue algo así. Ahora no recuerdo con exactitud. Pudo haber sido “ojalá te mueras”.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Paula? —intervino Goya.

—Ensayábamos las escenas finales de la obra y probábamos algunas ideas que ella tenía. Luego ella se fue a su camerino.

—¿Qué se encontraba usted haciendo cuando se descubrió el cuerpo de la actriz?

—Sé que en algún momento de la noche estuve hablando con Nathan sobre la obra. Recuerdo que luego llegó Nina, nos saludó y siguió a los camerinos. Yo me retiré de la sala y fui al cafetín, a comer algo.

—¿Qué pidió? —preguntó Castillo.

—Un *sanduche* y una malteada. Ni siquiera había empezado a comer cuando escuché a Nina gritando, fuera de sí. Me acerqué para calmarla. No podía creer lo que decía. Nathan también estaba allí. Nos asomamos en su camerino y allí estaba...

Ruiz suspiró y su mirada se perdió por unos momentos, ensimismado.

—Señor Ruiz, una última pregunta —dijo luego Castillo.

—Sí, por supuesto.

—¿De qué trata *La máscara transparente*?

—¿Ha visto la película *Persona*, de Ingmar Bergman?

Los dos inspectores respondieron negativamente.

—Qué lástima —dijo Ruiz—. Bueno... *La máscara transparente* trata sobre una actriz mundialmente reconocida por su talento proteico para la actuación, capaz de interpretar el papel que sea de manera impecable, pero que, por ese mismo talento, se va disociando de sí misma y perdiendo el sentido de la realidad. No sabe si lo que vive, lo que desea, lo que teme, es de ella realmente, o de uno de sus personajes.

—¿Cómo termina la obra? —preguntó Goya.

—Pues... En la versión de Nathan, la actriz acaba sumida en la locura y por último, en un estado catatónico.

—¿Hay otra versión?

—Bueno... Paula quería hacer unas modificaciones en la trama, incluyendo el final.

—¿Y qué ocurría en esa versión? —preguntó Castillo.

El semblante del actor cambió. De repente se mostró inquieto, como si le acabaran de dar una terrible noticia.

—En la versión de Paula... —dijo— La actriz muere estrangulada.

—¿Y esa era la escena —preguntó Goya— que ensayaban la última vez que estuvo con ella?

—Sí —respondió el actor, agitado—. De hecho, terminamos disgustados. Ella quería que la estrangulara más fuerte, quería que la estrangulara hasta quedar inconsciente, quería que fuera lo más real posible.

—¿Y por qué ese cambio? —preguntó Castillo— ¿Tiene alguna idea?

—Ella decía que el final de Nathan era casi caricaturesco y que hacía parecer al personaje muy débil. Decía que alguien que realmente tuviera esa crisis solo podría hallar algo de realidad, primero en el dolor. Pero que esto sería, a la larga, insuficiente. La muerte sería el único alivio para semejante tormento.

—No entiendo —dijo Goya—. Entonces, ¿quién la estrangula? ¿Es uno de sus personajes? ¿O es otra persona?

—Uno de sus personajes. Es decir, técnicamente se suicida.

—¿Y quién es? ¿O qué característica tiene?

—Es mi personaje. Es la versión masculina de la actriz, es quien la actriz cree que sería si fuese un hombre.

—¿Cómo eran sus relaciones íntimas? —preguntó de repente Goya.

—¿Es en serio? —reaccionó Ruiz, ofendido.

—Sabemos que tiene antecedentes de violencia, señor Ruiz —dijo Castillo.

El actor suspiró, moviendo la cabeza, como si no creyera lo que ocurría.

—Paula... Ella... Sí, le gustaba que hubiera dolor de por medio en el sexo.

—¿Le pedía que la estrangulara ahí también? —preguntó Goya.

—Sí... Pero también que la amarrara, o que le pegara con una vara... En los glúteos. A veces me pedía que la abofeteara. Pero casi siempre era un juego previo al acto...

—¿Cómo le hacían sentir estas peticiones?

—Escuchen... No estoy orgulloso de mis antecedentes. Estaba borracho y mi ex tiene una capacidad increíble para sacarme de mis casillas...

—Le creo... —dijo Goya.

—... Estuve encerrado seis meses por eso. Afortunadamente no fue en una prisión de criminales de verdad. Paula me empezó a pedir estas cosas cuando se enteró de mis

antecedentes. No me sentí cómodo, si eso es lo que quieren saber. Pero ella era muy... persuasiva. Eso no significa que sea un asesino. Sería incapaz de matar a alguien. Se los juro.

CAPÍTULO 15

—¿Entonces, Antonio Luque? —dijo Sotomayor, tras su escritorio.

—Eso cree la socia —respondió Goya, que nunca dejaba de tener cara de sueño.

—Por ahora —replicó Castillo, mientras se sentaba—, es el principal. Nueva información ha surgido. También está eso.

El comandante permaneció en silencio un instante, ponderando posibilidades. La lluvia fuerte había vuelto y golpeaba contra las ventanas.

—¿Entonces no creen que Ruiz esté involucrado? —insistía el comandante.

—No me queda del todo claro. Pero yo lo descartaría a él y a Luque —dijo Goya.

—Hay elementos que parecieran incriminarlo a él. Las prácticas sexuales con Rosales, el hecho de que en la obra terminara con él estrangulándola, al menos en la versión de ella.

—¿De ella, de Rosales? —preguntó Sotomayor.

—Sí —afirmó Castillo—, ella quería hacer modificaciones en la obra. Sabemos que una de esas modificaciones es la que acabo de mencionar.

—Tal parece que la diva se las traía —comentó Goya—. Según Ruiz, ella quería que la estrangulación pareciera lo más real posible y le pedía que lo hiciera de verdad, hasta dejarla inconsciente. Al parecer, al actor no le gustó el juego y tuvieron algún tipo de roce.

—No entiendo cómo descartan tan fácil a Ruiz, entonces —concluyó Sotomayor—, dados sus antecedentes.

—Precisamente —intervino Castillo—. No hay antecedentes, así, en plural. Hay un hecho aislado, bajo los efectos del alcohol. No hay realmente un patrón. O al menos no hay pruebas de ello.

—¿Qué opinas, Goya? —preguntó el comandante.

—Creo que ese es un argumento válido. Por eso descartaría a Ruiz —dijo este.

—Pero —comentó Castillo—, quizá sea necesario volver a interrogar a Smith sobre los cambios que Rosales quería hacer a la obra. Resulta muy inquietante que la forma como moría su personaje fue prácticamente la misma como ella murió. Por otro lado, Ruiz comentó algo sobre un hombre en el pasado de Rosales, aparentemente ella estaba perdidamente enamorada de él. Quizá pueda haber alguna relación, o por lo menos información valiosa.

El teléfono de la oficina de Sotomayor comenzó a sonar. A los inspectores les pareció que debía ser alguien importante que preguntaba justamente por el caso. Al advertir su curiosidad, Sotomayor los despachó con un gesto. Los dos se levantaron y salieron de la oficina, llegando al acuerdo de que irían a servirse un poco de café. Se acercaron entonces a la cafetera, Aneth tomó dos vasos de cartón y sirvió la bebida caliente en ellos. Pasó uno de los vasos a Goya, que lo tomaba sin azúcar y ella tomó dos sobres para el suyo. Goya daba los primeros sorbos mientras ella revolvía el azúcar en su vaso.

—¿Entonces te gustó el actorcito? —le dijo Goya.

—Es un hombre atractivo. Pero no lo descarto por eso. Tú escuchaste lo que dijo de Luque, cuando los encontró, lo que Luque le dijo a Rosales. No importa si fue “ojalá mueras” o “espero verte muerta”, la intención es la misma. Y si realmente no lo amaba, como afirma Ruiz, quizá él lo sabía, lo cual refuerza el móvil. Tienes que aceptar que el tipo estaba, o está, obsesionado con la diva.

—Tiene un interés muy fuera de lo común en ella, es verdad.

—Además... ¿Tú qué hablas? Te babeas por Nina —replicó Castillo.

En ese momento, empapada por la lluvia, aparecía por la puerta de las oficinas Catrina González. Parecía un poco alarmada. Los inspectores fueron incapaces de reaccionar por un instante. Se escuchó un portazo desde la oficina de Sotomayor, quien salía a paso rápido.

—Señorita González —decía el comandante, mientras se acercaba a ella—, por favor, tome asiento...

El comandante acercaba una silla con un brazo y con el otro tomaba el brazo de la actriz, quien parecía cojear de un pie.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Sotomayor, a quien ahora se unían Goya y Castillo.

—La lluvia está terrible —respondió González, sentándose—. Me doblé el pie en el camino. Pero estoy bien.

—¿Vino corriendo? —preguntó Goya.

—Sí... —respondió ella— Me encontraba cerca y recordé algo que quizá pudiera ser útil a la investigación.

Goya y Sotomayor observaron que venía en tacones y falda. Se distrajeron por un momento observándole las piernas.

—Díganos —dijo Castillo, con brusquedad, llamando la atención de Goya y Sotomayor— ¿Qué fue lo que recordó que le pareció tan importante?

—Bien... El día anterior a la muerte de Pau hubo un incidente en su camerino.

—¿Qué tipo de incidente? —preguntó Goya, con sorpresa en su tono.

—Alguien, una mujer, se metió en el camerino de Paula para agredirla.

—¿Agredirla físicamente? —indagó Castillo.

—Sí, bueno, verbalmente también. La mujer no dejaba de insultar a Paula y de decirle cómo le haría pagar.

—¿Usted misma fue testigo de esto? —preguntó Sotomayor.

—Yo misma fui la que las tuvo que separar —enfaticó González—. Esta mujer estaba tratando de atacar a Pau y ella, de defenderse. Cuando entré se estaban jalando los pelos, forcejeando... Fue horrible.

—¿Sabe quién es esta mujer? —preguntó Castillo.

—No recuerdo su nombre. Pero sé que es la esposa de un hombre llamado Federico Casas.

—¿Sabe quién es este hombre —intervino Goya— y por qué su esposa trataba de agredir a Rosales?

—Tengo una buena idea, al menos —comenzó a responder Catrina—. Federico es un viejo amor de Paula. Y no cualquier amor, él fue el amor de su vida, pero eso fue hace varios años... Creo que ella nunca lo superó.

—¿O sea que estaba teniendo una aventura con ese hombre? —preguntó Goya de nuevo.

—Algo así tendría que ser —respondió ella— para que esa mujer quisiera agredirla de tal forma. Pero no lo sé con certeza. Cuando le pregunté a Pau al respecto ella no me quiso responder nada, no quería tocar el tema. Se encontraba muy irritada por lo que acababa de pasar con la mujer.

—¿Y qué cosas le decía a Rosales? —preguntó esta vez Castillo.

—Le decía que era una rompe hogares, que era una zorra. Y recuerdo muy bien que le dijo que si se volvía a acercar a él, a Federico, ella misma la haría pagar con sus propias manos.

—¿Y qué aspecto tenía esta mujer?

—Estatura media —dijo Nina, haciendo memoria—, piel apiñonada, cabello ondulado, castaño, más oscuro que el mío, ojos oscuros también... Ah, tenía un pirsin muy menudo en la nariz, del lado derecho.

Los tres oficiales se quedaron en silencio un momento, procesando toda la información que Nina les suministraba.

—Hay otra cosa que quisiera saber, señorita González —dijo finalmente Goya.

—Claro, inspector. ¿Qué quiere saber?

—¿Por qué nos dice esto ahora? —replicó él— ¿Por qué no mencionó nada de esto el día que la visitamos?

—Entiendo... —respondió ella, con la cabeza baja— No lo sé, inspector, lo siento. El día que me visitaron acababa de ocurrir todo. Al menos me encontraba todavía muy afectada, todavía lo estoy. Una parte de mí se negaba, a pesar de ser yo misma quien la conseguí. Y en toda esa confusión había cosas que se me escapaban. Además, me pareció muy raro que no me contara lo de Federico. Hasta donde yo sabía, ellos tenían mucho tiempo sin estar en contacto.

—¿Federico Casas, dijo que se llamaba? —confirmaba Castillo.

—Sí. Correcto, cariño.

—¿Qué sabe de este señor? —continuaba Castillo— ¿Dónde podríamos contactarlo?

—Es médico. Sé que tiene un consultorio en el Hospital General.

—¿Alguna otra información que quiera compartir? —preguntó esta vez Goya.

Nina se quedó pensando un momento.

—No —dijo, finalmente—. Es lo único que me faltaba decirles.

Sotomayor se ofreció entonces para acompañarla hasta abajo y pedirle un taxi, mientras le insistía en que, si recordaba alguna otra información, no dudara en contactarlos. Goya y Castillo permanecían parados, terminando el café.

—¿La mujer de Casas? —preguntó Goya a Castillo— ¿Qué piensas?

—Hay que interrogar a ese tal Federico y su mujer. Un móvil muy similar al de Luque, pero en este caso sí hay antecedentes más claros. Quizá Luque no sea el culpable, después de todo.

—Federico Casas... —dijo Goya— Debe ser el mismo que mencionó Ruiz.

—Debe serlo —afirmó Castillo—. Vamos. Tenemos trabajo que hacer.

CAPÍTULO 16

Goya y Castillo tardaron unos minutos en ubicar al doctor Federico Casas, en el directorio del Hospital General de Sancaré. Cuando dieron con su nombre, les impresionó descubrir que era neurólogo. Al llegar al consultorio, una mujer de presencia impecable los recibió preguntándoles si tenían cita con el doctor. Los inspectores respondieron que no, pero que les interesaba hablar con él sobre una investigación en curso.

La mujer tomó el teléfono para anunciar la visita de los inspectores y el propósito de la misma. Se vio obligada a repetir una vez más la información. Luego mencionó algo sobre alguien que aún no había llegado y, por último, contestó afirmativamente a lo que le preguntaban por el auricular. Al colgar, se dirigió a los inspectores diciéndoles que el doctor los recibiría después de ver a la paciente con quien se encontraba en el momento. Sin embargo, recaló que de pronto no podría dedicarles mucho tiempo, ya que tenía otra consulta luego. No obstante, afortunadamente para ellos, el paciente todavía no llegaba.

Los inspectores se sentaron entonces, a esperar. Con tedio, hojeaban las revistas que había en la sala de espera. La primera revista que Aneth tomó era una guía de programación televisiva. Apenas vio la portada y escogió otra. Era de National Geographic y se veía mucho más interesante. Sin embargo, mientras tomaba la revista, advirtió la imagen de Paula Rosales en la portada de la revista que se encontraba debajo. Era una revista ya pasada de fecha sobre eventos sociales. Dedicaban un artículo a la actriz, pero no se enfocaba en su carrera, sino en su labor social. Específicamente, hablaba sobre una fundación que había iniciado ella misma, con la finalidad de crear albergues para niños huérfanos y niños de la calle. Su nombre era Familia Casa Hogar. Aneth recordó entonces al niño al que le invitó una hamburguesa.

—¿Jefe Goya? —preguntó.

—¿Sí? —dijo aquél.

—Usted dijo que Rosales era huérfana, ¿cierto?

—Correcto.

Aneth observó a Goya hojeando una revista. Notó que temblaba.

—¿Y que de niña estuvo en un orfanato? —volvió a preguntar.

—Correcto.

—¿Recuerda el nombre?

—Familia —respondió este—. Orfanato Familia, si mal no recuerdo.

—¿Cómo se siente? —preguntó ella, luego.

—Pues... Creo que deberías darme aunque sea un cuarto.

Aneth sacó una pastilla del recipiente y la partió. Luego le dio a Goya el pedazo más pequeño.

—¿Qué hay con el orfanato? —preguntó él, antes de tomar la pastilla.

Aneth le acercó la revista, mostrando la sección del artículo.

La puerta del consultorio se abrió y de allí salió una ancianita de aspecto alegre, que caminaba lento pero sin esfuerzo. La anciana se despedía de la secretaria para luego salir por la puerta de la sala de espera. Los inspectores se levantaron y del consultorio salió un hombre de no más de treinta y cinco años, alto, de complexión robusta, muy blanco y con un bigote grueso, negro. Al verlos, su semblante era de absoluta sorpresa.

—¿Doctor Federico Casas? —dijo Goya.

—Buenas tardes, inspectores —dijo el doctor—. Por favor, pasen.

El doctor se hizo a un lado de la puerta y los invitó a entrar. Luego, cuando Goya y Castillo entraron, entró él, cerrando la puerta tras de sí e invitándolos a sentarse. Finalmente, pasó tras su escritorio y se sentó. Sobre las paredes colgaban diplomas y reconocimientos a su labor. Sobre el escritorio se veían fotografías de un niño y una niña pequeños, y también fotos de una mujer de hermoso rostro, cabello marrón castaño, pirsin en la nariz y seria expresión.

—Inspectores —comenzó diciendo el doctor—, para serles sincero, su visita me toma por sorpresa, por aquí nunca ha pasado la policía. ¿Díganme en que puedo ayudarlos?

—Doctor Casas —dijo Castillo—, estamos aquí a propósito de la muerte de la actriz Paula Rosales.

El semblante del doctor se ablandó y pareció apagarse un poco.

—¿Paula Rosales, la actriz? —preguntó, consternado.

—Paula Rosales fue encontrada muerta en su camerino del Teatro Imperial, hace tres días. ¿No lo sabía? La noticia ha estado circulando por todos lados.

—No lo sabía, inspectores... —decía el doctor, quien miraba por la ventana— Yo realmente no veo televisión ni escucho radio. Pero ¿cómo murió?

—Por razones de seguridad, los medios manejan su muerte como un suicidio, aunque todo indica que fue un asesinato.

—Dios santo... —dijo Casas, llevándose la mano a la frente.

—Tenemos entendido —dijo Goya— que usted la conocía. ¿Es cierto?

El doctor calló un momento antes de responder. Asentía y daba la impresión de estar recolectando toda la información que iba a necesitar.

—Sí, nos conocimos hace varios años —respondió el doctor, algo ausente—. Disculpen, inspectores, realmente no me esperaba esta noticia. Es muy lamentable...

—Debido a que su asesinato todavía no se ha hecho oficial —dijo Castillo—, le agradecemos confidencialidad al respecto.

—Claro —dijo el doctor, consternado—. No sé qué decir ni cómo les podría ayudar, pero con mucho gusto responderé lo que quieran.

—Doctor —dijo Goya—, ¿cómo conoció a Paula Rosales?

—Fue en la universidad. Ella estaba a punto de graduarse en la carrera de Artes Escénicas y yo me encontraba haciendo un posgrado en la Facultad de Medicina.

—¿Pero cómo fue que se encontraron ustedes —insistía Goya— entre otros miles de estudiantes?

—Claro. Pues, fui a ver una obra del grupo teatral de su facultad. Ella aparecía. Era una de esas obras donde se busca involucrar a la audiencia. En algún momento en el transcurso de la obra, ella me empezó a interpelar directamente y yo, algo ingenuo, llegó un punto en que me pareció que todo era en serio.

—¿Cuál era el contexto? —preguntó Castillo— ¿Qué pasaba o qué le decía ella?

—Ya casi no recuerdo de qué iba la obra —respondía Casas—, había mucho de improvisación y absurdo. Lo que recuerdo es, precisamente, ese momento, donde ella, o su personaje, lloraba y lamentaba profundamente la pérdida de su amado. Le preguntaba por qué se había ido, por qué la había dejado... Parecía tan desconsolada.

—¿Y se dirigía a usted durante todo ese lamento?

—Exactamente. Poco a poco, fui sintiendo como si una esfera nos envolviera y nos separara de la realidad, creando su propio universo dentro de sí, con su propia historia y sus propias leyes. El dolor de este personaje me pareció tan real y me conmovió a tal punto que yo mismo empezaba a derramar lágrimas y a decirle que todo iba a estar bien. Recuerdo entonces que ella, o su personaje, me miró con unos ojos... como si hubiera encontrado la redención que buscaba. Reflejaban una absoluta dicha.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Goya.

—Hubo gente que empezó a aplaudir y la escena continuó. La obra retomó su curso como si nada. Yo me sentí completamente desubicado. Fue como una experiencia extracorporal. No sé cómo explicarlo. Al finalizar la obra tuve que acercármele para felicitarla y comentarle mis impresiones. Ella mencionó que nunca le había pasado algo así, en todo el tiempo que ellos tenían presentando esa obra. Luego, ella...

Al doctor pareció invadirle una gran tristeza.

—¿Ella qué, doctor? —insistía Goya.

—Cuando ya estábamos juntos, mucho después, ella me solía hablar de ese momento, de ese instante en que nos miramos en esa burbuja extraña, entre la ficción y la realidad, me dijo que en ese momento sintió, por primera vez, que su alma acariciaba el alma de otra persona, como si se hubiera fundido en algo más grande.

—¿Es decir que, en efecto, tuvieron una relación amorosa? —preguntó Castillo.

—Sí, claro. Nos enamoramos, estuvimos juntos un tiempo.

—¿Hace cuánto terminaron su relación? —preguntó Goya esta vez.

—Algo más de cinco años —respondió Federico Casas.

—¿Y por qué se separaron? ¿Fue usted el que terminó la relación?

—Sí, yo rompí con ella... Es difícil de explicar. Paula era una persona absolutamente fascinante. Pero muy inestable. Obsesiva y posesiva con el amor, se dejaba llevar fácilmente por las emociones y, cuando no se encontraba trabajando en alguna obra, cuando, por momentos, no tenía nada que hacer, se descontrolaba completamente. Por otro lado, había momentos en que actuaba hasta en tres piezas, simultáneamente, y era como estar con cuatro personas distintas...

—¿Cuatro? —preguntó Goya.

—Pues sí, ella y los tres personajes de las obras en que trabajaba. Como dije antes, al comienzo esto me parecía hasta divertido, pero me fui dando cuenta de que usaba los personajes para esconderse, para evadirse. Cada vez me era más difícil hablar con ella, con Paula. Además, ya me encontraba terminando el posgrado y estaba claro que quería asentarme y formar una familia. En cambio, Paula se sumergía cada vez más en el teatro.

—¿Y ella conocía sus deseos sobre asentarse y tener una familia? —preguntó Castillo.

—Por supuesto. Creo que fue la última conversación seria que tuve con ella.

—¿Y cómo se tomó la ruptura?

—Muy mal... Ya había tratado de terminar la relación anteriormente, pero ella era muy persuasiva, o manipuladora, ya no lo sé. En fin, ella no quería que la dejara. Al final ya no pude soportar más la situación y rompí con ella de manera tajante. Tuve que bloquear las vías de comunicación que tenía conmigo, cambiar de número. Por entonces también se me presentó una oportunidad para cambiar de residencia y lo hice.

—¿Y está casado ahora? —preguntó Goya, para ver cómo respondía.

—Sí. Y tenemos dos niños maravillosos —dijo Casas, mostrando las fotos—. Amo a mi familia. Sería incapaz de hacer algo que les pueda causar algún daño.

—¿Y más nunca, desde la ruptura, tuvo contacto con Rosales? —Goya interrogó.

—Nunca más volvimos a hablar —respondió el doctor.

—¿En todo este tiempo ella nunca más trató de buscarlo? —preguntó Castillo.

—Bueno... Hace unos meses, empecé a recibir llamadas y mensajes de ella, en mi celular. No sé cómo obtuvo mi número.

—Pero nos acaba de decir que nunca más hablaron —recalcó Goya.

—Es que nunca llegué a hablar con ella, realmente. La primera vez que lo hizo, contesté sin saber quién era. La llamada venía de un número telefónico que desconocía. En lo que escuché su voz, apenas la saludé y le dije, de la manera más cordial que pude, que no teníamos nada de qué hablar y que no me volviera a contactar.

—¿Pero ella continuó intentando? —interrogó Castillo.

—Sí. Llamó varias veces. Pero nunca contesté. Fue entonces cuando comenzaron los mensajes de texto. Eran de números distintos, pero era obvio que venían de ella.

—¿Y qué decían los mensajes? —preguntó, esta vez, Goya.

—Quería verme, que habláramos. Por un momento, consideré la posibilidad de verla. Pensé que de pronto solo necesitaba hablar con alguien que no estuviera relacionado con su mundo, con su carrera. Habiendo conocido lo obsesiva que podía ser, dudaba sobre nuestra

reunión. Pero entonces comenzaron a llegar los mensajes donde decía que nunca me había dejado de amar, que lo intentaríamos otra vez. Entonces entendí que lo mejor era no verla ni responderle...

El doctor pareció que iba a decir algo, pero se detuvo y guardó silencio. Esto fue percibido por los inspectores.

—¿Qué sucede, doctor? —preguntó Castillo— ¿Hay algo que quiera decirnos?

Federico Casas guardó silencio un momento, como si estuviera eligiendo las palabras precisas.

—¿Han contemplado la posibilidad —dijo el doctor— de que, en efecto, Paula haya cometido suicidio?

—¿Por qué lo dice? —preguntó Castillo.

—Pues, como les he dicho, ella era una persona muy inestable. Y por la insistencia de sus llamadas y los mensajes que me escribió en los últimos meses... Digo, ahora me parecen más gritos de auxilio que confesiones de amor. Y a juzgar por la Paula que conocí, si las tendencias de trastornos que tenía entonces solo se intensificaron con el tiempo... pues entonces, debía de encontrarse en un lugar muy oscuro. No puedo imaginarme la desesperación que debía sentir... En todo caso, es solo un pensamiento que se me ocurrió ahorita mismo.

—Tenemos razones y evidencia que dicen lo contrario —dijo Castillo.

—Claro, ustedes son los expertos —recalcó el doctor.

—¿Y su esposa se llegó a enterar de que Rosales trataba de contactarlo?

—Sí... —dijo él, suspirando— Tuvimos una horrible discusión ese día. Ella había revisado mi celular, por otra razón, y dio con los mensajes. Mi mujer tiene su temperamento. Me costó convencerla de que nunca llegué a responderle ni hablar con ella, mucho menos verme con ella. Pero al final entró en razón. Ella sabe cuánto los amo.

—¿Y esto cuándo sucedió? —preguntó Castillo.

—Hace pocos días. Cuatro días, de pronto.

—¿Su esposa y Rosales se conocían? —preguntó Goya.

—Si acaso habremos coincidido una sola vez. Ya conocía a Viviana antes de conocer a Paula.

—¿Su esposa sentía algún tipo de enemistad particular con respecto a Rosales?

El doctor pareció contrariado. Un gesto de extrañeza cubrió su rostro.

—Perdón, inspectores, pero no veo cómo se relaciona esa pregunta con la investigación.

—¿Cómo dijo que se llama su esposa? —insistió Goya, mientras tomaba apuntes.

—Viviana... —dijo, confundido— Un momento, esto es ridículo. No estarán sugiriendo que...

—¿Está al tanto —dijo Castillo— de que su esposa intentó agredir a la víctima, en su camerino, el día antes de haber sido encontrada muerta?

—¿Cómo dice? —replicó el doctor, atónito.

—No lo sabía, entonces... —dijo Goya, con un tono de absoluta despreocupación.

—Un momento, ¿me están diciendo que mi esposa, Viviana, intentó agredir a Paula, en su camerino? No puede ser, deben haberse equivocado de persona.

—Tenemos testigos de primera mano —dijo Castillo— que aseguran haber tenido que separar a una mujer de estatura media, con pelo ondulado, castaño, ojos oscuros, pirsin en la nariz, lado derecho, que forcejeaba con Paula Rosales. Se reportó que dicha mujer amenazó con agredirla, si ella se volvía a acercarse a su esposo, Federico.

El doctor se llevó las manos al rostro, totalmente incrédulo de lo que escuchaba. Se mantuvo silencio por unos momentos, procesándolo todo.

—¿Ahora entiende por qué le preguntamos sobre su esposa? —preguntó Goya.

El doctor asintió con la cabeza pero no dijo nada.

—Mencionó —dijo Castillo— que conocía a su esposa antes de conocer a Rosales. ¿Nos puede hablar un poco más de eso?

—Sí —comenzó a decir, incorporándose—. Nos conocimos por amigos en común. Poco después yo conocí a Paula y comencé a salir con ella.

—¿O sea que ella sabía que había historia entre ustedes? —continuaba interrogando Castillo.

—Sí —respondió él, suspirando.

—¿También mencionó que habían coincidido alguna vez?

—Mientras Paula y yo éramos aún novios.

—¿Recuerda si, mientras usted y Paula estaban juntos, le habló a Viviana sobre ella?

—Es posible, pero no directamente a ella. Por aquel entonces coincidíamos por el grupo de amigos con el que salíamos y varias veces yo iba solo, porque Paula tenía que ensayar.

—¿Recuerda si lo que decía era bueno o malo?

—No sabría cómo contestar eso. Supongo que bueno, sobre todo si era al comienzo de la relación.

—¿Y cuándo empezó a tener una relación con Viviana, llegó a hablar sobre Paula?

—Seguramente, pero es ese tipo de conversaciones en que las parejas hablan sobre relaciones pasadas. Ella también me ha hablado sobre sus relaciones anteriores.

—¿Y recuerda si Viviana mencionó algo, alguna vez, sobre sentir celos de Paula? Apartando la discusión que tuvieron hace poco.

—Pues, Viviana dice que desde que me conoció quiso salir conmigo. De pronto mencionó alguna vez que sentía envidia de Paula mientras salió conmigo... Escuchen, mi esposa puede ser testaruda y celosa... Y sí, está dispuesta a pelear para defender a su familia... Pero ella sería incapaz de matar a alguien. Puede que haya dicho muchas cosas, porque es algo volátil. Pero nunca hubiera llegado a matar a Paula. Seguramente solo quería asustarla para que dejara de buscarme. Puedo jurarles que esa es la razón.

—Entendemos lo que nos quiere decir, doctor —dijo Goya—. Nosotros solo estamos haciendo nuestro trabajo. Analizamos hechos, buscamos pistas e investigamos. Hasta ahora, esto es solo eso, una investigación. No hemos dicho que su esposa asesinó a Paula. Para hacer eso necesitaríamos pruebas contundentes, irrefutables. Y, por el momento, no las tenemos. Pero le mentiríamos si le dijéramos que su esposa no es una sospechosa. Si está seguro de la inocencia de su esposa, solo déjenos hacer nuestro trabajo. ¿Entendido?

—Sí... —respondió el doctor, desconcertado.

—Por lo tanto, vamos a tener que interrogar a su esposa Viviana.

—Está bien. Yo les daré mi dirección y le avisaré yo mismo sobre su visita. ¿Esta misma tarde?

—Cuanto antes, mejor —respondió Castillo.

—Una última cosa, doctor —intervino Castillo—. ¿Dónde se encontraba usted la noche en que la víctima fue encontrada, hace tres noches?

—A ver... —decía Casas, que ya se veía exhausto— Esa noche la pasé jugando póquer con unos amigos. Llegué tarde a casa.

—¿Y su esposa? —preguntó Goya.

—Diría que la pasó en casa.

—¿Puede probarlo?

—No tengo manera de probarlo —decía el doctor, a quien las preguntas le parecían inauditas— porque no hablé con ella. Pero si hubiera salido me hubiera avisado.

Luego, Federico Casas llamó a su mujer. Primero le preguntó sobre ese agarrón que tuvo con Paula, del cual los inspectores hablaban. Por sus expresiones y por lo que decía, Goya y Castillo pudieron deducir que, por un lado, el doctor no sabía sobre esa visita de su esposa a la actriz; y por el otro, que su esposa no negaba el hecho, es decir, que reconocía haber tenido

un claro altercado con la actriz. Esto daba un poco de esperanzas a los investigadores que, sin confesárselo mutuamente, se empezaban a sentir perdidos en el caso.

Después de una discusión telefónica con su esposa, el doctor Casas le informó que los inspectores pasarían por la casa para hacer unas preguntas, que por favor los recibiera y que iban en camino.

Cuando los inspectores abandonaron el consultorio, la imagen que se llevaron del doctor era de suma consternación y alarma.

CAPÍTULO 17

La casa de la familia Casas parecía tan lujosa y grande como la de Antonio Luque. Pero su arquitectura era totalmente opuesta. Una casa grande, tradicional.

Cuando los inspectores llamaron a la puerta, una voz lejana, y con un mal humor evidente, les pidió que esperaran un momento. Cuando por fin abrieron la puerta, los recibió una mujer vestida casualmente, pero el casual de los grandes centros comerciales y las casas internacionales de ropa. Llevaba puesto lo que en esa temporada se había estipulado como casual. Su mirada era como la de alguien que espera en una cola para el banco. Como si la espera innecesariamente larga en la puerta no hubiera sido suficiente, ahora la disposición de la mujer le confirmaba, sin lugar a dudas, que la presencia de los inspectores no era bien recibida.

—Ustedes deben ser los policías que vienen a preguntarme cosas —dijo Viviana Casas.

—Inspectores —dijo Goya— Guillermo Goya y Aneth Castillo.

La mujer reparó en la apariencia de Goya y ni siquiera intentó disimular el disgusto, aun cuando el hombre había logrado bañarse y ponerse otra ropa esa mañana, al salir de su apartamento. Aneth siempre se preocupaba por lucir decente y profesional, pues le preocupaba que no la tomaran en serio. Pero tampoco iba muy lejos en los detalles para arreglarse. Sin embargo, al lado de Goya, a la esposa del doctor casi le pareció ver refinamiento.

—Vaya —dijo la mujer—, no sabía que habían mujeres policía tan bonitas y bien arregladas.

—Usted debe ser Viviana Casas —dijo Aneth.

—La misma —respondió—. Pasen.

El piso de la sala parecía de mármol. Las paredes eran blancas y estaban adornadas con cuadros de frutas o paisajes. Al fondo se podía ver un patio con el césped perfectamente podado y muebles de mimbre. En la sala, los muebles eran de diseño moderno y blancos, también.

—¿Y bien? —dijo la anfitriona— ¿Qué quieren saber?

—Nos gustaría —dijo Goya— hacerle una serie de preguntas relacionadas con Paula Rosales.

—¿Esa trepadora? —respondió ella, ofendida— ¿No se había suicidado?

—¿Entonces —dijo Aneth, muy seria— está al tanto de la muerte de Paula Rosales?

—Claro. ¿Qué creen, que no veo las noticias o qué? Ese es mi marido a quien no le gusta mirar televisión ni escuchar la radio. Yo no soy mi marido. Mi marido es mi marido y yo soy su esposa.

—¿Es cierto —continuaba Castillo— que el día anterior a su muerte, usted tuvo un altercado con Rosales?

—¿Altercado? —dijo Viviana, riéndose irónicamente— Nos peleamos, si eso es a lo que se refiere.

—¿Por qué razón? —preguntó Goya.

—Pues, porque la zorra esa quería quitarme a mi marido, el papá de mis hijos, los hijos que yo le di. ¿Le parece poco? Yo vi la cantidad de veces que lo llamó y los mensajes que le mandó, la muy maldita. No le importó que ya él se hubiera olvidado de ella, ni que estuviera casado y con hijos. ¿Qué se cree? Había escuchado que iba a estrenar algo en el Teatro Imperial. Y me fui hasta su propio camerino a decirle las cosas como son, en su propia cara. Por poco le doy su merecido, pero se atravesó una de sus amigas.

Aneth no podía creer lo que escuchaba. Esta mujer dejaba ver, sin tapujos, el odio encarnizado que sentía hacia la difunta. Con todo, trataba de guardar la compostura. De a

momentos, mientras la escuchaba, miraba furtivamente a Goya, para ver su reacción. Y a juzgar por la reacción, el jefe Goya permanecía inmovible.

—¿Cómo conoció a Paula Rosales? —preguntó Goya.

—Nunca la conocí, realmente —dijo Viviana, un poco más calmada—. Nunca nos presentaron como tal. Sabía que salía con Federico, porque yo ya lo conocía a él por entonces. Después, cuando él y yo empezamos a estar juntos, sabía que ella lo buscaba insistentemente. Sabía el dolor de cabeza que significaba para él.

—¿Está al tanto de que Paula Rosales fue encontrada muerta el día después del altercado entre ustedes?

La mujer los miró por un momento en silencio.

—¿O sea que no se suicidó? —preguntó ella.

—Hay fuertes indicios que sugieren que fue asesinada —dijo Goya.

—Pues me alegra —replicó ella, enfáticamente— que la hayan matado. Seguramente se lo buscó, solita. Ciertamente se lo tenía merecido.

La mujer volvió a detener su discurso un momento. Luego sonrió.

—¿Ustedes creen que yo la maté? —preguntó, finalmente, casi riéndose.

—Solo estamos haciendo unas preguntas, señora Casas —dijo Castillo.

Esta vez, Viviana soltó unas carcajadas.

—Pues —dijo luego—, no saben el gusto que me dan al crearme sospechosa de la muerte de esa zorra.

—¿Qué hizo en la tarde y noche del día que Rosales fue encontrada muerta? —preguntó Goya.

—Estuve todo el día en casa. Ese día no tenía trabajo. Federico iba a pasar la tarde en una reunión del hospital y luego iba a reunirse con sus amigos. Así que yo decidí disfrutar de mi día también, dejé a los niños con su abuela, le di el día libre a la criada y pasé la tarde y la noche a mis anchas, en mi casa, tomando vino, escuchando música.

—¿A qué se dedica? —preguntó Aneth.

—Soy odontóloga —respondió la señora Casas.

—¿Hay alguien que pueda corroborar que usted estuvo aquí en la noche? —preguntó otra vez Castillo.

—Supongo que no. Pasé todo el tiempo sola. Mi esposo llegó muy tarde, en la madrugada. Cuando trabajas, estás casada y tienes hijos, tener tiempo para ti sola es un privilegio muy raro. Hay que aprovecharlo cuando se tiene.

A Aneth se le hacía cada vez más difícil aguantar el tono de superioridad de la esposa del doctor. Hubiera deseado decirle que tampoco tiene casi tiempo para ella, que ha estado en medio de tiroteos, durante horas, que ha perseguido narcotraficantes, que ha salvado niños. Pero todo eso, ya lo sabía, era inútil.

—Si no tienen más nada que preguntar —dijo luego la señora Casas—, me gustaría que termináramos la sesión. Tengo cosas que hacer.

Sin más nada que agregar y un poco estupefactos por el personaje que acababan de interrogar, los inspectores abandonaron la casa de la familia Casas. Y ambos estaban muy confundidos. Los dos subieron al auto y salieron en dirección a la estación.

—¿Soy yo sola —dijo Aneth, mientras conducía— o esa mujer está loca?

—Parece una narcisista de primera —comentó Goya— ¿Crees que ella lo hizo?

—Pues no parecía que le faltaban las ganas —admitió Castillo.

—Exactamente. Pero no está todo lo demás.

—Pero debes admitir que está raro eso de no poder corroborar su presencia en la casa esa tarde. Su esposo tampoco.

—Entonces, estaríamos hablando de que la esposa cometió el crimen y el marido está ayudándola a encubrirlo.

—Es una posibilidad.

—Hay demasiadas posibilidades —dijo Goya, exhausto—. Pero no creo que ella se mostrara tan segura si fuera la asesina, ni tan abierta con respecto al odio que siente por Rosales.

—La hipótesis de Luque como culpable no parece tan descabellada ahora, ¿no? —recordó Castillo.

—En comparación... No —admitió Goya.

CAPÍTULO 18

En la estación de policía, Goya y Castillo se encontraban en el salón de conferencias analizando toda la información que tenían con respecto al caso Rosales. Con ellos también se hallaba Oliver Márquez, el forense que realizó la autopsia, a quien Goya había llamado para reunirse en la estación.

Resumiendo, tenían seis sospechosos: Nathan Smith, Catrina González, Antonio Luque, Iván Ruiz, Federico Casas y su esposa Viviana. De todos ellos, quien mostró con mayor intensidad una aversión por la víctima y una intención de agresión, era Viviana Casas. Aunque tenían muchas reservas al respecto, era ella la que sumaba más elementos incriminatorios claros. Junto a ella, su esposo jugaba un papel que todavía no quedaba muy claro y existía la posibilidad de que él mismo la hubiera matado. Después de todo, se sabe que Rosales lo buscaba con desesperación y que ella recibió al asesino en ropa interior, casi desnuda. En segundo lugar, muy a pesar de Goya, estaba Antonio Luque, a quien Castillo daba por culpable, más por una corazonada que por una prueba. Ahí mismo se encontraba luego Iván Ruiz, a quien la misma Castillo admitía tan sospechoso como Luque, debido a la extraña relación que tenía con Rosales y, también, al hecho de que la víctima fuera asesinada de la misma forma que el personaje de Ruiz debía matarla, en la obra de Smith. Después ubicaban a Catrina “Nina” González, aparente confidente de Rosales, quien llevaba más tiempo conociéndola de todo el grupo de sospechosos. Aunque no había ningún elemento incriminatorio, resultaba sospechoso que suministrara información importante a destiempo. Por último, estaba el director Nathan Smith, quien en apariencia tenía mucho que perder con la muerte de Rosales, pero quien tenía también una fascinación por ella que lo llevó a escribir, durante años, toda una obra de teatro.

Si veían los datos de la manera más neutral posible, los inspectores sabían que la mayoría eran conjeturas y que lo que brillaba por su ausencia eran las pruebas contundentes.

El ambiente era de cansancio. Ya era tarde y llevaban horas pasando una y otra vez por los mismos datos. Aneth y el jefe Goya, quienes se encontraban desde temprano haciendo interrogatorios, cabeceaban del sueño. Márquez por su parte, analizaba nuevamente el informe que había realizado, junto con las fotografías del cuerpo, y lo contrastaba con otros informes de muertes parecidas. A medida que revisaba más informes, Márquez podía notar un patrón inequívoco: las víctimas que habían muerto por asfixia mecánica por estrangulamiento, y que presentaban marcas y daños en el cuello muy similares a los presentes en el cuello de Rosales, en todos y cada uno de los casos, habían sido asesinadas por un hombre de entre veinticinco y treinta y cinco años de edad. Había casos en donde, a pesar de ocasionar la muerte, las marcas y daños eran menores; y sin embargo, en estos casos no todos los culpables eran mujeres. También habían hombres, pero de una constitución mucho más delgada de lo normal, algunos con perfiles depresivos y poca masa muscular.

Al confirmar que el patrón era lo suficientemente sólido y robusto, Márquez despertó a los inspectores para explicarles el descubrimiento. En un primer momento, las observaciones del forense parecieron alegrar a los inspectores. Pero el momento pareció fugaz y dio lugar a nuevas dudas. Ahora Viviana Casas debía ser descartada del cuadro. Ni hablar de Nina González. A regañadientes, Goya tuvo que admitir que el candidato que más se ajustaba era Luque, seguido por Ruiz. Goya también tenía un instinto, un poco atrofiado ahora por los años de alcoholismo y drogas. Pero el instinto le decía que, en tal caso, Ruiz era el culpable y no Luque. Pero si lo escuchaba aún más detenidamente, su instinto le decía que no estaban viendo las cosas bien y que faltaba algo, un detalle, y que ese detalle era lo que le iba a dar forma a todo el conjunto, dibujando el retrato preciso y detallado de un solo y verdadero culpable. Sin embargo, se guardaba estas impresiones para sí mismo.

El día había sido muy largo. Todos decidieron darlo por terminado. De nuevo, el jefe Goya pidió a Aneth dejarlo en su casa y llevarse su auto. Cuando dejó a Goya en su edificio, ambos quedaron de acuerdo en que al día siguiente investigarían por separado y que se reunirían nuevamente en la noche, en la estación de policía, a discutir los hallazgos y hacer algo con respecto a una acusación formal. El alcalde había empezado a presionar al comandante Sotomayor. Aunque el propósito de manejar mediáticamente una hipótesis de suicidio era evitar una bola de nieve informativa que terminara echando a perder la investigación, los días pasaban y los avances eran menores. Empezaba a correr el rumor de que Rosales en verdad había sido asesinada y, la policía, con los casos de uso ilegítimo de la fuerza que se iban acumulando en aquellos días, estaba quedando muy mal parada. En el peor de los casos, al alcalde no le importaba imputar a cualquiera, aunque no fuera el verdadero asesino, con tal de tener un culpable.

CAPÍTULO 19

Aneth se despertó tarde. Eran las once de la mañana y estaba un poco alarmada por la hora. Por suerte, antes de dormirse pudo determinar qué sería lo primero que investigaría. Se había dado cuenta de que todo lo que había escuchado de la víctima, Paula Rosales, eran relatos e impresiones de otros. Hasta ahora no se había dedicado a conocer algo sobre la vida de la víctima. Al menos esas versiones superficiales que circulan por internet, las cuales, en el mejor de los casos, cuando menos mencionan o aluden a hechos concretos.

Había un tema en particular que le interesaba sobre Rosales y era su relación con los orfanatos, tanto su experiencia creciendo en uno como, ya mayor, su involucramiento en la creación de lo que llamaban casas hogares.

Al levantarse, buscó algo que ponerse para salir a la calle. Se vistió y salió a una tienda de víveres, donde compró unas frutas y verduras. Volvió a la pensión y se dirigió a la cocina. Sacó los productos de las bolsas, separó algunos y guardó el resto en la nevera. Tomó los que había separado, los lavó y los picó. Luego los metió en una licuadora con un poco de leche y yogur. Encendió la licuadora y esperó a que todos ingredientes quedaran bien mezclados, con un color uniforme. Tomó la licuadora y sirvió todo el contenido en un termo grande. Luego lavó el recipiente, volvió a colocarlo en su lugar y subió a su habitación con el termo.

Arriba, dispuso la portátil para trabajar y bebió un buen trago del termo. Cerró los ojos y disfrutó un momento del sabor. Después colocó el termo al lado de la portátil, acercó esta a sí un poco, abrió un buscador y escribió en el campo de búsqueda “orfanato familia”. Los resultados arrojados no fueron muy alentadores. No todos se relacionaban realmente con lo que buscaba y los que tenían algo que ver, tenían información muy vaga. Curiosamente, varios de los enlaces estaban relacionados con Rosales, refiriendo los años que pasó en el lugar y, luego, cómo ella y otro niño del orfanato fueron adoptados por los ancianos vascos.

Al darse cuenta de que esta información iba a requerir algo más que internet, Aneth decidió buscar más información sobre “Familia Casa Hogar”. Entonces comenzó a revisar entrevistas y reseñas sobre Rosales y la fundación. En una entrevista, leyó que Rosales le había puesto “Familia” en homenaje al orfanato que la había albergado durante los primeros años de su vida. A través de algunas reseñas, se enteró de que algunos de los empleados en la fundación habían estado en el antiguo orfanato, ya sea como huéspedes, es decir, como huérfanos, ya sea como antiguos empleados del viejo orfanato.

Aneth recordó entonces a Chapulín, el niño de La Paila, y, sin quererlo, recordó a la niña Castro, esa niña que salvó en las afueras de Aborín y que había experimentado el horror de escuchar cómo un hombre asesinaba a su madre y a su hermanito, mientras ella estaba encerrada en un baño de su casa. Entonces pensó en lo azarosa que es la vida, mezcla extraña de azar y voluntad, de azar y hacer. Por azar había entrado al cuerpo policial, por una apuesta que hizo con su padre, quien por ese entonces seguía vivo. Por hacer estaba donde estaba ahora, en la capital, inspectora Aneth Castillo, resolviendo el caso de la muerte de una diva. Aneth entonces se preguntaba qué hubiera pensado de ella si la hubiera conocido en persona, si acaso era una persona buena o mala, si realmente se había buscado esa suerte. De pronto, de haberla conocido, no le hubiera importado si vive o muere, ni encontrar el culpable de su asesinato. Pero, de pronto, era una persona que había perdido algo, muy temprano en su vida, algo que, desde entonces, empezó a buscar en todos lados, en el amor, en el teatro, en personajes de mentira, en las máscaras, en el sexo, en los amarres y los golpes de vara, en los bofetones. Y, por último, en unas manos que la estrangulen. En la muerte misma. Se preguntó entonces qué valor pueden tener las emociones, si realmente no te pueden preservar del mundo y, más importante, de uno mismo. ¿Acaso habíamos hecho que el mundo cambiara tan rápido que ni nos dimos cuenta? ¿Acaso la vida se transformaba a tal punto que nuestra mente apenas puede saber que hay un cambio, sin saber cuál, y nuestro cuerpo queda

atrapado en el pasado de sus reacciones químicas, de los antiguos genes, de órganos ancestrales que nos heredaron los peces, los reptiles y, en última instancia, los primates? ¿Cuál es el cuerpo que pide este nuevo mundo, qué mente, qué emociones?

Aneth no suele hacerse estas preguntas, pero las cosas por las que ha pasado abren puertas que no se vuelven a cerrar. Cuando recién acababan de apresar al asesino de los Castro, el viejo inspector de Aborín se acercó a ella, quien estaba claramente consternada. Solo se sentó a su lado, sin decir una palabra. El inspector ya se había retirado, pero estaba al tanto del caso y al escuchar que una patrullera de 26 años había logrado dar con el asesino se sintió obligado a llegar a la escena. Después de compartir el silencio por un rato, Aneth le preguntó al anciano:

—¿Cómo sabes cuándo retirarte? ¿Cuándo ya has visto suficiente?

—Lo sabrás —respondió el viejo—. Simplemente lo sabrás.

Unos años antes había escuchado a su padre decir algo muy similar, pero por razones completamente distintas. Es cierto que le llamó la atención escuchar a Pedro recitar la típica letanía de las personas mayores, quejándose de sus dolencias corporales a la vez que aluden al paso inexorable del tiempo. Aunque estaba acostumbrada a escucharlo quejarse de algo o alguien, fuera su espalda, una rodilla, un político, el gobierno, el mundo... Pero su discurso siempre tenía un objeto claro, un contexto pertinente, una razón de ser. Pero aquella tarde lo escuchó diferente. Mucho más tranquilo, transparente, hasta sereno, un calificativo que, propiamente, ella nunca le había podido atribuir a su padre. Hablaba como si estuviera fuera del tiempo, como si lo que dijera pudiera desprenderse de cualquier evento, o como si todo el universo humano germinara de lo que decía. Esta vez no había un contexto preciso del cual se derivara la intención de sus palabras, ni un objeto particular que le diera consistencia. A veces lo escuchaba decir “cuando ya no esté”, o concluía diciendo “lo que me quede de vida”. También lo sintió mucho más cariñoso. Aneth nunca sintió falta de afecto por parte de su padre pero, después de su adolescencia, era ella quien tenía que buscarlo, abrazarlo o darle un beso en la frente. Ese día fue al revés. Era él quien se mostraba atento, quien le dedicaba palabras y gestos de afecto. También llevaba meses sin verlo, es verdad. Se acababa de mudar con su novio, su primera relación seria, y solo le había dedicado a su padre una que otra llamada telefónica para que estuviera tranquilo y supiera que ella estaba bien. A la vez que experimentaba por primera vez cómo era vivir con una pareja, también conocía ese extraño sentimiento que surge cuando te das cuenta de que tus padres también envejecen. Lo vio dócil y vulnerable. Por un instante hasta llegó a sentir un ligero rechazo por su despliegue de afectividad y su semblante demasiado humano. Y por ese instante que ni siquiera duró un segundo, por ese sentimiento que ni siquiera llegó a dominar su ánimo, todavía se siente culpable. Volvió a visitarlo un par de veces más y se comportó de la misma forma. Una semana después de la última visita recibía una llamada de su tía, diciéndole que su padre estaba sufriendo un derrame cerebral y que iba con él en la ambulancia. No se pudo hacer nada. Cuando Aneth le preguntó a Pedro por qué seguía repitiendo que le quedaba poco tiempo, que cómo podía saberlo, Pedro solo respondía, “uno lo sabe, uno simplemente lo sabe”.

El celular de Aneth suena. Le ha llegado un mensaje de texto. ¿Será que el jefe Goya ya encontró algo interesante? Cuando mira la pantalla, es un número que no reconoce al comienzo. El mensaje dice: “Sé que esta semana se cumple otro año de la muerte de tu padre. Solo quiero que sepas que estoy pendiente de ti y que si necesitas hablar siempre cuentas conmigo”. En este momento no puede lidiar con Vicente. No sabe ni qué podría decirle ni cómo. Lo único que tiene claro por el momento son unos cuantos nombres, un par de direcciones y muchas preguntas.

La primera parada es la casa hogar más cercana, la última que Paula Rosales inauguró personalmente. En el camino piensa en lo mucho que el trabajo puede ser una excusa

perfecta, casi para lo que sea. Sobre todo estando en una relación. El antídoto para cualquier duda, la cura cuando el abismo se asoma. ¿Qué abismo? El de las personas, el que cada quien guarda y trata de esconder. Los primeros días después de la muerte de su padre estaba en completa negación. Entendía el hecho, entendía lo sucedido, pero todavía no lo comprendía. No sentía su ausencia. En su corazón era como si Pedro se hubiera ido unos días de vacaciones. Hasta que una mañana por la radio sonó una canción que tenía muchos años sin escuchar. De hecho, solo la habría escuchado en grabaciones dos o tres veces, cuando mucho. Se la había enseñado la única novia que le conoció a su padre, cuando ella todavía cursaba primaria. Se llamaba Gabriela y, excluyendo a su tía, fue lo más cercano a una madre que tuvo por entonces. Se la enseñó para que se la cantaran juntas a Pedro en su cumpleaños. Incluso después de que Gabriela y él se separaran, Pedro le siguió pidiendo a Aneth que la cantara por un par de cumpleaños más. Luego, aunque ya no se lo pedía, ella podía escucharlo de vez en cuando tarareando la melodía. Así, esa mañana, mientras empezaba a recorrer la ciudad con su compañero, algo más de una semana después de la muerte de Pedro, Aneth escuchó por la radio esa melodía, tan familiar, que decía: *poniendo la mano en el corazón, quisiera decirte al compás de un son*. Casi de inmediato sintió un nudo en la garganta y las lágrimas inundando sus ojos. Las imágenes nítidas de esos días despreocupados la asaltaron apenas reconoció la melodía. Por fin había comprendido que su padre se había ido y que no volvería más, que no escucharía otra vez su voz de tierra y raíces, que no vería sus manos manchadas y ásperas. Entonces, a su pensamiento empezaron a llegar todas las preguntas que alguna vez quiso hacerle pero que, por cualquier excusa u otra, nunca le hizo; preguntas sobre su madre, sobre el amor, sobre la vida adulta, sobre las cosas que te cambian para siempre. Ahora, mientras estaciona el auto, se le ocurre que, si estuviera vivo, le preguntaría para qué sirve la culpa.

En la entrada preguntó por América Herrera y le dijeron que se encontraba en el patio con un grupo de niños. Aneth atravesó pasillos con paredes casi inmaculadas por los cuales se filtraba el sonido de gritos y risas de infantes jugando. Pensó qué idea de familia tendrían esos niños, si algo que involucra muchas personas o acaso una sola. De pronto ni siquiera tienen una idea, así sea vaga, de lo que esa palabra significa. ¿Pero qué tan diferente es su propio caso? Solo una persona había estado ahí para ella durante toda su vida, continuamente y sin interrupciones. Quizá estos niños puedan pensar en más de una persona. Quizá en ninguna.

En el patio hay varios grupos de niños. Algunos parecieran seguir actividades dirigidas, otros juegan a su antojo. Del otro lado, ve a una mujer que parece tener la misma edad que ella y es la que más se parece a la de las imágenes que vio por internet. Está con un pequeño grupo de niñas, tejiendo. A medida que se acerca, advierte que las fotos que vio en su portátil no le hacen justicia a su rostro. Sus rasgos le dan la impresión de delicadeza. Por alguna razón se acuerda de Nina. Pero la delicadeza de esta mujer es completamente diferente, emana de ella naturalmente, sin esfuerzo alguno. Puede ver que no lleva maquillaje y aunque hay algo de salvaje, de indomable, en su aspecto, también hay un cuidado. Pero no un cuidado de la apariencia, sino de la vida. Hay una gracia con respecto a ella, casi un aura. No había reparado en ello, pero ahora, viendo a esta mujer, comprende que la delicadeza y feminidad de Nina es construida. Ya había podido adivinar el tiempo que dedicaba Nina a su apariencia, como ocurre con tantas otras mujeres, como ocurriría con ella misma, de pronto, si hubiera sido criada por una mujer de la ciudad. Pero ahora comprende que hay algo más a la belleza que proporción y mantenimiento. Acaso intuía este saber desde hace mucho. Aneth había rehuido toda su vida de su propia belleza, ocultándola con la falta de maquillaje, con su rudeza y la frialdad en el trato. Le había costado mucho aprender a lidiar con ella, con sus misteriosos efectos, con lo fácil que la gente se deja engañar por ella, sin importar la persona que hay detrás ni sus demonios. Sobre todo porque los primeros burlados, los primeros en

caer en su trampa, son los mismos que la poseen. Pero he aquí a esta mujer que no se muestra incómoda pero tampoco orgullosa de la suya propia. He aquí que no hace gestos ni ademanes para ocultarla, pero tampoco usa artificios para exagerarla o para hacer gala de ella. Como si su belleza y sus defectos fueran productos de su armonía interna, esa armonía que tanto anhela Aneth, entre lo que piensa, lo que dice y lo que hace. Solo con ver cómo las niñas observan a América, y le hacen caso, es suficiente para darse cuenta de que confían en ella y que le tienen mucho afecto. Confianza y afecto. Quizá las cosas que más anhela un alma humana y, a la vez, las más difíciles de lograr y conseguir.

—Buenas tardes —saludó Aneth—. ¿Es usted América Herrera?

—Saluden a la señorita, niñas —dijo América.

—¡Buenas tardes! —respondió el coro de vocecitas.

—Muy bien, niñas —replicó América, sonriéndoles—. Sí, yo soy América Herrera. ¿En qué la puedo ayudar?

—Soy la inspectora Aneth Castillo, me gustaría hacerle unas preguntas sobre la Fundación Familia.

—¿Esto tiene que ver algo con Paula?

Aneth asintió. América dejó a las niñas unas instrucciones y se excusó un momento para pedirle a una compañera que estuviera pendiente de las pequeñas. Luego ambas empezaron a caminar lentamente por el patio. América fue la primera en hablar, lamentándose por la muerte de Paula.

—¿Pero entonces es cierto lo que dicen, que no fue un suicidio? —preguntó ella.

—Me temo que no puedo comentarle nada al respecto —respondió Aneth—. ¿Se comunicaban a menudo?

—No, realmente. Todos los meses hablábamos por lo menos un par de veces, pero siempre relacionado a la fundación.

—¿Cómo la contactó Paula?

—La verdad fui yo la que la contactó. Me había enterado de que estaba detrás de la Fundación Familia por las noticias. Así que me acerqué a la inauguración de la primera casa hogar. Yo soy trabajadora social y el proyecto resonó mucho en mí. Sentí que en lo que a eso se refiere, Paula y yo estábamos sintonizadas en la misma frecuencia.

—¿Estaba al tanto de la trayectoria de Paula?

—Estaba al tanto de que era una actriz que se estaba volviendo famosa, claro. He visto un par de sus películas. Y, pues, sabía que era la misma Paula con la que compartí en el orfanato. Estaba contenta por ella. Fue una sorpresa muy grata saber que estaba detrás de la fundación.

—¿Cómo la recibió? ¿La reconoció de inmediato?

—Le tomó un momento reconocerme. Apenas me vio advertí la sorpresa en su rostro, pero me hizo un gesto con la mano para darle tiempo de recordar quién era. Un momento después me llamó por mi nombre y nos abrazamos.

—La recordaba con cariño.

—Sí. Yo también, claro. Supongo que para las personas que fueron criadas por sus padres desde el comienzo, el reencuentro con una amiga de la infancia siempre es ocasión de alegría. Imagínese para nosotras que pasamos varios años de nuestra infancia en un albergue.

—Claro, me imagino que se pusieron al día. ¿Hablaron largo rato?

—No tanto como me hubiera gustado. Después de hablar con ella quedé con la extraña sensación de saber menos de ella que antes. Me contó que se había comprometido, que tenía varios proyectos andando y que estaba muy ocupada.

—¿No tocaron temas personales?

—Solía preguntarme si estaba a gusto con el trabajo, si me sentía bien. Cuando le preguntaba sobre ella, no compartía nada más allá de “bien”, o “con mucho trabajo”. De vez en cuando compartía un recuerdo de cuando éramos niñas.

—¿O sea que crecieron juntas en el orfanato?

—Sí. Bueno, durante un tiempo. Cuando yo fui adoptada ellos todavía estaban en el orfanato.

—¿Ellos?

—Quiero decir, Paula y Fernando.

—¿Fernando?

—Ahora que pienso en ello, quizá eran hermanos de sangre. Quizá hasta llegaron juntos al orfanato.

Aneth y América se encontraban ahora en la parte techada del patio. Al observar un banco que se encontraba desocupado y un poco más alejado, América propuso sentarse en él, lo cual hicieron ambas.

—¿Qué le hace pensar que eran hermanos?

—Siempre estaban juntos. Me es difícil recordarla a ella sin su compañía. Recuerdos de ese tiempo, quiero decir.

—Cuando dijo que en sus conversaciones, a veces, ella recordaba alguna anécdota, supongo que usted también formaba parte del recuerdo.

—Sí. Durante el tiempo que compartimos en el orfanato éramos casi inseparables.

—¿Y el orfanato permitía que niñas y niños se mezclaran?

—No todo el tiempo, claro. Dormíamos en secciones separadas, por ejemplo. Cuando comíamos también lo hacíamos en mesas separadas. Pero en los ratos libres estaba permitido.

—¿Y Fernando no tenía amigos? Quiero decir, amigos varones.

—Ahora que lo pienso, supongo que tenía muy pocos. A veces los niños lo molestaban y se terminaban peleando.

—¿Tiene información sobre la suerte que tuvieron después que usted se fue?

—¿A qué se refiere?

—Es decir, si sabe cuánto tiempo más permanecieron en el orfanato, si los adoptó la misma persona.

—Algo me contó sobre eso cuando nos reencontramos. Pero era lo mismo que se maneja en los medios. Pero sí, tiempo después que yo me fui, ella y Fernando se escaparon y estuvieron un tiempo en la calle, hasta que el matrimonio de personas mayores los adoptó.

—¿Le contó algo sobre lo que le ocurrió a Fernando?

—Lo único que comentó es que una mañana salió a comprar algo y más nunca volvió. Ella todavía era pequeña y lo que recuerda es que hablaban de secuestro, quizá tráfico de menores.

Un par de niñas se acercaron a América, para mostrarle cómo iban quedando sus tejidos. Aneth los miró y le pareció que en realidad estaban quedando muy bien. Por alguna razón, recordó el bolso que vio en el apartamento de Rosales que tanto le había gustado. América las felicitó y las niñas volvieron con el grupo.

—¿Le gusta tejer? —preguntó América.

—La verdad es que no tengo ni la más mínima idea de cómo hacerlo.

—Su trabajo no es muy diferente a la actividad de tejer y es mucho más difícil.

—Es una idea interesante. ¿Lo hace desde hace mucho?

—Sí. Desde niña.

—¿Aprendió junto a Paula?

—No. La verdad es que fue junto a Fernando. La cocinera del orfanato, Fausta, ella nos empezó a enseñar a Paula y a mí, pero al final fuimos Fernando y yo los que tomamos la actividad.

—¿Fausta Evangelista? —preguntó Aneth, que tenía ese nombre en su lista.

—La misma, sí. De hecho, ella está trabajando en otra de las casas de la Fundación Familia. Paula misma me dijo que le había costado ubicarla.

—¿Pero por qué el interés en ella?

—Fausta fue la persona más cercana a nosotros en el orfanato. Fue como nuestra madre. Yo imagino que ella la quiso ubicar en caso de que necesitara un trabajo bien pagado.

—¿Ella continuó en el orfanato después que usted se fue?

—Sí. De seguro ella puede darle más información que yo. Lamento no poder serle de más ayuda. Ahora, si me disculpa, quisiera volver con mis niñas.

—Sí, entiendo. Agradezco mucho su tiempo.

Aneth se levantó para retirarse y después de dar unos pasos, escuchó la voz de América.

—Inspectora.

—Sí, dígame.

—Nunca es tarde para empezar. Digo, si después de todo esto tiene un poco de tiempo libre y le interesa, puede aprender con las otras niñas. Puede que no lo parezca, pero tejer es muy terapéutico. A mí me ayuda a despejar la mente y a pensar de manera más ordenada.

—Está bien —dijo Aneth, con una sonrisa de agradecimiento—. Lo tendré muy en cuenta. Gracias.

Quizá necesita algo así, algo que requiera tacto y cierta delicadeza. Ahora debe subirse al auto y dirigirse al albergue en las afueras de la ciudad.

CAPÍTULO 20

Esa noche Goya entró a su apartamento con la mejor intención de acostarse y dormir hasta la mañana siguiente. Después de todo, ya venía con sueño y, en efecto, se había quedado dormido en la estación. Sin embargo, al acostarse, no hizo más que dar vueltas en la cama, ansioso, durante una hora. Se levantó molesto y se volvió a vestir. No tenía sentido intentarlo más.

Al salir del edificio ya estaba arrepentido de haber rechazado el diminuto trozo de oxicodona que Aneth le había ofrecido antes de irse. Ahora solo le quedaba vagar por el centro buscando un sitio para embriagarse, al menos medianamente. Después de unos minutos caminando, cayó en cuenta de que no tenía cigarrillos y no se le antojaba ningún lugar para entrar.

En una esquina compró un cigarrillo detallado y mientras lo prendía creyó escuchar una melodía familiar que salía de uno de los bares cercanos. Originalmente, era un bolero, pero lo que escuchaba era una versión muy libre del tema, a guitarra y voz. A juzgar por la manera en que ambos elementos interactuaban, debía tratarse de una sola persona, una mujer. No lo pensaba por alguna apreciación negativa. No había torpeza ni en ejecución del instrumento, ni en la interpretación de la voz. Pero la voz era, claramente, la de una mujer, y la guitarra quedaba reducida a la mínima cantidad de notas posibles, solo para darle sentido a los vuelos y expresiones vocales. La voz era algo carrasposa, por momentos abandonaba la melodía y solo hablaba. Para quien no tuviera el oído entrenado en música tropical, la interpretación podría pasar por un tema original. Sin embargo, el que fuera capaz de reconocer la letra sabría que se trata de una versión. Goya camina, buscando la fuente de ese sonido que lo ha hipnotizado. La mujer vuelve a la primera estrofa,

Esperanza inútil, flor de desconsuelo, ¿por qué me persigues en mi soledad?

Goya ubica el lugar y, a la puerta, le da unas últimas caladas a su cigarrillo.

¿Por qué no me dejas ahogar mis anhelos en la amarga copa de la realidad?

El inspector tira la colilla al suelo y la pisa, girando la punta del pie sobre ella. Entonces cruza la puerta.

¿Por qué no me matas con un desengaño?

Desde la entrada no se ve la tarima, cuya visión parece estar obstruida por la barra. El lugar está relativamente lleno pero ve un par de mesas vacías.

¿Por qué no me hieres con un desamor?

El lugar tiene una iluminación tenue, seguramente por el recital que se está llevando a cabo. Goya se acerca a la barra y pide una cerveza.

Esperanza inútil, si ves que me engaño ¿por qué no te mueres en mi corazón?

Toma la cerveza y se dirige a la mesa. Cuando se sienta, la intérprete le da rienda suelta a la guitarra, la cual asume el protagonismo después del coro. Cuando Goya repara en la mujer de la tarima siente, a la vez, sorpresa y espanto, emoción y desconcierto. Era Nina. Llevaba unos tenis blancos, jeans negros ajustados y una camiseta sin mangas roja. Su pelo iba suelto y por vez primera Goya reparaba en lo largo que era. No llevaba tanto maquillaje como las otras oportunidades en que la había visto. Tocaba con una guitarra española con cuerdas de nylon. Su interpretación era impresionante, por decir lo menos, no tanto porque fuera impecable, como porque parecía realizarla sin esfuerzo alguno, prestando poca atención a las posibles equivocaciones. Era como si el instrumento tuviera vida propia y ella buscara sorprenderse con él.

Esperanza inútil, flor de desconsuelo ¿por qué no te mueres en mi corazón?

El jefe Goya recordó que, cuando empezaba la universidad, su hija trató de aprender a tocar guitarra, sin éxito alguno. Decía que sus manos no tenían la fuerza necesaria para mantener los acordes y barras por mucho tiempo. Goya le repetía que quizá se debía a que

estaba intentando con una guitarra española, que son las que tienen el diapason más ancho y el mástil más grueso. Laura no le hizo caso y lo dejó por completo. Pero ve la destreza con la que Nina toca el instrumento, hasta con los ojos cerrados, y no puede dejar de sorprenderse. Ahora recuerda haber visto en su apartamento un estuche de guitarra. Nunca imaginó que la tocara realmente y mucho menos así.

Nina termina la interpretación, agradece los aplausos, anuncia un breve descanso. El bar retoma su iluminación regular. La mujer se levanta de la silla, deja la guitarra en el atril y baja de la pequeña tarima. Cuando llega al bar voltea hacia las mesas. En eso ve a Goya, quien levanta la mano para saludarla. Ella sonríe y se acerca hacia él.

—Hola, cariño, qué sorpresa verte aquí.

—Señorita González, lo mismo digo.

—Ay no, dime Nina, como todos.

—Vaya sorpresa verla aquí, Nina. No sabía que cantaba y tocaba la guitarra tan bien.

—Todas las mujeres tenemos nuestras sorpresas, cariño. Ya a tu edad deberías saberlo muy bien.

—Lo he aprendido a las malas —respondió Goya, entre las risas de ambos—. ¿Te presentas a menudo?

—No tanto como hace años. Lo hago más porque me gusta que por el dinero. Hay cosas que solo salen con la música y el canto y que no puedo expresar a través de la actuación, aunque no lo crea. ¿Vienes aquí a menudo?

—No. Es primera vez que vengo a este bar, la verdad.

—¿Y qué hace recorriendo el centro a estas horas?

—No podía dormir —respondió Goya, en cuyo rostro se veía el cansancio.

—¿Es por el caso de Pau, verdad? —dijo Nina, en cuyo rostro, en cambio, se asomaba la preocupación.

Goya pensó en oxicodona, morfina, naloxona, pensó en su hija y en su esposa. Lo último era el caso Rosales.

—Sí —respondió al fin—. Siento que estamos muy cerca. Pero estamos atascados.

—¿Pero qué hay de la esposa de Federico? Yo juraba que había sido ella.

—Lo siento, pero no puedo hablar de eso.

—Es verdad, cariño. Tú que sales a buscar algo de distracción y vengo yo a agobiarte otra vez con el caso. Cuéntame ¿te parece que canto bien entonces?

—Me pareció increíble tu interpretación de *Esperanza inútil*. Y no lo digo de gratis. He escuchado varias versiones de ese tema. Soy un melómano, especialmente del género.

—¿Ah sí? ¿Te gustan mucho los boleros?

—Y el son, el danzón, la salsa, la cumbia.

—Se me hace que el jefe Goya ha recibido golpes duros del amor.

—Demasiados para mi salud.

Nina rió.

—No cualquier mujer canta boleros como tú. Se me hace que a Nina también la ha golpeado duro el amor.

—Me ha golpeado duro todo y el amor no es la excepción, cariño.

—Supongo que valen la pena los golpes si las caricias fueron mejores.

—Yo solo he conocido los golpes, por desgracia.

—¿Tan mal la han tratado?

—No... No todo ha sido malo, es verdad. Las mujeres me han tratado muy bien. Pero los hombres...

Desde la barra un hombre llamó a Nina y señaló el reloj.

—Bueno, la guitarra me llama —dijo ella—. Te dedico esta, cariño.

Nina tomó la pinta de cerveza de Goya, que ya se había terminado y le hizo un gesto al hombre del bar para que trajera otra. Luego subió al escenario. El público de Nina aplaudía su regreso y las luces volvían a la modalidad de recital. A la mesa de Goya llegó otra pinta de cerveza. Nina tomó la guitarra y se sentó en el banco frente al micrófono.

—Gracias, queridos —dijo—. Esta canción se la quiero dedicar a un amigo de la audiencia.

El jefe Goya levantó la pinta hacia Nina y ella empezó a cantar.

Aunque tú me has dejado en el abandono...

El inspector recordó la primera vez que sacó a bailar a Silvia. Era otra época, eran otros códigos. Se bailaba pegado, pero no se restregaban unos con otros. La música anglosajona se empezaba a escuchar más y más, pero los grandes conjuntos de música del Caribe estaban en su mejor momento. Goya sentía el cuerpo voluptuoso de Silvia, quien minutos antes le hablaba sobre un desamor y los sufrimientos de su corazón, citando versos de poemas y de canciones. Llevaba el pelo corto y quería mostrarle el dedo al patriarcado y a los capitalistas. En ese momento, el todavía joven Guillermo Goya entendió que la atracción entre dos personas se da desde el nivel atómico, pasando por el electromagnético, el químico y que acaso los pensamientos y las emociones se encuentren en ese mismo plano, invisible al ojo humano.

Hacía mucho que el recuerdo de su esposa no lo invadía con tanta nostalgia y melancolía. Y vaya que había hecho mucho para evadirlo. Pero ya estaba cansado de escapar. Ahora hallaba un alivio insospechado en esta tristeza, que de una forma extraña lo anclaba en la realidad y en su propia vida. ¿Qué habían sido los años recientes sino una ensoñación borrosa, una fiebre, un delirio? Goya termina su cerveza y espera que Nina termine su canción. Cuando ella lo hace, él se levanta y, desde lejos, le hace un gesto de agradecimiento, para luego abandonar el bar.

Al salir, compra otro cigarro en la esquina y se lo fuma de vuelta a casa. Al llegar, se desnuda en su habitación y entra al baño. Se da una ducha. Al salir, rebusca en la cesta de medicinas. Dio con dos pastillas para el mareo y se las tomó sin dudar con lo que quedaba de licor en su botella. Eso lo ayudó a cerrar los ojos un par de horas, al menos. Ya amanecía cuando los volvió a abrir y estaba convencido de que no podría volver a hacerlo. La ansiedad le abrió el apetito. Pero antes de comer necesitaba encontrar más naloxona, así que volvió a salir a caminar por el centro.

Mientras caminaba, iba repasando todo lo que sabía sobre el caso. La última información descartaba a las mujeres, al menos directamente. El atacante, el autor material, el asesino, era un hombre. Sin embargo, era posible que Viviana y Federico Casas hubieran trabajado en conjunto, por lo que su coartada tendría que ser investigada con más detalle, buscar inconsistencias, contradicciones. Resultaba obvio el desprecio que Viviana sentía por Paula Rosales, pero Federico Casas no le daba la impresión de ser alguien capaz de quitarle la vida a otra persona. No obstante, había que tomar en cuenta que la entrada al camerino nunca fue forzada, e imaginarse a Paula semidesnuda, recibiendo a Federico, el amor de su vida, no parecía tan descabellado. Al menos, no a primera vista.

Goya sube por un callejón empedrado de pequeños bares, ya cerrados. Atraviesa una plaza, avanza otra cuadra y llega a una casa grande que ha sido restaurada. Atraviesa una sala grande donde hay varias sillas dispuestas en círculo. Una señora se encuentra barriando el piso.

—¿Llegó la doctora? —le pregunta el jefe Goya.

—Don Guillermo —le responde la señora—. Todavía no llega, pero no debe demorar. Usted sabe que a ella le gusta llegar bien temprano antes de la primera sesión. ¿Por qué no la espera ahí en la entrada de su consultorio?

—Eso haré. Gracias, Glenda.

Goya sigue avanzando por un pasillo y se sienta en una de las sillas.

Otro tanto pudo haber ocurrido con Iván Ruiz. Tampoco sería extraño que Paula hubiera recibido a su amante, buscando reconciliarse tras el altercado ocurrido durante el ensayo de ese inquietante final alternativo. Iván sabía que el corazón de Paula ardía por un hombre que no era él. Acaso la discusión los excitó a ambos, Paula le pidió que la estrangulara un poco durante el coito y los celos lo llevaron a ir más allá, a apretar un poco más. Por su complexión física, parece perfectamente capaz de causar el daño físico que presenta el cuerpo de la actriz. Demasiado capaz, quizá. A decir verdad, podía dominar completamente a Paula sin causar todo ese desastre en el camerino.

Después de todo, a lo mejor Castillo tenga razón con respecto a Luque. Debe ser más o menos contemporáneo con el mismo Goya y sabe muy bien que el millonario se encuentra en mejores condiciones físicas. Pero sigue siendo alguien mayor, que ya no tiene la misma fuerza de antes. Ciertamente no la misma que Ruiz o Casas. Paula, que también estaba en óptimas condiciones, pudo hacerle resistencia al ataque, al menos en los primeros momentos. Todo esto sin considerar su obsesión con la actriz y el golpe emocional de haberla encontrado con Ruiz en la cama, todo ello resultando en el rompimiento de su compromiso. Es posible que no planeara matarla, que haya entrado en su camerino buscando una reconciliación. A lo mejor Paula se negó, discutieron y él se dejó llevar por la rabia y la frustración.

Ahora Goya recuerda a Luque mirando desconsolado la tumba de Rosales. Luego mira la hora: seis y cuarto de la mañana. Observa la puerta frente a él y el pequeño aviso que dice “Dra. Méndez”.

Por último, estaba Nathan Smith, de quien Goya menos sospecha. Según los datos en el informe de Castillo, es el que parece menos culpable. Pero él no había tenido la oportunidad de verlo ni de interrogarlo. Puede tener información importante. Después de todo, resultaba inquietante (por decir lo menos) que los cambios que Rosales quería efectuar en el final de la obra tuvieran cierta similitud con su muerte. Estaba decidido, después de esto, Goya le daría una visita a Smith. Por alguna razón, hay algo con respecto a Luque que no termina de encajar. Es posible que Smith aporte un dato importante que apunte hacia su definitiva culpabilidad o inocencia. Eso es, en el mejor de los casos. En el peor, tendrían que llevar a juicio a Luque, sin pruebas claras.

El sonido de pasos acercándose lo saca de sus cavilaciones. Al voltear, observa a una mujer de algo más de treinta, botas negras, jean negro, franela blanca, chaqueta de cuero negra. Lleva gafas oscuras, pelo recogido.

—Don Guillermo, tiempo sin verlo —le dijo.

—Hola, Camila —dijo Goya, con notable vergüenza—. Sí, tenía mucho tiempo sin venir.

—Si le soy sincera, no puedo decir que me alegre de verlo. Sé que viene a pedirme algo —La doctora abrió la puerta de su oficina—. Por otro lado, me imaginé que si me volvía a encontrar con usted, lo vería en peor estado. Ojo, no es que lo vea muy bien tampoco —La doctora entró a su oficina e hizo pasar a Goya.

—Camila, comprendo todo lo que me dices. No es para menos. Tienes razón en todo y, aunque sí vengo a pedirte algo...

—Le dije que no le iba a volver a dar morfina —lo interrumpió la doctora.

—No vengo por morfina —replicó él de inmediato.

Camila Méndez detuvo lo que estaba haciendo y miró extrañada al jefe Goya.

—Tampoco le pienso dar ningún otro opiáceo, don Guillermo.

—Solo necesito naloxona, Camila. He vuelto al trabajo, estoy investigando el caso Rosales. Tengo una nueva compañera, me recuerda a ustedes. Quiero limpiarme, quiero reorganizar mi vida...

La doctora miraba sorprendida al jefe Goya, cuyos ojos se habían enrojecido y cuya voz parecía quebrarse. Nunca lo había visto así.

—Quiero volver a estar en la vida de Laura —finalizó Goya.

Camila suspiró y apartó la mirada, confundida.

—Quiero creerle, don Guillermo. De verdad quiero creerle.

—Hablo muy en serio, Camila. ¿Alguna vez me habías escuchado decir algo parecido?

—No.

—Solo necesito la naloxona para terminar la investigación. Sea como sea, terminará pronto. Te prometo que después de eso volveré acá a terminar lo que empecé hace mucho.

Goya mantuvo la mirada fija en Camila, expectante. Había mucha convicción en sus palabras. Y, por vez primera, todo lo que había dicho lo decía con total honestidad. Realmente quería retomar el control de su vida. Realmente quería volver a ver a su hija.

Algo exasperada, como si ya estuviera lamentando su decisión, la doctora abrió una gaveta en su escritorio y sacó un talonario de recípe médico. Luego tomó un lapicero y escribió en una hoja que después arrancó, para entregársela a Goya. Este tomó el papel y lo guardó en un bolsillo.

—¿Y cómo está Laura? —preguntó Goya, después de un breve silencio.

—Está bien, don Guillermo —respondió ella, tras pensárselo un momento—. Ella está bien.

Goya agradeció a la doctora y salió camino a la farmacia más cercana. La mañana se había instalado por completo y las calles se poblaban de gente y de autos. Goya entró a la farmacia e hizo el pedido, mostrando el papel que le diera la doctora. Pagó por las pastillas y salió en busca de un lugar para desayunar. No tuvo que caminar mucho para encontrar uno. Al sentarse pidió un café y un caldo de costilla. Pasó una pastilla con unos sorbos de café, mientras esperaba por el caldo. Recordó entonces que Aneth le había comentado que Rosales, en algún momento, amenazó a Smith con abandonar la obra. Luego se preguntó qué tan serio se habría tomado el director tal amenaza. A juzgar por lo volátil que parecía ser Rosales, es probable que Smith le haya dado importancia. Pero en dado caso, ¿quién reemplazaría a Rosales?

El caldo de costilla llega y, después de quién sabe cuánto tiempo, Goya redescubre el placer de oler un plato de comida recién hecho. Mientras toma el caldo, piensa que debe volver a repasar, con una mente fresca, toda la evidencia relacionada con la escena del crimen. Ayer fue un día muy largo de trabajo y lo poco que llegó a considerar ni siquiera lo pudo procesar correctamente. Trató de convencerse de que no existía crimen perfecto y de que debe haber un detalle que están pasando por alto. Luego trata de imaginarse a su hija, Laura. Se pregunta cuál será su aspecto actualmente, cómo llevará el pelo, si realmente estará bien. Por el momento no le queda más que creer en Camila.

Cuando termina, sale de vuelta a la calle y espera por un taxi. Momentos después uno se detiene y le pide que lo lleve al Teatro Imperial. Al llegar, recuerda que tenía años sin venir a este lugar. Muchos años. La última vez, de hecho, fue con su familia. Quizá fue por entonces que todo empezó a derrumbarse, las llamadas anónimas que resultaron en la muerte de Pérez, las peleas con Silvia porque ya no tenía tiempo para la familia y, lo más duro para él, su relación con Laura, quien ya era una adolescente, se volvía fría y distante. Por entonces, el Teatro Imperial anunció la presentación de una adaptación sin precedentes de *El Principito*, de Saint-Exupéry. Sabía que era uno de los libros favoritos de Laura. Habían sido muchas las noches que, siendo niña, Laura le pedía que le leyera el libro para dormirse. Claro, era él quien terminaba durmiéndose y ella lo despertaba para que empezara otra vez. Casi con temor y con muy pocas esperanzas, propuso el plan durante una cena. El silencio que siguió a la propuesta le resultó intolerable y deseó morir. Sin embargo, en contra de todo pronóstico,

fue Laura la primera en responder que le parecía buena idea. No lo dijo muy emocionada pero Goya se conformaba con una respuesta afirmativa.

Durante la obra, Goya se conmovió al ver a su hija aguantando el llanto durante la escena del zorro. Paradójicamente, fue entonces que comprendió que su hija había dejado de ser una niña. A la salida, Laura lo abrazó y le dijo “gracias”. En los últimos meses apenas le había dirigido la palabra. Por otra parte, Silvia le sonrió antes de subirse al auto. Ese día, su mundo parecía ir recuperando, poco a poco, el equilibrio. Y así lo creyó. Estaba completamente equivocado, lamentablemente.

Al entrar al teatro se asoma por la puerta principal y advierte que un ensayo se está llevando a cabo. Para pasar inadvertido, decide tomar uno de los pasillos laterales y acercarse al escenario. Las puertas de entrada hacia la zona media de la sala están abiertas. Más adelante, en los asientos cercanos al escenario advierte a un hombre con rasgos caucásicos. Una mujer, mucho más joven está sentada a su lado. Hay otro grupo de jóvenes de pie por el pasillo central, observando la escena. En el escenario puede distinguir a Nina y a Ruiz. Al parecer son los únicos que aparecen en esta escena. Nina lleva una bata de paciente y Ruiz viste de gala. Nina observa por una ventana, dándole la espalda a Ruiz, quien parece querer convencerla de algo. Goya decide dejar la sala e ir tras bastidores.

En el pasillo anterior al escenario observa una foto grande con un texto debajo y flores. Al acercarse, advierte que es una suerte de homenaje en memoria de Rosales. En la foto aparece el reparto original de la obra. De todas las personas que aparecen en la foto, solo reconoce a cuatro. En el medio puede ver a Smith. Viste como un bohemio y abraza por la cintura a Paula y a Nina, de lado y lado. A su izquierda está Nina. Lleva un vestido corto color rojo y tacones azules. A su derecha está Paula, lleva una bata de paciente y está descalza. La bata es justo como la que le vio a Nina en el escenario. Al lado de Paula está Iván Ruiz, con el mismo traje de gala que le vio hace un momento. El jefe Goya decide asomarse nuevamente por la sala.

La sala está totalmente a oscuras, a excepción de un reflector que apunta al escenario. Este ilumina únicamente a Nina, quien sin duda lleva el peso principal de la escena. Viste la misma bata de paciente y va descalza. En una de sus manos carga una pistola y habla sobre la soledad, la incomprensión, la locura y la muerte. Tras ella, en el fondo, bajo una iluminación mucho más tenue, hay otros cuatro personajes, uno al lado del otro, observándola, juzgándola con sus miradas. Entre ellos está Ruiz. También advierte a una mujer que lleva un vestido rojo muy parecido al que lleva Nina en la foto. Lleva tacones de otro color. Goya se da cuenta de que Nina tiene hipnotizados a los compañeros que observan la escena. También a Smith. Las palabras parecieran salir naturalmente de ella. Sus líneas pudieran sonar trilladas muy fácilmente. Sin embargo, genera empatía. Domina el personaje a la perfección.

Goya decide abandonar el teatro y dirigirse a la comisaría.

CAPÍTULO 21

El albergue es apenas más grande que el de la ciudad. Pero tiene mucho más terreno. Llegando a la casa, Aneth alcanzó a ver vacas y caballos. El cielo está nublado pero la lluvia sigue descansando.

Aneth entra a la casa y pregunta por Fausta Evangelista. Le responden que la puede conseguir en la cocina. Asomada por la puerta de la cocina solo ve a una señora sentada en una mesa, comiendo. No hay más nadie en el lugar. Los platos se han dejado secándose. En las hornillas solo hay una olla sopera. Aneth entra en la cocina y el aroma de la sopa hace sonar su estómago. El aroma se le antoja delicioso. No había reparado en el hecho de que todavía no ha almorzado.

—¿Señora Fausta Evangelista? —preguntó la inspectora.

La mujer levantó la mirada. La cucharada que iba a llevar a su boca quedó a medio camino.

—Sí, señorita —dijo, finalmente—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy la inspectora Aneth Castillo. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre Paula Rosales.

Una tímida tristeza se asoma en el rostro de la mujer.

—Claro —dijo, levantándose—. Por favor, tome asiento.

—Lamento interrumpir su almuerzo.

—No se preocupe. Dígame, ¿en qué puedo serle útil?

—Tengo entendido que Paula Rosales la contactó a usted para trabajar aquí. ¿Es cierto eso?

—Sí, inspectora. La señorita Rosales todavía se acordaba de esta humilde servidora cuando empezó con la fundación.

—¿Le ofreció trabajo?

—Sí. En verdad mi trabajo es ayudar a cuidar a los niños. A veces me dejan ayudar en la cocina, como hoy.

—¿Estaba trabajando en otro sitio cuando Paula Rosales la contactó?

—No. Ya a esta edad no hay mucho que uno pueda hacer. Vivía de mi pensión, que no es mucho, pero me alcanzaba lo justo para vivir. A veces trabajaba de niñera.

—¿Y usted conocía a Paula desde pequeña, es cierto?

—Sí, desde el orfanato. Desde chiquita le gustaba actuar.

—¿Trabajó allí todo el tiempo que ella estuvo?

—Así es. Y allí continué trabajando durante un tiempo después que ella se fuera.

—¿También conocía a América y a Fernando?

—Ah, sí, claro. Esos tres iban para todos lados juntos.

—¿Los niños tenían confianza con usted?

—Siempre que podían me acompañaban o me buscaban para preguntarme cosas. A veces me ayudaban en la cocina.

—¿Es cierto que Paula y Fernando se escaparon del orfanato?

—Ay, sí, señorita inspectora. No se imagina la mortificación. Yo me moría de la angustia. No tenía la menor idea de dónde estaban, si estaban bien o mal. Nadie más se preocupaba por ellos, solo yo. ¿Pero quién más se iba a acordar? En esa época había muchos niños en el orfanato, había mucha pobreza en las calles.

—¿Pero entonces sí llegó a saber de su paradero?

Por un momento, la expresión de la señora fue de preocupación. A Aneth le pareció que el tema la estaba poniendo nerviosa.

—El niño, Fernando —dijo finalmente Fausta—. No sé cómo hizo, pero una noche se escabulló en mi cuarto y me despertó. Casi pego un grito del susto. Me dijo que necesitaban

comida, que estaban en la calle pero que habían conseguido un lugar seguro. No sé cómo hice para aguantarme el llanto de la alegría que me dio verlo y saber que Paula estaba bien.

—¿Y no querían volver al orfanato?

—No, ni muertos. Dijo que estaban más seguros en la calle. Que no eran los únicos.

—¿Sabe por qué se escaparon?

Nuevamente, Aneth advirtió que la señora se incomodaba y miraba a su alrededor.

—Por aquellos días, el párroco de la zona empezó a visitar frecuentemente el orfanato. Como se podrá imaginar, esos días las monjas querían hacer la mejor comida de la semana y tener todo el recinto más que ordenado y limpio. Ese día, el párroco elegía alrededor de cinco huérfanos, niños y niñas. Nunca supe bien por qué, pero había llegado a escuchar que eran eventos privados con los patrocinadores del orfanato, en los cuales el párroco hacía una misa.

—¿Patrocinadores?

—Los que ayudaban a mantener funcionando el orfanato.

—¿Y Paula, Fernando y América fueron elegidos una vez?

—Ya para entonces la niña América no seguía con nosotros. Pero sí, Paula y Fernando habían sido elegidos... —Fausta se había detenido.

—Por favor, continúe —le pidió Aneth.

—No sé ni qué decirle, señorita. Al día siguiente Paula y Fernando estaban distintos. De hecho, más nunca les vi esa alegría en los ojos que tanto contagiaban. Apenas comían, apenas jugaban. Esos niños no se podían estar un momento quietos. Algún juego inventaban, algo hacían. Pero después de esa mañana se les veía quietos, sin ánimos.

—¿Sabe lo que les sucedió? ¿Tenía que ver algo con el evento del párroco?

—Nunca me lo dijeron. Pero a la semana siguiente los habían vuelto a invitar. El párroco ni siquiera visitó el orfanato. Al parecer se lo comunicó a la madre superiora y ella se lo dijo a los niños. Y nunca se me quitará de la cabeza la convicción con que Fernando me decía que más nunca volvería a ese lugar y que más nunca dejaría que se llevaran a Paula. Nunca había visto odio en los ojos de un niño, hasta ese día. Al día siguiente habían desaparecido. Jamás me dijeron nada sobre ese evento, pero después de enterarme que se habían escapado, yo me imaginaba lo peor. Desde entonces, más niños empezaron a escaparse del orfanato. Fue una cosa horrible.

—¿Alguna vez volvió a saber de Fernando o Paula después de que él se apareciera en su cuarto?

—Fernando se volvió a aparecer un tiempo después para decirme que los había recibido una señora mayor que vivía sola con su esposo, que estaban bien y que ya no tenía que preocuparme por ellos. No me dijo mucho más. Se fue rápido y más nunca volví a verlo. Años después supe de Paula y lo que había sido de ella por la televisión y las noticias. Hasta lloré de la emoción al saber que estaba llevando una vida exitosa después de tener una infancia tan dura. Y ahora está muerta.

Fausta comenzó a llorar. Trataba de contenerse en lo posible. Aneth le buscó un vaso con agua y poco a poco fue calmándose. La inspectora no podía sacarse de la cabeza al niño Fernando y su misteriosa desaparición. Hermano o guardián, tenía que haber sido una figura muy importante en la infancia de Paula y sin embargo casi no se le mencionaba.

—Señora Fausta, lamento tener que insistir con el tema, pero necesito hacerle más preguntas. ¿Usted recuerda si Fernando compartía con otros niños?

—Muy poco, señorita. Fernando era un niño... especial.

—¿Qué quiere decir?

—Pues... No le gustaba hacer las mismas cosas que a los otros niños. Los niños varones, me refiero.

—¿Qué cosas le gustaba hacer?

—Ahora que lo pienso, él fue el que empezó con eso de actuar. Inventaba escenas parecidas a las de las películas que veían, o de las telenovelas que yo miraba. Él ponía a actuar a Paulita y a los otros niños que estuvieran en el grupo. Pero una vez se intercambiaron los papeles y él hacía el papel de la mujer y Paulita el del hombre. Yo, apenas me di cuenta les llamé la atención, porque así no son las cosas, ¿cierto? También hubo otro día en que yo fui a mi cuarto a buscar algo y lo encontré usando mi maquillaje.

—¿Y qué hizo?

—Pues lo agarré bien fuerte y lo regañé. Pero no le pegué. Pobrecito... Ahora me arrepiento. Pero al día siguiente se desquitó y me dejó encerrada en la cocina. Yo nunca le pregunté, pero sabía que había sido él.

—¿Cómo lo trataban los otros niños?

—Algunos sí eran amigables. Pero había otros que lo fastidiaban, diciéndole que era una niña.

—¿Y esto ocurría muy a menudo?

—No realmente, solo a veces. La verdad es que Fernando era un niño que no dejaba que se burlaran de él. Cuando alguien lo fastidiaba le caía a trompadas con una furia tal que las monjas tenían que separarlos y lo regañaban a él muy duro, pobrecito. Así igualito defendía a Paulita y a América.

—¿Señora Fausta, tiene idea de en dónde podría encontrar una base de datos de los niños del orfanato?

—La verdad es que no lo sé, señorita. Lo dudo. En el orfanato hubo un incendio en las oficinas principales y, según escuché, se perdieron todos los equipos y documentos. Esa fue una de las razones por las que el orfanato terminó cerrándose. Yo para entonces ya me había ido.

Cuando Fausta terminó de hablar hubo un silencio, mientras Aneth terminaba de anotar las cosas más importantes de lo que le decía la señora. De repente, su estómago volvió a crujir, reclamándole el abandono en el que lo tenía. El sonido, que había sido escuchado por ambas, logró soltarles unas cuantas risas. La señora se levantó y sirvió dos platos hondos con la crema de verduras que había en la olla. A Aneth le pareció que un pedacito del cielo se acercaba a ella cuando vio el plato frente a sí.

Entonces ambas tomaron la crema con algo de pan. De vez en cuando, Fausta comentaba lo buena que Paula había sido con ella desde que la volvió a contactar. Decía que la llamaba a menudo para saber cómo estaba de ánimos, de salud, recordándole que le hiciera saber cualquier cosa que necesitara, que no se preocupara por el dinero. También le contó cómo la hacía reír con sus historias de rodajes y anécdotas del mundo del teatro, del cual siempre decía que estaba lleno de locos. Por último, las llamadas casi siempre terminaban con ambas recordando vivencias del orfanato. Fausta comentó que más de una vez quiso preguntarle por Fernando, pero que no lo hizo por pena. Si Paula misma no decía nada, era mejor dejarlo así, dijo. Cuando terminaron, Aneth le agradeció por el almuerzo que le había parecido exquisito. Fausta se despidió de ella abrazándola, diciéndole que, por alguna razón, ella le recordaba a sus “hijas del orfanato”, refiriéndose a América y Paula.

Mientras se dirigía al auto, Aneth pensaba que, apartando a América, Fausta había sido la única persona que realmente había hablado bien de Paula Rosales, la única que hablaba de ella con genuino afecto. América ya le había dado esa impresión, pero muy ligeramente. Al final prevalecía ese sentimiento de desconexión, que era lo mismo que ocurría con los otros. Pero al menos América hablaba de ella como otro ser humano, no como una diva, una diosa o como una idea abstracta. ¿De qué servía tener semejante talento, si al final se convierte en una muralla que te separa del resto? Ah, pero las murallas también sirven como defensa. Quizá Fausta fue el último puente que la unió con el resto de la humanidad, con su centro cálido y familiar. En la mente de Aneth, Paula aparecía como un ser completamente aislado y

solitario, como un sol, como una estrella, incapaz de acercarse mucho a algo sin consumirlo en llamas. Eso era lo que había ocurrido con Luque, sin duda. Se acercó mucho al sol y terminó como Ícaro, destrozado. Aneth sintió tristeza por ella. Acaso también sentía esa tristeza por sí misma, también solitaria.

Ahora recuerda a Vicente. ¿Acaso había querido huir de él? ¿Por qué no había podido contarle lo que realmente había sucedido? ¿Por qué sentía que era su única responsabilidad? La conmoción del caso de la niña Castro la había hecho perder un embarazo que apenas comenzaba. Primero fueron las pesadillas. Y una madrugada se levantó con un dolor intolerable en el vientre. Vicente estaba en el desierto, por trabajo. Aneth tuvo que ir sola a emergencias. Más tarde le preguntarían si sabía que había estado embarazada y que lo había perdido. Nunca pudo decirle a Vicente que estaba embarazada. Se sentía culpable. Se hundía en la depresión. Tenía que esconderse en el baño a llorar. Por entonces supo que en la capital buscaban un inspector e hizo todos los trámites para mover su solicitud. Cuando Vicente volvió ya todo había cambiado. Ella era otra mujer. ¿Por qué no había podido decirle siquiera que estaba embarazada? ¿Temor? ¿Acaso Vicente la dejaría o le pediría que abortara? ¿Acaso no tenía derecho a saberlo? Una vez que ya todo hubo pasado, no tenía sentido comentar nada al respecto. Ya era muy tarde. Paula tenía a Fausta como último puente, como última esperanza. ¿Pero cuál es el puente de Aneth? No Vicente, no si supiera todo esto. El único puente sólido era su padre y hace tiempo que se fue. En este momento, lo más parecido es una estructura fantasmal y difusa llamada Paula Rosales. Este caso es lo único que la mantiene unida al mundo. Su trabajo es lo único que le da sentido a su vida. Al menos por el momento.

Al abandonar el albergue Aneth advierte que, casi sin darse cuenta, se ha ido gestando en ella una corazonada, una intuición, o lo que sea a lo que la gente se refiere cuando dice “simplemente lo sabrás”. Pero no quería hacerse ilusiones todavía. Tomó su celular y llamó a la comisaría. Contactó a Hilario Cota para saber el estado del material de evidencia en el apartamento de Rosales. Este le respondió que todo se encontraba organizado en la sala de evidencias. Luego le pide a Cota que investigue sobre la base de datos del viejo Orfanato Familia y que, de ser posible, compare los informes de incendio de ese orfanato y de la casa de Horacio Vitto. Las quejas de Cota como respuesta la llevaron a edulcorar su voz y hablar de lo cerca que estaban de resolver el caso. El compañero suspiró y le dijo que haría todo lo posible.

Minutos más tarde, cuando Aneth ya se encontraba entrando a la ciudad recibió una llamada. Era Goya.

—Tenemos que reunirnos en la comisaría —dijo él.

—No se imagina cuánto —respondió ella.

Mientras se adentra en la ciudad, Aneth piensa que de pronto este trabajo no sea para ella. Duda. Sí, le da sentido a su existencia porque es lo único que tiene en este momento. Pero quizá no era tan buena como pensaba. No para esto. Posiblemente tenga que reevaluar sus capacidades, sus aptitudes. Si no hay una solución satisfactoria en este caso, a lo mejor debe retirarse y dedicarse a otra cosa. Quizá a los motores y los autos, algo más tranquilo. Pero todavía no todo está dicho. Todavía queda un pequeño tramo que recorrer y acaso ese pequeño tramo guarde sorpresas inesperadas.

A su memoria viene uno de sus recuerdos más viejos, una vez que encontró muerta a una de sus primeras mascotas, un conejito que llamó Teté. Fue entonces cuando aprendió que todo lo que estaba vivo, en algún momento, iba a perecer. Estaba desconsolada y le decía a Pedro que no era justo, que para qué había vida entonces. Pedro le preguntó entonces cuál era su comida favorita. Ella le contestó que la torta de zanahoria que hacía su tía.

—¿Cuánto te gusta? —preguntaba Pedro.

—Mucho, mucho —respondía la pequeña Aneth, que ya cambiaba la cara triste.

—Cuando tu tía te da un pedazo de torta, ¿ese pedazo dura para siempre?

—No.

—Entonces sabes que el pedazo se va a acabar en algún momento.

—Sí.

—E igual te lo comes.

—Sí.

—Y si tu tía trajera un pedazo ahorita, ¿te lo dejarías de comer porque sabes que se va a acabar?

—¡No! —respondía la niña, con absoluta seguridad, sonriendo.

—Te la comerías con mucho gusto, ¿verdad?

—¡Sí!

—¿Quieres ir a casa de tu tía a comer torta de zanahoria?

—¡Sí!

CAPÍTULO 22

El salón se encontraba inundado de evidencia del caso Rosales. Sobre los escritorios reposaban informes de diversa índole, objetos en bolsas plásticas de tamaño varío recuperados de la escena del crimen, fotografías. Las últimas ocupaban también una de las paredes del lugar y parte de un pizarra grande, que también tenía escrito en letra grande y legible pistas sobre el caso. El jefe Goya estaba de pie. De a momentos miraba la pared con las fotografías, la pizarra y los objetos que eran evidencia de la escena del crimen, como si quisiera recomponer la escena en su pensamiento. Aneth, por su parte, parecía muy enfocada en unas cajas que había sobre su escritorio. En las cajas se encontraba la evidencia que había sido recuperada del apartamento de Rosales.

Goya observa con detenimiento las fotos de la escena del crimen. Observa el florero roto, algunos trozos de vidrio esparcidos a la altura del cuerpo de la víctima, otros se pierden entre zapatos y ropa, pero la mayoría se acumulan en un lugar cercano a sus pies, muy cerca también de una mesa algo elevada que a Goya le parece el epítome de lo impráctico por tener las patas muy juntas y delgadas. Seguramente solo servía para el florero y le llama la atención que no haya resultado en el piso también. Quizá el asesino la había vuelto a levantar. ¿Pero por qué razón? ¿Un extraño sentido de culpa? A lo mejor era de esas cosas que simplemente no tenían explicación, como tantas otras en la vida, algo que a Goya le resultaba muy difícil de entender. Durante mucho tiempo soñó con un mundo ordenado, descifrado, inteligible, y guardó secretamente la esperanza de que, oculto en un substrato muy fundamental de la realidad, ese orden podía existir y era accesible. Pero desde hace unos años ha abandonado ese sueño, esa esperanza. Y ese abandono lo había gratificado con una libertad que no había conocido antes, la libertad de no querer entenderlo todo, de no extraer un sentido y un significado a cada evento de su vida. La extraña libertad de la incertidumbre, que no viene sin cierto horror. Ahora Goya observa las flores, las camelias rojas, ya secas, sobre algunos de los trozos de vidrio del florero. También había algo de agua, pero no mucha. Goya buscó por los escritorios y encontró los trozos de vidrio y las camelias. Las últimas estaban más secas que en la foto, claro está. Entonces revisó sus apuntes sobre su visita a Luque. En efecto, el casi viudo recordaba perfectamente regalarle años atrás un ramo con camelias rojas y calateas naranja. Era muy probable que las flores en su camerino se las hubiera dado Luque. Y si ya estaban algo secas, ya tendrían varios días ahí. Quizá se las regaló cuando su relación todavía parecía perfecta. Pero unas flores no se secan así a menos que se las abandone. Al parecer, Luque no era lo más importante en la vida de Rosales. Qué difícil parece poder permanecer en el corazón de alguien. Uno pensaría que lo mejor es tener un ojo atento a este tipo de detalles, estar siempre en guardia. Pero nadie puede vivir así, pendiente de cualquier señal de decadencia, sin volverse loco.

Goya se enfoca en las prendas de vestir. En las fotos observa que algunas terminaron en el suelo, otras apenas colgaban de sus respectivas perchas. Algunas lograron permanecer colgadas y bien puestas, quizá algo movidas. Ahora Goya revisa la ropa que forma parte de la evidencia sobre los escritorios: una bata de paciente, como la de la fotografía que vio en el teatro y como la que llevaba puesta Nina en el ensayo; un kimono largo con motivos orientales, que no parece original, unas prendas de gala, una chaqueta negra de cuero, una bufanda, una sudadera, una franela blanca y unos jeans azules. Logra identificar lo que aparece en las fotos, pero hay prendas que están sobre el escritorio que no se ven en las fotos. Mucha de esta ropa debía ser vestuario del teatro, sino toda. Sale un momento de la sala para pedirle a un oficial que averigüe si el grupo Prosopos posee una modista propia, o alguien que se dedique al vestuario del elenco. Con seguridad debía haber una, o uno.

A continuación, Goya trata de hacer lo mismo con los zapatos: un par de botas negras, que logra identificar en las fotos, en el suelo, cerca del tocador de Rosales, una está caída; un

par de tacones negros que no alcanza a ver bien en las fotos, seguro tapados por la ropa que cayó; un par de tenis blancos, de los cuales solo uno se asoma en las fotografías; un par de tacones dorados, ambos visibles en las fotos, uno cercano a la rodilla derecha de la víctima y otro un poco más arriba, a la altura de la cintura; unas sandalias, de las que solo se aprecian unas tiras largas en las fotografías; un par de mocasines negros, que tampoco se ven muy bien. En las fotografías, del lado izquierdo de la víctima, ve un tacón azul. Goya empieza a rebuscar entre los objetos que están sobre el escritorio, hasta que da con un tacón azul. Sigue buscando, pero no consigue el otro. Luego revisa en los informes el inventario de objetos de la escena del crimen. Lo revisa una y otra vez, pero no hay equivocación posible: es un solo tacón azul, correspondiente al pie derecho. Observa nuevamente el zapato y se da cuenta de que la zapatilla tiene el tacón roto.

La pregunta era obvia. ¿Por qué uno solo? Pero de esta pregunta podían derivarse mil más. ¿Cómo terminó un tacón azul, solitario, en el camerino de Rosales? ¿Acaso era de ella y había olvidado el otro en su apartamento? ¿Era parte de la obra que solo se usara el tacón del pie derecho? ¿O acaso lo había perdido la asesina? ¿Pero no se habían descartado la posibilidad de que fuera una mujer? Tenía que ser alguno de los hombres. ¿Iván Ruiz? ¿Estaría el travestismo también incluido en la lista de juegos sexuales de los amantes? ¿Acaso se sintió denigrado al extremo por las peticiones de Paula e, incapaz de seguir soportándolo, se abalanzó contra ella? Sea como sea, han cometido un error grave al pasar este detalle por alto. Goya se enfurece.

—El idiota de Cota... —dijo en voz alta Goya, exasperado.

—¿Qué sucede? —preguntó Aneth, tras levantar la mirada de los documentos que revisaba.

—El pendejo pasó por alto que se encontró un solo tacón azul. No un par, como el resto de calzados de la escena del crimen. Un solo tacón azul, el del pie derecho. Y, escucha esto, tiene el taco roto.

—El forcejeo... —dijo Aneth, como pensando en voz alta.

—Puede ser. O puede ser que no. Se supone que el asesino es un hombre, pero el idiota se pudo haber equivocado con eso también.

—Calma, jefe. No se desespere. Yo le dejé una tarea a Cota y en cualquier momento entra en la sala. Estoy segura de que hay una explicación para todo.

—¿Por qué estás tan segura?

—Tenga un poco más de paciencia, jefe. Necesito confirmar datos. Siga atando cabos en la evidencia, seguramente van a aparecer más cosas.

Aneth se retiró hacia la ventana y sacó su celular para hacer unas llamadas. Goya suspiró y se dirigió al baño. Mientras orinaba, pensaba en lo que le había dicho a Camila en la mañana. El gusano de la duda se escondía bajo el suelo de su pensamiento. Realmente quería limpiarse, pero tampoco se podía engañar. Lo había intentado varias veces, sin éxito alguno. Y eso que había tenido el apoyo de su hija. Ahora, solo, la dificultad le parecía mayor. Se lava las manos, se moja el rostro y se da palmadas sobre las mejillas, tratando de espantar las dudas. De sus bolsillos saca el recipiente de naloxona y toma otra pastilla.

Goya sale del baño. El oficial a quien le había pedido que averiguara sobre la persona encargada del vestuario de Prosopos se le acerca. Le dice que, en efecto, hay una mujer encargada de ello y le entrega un papel con su nombre y un número de celular. Goya entonces recuerda que Viviana Casas había tenido un altercado en el mismo camerino de Rosales, poco antes de su muerte. Goya vuelve a su escritorio y busca en sus apuntes el número de Federico Casas. La llamada cae y timbra varias veces, pero nadie responde. Luego suena el buzón de voz. Goya cancela la llamada, se pasa la mano por el rostro, se preocupa, suspira y vuelve a llamar. La llamada cae. Timbra una vez. Vuelve a timbrar. Entonces escucha la voz del doctor, quien se excusa por no haberle respondido antes. Se encontraba despidiendo a un

paciente. Entonces le pregunta al inspector en qué lo puede ayudar y se extraña cuando este le explica la razón de su llamada. El doctor le responde que no recuerda que su esposa tenga unos tacones azules y que, si los tiene, no los debe usar mucho. El inspector le pregunta posteriormente si sabe la talla de calzado de su esposa y él le responde que, al menos los que él le ha regalado, son talla siete.

Goya cuelga la llamada sin siquiera despedirse. Observa que Aneth sigue hablando por teléfono y luego busca el tacón azul. Tras verlo con detenimiento, advierte que un número nueve, grande y claro, se muestra en la base del calzado. El inspector suspira y empieza a buscar información sobre la obra *La máscara transparente* en su computador. Entre los resultados aparecen notas de prensa del día. Uno de los titulares lee “La caída de una diva”. Le da un vistazo a la nota y advierte que se menciona la palabra homicidio, su nombre y el de su compañera como los encargados de la investigación. Maldice en su mente a Sotomayor, quien seguro ha dado declaraciones que debió guardarse. No sabe si su esposa y su hija leen la prensa con detenimiento, pero la nota no dejaba a los inspectores muy bien parados. Luego revisa imágenes de promoción de la obra. Al parecer se estrena mañana. Ya sabía que la sustituta de Paula sería la propia Nina, a quien recordaba en la pequeña tarima del bar, cantando boleros. Entre las imágenes reconoce la que vio en el teatro, con todo el equipo involucrado en el montaje y representación de la obra antes del asesinato. Luego advierte otras fotos que, supone, deben ser de la misma sesión, ya que los rostros conocidos llevan la misma ropa, pero en las que aparece Smith con cada una de las estrellas principales de la obra, y otra en la que aparecen solo las últimas, sin Smith. Ahí ve a Ruiz, vestido de gala; a Rosales, con la bata de paciente; cuando Goya observa a Nina, su mirada se aguza. Calzaba unos tacones azules que cuando menos son muy parecidos al tacón encontrado en la escena del crimen.

Entonces vuelve a tomar el tacón. Lo observa y luego mira las fotos donde aparece Nina. No tiene un ojo entrenado para tacones; todos le parecen iguales pero podría jurar que son el mismo. Vuelve a mirar la talla, el nueve grande y visible. De inmediato busca el papel que le había dado el oficial cuando salió del baño. Lo consigue en un bolsillo, toma un teléfono y llama al número que aparece en el papel. Después de unos momentos lo atiende una mujer de voz cordial. Goya le explica quien es, lo que está haciendo y la ayuda que necesita de ella. La mujer le pide que espere. Momentos después vuelve a escucharle y le dice que la talla de calzado de la actriz Catrina González es, en efecto, nueve. Goya le pide un último favor: conocer la talla de calzado de la difunta Paula Rosales: la mujer le indica que la talla de ella era cinco y medio, o seis, dependiendo del tipo de calzado, pero que la primera medida era la más común. Después de confirmar esta información, el inspector le agradece a la mujer y termina la llamada. Se levanta, entonces, para ver revisar los zapatos de Rosales. La mujer no se equivocaba, la mayoría era talla cinco y medio. Al poner el tacón solo al lado de uno de los de Rosales, repara en la diferencia considerable de tamaño. De cinco y medio a nueve hay una gran diferencia. No tanto así, de siete a nueve. Sin embargo, recordaba la estatura de Viviana Casas y no era ni más alta ni del mismo tamaño que Nina. Luego piensa en esta última, recuerda la vez que la vio durante el funeral de Rosales, llevaba también tacones y se veía muy alta; luego recuerda verla cantando la noche anterior, manejando con considerable facilidad el cuello de la guitarra española. Por último, recuerda la vez que se apareció en la estación, toda mojada. Sí, esa vez cojeaba de un pie. Pero no estaba seguro de si era el pie derecho.

Goya revisa sus apuntes sobre la entrevista con Nina. Según su coartada, antes de ir al teatro, donde encontraría el cuerpo sin vida de Rosales, había estado en el gimnasio. Sin embargo, cualquier mención al respecto había sido omitida por Nina en la primera declaración. Y ya había ocurrido antes, haya sido intencional o no. Fue lo que ocurrió con la mención del altercado entre Viviana Casas y Paula. Ahora, Goya se pregunta si no existirá la

posibilidad de que el asesino fuese una mujer. Nina era alta, en buen estado físico. Goya toma la decisión de que debe reunir aquí a Cota, Márquez y a Sotomayor.

Momentos más tarde, los cinco se encuentran reunidos en la sala. En primer lugar, Goya reprende a Cota por el descuido del tacón solitario, que muy probablemente pertenecía a Catrina González y que hubiera encaminado la investigación por otra dirección. A partir de ahí, comenzó a explicar detenidamente lo que fue descubriendo, las razones que tenía para pensar que dicho tacón pertenecía a Nina y les comentó, además, su visita al teatro en la mañana y el hecho de que Nina ahora sería la actriz principal.

—Por lo tanto —decía Goya—, debemos preguntarnos si es absolutamente imposible que una mujer sea la asesina de Rosales. Pensemos en las características físicas de Catrina González. ¿Podiera ella ser la culpable?

—Jefe Goya —intervino Márquez—, estoy de acuerdo en que Cota tuvo un gran descuido con ese detalle, pero he revisado exhaustivamente el informe en el que expone esa idea, así como las fuentes, y coincido completamente con sus conclusiones. Es imposible que haya sido una mujer.

—¿Pero no pudiera ser esta una excepción? —preguntó Sotomayor.

—O es una cosa o es la otra —dijo Cota, quien le entregaba a Castillo un sobre.

Hubo un silencio. Aneth tomó el sobre, lo abrió y sacó de él unos documentos que ojeó rápidamente.

—Creo que, de cierta forma —dijo Aneth—, las dos cosas son posibles.

—Por favor, explíquese, inspectora —dijo Sotomayor.

Aneth reunió varios de los documentos que había estado revisando.

—Vayamos por partes —dijo—. El cadáver fue encontrado en el camerino. Sabemos que la entrada al camerino no fue forzada de ninguna manera y que Rosales tuvo que haber dejado entrar a la persona que la mató, por lo que podemos decir que conocía íntimamente a esta persona. Asumiendo que tuvo que haber sido un hombre, tenemos que descartar a Iván Ruiz porque se encontraba con Nathan Smith en el momento en que Nina encontró a Rosales muerta. Además, tanto Iván como Nathan habían estado con Paula más temprano, trabajando en la obra. Y ninguno perdió de vista al otro después de que Paula abandonara la sala para ir a su camerino. Esto los descarta a ambos como sospechosos. Ellos se habían quedado discutiendo la obra y más tarde escucharían los gritos de Nina. Por lo tanto, en teoría, ellos serían los últimos que vieron a Rosales con vida.

Aneth carraspeó y tomó un poco de agua de un vaso que tenía cerca.

—Por otro lado —continuó—, tenemos a Antonio Luque. Ahora entiendo lo que decía el jefe Goya con respecto a él: tiene el perfil perfecto para ser el culpable. Pero no tiene el fundamental. No estaba en la ciudad en el momento del crimen. Más temprano corroboré con las autoridades del puerto la presencia de Luque. Si pensáramos que pudo haber enviado a alguien para matar a Rosales, ¿a quién? Sabemos que Rosales dejó entrar al asesino. Ningún matón pudo haber entrado de la forma en que, aparentemente, entró el asesino. Eso nos deja con Federico Casas. Ciertamente es que su esposa, Viviana, había tenido un altercado con la víctima. Sin embargo, como mencionó el jefe Goya, el tacón azul no puede ser de ella. Y aunque por un momento consideramos que podrían haber conspirado los dos, ocurre lo mismo que con Luque. Corroboré la coartada de Casas. Sí estuvo con un grupo de amigos durante la tarde, hasta tarde en la noche. Y si le hacemos caso al informe, Viviana no pudo haber sido.

—Inspectora, no sé a dónde quiere llegar —interrumpió Márquez.

—Primero —dijo Aneth—, quiero que se pregunten lo siguiente. ¿Quién nos llevó a mí y al jefe Goya a investigar a Federico y Viviana Casas? Nina. ¿Quién nos llevó a investigar a Antonio Luque? Nina. Smith y Ruiz fueron los únicos que investigamos sin información de ella y a los dos ya los hemos descartado. Más preguntas. ¿De quién es el tacón azul, muy

probablemente? De Nina, quién por demás cojea del pie derecho, eso sí lo recuerdo. Créanme, si se te rompe el tacón mientras apoyas tu peso sobre él, te doblarás el tobillo y te va a doler. Por último, ¿quién fue la primera en ver a Rosales muerta? Nina también.

—Castillo —intervino Goya—, estoy de acuerdo en todo lo que dices, pero los señores aquí descartan que ella haya sido la culpable porque es mujer.

—¡Y ahí es donde todos se equivocan!

—¿Cómo? —exclamaron los cuatro, al unísono.

Aneth se detuvo un momento para retomar el aliento y ordenar sus ideas.

—Como sabemos —dijo finalmente—, Paula Rosales era huérfana y pasó una parte considerable de su infancia en un orfanato. Cuando, más tarde, los Rosales (quienes le dieron el apellido) la rescataron de la calle, también recibieron a un niño. En mis averiguaciones del día de hoy, he podido determinar que este mismo niño, pocos años mayor que ella, también estuvo con ella en el orfanato y hasta se les consideraba hermanos. Este niño fue objeto de burlas muchas veces porque le gustaba hacer las mismas cosas que a las niñas. Le gustaba maquillarse y fantasear con un príncipe azul. Le gustaba jugar a ser actor y actriz y le contagió su gusto a la pequeña Paula. Pero un día, el niño decidió escapar del orfanato y llevarse a Paula con él, después de vivir algo que los perturbó y cambió completamente, según el testimonio de empleados del orfanato. Lo que les sucedió nunca se supo, pero tomó lugar en un evento “privado”, con miembros del clérigo y otros personajes con poder económico que financiaban el funcionamiento del orfanato. Este niño se llamaba Fernando y desapareció tiempo después de que los Rosales los rescataran a ambos de la calle. Por aquellos días, el orfanato sufrió unos daños que arruinaron completamente su estructura administrativa, lo que causó su posterior cierre. Los registros y documentos legales de los niños se perdieron. Es de pensar que los Rosales, que en algún momento gozaron de un gran privilegio económico, tenían muchos contactos en el área legal. La falta de documentos seguramente facilitó la adopción de los Rosales, suponiendo que se tenga a los abogados apropiados.

—Es cierto —intervino Sotomayor—. Por aquellos días el gobierno promulgó unas políticas excepcionales para ayudar a solventar la crisis de niños indigentes que vivió la capital después del cierre del orfanato.

—Exactamente —retomó Castillo—. Pero para entonces ya Fernando había desaparecido, por lo que nunca existió legalmente, ni tuvo el apellido de los señores. Cinco años después, encontramos a una adolescente Paula Rosales empezando su entrenamiento de actuación en un grupo vinculado al famoso actor Horacio Vitto, quien se encontraba saliendo de una mala racha provocada por acusaciones de pederastia. Se cree que las primeras acusaciones, las cuales fueron sin duda descartadas por increíbles, se remontaban hasta tres o cuatro años atrás. En este mismo grupo se hallaba otra adolescente que buscaba formarse en el teatro, Catrina González.

Aneth empezó a buscar en la pila de documentos. Los hombres la miraban a ella y se miraban entre sí con absoluta intriga.

—Cuando visité el apartamento de Rosales —dijo Castillo—, me llamó mucho la atención una gran cantidad de copias de documentos que guardaba en un armario, en su estudio. Buena parte de estos documentos están relacionados a una aseguradora, Seguros Única, que, como supe luego, estaba relacionada con la fundación para niños de la calle que Rosales había creado. Muchos de estos documentos son informes médicos de niños de la Fundación Familia. Lo que no sabía era que esta misma aseguradora tuvo otro nombre y otros dueños, varios años antes, cuando estaba vinculada al orfanato donde Rosales pasó parte de su infancia. Por entonces se llamaba Seguros Vital y era propiedad de la familia Vitto, la misma familia del actor. Entre los documentos, había unos que databan a algo más de cinco años atrás. Pero la fundación de Rosales empezó hace un poco más de un año, máximo dos, y

estos documentos no se referían a ella. Se referían a una persona llamada Fernando González. Los más viejos cubren el monto para tratamiento de hormonas. Y el último, una cirugía muy costosa de cambio de sexo. Buscando con más detenimiento, encontré documentos más viejos, con el nombre anterior de la compañía, relacionados a la misma persona.

Entonces, Aneth separó un documento de los otros y se los pasó a sus compañeros.

—Y mi sorpresa fue total cuando encontré esto. Una copia de un documento legal donde Horacio Vitto se declara como el representante legal y guardián de un tal Fernando González, de catorce años.

El silencio era total. Aneth volvió a tomar agua y sintió nervios, esperando la reacción de sus compañeros, pero estos no decían nada.

—Comparando —continuó ella— el informe del incendio ocurrido en la residencia de Horacio Vitto, y el ocurrido en el orfanato, las semejanzas son impresionantes. Algo me dice que Vitto formó parte del evento que tanto cambió a Paula y Fernando. Toda la evidencia que he revisado sugiere que Fernando González desapareció de la residencia de los Rosales, quizá de forma voluntaria, quizá por amenaza, para vivir en la calle y, para su desgracia, Vitto dio con él de alguna forma. No sabría decir si Fernando llegó a vivir con Vitto todo el tiempo, pero lo dudo. Sin embargo, lo que sí queda claro, por los documentos, es que le interesaba mantenerlo en perfecta salud para poder satisfacer sus propias perversiones con el pobre joven. Seguramente lo vestía, le pagaba una vivienda y alimentación, después de todo, era su protegido. Pero es de suponer que estos documentos legales no estaban en posesión de Fernando. De otra manera, Vitto no tendría como chantajearlo y hacerlo acceder a sus bajezas. Lo cual me lleva a pensar que, en primer lugar, de alguna manera Fernando pudo recuperarlos de las manos del actor; en segundo lugar, Rosales estaba al tanto de todo esto, pues los documentos estaban en su apartamento. El jefe Goya me habló de rumores que decían que el incendio fue producido por el mismo Vitto para desaparecer evidencia que lo vinculara con las acusaciones de pederastia, para luego desaparecer del mapa. Pero, tomando en cuenta todo esto, existe la posibilidad de que fuera Fernando quien, con total perspicacia e incapaz de tolerar la miseria de su situación, matara a Vitto y luego borrara cualquier rastro con el incendio, salvando únicamente los documentos legales que le daban existencia y que quizá le permitirían gozar de una retribución económica. Claro que para entonces ya había más que asumido una nueva identidad. Ya no era Fernando. Ahora era Catrina González.

Aneth podía percibir el desconcierto en los ojos de sus compañeros, en especial Goya y Sotomayor, quienes claramente encontraban a la actriz muy atractiva, pero ahora se hallaban en pugna con sus propios prejuicios. Y en verdad Nina era atractiva. El tratamiento de hormonas y la operación habían dado el toque final. Pero aún conservaba el vigor masculino. Rosales era el testimonio. Pero no le había sido fácil. Después de confirmar sus sospechas con los documentos que guardaba Paula Rosales, Aneth entendió a Nina, entendió su rabia, su desolación, aún peor que la de Rosales, porque, seguramente, si hubiera nacido con un cuerpo de mujer, sus compañeros no tendrían las caras que tienen ahora. Si hubiera nacido con cuerpo de mujer, seguro no hubiera tenido que pelearse tanto con otros niños, ni hubiera tenido que recibir los regaños de tantos adultos, cuando solo trataba de ser ella misma, ella con cuerpo de él.

—Nina tuvo que vivir toda su vida a la sombra de Paula —dijo Aneth—, aun cuando ella fue quien le hizo descubrir esa pasión. El talento y la hermosura de Paula eran completamente gratuitos. Eran dones con los que había nacido. Y sobre todo, había nacido mujer. Pero Nina tuvo que luchar y pelear, literalmente, por esas cosas, solo para encontrar que al final era Paula la que alcanzaba el éxito y no ella. Años y años soportando abusos, cuidando de ella y, a la vez, albergando una envidia secreta. Sus sentimientos encontrados hicieron una bomba de tiempo que explotó cuando Paula decidió volver a la obra, cuando ya el director Smith, como explicó el jefe Goya, preparaba a Nina para el rol principal. Esa tarde seguramente

nunca dejó el teatro, esperó pacientemente a que Paula entrara a su camerino. Ni siquiera se molestó en cambiarse. Tocó la puerta, entró, la observó mirándose al espejo como una diva y no lo soportó. Rompió el espejo del tocador y cuando ella volteó la comenzó a ahorcar con sus manos. Como Rosales se encontraba en buenas condiciones físicas, trató de zafarse, pero Nina la volvió a capturar por detrás, esta vez con sus brazos, y fue allí cuando el tacón derecho se rompió y ambas cayeron al piso, Rosales sobre Nina. Ahí le aplicó todas sus fuerzas, hasta que Paula exhaló el último aliento. Quizá Nina terminó más alterada de lo que esperaba y salió cuanto antes, olvidando el tacón azul roto. Entonces se cambió, salió, dio unas vueltas y volvió al teatro, saludando a Ruiz y al director, para luego montar la escena de descubrir el cadáver de Rosales.

Los hombres habían escuchado con atención y sorpresa todo el relato de Castillo. Lo último que se esperaban era semejante intervención, que produjo en ellos toda una variedad de emociones. Aunque todavía no decían nada, los cuatro estaban de acuerdo en que la hipótesis de Aneth era la más plausible y convincente de todas las que habían ido ensayando a lo largo de la investigación. Revisando los documentos que ella había separado se daban cuenta de que los hechos fundamentales sobre la historia de Nina eran ciertos. Ahora solo quedaba abrir una investigación formal en su contra, como presunta culpable del asesinato de Paula Rosales, lo cual significaba que tenían que ubicarla, ir por ella y detenerla. Mañana sería el estreno de la obra, quizá el momento que ella más había esperado en su vida. Aneth y Goya sabían que Nina no se perdería por nada del mundo ese momento, por lo que estaban seguros de que no escaparía.

—Muy bien, Aneth —dijo Goya—. Me has convencido. Pero si todo lo que has dicho es cierto, o al menos lo más importante, tenemos que escucharlo de ella misma. Tenemos que traerla, interrogarla formalmente, hacer que confiese. Solo así será un trabajo perfecto, un caso resuelto, limpio y pulcro.

—Está bien, jefe —replicó Aneth.

—Dime Goya. Ya basta de usted y de jefe. Me hace sentir más viejo de lo que ya soy.

—Está bien, Goya. Busquemos a Nina entonces.

CAPÍTULO 23

La tarde comenzaba a caer. Durante el día, los vientos habían ido despejando el cielo, poco a poco. Cuando el sol comenzó a despedirse, tuvo a su disposición todo el lienzo celeste para pintar su adiós provisorio, colorido y melancólico. Aún no salía de escena cuando, del lado opuesto, la luna ya hacía su tímida aparición, a la vanguardia de un azul que se hacía cada vez más oscuro, hasta volverse negro. El sol se encargaba de crear un techo, acaso ilusorio, durante el día; pero la luna, por el contrario, insinuaba ese fondo infinito, fondo sin fondo, del espacio estelar. Pero en ese momento, ambos convivían, aunque a la distancia, creando un equilibrio precario, amplificando una frontera donde la noche y el día son simultáneos y crean la más amplia diversidad visual de las veinticuatro horas terrestres. En ese momento, hay una oscuridad más inquietante que la de la noche misma. No es una oscuridad por ausencia de luz, sino por presencia de una luz muy particular. Unas tardes, es una oscuridad que se asemeja al azul; otras, es una oscuridad parda. Pero, en todo caso, el efecto es el mismo: por un momento, las cosas pierden su esencia, su singularidad y parecieran fundirse en esa oscuridad, que no es la de la noche. Esta oculta toda la diversidad, borra todas las diferencias en una misma negrura. Pero la anterior mantiene el mínimo de diferencias, sin eliminar lo múltiple.

Ese es el momento por el que Catrina González vive cada día. Sus sueños más ambiciosos no serían posibles si no fuera por ese momento, por ese breve descanso de las diferencias y de las identidades. Quien vive en la desesperación, quien padece su miseria intolerable, jamás podría soñar con una vida larga si no hallara un alivio, así sea tan solo momentáneo, de sus incesantes golpes. Cada mañana, cuando se miraba al espejo, se felicitaba de lo lejos que había llegado. Solo ella sabía lo que le había costado. Y, sin embargo, el desasosiego no dejaba de merodear las profundidades de su alma. Entonces sentía la ponzoña de la insatisfacción, su veneno casi imperceptible, y enseguida tenía que tomar fuerzas y domar las turbulencias de su espíritu. Solo así podía continuar con su día, solo así podía convencerse de que sus sueños valían la pena y que eran posibles. ¿De qué puede ser capaz una persona para huir de la desesperación? De mucho, sin duda. Eso lo sabía ella muy bien. Acaso sea más preciso decir: de todo, se es capaz de todo. Hay cosas de las cuales no se pueden volver. Hay límites que, una vez transgredidos, desaparecen, borrando con ellos el espacio de legitimidad que indicaban. No se puede regresar a un lugar que ya no está allí, que ya no existe.

Claro, no siempre podía presenciar ese momento, el momento de la transformación vespertina, en que el día se convierte en noche. Pero entonces le bastaba saber que existía, que estaba sucediendo, aunque ella no estuviera ahí para verlo. Le bastaba con estar consciente, de saber la hora, dependiendo de la temporada, del mes, pero que en todo caso nunca era menor a las cinco de la tarde, y nunca mayor a las ocho de la noche. No importaba si estaba en un ensayo o en el tren subterráneo. Podía decirse a sí misma “es hora, está pasando”, y con ello sentir el alivio y la justificación que necesitaba. Por mucho tiempo se tuvo que conformar con saber que ciertas cosas eran posibles, que pasaban, así no le pasaran a ella. Así fue por mucho tiempo su relación con Paula. Que ella fuera feliz, aunque Nina tuviera que vivir en la miseria. Que ella sepa lo que es el cielo, aunque la vida de Nina fuese un infierno. Que ella fuera la niña que Fernando no podía ser, la joven que Catrina aspiraba y, por último, la mujer con la vida que Nina soñaba, una vida de glamur, de viajes, de sesiones de fotos, de fama, de admiradores, de alfombras rojas, de festivales, de entrevistas, de rodajes. Que Paula estuviera en el *spotlight*, aunque el lugar de Nina estuviera muy lejos de él. Pero Paula nunca supo agradecerle todo lo que hizo por ella. Y lo único que Nina le había pedido era que se tomara un tiempo para organizar su vida, que se tomara un descanso de Prosopos, que le diera la oportunidad de tener el rol principal. Después de todo, ya ella era

conocida y ya tenía muchos otros proyectos esperando. Podía prescindir de *La máscara transparente*. Nunca le había pedido nada de corazón, solo esto. Pero ella tenía que creerse una diva, irremplazable, tenía que querer tenerlo todo, como si no tuviera suficiente, no dejar nada para nadie. Si Paula, por quien había hecho tanto, no fue capaz de hacer eso por ella, entonces no podía esperar nada de nadie. Si no podía ser su aliada, entonces se convertía en un obstáculo.

Desde su ventana, Nina presencia la desaparición de ese instante que adora. Había apagado todas las luces de su apartamento para verlo cubrirse por ese manto, que en esta ocasión fue de azules y que ya empieza a oscurecerse. Piensa en la primera vez que sintió esto, cuando todavía no estaba en el orfanato y era una criatura de la calle, indeterminada, que algunos creían que era niño y otros niña, por su pelo, largo y sucio, y por su rostro de facciones delicadas. Recuerda cómo se escabullía a menudo en el Teatro Imperial, donde, por entonces, ensayaba todos los días un grupo de ballet clásico. Recuerda mirar a las bailarinas, como en un trance, hipnotizada por la gracia de sus movimientos. Recuerda verlas maquillarse y arreglarse. Hasta que un día, uno de los productores reparó en su presencia, y la hubieran sacado, sino fuera por una de ellas, la bailarina principal que al conmoverse por su rostro y su pelo largo, le pidió que la dejara quedarse. Esa fue la primera vez que alguien la trató con cariño. Al ver la curiosidad con que la veía, la mujer le limpió la cara y la maquilló, mientras le hablaba en un idioma que desconocía. Esa tarde, después de su ensayo, la bailarina la llevó a su cuarto de hotel para alimentarla, bañarla y darle una ropita más nueva. Mientras la desnudaba para meterla a la ducha, Nina notó su rostro de confusión cuando se dio cuenta de que era un niño. Por un momento, el rostro y la mirada de la bailarina, que hasta entonces había sido solo de compasión y de afecto, pareció de decepción y tristeza. Lo metió a la ducha y salió del baño. Mientras se bañaba, la criatura derramó amargas lágrimas porque pensaba que había hecho algo malo. Cuando salió, encontró a la bailarina sentada en la cama. El amor había vuelto a su expresión. La mujer la abrazó fuertemente, hablando en una voz suave y tierna, diciendo cosas que no podía entender. Fue entonces cuando la criatura reparó en la habitación: toda ella se encontraba bañada en esa luz tenue y extraña, propia de cuando ya se extingue la tarde; vagamente podía distinguir la cama de la mesa de noche, del armario; casi no podía distinguir a la mujer de sí. Todo simplemente se fundía en ese abrazo y en ese sentimiento cálido que producía. Entonces sintió que todo estaba bien. Al día siguiente, la mujer ya se iba a otro país. Dejó a Nina en las puertas del orfanato y la abandonó con lágrimas en los ojos.

El momento se ha ido. Hoy pudo ser testigo de él. Pudo disfrutarlo. Ahora, una noche muy despejada se instala. Una que otra estrella se hace visible, lo mismo que el cinturón de Orión y un punto rojo que se imagina debe ser Marte.

Nina prende una lámpara para iluminar parcialmente la sala del apartamento. Está preocupada. Sabe que los inspectores todavía no han resuelto el caso. Goya no había usado esas palabras textuales la noche anterior, pero por lo menos dio a entender que no estaban nada convencidos de arrestar a Antonio Luque o a Viviana Casas. Debió planearlo mejor, trabajar más profundamente en la incriminación. Con Vitto había sido mucho más fácil. Las circunstancias eran favorables, muy distintas a las presentes. La verdad es que nunca pensó que tendría que matar a Paula. Si le hubieran dicho hace un año que eso pasaría, no lo habría creído. Meses atrás, ya la cosa era distinta. Ella, que conoció a Paula casi toda su vida, sabía muy bien lo mucho que había cambiado en los últimos cinco años, cuando comenzó a hacerse famosa, cuando las llamadas de revistas y de productores comenzaron a rebotar, cuando se vio obligada a comenzar a rechazar propuestas. Esto, en parte, había sido beneficioso para ella, quien sacaba algún trabajo o algún papel gracias a esos rechazos. Claro, nunca como sustituta de Rosales, el papel para el cual hacía la audición. Pero algo era algo. Pero en los últimos meses, se había vuelto intolerable. Ya ni siquiera se molestaba en pretender que le

importaba su existencia y solo la buscaba cuando la necesitaba para algo. Ni siquiera se molestó en felicitarla por su cumpleaños, como una perfecta extraña, ella, que no había hecho más que defenderla y ayudarla durante toda su vida. Paula Rosales ya había muerto. Si no lo hubiera hecho ella, habría sido Iván, quien era incapaz de decirle no, incluso a sus juegos de asfixia erótica. Y si no era él, eran las drogas y el alcohol. Y si no eso, el mismo Luque, cuando se diera cuenta de que no dejaba de engañarlo. Era una bomba de tiempo, un auto sin frenos por una bajada peligrosa, un accidente esperando ocurrir. Ahora Nina piensa que quizá debió esperarla, o mejor dicho, esperar a que ella misma encontrara la muerte. A lo mejor ha cometido un error grave. Ahora se pregunta si acaso Paula guardaba documentos que podían revelar su identidad previa. Ella lo ha desaparecido todo. Para el mundo es, y siempre ha sido, Catrina González.

Un cansancio que parece milenario se asienta sobre Nina. El desasosiego se apodera de su alma. Siempre escapando de algo, siempre encubriendo un secreto, siempre acechada por algo. Quiere acabar con todo. Pero solo después de mañana, solo después del estreno, solo después de haberse parado en el medio del escenario, cerca del borde, y escuchar el estruendo de aplausos resonando en el Teatro Imperial, solo después de ver semejante audiencia de pie, aclamándola. Solo después de escuchar tras bastidores los aplausos y silbidos de la audiencia, pidiéndole que vuelva a salir, y de dejarse agasajar un poco más por su ovación. Únicamente después de que todo ello suceda, entonces que pase lo que tenga que pasar. Si la policía descubre que ella es la asesina, qué importa, con tal que haya tenido tiempo de vivir aquello, una o varias veces. Y si la hiel de la insatisfacción todavía la corroe por dentro, entonces que sea ella misma quien acabe con su propio sufrimiento, que sea ella misma quien asuma la soberanía de su vida al decretar el momento, el lugar y la forma de acabarla. Y entonces todo será silencio, quietud, paz.

Nina se sienta en un escritorio cerca del balcón. Prende su portátil y abre un archivo de texto. Escribe unas líneas y luego guarda el archivo en una carpeta con escritos similares, pero no lo cierra, en caso de que se le ocurra algo más que agregar. Luego abre una gaveta. De ella saca una pistola reluciente. La toma en su mano, siente su peso. Luego la pone sobre el escritorio, saca el cartucho de balas. Está completamente cargado. Lo vuelve a poner y desliza el cañón. Luego la deja sobre el escritorio y piensa que si nada de lo que quiere hacer funciona, este será su último recurso, la solución final. Luego se voltea y mira por el balcón. Observa la silueta de los grandes edificios que se ven al fondo. Toma una libreta y un lápiz, y empieza a dibujar esa silueta. Le provoca seguir dibujando pero está ansiosa. Es el estreno de mañana. Conoce el personaje y sus líneas a la perfección. Sabe que su interpretación es tan buena o mejor que la de Paula. ¿Pero qué tal si al público no le gusta? ¿Qué tal si la sombra de Paula se cierne con más saña sobre ella?

Entonces escucha que tocan a su puerta.

Nina no espera a nadie. Se extraña. Decide entonces mantenerse en silencio. Vuelven a tocar. Quizá sea algún vecino, mejor pretender que está dormida.

Vuelven a tocar a la puerta.

No sabe qué hacer. Se imagina lo peor. Maldice su suerte. Se pregunta por qué no se esperaron a mañana, por qué no le dieron esa oportunidad.

—Señorita Catrina González —grita la voz de una mujer mientras toca la puerta nuevamente.

Nina siente un nudo en la garganta. Se contiene. Sus ojos se llenan de lágrimas y estas empiezan a caer por sus mejillas. Se pregunta por qué. Siente una tristeza infinita y una opresión en su pecho. Maldice la vida, por injusta. Toma el lápiz y escribe algo debajo del dibujo que acababa de hacer.

—¿Está ahí, Nina? Somos los inspectores Castillo y Goya —grita la mujer, del otro lado.

Al parecer, después de todo, no tendrá la oportunidad con la que tanto soñaba. No se parará en el escenario ni mirará la sala llena, la audiencia de pie, no escuchará sus aplausos. Entonces reniega de todo y de todos y los manda al infierno en su pensamiento. Con una mano se limpia las lágrimas, se recompone. No se los va a hacer fácil. Respira profundo.

Vuelven a tocar a la puerta.

—¿Quién es? —grita, con voz fingida.

—Buenas noches, señorita González. Somos los inspectores Castillo y Goya —grita la voz de una mujer.

Sus sentidos se aguzan y la piel se le eriza. Toma la pistola y se levanta. Luego se acerca al pasillo de la entrada pero mantiene cierta distancia.

—Inspectores —dice—, qué pena, ya estaba en cama, dormida, no los puedo recibir ahora.

—Nina, necesitamos hablar con usted —dice Castillo—. Lo lamentamos, pero esto no puede esperar.

Nina ya sabe por qué no puede esperar. Su garganta se seca, el ritmo de los latidos de su corazón aumenta. Conservando la distancia se coloca de frente a la entrada. Toma la pistola con ambas manos y apunta hacia el centro de la puerta.

—Lo siento mucho, cariño —dice—. Pero mañana me espera un gran día. Y muy largo también, tengo que madrugar y necesito dormir. Mañana por la noche los puedo atender con mucho gusto.

Hay un silencio. Nina traga saliva, pero le parece que traga tierra. Todavía no pierde la esperanza de que le den tiempo hasta mañana en la noche.

—Nina —grita Goya—, sabemos que mató a Paula Rosales. Sabemos que usted y Fernando González son la misma persona.

El aire pareciera haber adquirido consistencia sólida. Nina puede escuchar sus propios latidos retumbando en todo su cuerpo. Carga la pistola y escucha dos clic del otro lado de la puerta.

Nina pensó en el abrazo de la bailarina, en las noches que durmió abrazando a la pequeña Paula para protegerla del frío de la ciudad. Por alguna razón, pensó en Goya y en la expresión de deleite en su rostro mientras le dedicaba su interpretación de *Lágrimas negras*.

Entonces abrió fuego, sin clemencia, sin perdón. Los disparos también llovieron desde el otro lado. Las ráfagas atravesaron desde ambos extremos la puerta de la entrada de su apartamento, acompañadas de un estruendo que resonó en todo el edificio e, incluso, en toda la cuadra.

El silencio que siguió solo podía compararse al silencio de un cementerio en una noche sin viento.

CAPÍTULO 24

Aneth únicamente escucha un zumbido en sus oídos. El tiempo parece pasar lentamente. Su cabello tapa parte de su visión. Su espalda se apoya en la pared frente a la puerta del apartamento de González. Sus piernas, ligeramente flexionadas, tiemblan. Solo su brazo izquierdo permanece estirado, apuntando, también tembloroso. Puede ver el humo salir con parsimonia de la punta del cañón. Su corazón golpea con fuerza, un golpe opaco; su respiración entrecortada hace temblar su mandíbula. Advierte que su brazo derecho está flexionado y sangra, pero no siente dolor. Observa nuevamente la puerta. Son numerosos los agujeros de bala que la cubren y hasta le han arrancado pequeños trozos. Haces de luz se cuelan por los agujeros. No es mucho lo que alcanza a ver del otro lado, pero no ve a nadie.

Mira a su lado y ve a Goya en el suelo, aunque parte de su tronco, sus hombros y su cabeza se recuestan de la misma pared. Tiene la mirada perdida, apenas puede abrir los ojos, está cubierto de sangre. Mira más allá con una mirada horrorizada y ve a los oficiales de apoyo entrando por las escaleras. Aneth grita el apellido de su compañero, pero solo escucha un ruido enmudecido dentro de sí y termina de caer de rodillas para saber su estado. Tiene pulso, respira con dificultad. Ella grita pidiendo apoyo médico, unos oficiales llegan a socorrer a su compañero y también a ella, y otros más hacen entrada en el apartamento de González.

Cuando logra ponerse de pie con ayuda el dolor aparece de repente, punzante, en su brazo derecho, en el costado izquierdo de su abdomen y en el muslo del mismo lado. No se explica cómo puede mantenerse de pie o siquiera estar viva. Los oficiales tratan de obstruir el sangramiento que sufre el jefe Goya en su estómago y cerca de su hombro derecho. Él voltea a mirarla y levanta su mano mostrando el pulgar hacia arriba. Aneth experimenta un ligero alivio y asiente. Luego se da cuenta de que un oficial ha estado preguntándole algo y lo aparta con su brazo diciendo que está bien. Es entonces cuando decide entrar al apartamento de González.

Empieza a cruzar la entrada y al fondo ve unos oficiales de rodillas tratando de auxiliar a alguien. Le dan la espalda a Aneth y observan hacia el suelo. Cuando se acerca más los oficiales voltean y al advertir su presencia abren espacio para que ella observe también. En el suelo está Nina, ensangrentada, con varios impactos de bala en el cuerpo. Expulsa sangre por su boca y tiene espasmos musculares. Aneth la observa, pero no siente odio. Cuando Nina se percata que la inspectora está allí, una ligera sonrisa parece adornar su rostro. Entonces tartamudea, trata de decirle algo. Aneth se acerca.

—Parece... —decía Nina, tiritando— que me descubrieron... cariño.

Una gran contracción pareció poseerla y luego dejó de respirar. Ahí estaba, con los ojos abiertos, sin vida. Como también lo estuvo Paula. Aneth se preguntó qué sería de su vida si hubiera tenido que vivir las mismas cosas que Nina vivió. Habrá quien piense que se dejó corromper por el mundo, porque fue capaz de quitarle la vida a otra persona, una persona muy cercana a ella, además. Pero, luego, ¿no pudo también haberse convertido en alguien mucho peor, en un verdadero monstruo? Como aquellos capaces de practicar las torturas más terribles sobre sus víctimas, antes de matarlas. Quizá el pasado de las personas no pueda justificar sus acciones presentes. Quizá no pueda legitimarlas de manera definitiva. Pero al menos puede ayudar a comprenderlas, a darles un sentido. Y eso por lo menos nos ayuda a continuar con nuestras vidas.

Aneth le dio un vistazo a la sala. Cerca del balcón vio una portátil sobre un escritorio. El reflejo en la ventana le mostraba que estaba encendida. Se acercó y observó que un archivo de texto estaba abierto. Lo leyó. Luego vio, a un lado de la portátil, un cuaderno abierto con un dibujo. Tenía algo escrito:

pobre alma en desconsuelo

*que murió con una identidad perdida
y tuvo que convertirse en asesina
para contrarrestar los designios
de la naturaleza*

Luego Aneth se dirigió a la habitación de Nina. Encendió la luz, la cama se hallaba tendida. Encima vio un bolso tejido como el que Paula tenía sobre su cama. Ahora sabe que los hizo ella y que había aprendido a tejer junto a América. El closet estaba cerrado. Lo abrió. Sobre una pequeña hilera de pares de zapatos, vio un tacón azul solitario que correspondía al pie izquierdo. Entonces un par de paramédicos entraron a la habitación y asistieron a Aneth.

CAPÍTULO 25

Al salir del edificio vio al jefe Goya sobre una camilla. Lo estaban introduciendo a una ambulancia, en la cual ahora ella entraba con ayuda de los paramédicos. En el camino, Goya la observaba con algo parecido a una sonrisa. A veces parecía quedarse dormido. Aneth entonces miraba preocupada al paramédico, pero este le decía que iba a estar bien.

Cuando llegaron a emergencias, sacaron de inmediato a Goya y lo llevaron directo a quirófano. Luego bajaron a Aneth y la sentaron en una silla de ruedas. Un enfermero la llevó a una sala general con muchas camillas, la mayoría ocupadas, y la ayudó a acostarse en una de ellas. Momentos después llegó un doctor a examinarla. Tenía una bala alojada en el brazo derecho. Otro disparo había rozado su mejilla derecha, causando un corte superficial. En la zona del abdomen, del costado izquierdo, otra disparo la había rozado, pero el corte en este caso era mucho más profundo. Lo mismo había ocurrido con su muslo. Lo primero que el médico hizo fue retirar la bala de su brazo, lo cual le causó un gran dolor, pero pudo aguantarlo. Tanto en el abdomen como en su muslo tuvo que aplicar puntos. Había tenido suerte. El impacto en su brazo, que era el más grave, requeriría rehabilitación, pero iba a quedar bien. Al dejarla, el doctor le recomendó que permaneciera acostada y descansara. Ella, pensando en el estado de su compañero, ya mayor, no pudo hacerle caso al doctor. Trató de entrar al quirófano pero no se lo permitieron, así que le tocó esperar en el pasillo, donde buscó un lugar para sentarse.

Pasó un tiempo que a Aneth le pareció una eternidad, cuando por fin salieron los doctores del quirófano y tras ellos, Goya en una camilla. Se acercó a los doctores para preguntar por el estado del señor, y estos, advirtiéndole su cercanía, le notificaron que estaba fuera de peligro y que necesitaba descansar. Siguió entonces a los enfermeros que lo llevaron hasta una habitación, pero no la dejaron entrar. Así que, nuevamente, tuvo que esperar afuera. Poco después vio la figura de Sotomayor asomarse al final del pasillo, y tras él, una mujer joven que nunca había visto antes, o que al menos no reconocía. Sotomayor señaló en dirección de Aneth y luego se retiró. A medida que se acercaba la mujer, podía advertir que debía ser más o menos de su edad. Se acercó un poco más y pudo distinguir preocupación e indecisión en su rostro. Cuando llegó a la puerta de la habitación ya Aneth sabía que era la hija de Goya, Laura. Ella trató de mirar por la ventana, pero las cortinas estaban cerradas. No sabía qué hacer, o por lo menos eso le pareció a Aneth.

—Los doctores —dijo— me aseguraron que va a estar bien, pero que necesita descansar.

La mujer la miró, asintiendo con lentitud. Se llevaba una mano a la boca, como si quisiera decir algo, pero sin saber qué.

—Deberías aprovechar y entrar un momento ahorita —dijo Aneth—. No creo que nadie pase.

La mujer volvió a asentir. Respiró profundo y entró sigilosamente a la habitación. Aneth trató de imaginarse lo que podía estar sintiendo en ese momento Laura, pero estaba demasiado agotada y, en su lugar, recostó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Tuvo una breve ensoñación. La despertó el crujir del asiento a su lado. Era Laura. Aneth podía ver que estaba conmovida. Ambas permanecieron en silencio un rato.

—¿Cómo lo viste? —dijo finalmente Aneth.

—Bien —respondió ella—. Está flaco y viejo.

Laura rió y se llevó las manos a los ojos y respiró profundo.

—Tu padre... —dijo luego— ¿Cómo le está sentando la edad?

—Técnicamente —respondió Aneth—, ya no le hace efecto.

Laura la miró extrañada.

—Está muerto —replicó Aneth.

—Dios mío, soy una tonta, lo siento mucho —dijo Laura, avergonzada—. Eso fue muy imprudente.

—Está bien, no tenías por qué saberlo —dijo Aneth.

Aneth se empezó a reír y Laura también.

—¿Lo extrañas? —le preguntó Laura.

—No te imaginas cuánto.

Laura asintió y otra vez parecía que iba a llorar. Estuvieron en silencio otro rato hasta que, finalmente, Laura se levantó.

—Gracias —le dijo.

Aneth la miró, asintiendo. Sin decir más, Laura se retiró. Cuando desapareció del pasillo, Aneth solo podía pensar en cuánto se alegraría Goya al enterarse de la breve visita de su hija. De pronto ni siquiera le creía.

En ese momento, una llamada llegaba al celular de Aneth. Era Vicente. Cerró los ojos y respiró profundo. Caminó por el pasillo y salió a las escaleras. Ya el celular no recibía ninguna llamada y entonces fue ella quien lo llamó. La llamada repicó una vez, dos veces y cuando ya iba a la tercera contestó un hombre.

—Hola... —dijo Aneth con una voz muy tímida— Tenemos que hablar...

EPÍLOGO

“Taxis de mierda”, pensó Goya, después de que uno se negara a llevarlo al centro. A estas horas de la madrugada todos pasan ocupados. Todos dejan los bares o discotecas para volver a sus casas o continuar la borrachera en otro lugar. Y con esta lluvia, mucho peor. Entre tantos bares cercanos a su casa, tenía que sugerir *El Templo de la Música*, el más lejano. Bueno, a fin de cuentas, había que celebrar el reencuentro con los compañeros de trabajo, después de tantos días de ausencia, de los cuales algunos los pasó inconsciente, otros recuperándose de los disparos recibidos en el caso Rosales, y muchos más en rehabilitación. Ciertamente no era la mejor idea visitar un bar acompañado de personas que iban a beber, a solo días de haber sido dado de alta. Pero así es la vida: te suelta pruebas que no esperas. Aneth se había aparecido en la oficina sin previo aviso, cuando todavía le quedaban unos días de permiso, y se mostró entusiasmada con la idea de salir con los compañeros. Algo que definitivamente no se esperaba. Y así era él: si no era capaz de pasearse por la boca del lobo y salir vivo para contarlo, no había trabajo de rehabilitación que valiera la pena. Por eso, a pesar del frío, la lluvia y los taxis de mierda, se siente bien por haber superado la prueba. En toda la noche no ha tocado una sola gota de alcohol. Claro, Aneth y Márquez le habían prometido que no le permitirían beber un solo trago. Solo palabras. Para el estado en que terminaron ambos, sobre todo Oliver, muy bien pudo haber bebido hasta la embriaguez también. Pero pudo controlarse. Se sentía particularmente fuerte de voluntad. Quizá porque existía la posibilidad de invitar a su hija a almorzar al día siguiente. Por fin había logrado hablar por teléfono con ella. Fue una llamada muy corta y su voz era fría. Tampoco había aceptado la invitación. Dijo que lo pensaría, pero para Goya eso era mucho más de lo que podía esperar. Estaba consciente de ello, y eso le daba una alegría que casi sentía como una bendición, porque le permitía valorar cualquier oportunidad de acercamiento, por más mínima que fuese. Pasa otro taxi. Nada.

En fin, todo sea con tal de volver a ver a su hija. Después que Castillo le contara sobre su corta visita, mientras él todavía estaba inconsciente en el hospital, sintió que las dudas con respecto a sí mismo se despejaban y que tenía la fuerza para al menos intentarlo y limpiarse. Claro, todo esto apenas empezaba. La rehabilitación no había sido nada fácil. Primero, porque era el más viejo del grupo, rodeado de niños que tenían más dinero que padres o alguna figura vagamente similar. Y entonces aparecía Camila, con sus preguntas que realmente no eran preguntas. “¿Y si hubiera sido adicto cuando todavía criaba a Laura?” Y, como siempre, tenía razón. Sin embargo, lo que realmente le parecía difícil, y con lo que todavía no terminaba de reconciliarse, era esa parte de resignarse, de rendirse ante algún tipo de poder superior. Ya era suficientemente duro aceptar que no tenía ningún tipo de control o poder sobre su adicción, que era débil, y que esa compulsión era la manifestación de esa misma debilidad y falta de control. Pero de ahí a aceptar que la adicción solo es superable mediante la ayuda de Dios, a quien rezamos porque haga desaparecer esas fallas en nuestro carácter que posibilitan nuestra adicción... eso era un paso muy grande. Además, le parecía paradójico reconocer la falta de control ante la adicción y, a la vez, esperar que otra fuerza sobre la cual tampoco tenemos control alguno la haga desaparecer mágicamente.

“Aleluya”, dice Goya cuando por fin ve pasar un autobús. Al observar las personas y los rostros que le rodean siente un pequeño vértigo. ¿Cuántos años había desperdiciado sintiendo lástima de sí mismo, viviendo en el pasado, abandonado al delirio de los sentidos? Hacer lo correcto siempre es lo más difícil, vaya aliciente. Para incentivos nada como la muerte o, en su caso, una experiencia cercana a la muerte. A veces lo asaltan recuerdos fugaces de la noche en que él y Castillo se pararon frente a la puerta del apartamento de Catrina González y llamaron. Todavía recuerda el sonido metálico de la pistola cargándose al otro lado de la puerta y el frío que lo recorrió al sentir los impactos de bala en su cuerpo. Apenas alcanzó a

sacar su arma y, si acaso, disparar dos o tres veces. Pero lo hizo. El día que mataron a Pérez ni siquiera le dio tiempo de eso. Cuando vio a Aneth sacando su pistola, sintió que otra vez se encontraba en la pesadilla que lo asaltaba tantas noches. Solo trató de llevar a Castillo al suelo, pero entonces recibía los disparos y caía él. Recuerda cierto alivio cuando la vio de pie, con vida, pero también recuerda la inmensa tristeza cuando sintió que se iba sin poder ver a Laura por última vez. Después todo se vuelve borroso: luces, voces, sirenas y más luces. En algún momento soñó que el suceso se repetía, que volvía al apartamento de Nina. Y cuando sintió los disparos, despertó asustado. Por fortuna, Castillo estuvo ahí para calmarlo, para decirle que ya todo había pasado. Nina había muerto en el intercambio. Ella también había resultado herida, pero estaba bien. Sotomayor había dado una rueda de prensa y la noticia circulaba por todo el país. Sin embargo, casi nadie se interesaba en los inspectores a cargo, dijo ella. Goya le respondió que mejor se acostumbraba a eso. El público siempre es ingrato con la policía y, en parte, tenían razón. Es mejor así. Es mejor no alimentar el ego de los oficiales de la fuerza. Si no, se transforman en políticos y de eso ya tenemos suficiente. Goya se contenta de haber visto a Castillo animada, muchísimo mejor que esa última vez. Los días de descanso en Aborín le habían sentado bien, sin duda. Al parecer, pudo resolver lo que tenía que resolver. Ahora Goya revisa en los bolsillos de su saco. Todavía está ahí, envuelto en papel aluminio, un trozo de torta de zanahoria de la tía de Castillo. Lo saca y lo abre. Lo acerca un poco a su nariz y puede percibir un aroma muy agradable. Toma un trozo con sus dedos y lo lleva a la boca, imagina un bosque en un día soleado y fresco, imagina la sonrisa de una madre, el calor femenino. En verdad Castillo no exageraba al decir que era la mejor torta de zanahoria que iba a probar en su vida. Está increíblemente deliciosa. Y más ahora, en una madrugada fría y lluviosa, que le niega los paraísos artificiales de la droga y el alcohol. Ahora los dulces son una de las pocas colgadas que se puede permitir.

Goya se baja por fin en el centro. Todavía hay muchas personas en las calles. La lluvia se ha detenido, al menos por el momento. Comienza entonces a caminar hacia su edificio y, mientras sonríe, se pregunta cómo estará Márquez. Nunca lo había visto tan borracho. La verdad sea dicha, nunca lo había visto borracho para nada. Alguna vez lo habrá visto tomarse un par de cervezas, pero nada más. Qué va. Un hombre demasiado serio y estricto como para permitirse ese tipo de relajos. Su profesión lo exige, también. Pero ya que el mismo Goya no podía beber, Márquez iba a tener que hacerlo por dos o por uno y medio, al menos. Y él mismo se iba a encargar de eso. En parte, Oliver se lo había buscado. No paraba de quejarse del lugar, de los asistentes y sus edades, de la música y la edad de él mismo, del volumen, afortunadamente, él sabía cómo resolver la situación. Solo bastarían unos pocos *shots* de tequila inteligentemente distribuidos, y el resto lo podía hacer la cerveza. Quién hubiera visto a Oliver cuando dejó el bar, cantando, mientras él y Castillo cuidaban de que no cayera al piso.

Ahora Goya pasa frente al bar donde vio a Nina. La recuerda todavía cantando, sentada... ¿o sentado? Técnicamente, sentada, pero... Mejor dejar de pensar en ello. Y pensar que se sintió atraído hacia ella. Todavía Goya no sabe qué hacer con todo ello y solo recuerda el dolor y la soledad que se insinuaba en su canto. Goya se pregunta qué habrá en la tristeza que nos hipnotiza tanto, que nos engancha y hasta nos puede encadenar.

Por fin llega a su edificio. Después de pasar tantos días fuera, siente un cariño renovado por ese pequeño espacio que puede llamar suyo. Vaya que lo tiene descuidado. Apenas ha logrado disminuir un poco el desorden de su habitación. Quiere darle una buena limpieza a todo el lugar, pintar las paredes, botar unas cuantas cosas. Pero, en vez de ello, Goya se quita la ropa, se mete en la ducha y disfruta del agua caliente. Al salir, se tira sobre el colchón y su celular suena. Es Sotomayor.

—Sotomayor —le respondió—, son pasadas las cuatro de la mañana, ¿no puede vivir sin mí o qué?

—Goya —dijo el comandante—, lamento despertarte a estas horas, pero ha habido un incidente en un lugar que estoy seguro que conoces, el Templo de la Música.

—¡Eso fue rápido! —dijo Goya, riendo— ¿Llamó a Castillo? ¿Quién le dijo?

—¿Goya, de qué hablas? —replicó aquél.

—Del incidente. Tenía que ver lo borracho que estaba Márquez, no paraba de decir “no me empujen que yo me caigo solo” —Goya reía otra vez—. Sotomayor, yo sé que está molesto por no haber podido acompañarnos, pero no es motivo para llamarme a estas horas. Llegué hace poco, no he dormido nada.

—¿Estuvieron en el Templo? —preguntó Sotomayor con admonición— ¿A qué hora abandonaron el lugar?

—Hace dos horas, cuando mucho —respondió Goya, cambiando el tono de voz.

—Goya, el cuerpo de Pedro Celada ha sido encontrado sin vida en ese mismo lugar.

Goya exhaló, agotado. Le hubiera gustado dormir al menos un par de horas. Ahora, si acaso Laura acepta la invitación, quizá no pueda almorzar con ella.

—Voy en camino, Sotomayor.

El Asesino del Lago

El caso de Blue Lake (parte 1)

Capítulo I

El despertador suena a las seis y media de la mañana, como todos los días de lunes a sábado. Charles Peterson despierta un poco agotado, pues anoche llegó bastante tarde a su hogar. Mira a su esposa, Grace, entrando a la habitación con el cabello mojado y una toalla cubriéndole el cuerpo, y hace su mayor esfuerzo para levantarse de la cama. Sus hijos, seguramente, todavía no han debido despertar y tienen que ir a la escuela, les gusta mucho dormir. Se pone de pie y busca sus pantuflas. Entra a la habitación de Samantha, la menor de la casa, y le da besos en la cara hasta que la pequeña despierta; luego va a la habitación de Chris, el primogénito, y le susurra en el oído que ya es hora de levantarse. Después de asegurarse de que sus dos hijos están ya despiertos y comienzan a alistarse para ir a la escuela, Charles se da una ducha. Siente las piernas un poco cansadas, anoche corrió demasiado. Cierra los ojos debajo del chorro de agua tibia de la ducha y se relaja un poco. Se enjuaga bien el cabello y sale. Se viste rápido porque ya siente el olor del delicioso desayuno que ha preparado Grace y tiene muchas ganas de probarlo. Ella es una de las mejores cocineras que existen, su comida siempre es deliciosa y ni qué decir de los pasteles que prepara.

En la cocina, la mesa está puesta para cuatro. Grace y los niños comen panqueques con miel, el café de Charles está servido y él se sienta para desayunar junto a su familia. Samantha sigue con los ojos entrecerrados, su papá le da un beso en la frente y la pequeña le responde con un beso en el cachete.

—Anoche tuve pesadillas. No dormí nada bien —dice la pequeña.

—¿Qué soñaste, princesa? —le pregunta Charles.

—Que un hombre lobo entraba por mi ventana. Era muy feo. Tenía la boca llena de sangre y sus ojos eran muy grandes y brillantes.

—Tranquila, mi amor. Esas cosas no existen.

—Lo sé, papá. —Hace un pequeño silencio, luego abre los ojos y pregunta—. ¿Por qué llegaste tan tarde, papito? Cuando desperté, después de ese horrible sueño, te oí entrar.

—Tu papá sale a correr en las noches, Sami. Lo hace para despejarse y para sentirse mejor después de trabajar arduamente —le dice su madre.

—¿Tan tarde? ¿No te da frío, papá?

—No, mi princesa. Lo entenderás cuando seas grande. A veces uno necesita ejercitarse y estirar las piernas.

La pequeña mira a su papá con dulzura y se come el último pedazo de panqueque que tiene en el plato. Mira a su hermano Chris, le saca la lengua y luego se levanta de la mesa.

Chris ya es un adolescente y, como todos los chicos de su edad, no disfruta mucho de las charlas de sus padres; así que se queda totalmente callado durante el desayuno. Grace le cuenta a Charles que Gloria, la mujer del matrimonio que vivía frente a ellos, no puede lidiar con la reciente muerte de Syd, su esposo, mientras viva en aquel lugar, por lo que se mudará. Charles escucha las noticias sin decir mucho. No le gustaba para nada el marido de la vecina. Era un hombre mal educado que no paraba de gritar y que frecuentaba a una muchacha que alquilaba una habitación a pocas cuerdas del edificio en el que vivían. Le daba asco ese tipo mujeriego y desconsiderado. Gloria siempre le simpatizó, pero cree oportuno que ella se vaya a otro lugar para olvidarse de los últimos sucesos.

Luego de desayunar, Charles le pasa su taza vacía, junto con su plato sucio, a su esposa para que ella pueda lavar el servicio, le da un beso en la mejilla y va a cepillarse los dientes. Ya en el baño, se mira en el espejo y se siente muy guapo. Los años no le han terminado de robar todo su encanto. Se pone un poco de perfume en el cuello y se guiña el ojo a sí mismo. Ya listo para ir a trabajar, llama a sus hijos para llevarlos a la escuela antes de ir a la ferretería. Los chicos salen de sus habitaciones; Samantha abraza a su mamá antes de salir del

departamento y Chris se despide fríamente. Salen los tres al mismo tiempo y bajan en el ascensor hasta el garaje, en donde Chris asusta a su hermanita, por lo que es regañado por su padre.

En el auto, Chris se sienta en el asiento del copiloto y la pequeña Samantha va atrás. A esas horas el tráfico ya es bastante molesto, por lo que les quedan largos minutos de viaje. Charles es un buen padre, siempre se preocupa por sus hijos; así que, a pesar de saber que Chris no le va a responder nada, intenta entablar una conversación.

—¿Ya elegiste qué deporte vas a practicar este semestre, Chris?

—No.

—Deberías tratar con el baloncesto. Tal vez tu altura te favorecería.

Chris no le responde absolutamente nada. Mira por la ventana muy callado. Siempre parece estar enojado con él y con Grace.

—Yo quisiera aprender a jugar **raquetbol**, papito —dice Samantha.

—Puedo enseñarte cuando quieras, mi princesa.

Chris se acomoda en el asiento echándolo un poco para atrás y sigue mirando por la ventana en absoluto silencio. Al parecer nunca va a decir nada. Charles está acostumbrado y sabe que es lo normal a esa edad. A veces se enoja bastante por la falta de comunicación de su hijo, pero siempre trata de comprenderlo. En cambio, la pequeña Samantha es una niña sumamente comunicativa y dulce. Todo el tiempo les cuenta a sus padres todas las cosas que le suceden en la escuela, las cosas que sueña y casi todo lo que mira en la televisión. No tienen que preocuparse mucho por ella, al menos no por el momento, saben todo lo que ocurre en su vida. A Grace sí le preocupa un poco Chris. Ella cree que quizá no es feliz, pero su esposo siempre le explica que su comportamiento indiferente es una cosa muy normal a su edad, que es un adolescente y que necesita su espacio para formarse y llegar a la edad adulta.

Después de un largo viaje hasta la escuela, Chris se baja sin despedirse y Samantha le da un beso sonoro en la mejilla a su padre. Charles los ve entrar por la puerta principal y se siente dichoso de tener una familia tan hermosa. Quizá es su recompensa por la difícil infancia que tuvo que vivir. Mira su reloj y se da cuenta de que se ha retrasado un poco y que tiene que conducir rápido hacia la ferretería. Seguramente pronto llegarán los primeros clientes del día y no puede dejarlos esperando.

Lo que más le agrada de su trabajo es que él es su propio jefe y —aunque respeta un horario de trabajo y él mismo se pone ciertos objetivos para cumplir— no tiene un superior que revise todo el tiempo su desempeño ni que le dé órdenes. A pesar de eso, estar todo el día en la ferretería le resulta un poco agotador. Grace hace todo lo que puede para que su esposo no se sienta presionado ni aburrido de la rutina, pues sabe que su trabajo es agotador. Es por eso que lo deja salir a correr en las noches, sin importar la hora a la que se le ocurra, pues el ejercicio aliviana las tensiones y permite que la mente se despeje.

Los domingos la ferretería no abre, y es entonces que la familia entera puede darse un respiro. Normalmente van a comer a algún restaurante bonito y luego dan un paseo por la orilla del lago, pues se encuentra cerca al edificio en el que viven. De vez en cuando, Charles se da un respiro más largo y cierra el negocio un par de semanas, o contrata a alguno de los chicos de la escuela en la que estudian sus hijos para que cuide el lugar. Esas semanas las aprovecha para llevar a Grace y a los chicos de viaje. Algunas veces van a la playa, otras se van a la montaña, y una vez, hace cinco años atrás, se fueron a conocer Grecia. A fin de cuentas, el trabajo en la ferretería resulta bastante provechoso y Charles, agradecido, recompensa a sus seres queridos devolviéndoles el tiempo que no pasa a menudo con ellos. Su mujer agradece ese gesto. Los Peterson saben que son muy afortunados.

Charles comenzó a trabajar en la ferretería cuando tenía trece años. El negocio era de su tío, el hermano de su madre, a quién le decía papá, ya que había sido él quien había cumplido ese rol en su vida. Después de que conoció a Grace, hace unos cuantos años atrás, después de

trabajar ahí casi catorce años, su tío murió con cáncer y fue él quien heredó la ferretería. Es una buena entrada económica, le proporciona dinero suficiente como para mantener a su esposa y a sus dos hijos en un amplio departamento en uno de los barrios residenciales más bonitos de la ciudad. Es por eso que nunca dejará de estar agradecido con su tío, por eso y por todas las cosas que hizo por él mientras vivía.

Hoy Charles se siente un poco aturdido. No ha dormido nada bien y no le ha gustado lo último que ha visto anoche antes de irse a casa. Está preocupado. Entra el primer cliente y deja sus cavilaciones a un lado para atenderlo. Es nuevo, nunca antes lo había visto. Tiene una figura esbelta y delgada, lleva bigote y tiene una piel bastante blanca, parece no ser del lugar.

—Buenos días, señor —lo saluda Charles.

—Buenos días. ¿Qué tal?

—Muy bien, señor, gracias. Dígame, ¿en qué lo puedo ayudar?

—Mire. Necesito unas cuantas herramientas. Una llave inglesa, un martillo, unos cuantos clavos y... creo que de momento eso es todo lo que llevaré.

—Cómo no. Déjeme buscar todo lo que necesita. —Charles busca todas las cosas que el señor le ha pedido, le parecen muy básicas. Le llama mucho la atención el hecho de que ese hombre tenga cierto parecido a su padre, lo cual no le gusta para nada. Trata de evadir ese pensamiento y conversar con aquel caballero que le parece de un trato muy amable. Encuentra todas las herramientas y se las entrega en una bolsa.

—Gracias —dice el hombre mirando fijamente a Charles—. Me gustaría saber su nombre. ¿Usted atiende aquí siempre?

—Sí, señor. Soy el dueño y mi nombre es Charles —se presenta extendiéndole la mano. El hombre imita el gesto y se estrechan ambas manos.

—Un gusto, Charles. Mi nombre es Logan. Soy nuevo en esta ciudad y ando poniendo todo en orden en casa, así que usted me verá entrar aquí una y otra vez.

—¡Qué gusto conocerlo! Estaré aquí para todo lo que usted necesite —afirma Charles soltando la mano del hombre.

—Adiós, Charles. Que tenga un buen día.

—Adiós.

Logan sale de la ferretería y Charles se queda pensando en su fisionomía.

Le parece interesante encontrarse con un señor tan parecido a su padre físicamente, pero de un trato tan cordial. Su padre era un imbécil, no le gusta recordarlo. Mira hacia la calle y ve como los transeúntes van moviéndose de aquí para allá, concentrados en sus pasos, en la hora que marcan sus relojes y algunos en sus teléfonos móviles. Le parece que, de alguna forma, prefiere estar ahí solo, sin tener que correr hacia ningún lugar y sin tener que cumplir con ninguna otra tarea más que la de esperar clientes y atenderlos con el mejor humor que tiene. Siente que lleva una vida bastante cómoda.

Las mañanas suelen ser un poco vacías hasta las once, que es cuando comienzan a llegar más clientes y, entonces, la ferretería trabaja casi sin parar hasta las seis de la tarde. Charles prefiere tratar con las clientas porque suelen ser más amables, pero en general se siente cómodo hablando con todos los clientes. A pesar de ello, siempre termina agotado.

Durante la mañana, Grace limpia el departamento, prepara la comida del mediodía para ella y los niños, la cena para toda la familia y el almuerzo que al día siguiente su esposo se llevará al trabajo. Después se entretiene cocinando algún postre y aún después de eso tiene algo de tiempo para mirar una película o entretenerse charlando con el portero del edificio, que es un hombre muy amable y conversador. Los niños llegan a las dos de la tarde en el bus escolar y es entonces que se dedica a atenderlos. Primero les sirve el almuerzo y tiene que pelear un poco con Samantha para que termine todo lo que le pone en el plato, luego los ayuda a hacer tareas y después, cuando Charles llega cansado a casa, les sirve a todos la cena

y comen en familia. Normalmente los chicos se van a la cama a las diez y media. Es entonces que, algunas noches, su padre se pone ropa deportiva y se va a correr por el malecón hasta altas horas de la madrugada. Grace no se preocupa mucho por eso, le parece que es una buena forma de aliviar la tensión.

Ya al anochecer, Charles llega a casa bastante agotado. Generalmente todas las tensiones del trabajo se esfuman después de que corre un poco, pero el día de hoy sigue abrumado por lo que vio la noche anterior. Se alegra al ver a su esposa y al notar que sus hijos ya han terminado los deberes escolares, pero está muy cansado, por lo que no dice una sola palabra durante la cena.

Mientras escucha a su familia conversar recuerda al nuevo cliente, Logan, quien le evocó a su padre. La memoria de su padre le perturba. Su mujer lo mira compasivamente pensando que tuvo un día muy difícil, él le acaricia la mano y luego de la cena se acuesta en la cama. Esta noche no irá a correr.

Capítulo II

El barrio en el que viven ahora los Peterson, Blue Lake, es realmente encantador. Es verdad que es un poco desolado, pero es bastante limpio. Está emplazado muy cerca del lago de la ciudad y desde el edificio, en el que son propietarios, tienen una vista preciosa hacia el muelle. Las casas y los edificios están muy bien cuidados y, como es un barrio residencial, pocas veces se escuchan los ruidos molestos de automóviles pasando. La escuela y la ferretería se encuentran un poco lejos, pero vale la pena el viaje diario por la comodidad y el descanso que les otorga aquel exquisito departamento.

Los Peterson viven una vida bastante cómoda, a pesar del cansador trabajo que tiene Charles. Todos se llevan muy bien, incluso Chris, que es quien más problemas de comunicación y amabilidad tiene. La pequeña Samantha es cariñosa y dulce y el matrimonio tiene una convivencia armoniosa. Una vez, la hermana de Grace llegó de visita y le comentó que le parecía que Charles tenía una amante y que lo de ir a correr era una excusa, por lo que el hogar entró en tensión; pero pronto volvió la confianza. Grace nunca más volvió a desconfiar de su marido, ya que ella sabe que las corridas nocturnas le sirven para despejar su mente. Además, le resulta bueno que él vaya, ya que cuando llega en la madrugada mete a la lavadora su ropa junto a las prendas de toda la familia. Así, a la mañana siguiente, ella solamente tiene que encargarse de planchar.

Charles, echado en su cama junto a Grace, cierra los ojos y se siente agradecido de poder mantener a su esposa y a sus hijos sin que les falte absolutamente nada. Si Samantha quiere comprarse una muñeca, puede comprarse una muñeca; si Chris tiene ganas de ir de campamento, el dinero no es problema; si Grace mira un vestido que le gusta tras un escaparate, puede comprárselo inmediatamente. Gracias a Dios pudo superar las desgracias de sus padres y salir adelante, por lo menos económicamente. Piensa en todo lo que él logró contrastándolo con los logros nulos de sus padres alcohólicos, y se da cuenta de que le gustaría muchísimo que sus hijos estudiaran una carrera universitaria, que viajaran al exterior y que se convirtieran en mejores personas de lo que él es. Abre los ojos para mirar a su esposa y la encuentra con los ojos abiertos, mirándolo.

—¿Cómo estuvo tu día, cariño? ¿Qué tal el trabajo en la ferretería? —pregunta ella con amor.

—Normal. Sin ninguna complicación, preciosa. —Le acaricia el rostro mientras le responde.

—Me gusta cuando tienes días poco pesados y te acuestas en la cama conmigo, al mismo tiempo. Es lindo charlar cuando los niños duermen y toda la casa está en silencio.

—A mí también me gusta estar contigo y charlar, preciosa. ¿Cómo estuvo tu día? ¿Estás cansada?

—No mucho. Hoy no le dieron tareas a Samantha y Chris fue a estudiar a la casa de uno de sus amigos. Fue un día bastante tranquilo. Samantha y yo fuimos al parque y luego compramos algo de fruta... ¿Sabes qué me contó la frutera? Lo que me dijo me dejó algo apenada.

—Cuéntame. ¿Qué te dijo, mi amor?

—La pobre Gloria está yendo al psiquiatra. ¡Pobrecita! Le afectó muchísimo la muerte de su esposo.

—¡Pobre mujer! Me da muchísima pena, sobre todo porque ese tipo era un hombre horrible y no era un buen marido.

—¿Por qué lo dices? —mira fijamente a su esposo, esperando una respuesta.

—¿Recuerdas cómo lo escuchábamos gritar sin parar? ¡Qué tipo más despreciable! Y lo que más odiaba de él era que engañaba a su mujer con una chica universitaria; lo vi entrar a la residencia para estudiantes, que está a unas cuadras, muchísimas veces.

—Tal vez, simplemente, iba a ayudar a alguno de los muchachos estudiantes, o a realizar...

—¡No! ¡Tenía una amante!

—¿Por qué lo dices? —le pregunta Grace en un tono un poco más serio.

—Yo lo sé, amor. Conozco a ese tipo de hombres. —Le acaricia el rostro. Ella se da la vuelta y se mete entre sus brazos para ser abrazada—. Además, es fácil darte cuenta cuándo tienes a un monstruo como vecino.

—Es una lástima... ¡Pobre Gloria! —dice entre bostezos Grace.

—¿Ya se mudó? —le pregunta Charles con un tono de preocupación.

—Sí... Pero la frutera me contó que suele venir hasta aquí para sentarse en el parque y mirar a los niños jugar. Seguramente ese lugar le trae buenos recuerdos, o simplemente se acostumbró a esta zona.

—¡Pobrecita!

Se quedan en silencio durante un par de minutos, hasta que Grace se voltea para mirar a su marido y retoma la conversación.

—Charles... ¿Tú crees que quizá alguien mató al hombre?

—¿Por qué lo preguntas?

—Es que realmente era un tipo muy horrible... —afirma y después se queda dubitativa—. Seguramente...

Grace se queda mirando fijamente a su marido, piensa en la película que miró en la mañana. A Charles no le gusta esa situación, no le gusta mucho hablar sobre Gloria y menos sobre Syd. Es entonces que la obliga a seguir hablando.

—¿Seguramente qué, mi amor?

—Seguramente aquella chica universitaria de la que hablas se sentía muy apenada por ser la otra... Me parece bastante posible que haya hecho algo para vengarse de ese hombre.

—No digas tonterías, mi amor. La policía encontró el cuerpo del tipo y se llegó a la conclusión de que había sido un accidente. De todas maneras, hermosa, es mejor no pensar en eso... —mira a Grace unos segundos y cambia bruscamente de tema—. Dime... ¿dónde te gustaría viajar este verano?

—Charles... Falta muchísimo para el verano. Recién ha empezado el semestre.

—Lo sé, amor. Pero tenemos ahorros suficientes como para ir a la China por una semana, así que tenemos que empezar a planear.

—¿Para ir hasta China?

—Sí.

—¿Los cuatro?

—No, solamente tú y yo, y seguramente acampando la mayoría de las noches en la intemperie.

—Charles... Me haces reír. —Grace lanza una risita tímida mientras habla, luego bosteza y vuelve a hablar en un tono más cansado—. Ya planearemos un viaje familiar.

Grace vuelve a bostezar después de decir lo último, se queda mirando a su marido con los ojos entrecerrados en silencio y Charles le acaricia el pelo hasta que ella se duerme. Mientras la mira conciliar el sueño vuelve a sus cavilaciones y recuerda al hombre que conoció hoy en la ferretería, Logan. ¡Lo notó bastante parecido a su padre! Le incomodó un poco tener que encontrarse con alguien con una fisonomía tan similar a la del hombre que le arruinó la infancia.

Cuando Charles era pequeño vivía en un barrio bastante pobre, en la misma ciudad, Wundot Hills, muy alejado de la hermosa orilla del lago. Las casitas pequeñas que lo poblaban quedaban construidas en ladrillo, sin pintar, y algunas ni siquiera tenían ventanas

porque sus propietarios no tenían el dinero para terminar de construirlas. Había muchos bares alrededor y no eran bares decentes, sino lugares que frecuentaban exconvictos, ladrones, estafadores, prostitutas y gente de esa calaña. Sus padres no podían pagar un lugar mejor que ese. Charles y sus hermanos crecieron rodeados de maleantes y borrachos que les pedían dinero cuando volvían de la escuela a casa y que, varias veces, los amenazaron con matarlos si no les daban las pocas monedas que llevaban en los bolsillos. No le gusta recordar aquellos tiempos, fueron épocas bastante feas y tristes; pero, algunas noches, esos días vuelven a su memoria impidiéndole alcanzar el descanso nocturno.

Siendo el mayor de sus hermanos, Charles tenía que hacer todo lo posible para lidiar, no solo con sus problemas, sino con los problemas de los demás. Aprendió a cocinar a muy temprana edad porque a veces su madre, perdida en sus lamentaciones y en la bebida, olvidaba hacerlo y él tenía que dar de comer a sus hermanitos pequeños. Algunas veces tuvo que robar para tener dinero suficiente para los cuadernos que le pedían en la escuela o para poder comprar algo de ropa. Se sintió muy mal las veces que lo hizo, pero no encontraba otra salida porque no había dinero suficiente en casa.

Hasta ahora no sabe muy bien de dónde sacaban sus padres el poco dinero que había en la casa para los gastos mínimos, porque ninguno de los dos tenía un trabajo estable. A veces a su madre la contrataban para que limpiara una casa o alguna tienda. Charles no tiene idea, hasta el día de hoy, de qué es lo que hacía su papá durante el día, pues nunca estaba en casa; siempre llegaba muy tarde en la noche, cuando todos sus hermanos ya dormían y él no podía conciliar el sueño. Llegaba borracho y algunas veces le lanzaba unos cuantos billetes en la cara a su esposa. Jamás pudo tener una conversación agradable con él, por lo que no pudo preguntarle qué era lo que realizaba para ganar esos pocos billetes.

El padre de Charles era alcohólico. Todas las noches llegaba borracho y alterado a casa, despertando a la familia entera para repartir golpes. La más dañada siempre era la madre, sobre todo en aquellas noches en que ella también se emborrachaba para olvidarse un poco de sus penas y su marido la encontraba balbuceando en el pasillo, o las noches en las que ella le reclamaba el dinero que faltaba en casa y él le lanzaba los billetes después de dejarla sangrando y golpeada en el piso, llorando de dolor y humillación.

Una noche el padre de Charles llegó a la casa muy borracho, junto a dos prostitutas. Se acuerda bien de las mujeres, eran de aquellas que no pueden verse bien sin maquillaje pero que se maquillan tanto que llegan al punto de ser vulgares. Una de ellas llevaba solamente un abrigo negro sobre su piel desnuda, tenía el cabello rojo y ondulado, y los ojos excesivamente pintados; la otra era rubia y tenía un vestido muy apretado que hacía resaltar las carnes que le colgaban del vientre. Ninguna de las dos le pareció una mujer, eran algo más parecido a payasos diabólicos, o seres despreciables de otra dimensión, seres extraños. Su padre le estaba tocando las tetas a la del abrigo negro cuando él bajó al recibidor, despertado por el escándalo que hacían con sus risas y jadeos. Al ser descubierto recibió muchísimos golpes de parte de su papá, los suficientes como para tener todo el cuerpo moreteado durante un par de semanas.

Su madre poseía un carácter mucho menos explosivo que el de su padre, pero la bebida la dominaba y tenía poquísimos intereses por sus hijos. Casi siempre estaba en casa, desarreglada, con un salto de cama y fumando los cigarrillos más baratos que encontraba. Algunas noches, cuando la invadía la nostalgia y se echaba a llorar, se emborrachaba con licor de mala calidad hasta no poder pronunciar bien las palabras. Era muy denigrante mirarla así, sobre todo cuando estaba embarazada. Charles sentía vergüenza ajena y se daba cuenta, a pesar de ser un niño, de que aquello no estaba nada bien y que la gente no podía comportarse de esa manera.

La última hija que tuvo la madre de Charles, no fue de su esposo. Hasta ahora Charles no sabe quién fue el hombre que embarazó a su madre, pero apenas nació la criatura, su padre,

con el juicio distorsionado por el exceso de alcohol, la asfixió con una bolsa plástica. La pequeña tenía dos días de nacida, aún no decidían su nombre, y entonces aquel hombre inescrupuloso entró gritando a la casa, la arrebató de los brazos de su madre y llamó a toda la familia para que presenciara el espectáculo. Les dijo que se lo merecía por ser producto de una infidelidad. Charles gritaba, pero se sentía impotente y no pudo hacer nada. Nunca pudo olvidarse de esa pequeña bebecita inocente e indefensa que fue asesinada cruelmente por un adulto borracho y furioso.

¡Qué días más horribles! Después de que la pequeña murió, su padre, arrepentido, no bebió durante tres días; se quedó llorando su propio error en casa, sin comer y sin dormir. La cuarta noche volvió a llegar ebrio a la casa y fue entonces que recibió, por primera vez, una patada de su hijo mayor, Charles, quien, en ese entonces, contaba con once años. El tipo entró a la habitación de su esposa, donde se encontraba el pequeño consolando a la mujer por la pérdida, y empezó a golpear la pared. El niño, sintiendo una furia inmensa, se lanzó a patear a su padre, quien se quedó totalmente impávido por la sorpresa. Después de ese día, la actitud de Charles en casa cambió muchísimo. Si su padre se sentaba en la mesa a comer, él se levantaba, si lo escuchaba entrar a casa, cerraba la puerta de su habitación, y ya no prestaba atención a sus reclamos ni a sus gritos en las madrugadas. ¡Estaba realmente cansado!

Una vez una de las vecinas trató de meterse en la casa para ayudar a la familia. Era una mujer viuda, llegando a la vejez, muy pobre, pero con un gran corazón. Vendía verduras en el mercado y lo que aquello le daba apenas le alcanzaba para sustentar su alimentación, pero cada vez que veía a un niño sin hogar lo llevaba con ella y le invitaba a un plato de comida. Judith, así se llamaba, entró una tarde con el pretexto de ofrecer unas plantas medicinales a un buen precio. Buscó conversaciones para distraer a la madre de la familia hasta que anoheciera, para ver si podía esperar al marido y detener las golpizas que escuchaba todas las noches desde su casa. Hablaron sobre los vecinos, sobre la boda de una de las muchachitas que trabajaba vendiendo carne, sobre los niños y cómo cuidarlos, y sobre algunas otras cosas. Charles notó las intenciones de la mujer y les dio de comer a sus hermanitos, además invitó un café a la mujer y un té a su madre. Tenía la esperanza de que su padre, al entrar borracho y ver a la mujer, tuviera, por lo menos, la decencia de irse a dormir sin gritar. Eso no sucedió. Llegó más furioso que de costumbre y se puso de peor humor cuando vio a Judith charlando con su esposa. Las golpeó a ambas. No volvieron a saber más de Judith después de esa noche.

Desde sus once años, Charles, tuvo que entrometerse en las peleas de sus padres. Llevaba mucha rabia acumulada, así que, a pesar de su debilidad física, lograba aplacar la ira de su padre después de haberle metido un par de puñetazos. Algunas veces esto solamente empeoraba la situación porque su padre, al verse ridiculizado por su propio hijo, se ponía mucho más furioso y no se detenía hasta ver sangre. No le importaba de quién fuera la sangre, simplemente quería verla. Muchas veces su madre terminaba inconsciente después de recibir tantos golpes, otras veces era uno de los hermanitos pequeños de Charles quien sufría las peores consecuencias. Una vez la más pequeña de las hijas fue a parar al hospital. Esa fue la gota que derramó el vaso para Charles.

Las cosas en la casa de Charles se salieron de control aquella vez, solamente podían empeorar y, cuando parecía que ya no iba a existir salida para aquella familia, el padre dejó este mundo, dejándolos huérfanos y a su esposa viuda. Es horrible alegrarse por la muerte de alguien porque eso solamente demuestra lo despreciable que ha sido esa persona, pero eso fue, lamentablemente, lo que le ocurrió a esta familia. El hermano de la madre, Richard, se hizo cargo de todos ellos. Era un hombre muy trabajador y de buen corazón, acababa de abrir una ferretería cuando decidió cuidar de su hermana y de sus sobrinos. Los chicos comenzaron a llamarlo “papá”, palabra que nunca habían usado con su progenitor, y es que Richard, además de darles techo y comida, les dio todo el cariño que les hacía falta.

Charles tenía trece años cuando esto ocurrió y, sin invitación alguna, se ofreció a ayudar a su tío en las tardes en la ferretería. Quería aprender un oficio de verdad para no terminar igual de miserable que sus padres. Él aceptó encantado y además le prometió pagarle un pequeño sueldo, que no era muy cuantioso, pero servía para cubrir algunos de los gustos normales de la adolescencia. Después de recibir su primer sueldo, Charles fue, por primera vez, al cine.

Parecía que las cosas tomaban un buen rumbo. Él, su madre y sus hermanos se trasladaron a la casa de su tío, quien vivía en un bonito barrio, menos lujoso que el que ahora habita, pero muy lindo, limpio y decente. No se oían gritos diarios en casa, no existían golpizas ni el constante temor de que alguien les haga daño a sus hermanos. Las cosas parecían ir bien, pero la psiquis de su madre comenzó a deteriorarse. Por un lado, se sentía bastante aturdida por la muerte de su esposo y, por otro lado, sus problemas con el alcohol crecían descontroladamente. Algunas veces se emborrachaba tanto que había que amarrarla para que no cometiera ninguna estupidez. Pocas semanas después de cumplir los quince años, cuando Charles llegó a casa después del trabajo en la ferretería, su hermana menor gritaba desesperada y sus otros hermanos corrían sin saber muy bien qué hacer. Entró a la cocina y encontró a su madre echada en el piso de espaldas, con el rostro morado, ahogada en su propio vómito. Trató de sentir su pulso, pero no lo encontró. Ella había dejado de existir por culpa de sus problemas con el alcohol.

Tanto en el funeral como en el entierro, los únicos presentes fueron los hijos de la mujer y su hermano, quien pagó todos los gastos. Después de aquel suceso las cosas se le hicieron un poco difusas y extrañas a Charles. Su tío no dejó de apoyarlo y le enseñó a administrar su dinero y cómo llevar la ferretería solo. Le dijo que, ya que él no tenía hijos y no pensaba tenerlos, sería Charles quien se quedaría con el negocio después de su muerte, pues era el mayor de sus sobrinos y el único que había aprendido el oficio de ventas en el lugar. Fueron años un poco duros, pero pasaron muy rápido porque entre el trabajo, la escuela y el cuidado de sus hermanos no había tiempo para pensar en nada más. Un día se dio cuenta de que había logrado todo lo que se había propuesto: había terminado sus estudios en la escuela, trabajaba al mismo ritmo que su tío en la ferretería, tenía unos cuantos ahorros y todos sus hermanos habían acabado sus estudios escolares. Pocos meses después de la graduación de su hermana menor, conoció a Grace.

Al fin la vida de Charles tenía algo de paz. Sus hermanos empezaban a trabajar, ninguno de ellos bebía y Grace era una muchacha encantadora. Con sus ahorros compró un pequeño departamento en el centro de la ciudad, cerca de la ferretería. Al irse de la casa de su tío le dio un abrazo muy fuerte y le agradeció por toda la ayuda que le había brindado. Su tío le dio un beso en la mejilla y le hizo prometer que iría de visita a la casa por lo menos una vez a la semana. Charles cumplió esa promesa hasta que aquel buen hombre falleció a causa de un cáncer en el cerebro.

A Grace la conoció en la ferretería cuando tenía veintiséis años. Ella fue a comprar algunas cosas que su padre le había pedido, y él, que estaba de muy buen humor aquel día, se animó a preguntarle su nombre y pedirle su número telefónico. Dos semanas después fueron a cenar. Charles se enamoró perdidamente aquella noche. Charlaron de muchas cosas y notaron que tenían ideas muy parecidas acerca de lo que es la felicidad. Ella venía de una familia de clase media con un modelo bastante convencional, su padre trabajaba mientras su madre se dedicaba a la limpieza y el orden de la casa. No tenían grandes lujos, pero les alcanzaba para vivir tranquilos, y eso, a los ojos de la hija menor, Grace, era realmente una bendición, lo que podría llamarse la verdadera felicidad. Si bien Charles no había tenido una familia así ni había conocido esa sensación de estabilidad, era precisamente eso lo que buscaba para su futuro.

Salieron durante dos años en los que Charles conoció a la familia de Grace y la apoyó cuando a su madre la atacó el cáncer, dos años en los que Grace conoció a su tío y en los que lo apoyó dándole fuerzas para sobrellevar el fallecimiento de aquel hombre al que consideraba su padre. Se contaron grandes secretos, grandes sueños, se dedicaron canciones, se escribieron poemas y, seis meses antes de cumplir los tres años como novios, decidieron casarse. Lo que nunca le contó él a ella fue la verdad sobre su infancia, de hecho, nunca la mencionó. Tuvo algunos otros secretos más, como las razones por las que su padre murió, o cómo se dio la muerte de su madre. Jamás habló de otros familiares, y Grace, discreta, no preguntaba. Las cosas que nunca le contó a su esposa se las guardó porque le causaban malestar y prefería no recordarlas. Vivir con padres alcohólicos no es algo de lo que alguien pueda sentirse orgulloso ni feliz. Si le hubiera contado sobre aquellas heridas tal vez hubiera podido curarlas y evitar los problemas que luego tendría que enfrentar.

Grace no sospecha absolutamente nada aún, vive convencida de tener una vida de ensueño junto al mejor hombre del mundo y cree que él no tiene secretos para ella. No sabe nada sobre esa parte oscura que él no quiere contarle. Ella confía plenamente en él y no tiene idea de todos los pensamientos oscuros que acongojan a su marido y lo llevan a cometer ciertas locuras. Él ahora piensa en lo que hizo la noche anterior, piensa en cómo, cuando llegó a casa, vio a su hermosa esposa dormida y se echó a llorar cubriéndose el rostro por todas las cosas que le esconde y que no puede contarle. A estos pensamientos que lo angustian se suman los recuerdos de su padre. A veces se da un poco de asco, guardar tan temibles secretos a su familia, pero luego se ve feliz junto a ellos y prefiere evitar esos pensamientos oscuros.

¿Sospechará ella algo? Las salidas nocturnas a correr no son algo que sea totalmente común. La gente normal sale temprano en la mañana a correr, aunque él podría tener la excusa de que a esas horas debe prepararse para llevar a los niños a la escuela y luego ir a trabajar a la ferretería, pero ni siquiera a él le suena del todo convincente. Se lava la cara y, al mirarse al espejo, se siente miserable. ¿Qué pensará su esposa de aquellas salidas hasta tan altas horas de la noche? Recuerda que hace poco más de un año llegó Sharon, la hermana mayor de Grace, de visita y las cosas se pusieron un poco tensas. Grace confía completamente en él, pero a su hermana mayor no le gustó para nada la idea de que el marido de su hermanita saliera hasta tan tarde para realizar una actividad que podía hacer mucho más temprano. Una mañana se ofreció para acompañar a sus sobrinos a la escuela y se subió al auto. Charles estaba nervioso porque sabía cuáles eran sus verdaderas intenciones. Después de que dejaron a los chicos, Sharon empezó con el interrogatorio.

—Dime, Charles, ¿qué le escondes a mi hermana?

Su voz, por naturaleza gruesa, se había puesto mucho más gruesa e imponente.

—No le escondo nada. ¿Por qué lo preguntas, Sharon?

—A mí no me mientas. ¡Yo sé que tienes otra mujer!

—No sé de qué me estás hablando. Grace es la única mujer en mi vida, no tengo ojos para nadie más.

—No estoy tan segura de eso, Charles. ¿Por qué sales a correr en las noches? ¿No puedes despertar más temprano? ¿Y por qué no lo haces todos los días? ¿Te das cuenta de que no ganas nada haciendo ejercicio si no tienes cierta constancia?

—No lo hago tanto como una rutina, sino como un...

—¡Deja de mentir, Charles! Conozco a los hombres como tú. ¡Son unos cerdos! Mi exmarido salía en las noches, supuestamente para reunirse con sus amigos de la universidad. Yo le creía todo, como una tonta. Poco a poco, las salidas comenzaron a hacerse más frecuentes hasta que una noche, cuando él me negó acompañarlo, lo seguí. El desgraciado se

estaba tirando a otra, a una niña estúpida que apenas pasaba los veinte años pero que tenía una figura mucho más cuidada que la mía. ¿Te imaginas cómo me sentí? ¡Conozco a ese tipo de cerdos, Charles! ¡No me obligues a seguirte y confiesa de una vez!

Charles comenzó a sentir rabia. La cara se le puso muy roja y tuvo que apretar con fuerza el manubrio del auto para no explotar y comenzar una pelea. Tuvo que responderle a su cuñada para que no sospechara estupideces.

—Yo amo a tu hermana, Sharon... No le haría algo tan horrible.

—Te estaré vigilando. Le dije a Grace que iría a hacer algunas compras por el centro, pero en realidad me quedaré contigo en la ferretería todo el día.

—Está bien, hazlo.

Todo ese día se lo pasó con su cuñada en la ferretería. Se portó amable y le compró un almuerzo extra. La mujer no tuvo más opciones que dejar de comentar sus sospechas y quedarse tranquila. Charles no salió a correr hasta que Sharon abandonó la ciudad.

Charles sueña con el hombre que entró a la ferretería, Logan.

Capítulo III

A la mañana siguiente, la familia Peterson vuelve a su rutina de todos los días. Charles se siente mucho más descansado que el día de ayer y se lo ve sonriente. Cuando entra a la habitación de Samantha para levantarla de la cama la encuentra despierta y entonces juega un rato con ella haciéndole cosquillas, ella se muere de la risa y eso llena de alegría aquel hogar. Chris ya está despierto cuando su padre entra a la habitación y, en vez de ser el adolescente callado que es todos los días, charla un rato con su papá contándole que ha soñado que entraba a un gran equipo de fútbol, y que, gracias a su sueño, ha decidido practicar ese deporte este semestre. Todos se sientan en la mesa muy contentos, Grace canta mientras les sirve el desayuno.

—Charles... Hoy conocí a los nuevos vecinos. ¡Qué gente más amable! —deja de cantar para iniciar una conversación.

—¿A qué hora, preciosa? Es bastante temprano todavía —le responde él, mirando el reloj de pared de la cocina.

—Cuando fui a comprar café... Los dos salían. Me dijeron que iban a pasear un poco para conocer la ciudad, ya que cuando empiecen sus trabajos no tendrán tiempo de hacerlo.

—¿Tienen hijos? —pregunta Chris.

—Claro que no tienen hijos, tonto. Los hubiéramos visto —le dice su hermanita.

—Samantha, no trates así a tu hermano —la regaña su padre. Luego los tres miran a Grace esperando una respuesta.

—No sé. No les pregunté eso todavía y no vi que estuvieran acompañados de niños.

—¿De qué charlaron? —pregunta Charles con una sonrisa en la cara mientras remueve su café. Es un buen día y, con la llegada de esos nuevos vecinos, al fin se fueron todas las cosas que le recordaban a Syd, el horrible marido de Gloria.

—Me contaron sobre Gloria. Pues resulta que la mujer del matrimonio... ¿Cómo era su nombre? Sí, ya me acordé. María, la mujer del matrimonio, es hermana de Gloria. Es una persona adorable...

La sonrisa de Charles se borra inmediatamente y comienza a remover el café con cierta languidez. Baja la cabeza y se queda mirando la mesa, mientras tanto su esposa sigue con el relato sobre los nuevos vecinos.

—No se parece mucho a Gloria físicamente, pero tiene una voz idéntica. Es cardióloga y su marido es policía.

—¿Es policía? ¡Qué genial! —interrumpe Chris.

—Así es, hijito. Pero no podrás interrogarlo a tu gusto, ni pedirle que te lleve a trabajar con él. No creo que sea de su agrado... —afirma Grace mirando fijamente a su hijo.

—¿Cómo sabías que...?

—Porque te conozco, Chris. Eres bastante curioso e insistente con las cosas que te interesan, por lo menos espera a que lo conozcamos mejor para que charles con él, por favor.

Ella se queda mirando a su hijo mientras él sonríe.

—¿Cuál es el nombre del esposo? —pregunta Charles, interrumpiendo la conversación de madre e hijo.

—Deja que me acuerde, cariño... Era algo así como... como... Empezaba con la letra ele...

—Mamá, tienes muy mala memoria —le dice Samantha. Mientras tanto Charles mira de reojo a su familia y se queda con la cabeza abajo. Cambia de tema.

—Chris... Cuéntame mejor de tu sueño.

—Está bien. Fue un poco raro...

—No importa. Cuéntame.

—Bueno. Yo ya era un adulto y jugaba muy bien futbol. Era realmente emocionante y divertido. De pronto, conocía a los mejores del mundo, y me llevaban a jugar varios partidos. Viajábamos por todos los países que existen. Aunque no recuerdo todos...

—¿No recuerdas todo el sueño? —pregunta su madre con dulzura. Lo ha estado escuchando atentamente y se siente muy contenta de que Chris, finalmente, se comunique con ellos.

—No recuerdo todos los países. Íbamos a Londres. De eso me acuerdo bastante bien. También pasábamos por Egipto y veíamos las pirámides desde el avión.

—Es fantástico, hijo —asegura Charles—, pero ya se va haciendo tarde. ¿Qué te parece si me lo cuentas mejor en el auto y se lo cuentas a tu madre cuando llegues a casa después de la escuela?

—Está bien. Vamos.

Todos se despiden de Grace, incluso Chris, quien le da un beso sonoro en la mejilla. Después se van al auto para cumplir con sus respectivas obligaciones.

En el auto, Chris charla con su hermana menor. Las cosas están un poco raras y Charles se da cuenta. Prefiere no meterse en la charla porque se da cuenta de que sus hijos, por fin, se están comunicando amablemente. Hablan de futbol. Al parecer a Chris le gusta bastante aquel deporte desde hace tiempo, aunque nunca antes lo había mencionado, y sabe un montón. La pequeña Samantha escucha con mucha atención a su hermano y le pregunta sobre algunas cosas que ella escuchó en la escuela de boca de sus compañeros. Casi en ningún momento le dirigen la palabra a su padre. Él se alegra porque sus hijos están teniendo una buena charla.

Después de dejar a Samantha y a Chris en la escuela se va a la ferretería, no tiene apuro el día de hoy. El silencio que han dejado sus hijos lo deja reflexionar en paz. Está muy dubitativo y taciturno, los ruidos de afuera lo molestan un poco. Cuando llega a la ferretería se alegra de que ningún cliente entre inmediatamente para molestarlo e interrumpir sus cavilaciones. Necesita estar a solas un buen rato.

Grace, mientras tanto, termina de realizar sus labores domésticas y el día de hoy no le apetece ver una película, por lo que se va al parque para pasear un poco. Antes de salir de su hogar se mira al espejo y se ve como una ama de casa, así que decide cambiarse de ropa. Saca un vestido celeste, que le sienta muy bien. Es un bonito vestido de verano que le regaló su hermana la última vez que llegó de visita, la vez que amenazó a Charles con vigilarlo. Grace se acuerda de esos días mientras se pone la prenda de vestir y le da un poco de gracia recordar a su hermana atando los cabos de una historia fabricada por ella misma. Después de cambiarse se maquilla un poco y se peina. Sale muy bien arreglada, pero sin perder la sencillez que la caracteriza, y se va hacia el parque.

El día está bastante bonito. El invierno se está acabando mostrando sus ya coloreados tonos y dejando a los árboles volver a crecer lentamente. No hace mucho frío, la temperatura no es lo suficientemente baja como para que ella se sienta desprotegida con ese bonito vestido. De hecho, se siente muy a gusto. El cielo está celeste y limpio, sin ninguna nube que tape el sol. Grace camina por las calles del vecindario alegremente y de pronto se encuentra con la frutera que, al parecer, está muy apurada en su andar. La saluda y ella se va corriendo devolviendo amablemente el saludo. Grace sigue su camino al parque. Cuando llega a su destino se encuentra a Gloria sentada en una banca del parque. Viste un abrigo rojo, tacones, tiene el cabello un poco desordenado y parece no haberse maquillado, tiene un cigarrillo en la boca. Muestra una expresión en el rostro de calma y serenidad, aunque se nota que sus manos tiemblan un poco.

—¡Gloria! ¿Cómo estás? —la saluda mientras se le acerca. No le sorprende verla ahí.

—¡Grace! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —pregunta Gloria mirándola con algo de tristeza.

—Decidí salir un rato. A veces me canso de estar en casa.

—Te entiendo. Ahora yo vivo un poco lejos, pero... —la expresión de la mujer cambia y puede notarse en sus ojos cierta tristeza; su voz se apaga. Grace le pone una mano sobre el hombro.

—¿Estás bien, Gloria?

—Sí. Solamente necesito distraerme. Es difícil cambiarse de domicilio.

—Sé que es así, querida... ¿No quieres ir a tomar un café? Necesitas distraerte un poco. ¡Yo invito! —la invita Grace. Se siente un poco culpable por no haber sido amiga de Gloria antes. Seguramente ha pasado momentos muy difíciles y ha tenido que atravesarlos sola.

—Me encantaría, Grace —afirma Gloria mirando el suelo—. Pero... ¿Sabes? Necesito charlar con alguien... Es difícil encontrar amigos nuevos. No hay peros que valgan. ¡Vamos! Gracias, Grace. Por todo lo que hiciste por mí y por...

—Vamos. La pasaremos bien —le dice Grace, evitando que Gloria comience a sentirse mal.

Gloria se pone de pie y sigue a su antigua vecina por las callecitas angostas que van del parque a las cafeterías del vecindario. Llegan a La rose, que es un café muy bonito y poco visitado a esas horas. Se sientan en una mesa del segundo piso que da hacia la ventana y desde la cual se tiene vista hacia la calle. Gloria saca del bolsillo de su abrigo unos cigarrillos, se pone uno en la boca y le ofrece uno a Grace, que duda unos segundos si tomarlo o no hasta que se decide por hacerlo. Gloria saca un encendedor, enciende su cigarrillo y el de su amiga, e inhala con algo de nerviosismo.

—¿Cómo has estado, Grace? —pregunta sin mucho interés.

—Bien. Haciendo las cosas de todos los días, ya sabes... ¿Cómo has estado tú? Hace un buen tiempo que no hablamos.

—Es verdad. Desde la noche siguiente a la del fallecimiento...

—De verdad, lo siento... No quisiera recordártelo.

—No importa. Ya me voy acostumbrando, Grace. Te agradezco muchísimo por haber dejado que me quedara en tu departamento después de lo que ocurrió. No hubiera podido lidiar con la noticia esa misma noche si me quedaba ahí —le dice mirándola a los ojos. Grace espera que siga hablando, pues, notoriamente, quiere seguir haciéndolo—. ¿Sabes algo? Lo que de verdad me molesta, y esto te lo confieso solamente a ti porque no tengo más amigas en el mundo, es que me he quedado completamente vacía.

Grace mira a Gloria con algo de lástima. Nunca la consideró su amiga, siempre había sido simplemente la mujer que vivía en frente y con quien, de vez en cuando, mantenían charlas; pero no su amiga. Es verdad que los Peterson fueron solidarios con ella la noche siguiente a la de la muerte de Syd, su esposo; pero fue un acto de caridad, no una muestra de amistad. Al parecer ella está tan sola y desesperada que ve a quien fuera solo su vecina como una “amiga” y eso es realmente triste. Es decir, si la considerara como a una amiga más no habría problema, pero le dio a entender que es “su única amiga en el mundo”, lo cual es terrible.

—¿Vacía? No te entiendo —pregunta tratando de olvidar la lástima que siente por ella.

—Yo tenía sueños, tenía más amigos, tenía una vida antes de él. Luego todo se esfumó. ¿Sabes? Fue terrible. Mi única intención era ser una buena esposa. Y ahora... ahora...

—¿Qué sucede? ¿Perdiste tu trabajo, Gloria?

—No... no es eso... Es todo lo que perdí antes. Mientras él... Mientras él... Grace, el tipo se estaba tirando a otra.

—Lo siento... Charles me lo dijo, pero no le creí... —Grace baja la cabeza y habla sin mirar a ningún otro lado más que a su taza. Gloria cambia de nuevo su expresión. abre mucho los ojos y mira fijamente a su interlocutora.

—¿Charles lo sabía? ¿Conocía a la chica? —pregunta sin obtener respuesta—. No puedo creerlo, Grace. ¿Por qué? ¿Por qué no me dijeron antes?

Se hace un silencio incómodo.

La mesera llega, para suerte de Grace, y les pide su orden. Cada una se pide un *cappuccino*. Gloria derrama unas cuantas lágrimas, se la ve realmente demacrada. Las dos terminan sus cigarrillos, Gloria saca otro y le ofrece uno a Grace, pero ella, esta vez, no acepta. Fuma.

—¿Sabes algo, Gloria? —dice Grace muy decidida—. Eso ya terminó. No imagino lo que sientes, pero debes seguir adelante.

—Me cuesta muchísimo. Es difícil. Estos días no he podido ir a trabajar siquiera. Por suerte mi jefe es un tipo comprensivo, pero...

—Pero tienes que salir de este estado y comenzar a hacer las cosas por ti misma.

—Tienes razón... —afirma y se queda un rato en silencio. Luego abre los ojos y mira fijamente a Grace—. Estoy segura de que mataron a mi marido, Grace—

Grace abre los ojos y recuerda la película que vio la mañana anterior. Le parece, además, un poco extraño que su vecina confiese así, sin más, las cosas. Ni siquiera estaban hablando del tema. Le contesta por cortesía.

—La policía dijo que...

—Lo sé. Pero no tiene sentido eso del accidente. Hay cosas que no... que no cuajan, ¿me entiendes? Puedes creer que estoy loca, pero, esa noche en la que murió, sentí algo raro cuando lo vi salir. No raro como siempre, como cuando me engañaba con la chiquilla esa; sino raro como si... como si él supiera que todo iba a terminar esa misma noche.

—Gloria. No te tortures con eso. Sabes que ya pasó. No vale la pena.

—¡Es tan extraño! ¡Todo es muy raro! Me siento mal por no haberlo amado los últimos días, me siento mal por haber sido engañada, me siento mal por creer que alguien lo ha matado y no entender las razones por las que alguien lo mataría. Me siento como una loca. ¿Me entiendes?

—Te entiendo. Quizá no sepa por lo que estás pasando, pero entiendo tu sentir.

—¿Charles...?

—No creo que él me engañe. No lo sé. A veces creo que es posible, pero luego veo lo amoroso que es y dejo de creerlo.

Gloria se pone un poco incomoda. Comienza a evadir las miradas de Grace y fuma con más rapidez. Se miran en silencio. La mesera llega con los dos *capuccinos* y les pregunta a las mujeres si se les ofrece algo más. Las dos niegan con la cabeza y agradecen al mismo tiempo, la mesera las deja conversar.

—Conocí a tu hermana esta mañana —dice Grace para romper el silencio.

—¿A María?

—Sí. Es realmente agradable. Me recuerda algo a ti. Nos llevamos muy bien —afirma. Después recuerda la pregunta que sus hijos le hicieron—. ¿Ella y su esposo tienen hijos?

—Tienen una hija pequeña, Kate; tiene ocho años.

—Igual que mi Samantha. ¡Qué buena noticia! Podrían ser amigas y llevarse muy bien.

—Sí. Kate es una dulzura.

—Es bueno saberlo—dice Grace. Luego recuerda la razón por la que invitó a Gloria a tomarse un café—. Volviendo a tus asuntos, y perdón que me entrometa, pero creo que tienes que volver a trabajar, enfocarte. Tienes que salir de tus propios pensamientos, porque no te hacen bien. Sé fuerte.

—Gracias por invitarme a tomar un café. Es realmente agradable charlar contigo. En el trabajo creen que estoy loca.

—¿Por qué?

—Porque me cuesta mucho mantener la calma y hay momentos en los que no aguanto y comienzo a perder la razón.

Gloria saca un tercer cigarrillo, le ofrece otro a Grace y ella, esta vez, acepta sin ningún problema. Las dos charlan durante un par de horas. Gloria le cuenta sobre todos los pensamientos que la aquejan y ella, pacientemente, la escucha y le da consejos para que se sienta mejor. Al despedirse en la puerta del café cada una se va por su lado.

Charles, a varios kilómetros del café La rose, devora, antes de tiempo, su almuerzo. Está realmente nervioso y no le hace nada bien estar sentado y solo. Hoy es un día un poco vacío en la ferretería, lo cual es normal porque es viernes. Pero justo el día de hoy le hace mucho daño pasar tanto rato sin compañía. Las primeras horas de trabajo le resultaron reparadoras para conversar consigo mismo y despejarse de muchos malos recuerdos; pero después de las once comenzó a desesperarse.

Ahora no puede evitar pensar en la nueva familia que vivirá frente a ellos. Ojalá que el marido no fuera como el abusón de Syd. No le parece prudente el hecho de que Gloria le dé el departamento a su hermana, ya que cuando la visite volverán los malos recuerdos. Le incomoda bastante la idea de lidiar con parientes de Syd, aunque estos no sean sanguíneos.

Durante estas horas ha estado recordando al horrible marido de Gloria y las ganas que tenía de partirle la cara cada vez que lo escuchaba gritar. Ese tipo se tenía muy bien merecida su muerte y no se siente nada culpable al pensar así las cosas. ¡El tipo era despreciable! Varias mañanas, muy temprano, escuchaba la puerta de enfrente abrirse y luego se oían los pasos del hombre aquel. Raras veces Gloria protestaba, porque cada vez que se animaba a hacerlo empezaban los gritos más fuertes de parte del marido y luego se oían golpes que acababan varios minutos después. Grace tenía que subir el volumen de la música en la sala para que sus hijos no escucharan todo ese ruido. Charles solamente podía visualizar a su propio padre en esos momentos y se llenaba de una ira profunda.

Recién a la una de la tarde se da cuenta de que ya se ha comido su almuerzo y tendrá que esperar hasta la cena, varias horas más tarde, para volver a tener algo en el estómago. No le gusta estar sentado tanto tiempo cuando se pone nervioso. Ahora mismo siente que sus piernas tiemblan y que necesita hacer algo con sus manos. Saca unas cuantas herramientas y empieza a arreglar cosas que no necesitan realmente reparación pero que, de momento, le servirán para distraerse. Pasan unos cuantos minutos y vuelve a incomodarse, es entonces que saca su diario personal y comienza a escribir en él.

“19 de enero

Mi padre era un tipo muy horrible. Me sentía tan desgraciado cuando...

No me siento nada cómodo al recordarlo. ¿Y si le contara a Grace todo? ¡No es una buena idea! Ella estaría muy decepcionada de mí, incluso podría poner en riesgo mi matrimonio y eso no es algo que yo tenga intenciones de hacer. Pero si se enterara sola... Quizá comenzaría a hacerme preguntas y me reclamaría el hecho de que no se lo haya contado.

Pensar en Syd, el vecino fallecido hace poco, me recuerda a mi padre. Quizá es por eso que todos estos pensamientos rondan en mi cabeza. Tengo que evitar pensar en ese tipo y en cómo maltrataba a su mujer, pero se me hará difícil ahora que su cuñada se ha mudado frente a la casa. Ojalá nunca toquemos el tema de Syd.”

Deja el diario a un lado y se siente un poco más calmado después de haber escrito las cosas que necesitaba decir. Es difícil tener tantos secretos y sentirse incapaz de compartírselos con otra persona, sobre todo si uno ama y se siente amado.

Charles siente que no tiene absolutamente a nadie. Después de la muerte de su tío dejó de hablar con sus hermanos, según él para dejarlos crecer y para no hacerlos volver una y otra vez al pasado; dejó de hablar con el único que conocía sus secretos, su tío; y trató de llevar

una vida nueva ignorando sus heridas. Lamentablemente, no es tan fácil deshacerse de heridas pasadas y tan profundas.

En medio de todas sus cavilaciones entra una mujer muy bonita. Al fin un cliente, piensa Charles.

—Buenos días, Charles.

—Hola, ¿cómo estás? —la saluda él. Se conocen porque ella es una clienta asidua al lugar, ya que su hermano, con quien vive, es arquitecto y siempre lo colabora.

—Muy bien. Quiero llevarme veinte duchas. ¿Las tienes en este momento o vuelvo más tarde?

—¡Veinte! ¡Sí! Las tengo. Te llevarás toda mi reserva —dice Charles sonriendo—. Déjame buscarlas —afirma. Mientras las busca, conversan sobre cosas cotidianas.

Charlan un momento y la conversación es amena y agradable. Charles se olvida, por un rato, de sus oscuros pensamientos para darle la atención debida a la mujer. Ella le cuenta sobre los nuevos proyectos de su hermano y de los planes que ella tiene de casarse con su novio, con quien sale hace más de dos años. Él asiente amablemente, le da algunos consejos sobre la convivencia entre parejas y la escucha con bastante curiosidad mientras ella le cuenta sobre su vida. Después de que la mujer se va, Charles mira su reloj y se da cuenta de que han hablado por media hora.

Trata de distraerse pensando en todas las cosas que conversaron, pero rápidamente su mente se va a otra parte. Vuelve a pensar en su padre y en los ataques de impotencia que sufre cada vez que lo recuerda. Saca su diario y lo revisa para desfogarse.

“17 de enero

Realmente ya no puedo más con la situación, voy a tener que tomar cartas en el asunto. Es muy molesto. Espero que Dios me acompañe y me otorgue discernimiento... No quiero más demonios en mi vida.”

Se acuerda de lo que hizo después de escribir esa entrada en su diario y siente un poco de náuseas. Entra un cliente. Es un niño de poco más de doce años.

—Buenas tardes, señor. Mi papá me manda a comprar una pistola grande de silicona.

—Claro. Déjame buscarla. —Charles busca en la ferretería, pero sus pensamientos lo tienen algo distraído y dubitativo.

—Señor, creo que la veo desde aquí. Está hacia su izquierda —le dice el niño, que nota que Charles está un poco perdido.

—Tienes razón, pequeño. Gracias. —Charles alcanza el producto que está buscando y se lo da. Sigue un poco nervioso.

—¿Cuánto le debo?... Aquí mismo está el precio, disculpe señor.

—No te disculpes.

El pequeño paga y Charles guarda el billete sin mirarlo. Se siente aliviado de que el cliente se vaya. Pero el pequeño se queda mirándolo.

—Señor... Me debe mi cambio.

—Perdón, perdón.

Mira el precio en la etiqueta que lleva la pistola, mira el billete que el niño le dio y le da las monedas que corresponden.

—Hasta luego, señor.

—Adiós, pequeño. Gracias por tu compra.

Charles se siente muy aturdido, no sabe realmente qué es lo que está haciendo. Toma su diario de nuevo y busca la entrada que escribió después de la muerte del marido de Gloria.

“28 de diciembre

Las fiestas fueron muy lindas. A Samantha le gustaron sus regalos, sonrió muchísimo y nos abrazó. Chris es menos expresivo que su hermana, espero que haya disfrutado las cosas que le regalamos. Es un chico difícil, pero tiene un buen corazón.

Después de las fiestas sucedió...

Él ha muerto ya. No podrá molestar más a su esposa. Ella es una mujer bastante cariñosa y amable; no es muy linda, pero es encantadora. A pesar de todos los maltratos de Syd ella lloró por él y se vistió de luto. Es una dama.

¡Que ese desgraciado se pudra en el infierno que lo espera! Los vecinos han llorado su muerte, aunque creo que en realidad lo hicieron más por un compromiso social; nadie lloraría por esa larva asquerosa.

Al parecer fue un accidente. Él estaba en su lancha y cayó al lago, sobre las rocas. Una roca puntiaguda se le metió por el pecho y cortó su corazón. El cadáver tenía una expresión de horror. Dios sabe lo que merece cada hombre."

Los pensamientos respecto a Syd y su parecido a su padre comienzan a dar vueltas alrededor de su cabeza. Su corazón comienza a latir con más rapidez y las náuseas que está sintiendo desde hace un rato se hacen incontenibles. Va al baño y vomita, no aguanta más. Mientras su cuerpo se estremece con cada arcada piensa en ese horrible hombre, piensa en su padre también, piensa en las prostitutas que una vez vio en su propia casa y en la tonta muchacha que frecuentaba su vecino fallecido, Syd. La vio un par de veces. No era nada bonita, pero sí era muy atractiva. ¡Pobre tonta!

Cuando sale del baño ve a Logan entrar.

—¿Cómo estás, vecino?

—Logan. ¿Cómo te va? —pregunta sin terminar de escuchar el saludo que este le brindó.

—¡Muy bien! En especial ahora que sé que tú eres el hombre que vive frente a mi casa. Conocí a tu esposa, es encantadora.

—¿Tú eres el cuñado de Gloria? —pregunta asombrado.

—Sí. Soy yo. ¿Por qué esa cara de fantasma? ¿Te encuentras bien?

En ese preciso momento Charles vuelve a indisponerse y corre al baño para volver a vomitar. Logan lo espera tras el mostrador. Cuando su nuevo vecino sale, se muestra muy comprensivo, amable y preocupado.

—Charles. ¿Qué pasó, hombre? ¿Qué comiste?

—No sé muy bien. Seguramente alguna cosa que...

—No te preocupes. ¿Necesitas que te traiga algo? ¿Algún remedio para el estómago? ¿Una sopa de pollo?

—No te preocupes, Logan. Vivimos lejos...

—Hombre, tienes que cuidar ese estómago. Iré a la farmacia por medicamentos, pero luego deberás comer algo que te haga sentir mejor. No te preocupes. Solamente vine a saludar. La próxima semana recién empiezo a trabajar así que no tengo ningún apuro. Espérame aquí, hombre.

—¿A dónde más podría ir? —dice Charles sonriendo un poco.

—Tienes razón, Charles. Ya vuelvo.

Charles se marea y pierde el conocimiento antes de que Logan salga de la ferretería. Él se dirige a ayudarlo y todo se vuelve borroso para el señor Peterson.

Capítulo IV

Después de la muerte del marido de Gloria, María se sintió muy triste por su hermana y la invitó a pasar unos días con ella. Gloria viajó a la pequeña ciudad de Cheverdale para pasar un tiempo con los Clarks, pero luego de unos días se sintió muy triste y tuvo muchas ganas de volver a su ciudad, Wundot Hills. Cuando regresó y entró a su departamento en Blue Lake se dio cuenta de que no era del todo conveniente quedarse ahí porque le traía demasiados recuerdos. Ni siquiera llegó a deshacer sus maletas y llamó a María para contarle su angustia. Fue entonces que, para no perder aquel hermoso departamento, el esposo de María, Logan, averiguó en su trabajo si podía ser transferido de ciudad. Cuando obtuvo una respuesta afirmativa, se dispusieron a hacer los cambios: Gloria se trasladaría a un vecindario cercano dentro de la misma ciudad, y María y su familia se irían a vivir al departamento en el que habían vivido Gloria y Syd antes. A fin de cuentas, ninguno de los dos sentía mucho apego por aquel tipo y les resultaba absolutamente normal y cómodo ocupar aquel nuevo hogar.

A Logan Clarks le resultó bastante emocionante el traslado porque en la policía no solo lo transfirieron de ciudad, sino que lo cambiaron de división; ahora trabajaría en el lugar que siempre le había llamado la atención, estaría en “homicidios”. Además, le pareció muy encantador el paisaje de Wundot Hills, en especial por la tranquilidad del barrio en el que viviría y por la hermosa vista de la ventana del *living* de su nuevo departamento. Se imaginó a sí mismo bebiendo un whisky junto a sus nuevas amistades el fin de semana, mirando por la ventana el lago y disfrutando pacíficamente de la claridad del agua. En cuanto a sus amigos, no se hizo muchos problemas porque siempre, desde la infancia, se había caracterizado por ser muy amigable y bonachón. No tardaría en encontrar gente con quien compartir y podría seguir visitando de vez en cuando a sus viejos amigos y a las personas con las que pasaba su tiempo libre en Cheverdale. El cambio le sentaría de maravilla.

La pequeña Kate ni siquiera se dio cuenta de que se trasladaba de ciudad. Cada vez que empacaba sus cosas repetía que se iría de vacaciones. Así se los había dicho a sus compañeros de la escuela, a su maestra y a la mujer que llevaba leche fresca los fines de semana hasta la puerta de su casa. Estaba feliz de poder conocer el hogar de su tía. Obviamente nadie le contó absolutamente nada sobre la muerte del marido de Gloria. En fin, no era algo realmente importante en su vida, ya que ella había conocido a Syd cuando tenía apenas unos pocos meses y no lo había vuelto a ver. No se acordaba tampoco de que la hermana de su madre estaba casada. Cuando llegaron a la ciudad y la pequeña pudo ver con sus propios ojos el lugar en el que viviría, aunque ella todavía no lo comprendiera así, se sintió muy feliz; le pareció magnífico.

Las pocas semanas en las que planearon la nueva aventura resultaron realmente entretenidas para los Clarks. Empacaron la mayoría de sus cosas de manera muy ordenada y sistemática, logrando así que la pequeña Kate disfrutara también del proceso ayudando con la labor de clasificar los objetos; investigaron sobre los lugares acerca de los que requerían información más urgente, como la escuela y los supermercados; hicieron, mientras empacaban la ropa, una selección de las prendas que les servirían y las que no. Mientras estaban en todo ese proceso, le buscaron un hogar a Gloria en un barrio cercano, ya que ella aún no estaba en todos sus cabales y no podía afrontar un traslado por sí sola. El tiempo pasó muy rápido y casi no se dieron cuenta cuando subían al avión para dejar su antiguo hogar. Cuando llegaron a la ciudad de Wundot Hills, se enamoraron perdidamente de ella.

Durante todo el proceso de mudanza, María trató de entablar conversaciones con su hermana. Un par de veces trató de hablarle sobre Syd, pues consideraba prudente saber qué era lo que pasaba por su cabeza al respecto, pero ella no cedió nunca. Gloria se mantuvo muy hermética respecto a las cosas que le molestaban sobre su marido y más aún respecto a la muerte de este. A veces le contaba algunas cosas a su cuñado, pero se le hacía muy difícil dar

demasiada información. Le contó a Logan sobre sus sospechas acerca de la otra mujer y cómo esto le afectaba aún después de la muerte de su marido, y también le contó sobre sus sospechas del asesinato. Él la escuchó atentamente y prometió investigar más cuando pudiera hacerlo, pero la hermana mayor de su esposa no se veía muy contenta con esta promesa. Sin embargo, era un acto de amabilidad de parte de Logan y ella lo agradecía.

María fue quien más cosas perdió con el traslado. Perdió su consultorio privado, a sus pacientes y también a sus amigas del colegio y la universidad, pero al ver el paisaje de su nuevo hogar y a su esposo tan feliz con su nuevo puesto de trabajo quedó encantada; además, podría estar cerca de su hermana y eso era algo que la hacía sentir muy bien. Nunca habían estado muy unidas, pero desde pequeñas se habían tenido mucho cariño y respeto. Crecieron con unos buenos años de diferencia que no les permitieron realizar cosas muy similares al mismo tiempo ni entablar una relación estrecha de amistad, como en el caso de otras hermanas. Mientras Gloria salía con chicos, María seguía jugando con muñecas. Fue así que la vida las fue distanciando hasta dejarlas en dos ciudades distintas, pero apenas María se enteró de la muerte de su cuñado llamó a Gloria para darle el pésame y para invitarla a distraerse con unas pequeñas vacaciones en su ciudad. Estar juntas ahora significaba bastante para ambas, pues recobrarían los años perdidos y podrían estar más unidas de lo que lo habían estado antes.

Para Gloria se convirtió en un verdadero alivio el poder alejarse de aquel departamento que le traía tan malos recuerdos. Lo mejor para ella fue que pudo conservar su trabajo como editora dentro de la ciudad. El barrio al que se mudó le parecía mucho mejor, ya que en él, a diferencia de Blue Lake, todo el día se escucha bullicio y eso alejaba los malos recuerdos de su cabeza. Ella siempre fue una persona más de ruido y ajetreos, nunca le gustó mucho la calma de Blue Lake, pero como su marido prefería vivir en aquel lugar se mudó con él y dejó el centro de la ciudad, que era el lugar en el que había vivido de soltera. Volver al caos de un barrio más comercial que residencial se le hacía realmente necesario y, apenas puso los pies en su nuevo departamento, se sintió reconfortada.

Fue así que tanto los Clarks como la ahora solitaria Gloria se sintieron satisfechos con el cambio que hicieron en sus vidas y comenzaron a vivir en sus nuevos hogares. Nunca imaginaron lo que en verdad les esperaba después de haber tomado aquella decisión.

Capítulo V

El domingo de aquella semana en la que los Clarks se habían trasladado al edificio, Grace está preparando el almuerzo de bienvenida a sus nuevos vecinos, a los que ha invitado hace un par de días. Le gusta hacer nuevas amistades y le parece magnífico el hecho de que tengan una hija de la edad de Samantha. Chris podrá distraerse con algún videojuego o cualquier otra cosa, incluso podrá charlar con Logan sobre su trabajo si es que está de buen genio, pues es algo que le interesa. En cuanto a Charles, seguramente la pasará de maravilla con aquellas encantadoras personas. Ayer en la tarde compró cordero para cocinar y ahora prepara uno de los deliciosos platos que aprendió de una cocinera peruana que alguna vez trabajó para ellos. Ella es una excelente cocinera y quiere atender a sus nuevos vecinos como se merecen. Para el postre compró frutas frescas, con las que ahora hace una ensalada. Charles, a diferencia de otras veces en las que tienen invitados, la mira desde el sofá del *living* sin levantar un solo dedo para ayudarla. Ella se molesta un poco, pero prefiere no pelear con su marido porque cree que es posible que esté cansado después de una semana larga de ardua labor. Él trabaja sin parar de lunes a sábado y lo hace durante varias horas, sabe que tiene que ser comprensiva.

El cordero no termina de cocer aún y ya suena el timbre. Son los nuevos vecinos, quienes resultaron ser extremadamente puntuales. Charles se queda sentado en el sillón y Grace debe correr hasta la puerta para abrirles e invitarlos a pasar.

—Hola, ¿cómo están? —dice Grace.

—Hola Grace. ¿Qué tal todo? —pregunta Logan entregándole un whisky—. Para ustedes.

—Pasen, por favor.

Ellos entran al departamento después de la invitación. Todos se saludan y se acomodan. Rápidamente Kate y Samantha se saludan y se hacen amigas. Se toman de las manos y van a la habitación de la dueña de la casa para jugar. Chris se queda en el *living*, extrañamente, como buen anfitrión, muy atento a sus nuevos vecinos. Charles saluda de manera cordial pero fría.

—¿Qué mal te pusiste el viernes, amigo! ¡Me hiciste asustar! —le dice Logan a Charles para romper el hielo.

—Gracias por ayudarme —le dice Charles mirándolo de reojo. No se siente muy cómodo.

—No fue nada. ¡Todo un placer para mí! Tienes que cuidarte, hombre —afirma en un tono cordial—. Cuando empiece a trabajar no podré ir a verte todos los días a la ferretería, tendrás que estar sano —dice tratando de hacer un chiste Logan. Sin embargo, Grace, que no sabía nada sobre el episodio de aquel encuentro, no encuentra gracia en el chiste.

—¿Cómo? ¿Se encontraron en la ferretería? —pregunta Grace confundida. Charles se siente bastante incómodo con la charla. Se limita a sonreír sin responder nada, de pronto se le ocurre una idea para cambiar la conversación.

—Mi esposa ha preparado un plato espectacular. Espero que les guste.

—¿Qué has preparado, Grace? —pregunta María.

—Es un plato que aprendí de una cocinera peruana que un tiempo trabajó con nosotros. Espero que ninguno de ustedes le tenga alergia al cordero y que lo disfruten mucho.

—¡Un plato peruano! ¡Vaya delicia! —dice Logan.

—¡Seguramente lo disfrutaremos! —agrega María, quien no había dicho nada hasta el momento.

—Sí. ¡Es una delicia! Y se sorprenderán más cuando lo prueben —dice Charles.

—Ojalá mi esposa cocinara alguna vez —bromea Logan.

—Si tuviera el tiempo libre que tú tienes lo haría, amorcito —responde en tono divertido María. Todos se ríen y Grace, disculpándose, se va a la cocina para terminar de preparar el almuerzo.

Chris se queda con todos prestando atención a la charla y sonriendo. No dice nada, pero por lo menos hace acto de presencia y se muestra muy cortés con los invitados. Charles se siente muy orgulloso de su hijo y es entonces que cambia de actitud. Levanta la cabeza y comienza a contarles un poco sobre Chris, para que note que también puede participar de la charla.

—Mi hijo quiere ser policía, como tú, Logan.

—¿Es verdad eso? —pregunta Logan, a lo que Chris responde con un movimiento afirmativo de cabeza—. Me parece un honor que un chico tan educado como tú admire el trabajo que yo realizo.

Logan comienza a conversar con Chris, quien al principio se muestra muy tímido, pero se va soltando a medida que la charla avanza. María le cuenta a Charles sobre su trabajo y su decisión de dedicarse a una carrera tan complicada pero apasionante como es la medicina. Todos se distraen conversando hasta que Grace anuncia que el almuerzo está ya listo y que todos deben sentarse en la mesa para comer.

En la mesa se sientan de la siguiente manera, siendo un almuerzo informal, sin mucho protocolo: Charles a la cabecera, Logan a su lado izquierdo y Grace a su lado derecho. Al lado izquierdo de Logan se sientan Chris, Kate y Samantha (en ese orden), y al lado derecho de Grace se sienta María. Las niñas charlan, Chris se queda muy atento a la charla de los adultos y ellos conversan de diversos temas. Se nota que existe mucha química entre ambas familias. Charles, que había estado nervioso toda la mañana, se siente mucho más tranquilo con sus nuevos vecinos.

—¡Qué bien cocinas, Grace! —le dice Logan a su vecina después de contarles sobre la ciudad de la que vienen.

—Gracias. ¡Qué bueno que lo estén disfrutando!

—¡Está delicioso, mi amor! —la halaga Charles.

—Sí. ¡Perfecto! Nos darás la receta, ¿verdad? —le dice María.

—Claro que sí. Es un poco complicada, pero vale la pena.

—Señor Clarks —interrumpe Chris —, ¿en qué área de la policía trabaja?

—Bueno amiguito... Me encanta informarles que comenzaré a trabajar en la división de homicidios desde la próxima semana.

—¿Qué quiere decir *homi... homici... dos*? —pregunta Kate dudando de haber dicho la palabra correctamente.

—Creo que tiene que ver con los homosapiens —responde tiernamente Samantha.

—No, pequeñas. Es una palabra que aprenderán en unos cuantos años, cuando sean lo suficientemente grandes —dice María, a lo que las dos responden con risitas tímidas.

—¡Eso es genial! —dice Chris—. Debe ser muy interesante.

—Recién empezaré a trabajar el lunes, Chris. Lo sabré entonces y te lo contaré de inmediato. ¿Te parece? —le dice Logan al chico guiñándole un ojo.

—¡Sí! ¡Sería genial!

—¿Y qué haces en tu tiempo libre, Chris? —le pregunta María.

—Me gusta tocar el bajo eléctrico.

—Ese es un buen pasatiempo —dice Logan. Entonces Chris, sintiéndose incluido en la charla, comienza a contarles sobre la banda que tiene con sus amigos y el tipo de música que les gusta tocar.

Durante el almuerzo, en ningún momento se presentan silencios incómodos ni nada por el estilo, todos charlan muy entretenidos y parecen estar muy a gusto.

—Fue tanta la casualidad de que la primera persona que haya conocido en esta ciudad haya sido a mi querido nuevo vecino —dice Logan, con un tono muy fraterno, cambiando las cosas. Y es que Grace no sabía de aquel encuentro y le resulta extraño que su marido no se lo contara. Lo mira fijamente, como pidiendo una explicación.

—Sí. Es algo realmente anecdótico —dice Charles sin mirar a su esposa.

—Cuéntenme eso —dice, finalmente, Grace.

—Fue el jueves. Logan entró a la ferretería y me compró unas cuantas cosas. No nos habíamos visto nunca antes, pero ese día nos presentamos —explica Charles.

María parece restarle importancia al asunto y cambia un poco de tema.

—¿Y tú también trabajas en la ferretería, Grace?

—No. En realidad yo me quedo en casa cuidando de los chicos y haciendo la limpieza. Tú sabes, funcionamos como las familias más tradicionales, aunque no tengamos una forma de pensar muy tradicional. Charles sale a trabajar y yo lo espero con la casa lista y los chicos bien controlados.

—Me parece realmente admirable que lo hagas —afirma María. Ella tiene un porte muy altivo y bonito—. Mi Kate a veces debe acompañarme al consultorio porque no tengo con quien dejarla en casa. Se aburre muchísimo, pero yo no puedo hacer otra cosa con ella —María se queda mirando con admiración a Grace.

—¿Y qué harás aquí? ¿Buscarás otro consultorio? —pregunta Grace.

—No lo sé. Creo que buscaré algún hospital en el cual trabajar y después de ganar un poco de reputación pondré mi propio consultorio.

La conversación continúa. Hablan de Cheverdale y de las diferencias que tiene con Wundot Hills; los Clarks prefieren su nueva ciudad de residencia, los Peterson no conocen Cheverdale así que se limitan a escuchar historias sobre aquel lugar. Charlan sobre traslados y sobre las niñas. Llegan al acuerdo de buscar clases de pintura o de alguna cosa divertida a la que las dos quieran apuntarse, así podrán tener alguna actividad extra que hacer en las tardes y además la harán juntas. De pronto, cambiando absolutamente de tema, Grace les pregunta por Gloria, por lo que Charles comienza a sentirse sumamente incómodo.

—Ella está más tranquila, viviendo en otro lugar. Está instalada en... ¿Cómo es que se llama ese barrio, amor? —dice Logan.

—Se llama... se llama... —Charles siente las manos sudadas. No quiere tener ningún tipo de noticia sobre esa mujer —. Empieza con ene... —María mira a Grace después de hacer esa afirmación.

—¿Nerthed? —pregunta Grace.

—Sí. Exacto. Ese lugar —afirma María. Mientras tanto Charles comienza a sentir el sudor mojando su frente.

—Bastante cerca —dice Grace—. Anteayer me encontré con ella, fuimos a tomarnos un café. —Esta última afirmación hace que Charles se sienta muy, muy incómodo; por lo que tose fuerte y baja la mirada. ¿Qué hacía su mujer charlando con Gloria? ¿De qué tenían que hablar?

—¿Te viste con mi hermanita? —dice María con un tono muy dulce.

—Claro que sí. Fue una charla gratificante para ella, o al menos eso creo. Me contó sobre algunas cosas que la estaban molestando desde hace tiempo.

—¿Te dijo sobre sus sospechas? —pregunta Logan.

—¿Sobre el a...?

—Sí.

—Sí. Me las contó. Son terribles. Quizá está muy aturdida por el golpe que significó para ella la gran pérdida, ¿o no?

—Es posible, pero la verdad es que no me parece una versión tan alocada sobre los hechos. Al menos con toda la información que tengo del caso hasta el momento —dice Logan.

—¿Por qué lo dices, amor? —pregunta María.

—¿De qué hablan? —pregunta Samantha.

—De cosas de adultos. ¿Ya terminaron de comer? ¿Por qué no van a jugar? —le responde su madre. Las dos pequeñas piden permiso para levantarse de la mesa y acatan las órdenes de los adultos.

—La verdad es que a mí también me dijo de sus sospechas y me lo dijo muy calmada, por lo que es algo que no es imposible de creer —dice Logan.

—¿Tú puedes darte cuenta cuando alguien miente? —pregunta Chris.

—En la policía tenemos un método. No es del todo seguro y hay muchas cosas que evaluar, pero funciona.

—¿De qué se trata? —pregunta Chris muy emocionado.

—Te contaré un par de trucos, Chris. Todo es lenguaje corporal. Por ejemplo —se queda pensando mientras mira fijamente a Charles. Eso no le agrada mucho, pues lo hace sentirse sumamente incómodo—, si alguien te habla tapándose la boca, lo más probable es que te esté mintiendo o que te esté diciendo algo que no debería haberte dicho. Otra prueba es la de mirar su nariz, si se la rasca posiblemente esté mintiendo.

—Es increíble saber eso. ¿De verdad funciona?

—Así es. Funciona bien y sirve bastante en la vida cotidiana.

—¿Y es por eso entonces que tú sabes que la señora Gloria no mentía?

—Sí. Al principio me di cuenta de esa manera.

—Lo más extraño es que nunca quiso contarme nada a mí —interviene María.

—Tal vez se lo contó a Logan porque él es policía —dice para calmarla Grace.

—Eso lo entiendo bastante bien, pero, ¿no te parece muy raro que te lo haya contado a ti y nunca a mí? No es que me sienta celosa, de ninguna manera; pero ella nunca me habló de ti, y luego apareces y te cuenta todo, como si fueran grandes amigas. ¿Son grandes amigas, Grace? Es que te pregunto porque ella jamás me cuenta absolutamente nada.

—En realidad no tanto —dice Grace cabizbaja. No sabe cuál es la verdadera relación que tiene con esa mujer, por lo que necesita explicarla—. Sí charlamos de vez en cuando. Se quedó a dormir en esta casa la noche después del accidente y le dimos todo nuestro apoyo, pero la verdad es que fue el viernes la primera vez que salimos a tomarnos un café.

—Lo que me parece muy extraño es que no quiera contarme a mí las cosas. Si soy su familia...

—La razón es que, quizá, tu hermana mayor no quiere preocuparte con esos asuntos tan feos. De alguna manera quiere protegerte de esas verdades porque eres su pequeña hermanita —le responde Grace.

—Es verdad. En fin. Mi marido cree que se trata de una probabilidad bastante creíble.

Charles sigue cabizbajo, sin mirar a nadie y sin aportar a la charla. Logan nota su incomodidad y se dirige a él.

—¿Estás bien, Charles?

—Solo un poco... mareado —le responde.

—Tienes que cuidar ese hígado, hombre. Grace: debes cuidar de este pobre hombre, no vaya a ser que se nos arruine en serio.

Todos se ríen de aquella intervención de Logan y comienzan a charlar sobre la salud. Mientras lo hacen, Charles busca la forma de reaccionar sin dejar ninguna sospecha. Si su cambio de actitud es muy brusco será muy extraño para todos. Es así que se levanta, se disculpa y corre al baño. No hace nada más que mirarse en el espejo y mojarse la frente, pero se queda ahí durante unos cuantos minutos. Sale radiante después y hace un comentario sobre

su débil estómago. Grace comienza a notar las extrañezas en su marido, pero no hace ningún comentario al respecto, pues piensa que, simplemente, está más agotado que de costumbre por el trabajo. Es así que continúa con la conversación con sus nuevos vecinos.

Capítulo VI

El lunes, para los Clarks la rutina de una nueva vida empieza. Logan se despierta a las cinco de la mañana, hace un poco de ejercicio en el *living* y luego se va hacia la ducha. A las seis y media todos se encuentran en la cocina para preparar el desayuno en familia, incluso Kate colabora. Están acostumbrados a repartirse los deberes de la casa. Comen sándwiches acompañados con jugo de naranja. Cuando terminan, la pequeña Kate se alista para que su madre la lleve a la escuela. No acostumbran conversar mucho durante el desayuno, ya que siempre tienen que hacer las cosas rápido para cumplir con sus obligaciones laborales. La niña irá a la misma escuela a la que va Samantha, lo cual es una bendición porque de esa manera no tendrá mayor problema para hacer nuevos amigos. Su padre sale antes de que ella termine de alistarse y se va a trabajar. Hoy, después de dejar a su hija, María arreglará un poco la casa y luego ordenará su currículum para presentarlo a algún hospital. Espera tener suerte.

Logan llega temprano a su trabajo, se siente muy emocionado por lo que le toca vivir. La sección de homicidios siempre le llamó la atención y ahora sabrá, al fin, lo que se siente estar ahí. Apenas entra al edificio conoce a su jefe y luego a todos sus compañeros de trabajo, parecen personas muy amables y de buen trato, a excepción de Harry, un hombre un poco mayor que él que ni siquiera se molesta en saludarlo. Se sirve un café, frustrado después de haber tratado de conseguir una charla con ese hombre, y luego comienza a revisar los documentos de fechas pasadas. Se sorprende con la cantidad de casos que llegan a la división, son tantos que ni siquiera se detiene a analizarlos un poco. Hoy tiene que ponerse al día y le va a costar bastante, porque todavía se pueden ver muchos casos sin resolver. Mira también los que ya fueron resueltos. Ahí, en ese montón, entre los que empezaron con falsas sospechas de homicidio y luego fueron catalogados como casos de distinta índole, está el caso de Syd. Le parece que algunas de las explicaciones son poco realistas y carecen de rigurosidad investigativa, pero prefiere pensar que tiene esa sensación por el hecho de ser un novato en el área.

Sin embargo, como lo había prometido, se detiene a analizar el caso del esposo de Gloria. Le parece que lo cerraron sin pensar ni analizar muy bien todas las posibilidades al respecto. Se impresiona con las fotografías que halla del cadáver, pues, a pesar de trabajar tanto tiempo como policía, el hecho de ver a su cuñado difunto no es algo frente a lo que pueda quedarse indiferente.

Uno de sus compañeros entra a la oficina y le habla, distrayéndolo de sus pensamientos.

—¿Qué pasó? ¿Nunca viste fotografías de cadáveres?

—No es eso... —afirma Logan sobresaltado.

—¿Qué es, entonces? —le dice su compañero dándole una palmadita en el hombro.

—¡Es increíble la cantidad de... de...

—¿De casos?

—Sí. Es increíble... ¿Y, por lo general, cuántos son asesinatos comprobados?

—Menos de la mitad.

—¿Un porcentaje?

—Hasta un 35%.

—Es demasiado, considerando la cantidad de casos que llegan.

—Me imagino que para ti es una cantidad abominable, pues vienes de un lugar más pequeño y con menos población, pero ten en cuenta la cantidad de gente que vive en esta ciudad.

—Es verdad —afirma Logan moviendo la cabeza en señal de afirmación—. Wundot Hills es una ciudad bastante grande. ¿Es también una ciudad violenta?

—Algunas veces... Lo normal, supongo. —El nuevo compañero de Logan lo mira fijamente y luego mira el caso que tiene en las manos. —¡Ese pobre hombre! ¡No era un homicidio!

—¿Están del todo seguros?

—Es lo más probable, Logan. Fue el veredicto al que llegamos. ¿Quién podría haberlo asesinado?

—Es que...

—¿Por qué te impresiona tanto?

—Era el marido de mi cuñada.

Ante esta respuesta el otro policía abre los ojos y se queda mirando fijamente y con algo de lástima a su colega.

—Lo siento.

—No éramos muy amigos. Pero... —Logan se queda dubitativo—. Es raro.

—Te entiendo.

En mitad de la conversación entra el jefe con un nuevo caso. Se trata de una mujer que vivía muy cerca al nuevo domicilio de su cuñada Gloria y que parece haberse suicidado, tiene una bolsa plástica en la cabeza. Sin embargo, debe investigarse el caso y descartar un asesinato. Logan se siente emocionado, por un lado, y a la vez un poco presionado por la velocidad con la que tienen que actuar. Es temprano y ya les ha llegado más trabajo. Su compañero le pone, nuevamente, una mano sobre el hombro y le desea suerte.

Mientras él comienza a trabajar en este terrible caso, su mujer ya ha terminado de limpiar la casa y no encuentra las ganas para cocinar. Hoy pedirán comida, no está de humor para preparar ningún plato. Con los años se le ha ido la práctica, y es que normalmente no es ella quien cocina, de hecho nadie cocina en casa; pero como ahora es ella quien tiene más tiempo libre tendrá que asumir ese rol, por lo menos hasta que encuentre donde trabajar. Es la segunda semana que tienen viviendo ahí y ya siente un poco de nostalgia por Cheverdale. Lo que más extraña es su trabajo. Piensa en Logan, seguramente está mucho más contento ahora que tiene el trabajo que siempre ha soñado. Se siente feliz por él.

En la mañana, muy temprano, cuando dejó a Kate en la escuela, se encontró con Chris y Samantha, pero no vio ni a Charles ni a Grace. Apenas se vieron, las dos pequeñas se tomaron de las manos y caminaron juntas hacia el salón de clases, como si fueran mejores amigas. A María le dio mucha tranquilidad saber que su hija se encontraría bien y con buena compañía.

Logan Clarks trata de seguir el ritmo de sus colegas. Está emocionado por la novedad, pero al mismo tiempo se siente un poco estresado. El rostro de la mujer que murió asfixiada con una bolsa plástica se ve muy rígido en las fotografías que le llevan a la oficina, incluso causa un poco de miedo. La tensión que puede leerse en él no es simplemente la de alguien que se está muriendo dejando acongojado y cansado este mundo, sino de alguien que está sufriendo mucho más que una asfixia; es realmente aterrador. Otros policías están revisando el lugar con su kit de reactivos, para ver si es que encuentran huellas sospechosas en el departamento, después enviarán las fotografías a la oficina. Logan trata de concentrarse, es su primer caso y se siente muy emocionado, no puede fallar porque eso le significaría un posible cambio de división. La adrenalina corre por sus venas.

María, muy aburrida, llama a su marido al teléfono celular haciendo que él pierda la concentración.

—Hola, amor.

—¡Querida! ¡Te llamo luego!

—Pero quería hablar contigo.

—Ahora no, por favor. Te llamaré después, estoy en medio de algo muy importante.

Logan cuelga repentinamente, lo cual saca de sus casillas a su esposa. Nunca le había colgado así el teléfono ni había tenido un tono tan frío al hablar. Ahora que lo ha hecho se siente un poco despreciada.

La situación es extremadamente tensa e interesante en la división de homicidios. Los teléfonos suenan, aparecen las pistas y todavía no se puede llegar a ninguna determinación. Logan se siente muy excitado al respecto, se pierde un poco por la adrenalina y no rinde como quisiera hacerlo. Sus colegas dan opiniones sobre el caso y exponen sus puntos de vista, él los escucha silenciosamente. Quiere decir algo, pero todas las posibilidades dan vueltas en su cabeza haciendo ruido e imposibilitando que llegue a alguna conclusión. Además, cuando está a punto de decir algo uno de sus colegas se adelanta, como leyéndole la mente.

María sale para despejarse un poco. Se aburre del encierro en casa, pues no está acostumbrada a él. Ni la vista hermosa del lago, ni las comodidades del departamento le bastan para sentirse a gusto, así que sale. Llega a un parque muy lindo que está cerca al edificio, entonces se encuentra ahí con su hermana y se sorprende un poco.

—¡Gloria! —la saluda.

—María. ¿Cómo estás? ¿Te gusta tu nuevo hogar? —pregunta su hermana con desgano.

—¿Qué haces aquí? No creo que te haga bien volver.

—Me da nostalgia, María.

—¿Por qué nunca hablaste conmigo sobre el tema? —le pregunta mientras se sienta a su lado para conversar con mayor tranquilidad.

—No es que... —Gloria se queda pensativa, sin completar lo que dice. Entonces, María se da cuenta de que su hermana no está en la editorial en la que trabaja, lo cual le parece extraño.

—¿Por qué no estás en el trabajo?

—¿Qué? —pregunta Gloria en un tono agresivo y poniéndose de pie—. ¡Es mi vida! No sabes lo que significa perder a un marido cuando no te ha dejado hijos y cuando no tienes a nadie más en el mundo —dicho esto, llora.

—Lo siento —dice María en tono compasivo—. Es que creo que te sentaría bien distraerte.

—¡No sabes lo terrible que se siente! Lo peor de todo es que los malditos Peterson...

—¡Oye! ¿Por qué hablas así? Ellos te acogieron en su hogar cuando...

—Ese gesto no significa nada —afirma Gloria quitándole la palabra a su hermana—. Ellos eran cómplices de Syd.

—¿De qué hablas? —pregunta María muy asombrada.

Gloria comienza a temblar y, entonces, María se da cuenta de que puede llegar a sufrir un ataque de nervios. La abraza sin decir nada. Quedan abrazadas un largo rato, entonces Gloria se tranquiliza un poco.

—Creo que podría recetarte algunas pastillas para que estés más calmada —afirma María. Gloria no responde, se queda con la cabeza apoyada en el hombro de su hermana—. De verdad te sentarían bien, pero solamente te las recetaré si estás de acuerdo.

—No quiero ser una adicta —dice Gloria.

María piensa en llevarse a su hermana al departamento, pero rápidamente se da cuenta de que aquello solamente empeoraría su estado mental, ya que está muy nerviosa.

—Iré a dar una vuelta. Preferiría estar sola —dice Gloria, interrumpiendo las cavilaciones de su hermana.

—¿Estarás bien?

—Sí.

—Tienes mi número de teléfono. Llámame si necesitas algo, por favor.

Las dos hermanas se abrazan cariñosamente, Gloria derrama unas cuántas lágrimas antes de soltar a María. Después se va caminando hacia el lago.

En la oficina de homicidios de la policía el tiempo pasa rápido y se hace hora de almorzar. En lo que todos descansan mientras se alimentan, Logan se da un tiempo para ver el caso de su cuñado. Lo analiza y se da cuenta de que Gloria puede tener razón respecto al asesinato. Se pregunta las razones por las que se llegó a la conclusión de que aquello había sido un accidente y le parece curioso que nadie haya investigado más al respecto. Las heridas son demasiado exactas. Existe una probabilidad muy pequeña de que una roca se haya clavado exactamente en su corazón sin raspar ninguna otra parte del cuerpo. Peor aún: parecería que, en realidad, alguien apuñaló al pobre hombre. Piensa en hacérselo notar, inmediatamente, a su jefe; pero prefiere indagar un poco más por su cuenta para tener una versión propia que presentar y no una simple observación que sería descartada.

Antes de que termine la hora del almuerzo llega otro caso a la oficina. Es sobre un hombre que encontraron asfixiado en una de las callecitas del centro, hace una hora. Por alguna razón, apenas escucha aquel caso, Logan piensa en su nuevo vecino y se siente un poco preocupado. Tiene la sensación de que podría tratarse de él. Antes de ver la fotografía de la víctima piensa en la cantidad de casos que llegan y la dificultad de resolverlos todos; esa observación lo hace volver a su hipótesis respecto a la falta de rigurosidad en la investigación sobre su cuñado. Suspira recordando la promesa que le hizo a Gloria y toma la fotografía en sus manos para averiguar quién es el desgraciado hombre.

Capítulo VII

La mañana después de que el esposo de Gloria había muerto, Grace estaba histérica porque Charles había llegado a casa poco después de la media noche. Lo regañó bastante por no ser precavido con su propia vida y le dijo que Blue Lake estaba convirtiéndose en un barrio peligroso. Aquel día corría la sospecha de que la muerte del hombre había sido causada por algún individuo, así que era lógico que Grace estuviera muerta de miedo por el destino de su esposo, que había salido a correr en el barrio en el que le habían dado muerte al pobre y desafortunado vecino. Los chicos estaban de vacaciones y escucharon todo el griterío de su madre hacia su padre, por suerte Chris reaccionó a tiempo, al darse cuenta de que hablaban de un asesinato, y se llevó a su hermana al parque; sabía que si se enteraba de la noticia podía asustarse muchísimo. Los niños no deben oír ese tipo de noticias.

La noche anterior, Syd había salido de su departamento, poco después de las once, dando portazos y gritándole a su mujer. Gloria no recuerda hasta ahora las razones por las que habían peleado, tampoco tiene intenciones de hacerlo. Pues fue la última vez que vio a su marido con vida. Charles recuerda que la noche anterior a esa había visto al tipo junto a su amante dando un paseo por el muelle y le había dado asco.

Después de salir del edificio, dejando a medias la pelea con su esposa, Syd fue a la orilla del lago con una botella de whisky, necesitaba despejarse y relajarse un rato en la lancha que poco tiempo atrás se había comprado. Miró las estrellas reflejadas en el lago y se subió a su lancha. Pensó en su amante, una muchachita universitaria con un cuerpo delicioso a la que no quería para nada más que para el sexo, ella sabía muy bien que eso era lo único que buscaba aquel hombre casado y lo aceptaba. Pensó luego en Gloria, en cuánto la amaba y en lo aburrido que estaba de ella a pesar de ese amor. Ojalá nunca se hubieran casado. Convivir con alguien, meditó, es el infierno que arruina todas las relaciones.

Aquella noche era cálida. Charles se sintió abrumado después de escuchar el griterío espantoso, seguido por el portazo de su vecino, y decidió salir a estirar las piernas. Le dio un beso a su esposa y le dijo que volvería pronto, que necesitaba un poco de aire fresco. Entreabrió las puertas de las habitaciones de sus hijos y notó que ya se habían dormido a pesar de los molestos ruidos del departamento de al lado. Se puso su ropa deportiva, ató bien los cordones de sus zapatos y salió de su hogar. Regresó horas después y sintió algo de vergüenza al notar que se había tardado demasiado. Grace no lo sintió llegar y fue recién a la mañana siguiente que él confesó su hora de llegada.

Gloria estaba aturdida luego de la discusión con Syd, daba vueltas por el departamento con un cigarrillo encendido. Apenas terminaba de fumarlo sacaba otro de su bolso. Finalmente, alterada por los nervios, salió a la calle. La noche, a pesar de ser invierno, estaba muy agradable y la brisa, que iba hasta ella desde el lago, le acariciaba el rostro relajándola un poco. Caminó y caminó hasta que sus pasos la llevaron a la locura y comenzó a conducirse por Blue Lake como una vagabunda sin rumbo.

El marido de Gloria se quedó en su lancha sin desanclarla del muelle. Bebía el whisky de la botella y, sin darse cuenta, lo vació hasta la mitad. Desde ahí podía ver el cielo estrellado y pensar tranquilamente, acompañado solo del sonido del agua moviéndose un poco. Pasaron unos cuantos pájaros cantando por donde él estaba. El paisaje era realmente agradable. Pudo llegar a la conclusión de que ya era hora de hacer lo correcto y admitir que tenía un problema con la bebida, y también analizó la posibilidad de decirle a Gloria que necesitaban darse un tiempo, y, por qué no, confesarle que sus sospechas eran reales, él tenía una amante, una tonta chica universitaria, pero que no la amaba. Se animó a dar un pequeño paseo por el lago. Sería una experiencia realmente hermosa y reconfortante. Soltó la lancha para navegar y sintió que algo caía en ella. Cuando volteó para ver qué era lo que había sucedido, se encontró con una persona con el rostro cubierto que se le abalanzó metiéndole un cuchillo en

el corazón. Agonizó un rato. Aquella persona se quitó el pasamontañas, Syd abrió los ojos y la boca asombrado, poco a poco el aire se le escapó de los pulmones y abandonó este mundo con agonía y terror. Antes de poder decir cualquier cosa, cerró los ojos para siempre.

La noche siguiente, Gloria durmió en casa de sus vecinos, en la cama de Samantha, mientras la pequeña dormía feliz en medio de sus padres. No podía dejar de llorar ni de recordar. Todas las imágenes de su matrimonio se le interponían como relámpagos cuando cerraba los ojos, después aparecía el cadáver de su esposo. Los sucesos de la noche anterior habían sido realmente horribles.

Charles no salió a correr ni la noche siguiente ni la que le siguió. Grace estuvo histérica hasta que en la policía llegaron a la conclusión de que había sido un accidente ocasionado por la ebriedad del tipo y que no había que temer que un asesino estuviera suelto por el barrio. Después de aquel veredicto, el señor Peterson pudo salir a correr libremente en las noches, como a él le gustaba, y Grace se quitó de la cabeza la idea de que vivir en Blue Lake ya no era tan seguro como antes.

Capítulo VIII

Después del primer día de trabajo, Logan llega a su hogar muy cansado por la larga y emocionante jornada laboral. Kate está terminando su cena y ya comienza a bostezar en la mesa mientras su madre la mira fijamente para que termine su plato. María está con el rostro pálido, sin maquillaje, un poco enojada y con la voz algo quebrada. Logan las saluda con un beso en la mejilla, se sirve su plato de comida y las acompaña a cenar, pero no obtiene ningún tipo de conversación porque madre e hija pelean hasta que la pequeña llora porque no quiere terminar su hamburguesa. Él no quiere meterse en el pleito porque sabe que no debe interferir, ya que no estuvo presente desde el principio.

Después de un rato la pequeña Kate acaba a regañadientes su comida, entonces se va a dormir. Su padre aprovecha su ausencia e intenta entablar una conversación con su esposa. Está bastante cansado, por lo que deja que ella lave los platos mientras él la mira sentado en la mesa de la cocina y le cuenta sobre lo emocionante que estuvo su día. Pero María casi no lo escucha, sigue lavando los platos con la pila bien abierta para que el chorro de agua sea exagerado y, además, hace movimientos toscos que no le permiten a Logan acercarse y que no permiten que su voz se deje oír. Él se limita a mirarla y seguirle contando sobre la división nueva a la que pertenece y sobre la impresionante cantidad de casos que siguen sin resolverse. Ella ni siquiera se voltea para sonreírle ni emite sonido alguno que indique que está escuchándolo.

Después de que él termina de contar su día y todas las novedades con las que se encontró en el trabajo, se hace un silencio muy incómodo. María enjuaga los platos con ira y sigue sin dar respuesta alguna a su marido. Apenas ella termina su labor en la cocina, él se le acerca y la abraza por la espalda, ella se desprende de sus brazos y camina hacia la habitación. En la puerta comienza a quejarse de su día y de lo terrible que es estar encerrada en el departamento y que, lo peor, es que él llega a contar absolutamente todo sobre su emocionante trabajo nuevo. Después de discutir un rato, María se encierra en la habitación y él decide salir para tomar aire fresco.

Ya en la puerta, Logan piensa que no será muy divertido ir a dar una vuelta solo, pues no está muy acostumbrado a estar sin compañía, sobre todo cuando quiere relajarse. Es así que camina hacia la puerta de los Peterson y toca el timbre. Cree que sería bueno pasar un rato con su nuevo vecino Charles. Es Grace quien abre la puerta. Nota que se dibuja una sonrisa en su rostro redondo y se siente bienvenido.

—Logan. ¿Cómo estás? ¿Qué te trae por aquí? —pregunta con un tono muy dulce ella.

—¡Qué bueno verte, Grace! —la saluda poniéndole una mano sobre el hombro—. ¿Está Charles?

—Sí. Está aquí. —Grace voltea para llamar a su esposo, que está cruzando el pasillo y le hace un gesto de negación con la cabeza, como pidiendo que niegue su presencia en casa. Ella no hace caso y le hace una seña, con la mano, para que se acerque a la puerta. Charles, obediente y sin escapatoria, va a saludar a su nuevo vecino.

—¿Cómo estás, Logan? ¿Qué te trae por aquí?

—¿Cómo te va, hombre? ¿Qué tal tu estómago? —pregunta Logan dándole palmaditas en el hombro. Él es un hombre muy expresivo y no escapa al contacto físico. Al parecer, Charles no es igual, pues se queda tieso sin responder aquel gesto.

—Sin problemas el día de hoy —dice con poca emoción.

—Vengo a sacarte un rato —afirma Logan mirando a Grace, quien sigue con la sonrisa puesta en la cara, bajo sus ojos pequeños—. Si te parece y a tu esposa también.

—Vayan, vayan. Necesitan despejarse ambos —dice Grace sacando a su marido de la casa con ambas manos. Él no se interpone, pues siempre le hace caso a su mujer.

Pronto los dos hombres se dirigen al ascensor y se montan en él. Grace los despide desde la puerta manteniendo su sonrisa en la cara. Le gustan muchísimo los nuevos vecinos y anhela entablar una amistad con ellos.

Charles, en cambio, no está muy contento que digamos. No le fascina la idea de salir a tomar un café por la noche, menos aún un lunes, ya que ese es el día que más trabajo tiene en la ferretería y en el que lo único que quiere, al llegar a casa, es descansar. Además, no le apetece la idea de seguir pasando tiempo con el cuñado de Gloria. En el ascensor, antes de llegar a la planta baja, Logan se sincera con su vecino.

—Discúlpame por sacarte así, espero que tu mujer realmente no se enoje. Hoy tuve un día bastante estresante en el trabajo y mi mujer está con un genio terrible, insoportable — afirma mientras se rasca la cabeza, Charles lo mira con atención—. Yo la quiero muchísimo, pero cuando se pone como hoy no puedo lidiar con ella y prefiero darle un descanso hasta que cambie de humor. Por eso, amigo, hoy te invito una copa o un café, lo que tú prefieras. Dime el lugar porque tú conoces esta ciudad, yo soy novato.

—¿Qué sucedió con tu esposa? —pregunta Charles.

—Simplemente está de mal humor. Sabes que a veces se ponen de un genio terrible y no hay manera de saber las razones de su mal humor.

—¿No hiciste algo que pudiera molestarla? —pregunta con algo de preocupación.

—Para nada. Si he estado todo el día fuera de casa, trabajando.

El ascensor se abre en el preciso instante que Logan termina de decir esto y los dos hombres salen del edificio en silencio. Ya en la calle Logan insiste en su invitación.

—A ver. Dime de qué te antojas y yo te invito. Si me dejas elegir, te invitaría a un lugar que me agrada a mí también, pero no conozco casi nada aún. Soy nuevo en Wundot Hills, amigo.

—Vamos por un café, no me gusta beber entre semana —afirma con seriedad Charles.

—¡Perfecto! Hoy seremos chicos buenos y llegaremos muy temprano a casa, te lo prometo —le dice Logan guiñándole un ojo. A Charles no le gusta ese gesto, porque le recuerda a su padre disculpándose con su madre y prometiéndole cambiar.

—Me parece bien —dice sin ánimo.

Van al Bleu Ange, un café que está muy cerca de La rose. Logan queda encantado con la decoración, pues todas las luces son neones azules y las mesas son de vidrio.

—Es muy linda esta ciudad, amigo —afirma cuando se sientan en una mesa para dos—. Me encantan este tipo de lugares. En Cheverdale es difícil hallar un lugar como este. —Mira hacia los costados para apreciar la decoración y luego vuelve a mirar a Charles—. Lo único que me impresiona y me trae algunos conflictos es su tamaño. Es muy grande.

—Es grande, pero uno se acostumbra —afirma Charles mientras mira la carta.

—Eso lo dices porque has vivido aquí toda tu vida y porque no tienes que lidiar con los homicidios del lugar.

En ese preciso momento aparece una mesera vestida con ropa azul y negra, lista para tomar la orden de ambos. Charles se pide un *mocaccino* y Logan un café árabe.

La mesera apunta la orden y se lleva el menú dejando a Charles desprotegido. Se siente desnudo frente a su nuevo vecino. No es un hombre muy sociable, sí es amable, pero le cuesta bastante hacer amigos. Además, se siente muy intimidado por el hecho de que sea familiar de Syd. ¿Qué pasaría si saliera el tema de conversación? Ni siquiera puede fingir sentir lástima por aquel gusano horrible.

Logan comienza a contarle sobre los restaurantes en Cheverdale. Charles lo escucha hablar con atención y pocas veces aporta algo a la conversación, ya que es él quien toma la charla. Se siente un poco más animado al notar que tienen intereses en común, como el gusto por los aviones o el gusto por el rock. La mesera vuelve con sus pedidos y entonces Charles se anima a conversar. Poco a poco sale de su cascarón.

Después de una hora de conversación Logan comienza a sincerarse aún más con su nuevo vecino.

—Yo amo muchísimo a mi esposa, Charles. Ella es realmente increíble. Pero a veces no la entiendo en lo más mínimo. Se enoja y nunca me entero de qué es lo que he hecho para que ella se enfade.

—Tal vez no preguntas lo suficiente —afirma Charles en un tono comprensivo.

—Tu esposa debe ser un pan de Dios, Charles —le dice recordando su rostro casi infantil y su sonrisa—. Las mujeres son complicadísimas. A veces le roban su humor al diablo y no hay nada que las haga confesar las razones de aquel comportamiento infernal. No me malentiendas. Por lo general María es increíble, pero días como hoy... Simplemente necesito darme un respiro.

—Grace es realmente un ángel —dice Charles visualizando a su mujer—. Poquísimas veces hemos peleado y siempre he sabido las causas de sus enojos.

—¿Nunca, simplemente, te ha ignorado y no te ha dicho nada durante horas? —pregunta Logan con cierto asombro.

—Creo que eso jamás ha sucedido, por lo menos no hasta la fecha.

—Eso es realmente un milagro. Tienes que estar agradecido.

—Lo sé... —dice Charles sonriendo—. Y tú tienes que aprender a comprender a tu esposa.

—¡Es imposible! —Logan abre muchísimo los ojos al decir esto, Charles comienza a reírse y cambia la expresión de su rostro.

Charles se da cuenta de que su vecino es un hombre realmente bondadoso y con un buen corazón, un hombre que, además, ama a su esposa y a su hija y que nunca les haría daño. Se siente un poco conmovido al notar el perfil de su nuevo amigo y se relaja un poco sintiéndose en un ambiente mucho más amigable. Logan le cuenta todo sobre su vida. ¿Podría estar mintiendo? Parece que no, porque en sus ojos se puede ver un alma sincera.

El tiempo se pasa bastante rápido y la salida que, supuestamente, iba a durar una hora o menos, se alarga. Los dos hombres solamente beben café, pero se entretienen muchísimo y se olvidan del tiempo. Hablan de sus esposas, de sus hijos, sobre baloncesto y algunos otros temas que van surgiendo. Logan no menciona, en ningún momento, nada sobre su profesión. Charles tampoco lo hace y agradece que su nuevo amigo lo evite. La pasan de maravilla juntos.

Ambos entran al edificio sintiéndose un poco culpables, a la vez que cómplices, por la tardanza. ¿Qué pensarían sus esposas? Charlan de esto en el ascensor y Charles siente aún más empatía por su nuevo amigo. Él también se siente culpable cuando sabe que le ha fallado en algo a su esposa, por más pequeño que esto sea. Salen del ascensor y caminan hacia las puertas de sus respectivos departamentos. Las abren al mismo tiempo. Para el afortunado Charles la entrada está despejada y no hay ningún reclamo, es entonces que Logan se da cuenta de que realmente su vecina es un pan de Dios. Para el desafortunado señor Clarks la entrada está bloqueada por una esposa furiosa que comienza a reclamarle y preguntarle cosas antes de dejarlo pasar.

Esa noche María y Logan se pelean y él tiene que dormir en el cuarto de visitas. En cambio, en el departamento de enfrente, Grace se despierta solamente para darle un beso a su esposo y seguir durmiendo plácidamente, confía completamente en él. Charles se siente un poco culpable por ese voto de confianza tan sincero. La mira unos segundos y se queda completamente dormido.

Capítulo IX

Aquella primera semana en la nueva ciudad pasa muy rápido para Logan, quien recién se acostumbra al nuevo ritmo de trabajo y comienza a comprender bien cómo realizar su labor. Para María los días pasan muy lentamente porque se siente completamente inútil. Sus únicas tareas son la limpieza de la casa y, cuando está de buen humor, la cocina. Extraña su trabajo y aún no la llaman ni siquiera para una entrevista. Para Kate la semana pasa casi igual de rápido que para su padre, pues la pasa de maravilla junto a sus nuevas amigas en su nueva escuela.

El viernes en la noche, Logan decide darse un respiro después de una semana tan ajetreada. Le pregunta a María si es que le gustaría ir a bailar después de acostar a Kate y dejarla dormida. La mujer está bastante estresada con su situación actual y le preocupa que el hecho de que no trabaje signifique un hueco muy grande en la economía familiar, así que se niega por temor a gastar demasiado. Su esposo, un poco molesto por la negatividad de su mujer, se queda fumando en la sala con la ventana abierta. Es entonces que, mientras deja que María acueste a la niña, piensa en buscar a su vecino para ir por un café o, por qué no, por un trago. Mañana el trabajo para él empieza más tarde y seguro que Charles puede darse una pequeña licencia y abrir la ferretería después del horario de todos los días. Apaga su cigarrillo y mira por la ventana antes de decidirse a salir o no; entonces ve a Charles con ropa deportiva corriendo por la acera que está frente al edificio. Sonríe y se da cuenta de que es muy tarde para invitarlo porque, al parecer, él ya tiene otros planes. Trata de saludarlo, pero él no lo ve.

En Blue Lake siempre sopla una brisa que viene del lago, Logan piensa en lo valiente que es su vecino al atreverse a salir a correr en la noche con un conjunto deportivo tan delgado. Él no lo haría, disfruta de hacer ejercicios en casa, sin tener contacto con el aire fresco. Ahora tiene la ventana abierta, pero el viento que sopla dentro de su departamento no le produce frío, sino que es agradable.

Mira con atención el muelle y piensa en el difunto esposo de su cuñada, en cómo aquel hombre salió a dar un paseo en una noche probablemente igual de pacífica que la de hoy y no regresó nunca más a su hogar. ¿Sería real lo del accidente por ebriedad? En las pruebas forenses se ve que el tipo sí estaba pasado de tragos, pero se le hace muy extraño que la herida haya sido encontrada en un lugar tan exacto, sin presentar raspones en el resto del cuerpo. Además, el cadáver fue hallado dentro de la lancha, la que sí estaba a varios metros del muelle, pero, a fin de cuentas, estaba dentro de la lancha. ¿Cómo podría haber caído de ella lastimándose con una roca, como dicen los informes, y vuelto a entrar? ¿Podría haberse lastimado con las rocas puntiagudas que sobresalen del lago y haberse quedado inmóvil dentro de la lancha, sin sufrir ninguna caída? Le parece que existen muchos huecos en la reconstrucción de los hechos y quizá hasta algunas incongruencias.

El tiempo pasa sin que Logan se dé cuenta. María y Kate ya se han acostado hace horas y él se ha quedado dormido frente a la ventana. De pronto un ruido muy fuerte que viene de la ventana de la cocina lo despierta. A su esposa y a su hija también las despierta. Los tres se encuentran en la puerta de la cocina un poco asustados y comienzan a revisar el lugar. Coinciden en haber escuchado un sonido grave, como el de un golpe o una caída, y se disponen a buscar qué es lo que lo ha producido. Cuando miran la ventana, se dan cuenta de que está abierta, casi hasta la mitad. Piensan que quizá podría haberse tratado de un golpe de aire que abrió la ventana y, ya más tranquilos después de encontrar una respuesta, vuelven a dormir. Logan se acuesta y se siente un poco tonto por haberse quedado dormido en la sala. Su esposa, seguramente, está furiosa y tiene todo el derecho de estarlo. Desde que llegaron a Wundot Hills, él no ha sido comprensivo con ella.

A esa misma hora, Charles entra a su departamento bastante cansado. Ha sido una noche larga y él está goteando. Se quita la ropa deportiva, se pone encima el pijama, mete su muda anterior a la lavadora junto a otras prendas, come un emparedado mientras se completa el

ciclo de lavado y luego mete todo a la secadora. Mira el reloj, son cerca de las dos de la mañana. Cuando sale por las noches no se da cuenta del tiempo que transcurre y puede llegar muy tarde.

Mañana tiene que ir a trabajar y esta ha sido una noche larga, se fija en la hora y se sorprende al notar que, a pesar de haber salido más temprano que de costumbre, ha vuelto igual de tarde. Se mete en la cama al lado de su esposa, quien se despierta para darle un beso y volverse a dormir. Es entonces que comienza a sentirse mareado. Su corazón late con prisa y le da vueltas la habitación a oscuras. No puede más y corre al baño para vomitar. Le cuesta mucho seguir viviendo con sus secretos. Después de largar la cadena y caminar, de nuevo, hacia su cuarto, decide escribir en su diario.

Trató, durante un tiempo, de ir a terapia con un psicoanalista. Su esposa y sus hijos nunca se enteraron, pensó que lo verían vulnerable si es que llegaban a saber. Aquel tiempo cerraba la ferretería los viernes al medio día y se iba con el terapeuta. No le podía contar todo, pero al menos le contó sobre su padre y sobre los secretos que guardaba para su familia que lo hacían sentir muy avergonzado. Cada vez que su terapeuta estaba a punto de escuchar más información sobre sus secretos, Charles se ponía a sudar y a vomitar. Fue entonces que el psicólogo le aconsejó a su paciente que descansara de la terapia unos meses y escribiera un diario en el que tratara de contar aquellos secretos. Desde aquel entonces, Charles lleva casi siempre su diario, a pesar de que haya dejado de asistir a terapia. A su esposa le parece muy romántico que lo haga y cree que en él su esposo escribe las cosas que piensa sobre ella, aunque nunca se atrevió a leerlo.

Ahora, muy aturdido, se va a la cocina para escribir. Ahí no molestará a nadie.

“27 de enero

No sé si es Dios quien me acompaña o es el mismísimo diablo. Cuando corro de noche me siento observado, temo que Dios me esté juzgando; cuando me detengo, siento que es mi cómplice. Me siento confundido.

Avanzo en un nuevo proyecto, pero todavía no quiero escribir sobre él. Me da pánico. Al llegar a casa esta noche vomité.

Mi hermosa, mi ángel, mi Grace no sabe nada de nada. Ella es una mujer de un corazón muy noble y le es imposible imaginarse que le escondo cualquier cosa. O tal vez finge. ¿Lo hará? No creo que ella esté fingiendo, ella no es así, ella es sincera y transparente.

Logan es un tipo increíble, pero me desagrada tenerlo tan cerca de mí. Hoy lo vi mirando por la ventana mientras corría. Me sentí observado, ya no solamente por Dios, sino también por él, y eso me incomodó demasiado. Es un tipo genial... Hace unos días charlamos y pasamos una noche muy agradable. Pero está muy cerca y eso me pone los pelos de punta.

Hice lo que pude para resolver esa sensación.”

Deja el diario a un lado y suspira. Cree que, si escribe, sus penas y culpas se irán. Piensa en dar más detalles sobre las cosas para quitárselas de encima, pero no puede. Abre el cuaderno y trata de hacerlo, pero los mareos vuelven. Corre al baño para vomitar. Después de hacerlo, sale y se encuentra con Chris, quien le pregunta si está bien. No le responde, sino que lo atropella y corre hacia la cocina para recoger el diario, no vaya a ser que su hijo lo lea. El chico decide apartarse y se cerciora de que su padre vuelva a su habitación. Al ver que lo hace, se queda tranquilo, así que usa el baño con calma y vuelve a su cama para seguir durmiendo en paz.

Ya en la cama, al señor Peterson le cuesta mucho dejar de pensar. El diario ya está guardado y seguramente nadie podrá leerlo, pero se ha sentido muy amenazado por su propio hijo, y antes se ha sentido observado por su nuevo vecino. Piensa que debe tener más cuidado al andar por el departamento de noche. Tiene que ser más sigiloso y hacer menos ruido al

caminar, además que tiene que estar pendiente de los ruidos. No quiere volver a despertar a sus familiares.

No duerme sino hasta que el cielo comienza a clarearse y los primeros pájaros comienzan a cantar. Unas horas después no tiene más opción que irse a trabajar.

Mientras él se alista de mala gana, los Clarks revisan los seguros de todas las ventanas de su hogar y se aseguran de que funcionen bien. Logan, a cierta hora, deja a su esposa y a su hija realizando esta labor mientras él se va al trabajo. María nota que, a pesar de vivir en el séptimo piso, no es muy difícil entrar a su hogar. La cocina es el espacio ideal para introducirse al departamento, pues es el área más alejada de los dormitorios y su puerta se encuentra en el pasillo de entrada, por lo cual desde el comedor tampoco se tiene visibilidad de esta ni posibilidades de escuchar todos los sonidos que provienen de ella. Además, está la escalera de incendios, la cual pasa a pocos centímetros de esta alejada área. Sabe que los arquitectos diseñaron así el edificio por razones estéticas, pero le parece una estupidez que no hubieran pensado en la seguridad.

Antes del mediodía llega un caso a la división de homicidios que llama la atención de Logan. Se trata de un hombre de unos treinta años, al cual todavía no le han encontrado una familia que lo reclame y que, al parecer, ha sido apuñalado por la espalda cerca del parque que se encuentra a seis cuadras de su edificio. Le parece terrible que lleguen tantos casos en un solo día. Piensa que tiene que ver con que es viernes y que ya desde el día anterior la gente se permite beber y perder la cabeza, anticipándose al fin de semana; es entonces que ocurren todos los crímenes pasionales. Piensa en la muerte del marido de Gloria, nuevamente, y de repente comienza a notar una constante un tanto interesante en los casos que maneja. Sonríe maliciosamente y le dice a su jefe que comenzará a investigar ese denominador común. A pesar de que el jefe se muestra un poco escéptico le da el permiso para realizar esa labor, sobre todo para poner a prueba sus capacidades.

Capítulo X

María le dijo a Grace lo ocurrido en su cocina la noche anterior y ambas explicaron sus sospechas a sus respectivos esposos. Logan lo creyó posible y prometió investigar. Charles le dijo a Grace que aquello le parecía una tontería porque se encontraban en un barrio residencial bastante seguro. Además, él mismo había llegado esa madrugada a casa sin escuchar ningún motor y sin encontrarse con ninguna persona desconocida en la calle. Ellas se tranquilizaron.

Las cosas para María, desde entonces, no van muy bien. Han pasado varios días de haber dejado su currículum en distintos lugares y aún no la han llamado de ninguno. La situación empeora por el aburrimiento que siente en Blue Lake, aquel barrio tan calmado y sin mucho que hacer. Cocinar o limpiar no son tareas que de verdad disfrute y la ausencia constante de su esposo comienza a molestarle. Kate, por otro lado, se la pasa con Samantha, mientras ella se queda sola en casa.

Cree que está perdiendo la cabeza y que el encierro le está afectando mucho. Algunas noches escucha ruidos en casa, todos vienen de las ventanas, pero nadie más los escucha. Es por eso que piensa que, quizá, esos ruidos, no son más que producto de su imaginación paranoíca.

Un día, totalmente cansada de su soledad, decide buscar a Grace. Las pequeñas, después del almuerzo, se han encontrado en el pasillo y luego han ido al jardín del edificio para jugar. Seguramente la señora Peterson está desocupada. No le gusta mucho la idea de entablar una relación de amas de casa con ella, pero si no encuentra algo que hacer va a entrar en crisis. Su vecina le abre la puerta y se alegra mucho al verla. Está vestida de manera sencilla, como siempre; ella, en cambio, lleva unos hermosos pendientes de plata y una camisa violeta. Grace sonríe al verla.

—Hola, María. ¿Cómo estás? ¡Qué bueno verte aquí! Pasa, por favor —le dice, dándole espacio para que entre. María sonríe, entra al departamento y saluda a Grace con un beso en la mejilla.

—Gracias por dejarme pasar.

—Toma asiento.

—Gracias —dice María mientras se acomoda en uno de los sillones del *living*—. ¿No estás ocupada, ¿verdad?

—No, para nada. Las chicas están abajo. Yo estaba viendo una película en la televisión, pero está muy aburrida.

—¡Qué bueno! Vengo a visitarte.

—¡Qué linda sorpresa! —afirma Grace con una sonrisa muy sincera—. ¿Cómo te está yendo, María? Me alegra mucho verte aquí —pregunta mientras le sirve un vaso de limonada.

—Sigo buscando algún trabajo, pero todavía no he encontrado nada —le responde mientras recibe la limonada.

—¿Y cómo te va siendo ama de casa? —Grace hace, sin querer, la única pregunta que María no quiere responder.

—No es lo mío. Hay que ser paciente para eso y a mí me aburre hasta freír hamburguesas. Tengo muchas ganas de empezar a trabajar de una vez. ¡Estoy perdiendo la cabeza!

—Pero no tienes que quedarte encerrada todo el día —le dice Grace mirándola a los ojos—. A veces, cuando el clima está agradable, yo salgo a dar una vuelta con Samantha, incluso Kate nos acompañó un par de veces. Sé que parece un poco aburrido, pero una se acostumbra y hasta le encuentra la diversión.

—Tienes razón —afirma María. Después las dos se quedan en silencio hasta que ella decide sincerarse con Grace. No la conoce muy bien, pero tienen ciertas afinidades y las separa nada más un pasillo—. ¿No temes que Charles te mienta?

—Tenemos una relación muy buena y nos contamos casi todo —asegura Grace un poco sorprendida—. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que... ¿Sabes? Desde que nos mudamos aquí se me hace muy difícil confiar en Logan. Es como si tuviera una vida secreta que yo desconozco por completo.

Grace siente una pequeña satisfacción al ver a esa mujer tan hermosa sintiéndose vulnerable, le sube un poco la autoestima poder ser ella quien le dé consejos matrimoniales a su vecina. Al mismo tiempo, siente empatía por ella.

—¿Y antes era así, María?

—¿Cuándo yo también trabajaba?

—Sí.

—No. Y es que en ese entonces yo tenía mi propio espacio, compartía tiempo con otras personas y... ya sabes... me distraía.

—¿No crees que solamente se trata de tu mente? —pregunta Grace en un tono serio pero comprensivo—. Es decir, Logan parece un tipo bastante serio y confiable. Yo no me preocuparía.

—Es que ahora lo llamo y él evade mis conversaciones. Es como si se sintiera mucho más cómodo lejos de mí que conmigo.

—Ten paciencia, María. Necesitas distraerte un poco, encontrar en qué ocupar tu mente.

—¿No te sientes igual con Charles?

Se hace un silencio.

Grace reflexiona un poco sobre su relación y se da cuenta de que a veces tiene sensaciones parecidas a las de María. Charles va a trabajar todos los días a la ferretería y ahí conoce gente de todo tipo, seguramente con algunos clientes hasta llega a entablar alguna relación. Ella, mientras tanto, se queda en casa cuidando de los chicos y sin hablar con muchas más personas.

—Nunca, María. Nunca siento eso con mi esposo —miente Grace—. Tal vez algunas veces —se corrige a sí misma—. Confío en él, no me malentiendas, pero a veces sí dudo.

Las dos se quedan mirándose en silencio hasta que María se acuerda de su hermana Gloria y sus sospechas sobre la infidelidad de su difunto esposo.

—Grace, tengo que hacerte una pregunta.

—Dime —dice con preocupación Grace.

—¿Cómo sabían ustedes sobre la amante de mi cuñado?

—En realidad Charles...—Grace se queda pensativa. ¿Por qué su esposo sabía sobre ella?—. En realidad fue Charles quien me lo dijo.

—¿Era muy amigo del esposo de mi hermana?

—En realidad no —dice Grace mirando el suelo.

María nota que su vecina está frustrada, por lo que comienza a hablarle de sus sospechas sobre Logan y escucha con atención lo que ella le dice sobre Charles. La conversación les sirve para desahogarse un poco y se extiende por más de una hora. Después de que terminan de contarse todas sus sospechas, la señora Clarks siente que puede confiar en su nueva amiga. Es así que decide contarle algo que no le ha dicho a nadie y que le preocupa.

—Grace. ¿Tú sueles escuchar algo extraño en el edificio?

—¿Algo cómo qué? Es decir... Escucho a la señora Smith gritar todas las mañanas, pero además de eso, no.

María sonríe y baja la cabeza un poco avergonzada. Responde cabizbaja y sonrojada.

—No, no, no... Me refiero a... ¿Te acuerdas de los ruidos que te conté que escuchamos Logan y yo aquella noche que forzaron la ventana de la cocina?

—Sí.

—Los sigo escuchando. Aunque Logan dice que él no los oye.

—¿Te preocupa la seguridad del barrio?

—Sí, por un lado. Pero también está la duda de que estos sonidos sean reales o sean producto de mi mente —confiesa avergonzada María.

—Debes ir a un psiquiatra —bromea Grace.

—No hagas esos chistes. Estoy muy asustada.

—Lo siento, María —afirma Grace en tono comprensivo.

Ambas se miran silenciosamente durante unos segundos. María se pone nerviosa, comienza a sudar un poco.

—Es raro lo que te voy a confesar, Grace.

—No importa. Dime.

—Tengo una tercera sospecha sobre estos ruidos que escucho.

—¿Qué tan grave puede ser?

—No es que sea muy grave. He pensado en decírselo a Logan, pero las pocas veces que pasamos tiempo juntos prefiero hablar de cosas agradables. Las cosas entre nosotros, como ya te he dicho, se han puesto muy difíciles desde que vinimos a vivir a esta ciudad.

—Cuéntamelo a mí primero. Yo te diré si a mí me parece demasiado alocado. —Le guiña un ojo después de decirle esto. María suspira y se queda dubitativa.

—¿Crees en los fantasmas? —pregunta María mirando el suelo.

—¿Crees que se trata del fantasma de tu cuñado?

—Sí. ¡Estoy completamente loca, ¿verdad?!

—No, no. Para nada. Es muy normal que pienses eso.

—Es que... No lo sé. No te voy a mentir. Me encanta esta ciudad, me gustan muchísimo sus calles, me siento bastante cómoda en el edificio y soy muy feliz con la cercanía que tenemos al lago. Pero algo no anda bien con mi departamento. ¡Es bellissimo!, pero no me siento 100% cómoda.

—No te juzgo, María. Creo en los sucesos sobrenaturales. Dime, ¿Kate escucha los ruidos?

—Algunas noches.

—Entonces tienes que descartar de una vez la sospecha de que te estás volviendo loca.

—Es verdad. Creo que le comentaré a Logan mis sospechas.

—Hazlo. Quizá él descubra que nuestra teoría sobre los ladrones que forzaron la ventana sean ciertas. Y si esas personas merodean por aquí, hay que atraparlas.

Esa noche María es despertada de su sueño por un ruido muy fuerte. Cuando abre los ojos y mira al costado nota que su esposo se ha levantado de la cama. Asustada, se pone de pie y se dirige al lugar del que cree que proviene el sonido. Camina con precaución, un poco asustada. Entonces, en la puerta del baño de visitas, ve a Logan con un bate de béisbol en la mano.

—¿Escuchaste los ruidos? —le pregunta a su esposo todavía un poco asustada.

—Sí, pero creo que se trataba del sonido de tus pasos, mi amor —afirma él dejando el bate de béisbol en el suelo.

—No me mientas, Logan. Cuando desperté ya no estabas.

—Vine al baño. Fue después que tomé el bate de béisbol porque escuché el ruido de tus pasos.

—Está bien. ¡Vamos a dormir! —le dice María a su esposo. Pero no termina de entender por qué le miente. Él nunca usa el baño de visitas.

Capítulo XI

El miércoles 14 de febrero Logan llega al trabajo y se encuentra con nueve casos sucedidos en la madrugada, como si algún alma hambrienta de desgracia y muerte hubiera salido la noche del martes 13 para cazar. Lo que le preocupa mucho, pero le da una pauta más para su investigación, es que, de aquellos casos, cuatro han sucedido en Blue Lake a horas muy cercanas. Uno de sus compañeros revisa esos datos y se hace la burla alegando que, seguramente, los vampiros decidieron hacer un tour de cacería. Otra cosa que llama la atención de Logan es que esas cuatro víctimas han sido asesinadas de la misma forma.

Una de las mujeres que trabaja en la división de homicidios cree que Logan está un poco loco, pues está obsesionado con encontrar detalles extraños en todos los casos que les llegan. Busca un punto en común entre todas las víctimas; cosa que hasta ahora no ha encontrado pero que sigue empeñado en buscar. Ella dice que es un tipo que trabaja muy bien, pero que apenas halla alguna cosa que pueda relacionar a una víctima con otra, pierde un poco los cabales y realiza conjeturas muy raras e inservibles. Hace unos cuantos días, por ejemplo, encontró una constante entre tres víctimas. Los tres vivían en el mismo barrio, Blue Lake, y frecuentaban el mismo prostíbulo. En la oficina desecharon ese dato como importante porque los asesinatos de estos tres hombres se habían suscitado en otros lugares. Uno a la puerta del prostíbulo, otro frente a una tienda de revistas y el otro en el puente que conecta ese barrio con el centro de la ciudad.

¿Por qué tantos sucesos raros en Blue Lake? ¿Qué tiene ese lugar de especial? Una respuesta posible sería que es gente de dinero la que habita ese lugar, pues es un barrio en donde la vivienda es bastante cara. Pero esa idea puede quedar descartada si se comparan los ingresos económicos de las personas asesinadas con el de otros. ¿O serán malvivientes que matan a sus víctimas enterándose, después, de que en realidad no llevan tanto efectivo como ellos creían? ¿Cuál será la razón para que esa tranquila zona residencial a orillas del lago se llene de muertos? Muchos de los casos son descartados como asesinatos y la policía alega que se trata de accidentes, pero Logan está seguro de que no es así. Piensa en los ruidos que él también escucha en el departamento, aunque se lo niega a su esposa, y cree que hay algo más en el lugar en donde vive. No se lo comenta a ninguno de sus colegas, pues lo creerían más loco de lo que ya lo creen.

El jefe de la división de homicidios revisa las conjeturas que hace Logan Clarks y, a pesar de no confiar absolutamente en él, lo deja seguir con sus investigaciones. Piensa que quizá todas esas rarezas lleguen a una conclusión creíble e interesante. Mientras tanto, Logan sigue atando cabos y haciendo anotaciones extrañas en su libreta y en hojas sueltas. Cree que existe un asesino, un solo asesino que ataca a todas las víctimas de Blue Lake. Sospecha, por el perfil de las víctimas, que se trata de una mujer. Todos son hombres mujeriegos a los que les gusta bastante asistir a prostíbulos caros o a clubs de *strippers*.

El caso de Syd le da vueltas en la cabeza. ¿Por qué habría ido después de la pelea a su lancha? ¿Por qué no optó por ir a una discoteca o a un bar? ¿Qué hacía solo en una noche de invierno paseando en su lancha?

Logan se da cuenta de que el perfil de los hombres asesinados en Wundot Hills es muy similar. Mujeriegos y adictos a la diversión nocturna. ¿Será una prostituta enamoradiza la que realiza estos asesinatos? ¿Una mujer despechada? ¿Una ama de casa cómplice de todas sus amigas enamoradas de estos viciosos? Logan tiene varias sospechas, pero todas ellas lo llevan a pensar en una asesina, una mujer. Piensa en Syd. Casado pero infeliz, infiel, poderoso económicamente y un poco alcohólico. ¿Sería su amante la criminal? ¿Se iría a la cama con todos los hombres de aquel barrio y luego, despechada y enamorada, los mataría? Quiere preguntarle a Charles quién es la muchachita y anota el dato en su libreta.

Hoy se siente bastante confundido con los hechos, y es que es sumamente extraña la coincidencia de que un martes 13 tantas víctimas sean asesinadas. ¿Cómo puede morir tanta gente de forma sospechosa en una sola noche? Piensa en la posibilidad de que los crímenes de la noche anterior hayan sido cometidos por alguna persona con ciertas inclinaciones satánicas, o, quizá, por una secta religiosa. Lo que no le termina de cerrar es la similitud de los perfiles de estos hombres con los perfiles de víctimas anteriores, incluso con el perfil de su propio cuñado.

Se acuerda de los ruidos y de María imaginando que está loca, siente algo de lástima por ella, pero tiene que protegerla y para eso es necesario mentirle un poco. Luego piensa en Gloria. La última vez que hablaron por teléfono, ella no paraba de decirle lo arruinada que estaba por culpa de Syd, jadeaba en vez de respirar y no dejaba de quejarse. ¡Qué terribles las desgracias del último tiempo para su familia! Por suerte, la pequeña Kate, que es la más vulnerable por su edad, está completamente feliz.

A unos kilómetros de la oficina de homicidios de la policía de Wundot Hills, Charles atiende a un montón de clientes. Algo ha sucedido el día de hoy, está teniendo muchas más ventas que de costumbre. Siente como si hubiera hecho un pacto con el diablo para tener tanto éxito y sonríe pensando en la casualidad de que ayer fue martes 13. Sus hijos estaban muy asustados, pues la noche estaba más oscura de lo normal y la brisa del lago golpeaba con más fuerza la ventana de la sala. Samantha charlaba con su madre sobre las cosas que le había contado Kate, sobre los fantasmas que escuchaba. Grace trató de indagar un poco más al respecto, pues no le parecía sano que María le dijera a su hija que los ruidos que ambas escuchaban en el departamento provenían de fantasmas. Se alivió cuando se enteró que Kate estaba espionando una conversación de sus padres y fue por eso que se enteró. Charles miraba la noche y se sentía atraído por aquella ventisca infernal. Ahora se imagina que al sentir esa brisa hizo un pacto con el diablo.

Charles no es supersticioso, pero le parece que la gente está predispuesta a ciertas cosas cuando es supersticiosa, por lo que le parece bastante lógico que sucedan cosas horrorosas en martes o viernes 13, o en la noche de Halloween. Es como si la gente se preparara para recibir a los malos espíritus y doblegarse ante ellos. Recuerda, por ejemplo, que una noche de Halloween una gran lluvia, que era muy extraña para aquellas fechas, hizo que el lago se desbordara y muchas de las casas se inundaran. Algunas personas decían que un ente maligno había tomado el cuerpo del agua para hacerles daño a los habitantes de Blue Lake.

Gloria, muy interesada por los orígenes de todas las cosas, había investigado una vez sobre el barrio en el que vivían. Ella, siendo muy supersticiosa, decía sentir unas energías muy extrañas y sobrenaturales en aquel lugar y necesitaba encontrarles alguna explicación. Fue después de aquel Halloween en el que el agua casi se la lleva, pues ella estaba disfrazada dando vueltas por el barrio, que puso manos a la obra. Encontró cosas bastante interesantes revisando en periódicos antiguos. Aquel lugar tenía otro nombre antes, Wicked Lake, y la gente de la ciudad, cuando la ciudad era todavía solo un poco más grande que un pueblo, pensaba que esa zona estaba maldita. Es por esa razón que nadie había tocado esos terrenos hasta los ochentas, en los que un millonario había comprado la zona entera para construir edificios. De hecho, fue ese mismo millonario quien le cambió el nombre a la zona para hacerla más atractiva.

¿Por qué Wicked Lake era la zona embrujada de Wundot Hills? ¿Qué era lo que la hacía especial, sombría? Cuenta una leyenda que a orillas de ese lago muchos de los nativos antiguos habían realizado sacrificios humanos, porque creían que las aguas del lugar estaban vivas y que requerían ser alimentadas para no desatar su furia. Es por eso que, según Gloria, la gente que vive en el ahora llamado Blue Lake tiene cierto derecho a enloquecer un poco. Cree que ella misma ha perdido la cabeza después de habitar esa zona por tanto tiempo.

Seguramente a Logan le encantaría escuchar la historia de ese barrio, quizá podría conjeturar algunas otras cosas, como que la persona que asesina a hombres inocentes en aquel lugar lo hace por simple gusto de ver sangre correr, porque el lago la ha enloquecido. Pero por desgracia Gloria nunca ha contado sobre sus investigaciones a nadie. A veces se mira al espejo y se siente poseída, pero prefiere guardar esas ideas para ella misma porque le parecen muy alocadas. Cree que, posiblemente, fue eso lo que le ocurrió la última noche que peleó con Syd y en la que ella, después de que su marido salió de la casa, perdió el conocimiento caminando por las calles.

Al anochecer de aquel miércoles 14 de febrero, Charles pierde los estribos después de haber atendido a tanta gente. Llega a casa con un humor terrible, está muy enojado. Ni Grace ni sus hijos lo han visto así desde hace mucho tiempo, por lo cual les extraña bastante. Samantha quiere jugar con su padre, pero él, por su estado, se opone haciendo llorar a la niña. La pequeña se gana un regaño que la hace llorar aún más. La señora Peterson se siente completamente agobiada por el estado anímico de su esposo, no le gusta verlo así.

Cenan todos en silencio absoluto, sin decir una sola palabra. Charles come con furia. Hoy ha tenido un día realmente pesado y, además, anoche no ha dormido lo suficiente, por lo que está doblemente cansado. Pero eso no es lo peor de todo. Lo que más rabia le hace sentir es una cosa ajena al conocimiento de la familia, por lo que ni los niños ni Grace van a poder reparar ese mal humor que hoy tiene papá. Llega la hora de acostarse y tanto Samantha como Chris se van a la cama rápidamente para no escuchar los regaños de su padre. Cuando está con ese humor, le temen bastante. Charles se queda en la cocina y le dice a su esposa que vaya a acostarse, ella obedece.

Después de unos minutos a solas no puede más con la presión que siente. Saca su diario y comienza a escribir como loco. Llena las páginas sin darse cuenta y al terminar de hacerlo cierra el cuaderno y se va a acostar al lado de Grace. Por fin encuentra un poco de paz en la cama y se duerme rápidamente. Sueña con su padre en llamas, suplicándoles salvación a sus hijos y a su mujer. En el sueño, Charles se ríe de él y le pisa los dedos machucándolos un poco cada vez que el tipo logra sacar las manos del fuego. Grace se da cuenta de que su esposo tiene pesadillas y se siente desgraciada. Nunca antes había sentido tanta impotencia.

Capítulo XII

El jueves por la mañana Grace se levanta después de haber pasado una noche muy larga. Toda la noche se entretuvo con sus cavilaciones respecto a su esposo y no pegó el ojo. Está bastante cansada y, además, muy agobiada. Hace las cosas sin muchas ganas, no se siente motivada el día de hoy. Sus hijos se alistan para ir a la escuela, todos desayunan juntos, Charles saca el auto, lleva a los chicos para luego irse a la ferretería y ella, como todas las mañanas, de nuevo se queda completamente sola con la casa desordenada.

Casi a las diez de la mañana alguien toca el timbre del departamento, y Grace, que estaba doblando ropa, se sobresalta. Al abrir ve a María, quien está desarreglada, lo cual no es habitual.

—¡María! ¿Qué te ocurrió? —pregunta Grace sin ocultar su asombro.

—Los ruidos de nuevo. Y... y... y Logan despertó hoy muy raro —dice mientras entra al departamento de los Peterson sin invitación alguna. Grace, preocupada, la deja pasar—. Hablé por teléfono con alguien, logré escuchar algo de lo que decía. Era... era... algo sobre unos maleantes, sobre unos asesinos. ¡Creo que estoy enloqueciendo!

—Es muy normal que tu esposo hable de maleantes. ¡Es policía! —afirma Grace sin comprender la preocupación de su amiga.

—Creo que su conversación tiene que ver con los ruidos. ¿Por qué me está escondiendo cosas, Grace? No lo comprendo —afirma María con voz temblorosa y agitada.

—Hablemos con calma. Te traeré un vaso de agua —le dice mientras se dirige a la cocina. Poco después vuelve con lo prometido. María toma el vaso entre sus dos manos que no dejan de temblar—. ¿Hablaron del tema?

—¿Sobre los ruidos?

—Sí.

—Dice que imagino cosas y que sugestiono a Kate para que ella también las imagine. Me dijo que deje de hablar de ese tema, porque no tiene sentido y porque no le hace bien a nuestra pequeña escucharme decir locuras —afirma con un tono de preocupación María.

—Entonces él no los escucha...

—La noche anterior me lo encontré merodeando por el departamento con un bate de beisbol —dice María, cortando a Grace—. Dime, ¿tú crees que solamente quería pasar el rato? Se excusó diciéndome que mis pasos lo habían hecho asustar; pero no le creo nada, Grace. Absolutamente nada.

Grace se queda mirándola pensativa, luego voltea hacia la ventana, como si fuera a encontrar ahí una respuesta, y le da la razón.

—Es muy raro, María. Muy, muy raro. ¿De qué crees que se trate? Es que... —Grace refunfuña mostrándole empatía a su vecina—. No puede tratarte como una loca que imagina cosas.

—No sé qué hacer. Todo es muy confuso para mí.

Grace se queda mirando silenciosamente, y con muchas cosas dándole vueltas en la cabeza, a su amiga que no puede dejar de temblar, hasta que se le ocurre una idea brillante.

—Tienes que espiar a tu marido. —María abre los ojos y mira fijamente a Grace—. Sí, María. Te está escondiendo algo y no te lo va a decir. Tienes que descubrirlo.

—¿Crees que sea tan imprudente como para esconderme algo que afecta a la seguridad de nuestro hogar?

—No lo sé, es posible. Los hombres tienen ideas extrañas.

Las dos mujeres se quedan en silencio mirándose. María se muestra un poco exaltada, pero menos asustada. Ha dejado de temblar y ya no siente que salga sudor helado de sus poros. Grace se ve dubitativa y taciturna. Cada una se escabulle un rato en sus propias cavilaciones hasta que María corta ese silencio.

—¿Cómo te va a ti, Grace? Disculpa por preguntarte tan tarde. Necesitaba desahogarme un poco y estaba muy tensa. Tenía que hablar rápido.

—Te entiendo, María —afirma Grace con sinceridad—. Aquí en mi casa no escuchamos ruidos, pero hay días en los que Charles se pone muy raro. No entiendo por qué últimamente sus extrañezas me causan malestar, pero así es y no hay nada que pueda hacer para controlar mis pensamientos.

—¿Tienes alguna sospecha de él?

—No lo sé. A veces pienso en otras mujeres. Pero luego pienso que estoy loca.

Ambas se quedan en silencio mirándose mutuamente. Están pasando por momentos un poco incómodos en sus relaciones matrimoniales y tienen que apoyarse. María sonríe por lo irónica que es la vida, pues se da cuenta de que se ha metido a jugar el papel que no quería: el de la ama de casa que corre a contarle sus penas a la ama de casa vecina. Grace nota su sonrisa y se siente un poco juzgada.

—Crees que estoy loca, ¿verdad?

—Para nada, Grace. Para nada. ¿Sabes qué estoy pensando?

—¿Qué piensas?

—Qué deberíamos investigar un poco a nuestros maridos. Los dos andan muy raros.

—¿Crees que pasó algo la noche que salieron juntos?

—No sé, Grace. Creo que no tiene nada que ver aquella noche con las cosas que ahora están pasando.

—Doy vueltas y vueltas sobre el asunto y...

—¡Vamos a investigarlos! —al decir esto María le guiña el ojo a Grace y ella le responde con una sonrisa un poco desganada pero sincera.

Lo que ninguna de las dos sabe es que, mientras ellas charlan en el *living* del departamento de los Peterson, Logan y Charles tienen una conversación por celular. Logan ha llamado a su vecino para recolectar un dato importante para su investigación: el nombre de la chica con la que Syd salía. La señal, al parecer, es intermitente y no pueden tener una buena conversación, por lo que Logan decide anunciarle a su amigo que pasará en la noche, después de la cena, por su departamento para charlar un rato. Luego de eso cuelga. El resto del día en la ferretería pasa con lentitud. ¿Qué va a preguntarle Logan? ¿Qué tiene que responder al respecto? ¿Por qué tiene que seguir hablando sobre esa muchachita y por qué tiene que seguir entrometiéndose en los asuntos de Syd y de Gloria? Además, ¿cómo es que Logan está al tanto de que él sabe sobre esa muchacha? Esa tarde la ferretería tiene pocos clientes. Charles fingió una llamada defectuosa para no tener que responder las dudas de Logan, pero eso solamente empeoró las cosas.

Al llegar a su departamento, Charles se mete a su habitación pretendiendo quedarse encerrado ahí durante toda la noche. Su mujer lo llama para cenar y él le dice que siente mucho dolor de estómago por lo que no comerá. Grace, que sigue muy sensible por las inseguridades que siente sobre su esposo, se enoja mucho y entra a la habitación. Se nota en sus ojos la furia que siente. Le informa a su marido que tiene que sentarse a compartir con su familia así no le agrada la idea y él, asustado por su comportamiento, hace caso. En la cena comienza el interrogatorio.

—¿Hoy irás a correr, Charles? —pregunta Grace.

—No. Creo que hoy no. No me siento muy bien.

—¿Te comiste la comida que te mandé hoy, amor?

—Sí.

—Entonces no entiendo qué es lo que te hizo daño, porque no preparé nada que sea muy fuerte para tu estómago —afirma Grace algo enojada. Los niños se limitan a mirar a sus padres sin dar ninguna opinión.

—Yo tampoco sé qué es lo que me hizo mal.

Se hace un silencio incómodo en la mesa. Pronto Grace vuelve a regañar a su marido.

—¿Te has dado cuenta, Charles, de que últimamente estás mucho más débil? Tienes que revisar tu alimentación. ¿No estarás comiendo otras cosas, verdad? —dice Grace con un tono cortante. Antes de que su esposo se anime a responderle suena el timbre del departamento. Ninguno de los cuatro se mueve; entonces, vuelve a sonar.

—¿Puedes ir a abrir, Charles? Eres el único que no está comiendo nada y, por lo tanto, tienes las manos libres.

Charles le hace caso a su esposa. Cuando abre la puerta se encuentra con su vecino.

—¿Cómo estás, Charles?

—¡Logan! Disculpa que no haya podido atender bien tu llamada. Había mucha interferencia.

—Sí. Pero bueno. ¿Puedo pasar? ¿O prefieres que nos reunamos en mi departamento?

—Justo estamos cenando...

—Disculpa mi impertinencia.

—No te preocupes. Te invitaría a pasar, pero...

—¿Quién es, Charles? —grita Grace desde la cocina, donde había ido a buscar el postre que compartirían en la cena.

—Es Logan.

—¡Qué bueno! Dile que pase.

Charles invita a pasar a su vecino con señas. Oculta el rostro para no mostrar la expresión de resignación que tiene. Grace sirve un plato extra y acomoda otro lugar más en la mesa de la cocina, Logan agradece la atención de su vecina. Se da cuenta, después de pasar, de que su amigo no está comiendo absolutamente nada, pues no tiene plato en su lugar.

—¿Estás bien, hombre? ¿O de nuevo estás con esos dolores de estómago que tanto te aquejan?

Charles sonríe tímidamente. Grace le explica a Logan que su esposo no se está cuidando lo suficiente y que, por eso, está sufriendo bastante de salud. Después comienzan a charlar sobre la importancia de una buena alimentación, conversación que el señor Peterson y sus hijos escuchan en absoluto silencio. Los tres se sienten amedrentados, indirectamente, por la madre de la familia. Cuando terminan de comer, Grace pide permiso para retirarse, se lleva a sus hijos y les dice a los dos hombres que los dejará charlando tranquilos.

—Charles. Qué pena arruinar así tu cena familiar. Pero quisiera que me dieras el dato que te pedí por celular. ¿Llegaste a escuchar mi petición? —dice Logan cuando el resto de la familia se ha retirado hacia sus respectivas habitaciones.

—No, no —dice Charles escondiendo su rostro entre sus manos.

—Necesito el nombre de la chica a la que frecuentaba Syd.

—Es que yo no la conocía, no sé su nombre.

—Mi esposa me dijo que tú sabías sobre ella —dice Logan.

—Sí. La vi un par de veces de la mano de Syd, pero no la conocía.

—¿Puedes describírmela? Estoy investigando el caso.

Charles se pone muy nervioso. Le sudan las manos. Logan, en cambio, se ve sumamente cómodo.

—¿Para qué investigas un caso que ya se cerró, Logan? —pregunta Charles.

Logan carraspea y mira fijamente a su vecino. Mira hacia los costados cerciorándose de que ni los chicos ni Grace estén husmeando por ahí.

—Tengo muchas cosas que contarte, Charles. Eres mi amigo y necesito charlar con alguien. —Charles sonríe al escuchar la afirmación, entonces Logan continúa—. He estado encontrando ciertos huecos en la historia que la policía inventó para explicar la muerte de Syd. —Charles lo mira fijamente, sus manos tiemblan y sudan. La sonrisa se borra de su

rostro. No quiere volver a saber nada respecto a ese infeliz de Syd—. Así que necesito tu ayuda, por favor.

—¿Qué cosas más tienes que contarme? —pregunta Charles para desviar la conversación.

—Muchas cosas. Mi esposa... mi esposa cree que hay fantasmas en la casa, que el espíritu de Syd anda vagando por ahí.

—¿Y por qué cree eso? —dice Charles un poco nervioso.

—No lo sé. —Logan se acerca a su amigo para susurrar—. No quiero que Grace nos escuche. Te cuento eso después. Ahora dime lo que sabes respecto a la muchacha.

Tal y como Logan sospecha, Grace está con la oreja pegada a la puerta de su habitación tratando de captar todo lo que puede de la conversación. Está muy decidida a espiar, no solamente a su marido, sino también al marido de María. Escucha su nombre entre susurros sin llegar a entender qué es lo que dicen de ella. Se aleja de la puerta, por si acaso, y finge buscar algo, por si su marido entra. Entonces, entre los calcetines de su esposo, halla una llave que nunca había visto, es pequeña y dorada.

Charles se rasca la cabeza mirando al techo.

—Está bien. Era una chica de cabello negro, no llegué a ver bien cuánto medía, tampoco podría calcularlo. Su rostro era un poco pálido y, las dos veces que la vi, tenía los labios pintados con un labial muy, muy rojo.

—¿Era gorda, flaca?

—Normal —dice Charles con cierto desgano. —Pero muy bien formada. Caderas grandes, cintura pequeña y senos grandes. La vi, ambas veces, con ropa ceñida al cuerpo.

—¿Color de ojos?

—No lo sé. Creo que claros —afirma mientras mira el techo.

—Te detuviste en su escote —le dice Logan con un tono burlón y guiñándole un ojo. Charles lo mira inexpresivo durante unos segundos hasta que la sonrisa de Logan desaparece.

—Eso es todo lo que recuerdo de ella —afirma Charles.

Los dos hombres se quedan en silencio. Logan le propone a su amigo ir por unas cervezas para así poder conversar con más tranquilidad. Ambos se ponen de pie, se abrigan, Charles se despide a gritos de su familia y se van. Cuando Grace los escucha irse vuelve a perderse en sus cavilaciones respecto a su marido. Después de un rato, ve la llave y se da cuenta de que, quizá, con ella pueda abrir el cajón del velador de su esposo.

Durante todo el camino hacia el bar, Logan habla sin parar acerca de las conjeturas que ha estado realizando sobre el asesinato de Syd. Ya en el lugar se piden un par de cervezas. Charles no habla mucho, simplemente se limita a decir las cosas necesarias. A Logan no le molesta porque sabe que su vecino es algo retraído. Logan empieza a contarle todo sobre sus problemas con María.

—¿Crees en los fantasmas, Charles?

—No sé. Creo que hay energías, cosas extrañas cuya naturaleza no podemos explicar. ¿Por qué no atribuirles a fantasmas?

Ambos se quedan mirándose, Charles parece querer evadir miradas y Logan se muestra pensativo.

—Es que... es que... es difícil entender a María. Ella no creía en esas cosas, pero comenzó a creer.

—¿Por qué dices que lo cree?

—¿Te acuerdas de esa vez que fue a contarle a Grace que habíamos escuchado ruidos en la noche?

—Sí.

—Pues... Los ruidos continuaron. Ella cree que se trata de fantasmas. Más concretamente, ella cree que se trata del espíritu de Syd.

—¿De verdad cree eso? —pregunta Charles sintiendo como su frente se llena de sudor.

—Sí.

—¿Y tú qué le dijiste sobre eso?

—Que es algo imposible... que... que... —Logan se lleva las dos manos a la cara y comienza a frotarse el rostro. Charles le pone una mano sobre el hombro.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te agobias tanto, amigo?

—Debo confesarte algo, Charles.

Suspira, se quita la mano de su amigo del hombro y se echa para atrás con calma, retrasando su confesión. Charles se pone muy nervioso. Sus manos comienzan a sudar de nuevo. No le gusta que lo mantengan en suspenso y Logan no está llegando al punto.

Mientras tanto Grace, en el departamento, se asegura de que sus hijos estén acostados y a punto de dormir, no quiere intromisiones. No sabe qué puede encontrar en ese cajón e imagina lo peor.

Logan se toma su tiempo. Levanta su cerveza, bosteza, se rasca la cabeza y se queda mirando fijamente a su amigo. Charles está a punto de sufrir un ataque nervioso.

—¿Qué es lo que me tienes que confesar, Logan? —le insiste sin mirarlo a los ojos.

—Creo que ellas tenían razón en cuanto a los ladrones.

—¿Por qué? ¿Han desaparecido objetos de valor en tu departamento? ¿Has visto algo?

—Tranquilo amigo. Si mis sospechas son reales, tu departamento y tu familia están a salvo.

Charles comienza a tronarse los dedos mientras mira al piso. No entiende de qué habla su vecino y no comprende las razones de sus conjeturas.

—No te entiendo, Logan —le dice desesperado por obtener más información.

—Nada ha desaparecido de mi hogar, por lo que no sospecho, en realidad, de ladrones. En realidad, sospecho que se trata de otra cosa. Es decir, alguien se mete a mi casa. Estoy casi seguro de eso, pero no roba, nunca se ha llevado nada.

Se hace una pausa larga. Charles espera que su vecino siga explicándole sobre sus sospechas. Entonces vuelve a hablar.

—Dime algo, Charles. ¿Crees que mi cuñada está loca?

—¿Gloria? —pregunta Charles con la voz quebrada y nerviosa.

—Sí.

—No lo sé. No la conocí tan bien. —La conversación que Charles no quería tener ha llegado. ¿Pronto hablará de Syd?

—¡No seas discreto, hombre! ¡Estamos entre amigos! —le dice Logan dándole una palmadita en el hombro. Charles comienza a sentirse mareado a pesar de no haber tomado ni la cuarta parte de su cerveza.

—Es en serio, Logan. Nunca traté demasiado con ella.

—Pero algo puedes decirme de ella. No se lo diré a mi esposa —afirma Logan guiñando un ojo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Tengo... Charles... tengo ciertas sospechas. Las compartiré contigo porque te considero un buen hombre y has llegado a caerme bastante bien. Siento que podemos conversar de muchas cosas.

—¿Crees que Gloria está loca?

—Sí. Y la cosa se pone aún peor, hombre.

—¿Por qué?

—Tengo dos grandes sospechas respecto a esa situación de los ruidos en mi departamento.

—¿Cuáles?

—Bueno, acabo de contarte sobre mi sospechosa número uno en cuanto al asesinato de Syd: su amante, ¿verdad?

—Sí.

—Tengo otra gran sospechosa. Me cuesta convencerme de ello; pero algunas pistas y los testimonios que tengo guardados de ella en la policía me llevan a ficharla.

—¿Hablas acaso de Gloria? —pregunta Charles con cierto asombro. Sus manos sudan. No quiere hablar del tema, no quiere recordar a sus antiguos vecinos.

—No se lo digas ni a María ni a Grace. Pero sí.

—Es terrible tu sospecha, Logan.

—Lo sé. Pero se pone peor.

—¿Por qué?

—Una de las dos, creo, está entrando a mi casa. ¿Sabes? Voy a llegar al final del asunto, así las respuestas que encuentre sean demasiado dolorosas.

Charles tiembla y se le eriza la piel. Todo a su alrededor se hace borroso y le viene un fuerte dolor de estómago. No puede responderle a Logan y él no nota los retortijones estomacales que está sufriendo su amigo, se mantiene distraído, perdido en sus pensamientos y en sus palabras.

Después de acostar a los niños y asegurarse de que estén a punto de dormirse, Grace se mete en la cama. Quiere relajarse un poco antes de abrir el cajón, sabe que lo que encuentre ahí no le gustará.

En el bar, Logan sigue divagando sobre sus sospechas, ignorando las dolencias de Charles. Entonces rompe el silencio para continuar explicándole a su vecino lo que piensa.

—No le digas a María que pienso esto, por favor. Es que me parece que Gloria no es una mujer muy estable, siempre lo he pensado así. Además, cada vez que me hablaba de la desaparición de su marido se ponía muy nerviosa y no podía pronunciar con claridad las palabras. Una vez, ya más calmada, me dijo que ella había estado vagando por las calles de Wundot Hills toda esa noche, dijo lo mismo en las declaraciones. Obviamente, la policía, al ver a una mujer indefensa y con un historial de un marido golpeador, desvió todas las sospechas respecto a ella.

—¿En serio? —pregunta Charles sudando.

—Sí. ¡Es terrible! Ojalá no descubra que fue ella la asesina, me sentiría terrible. Tú viviste frente a ellos mucho tiempo. ¿Qué opinabas sobre Syd?

—Es difícil decirlo —afirma Charles. No quiere hablar de los gritos que escuchaba ni de las golpizas que el tipo le proporcionaba a Gloria.

—¡Anímate! Dime, ¿cómo veías esa relación? Para mí hay muchas cosas que no cierran. ¿Por qué nunca tuvieron hijos? ¿Acaso Gloria se casó por dinero?

—No lo creo —afirma Charles mientras suda.

—Sé que el tipo era adicto a la bebida y a los juegos de azar, aunque los últimos años trató de alejarse de estos últimos; pero me parece que Gloria se casó por dinero —dicho esto lanza un suspiro y apoya su cabeza sobre ambas manos. Charles lo mira de reojo con bastante nerviosismo. La conversación lo incomoda bastante—. ¿Sabes qué es lo peor? —le pregunta Logan.

—¿Qué? —pregunta con interés Charles.

—Tengo miedo de que sea ella quien entra a nuestro hogar en las madrugadas. —Mira a Charles al decir esto, buscando complicidad—. Conoce el lugar a la perfección, incluso sigue guardando una copia de las llaves del departamento.

Charles toma un sorbo de cerveza sin saber qué decir. Los retortijones se hacen más fuertes y ni siquiera así Logan los nota.

—¿Crees que ella sea capaz de hacer eso? ¿Por qué lo haría? —pregunta Charles disimulando su incomodidad.

—Creo que no está en sus cabales. Temo por la seguridad de María y de Kate.

—¿Qué crees que querría hacer ella en tu departamento?

—No lo sé. Tal vez de verdad está loca... —mira a su amigo y se queda pensando en silencio durante unos segundos—. Mi otra sospecha es que es la amante de Syd quien entra al departamento. Quizá cree que Gloria sigue viviendo ahí y la está buscando para deshacerse de ella.

—¿Te parece? —dice Charles e inmediatamente acerca su cerveza a la boca.

—No es imposible. Hasta el momento no tengo más sospechosos. Solamente quiero hacer algunas investigaciones más. ¡Pobre María! Ojalá mis sospechas sobre Gloria sean falsas. ¿Te imaginas tener que explicarle que su hermana es una psicópata y que debemos cuidarnos de ella?

—¿Y por qué no le sigues el juego de los fantasmas? —pregunta Charles.

—Porque eso solamente va a empeorar las cosas. Sabes cómo son las mujeres. Va a quedarse despierta para verlos, o va a llamar a un espiritista.

—O tal vez simplemente prenda una vela blanca para que el espíritu de Syd descanse y olvide el asunto.

—Pero seguirá escuchando ruidos, Charles. Las mujeres son muy obsesivas y no hay que darles cuerda.

Charles y Logan terminan sus cervezas. Ya es un poco tarde para estar fuera en día de semana, así que pagan la cuenta y vuelven a sus hogares casi en silencio. A Charles se le pasa el dolor de estómago y llega a casa ansioso de meterse en la cama junto a su esposa. Grace, al escuchar la puerta abrirse, finge revisar su celular y guarda la llave debajo de su almohada para no levantar ninguna sospecha, no halló el valor para abrir el cajón. Su esposo entra a la habitación, le da un beso en la frente y se acuesta a su lado. Se duermen inmediatamente.

Capítulo XIII

María despierta muy molesta al lado de Logan. No le gusta que llegue tarde sin avisarle antes y tampoco le gusta sentir el olor a cerveza impregnado en su aliento. Para quitarse el enojo de encima decide llamar a su hermana mayor para contarle todo por lo que está pasando. No sabe si ella ha dejado de estar deprimida, pero necesita hablarle. Siempre habla con Grace, pero ahora necesita de alguien con quien tenga más confianza y que sepa más sobre ella. La llama al celular.

—¿Hola, Gloria?

—¡María! ¡Hermanita! ¿Cómo estás?

—Muy bien y tú.

—Bien, en el trabajo —Cuando María escucha que su hermana está trabajando se siente muy contenta.

—Lo siento. No quiero molestarte. ¡Qué bueno que ya volviste!

—Sí. Comencé a extrañar la editorial. Dime, ¿sucede algo?

—¿Podemos vernos esta noche? Realmente necesito hablar contigo.

—Claro. El sábado no trabajo así que podemos estar hasta tarde.

—Me parece muy bien. Kate no tiene escuela el sábado, así que yo también puedo quedarme hasta tarde. ¿Pasas por mí a las siete? Yo iría por ti, pero aún no tengo auto en Wundot Hills.

—Claro. Paso por ti a las siete y media. ¿Te parece bien?

—Sí.

Después de colgar, María decide invitar a Grace y a los chicos a almorzar en el departamento. Así, Kate y Samantha se divierten toda la tarde juntas, mientras ellas conversan con calma. Necesita distraerse un rato. Le toca la puerta a su vecina para hacerle la invitación y esta acepta encantada. Los dos esposos estarán fuera todo el día, por lo que podrán conversar sobre los temas que se les antojen sin limitarse.

El bus escolar deja a los tres muchachos en la puerta del edificio, donde sus madres los esperan para anunciarles que comerán juntos. Las dos niñas quedan encantadas con la noticia, Chris se muestra indiferente, pero se porta educado y agradece la invitación a María. Suben los cinco en el ascensor y las niñas no dejan de hablar y de reír, por lo que los demás las miran en absoluto silencio. Comen muy tranquilos, pues son las dos pequeñas quienes acaparan la conversación y les cuentan a sus madres sobre las cosas que hicieron en la escuela. Tanto María como Grace tienen que batallar con ellas para que terminen sus platos porque se distraen mucho hablando.

Después del almuerzo, Chris se va a la casa de un amigo y las chicas bajan al jardín del edificio para jugar, es viernes y no les dejaron tareas en la escuela. María y Grace se quedan solas y comienzan a conversar mientras lavan el servicio.

—Me pone de muy mal genio que Logan desaparezca así sin decir más —afirma María—. ¿Sabes a dónde fueron? Eso me está volviendo loca.

—Fueron a tomar unas cervezas —le dice Grace tratando de tranquilizarla, nota que está un poco aturdida y nerviosa—. Charles llegó completamente sobrio —dice al finalizar para calmar a su amiga.

—¿Segura que solamente fueron a eso? Le sentí en el aliento olor a cerveza a mi esposo. Me dio la impresión de que, quizá, se emborracharon.

—No lo hicieron. Esperé despierta a Charles y cuando llegó estaba calmado. Efectivamente olía un poco a cerveza, pero no estaba nada mareado. O al menos así parecía.

—¿Y qué hicieron?

—Tal vez conversaron, pero no fueron a ningún lugar muy extraño y no hicieron nada de lo que debemos preocuparnos.

Ambas se quedan en silencio. María cree, a veces, que Grace es un poco relajada respecto a lo que hace su esposo, pues nunca le pregunta nada. Grace, en cambio, piensa que su amiga está muy pendiente de Logan y cree que, quizá, se está obsesionando con él. A ella también le preocupa el extraño comportamiento de su marido, pero no pierde la cabeza por eso.

—Ayer, mientras ellos estaban fuera de la casa, encontré una llavecita —afirma Grace.

—¿Una llave? ¿Qué puerta abrirá?

—Creo que es la llave del cajón de su velador. ¿Sabes? Nunca lo he visto por dentro. Ahora que la tengo me muero de curiosidad, pero temo mucho lo que pueda encontrar ahí dentro.

—¿Por qué?

—Porque siento que me esconde cosas.

—¡Es tu oportunidad! —afirma María sonriendo macabramente—. Tienes que investigarlo. Ambas acordamos eso, que los investigaríamos.

—Tienes razón —dice Grace mirando el plato que está secando con un trapo—. Pero siento un poco de temor.

—Terminemos de ordenar esto y vamos a tu departamento —dice María y le guiña un ojo a su amiga.

Ella sonríe con cierto nerviosismo. ¡Quiere abrir ese cajón, pero teme lo que pueda encontrar en él!

Después de unos minutos acaban y se dirigen al departamento de los Peterson. Grace está decidida a abrir el cajón, su amiga le ha dado el coraje que le faltaba para hacerlo. Cuando entran a la habitación matrimonial las dos se quedan de pie frente a la mesa de noche de Charles.

—¡Vamos! Estaré aquí, a tu lado. Si lo que encontramos es muy feo podrás desahogarte conmigo —dice María animando a su amiga.

Grace abre el cajón con delicadeza, teme mover algo de su sitio y despertar sospechas en su esposo. Cuando ya está completamente abierto, se encuentra con un reloj de bolsillo muy antiguo que nunca había visto, el diario y unas cuantas facturas. Lo primero que saca son las facturas, para revisar los gastos de su marido. Todas son de farmacias, por la compra de medicamentos para el dolor estomacal. María se ríe al ver los detalles.

—Tu marido está muy enfermo. Tienes que alimentarlo mejor —le dice a Grace en un tono burlón. —¿Qué es eso? —le pregunta señalando el diario.

—Es el diario de...

—¿Qué? —pregunta asombrada María. Grace se sobresalta por la efusividad de su pregunta.

—Sí, su diario —le dice Grace.

—Eso es lo único que necesitas para saberlo todo. Sácalo —la anima.

Grace toma el cuaderno entre sus manos y abre la primera página. Lo primero que llama su atención es la terrible letra de su esposo, luego de apreciarla unos segundos puede leerla.

“18 de junio

Traté de decir las cosas, juro que lo intenté. Es por eso que ahora, ya que mi intento falló, trataré de escribirlo todo, para así librarme de esta terrible carga que llevo encima.

Mi infancia no fue feliz, ni siquiera llegó a ser normal. Hablé unas cuantas veces de esto con el tío Richard, pero después no supe con quién más comentarlo. Mi padre fue un hombre realmente terrible y repugnante, nunca le tuve cariño.

Nací siendo el hijo mayor de una familia muy pobre, de recursos escasos. Mis dos padres eran alcohólicos y arruinaron cada momento de mi vida mientras vivieron. El dinero nunca nos alcanzaba para comer, pero siempre había para que ambos se emborrachasen.

Creo que mis hermanos y yo fuimos un accidente, pues nunca sentimos el cariño paternal de nuestros padres.”

Cuando Grace termina de leer a media voz aquello, María le da un abrazo.

—Es muy triste la vida de Charles. Sentí lástima.

—Me esconde cosas de su familia —afirma Grace sin prestar atención a lo que dice su amiga—. De sus padres, de sus hermanos, de su infancia.

—Es que es una historia realmente triste, Grace.

—Sí —dice Grace mirando de reojo a su amiga. Está muy asombrada.

—¿Pero nunca te presentó a su familia? —pregunta María.

—Conocí a su tío Richard, a quien le decía papá. A sus hermanos... Es que no comprendo las razones para esconderme tantas cosas.

—¿Qué te dijo sobre sus padres?

—Sus padres habían muerto. Nunca me contó más que eso, que habían muerto. Nunca pregunté demasiado. No quería ser indiscreta.

—Eso es un poco extraño —afirma María mirando a un costado.

—¿Qué?

—Que no te haya contado nada.

—Sí. Lo sé.

—Tienes que seguir leyendo ese diario —afirma María.

—Lo haré. Pero no ahora. Estoy un poco... —Grace suspira—. La verdad es que preferiría leerlo a solas.

Las dos mujeres suspiran y se quedan en silencio un largo rato. Es entonces que María, para cambiar un poco de tema, comienza a contarle sobre su vida a Grace.

—Logan sigue muy raro.

—¿Pudiste investigarlo?

—Hablé con una de sus compañeras de trabajo. Pensé que por ser mujer me entendería y me ayudaría.

—¿Y pudiste saber algo?

—Dice que mi marido está un poco loco y que está realizando una investigación rarísima. No puede contarme nada más porque es secreto policial. Eso fue todo lo que me dijo.

—Bueno. Al menos sabemos que nuestros dos esposos andan metidos en cosas raras.

—Sí. ¿Estarán metidos en la misma cosa rara? —pregunta María.

—No lo sé. Es posible. —Mira sus manos y recuerda que tiene que informarle lo poco que escuchó de la conversación de los dos hombres a María—. Lo olvidaba. Anoche me quedé escuchando desde la puerta de mi habitación la conversación de Charles y Logan.

—¿Qué oíste?

—Tu esposo quería saber sobre una chica, creo que sobre la amante de Syd. Luego mencionó lo de los fantasmas y ya no pude oír más.

—¿Qué dijo de los fantasmas?

—Solamente que tú crees que hay fantasmas en el departamento. Nada más.

Ambas comienzan a quejarse de las extrañas conductas de sus esposos. Cuando María mira su reloj se da cuenta de que es hora de ir a ver a su hermana y le pide a Grace que se encargue de su hija. Grace le dice que no se preocupe, que la pequeña dormirá con Samantha y que ella cuidará de ambas. María, después de mandarle un mensaje de texto a Logan para avisarle que estará con su hermana y que Kate se quedará en el departamento de los Peterson, baja al encuentro de su hermana, quien ya está en la puerta.

Al encontrarse con Gloria la ve mucho más calmada y centrada que la última vez que se encontraron. Se lo comenta y ella agradece el elogio de su hermanita. Esta vez es María la que se ve un poco aturdida. Su hermana le dice que la invitará a comer pasta en un lugar

magnífico. Llegan al restaurante y se ve bastante elegante, por lo que María se distrae un poco y olvida, por un rato, todos sus problemas.

—¿Cómo han estado tú y Logan, María? —pregunta Gloria.

—La verdad es que muy mal. Tengo que contarte muchas cosas. Pero primero cuéntame tú cómo van las cosas. ¿Qué tal el trabajo?

—El trabajo es magnífico, me encanta la editorial. Y la vida... la vida. Bueno. Estoy completamente sola —afirma con cierta frialdad—. Cuando me acuerdo de Syd siento odio, no tristeza, eso es lo que más me aturde. Pero he tratado de distraerme y ahora estoy realizando una investigación sobre una autora del siglo XIX.

—Me parece bien que busques distracciones.

En lo que charlan el mesero llega con dos cartas. Ambas ven el menú y les cuesta decidir qué es lo que van a ordenar. Después de unos minutos de hablar y compartir opiniones sobre la comida italiana que ambas adoran, deciden y piden la orden. Gloria tiene los ojos llorosos y la mirada un poco perdida, pero se la nota fuerte.

—¿Qué es lo que sucede contigo y con Logan?

—La comunicación ya no es muy buena, ¿sabes? Además, que me molesta bastante no encontrar todavía trabajo. No me gusta estar todo el día metida en el departamento.

—Te entiendo. Mientras estuve deprimida pasé por lo mismo. Tenía un trabajo, pero me sentía incapaz de hacerlo. Fue entonces que comencé con lo de la investigación y eso me impulsó a volver al trabajo.

—Debería buscarme algún pasatiempo, ¿no?

—Sí. Puede ser cualquier cosa. Incluso seguir una serie de televisión ayudaría.

María comienza a jugar con el borde del mantel un poco nerviosa. Se siente un poco inútil viendo como su hermana ya casi ha superado su depresión y ella está atrapada. Llegan los platos en lo que ella sigue dubitativa y, después de dar un primer bocado, Gloria la anima a continuar hablando.

—¿Qué sucede con la comunicación entre tú y Logan?

—Él está raro.

—¿Por qué?

—No sé. Es como si nuestras vidas se hubieran distanciado.

—¿Por qué lo dices?

—Él está muy feliz en su trabajo, y no lo juzgo por eso, pero yo estoy sola en casa casi todo el día y... y a veces me hace sentir como loca.

—¿Por qué? —Gloria da otro bocado de su plato. María ni siquiera toca el suyo.

—Porque... ¿Crees en fantasmas, Gloria?

—¿De qué hablas? —le pregunta Gloria sin terminar de tragar el último bocado que ha dado.

—Las cosas han estado muy extrañas en el departamento. Siento que hay una presencia.

—¿Una presencia?

—Sí. Últimamente he estado escuchando ruidos extraños. Logan también los escucha, pero lo niega cada vez que hablamos del tema.

—¿Cómo sabes que él también los escucha?

—Porque hace unas cuantas noches lo encontré dando vueltas por el departamento con un bate de beisbol. Yo ya había salido de la cama despertada por los ruidos.

—Eso es extraño. —Gloria se queda pensativa unos segundos—. ¿Él solamente niega los ruidos?

—Sí.

—¿No cree que puede tratarse de otra cosa?

—No. Él dice que esos ruidos son invento mío.

—Tu esposo es un poco extraño.

—Sí. Lo peor es que me hace sentir como una loca que imagina cosas. Quizá se trata de vándalos o de cualquier...

—No, María. —Gloria mira fijamente a su hermana—. En Blue Lake no hay ladrones.

—Pero sí asesinos —afirma María, haciendo que su hermana se entristezca.

—Preferiría no hablar de ese tema —dice mirando el plato.

—Lo siento.

—No te preocupes. Es que no me gusta recordarlo. Pero, volviendo al tema. No hay ladrones. Las casas y los edificios están muy bien cuidados. Créeme.

—Es que no sé qué explicación más dar al respecto.

—Mira, María. Yo creo en los fantasmas, y no solo eso, creo en todos los sucesos sobrenaturales. ¿Te conté sobre la investigación que hice sobre Wundot Hills?

—¿Qué investigación?

Gloria le cuenta a su hermana sobre las investigaciones que realizó un tiempo atrás respecto a Wundot Hills y sus orígenes como lugar maldito en el que se realizaban sacrificios, también le cuenta de los desbordes del lago y de las energías que ella ha percibido en el lugar. De pronto se acuerda de su esposo, pues sabía que él le era infiel mientras realizaba esa investigación, y se lo comenta a María.

—Olvídalo —le dice ella.

—No importa ya —dice Gloria con un tono de voz muy firme—. Supongo que ese desgraciado está pagando su condena en el infierno. Hubiera sido magnífico que su cuerpo se hundiera en el lago, así estaría condenado a compartir su muerte con los sacrificios humanos.

María se queda mirando a Gloria, que ha cambiado su expresión. No puede creer todo lo que acaba de escuchar. Nunca imaginó que su hermana creyera en esas cosas, siempre se mostró, con sus familiares, como una persona muy escéptica y racional.

Pasan varios minutos sin que ninguna de las dos diga una sola palabra. Están dubitativas, perdidas en sus propios pensamientos. María está asustada por todo lo que acaba de escuchar de la boca de su hermana y Gloria está recordando a Syd. Entonces el silencio es roto por la hermana mayor.

—Tal vez deberías llevar a algún experto en estas cosas a tu hogar.

—¿Un experto? ¿Un brujo?

—No lo sé. Hay que investigar. ¿Quién podría lidiar con esto?

Pasan el resto de la cena especulando sobre quién podría hacer algo al respecto. Gloria nunca investigó sobre soluciones, cree que no las hay porque el lugar, simplemente, está maldito y nadie va a poder cambiar eso nunca. Piensa que su departamento, quizá, ya estaba maldito cuando ella vivía en él, pero aquellas energías malévolas se manifestaban de otra forma. Tal vez por eso todas las depresiones y las actitudes horribles de Syd. Sin embargo, ahora, conmovida por la preocupación de su hermana, está dispuesta a investigar si es que existe un posible combate contra esas energías malignas.

Cuando María llega a casa se enoja profundamente con Logan, quien está fumando en la sala. No le molesta que fume dentro del departamento, pues Kate no está. Lo que le molesta es que él mienta. Ha estado enojada todo el día con él y seguirá así hasta que él se disculpe o admita que también escucha los ruidos.

—¿Cómo te va, señor policía? —dice alterada.

—¿Por qué ese tono, María? No he hecho nada para que te enojas conmigo.

—¡Me mientes! —le grita.

—¿De qué me hablas?

—Me haces sentir como una loca.

—¿De qué han hablado con tu hermana?

—De ti.

Logan se pone de pie y trata de abrazar a su esposa que habla moviendo las manos con furia. Apenas se acerca es empujado.

—No trates de abrazarme. Explícame las razones que tienes para mentirme.

—¿De qué me hablas?

—De los ruidos.

—María. ¡Cálmate!

—¡Yo sé que los escuchas y estoy cansada de que me hagas sentir como una loca!

En ese preciso instante ambos escuchan ruidos que vienen del baño. Logan se sobresalta.

—¿Lo ves? ¡Lo escuchaste! ¡Te vi asustarte por el ruido!

—Mi amor. Estoy asustado por cómo te estás comportando.

María, muy enojada, se dirige hacia el baño. Logan, asustado de encontrarse con la criminal, porque está casi seguro de que es mujer, y no poder cuidar a su esposa de ella, toma a María del brazo forzándola a quedarse parada frente a él.

—¡Basta, Logan!

Escuchan otro sonido fuerte, como si algo hubiera chocado contra la ventana rompiendo los cristales. María, enfurecida, va hacia el baño empujando nuevamente a su esposo, quien la sigue sin tocarla de nuevo. Cuando abre la puerta del cuarto de baño ve la ventana rota. Al intentar encender la luz, explota el foco, lanzando pedacitos pequeños de vidrio por todo el piso. La pobre mujer grita de impotencia y su marido la abraza.

—¡Eres un idiota, Logan! ¿Qué es esto?

—Amor, no lo sé.

—Tú sabes de qué se trata, por eso me mientes.

—Te juro que no lo sé.

—¿Sabes algo, Logan? Gloria me dijo que esta zona está maldita. Esto tiene que tratarse de un demonio que anda suelto.

—Mi vida, no digas tonterías.

—Deja de decir que digo cosas estúpidas y de quitarme razón. ¡Investiga sobre eso, señor policía!

—¿Sobre lo que acaba de suceder?

—Sobre los demonios de este barrio.

María va corriendo hacia la habitación matrimonial y se mete en cama. Cuando su esposo quiere abrazarla ella se niega y se queda dormida pensando en todas las cosas que conversó con su hermana. Logan la mira dubitativo y agobiado durante un largo rato, hasta que, finalmente, se duerme también, resignado a que su mujer siga enojada con él.

Capítulo XIV

Al día siguiente la ferretería está cerrada. Va una mujer a comprar unos pernos y no encuentra ni siquiera un cartel que explique las razones del cierre. Va un hombre bajito y gordito que busca un repuesto para su ducha y se encuentra con una reja que protege el lugar. Va Logan, buscando una ducha nueva, pues la suya explotó temprano en la mañana, antes de que él pudiera usarla para irse luego a trabajar, y no encuentra a su amigo atendiendo. Los clientes se preocupan un poco, pues las pocas veces que Charles no fue a trabajar, dejó a un reemplazo o, por lo menos, un aviso indicando que no atendería ese día. Logan se inquieta y le manda un mensaje de texto preguntándole si se encuentra bien, mensaje que nunca es respondido.

Charles se ha quedado en cama. Despertó con un terrible malestar estomacal y, sin siquiera meterse a la ducha, decidió volver a acostarse y quedarse descansando. Su esposa trató de animarlo para que se levantara, pero Charles ni siquiera abría los ojos, solamente se quejaba. La salud del señor Peterson últimamente ha sido muy mala y solamente empeora. Grace se preocupa mucho por eso. ¿Cuándo fue que su marido comenzó a tener una salud tan inestable? Quiere llamar a un médico, o llevar a su esposo al doctor, pero él, entre sueños, se niega.

Las dos pequeñas, Kate y Samantha, siguen jugando con sus muñecas, aún están en pijamas. Grace limpia la casa mientras está pendiente de su marido. Anoche salió a correr de nuevo y eso, no entiende bien por qué, la hace sentir traicionada. Piensa en el diario y en las ganas que tiene de seguir leyéndolo. No se anima a preguntarle nada a Charles ni a retarlo, pues eso solamente cerraría más puertas, ya que él se pondría a la defensiva y escondería con mayor recelo su diario. Prefiere no hablarle más que para preguntarle cómo se va sintiendo y guardar silencio respecto a sus penas.

María les pide prestada la ducha a los Peterson para darse un baño, pues no pudo reparar la suya en toda la mañana y, como es una mujer bastante preocupada por su apariencia, no quiere salir a buscar repuestos con el cabello sucio. Ellos se la prestan sin ningún problema. Luego de vestirse comienza a jugar con su hija y con Samantha, para que así Grace le tome toda la atención necesaria a Charles. Mientras tanto, piensa una y otra vez en las cosas que le dijo su hermana, piensa en Wicked Lake y en las posibilidades de que el lago esté maldito. Además, se pregunta por la salud de Charles. ¿Por qué se está enfermando tanto? Se detiene a pensar en eso un rato tratando de hallar una respuesta y, después de no encontrarla, piensa en que necesita ver con sus propios ojos las pruebas de que al lugar en el que ella habita antes le llamaban Wicked Lake. Más tarde llamará a Gloria para pedirle indicaciones.

Charles no abre los ojos para nada. Chris y Grace no saben si es que está todo el rato dormido o si es que simplemente está descansando. Hace algunos sonidos con la garganta, indicando que se siente adolorido, pero no pronuncia ni una sola palabra. En toda la mañana no les dio ninguna indicación sobre la ferretería o lo que deberían hacer dado su estado de salud.

Logan no puede concentrarse en el trabajo. Sigue pensando en el accidente del baño y en la ventana que, quien sea que haya entrado en el departamento, había roto. Piensa en sus dos sospechosas y siente lástima por ambas. Si fuera Gloria la desequilibrada que asesinó a Syd y que entra en el departamento de vez en cuando, sería una lástima por ella, pues significaría que ha perdido completamente la cabeza. ¿Por qué Logan piensa en ella como una sospechosa? Pues porque es la única persona, aparte de él y su familia, que conoce bien la disposición del departamento; además que si alguien quisiera hacerle daño a él o a su familia no podría ser otra persona que la culpable del asesinato. Y sería muy extraño que la otra muchachita sospechosa, o que cualquier otra persona que pueda ser culpable, estuviese enterada de sus investigaciones. Es por eso que Gloria es una sospechosa.

Se queda mirando las fotografías de un caso del día anterior y medita acerca de la posibilidad de que sea la muchachita la culpable de todo. Estaría condenada, porque seguramente se trata de una mujer joven y con mucho futuro por delante.

No falta mucho para la hora de almuerzo y Logan piensa en las cosas que María y Gloria hablaron sobre el lago maldito. Ahora él le preguntará a su jefe qué es lo que sabe. Quizá, por su edad, tenga un panorama más claro respecto a esas leyendas extrañas y pueda echarle una mano contándole todo lo que sabe. Se le acerca en el almuerzo.

—Señor, ¿usted sabe si es verdad que al barrio de Blue Lake en el pasado le llamaban Wicked Lake?

—¿Qué estás investigando ahora, Logan?

—Solamente me da curiosidad... —la mirada seria del jefe se clava en el rostro de Logan, por lo que trata de dar una explicación un poco más convincente—. Sucede que mi cuñada, quien vivió aquí muchos años, nos contó eso a mi mujer y a mí y creemos que nos los dijo para alejarnos y para que le devolvamos el departamento en el que ahora vivimos.

—En realidad no lo sé, Logan. Nunca había escuchado esa historia. —Vuelve a mirarlo con seriedad y continúa hablando—. Lo que sí puedo decirte es que me han contado que en el pasado los nativos realizaban sacrificios para el lago.

—¿Quién le ha contado eso?

—Hay muchas leyendas al respecto.

—¿Cómo cuál?

—Por ejemplo, sobre la virgen que, para librarse de ser sacrificada, asesinó a cien hombres.

—¿Y quién le contó esas historias?

—Mi abuela. A ella le gustaban mucho esos cuentos. Recuerdo varios de los que me contó.

—¿Y cómo los conoce ella?

—Conocía. Murió hace varios años ya.

—Lo siento.

—Ya pasó el tiempo. Pero, volviendo a tus preguntas, no lo sé. Ella simplemente me contaba esas historias cuando yo era pequeño. Quizá eran invento suyo. Pero siempre hablaba de sacrificios. —Mira nuevamente a Logan con seriedad—. ¿Sabes? No deberías creer ni un poquito en esas tonterías. Si tu cuñada te cuenta esas historias tan tontas deberías ignorarla. El lugar en el que vives es muy bonito, tienes suerte de haber llegado a Blue Lake. Que nadie te quite eso. Además, Logan, concéntrate en el trabajo porque tus investigaciones no están dando ningún resultado y yo creo que quizá estás mezclándolas con otras investigaciones nimias que nada van a aportar a nuestra labor.

—Está bien, jefe. Dejaré esas ideas a un lado. Pero, solamente para que lo sepa, las investigaciones que realizo van por buen camino y no las estoy mezclando con nada. Solamente que lo vi y creí que usted podría responderme esa duda que mi cuñada me metió anoche.

El jefe de la división de homicidios comienza a pensar que Logan está un poco loco, pues sus investigaciones son muy raras y, si bien Clarks facilita algunas pistas razonables, rápidamente se contradice con otras que no son nada coherentes o con pistas que solo destacan rasgos muy nimios sobre los investigados. Ya no sabe qué hacer con él; parece un tipo inteligente, pero quizá está obsesionándose mucho buscando una respuesta que no existe y eso está afectando su cordura. Está convencido de que es mejor buscar a otra persona que atienda los casos que están todavía abiertos —pues cree que las sospechas de un asesino en serie no son tan descabelladas— y que esa persona debe ser quien investigue el caso del asesino del muelle.

El resto del día transcurrió lentamente para Logan. Con tantos interrogantes dándole vueltas en la cabeza y con la pena de haber tratado a su esposa como una loca, se mantuvo toda la jornada laboral un poco desenfocado. ¿Debería ser sincero con María y contarle sobre sus sospechas, o sería muy traumático?

Charles durmió toda la tarde, solamente se despertó para comer rápidamente la sopa de pollo que su esposa le preparó y le llevó a la cama. Después de eso no dijo ni una sola palabra a nadie y no se levantó para absolutamente nada.

María dio vueltas por toda la casa buscando huellas o señales que alguna persona ajena al departamento hubiera podido dejar, pero no encontró nada. Fue así que comenzó a darle vueltas a la historia que su hermana le había contado; pensándolo bien, no era tan alocada. Había escuchado, alguna vez, sobre cementerios incas en América Latina y cómo las “malas energías” se quedaban en estos lugares. Se dio cuenta de que la historia de su hermana y sus sospechas respecto a energías era mucho más coherente que su idea respecto a fantasmas. Desesperada por hallar respuestas, llamó a Gloria para preguntarle más cosas sobre Wicked Lake y ella le contó absolutamente todo lo que pudo recordar.

En la noche Charles se despierta un poco aturdido y le pregunta a su esposa la hora. Ella le dice que ya son las siete de la noche y él se siente un poco inútil por haber dormido todo el día. Grace intenta animarlo con abrazos y besos, pero él se muestra frío e impávido, parece no querer tener ningún tipo de charla o contacto con nadie.

Grace se resigna a cenar sola con sus hijos después de ver a su esposo en tan mal estado, sabe que él no irá a comer con ellos. Él aprovecha su soledad en la habitación, saca su diario del lugar en el que lo tiene escondido y vuelve a escribir llenando páginas y páginas. Escribe tanto que pierde la noción del tiempo. La comida que Grace le ha llevado se enfría. Cuando ella entra a recoger la charola lo encuentra escribiendo frenéticamente. Los dos se miran con incomodidad, entonces él cierra el cuaderno con nerviosismo y ella se limita a recoger las cosas en silencio, ni siquiera le pregunta cómo se siente. Le molesta mucho ese diario ahora que se atrevió a abrirlo.

Mientras tanto Logan vuelve cansado a su hogar y, después de la cena, trata de hablar con María para arreglar las cosas.

—Mi amor. ¿Cómo has estado? ¿Cómo estuvo tu día? —le pregunta mientras la toma por la cintura para llevarla a la sala. Quiere tener una conversación tranquila.

—Busqué huellas —dice ella con un tono cortante sentándose en el sillón más grande.

—¿De qué hablas?

—De los ruidos que tú no quieres investigar.

—Preciosa, te voy a decir la verdad. —Se levanta del sillón en el que está sentado y se arrodilla frente a su esposa. Ella se muestra indiferente ante ese gesto—. En realidad, lo que no quiero es que nuestra pequeña Kate se entere de que escuchamos estos ruidos.

—¿Y por eso me has estado tratando como una loca, Logan? —reclama María.

—Lo siento. Mi intención era la de proteger a la pequeña.

—Entonces, ¿por qué no me dijiste, en secreto, que tú también oías los ruidos extraños?

—De verdad lo siento, mi amor.

Kate está jugando en su cuarto. Sus padres pelean y ella no los escucha, está muy entretenida con su videojuego.

—Sabes que odio que me trates así, Logan —dice María en un tono muy seco. Su esposo se pone de pie acercándose a ella para abrazarla y ella lo empuja bruscamente para dejar el *living* e irse a sentar a una de las sillas de la cocina.

—Por favor, María. Entiéndeme —le dice él en voz alta.

—Dime, señor policía. ¿Qué cosas has estado investigando?

—Solamente las cosas del trabajo, mi cielo —dice Logan mientras se acerca a su mujer.

—No lo creo.

—Es verdad, María.

Ella se queda mirando seriamente a su esposo, a quien ya no puede creerle absolutamente nada. Él la mira fijamente, con los ojos un poco rojos y los labios contraídos.

—Me sigues mintiendo, Logan.

María se va enfurecida a su habitación y su marido se queda totalmente inmóvil en la cocina.

Logan no ha tenido un buen día, piensa que quizá sería agradable pasar un rato con su vecino, pero luego recuerda que está enfermo y se da cuenta de que no sería prudente visitarlo a esas horas. Tal vez si hubiera ido antes para ver cómo se encontraba y se hubiera quedado charlando un rato su visita no hubiera sido una molestia, pero ahora, seguramente, Charles necesita descansar bien y prefiere no recibir a nadie. Piensa en los dolores de estómago de su amigo y se siente un poco preocupado. ¿De qué podría tratarse y por qué cada vez son más frecuentes y más fuertes?

Grace lava los platos y ordena la casa para luego irse a dormir, su marido ya se ha acostado de nuevo. Está un poco perturbada por él. ¿Qué será aquello que le esconde? Deja la cocina totalmente limpia mientras piensa en Charles, entonces se va a la cama y se mete a su lado fingiendo dormirse inmediatamente. Esta noche no hablará en absoluto con él, tiene que guardar silencio para no meter la pata porque está realmente molesta con la situación.

El dolor de estómago de Charles se intensifica en la madrugada provocándole vómitos e impidiéndole dormir. Grace solamente abre los ojos de rato en rato para asegurarse de que su esposo no necesite nada de parte suya. Pero aquella situación cambia cuando, más o menos a las cuatro de la mañana, ella despierta y nota que su esposo no ha vuelto a la cama desde hace media hora o más. Grita desde la cama.

—¿Charles? ¿Amor? ¿Dónde estás? —Al no escuchar ninguna respuesta se levanta, se pone sus pantuflas y va a buscarlo por el departamento—. ¿Charles? ¿Te encuentras bien? —llega al baño y lo encuentra vacío, así que se dirige hacia el *living* y, al no encontrarlo ahí, comienza a desesperarse un poco—. ¿Charles? ¡Por favor, no me hagas asustar! —Entra a la cocina muy angustiada y lo ve sentado en el piso escribiendo en su diario—. ¿Charles? ¿Estás bien?

Él se sobresalta y se pone de pie.

—¡Grace! Lo siento, es que no podía dormir —afirma mientras cierra el cuaderno.

—Puedes encender tu lámpara y escribir a mi lado —le dice ella con un tono de voz muy dulce.

—Es que no quería despertarte —afirma él besándole la cabeza. Entonces las náuseas vuelven y corre al baño para vomitar. Grace se preocupa y lo espera en la puerta de la habitación. Cuando ve que él se dirige al lugar lo abraza.

—Necesitas descansar —le dice. Charles afirma con la cabeza y se recuesta en la cama abrazando su diario. Ella sigue insistiendo en obtener respuestas—. Deberíamos ir al doctor. Tu salud empeora cada vez más.

—No, Grace. Necesito dormir —le dice, pero ella insiste.

—Por favor, dime qué es lo que te sucede. —Su tono está más calmado que antes.

—Es mi estómago. He debido comer algo en mal estado —le responde él con la misma tranquilidad, pero sin soltar su diario. Grace no le dice absolutamente nada al respecto.

—¿Y por qué te fuiste a la cocina?

Charles comienza a sudar frío y se queda mirando a su esposa en silencio. No sabe qué responderle. Resignado decide cerrar los ojos y dormir, así ella no podrá preguntarle nada más y él no tendrá que enfrentarla.

La mañana del domingo, Charles se despierta y nota que el lado de la cama de Grace está vacío. Sus hijos siguen durmiendo y su esposa no está en ningún rincón del departamento. Abrumada por el estrés, Grace decidió ir a pasar tiempo con su nueva amiga, así que ahora está dando un paseo matutino por el muelle con María. Le cuenta sobre las actitudes de Charles el día anterior.

—Se puso muy, muy extraño, María.

—¡Es terrible! Los dos andan como locos y no entiendo las razones —dice María en un tono pausado, luego mira fijamente a Grace—. ¿Sabes qué es lo que creo?

—¿Qué?

—Que algo raro está pasando por aquí. Quiero decir, que una energía maligna está muy cerca a nuestros hogares.

—¿Energía maligna?

—Sí. ¿Te acuerdas de los ruidos que te conté y de mis sospechas?

—¿De los fantasmas?

—Sí.

—Me acuerdo, María.

—Creo que son energías malignas, no simples fantasmas. —Grace la mira un poco incrédula, por lo que María le explica un poco mejor—. Anteayer me vi con Gloria y me contó sobre una investigación que hizo hace un tiempo sobre nuestro barrio.

—¿Sobre qué iba su investigación?

—Sobre el pasado. ¿Y sabes qué descubrió?

—¿Qué?

—Que a esta zona de la ciudad la llamaban Wicked Lake.

—Pero, María, ¿qué tendría eso que ver con mi esposo? ¿O con los ruidos de tu departamento?

—Dime una cosa, Grace. ¿Alguna vez lo habías notado tan extraño?

—La verdad es que no. Pero no creo que se trate de una cosa como la que intentas decirme.

—¿Por qué? Es algo bastante posible, la verdad. Abre los ojos, Grace —dice María tomando a su amiga por los hombros.

Charles, mientras tanto, prepara el desayuno para sus hijos y mira el mensaje que le mandó su esposa una hora atrás diciéndole que se había encontrado con María y que iban a dar un paseo por la orilla del lago. A Logan le cuesta bastante despertar, pues tuvo sueños horribles que le hicieron pasar una noche terrible.

María y Grace se sientan al borde del lago, se quitan los zapatos y meten los pies. Los primeros rayos del sol están calentando el agua haciendo que su temperatura sea muy agradable.

—Es difícil de creer, Grace —insiste María—, pero debes tomarlo como una opción. Tu esposo está muy raro. ¿Sabes algo? Tienes que terminar de leer su diario.

—Sí, lo sé.

—Hay algo que está contando ahí y que no quiere que tú sepas.

—Estoy completamente consciente de eso, María. Pero es muy difícil abrir ese diario sin que él se dé cuenta. Todo el tiempo está con él en sus manos. Va a trabajar con él en su maletín. El día que lo hallamos en el cajón tuvimos suerte. Casi nunca se desprende de él.

—Debe ser muy grande el secreto que te esconde.

En el departamento de los Clarks, Kate está abriendo los ojos. Soñó cosas muy feas, así que llora y espera a que uno de sus progenitores vaya por ella.

—Princesa, ¿qué ha sucedido? —le dice Logan mientras se acerca a ella.

—¿Dónde está mamá?

—Salió un rato con Grace.

—Mentira.

La pequeña Kate llora mientras habla con su padre, no puede contener las lágrimas.

—Hijita. Te lo juro.

—¿Se la llevaron, papá! ¡Se la llevaron!

—¿Quiénes, amor? Tuviste una pesadilla, seguramente.

—¿Se la llevó esa persona sin rostro!

Logan se queda impávido escuchando las palabras de su hija. ¿Por qué sueña cosas tan horribles?

En el departamento de los Peterson, los chicos desayunan con su papá. Ambos están tan dormidos que apenas pueden entreabrir los ojos para mirar el mundo que les rodea. Su padre se ve mucho más sano que el día anterior y les ha preparado unos deliciosos panqueques. Ninguno de los tres habla en la mesa, cada uno parece estar metido en sus asuntos.

Grace y María reciben en sus rostros los rayos solares y se desabrigan un poco. La fría brisa del lago ya no sopla con tanta fuerza como hace unos minutos. A medida que el sol ilumina la ciudad, la temperatura se hace más cálida.

—¿Crees que quizá Charles esté poseído? —pregunta Grace sugestionada por las ideas de María.

—No creo que sea tan grave, Grace. Yo creo que, simplemente, hay algo en tu departamento. En el mío hay energías muy fuertes que producen ruidos y rompen cosas. Así que quizá en el tuyo hay alguna energía extraña que está deteriorando la salud de tu familia.

—Pero los chicos están muy bien.

—Charles es el más fuerte, por eso puede ser el primero.

—¿Qué debería hacer?

—No lo sé. Gloria está buscando soluciones para mí. Cuando las encuentre te avisaré.

De pronto una gigantesca nube se posa en el cielo tapando al sol. De ella se desprenden unas gotitas heladas. Las dos mujeres vuelven a ponerse sus abrigos para protegerse del frío. Es entonces que una borrasca sopla con mucha fuerza haciendo volar los zapatos de ambas por el aire. Ellas se ríen de la situación, pero de pronto la ventisca se hace mucho más fuerte y la nube que tapa al sol se pone muy gris. Tratan de correr, pero les cuesta moverse con tanto viento y sin zapatos.

Charles y Logan, cada uno por su lado, llaman a los celulares de sus esposas sin conseguir respuesta alguna. Comienzan a preocuparse por el viento y la lluvia.

El lago comienza a moverse bruscamente. Grace abre los ojos y mira a María asombrada. Les cuesta mucho caminar. Hablan a gritos, pues, de otra manera no se escucharían.

—¿Ves, Grace? ¡Hay algo extraño en esta zona y se está poniendo cada vez peor!

—Ya hubo lluvias fuertes por aquí.

Logan se viste y sale en busca de su esposa y de Grace. ¿Hasta dónde se habrían ido? ¿Serían lo suficientemente imprudentes como para seguir en el lago? ¡Ojalá que no! Charles sale pocos segundos después de su vecino, no se encuentran en el pasillo, pero sí en la puerta de entrada del edificio. Los dos tienen expresiones de asombro.

—¿Las viste? —pregunta Charles.

—No. Iré a buscarlas.

—¿Crees que deberíamos ir en el auto?

—No. Va a llover muy fuerte.

Salen del edificio al mismo tiempo y se encuentran con la borrasca que golpea los árboles casi desnudos de los alrededores. Están lo suficientemente abrigados para la ocasión. Caminan unos cuantos pasos y notan que el agua les llega a los tobillos. Para llegar al muelle hay que bajar un caminito, lo que quiere decir que el agua del lago ha subido lo suficiente como para tapar buena parte del muelle. Se apresuran para encontrar a sus esposas antes de

que la lluvia las arrastre hacia el lago, es entonces que las encuentran matándose de la risa, totalmente empapadas y sin zapatos. Ambos corren a abrazarlas y María aprovecha para reprender a su esposo.

—¡Te he dicho que este lugar está maldito y tú no has querido creerme!

Los cuatro entran en silencio al edificio, suben en el ascensor sin decirse absolutamente nada y se despiden en el pasillo de su piso. Cada uno entra a su hogar.

Capítulo XV

El lunes por la mañana los Peterson se despiertan y vuelven a su rutina de todos los días. Al parecer, Charles se siente mucho mejor y ya puede volver al trabajo. Grace piensa en todas sus conversaciones con María mientras desayunan en silencio. ¿Habrá algo extraño en Charles, algo diferente? Trata de pensar cuándo comenzaron estos comportamientos raros y se da cuenta de que su marido siempre los tuvo, incluso cuando empezaron a salir, mucho antes de casarse. Algunas noches ella se preocupaba un poco porque llamaba al departamento de su novio y nadie le contestaba. Siempre que le preguntaba al día siguiente dónde había estado, él respondía que había ido a correr. Nunca sospechó absolutamente nada malo, solamente se preocupaba de que su novio anduviera solo por las calles a tan altas horas de la noche.

Cuando lo conoció se dio cuenta, rápidamente, de que era un chico un poco tímido, pero de buen corazón. Hablaba con mucho cariño de su tío Richard y lo ayudaba en todo lo que estaba a su alcance. Jamás le habló de su padre más que para decirle que había fallecido cuando él tenía trece años, y sobre su madre le dijo unas cuantas cosas, como que tenía el cabello negro y los pies pequeños, nada relevante. La timidez de Charles era, para Grace, una gran cualidad, pues la hacía sentirse segura de que no salía con otras mujeres y de que la amaba sinceramente, pues una persona tímida no va haciendo demostraciones de cariño a cualquiera. Le parecía también fantástico que a su novio no le gustara beber más que de vez en cuando, nada más fuerte que una cerveza, y que nunca se emborrachara; se sentía muy afortunada de haber encontrado a una persona así. Lo único que hacía que ella se sintiera un poco nerviosa era el hermetismo de Charles respecto a sus emociones. Muy pocas veces le decía si es que se sentía triste o nostálgico; pero ella, de todas formas, lo notaba.

A medida que la mañana transcurre, Grace se sumerge más en sus cavilaciones. Sigue sintiéndose incómoda por el comportamiento que tuvo el fin de semana. Después de que llegó junto a María al edificio, Charles se limitó a decirle que no estaba de acuerdo con que saliera sin avisar antes y que no le parecía muy inteligente que frecuentara el muelle cuando el invierno todavía no acababa. El domingo familiar transcurrió con normalidad, pero sin conversaciones de marido y mujer. Como llovía tanto y el lago había inundado parte de la zona en la que vivían, decidieron quedarse en casa viendo películas de Disney. Samantha se quedó encantada con sus padres y Chris miró amablemente la película que su hermanita había elegido.

Los lunes, como hoy, son un poco tristes para Grace, porque después de pasar un lindo domingo en compañía de sus hijos y su marido, tiene que volver a la rutina de quedarse sola haciendo el aseo de la casa y cocinando. Este lunes es diferente, porque se siente furiosa y está convencida de que su esposo le ha estado escondiendo algo terrible, y que ese algo está creciendo desproporcionadamente. Tiene la intención de revisar toda la habitación para ver si es que, para su suerte, Charles ha olvidado su diario. Si no encuentra el cuaderno comenzará a revisar los archivos de su marido en la computadora de la casa, quizá ahí encuentre información útil. Está decidida a investigarlo.

Recuerda lo que le dijo María. ¿Y si su esposo hubiese estado siempre maldito? ¿Tendría sentido? Nunca antes se había puesto a pensar en el pasado de Wundot Hills, menos aún en el pasado de Blue Lake. ¿Sería, realmente, un lugar maldito? Alguna vez había escuchado historias de ciudades enteras construidas sobre cementerios apaches, ciudades que tenían esparcidas por sus recovecos energías malignas y en las que sucedían cosas muy extrañas. Había escuchado también sobre ríos que, según los antiguos habitantes de sus orillas, estaban vivos y pedían, de cuando en cuando, sacrificios humanos, o simplemente los tomaban sin la necesidad de recibirlos de parte de humanos. ¿Podrá el agua también tomar almas? Cree que Charles siempre tuvo algo raro, que era muy leve, y que ahora, con el tiempo, se ha

intensificado. Cree que quizá puede tener todo que ver con la desaparición de Syd. Es posible que esa noche alguna cosa extraña hubiera despertado en Wundot Hills y hubiera enloquecido a Syd llevándolo hasta el agua.

Se acerca al cajón cruzando los dedos para encontrar en ese lugar el diario de su esposo. Para su suerte hoy está ahí. Lo toma entre sus manos con nerviosismo y lo abre en una página al azar:

“24 de junio

Hay muchas cosas que me recuerdan a mi padre y me hacen sentir miserable. Por ejemplo, el olor a alcohol. Es por eso que no puedo tomar ni una sola copa por su culpa y me limito a beber cerveza. Nunca en mi vida he llegado a emborracharme, me daría mucho asco parecerme a mi padre.

Hoy conocí a un hombre horrible. Entró a la ferrería junto a su esposa y su hija adolescente a las seis de la tarde. Su cuerpo emanaba ese olor a alcohol que siempre me ha causado repugnancia. Hablaba con poca claridad y le gritaba a su hija. Tuve que atenderlos controlando mi rabia. Era un tipo barrigón, llevaba un suéter que alguna vez debió ser azul, pero se veía gris. Tenía la barba bastante crecida y una cabellera abundante. Tanto su hija como su esposa lo miraban con miedo. Me hizo pensar en mi progenitor.

El tío Richard intervenía y nos defendía de mi padre, pero luego de que mi madre lo botó a palos de la casa por golpear a su esposo, él no volvió hasta que sucedió lo inevitable, la muerte de papá. Algún día tendré coraje para escribir sobre ese suceso.

El tío Richard era mi héroe cuando yo era pequeño, hasta que lo perdí de vista por completo cuando tenía ocho años.”

Derrama lágrimas mientras lee y cuando termina no quiere seguir haciéndolo, por lo que guarda el diario en el cajón y cierra con llave. Después se da cuenta de que su esposo, dos días atrás, había abierto el cajón sin la llave. Comienza a sentirse un poco insegura, pues nota que su marido, en primer lugar, tiene una copia extra de la llave, y, en segundo, seguramente ha descubierto que su copia original no está en el lugar que la había dejado. Trata de pensar en otra cosa y entonces, insatisfecha por lo investigado hasta el momento, se dirige a revisar los archivos de la PC de Charles.

Con la computadora ya encendida, Grace se dirige al escritorio y abre todas las carpetas de su esposo. Encuentra presupuestos para la casa, un archivo de ahorros, distintas propuestas de logos para la ferretería, algunas fotografías de la familia, un par de juegos y unos cuantos archivos que contienen letras de canciones. ¡Nada realmente relevante! Busca, por si acaso, en las carpetas de Chris. Encuentra muchísimos juegos, tareas para la escuela, fotografías de su hijo junto a sus amigos, imágenes de Messi y de Cristiano Ronaldo, videos musicales, etc. Entonces, en medio de ese caos, se encuentra con algo que llama su atención. Es una carpeta con el nombre “7” que está guardada dentro de la carpeta en la que Chris guarda las fotografías de futbolistas. Impulsada por la curiosidad la abre y se encuentra con una sola carpeta dentro de esa carpeta, esta tiene el nombre “x”. La vuelve abrir y se encuentra con otras dos carpetas más, hasta que llega a una imagen que tarda en cargarse y que, cuando por fin se hace visible, muestra a Carmen Electra en un cortísimo traje de baño. Se sonroja y cierra con nervios la fotografía.

Después de husmear en todas las carpetas del ordenador, Grace se da cuenta de que, por el momento, no tiene absolutamente nada más que hacer, pues no tiene el coraje para seguir leyendo el diario. Va a tener que esperar alguna otra oportunidad para investigar a su esposo. Piensa en las cosas que él siempre le dice sobre la infidelidad y se tranquiliza un poco, pues Charles es un hombre serio y le repugna la idea de ser infiel. Se acuerda de cómo odiaba los gritos de Syd y de cómo se ponía sumamente nervioso cada vez que lo oía. Luego piensa en lo que le contó sobre la muchacha universitaria y se abre una nueva interrogante. De pronto un rompecabezas comienza a armarse en su cabeza y logra calzar una historia que le parece

creíble: a Syd sí lo mataron, como ella y Gloria pensaron; es algo casi seguro. Muy posiblemente fue su amante quien lo mató y es esa misma persona la amante, también, de Charles. Como Charles no quiere divorciarse, la chica universitaria está cobrando venganza y lo está envenenando. Debe ser una psicópata. Esas conjeturas explicarían a cabalidad el comportamiento de Charles, además de su terrible estado de salud física y el hecho de que supiera que su vecino difunto tenía una amante.

La mente de Grace comienza a dar vueltas atando cabos en la historia y generándole malestar. No le gusta ser paranoica, nunca lo fue; pero ahora las cosas apuntan a que todas estas situaciones son posibles y eso, simplemente, la vuelve loca. Su esposo ha estado actuando raro. En realidad, siempre ha actuado de manera extraña, pero sus rarezas pasaban desapercibidas; ahora se han hecho muy notorias. La mujer desconfía de su marido. Piensa en las cosas que se enteró leyendo el diario, en todas las cosas que Charles le escondió sin motivo alguno. Ahora está segura de que no puede confiar para nada en él.

Temprano en la mañana, después de hacer sus ejercicios, Logan notó que la ventana de la cocina estaba entreabierta. Se estremeció al pensar que alguien había estado merodeando dentro del departamento. Se sirvió un vaso de agua y le sintió un sabor extraño. Susceptible por todas sus sospechas lo escupió inmediatamente y decidió llevar la botella familiar al laboratorio de la policía para que la revisaran. Sacó un energizante de la heladera y luego se alistó para ir al trabajo. Antes de salir de casa revisó todo el apartamento para ver si hallaba alguna pista o alguna cosa fuera de lugar. Al notar que no había nada extraño bajó al garaje. Encendió el automóvil y este comenzó a andar, pero apenas salió del edificio se dio cuenta de que perdía el control del mismo. Salió del coche y, al revisarlo, notó que alguien había incrustado un clavo en una de las llantas. Tuvo que tomar el transporte público para ir a trabajar.

Ahora, en el trabajo, se encuentra muy preocupado por su familia y por sí mismo. Definitivamente alguien está tratando de hacerle daño. Mira taciturno las fotografías de los casos que llegaron en el transcurso de la mañana y se pierde en sus cavilaciones. ¿Por qué Kate se habría despertado diciendo cosas tan feas sobre su madre? Teme por la vida de todos. Lo peor es que las cosas que su mujer le dijo sobre Wundot Hills le dan vueltas por la cabeza. ¿Gloria podría estar tan loca como para inventar ese tipo de historias para desviar la atención de su hermana? Es una posibilidad que hay que considerar. Sin embargo, a Logan se le hace muy difícil juzgar el perfil psicológico de su cuñada por el aprecio que le guarda.

Hoy no le han llegado casos provenientes de su vecindario. Eso le dificulta la investigación personal que tiene, pues es como un día perdido en el que ningún dato ingresa a su bitácora para ser anotado.

En el almuerzo charla con uno de sus compañeros de trabajo, con quien no había tenido la oportunidad de conversar antes.

—¿Cómo te está tratando la nueva ciudad, Logan? —le pregunta el hombre.

—Bastante bien. Es un lugar bastante bonito y limpio.

—¿De verdad crees eso de Wundot Hills?

—Claro que sí. Me gusta bastante.

—¿No te han pasado cosas extrañas? —le dice el hombre guiñándole un ojo.

—¿Extrañas?

—Sí. Cosas raras e inexplicables.

Logan mira a su compañero con curiosidad. ¿Sería prudente preguntarle sobre el lago? ¿No parecería un loco si mencionara sobre las investigaciones de su cuñada?

—¿Inexplicables? ¿A qué te refieres, hombre? Me intrigas.

—Tú sabes.

—En realidad no.

—¿Las leyendas sobre el lago y las almas en pena?

—La verdad es que no lo sé. No tengo idea de qué es lo que me estás diciendo.

—Vamos, Logan. Te escuché hablar con el jefe el otro día. Él es un tipo muy serio como para saber de esas cosas. Yo te puedo contar algunas historias.

—¿En serio? —pregunta Logan casi susurrando.

—Sí.

—Hombre, ¿no te estás burlando de mí, verdad? —pregunta con susceptibilidad.

—Para nada. —afirma el hombre con un aire de seriedad. Es calvo y tiene los ojos muy grandes, por lo que sus gestos se notan a la perfección—. El edificio en el que vives fue construido por mis familiares —le afirma en voz baja a Logan.

—¿En serio?

—Sí. En realidad, casi todo Blue Lake. Mi abuelo compró esos terrenos a precio de gallina muerta.

—¿De verdad? —pregunta asombrado Logan.

—Sí. Tuvo que limpiar el lago y hacer muchísimo trabajo duro. Pero mira cómo quedó el barrio. Tú vives ahí. ¡Es una belleza! Valió la pena.

Logan se queda mirando a su interlocutor sin decir nada. No sabe si es que está bromeando o si le está contando cosas reales.

—Es muy extraño que lo digas —dice Logan.

—¿Por qué? ¿Te suena a película de terror, Logan?

—No es eso. Es que... es que...

—Es que no puedes creer que la zona más cara de Wundot Hills haya tenido terrenos tan baratos —le dice con algo de sarcasmo el hombre.

—En realidad es algo que me dijeron —confiesa Logan mirando al suelo—. Me contaron cosas que no creí sobre Blue Lake.

—¿Qué le llamaban Wicked Lake?

—Sí —afirma con asombro.

—Puedo contarte bien sobre eso —dice el hombre poniéndole una mano en el hombro a Logan—. Cuando era muy joven iba con mis amigos a emborracharme a la orilla del lago. Era un lugar deshabitado y no había ningún policía que nos dijera nada. Varias veces oímos cosas extrañas.

—¿Cosas extrañas?

—Sí. Quizá pudo haber sido efecto de la sugestión y el alcohol, pero los sonidos eran muy nítidos —el hombre gesticula bastante al hablar y sus ojos son muy expresivos, por lo que cautiva a Logan.

—¿Qué sonidos escuchaban? —pregunta Logan intrigado. Su compañero ya lo ha convencido de que vale la pena escucharlo.

—Escuchábamos voces, Logan.

Ambos se quedan mirándose seriamente, es entonces que termina la hora de almuerzo y tienen que volver a trabajar. Logan se queda un poco perturbado por la conversación con su colega. Gloria tiene razón y, por lo tanto, María también. Tal vez es hora de dejar su escepticismo y comenzar a creer. Quizá, incluso, es posible que, alejándose de su escepticismo, encuentre una respuesta a los asesinatos, una respuesta que le es imposible notar porque está pensando con demasiada racionalidad. Tal vez tiene que cambiar de parecer respecto a los sucesos sobrenaturales y las energías malignas. Además, su esposa hace ciencia, es doctora, ¿si ella cree en esas cosas, por qué no puede también creerlas él?

Esa noche Charles llega a casa bastante silencioso. No charla en la cena ni con sus hijos ni con su esposa, se limita a mirarlos conversar mientras come. Grace no tiene muchas ganas de preguntarle nada, pues siente que ya no puede confiar en él. Los chicos hablan sin parar, están felices y, en esta ocasión, es un alivio para sus padres escucharlos contarse tantas cosas. Grace mira a Chris y se acuerda de la fotografía de Carmen Electra, piensa si es prudente mencionarla. Decide no decirle nada, por lo menos no por el momento. ¿Cómo se excusaría por haber estado revisando los archivos de toda la familia en la computadora? Además, es mejor que la pequeña Samantha no escuche esa conversación, es demasiado joven aún.

Después de la cena, los chicos se levantan y se van a la habitación de Chris, él tiene algo que mostrarle a su hermana. Grace se queda recogiendo los platos en la mesa y Charles la ayuda en completo silencio. Impulsada por la situación incómoda del mutismo, la mujer decide entablar una pequeña conversación con su marido.

—¿Cómo te fue hoy en la ferretería, Charles?

Él se siente un poco atacado al escuchar que su esposa lo llama por su nombre, pues, generalmente, se dirige a él con apodos amorosos como “mi amor” o “mi cielo”. Y las pocas veces que le dice por su nombre tiene un tono de voz dulce; ahora su voz es fría.

—Bien, mi amor. Muy bien.

—¿Alguna novedad? —pregunta cortante Grace.

—No. Tuve el trabajo de siempre.

—¿Cómo está tu estómago?

—Mucho mejor. Gracias por tus cuidados, linda. —Charles mira amorosamente a su esposa, quien le voltea la cara para concentrarse en los platos.

—Eso es bueno. Espero que dejes de comer afuera. Mi comida es buena, Charles. No entiendo por qué buscas alimento en otros lugares.

—Te juro que no lo hago. Y no es que tu comida me haya hecho daño, simplemente es que he estado bastante nervioso y eso ha removido mi estómago.

—¿Por qué estás nervioso? —Grace se da la vuelta para lanzarle una mirada inquisidora a su esposo.

—No lo sé, amor... —Charles se siente intimidado por cómo lo ve su mujer—, por el trabajo. Ha sido un poco agotador las últimas semanas, pero me hizo muy bien descansar el sábado. ¡Estoy como nuevo!

Grace se da la vuelta y vuelve a lavar los últimos platos que le quedan sucios sobre la mesa. Cuando acaba deja los guantes de látex sobre el fregadero y se va hacia su habitación. Pocos minutos después Charles aparece, coge su ropa deportiva y eso saca de sus casillas a Grace.

—¿Irás a correr después de haber estado tan enfermo? —le pregunta.

—Sí, mi amor. Necesito aliviar un poco el estrés. Sabes que el ejercicio me hace bien.

—Me parece una locura que salgas a correr en este frío después de haber estado tan mal del estómago.

—Iré muy abrigado. Mira

Le muestra a su esposa las medias gruesas que tiene puestas. Grace se queda mirándolo con algo de desdén. Es entonces que se da cuenta de que si su marido sale ella podrá leer con absoluta libertad su diario, pues, obviamente, si va a correr no tiene sentido que lleve nada extra. Se da la vuelta fingiendo ordenar algo en la cama y le responde a su esposo.

—Está bien, Charles. Tengo que confiar en ti y en tus capacidades de cuidarte solo.

—¿Estás enojada?

—No. Para nada. Simplemente estoy un poco preocupada por tu salud. No quisiera que te enfermes de nuevo.

—No me enfermaré, mi amor.

—¿Lo prometes? —mira a su esposo con ternura al decir esto.

—Lo prometo.

Charles se cambia mientras Grace lee una revista, le da un beso en la frente y sale del departamento. Ella tiene la intención de abrir inmediatamente el cajón del velador de su marido, y es entonces que escucha que Samantha llora en la habitación de Chris. Tiene que correr a ver qué es lo que ha sucedido. Camina por el pasillo y abre la puerta enfurecida.

—¿Qué ha sucedido, Chris?!

—Nada. Yo no hice nada. Sami se lastimó.

Samantha no deja de llorar y tampoco puede explicar lo que siente. Su madre se le acerca y le besa la frente. Chris está asustado, por lo que Grace entiende que, en esta ocasión, realmente él no es el culpable del llanto de su hija.

—Ya hijita, cálmate. ¿Dónde te duele? —Samantha señala su codo—. Ya, pequeña. Pasará. ¿Quieres ir al cuarto de mamá un rato? —Sami asiente con la cabeza mientras su madre le frota con delicadeza el codo. Chris mira la escena preocupado por su hermanita.

Ya en la habitación, Samantha se tranquiliza y comienza a contarle a su madre sobre el álbum de monstruos que su hermano le estaba mostrando. Después se acuerda de cómo se golpeó con el borde de la cama y su rostro cambia a una expresión de tristeza. Chris entra suavemente a la habitación de sus padres y pregunta si Sami se encuentra bien, ella se dirige hacia la puerta y abraza a su hermano mayor, luego vuelve a la cama para seguir charlando con su madre y Chris las deja.

Los minutos pasan y Grace comienza a desesperarse por leer el diario de su esposo, pero, al parecer, Sami está muy feliz charlando con ella. Mira su reloj y se da cuenta de que son poco más de las once de la noche, por lo que su hija ya debería estar dormida. Le hace notar la hora y ella comienza a hacer un berrinche. No tiene la más mínima intención de irse a su cama. Chris entra a la habitación creyendo que su hermanita está volviendo a llorar por el golpe que se dio con su cama, pero al darse cuenta de que su llanto es por no irse a la cama la regaña, según él para ayudar a su madre. Esto solamente empeora las cosas. La madre de los chicos pierde la cabeza, pues, por un lado, siente que va perdiendo totalmente el control sobre su familia y, por otro, tiene una necesidad urgente de abrir el cajón del velador de Charles.

Después de casi cuarenta y cinco minutos de pelea, al fin los dos hijos se meten en la cama. Grace entra a su habitación suspirando y escucha la puerta. Charles ya ha vuelto a casa después de correr.

Capítulo XVI

Después de unos días, Logan tiene bastantes datos que le sirven para encontrar a la persona culpable del asesinato de su cuñado. Gloria queda descartada, pues se da cuenta de que todos los crímenes que suceden por su barrio tienen que tener un solo autor, y su cuñada no puede ser porque ya no vive ahí y porque descubrió que hubo crímenes cuando ella estaba de visita en su casa de Cheverdale. La sospechosa principal es la amante de Syd. Comienza a pensar que la muchacha es también amante de Charles, pues el otro día espió una conversación de María y Grace en la que pudo entender que la última tenía esa sospecha y que la chiquilla estaba envenenando a su marido en venganza por no divorciarse. Es terrible, pero de esa manera todo tendría sentido. El deterioro de la salud de su vecino, el nerviosismo de este al hablar de ella y el hecho de que él supiera sobre ella antes de que Gloria lo mencionara a cualquier persona. Lo único que no calza con sus sospechas, y que le cuesta explicar, es la razón que tiene la muchacha para envenenar a Charles, a diferencia de sus otros amantes. ¿O quizá es un paso previo a darles muerte? ¿Hacerlos sufrir?

Después de los análisis realizados en el laboratorio criminológico de la policía, se llegó a la conclusión de que la sustancia con la que se había mezclado el agua de mesa de los Clarks era anticongelante, un terrible veneno que deteriora el sistema nervioso y los riñones. Aquel dato lo dejó horrorizado y no pudo pegar el ojo durante tres o cuatro días, atento a escuchar algún ruido fuera de lo normal. Fue entonces que comenzó a investigar más a fondo sobre la amante de Syd, por lo que comparó las descripciones de Charles con las fotografías de todas las mujeres entre los dieciocho y treinta años con las características físicas descritas y que residieran en albergues estudiantiles cerca a Blue Lake. Sus tres sospechosas son Tina Acker, Audrey Kinsley y Melissa Wyght. Se inclina más por Tina, pues es la que tiene mejor aspecto de las tres, a pesar de que las tres son mujeres muy sensuales y llamativas. Además, ella es la que tiene la piel más pálida, por lo que calza mejor con la descripción de su vecino.

Siguió preguntando sobre leyendas respecto al lago de la ciudad y quedó fascinado con algunas de ellas. Hace poco se enteró, por boca de la frutera, de una historia que llamó mucho su atención. Resulta que existe una leyenda sobre una mujer que, a fines del siglo XIX, se enamoró perdidamente de un hombre casado. Como su relación era prohibida la mantuvieron en secreto y su lugar de encuentro era aquel desolado terreno junto al lago. Una noche, su amante le prometió fugarse con ella y dejar a su familia. Se citaron en el lugar acostumbrado y ella lo esperó, pero él no llegó hasta muy entrada la noche; fue entonces que la llevó caminando hasta el lago, al que la empujó para deshacerse por completo de ella. La leyenda cuenta que su alma vagabundea por los recovecos de Blue Lake y que odia a los hombres, por lo que se les aparece en las noches cuando caminan solitarios. Seducido por aquella historia fabulosa, triste y macabra, siente la tentación de atribuir todas las muertes de hombres a aquel espíritu; pero le parece algo muy tonto y poco probable.

Está muy seguro de que el asesino es una mujer. Decide ser muy directo con su amigo Charles y, con las fotografías de sus tres sospechosas en la mano, pedirle que identifique a la chica. Leerá su lenguaje corporal y tratará de encontrar respuestas. Si ella fuera también su amante, él juraría guardar el secreto. Total, ya se han ganado cierta confianza mutua.

María, por su lado, investiga en la hemeroteca buscando noticias antiguas que hablen de Wicked Lake. Ha encontrado una pista interesante en un periódico del año 1978, como le dijo su hermana. Se trata de la noticia de que un excéntrico millonario quiere comprarse los terrenos baldíos que están cerca del lago. No habla del lago embrujado, simplemente dice que es un lugar deshabitado y que se encuentra en un estado terrible, que la restauración va a salir demasiado cara. Ha encontrado también, en un periódico de 1948, la noticia de que unos niños se perdieron a orillas del “lago embrujado”. Tiene la esperanza de seguir encontrando pistas para comprender cuál podría ser la maldición que pesaría sobre este lugar.

Su esposo le ha contado sobre el agua de mesa con anticongelante y ha admitido, al fin, que estaba mintiendo respecto a los ruidos todo el tiempo, pues él también los ha escuchado las mismas veces que ella. Se armó una pelea que fue resuelta con muchos “lo siento” de parte de Logan. Él le explicó, cariñosamente, que tenía la sospecha de que quien entraba al departamento forzando los seguros de las ventanas era un asesino y no quiso meterles pánico ni a ella ni a Kate. María se molestó bastante al escuchar la verdad, pero luego decidió disculpar a su marido y contarle sobre todas las cosas que Gloria le había dicho respecto a Wicked Lake. Aunque él le comentó que no creía en ninguna de esas leyendas, le prometió que hablaría con algún especialista en ese tema para que revisara su hogar.

En la noche, Logan llega a su departamento y cena junto a su mujer y su hija. La relación de pareja ha mejorado bastante, por lo que el señor Clarks le dice, en confianza, a su mujer sobre las sospechas que tiene respecto al asesinato de Syd y la muchacha universitaria. También le dice que cree que Charles puede conocerla y que va a pedirle ayuda. María le pregunta por qué Charles la conocería y, al no recibir respuesta, deduce que su vecino puede haberle confesado a Logan que tiene una relación amorosa con la muchacha, lo cual confirmaría las sospechas de su amiga. Después de terminar la conversación deja que su marido vaya al departamento de enfrente e inmediatamente le manda un mensaje de texto a Grace contándole sus sospechas.

Logan toca el timbre y Charles le abre.

—Logan, ¿cómo estás? —lo saluda Charles un poco sorprendido.

—¿Cómo estás, Charles? —se estrechan la mano mientras se saludan.

—Todo bien.

—Dime, ¿estás ocupado?

—No, para nada. —Se rasca la cabeza y mira dentro del departamento—. ¿Quieres pasar? Te invito a un trago.

—¿Qué te parece si mejor vamos a charlar a otro lugar? Tengo que comentarte bastantes cosas —le dice mientras le guiña el ojo.

—Déjame despedirme de Grace.

Charles entra al departamento y le dice a Grace que saldrá un momento con Logan. Grace le dice que, por favor, no vuelva muy tarde y le da un beso. Charles vuelve hacia la puerta.

—Vámonos.

Mientras bajan por el ascensor, Logan le cuenta sobre las averiguaciones que hizo respecto a las leyendas acerca del pasado de Wundot Hills. Charles se limita a escucharlo, fascinado por aquellas historias fantásticas que parecen sacadas de una película.

Grace, que había dejado su celular en la habitación mientras acostaba a Sami, lee recién el mensaje de texto que María le ha mandado. Lo lee varias veces para cerciorarse de haberlo entendido correctamente. Agobiada al notar que no se ha equivocado, llama a su amiga.

—¿María?

—Grace, lo siento. ¿Cómo estás?

—No lo sé. ¿Estás segura? ¿Cómo sabes esto?

—Logan hizo un comentario que me llevó a pensar eso. No estoy 100% segura de que así sea, pero es mi mayor sospecha.

—¿Qué comentario hizo?

—Que le preguntaría a Charles quién es la muchacha porque, de seguro, él lo sabe.

—Bueno. Podría ser porque Charles alguna vez la vio junto a Syd.

—Tal vez sea eso, Grace. Tal vez. —Se hace un pequeño silencio en la conversación. Es entonces que Grace comienza a llorar del otro lado del teléfono, María trata de darle ánimos—. Querida, todavía no sabemos si es cierto, así que hay que tener un poco de paciencia. Dime algo. ¿Charles dejó hoy su diario?

El llanto de Grace es frenado por aquella pregunta. ¿Cómo no se había dado cuenta? Esta es su oportunidad. Los chicos están acostados, Charles no está y ha salido con nada más que su billetera y su celular. A pesar de que le preocupa que su esposo haya cambiado el seguro del cajón al notar que una de las copias de su llave ya no estaba en el lugar en el que la había dejado, hace el intento de abrirlo.

—Déjame revisar, María. —Abre el cajón de la mesa de velador de su esposo sintiéndose muy afortunada de poder hacerlo y encuentra el cuadernito. Se emociona mucho, aunque se queda un poco perspicaz, pues no comprende cómo es que su marido aún no nota la ausencia de una de las llaves—. ¡Aquí está, María! ¡Aquí está!

—Es tu oportunidad de leerlo.

—Sí. Ahora, antes de que lo abra, cuéntame cómo te va con Logan.

—Las cosas han mejorado bastante. Te contaré mejor después. Ahora, Grace, no debes perder más tiempo.

—Tienes razón, María.

—Hablamos después, cuídate.

—Adiós.

Ambas mujeres cuelgan sus celulares al mismo tiempo. Grace se pone de pie para asegurarse de que sus hijos no estén dando vueltas por el departamento. Al ver a Chris metido en cama y atento a un videojuego, y a Samantha dormitando, se dirige hacia su habitación. Está ansiosa y sumamente exaltada.

El café La rose es mucho más calmado que el bar, por lo que se convierte en la mejor opción para conversar para Logan y Charles. Se sientan y esperan a ser atendidos por la mesera. Después de ordenar, Logan inicia el interrogatorio amistoso.

—Charles, hombre, somos amigos, ¿verdad?

—Sí, lo somos —afirma él sonrojándose un poco. Se siente nervioso al hacer ese tipo de afirmaciones afectuosas.

—Te he contado sobre mis problemas con María y las sospechas que tengo respecto a Gloria.

—Lo sé, y lo aprecio muchísimo. Aprecio que confíes en mí.

—¿Tú confías en mí? —Charles se queda dubitativo mirando hacia la ventana—. ¿Charles?

—Confío en ti, Logan —dice sintiendo cierta vergüenza, pues, en realidad, no confía en nadie.

—¿En serio?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tengo que preguntarte algo muy delicado.

La mesera los interrumpe para ponerles sobre la mesa el pedido. Charles siente algo de alivio, como si la campana lo hubiera salvado, pero inmediatamente su vecino retoma el interrogatorio amistoso.

—Se trata de la amante de Syd. —Charles comienza a sudar. —Creo que tú puedes ayudarme.

—¿Con qué, Logan? —se lleva el jugo de fresa que ha pedido a la boca.

—Antes, tengo que confesarte sobre una sospecha que tengo. —Charles vuelve a llevarse el jugo a la boca para no contestar. —Mira, sé que preguntarte esto es muy incómodo, pero... pero... —Logan no sabe cómo proceder, hasta que encuentra, finalmente, el valor—, pero algunas cosas me llevan a pensar que tú también sales con esa muchacha.

—¿Qué? —pregunta Charles asombrado.

—Perdona mi atrevimiento. Si es que mi sospecha fuera cierta, te juro no decirle nada a Grace. Y si me estoy equivocando, me disculpo contigo.

Charles se queda cabizbajo sin decir absolutamente nada. Posa su cabeza sobre ambas manos y se rasca el cuero cabelludo.

—Charles, lo siento —le dice Logan interrumpiendo sus cavilaciones—. Tal vez esto no es algo de mi incumbencia. Solamente pensé que, si esta sospecha mía es cierta, pues eso explicaría tus dolores de estómago. Tal vez la muchachita es vengativa y, sabiendo que tú no vas a dejar a tu esposa, trata de envenenarte. Pero..., pero, en fin, no me incumbe. Lo único que te pido, amigo mío, es que me ayudes a reconocerla.

—¿Qué cosas te llevan a pensar que yo salgo con ella? —El tono de voz de Charles es serio y seco. Su mirada sigue clavada en el suelo.

—Lo siento, hombre. No quería hacerte enojar.

—Dime. —Se yergue sobre el asiento y mira fijamente a su vecino—. Por favor.

—En realidad..., en realidad..., ay, hombre, no interesa.

—Claro que sí. Sí interesa.

—No. Ya no me meteré en tus asuntos —afirma Logan mientras enciende un cigarrillo.

—Te ayudaré a identificarla si me dices la verdad —afirma Charles muy serio—. ¿Por qué crees que yo también salgo con ella?

—Es que me parece muy extraño que te hayas puesto tan nervioso la primera vez que me la mencionaste —afirma Logan en un tono pausado y calmado, tratando de no encolerizar a su amigo—. Además que es la única explicación que le encuentro al deterioro de tu salud, que ella te esté envenenando.

—¿Hay algo más? —pregunta Charles con una mirada desafiante.

—Sí. Debo ser sincero contigo —dice Logan con determinación. —Mi esposa y la tuya tienen esa sospecha, las escuché hablando por teléfono y no estoy totalmente seguro, pero creo que lo mencionaron. —Charles mira fijamente a su amigo. Está muy serio e incluso un poco enojado.

—Mira Logan: los dolores de estómago son a causa del estrés. Y, solamente para que lo sepas, no tengo absolutamente nada que ver con ella.

—Está bien. Lo siento y te creo.

—No me importa, en realidad, que me creas. Me molesta que mi esposa no lo haga.

—Lo siento, Charles —le dice Logan poniéndole una mano sobre el hombro. Él, inmediatamente, se la quita y sigue hablando.

—La identificaré. Creo que tus sospechas de que ella es la asesina son acertadas.

Logan le muestra en su celular fotografías de las tres sospechosas.

—¿Cómo conseguiste estas fotos? —pregunta Charles.

—¡Soy policía! —le responde Logan guiñándole un ojo.

—Es ella —dice Charles señalándole la fotografía de Audrey Kinsley sin pensarlo dos veces.

—¿Estás completamente seguro?

—Sí. La recuerdo bien.

—¿Por qué antes no podías describírmela con precisión? —pregunta Logan mirando fijamente a Charles. Charles se pone muy nervioso e inventa algo rápido para salir del apuro.

—Soy malo describiendo personas. En realidad, soy malo describiendo cualquier cosa.

—Tienes que saber, Charles, que puedes confiar en mí. Si es que estuvieras saliendo con ella lo más prudente sería que dejaras de hacerlo porque, según sospecho, está chica está un poco mal de la cabeza.

—¿Asesinar a un hombre te parece estar un poco mal de la cabeza?

Logan mira sonriente a su amigo y lanza una carcajada. Luego los dos comienzan a reírse alegremente.

Grace sigue sin encontrar muchos rastros en el diario de su esposo. Casi todas las entradas son herméticas y llenas de omisiones, en ninguna de las que lee encuentra muchos

más detalles sobre su vida personal. Siempre repite sus afirmaciones sobre la terrible infancia que tuvo y sobre el odio que les guardó a sus padres. Casi no habla del presente, a excepción de las veces en las que afirma que se siente muy mal de no decirle la verdad a Grace. ¿De qué verdad habla? ¿Solamente de su infancia, o esconde algo más? ¿Será algo lo suficientemente grave como para que él no se lo cuente ni siquiera a su diario?

Un poco abrumada cierra el diario y suspira. Va a la cocina, se sirve un vaso con leche y vuelve a su habitación para continuar con su búsqueda, no puede darse por vencida. Es entonces que abre el diario en una página al azar y, milagrosamente, aparece una entrada que le proporciona un poco más de información. Es una entrada reciente.

“14 de febrero

Cada martes 13 la gente cree que pueden pasar cosas terribles, es entonces el momento perfecto para darles la razón y asegurarse de que todo lo que ocurra sea horrible. Hoy la gente estuvo como loca en las calles. Vendí muchísima mercadería en la ferretería, vendí mucho más de lo que acostumbro vender. Es como si hubiera hecho un pacto con el demonio.

Es difícil saber si uno está haciendo las cosas correctas cuando a tu alrededor solamente hay maldad. Eso fue lo que me ocurrió a mí siempre. Quería ser una buena persona, todavía quiero serlo, pero las situaciones de mi vida nunca me permitieron diferenciar los actos buenos de los malos. A veces creo que soy el ángel guardián de la gente que me rodea, a veces creo que estoy poseído por el demonio. Este último pensamiento me aterroriza.

Todo empezó un martes 13, me acuerdo muy bien porque esa mañana mi madre nos despertó diciéndonos que tuviéramos muchísimo cuidado porque era un día de mala suerte en el que todo lo malo podría ocurrir. Al escuchar sus palabras yo pensé que no tenían sentido, pues cosas malas nos pasaban casi todos los días. A mi hermana la habían violado unos pocos días antes, y si eso no era algo terrible, no sé qué cosa podría serlo. Luego lo entendí.

Antes de intentar contar la historia sobre aquel martes 13, creo que me detendré a recordar algunos de los terribles sucesos que me hicieron pensar ese día que ya era suficiente y que nada más debía volver a pasarnos. Más o menos tres años antes de aquel horrible día mi padre asesinó a nuestra media hermana frente a nosotros, todo porque ella no era digna de vivir en la casa por no ser hija suya. No recuerdo si unos meses antes o después de aquel suceso mi padre golpeó a una vecina, todo porque había ido a visitarnos. La mujer era muy anciana y débil, por lo que, después de la golpiza, tuvo que estar internada varios días en el hospital. Nunca más la volvimos a ver por el barrio. Tengo que recordar también el día que mi padre golpeó tanto a mi hermano Mike que este se desmayó y no logró recuperar el conocimiento hasta varias horas después. Y, por si eso no fuera suficiente, también puedo pensar en el día en el que mi madre se emborrachó sola en casa y, por los efectos del alcohol, salió desnuda a la calle. Cuando mi padre llegó, también borracho, le rompió el brazo. Y, claro, cómo olvidar la violación de Christina. Ella tenía apenas ocho años en aquel tiempo, era una criatura. Llegó a la casa con el pantalón completamente ensangrentado y chillando de dolor. Mi madre estaba con alguna pastilla que no le permitía pensar y fue entonces que tuvimos que llevarla, yo y Mike, al doctor. En el hospital nos echaron la culpa, creyeron que nosotros seríamos capaces de hacerle ese terrible daño a nuestra pequeña hermana. ¿Si esos sucesos no eran terribles, qué más podría serlo?

Aquel martes 13 en la noche me di cuenta de que uno nunca ha caído lo suficientemente bajo. Aquel martes actué como un ángel, o quizá como un demonio. Cada vez que lo recuerdo me gusta pensar que era Dios quien me hablaba y me rogaba que hiciera lo que hice, aunque a veces me convenzo de que fue entonces que comencé a perder la cordura.

Ya estaba harto de todo, cansado de mi vida, hastiado de mi padre y de sus golpizas y gritos. Esa noche llegó más borracho que de costumbre junto a una mujer. La mujer era

gorda y vulgar, además de tener una voz fuerte y horrible que espantaba a cualquiera. Mi madre, convencida de que ese día sería malo, se había emborrachado sola. La mujer comenzó a golpearla burlándose de ella, mi padre se reía de la escena y fue entonces que yo me entrometí. Le grité, ya no recuerdo qué fue lo que le dije, pero él se enfureció y comenzó a golpearnos a mí y a mi madre. La mujer gorda salió de la casa aturdida por la situación. Yo trataba de luchar contra mi padre, pero no era lo suficientemente fuerte como para aplacar la rabia con la que nos pegaba en ese momento. Él enloqueció y me encerró con llave en la habitación que compartía con Mike para golpear tranquilamente a mi madre. Mis hermanos salieron a la sala y se pusieron a llorar, por lo que también comenzó a darles golpes a ellos. No sé de dónde saqué fuerzas para lanzarme contra la puerta y derribarla, pero lo hice. Corrí a la sala y, sin saber qué más hacer, saqué alcohol del baño, los fósforos de la cocina, corrí hacia mi padre para darle una patada y le prendí fuego. Mi madre y mis hermanas corrieron fuera de la casa.

Nunca había podido recordar con tanta claridad ese día, hasta ahora que también fue martes 13 y salí de casa...

La imagen de mi padre en llamas se grabó para siempre en mi memoria. Cada vez que la visualizo siento algo de placer y, a la vez, un extraño remordimiento.

No recuerdo muy bien qué fue lo que ocurrió después. Creo que fueron los bomberos a ayudarnos y el tío Richard apareció. No puedo recordarlo con precisión.

Desde entonces, cada martes 13, pienso que la gente está predispuesta a empeorarlo absolutamente todo. Las personas son malas y esa maldad es lo que las hace temerosas.

Solamente confío en Grace. Ella es un verdadero ángel. Quisiera contarle toda la verdad, decirle absolutamente todo, pero estoy muy seguro de que nunca me perdonaría. No podría aguantar el hecho de que maté a mi propio padre."

Grace se queda impávida después de leer esa entrada, no puede creerlo. Simplemente no puede creerlo. Nunca imaginó nada de lo que leyó. Ni siquiera conoció a Mike ni a Christina. ¿Por qué su marido nunca se los habría presentado? ¿Habrían sobrevivido a aquel incendio? ¿Cómo habría sido capaz? ¿Cuánto habría sufrido antes de asesinar a su padre? Siente una mezcla de lástima y repulsión hacia su esposo. Lástima por todas las cosas que tuvo que pasar y repugnancia por el hecho de que tuvo el coraje para prenderle fuego a su padre. Quiere llamar a María para desahogarse, pero sabe que no tiene sentido, que no podría contarle tantas cosas.

Charles y Logan siguen charlando en el café La rose. Charles le cuenta sobre lo extraña que anda últimamente Grace y Logan le aconseja que hablen con sinceridad, que se digan todas las cosas que les molestan. Se les pasan las horas y, al notarlo, ambos se preocupan por llegar demasiado tarde a sus hogares. Piden, entonces, la cuenta y se van.

Logan está feliz porque al fin tiene los datos completos de su sospechosa principal: Audrey Kinsley. Ahora tiene que investigarla solamente a ella y ver qué es lo que hace día a día. Camino a su departamento le pregunta una vez más a su amigo si es que de verdad no tiene ningún tipo de relación con ella y él vuelve a contestarle, un poco molesto, que no.

Charles llega a casa y encuentra a Grace dormida, por lo que se acuesta a su lado, le da un beso en la frente y se duerme.

En realidad, Grace solamente está fingiendo estar dormida porque no quiere tener ningún tipo de conversación con su esposo. Sigue pensando en las cosas que leyó y en todas las incertidumbres nuevas que aquellas cosas le trajeron. Necesita más tiempo para leer el diario. No es una tarea fácil, pues, con cada dato nuevo se siente golpeada y un poco traicionada. Definitivamente su esposo no es la persona que ella creía que era. Ahora, además de sentir lástima y un poco de repugnancia por él, siente también miedo. ¿Qué tal si, en realidad, su esposo fuera un psicópata?

Capítulo XVII

Logan está dispuesto a ir hasta la casa de Audrey Kinsley para investigarla un poco. Cree prudente seguirla por las noches, ya que en el trabajo no le permiten salir para realizar su propia investigación respecto a los homicidios. Su jefe dice que aún carece de pruebas y que, dado el tiempo que le está tomando, es mejor que no continúe y que se concentre en los casos que llegan todos los días. Cada vez que la ve en la puerta, ella está acompañada de alguna amiga o de algún hombre. Siempre la ve junto a tipos bastante mayores que ella. María sabe sobre la investigación de su esposo y cada vez que este vuelve a casa le pregunta cómo le fue, para ver si es que así confirma las sospechas que tienen respecto a que la muchacha es también amante de Charles.

Una noche, mientras Logan está estacionado frente al edificio de la muchachita, comienza a sentirse observado. Mira todas las ventanas de los alrededores y solamente ve algunas de las luces encendidas, nadie se asoma. Observa con atención las ventanas de los costados de su automóvil y nota que no hay nadie que lo mire desde afuera. Entonces, suspira y acomoda el retrovisor para ver por él. Se da con la sorpresa de que Charles anda corriendo por ahí. Sonríe y baja del vehículo. Cuando su vecino lo nota se sobresalta y lanza un grito, casi mudo, de horror.

—¡Logan!

—Charles, te encontré —le dice guiñándole el ojo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta nervioso.

—Acércate y te cuento sobre mis investigaciones.

Charles obedece y se sube al automóvil de su vecino. Logan está muy entusiasmado y se le nota en el rostro.

—Cuéntame —le pide Charles recobrando el aliento.

—¿Vienes hasta aquí a correr?

—Algunas veces, Logan. Es un lugar bastante tranquilo, por eso me gusta.

—¡Me parece excelente que te ejercites! —afirma Logan poniéndole una mano sobre el hombro a su amigo.

—Ahora cuéntame —reitera Charles.

—Esta bien. Audrey Kinsley vive en este edificio. La he estado observando la última semana. ¿Sabes? Parece una chica muy normal.

—Seguramente que así lo parece.

—Pero he notado algo extraño en ella.

—¿En serio? —pregunta Charles.

—Sí. Cada vez que la veo acompañada de algún hombre me doy cuenta de que este es bastante mayor que ella. Y todas las veces que vine la encontré acompañada.

—¿Ella te vio?

—No. Es una chica un poco distraída. Es muy amigable. Creo que por eso seduce a tantos hombres.

—Sí. Y seguramente también por su físico.

—Indudablemente, amigo. Es una mujer bastante hermosa.

Justo en ese momento la muchacha sale a la puerta de la calle acompañada de un hombre que tiene alrededor de cincuenta años. Ella está bastante despeinada y el tipo se sube la bragueta. Ambos sonríen con cierta malicia.

—Sabía que no se contentaría solamente con un amante —afirma Charles.

—Es el tercero que veo hasta el momento —le cuenta Logan.

Los dos se quedan mirando a ambas personas en silencio. Entonces Logan vuelve a compartir sus pensamientos con su amigo.

—¿Sabes? Hay algo que me hace pensar que la asesina no es ella.

—No seas piadoso, Logan. Esa mujer está mal de la cabeza, hay que admitirlo.

—Es que... Al parecer su vida social es muy activa, no creo que, entre los estudios, los amantes y sus amigas, le sobre el suficiente tiempo como para planear asesinatos.

—Probablemente tiene alcahuetes, Logan.

—Es posible. Pero me parece un poco irreal.

—Así funcionan las mentes enfermas —dice Charles con un tono serio.

—No creo que esté enferma. Pienso que, simplemente, es muy sociable. Nunca vi a ningún tipo con facciones que correspondan a una fisionomía antisocial saliendo de aquí.

—¿Entonces, Logan? —pregunta Charles con preocupación—. ¿Si tu sospechosa principal, Audrey Kinsley, fuera inocente, volverías a sospechar de Gloria?

—Eso tiene menos sentido, hombre. Gloria no tendría razones para matar a tanta gente. Además, vive algo lejos. Hace tiempo que la borré de mi lista de sospechosos.

—¿No quieres seguir espionando a Audrey? —pregunta Charles—. Es que no me parece una persona de fiar.

En ese momento la muchacha mira el automóvil estacionado y, al notar la presencia de dos hombres, les sonríe coquetamente. Definitivamente, no tiene idea de nada de lo que se sospecha sobre ella.

—¿No la ves? Ni siquiera tiene la menor idea de quiénes somos. Si fuera ella la responsable, ya me hubiera reconocido. ¿O es que es tu amante?

—¡No! Nunca hablé si quiera con ella.

—Nos está mirando seductoramente —afirma Logan con seguridad. —Nos está coqueteando, Charles. Ella no puede ser culpable de las cosas que suceden en mi hogar; quizá sí de los asesinatos.

—¿Entonces quién, Logan?

—No lo sé, amigo —confiesa Logan con resignación y lanza un suspiro—. ¿Te llevo a casa? ¿O prefieres seguir corriendo? —le pregunta a su vecino.

—Llévame. Estoy un poco cansado. Creo que me excedí hoy.

—Sí. Aún te ves sudado —le dice Logan con una gran sonrisa en el rostro.

Llegan al edificio en poco tiempo y se despiden en el pasillo de su piso, entonces cada uno entra a su departamento. Cuando Logan entra a la casa, Kate ya está dormida y su esposa lo espera con la cena lista. Él le da un beso y ella le pide que le cuente qué más averiguó. Su marido le comenta sobre su encuentro con Charles, ella se muestra impávida, pero, en su interior, comienzan a formarse muchos interrogantes.

Charles entra muy cansado al departamento. Chris ya está dormido y Samantha sigue peleando con su madre porque no quiere dejar de ver televisión. La pequeña es persuadida por un solo grito de su padre de irse a la cama y no molestar más. Luego se dirige hacia la habitación matrimonial para ponerse el pijama. Grace va detrás de él. Entonces, Charles abre su cajón de calcetines y comienza a protestar.

—¿Grace! ¿Viste una llave por aquí?

—No, amor. Sabes que no toco tus cajones —le responde sin mirarlo a los ojos.

—Es que... —dice Charles revolviendo la ropa—, no la encuentro y yo la dejé aquí hace unas semanas.

—¿Qué hacía una llave en tu cajón de ropa? —pregunta Grace tratando de cambiar de tema.

—Es una llave especial que quería ocultar de los niños —afirma él con un tono firme—. Hay cosas que los chicos no pueden tocar en esta casa.

—Podías guardarla en un lugar menos caótico.

—¿Grace! ¡No la encuentro! ¿De verdad no sabes dónde está?

—No. No lo sé —miente ella.

Él se aleja resignado de su cajón de calcetines, se lanza sobre la cama y se quita los zapatos. Se ve muy nervioso a pesar de su resignación. Grace se acuesta sin prestarle demasiada atención. Es entonces que él vuelve a protestar una vez más.

—Espero que ninguno de los niños haya encontrado la llave. Tú estás aquí todo el día, eres quien los controla.

—No lo sé, Charles. A veces salgo y dejo a solas a Chris. Pregúntale a él sobre tu llave.

Enojado se quita toda su ropa deportiva y, a diferencia de otras veces, la deja al pie de la cama. Se acuesta y le toma mucho trabajo dormir, pues se queda pensando en las posibilidades de que uno de sus hijos tomara su diario. Le parecen catastróficas. Se duerme con la esperanza de haber movido él mismo la llave para esconderla en otro lugar.

En la madrugada, María manda un mensaje de texto a Grace contándole que Logan se ha encontrado con Charles corriendo muy cerca de la residencia de la tal Audrey Kinsley.

Capítulo XVIII

María, afectada por su encierro en casa, decide ir de visita a Cheverdale unos días junto a Kate. Invitan a Samantha, para que la pequeña no se sienta muy sola. Una amiga las alojará en su casa. Al día siguiente de la partida de su familia, Logan se ve con más tiempo libre que de costumbre, pues está solo en casa, así que decide lavar su automóvil. Baja al garaje con una cubeta y un trapo, pero apenas enciende el interruptor de luz el foco se quema. Sube a su departamento para coger una linterna y tratar de arreglar el problema. Vuelve a bajar con la linterna y escucha pasos que se aceleran a medida que él se acerca al garaje. Busca, con la linterna, la procedencia de los pasos con mucho nerviosismo, tiene miedo de encontrarse con la persona que entra a su hogar para causarle daño, pues está desprovisto de armas.

—¿Quién anda ahí? —pregunta sin obtener respuesta. Sus manos sudan—. Soy policía y estoy armado. ¿Quién anda ahí? ¡Responda!

Los pasos cesan y absolutamente nadie le dice nada. Logan avanza lentamente por el garaje del edificio, esperando encontrarse con un hombre enmascarado. Es entonces que un ruido muy fuerte lo sobresalta. Lanza un grito de terror y entonces vuelve a escuchar los pasos que, esta vez, sigue. Cuando llega a las gradas que conducen a la planta baja se da cuenta de que ha perdido a la persona que sigue. Trata de alcanzarla con el ascensor, que, supone, es más rápido que una persona. Entonces, cuando llega a la entrada nota unas huellas de zapatillas. Las mide con su pie y les toma una fotografía con su celular.

Vuelve a su hogar muy asustado. Definitivamente alguien lo está buscando para hacerle daño y, lo peor, es que esa persona sabe dónde vive. A pesar del pánico que siente, enciende la computadora y se pone a trabajar, pues necesita hallar una solución rápida y en la oficina no le van a creer, pues cada vez que habla de sus propias investigaciones o de los atentados contra su vida, el jefe lo regaña y le pide que se concentre en casos reales. Enciende la computadora e introduce en una búsqueda de Google las huellas de las zapatillas que fotografió. Encuentra rápidamente el modelo y la marca. Busca en su memoria aquel tipo de calzado y, de pronto, se le viene a la cabeza haber visto a un hombre con esa vestimenta. Sonríe y suspira un poco aliviado.

Con un nuevo sospechoso en su lista se acuesta satisfecho y se duerme rápidamente.

A la mañana siguiente le cuesta un poco abrir los ojos. Ha soñado que lo mataban y eso le ha impedido un buen descanso. Decide que es tiempo de tomar cartas en el asunto y comentarle a su jefe sobre sus nuevas sospechas. Tiene que escucharlo al menos.

—Jefe, le habla Logan Clarks.

—Hola, Logan. ¿Te encuentras bien? Ya casi es hora de que entres al trabajo.

—Estoy de maravilla, señor.

—Me alegra muchísimo. Esperamos tu entusiasmo en la oficina.

—Le tengo novedades. Estuve investigando por cuenta propia...

—¿Qué?

—Que estuve investigando por cuenta propia al culpable de tantos asesinatos y creo que tengo pruebas suficientes sobre cierto sospechoso...

—Ven rápido, Logan. Te dije que dejaras esa investigación.

Cuelga el teléfono y va resignado a trabajar. Cuando intenta hablarle del tema a su jefe, lo encuentra de muy mal humor. No acepta ver las investigaciones de Logan.

Esa noche Logan llega a casa con una mezcla de rabia y de placer. Es verdad que en la oficina no le creen, pero él tiene el presentimiento de que, si recolecta absolutamente todas las pruebas y atrapa, por su cuenta, a la persona en cuestión, todos tendrán que, al menos, prestarle atención. Se sienta en su sillón y se da cuenta de un pequeño cablecito que se deja ver detrás de uno de los muebles del comedor. No lo toca. Está muy susceptible últimamente, sobre todo después de lo sucedido la noche anterior.

Charles y Grace se han distanciado un poco en los últimos días. Ella ya no confía mucho en su marido y él se ha vuelto más hermético, por lo que la comunicación entre ambos es, cada vez, más escasa y complicada. Ella piensa que él se está viendo con otra mujer, con la tal Audrey Kinsley. Él está un poco susceptible por la llave. Ya van varios días sin encontrarla y, a pesar de que no ha hecho el esfuerzo suficiente para buscarla, se siente muy nervioso.

Logan, que estaba un poco triste en su casa, decide pasar por su vecino y llevarlo a tomar unas cervezas al departamento, pues está vacío. Toca el timbre. Abre Charles.

—¡Logan! ¡Qué sorpresa! ¡Qué te trae por aquí? —pregunta con cierto desganado.

—Vine a sacarte un rato. Quisiera tomarme una cerveza contigo, ya que mi mujer y mi hija salieron de viaje.

—Claro que sí —afirma Charles mientras mira a Grace saliendo de la cocina—. Iré con Logan por unas cervezas —le dice.

—Está bien. No vuelvan tarde —dice ella con un tono cortante.

—Regresará temprano, querida Grace —interviene Logan—. Estaremos al frente.

—Qué les vaya bien —dice ella sin mucha emoción.

Los dos hombres van al departamento del frente en completo silencio. No ha sido un buen día para ninguno de los dos.

Grace, inmediatamente, va a la habitación matrimonial, abre el cajón y se da cuenta de que el diario no está ahí adentro. Se enoja y comienza a buscarlo por toda la habitación.

Logan, como siempre, es quien rompe el silencio.

—¿Cómo has estado, Charles? ¿Cómo van las cosas con Grace? —pregunta con cierta timidez—. ¿Hablaste con ella sobre lo distantes que estaban?

—No. No lo hice. La situación está complicada —afirma él.

—Es difícil, hombre. Pero tienes que intentarlo.

—Lo sé..., lo sé. ¿Cómo te va con María?

—Estamos mucho mejor desde hace varios días. Ya no me preocupa nuestra relación. ¿Sabes? Me preocupa ella.

—¿Ella? ¿Por qué?

—Ya sabes. Está sin trabajo y eso la tiene bastante frustrada. —Logan se queda cabizbajo pensando en su esposa—. Creo que le hará bien visitar a su amiga en Cheverdale. Necesita despejarse un poco. Además, después de todas las historias que Gloria le contó sobre el lago, dudo que sea muy grato para ella estar aquí, debe sentir miedo.

—Pobre, María.

Charles bebe lo último que queda de cerveza en la lata que tiene en la mano para taparse la boca, no sabe qué más decir.

—Tienes que hablar con tu esposa —le dice Logan en tono amigable.

—Sí —afirma él con un tono seco y cortante. Mira fijamente a su amigo.

—En serio.

—Lo haré. —Mira su lata vacía y vuelve a mirar a su amigo—. ¿Tienes más cerveza como prometiste, Logan?

—Claro que sí. Está en la nevera —le dice Logan con una sonrisa en el rostro—. Ve a buscar una para ti y otra para mí, por favor.

—Está bien. Ya vuelvo.

Charles se pone de pie y camina hacia la cocina.

Grace se desespera. Necesita seguir leyendo el diario. ¿Qué es lo que le esconde su marido? Se siente traicionada. Chris entra a la habitación de sus padres y ve que todo está desordenado. Su madre se sobresalta y voltea a mirarlo. Él no pregunta nada, solamente busca un cuaderno de la escuela que había olvidado ahí y se retira.

Logan se da cuenta de que su amigo está tardando demasiado en la cocina.

—¿Charles? Te estás tardando mucho, hombre. Ven para acá que te tengo buenas noticias que aún no te he contado.

—Ya voy, Logan. Espérame un momento —dice él mientras se acomoda bien los botines que lleva puestos.

—Pensé que te habías quedado dormido —dice Logan con una sonrisa cuando lo ve acercarse con las cuatro latas.

—Perdóname, me estaba amarrando los zapatos.

—Se te hizo difícil, ¿verdad? —dice Logan en tono burlón.

—Toma, bébete una cerveza —le dice a Logan pasándole una de las latas. Las otras las pone sobre la mesa.

—Gracias, hombre. Pero tranquilízate que tienes que escuchar mi historia antes de emborracharte. Además, cuidado con que tu mujer te vea en mal estado.

—Cuéntame tu historia.

—Atrapé al asesino de Syd. —Charles mira incrédulo a Logan, con los ojos bien abiertos y los labios contraídos—. ¿Qué sucede, hombre? ¿No me crees? Quitá esa cara de sorprendido. Alégrate por mí. —Pero Charles no puede mover ni un solo músculo—. Se trata de un antiguo enemigo de Syd.

—¿En serio? —pregunta Charles incrédulo.

—Sí. Un tipo que había conocido en la secundaria y con quien tenía una terrible enemistad. Lo conocí el año pasado, cuando vinimos a visitar a Gloria.

—¿Vinieron? ¿Por qué no nos conocimos?

—No lo sé —dice Logan alzando los hombros—. Pero lo importante, querido Charles, es que ya tengo a un nuevo sospechoso y creo que con este tipo no me equivoco.

—Es increíble que lo hayas encontrado, Logan —dice con una sonrisa.

—Lo sé, lo sé. Brindemos.

Es así que ambos se terminan, casi de golpe, las latas de cerveza que tienen en las manos. Después se quedan conversando sobre trivialidades. Charles le pide a su amigo, un par de veces, que le cuente cómo fue que halló a ese sospechoso, él le dice que no quiere hablar de ese tema, que solamente quiere brindar. Se quedan varias horas conversando y bebiendo cerveza. Entonces, cuando están un poco ebrios, el señor Peterson le pregunta a Logan el nombre del sospechoso y él le dice el nombre de un tipo que Charles no conoce. Después de eso siguen festejando.

Ya entrada la madrugada, Charles vuelve a su hogar. Está un poco mareado, pero muy contento. Cuando entra a su departamento encuentra a Chris jugando videojuegos, le da un beso en la frente y le dice que se acueste, que ya es muy tarde. Él le hace caso. A su mujer la encuentra llorando amargamente.

—¿Qué pasó, mi amor? —le pregunta mientras cierra la puerta de la habitación y se le va acercando. Ella no contesta—. ¿Grace? ¿Mi amor?

Su tono es dulce y comprensivo. Ella no deja de llorar.

—¿Grace? ¿Qué sucede?

—¡Eres un idiota, Charles!

—¿De qué me hablas? —pregunta él asombrado.

—¡Dime la verdad!

—¿Sobre qué?

—Sobre Audrey Kinsley.

Charles se sienta al pie de la cama y comienza a frotarse la cabeza. Su mareo no le permite ordenar bien sus ideas.

—¡Amor! —le dice con dulzura—. No tengo ojos para otra mujer que no seas tú —le dice y le extiende la mano para que ella se acerque. Ella no hace caso, pues sigue llorando.

—¡Dime la verdad!

—No salgo con esa mujer. Y no me cansaré de decírtelo. No tengo ojos para otra mujer que no seas tú.

—No te creo.

—Por favor, mi vida.

—¿Cómo sabías su nombre y que era ella la amante de Syd? —pregunta enojada Grace—. ¿Y por qué Logan te encontró merodeando cerca al departamento de esa chica?

Charles se queda mirándola con los ojos bien abiertos. Ella lo mira inquiridoramente. Está furiosa. Ninguno de los dos dice absolutamente nada. Se quedan en silencio absoluto.

—¿Son verdaderas mis sospechas, Charles? —pregunta ella con desdén.

—¡Tranquilízate! Por favor. Hablemos mañana —dice él mientras se pone el pijama y se mete bajo las sábanas. Grace no deja de llorar, pero no insiste más.

A la mañana siguiente, Charles despierta completamente solo. Lanza un suspiro de resignación y se levanta de la cama. Encuentra a su esposa durmiendo en la habitación de Samantha. Trata de saludarla con un beso, pero ella lo esquiva.

—Lo sé todo, Charles.

Él la mira sin objetar nada. No sabe cómo convencerla.

Capítulo XIX

Logan despierta algo mareado, pero muy contento. María y las chicas llegarán dos días después, así que él seguirá solo y podrá continuar con su trabajo sin intromisiones. Ahora tiene todo el tiempo para concentrarse.

Esa mañana, inevitablemente, Charles debe ir a la ferretería a trabajar. Chris pide permiso para ir a jugar fútbol con sus amigos, sus padres lo dejan. Grace, a las nueve de la mañana, al verse completamente sola, vuelve a revisar la habitación para probar suerte. No encuentra en ninguno de sus recovecos el diario de su marido. Es así que decide continuar su búsqueda en el resto del departamento. Está completamente sola y nadie la interrumpirá.

Se pasa más de una hora levantando y moviendo muebles. Encuentra un celular antiguo que Chris creía haber perdido, encuentra una muñeca de trapo de Samantha, algunos tornillos, pero no el diario. Va hacia la cocina, cree que es probable que lo encuentre en ese lugar. Antes de entrar mira en el piso un cuchillo para cortar carne. Nota que está muy filudo y se horroriza, pero, después de levantarlo y ponerlo sobre la mesa, continúa su búsqueda.

Finalmente halla el diario detrás del tacho de basura. Tiembla con él en sus manos y comienza a llorar. Después toma asiento, busca la última entrada leída y empieza a leer la siguiente.

“17 de febrero

Todo empeora, todo da vueltas y vueltas, y cada vez me siento menos seguro de estar haciendo las cosas correctamente. Alguna vez creí estar seguro de hacerlo todo bien, pero últimamente el remordimiento le gana a mi autoestima y me siento encerrado en un callejón sin salida.

Mis paranoias crecen cada día más. Es difícil de explicar y me cuesta mucho poner en orden mis pensamientos. Pero empezaré diciendo que Grace ha estado diferente conmigo, las cosas ya no son iguales. La Grace con la que me case era una mujer sumisa y muy tranquila, pero algo ha ocurrido este último tiempo que la ha hecho cambiar mucho. No sé si se trata de cosas que yo estoy haciendo, o si se trata de su nueva amiga: María. Ella es una buena persona, pero se la nota mucho más fuerte y decidida que a Grace. Quizá es ella quien le mete ideas en la cabeza. Ya no sé cómo recuperar a la mujer con la que me casé. Es decir, no es que me disguste la nueva Grace, solamente que la siento más distante de mí que a la anterior y eso me duele bastante.

Mis hijos crecen y siento que no soy un buen padre. Chris ya va a cumplir catorce años y todavía no le he dado la famosa charla que todos los padres deben darles a sus hijos. Mi Sami crece llena de energía y felicidad, sin embargo, yo no estoy ahí para ella todo el tiempo. Hace unas semanas me preguntó por qué salía a correr tan tarde y yo me quedé completamente mudo. ¿Qué debería decirle? Ella es muy inteligente y se da cuenta de que algo no va bien, se da cuenta de que no es normal que tu papá se ausente en las noches mientras tu madre te hace dormir. Creo que los defraudo todo el tiempo.

Pero lo que de verdad me molesta es que no soy un buen hombre. Creí que podría serlo, pero no estoy ni cerca de eso. Miento, todo el tiempo miento. Le miento a Grace, les miento a mis hijos y me miento a mí mismo. Las cosas que hago no pueden ser buenas, no son acciones que un ser humano realice en su sano juicio. Creo que de verdad estoy enfermo, y no lo digo por mi salud física, sino por mi estado mental. Ya no me reconozco frente al espejo después de hacer ciertas cosas. Me siento terrible.

Maté a mi padre y no sé si realmente puedo perdonarme eso. Lo odiaba muchísimo, es verdad, y no lo odiaba solamente yo, sino que también mis hermanos lo aborrecían e incluso, quizá, también mi madre, pero matar a alguien es un acto realmente terrible. Maté a mi padre y me odio por haberlo hecho. Recuerdo sus gritos, recuerdo la ira que sentía mientras le echaba alcohol y recuerdo el placer desgarrador que sentí en mi estómago cuando le

lancé el cerillo. Cuando lo vi incendiarse me di cuenta de lo que estaba haciendo y fue entonces que todo se desvaneció. No recuerdo más.

Ayer en la noche, Logan, mi nuevo amigo, me mencionó sobre las sospechas que tenía de mí. Me dijo que creía que estaba saliendo con Audrey Kinsley. Cuando la mencionó, la imaginé igual de horrible que las mujeres que mi padre llevaba a casa en las noches, esas mujeres horribles a las que les tocaba los senos y a las que besaba con el aliento asqueroso que le dejaba el alcohol. ¡Qué mujeres más horribles! Audrey Kinsley no es tan vulgar como ellas, pero cuando Logan me la mencionó la visualicé así. Él no hallaba otra explicación a que yo conociera a esa muchachita. Tuve que mentirle. Le dije que la había visto unas cuantas veces de la mano de Syd. ¿Qué más podía decirle?

Hoy no fui a trabajar y eso hace que me sienta mucho peor. Soy un inútil.”

Grace llora después de leer aquella entrada. Al parecer todas sus sospechas son reales y Charles sale con Audrey Kinsley. No comprende las razones por las que no le cuenta a Logan la verdad, pero presiente que él quiere dejar la menor cantidad de rastros posibles.

Logan Clarks, mientras tanto, está en el trabajo. A diferencia del día anterior, hoy se encuentra muy feliz y decidido. Sus compañeros lo notan y piensan que se trata de otra de sus ocurrencias. No le preguntan nada, a excepción del hombre calvo que le contó sobre las leyendas de Wicked Lake. El señor Clarks le dice que está de buen humor porque así despertó y porque la noche anterior pasó una bonita velada junto a un amigo muy querido. No le dice absolutamente nada sobre las pistas encontradas, pues sabe que en la policía ya no lo toman en serio.

Grace, en su cocina, se seca las lágrimas y busca valor para volver a abrir el diario de su esposo.

“18 de febrero

Es de madrugada y siento que no puedo seguir más con mis mentiras. He dormido todo el día, me he despertado en la noche, he escrito un poco y ahora no sé qué más hacer para pasar el tiempo. Se me ha ido el sueño, no voy a poder conciliarlo, es imposible.

Siento que voy a morir si sigo escondiendo las cosas. Ya no puedo más. No sé qué hora es, pero todos en casa duermen, incluso Grace que, amorosamente, ha estado atenta a mí todo el día. La amo muchísimo. En fin, todos duermen y yo estoy en la cocina, el lugar más alejado de las habitaciones. Creo que ahora sí me siento lo suficientemente libre como para contarle absolutamente todo.

Empezó con mi padre. Absolutamente todo empezó con mi padre. A veces creo que no tenía otra alternativa, tenía que matarlo, pues si no lo hacía él hubiera matado a mi madre y quizá a mis hermanos. Sé que puede sonar como un simple y burdo consuelo, pero si no hubiera actuado como actué aquel día tal vez ni siquiera podría estar escribiendo estas páginas... Siento que eso hubiera sido mejor.

No recuerdo mucho de los primeros meses que viví con el tío Richard; cuando intento pensar en esos tiempos solamente me viene a la mente su voz áspera regañándome cuando me alteraba y peleaba con hombres que no conocía. Y es que, después de aquella horrible escena, sentí que no había terminado de aplacar la rabia que llevaba acumulada dentro de mí por tantos años. Cualquier actitud parecida a la de mi progenitor me hacía perder los estribos y entonces me ponía muy violento. Creo que golpeé a un par de hombres en aquella época, aunque no estoy seguro de haberlo hecho o haberlo imaginado. Mi tío no me dejaba hacer ninguna atrocidad.

Luego murió mamá. Yo había empezado a trabajar en la ferretería del tío Richard, ganaba un poco de dinero y podía ir al cine con algún amigo o entretenerme yendo a jugar bowling. Sentía que mi vida, y la de mi familia, habían mejorado y, al fin, habían tomado un buen camino; pero me equivoqué. Estaba tan ocupado aprendiendo a atender la ferretería y disfrutando de mi nueva vida que no me di cuenta de que mi madre se había vuelto

alcohólica. Ella nunca fue agresiva, por lo que no causaba daños cuando bebía, pero se deprimía mucho. No me enteré de eso hasta la tarde en la que llegué a casa y la hallé ahogándose con su propio vómito. Había estado bebiendo y aquel día se le pasó la mano. Mike me contó que no sabían cómo alejarla de la bodega del tío Richard.

Los años pasaron y mi tío me enseñó a controlar mis impulsos violentos. Simplemente me enfurecía ver que alguien se comportaba como mi padre. Me enfermaba, por ejemplo, cómo trataba el director de mi escuela a su esposa. Le gritaba todo el tiempo y, por si eso fuera poco, me enteré de que la engañaba con una de las chicas de la secundaria. Después de la muerte de mi tío investigué a ese hombre, pues lo había soportado muchos años, lo encontré y lo convertí en mi segunda víctima. Después de matarlo vi la sangre en mi pecho y me sentí horrible. En ese entonces ya salía con Grace y pensé que tenía que contárselo. Al final no me animé a decirle absolutamente nada. Tal vez haberlo hecho hubiera cambiado mucho el curso de mi historia.”

Grace no puede soportar el golpe. Es demasiada información. Su marido es un loco, un depravado, un asesino. Lloro sin consuelo con la cabeza entre las manos, siento que su pecho va a estallar.

Charles, en la ferretería, se siente muy solo y triste. No sabe cómo explicarle a su esposa que no le es infiel, que nunca lo ha sido y que nunca lo sería. Entran algunos clientes que atiende con desgano. Hoy olvidó su diario. En todo el caos lo olvidó. Suerte la suya la de haberlo cambiado de sitio, temía que su esposa leyera algo.

La señora Peterson decide dejar de leer el cuaderno, pues no quiere enterarse de nada más. Sabe que lo que leyó le basta y le sobra para divorciarse de su marido. Deja el diario en el lugar en el que lo encontró y comienza a ordenar todo el departamento.

Se distrae un rato, pero termina antes del mediodía, por lo que se va al parque hasta que Chris regrese. Cuando su hijo mayor vuelve a casa, almuerzan y él, nuevamente, le pide permiso para salir; esta vez irá a la casa de un amigo para ver películas. Ella accede.

Grace vuelve a tomar el cuaderno de su esposo porque se da cuenta de que necesita saber más. Abre la siguiente entrada.

“19 de febrero

Tardé unos meses más en volver a matar a otro hombre. El siguiente fue un tipo que frecuentaba la ferretería y que siempre llevaba a su hija adolescente, vivían solos porque su esposa había fallecido en un misterioso accidente. Corría el rumor, entre los vecinos de la zona, de que el tipo había matado a su mujer y que se tiraba a su hija, sometiéndola. Una noche me paré frente a su casa y escuché gritos de él y de su hija, luego lo vi salir borracho y furioso. Me abalancé sobre él y le quité la vida con una estaca puntiaguda que me había fabricado. Después me enteré de que su hija no era violada, como la gente decía, sino que era, simplemente, una adolescente malcriada. La madre se había suicidado. Me arrepentí muchísimo y decidí que, desde entonces, investigaría mejor a mis víctimas.

No recuerdo bien cuándo sucedió la siguiente vez. Creo que ya estaba casado con Grace, no estoy muy seguro. Pero de lo que sí estoy seguro es de que a la cuarta vez le siguió una quinta, a esa una sexta y así me fui convirtiendo en el asesino repugnante que soy ahora. Mi esposa es una mujer muy bondadosa y su corazón no admite la maldad, por lo que me es muy fácil mentirle, aunque eso me hace sentir realmente horrible. Le digo que voy a correr, que necesito relajarme, estirar las piernas. Al menos le digo una cosa verdadera, sí voy a estirar las piernas, pero no las mías, sino las de tipos despreciables. Creo que solamente me queda eso como consuelo, que los tipos a los que mato no merecen estar vivos.

Yo maté a Syd. No lo aguantaba. Gloria es una mujer encantadora, tal vez es un poco extraña y hermética, pero eso no le quita que sea muy amable. El tipo le gritaba todo el tiempo y además salía con Audrey Kinsley, una chica de veintidós años que tiene como pasatiempo principal salir con hombres que le doblen la edad y que, de preferencia, sean

casados. Debo admitir que es una mujer muy atractiva, pero tonta. Todavía es joven y no se da cuenta de lo que hace, no se da cuenta de cómo arruina su vida. ¿Cómo la investigué? Eso es de lo más fácil que he hecho. Los universitarios siempre te cuentan todo sobre sus compañeros, les encanta revelar información ajena. Fue una de sus supuestas mejores amigas quien me contó todo, solamente tuve que inventarme que Gloria era mi hermana y que quería saber en qué andaba el asqueroso de Syd quien, supuestamente, era mi cuñado. Ella habló sin parar de Audrey.

Mi nuevo amigo, quien está investigando todos los asesinatos del barrio, tiene sospechas de que es Audrey la asesina en serie. La historia de cómo se hizo mi amigo es muy extraña, pero me resulta práctico ya que desvió todas las sospechas de mí; aunque a veces no estoy tan seguro de que realmente sea así. Él cree que, si no es Audrey la asesina, es Gloria. Me siento un poco culpable al impulsarlo a pensar eso, pero, ¿qué más podría hacer? Tengo que cubrirme la espalda. Además, Audrey Kinsley se lo merece por andar jugando a ser la amante de tantos hombres. ¡Qué niña más tonta!”

Grace derrama lágrimas sin parar. Realmente no puede creer nada de lo que está escrito en ese cuaderno. Al menos sabe que una de sus sospechas es falsa, su marido no sale con Audrey Kinsley. De todas formas, es realmente horrible para ella enterarse de que el padre de sus hijos es un asesino en serie, un psicópata que ha sido afectado por los sucesos que tuvo que aguantar durante su infancia. ¡Es espantoso!

Grace recobra el aliento a pesar de que no puede dejar de llorar. Se siente impotente y engañada, además de horrorizada. Toma valor y vuelve a abrir el diario en una de las últimas entradas. Nota que es del día anterior.

“29 de febrero

Ahora si estoy completamente seguro de que las cosas se han arruinado por completo. Creí que podría librarme, pero no es así. Los micrófonos que instalé sirvieron de algo. Logan lo sabe todo, absolutamente todo. Lo escuché hablando con su jefe en la mañana, le dijo que ya sabía quién era el delincuente. Quisiera pensar que se equivoca y no sabe que soy yo el asesino en serie, quisiera pensar que atrapó al tipo equivocado, pero todo apunta a que sabe que soy yo.

Nos llevamos muy bien, pero no puedo permitir que arruine mi vida metiéndome a la cárcel y alejándome de mi esposa y de mis hijos. La siguiente vez que nos veamos, lo emborracharé, me las arreglaré para hacerlo beber más de lo que yo beba y lo mataré. No sé cómo eliminaré las evidencias. Puedo quemar mi ropa. No lo sé. En fin, eso lo pensaré después de matarlo. ¡Qué pena tener que acabar con la vida de un hombre tan digno y con un corazón tan bueno! Si tan solo no fuera policía...”

Grace lanza el cuaderno espantada. No puede hacer otra cosa más que llorar, pues se siente impotente y desgraciada. Todo es peor de lo que ella pensaba, su marido no está, solamente, mal de la cabeza, sino que es un psicópata asesino. ¿Por qué mata a tanta gente?; Debe evitar que Charles vuelva a matar! Aunque, en realidad, no sabe cómo hacerlo.

En la noche, Charles llega a casa y encuentra a su mujer llorando en la cocina. Piensa que lo hace por sus sospechas respecto a Audrey Kinsley, pero entonces mira su diario abierto sobre la mesa. Comienzan a resbalar de su frente gotas de sudor frío y no sabe cómo controlar su nerviosismo. Ella no deja de llorar.

Para Charles todo se hace muy confuso, no sabe qué hacer con su mujer. Tiene muchas preguntas en la cabeza. ¿Por qué Grace leyó el cuaderno? ¿Ya lo habría hojeado antes? La mira llorando indefensa y no sabe cómo convencerla para que sea su cómplice.

—Grace. ¡Nos vamos!

—¿Dónde?

—Nos vamos de aquí, lejos —la toma del brazo, le tapa la boca y se la lleva. Bajan al garaje, la mete al auto y arranca.

—¿Dónde me llevas, Charles? —le reclama ella con un tono de preocupación.

—Lejos.

Ni siquiera él tiene un verdadero plan. ¿Va a desaparecerla, va a matarla? No sería capaz de hacerle eso a una mujer, jamás. Y menos se lo haría a su propia esposa. Cuando llegan a una callecita oscura, alejada de Blue Lake, él la mira fijamente.

—Tienes que serme fiel, mujer.

—Charles. ¡Eres un monstruo! —ella se pone a llorar mientras lo dice—. Eres horrible.

—Ayúdame. Por nuestros hijos, por favor. Dejaré de hacerlo, buscaré ayuda. No quiero ir preso.

—Eres un monstruo —sigue llorando con las manos en los ojos.

—Quiero cambiar, convertirme en otra persona.

—No te creo.

—Hazlo por nuestros hijos, Grace. ¡Ayúdame! Por favor.

Se hace un silencio muy tenso. El tono de voz de Charles es dulce, pues no podría hacerle daño a su mujer. Ahora solamente le importa recuperar su amor y mantenerse fuera de la cárcel. Después de pensarlo unos segundos, que se hacen infinitos dentro del auto, ella asiente con la cabeza, él le da un beso en la frente y la lleva a casa. No tiene otra opción más que confiar en Grace. No sabe si va a poder cumplir su promesa y eso le preocupa, pero luego verá la forma de lidiar con eso.

Capítulo XX

Después de aquel horrible episodio Charles decidió volver a ir al psicoanalista, se lo dijo a Grace y ella lloró. ¿Qué más podría hacer? María y las chicas llegaron y fue entonces que la relación entre familias que tanto había soñado Grace se hizo mucho más estrecha. Grace ayudó a María a conseguir trabajo poco después que ella regresó de Cheverdale. María no tenían más alternativa que aceptar la ayuda que la señora Peterson le había ofrecido. En realidad, Grace solamente buscaba limpiar su conciencia con ese acto, a pesar de que eso significara mantenerse en una eterna tensión por tener que guardar el horrible secreto de su marido. Era realmente terrible, pero no tenía más opción, solamente así se sentiría mejor consigo misma y con su silencio de complicidad.

El psicoanalista, después de pocas sesiones, convencido de que su paciente estaba simplemente estresado y lleno de una ira mal manejada, pero sin saber realmente lo que había hecho Charles, le aconsejó que empezara a hacer ejercicios para aliviar sus tensiones y para quitarse de encima toda la rabia que había estado acumulando por años. Fue entonces que decidió salir a correr en las noches. Grace, preocupada por los antecedentes, lo acompañó la primera semana, pero al comprobar que su marido mejoraba lo dejó en paz. Comenzó a confiar en él nuevamente, pero le había perdido todo el cariño que tantos años les había costado construir. Algunas noches Logan se quedaba en el departamento conversando con su vecina mientras su amigo se ejercitaba, otras, salía inmediatamente excusándose en lo cansado que se sentía. Grace se sentía agradecida con su vecino, pero al mismo tiempo no podía evitar la sensación de ser perseguida.

La relación de María y Grace se quebró un poco, pues la segunda no se sentía fiel. ¿Qué le contaría? La afinidad entre ambas era tan fuerte que terminaría confesándole aquel secreto que había prometido no contar. María se sintió un poco triste al notar la distancia de su amiga, pero se distrajo bastante después de que le dieron el trabajo en el hospital.

Una de las noches, Charles sale como de costumbre a trotar, pero algo que lo había tenido atormentado todo el día sigue dando vueltas en su cabeza. Había visto al prometido de una de sus clientas de la ferretería de la mano de otra mujer. Trató de ignorar el hecho, pero luego de aquella escena entró su clienta a la ferretería y volvió a contarle de lo feliz que se sentía con su novio, como cada vez que iba. Aquello, simplemente, hizo que se molestara y volviera a llenarse de rabia.

Después de cenar, Logan lleva a Kate a la cama, le dice que se duerma, cierra la puerta de su habitación y se encierra junto a su esposa en la cocina.

—María, sé que hemos pasado por muchas cosas y que no te gustaría que te siga escondiendo cosas. Pero tienes que dejarme salir esta noche y no preguntar nada —le dice Logan.

—¿Por qué, amor? ¿Qué sucede? —María se exaspera.

—Es un secreto, es algo del trabajo. Se trata del asesino...

—¿Creí que te habían quitado ese caso, Logan! ¿Te lo volvieron a dar? ¿Cuántos secretos me vas a esconder? —pregunta María furiosa.

—No me lo volvieron a dar, es por eso que no puedo contarte nada.

—¿Estás haciendo esto solo? ¿De qué se trata, Logan?

—Solamente déjame salir, por favor. Te prometo que cuando regrese y todo esto termine te contaré absolutamente todo lo que necesites saber.

María ve en los ojos de su esposo que realmente necesita ir detrás de aquel criminal y demostrarles a todos que es un buen policía, que puede hacer su trabajo bien y que siempre ha tenido razón, por lo que su jefe fue un tonto al dejar de creerle. Sabe que resolver este crimen

lo es todo para Logan y quizá sea el caso más importante de toda su carrera. Ella siempre ha estado a su lado y quiere lo mejor para él. Tiene que dejarlo ir.

—Cuídate mucho, Logan. ¡Te amo!

Marido y mujer se besan. Ella siente un pinchazo en el pecho y se le sale una lágrima amarga cuando lo ve irse hacia el ascensor.

Logan trota y, tal y como pensaba, ve a Charles. Se esconde de él y trata de pasar desapercibido, pero, aun así, intenta seguirlo.

Blue Lake es un barrio con las calles bastantes desiertas en las noches. Uno se encuentra a personas cada tres cuadras con suerte. A Logan le late el corazón con mucha fuerza, se siente nervioso y, al mismo tiempo, terriblemente abrumado. ¡Va a atrapar con las manos en la masa a su único verdadero amigo de Wundot Hills que resultó ser un asesino! Se alegra un poco de haber descubierto los micrófonos que él le había puesto en el departamento y de hacerle creer que había atrapado a otro tipo, pero al mismo tiempo siente cierto remordimiento por haber alargado tanto el proceso. Y es que tenía que recolectar unos cuantos datos más para estar totalmente seguro de que era él a quien buscaba y llevarlo ante la justicia con todas las pruebas necesarias para que recibiera justo castigo por todos sus crímenes. Pero ya es hora de atraparlo.

Lo mira correr y lo nota algo preocupado. Trata de esconderse con más rigor, pues si llega a ser visto antes de tiempo las consecuencias podrían ser terribles. Lleva su arma lista por si las cosas salen mal y Charles no se entrega. No quiere llegar a eso. De pronto ve como su amigo dobla hacia un callejón oscuro, siente muchísimo miedo de meterse ahí. Sabe que ese callejón no tiene salida.

Escucha risas, una de un hombre y la otra de una mujer, pero las risas se cortan poco después de que Charles entra al callejón. Unos segundos más tarde, sale una chica corriendo, se la ve espantada. Es entonces que Logan decide entrar con el arma cargada y en la mano. Lo ve a él, ve a otro hombre, un hombre joven, y siente temor. No solamente temor, sino también pánico. Le cuesta hablar.

—¡Alto ahí! ¡Arriba las manos!

La chica que sale corriendo escucha dos tiros que vienen del callejón en el que ella se estaba besando con su amante, un joven comprometido y pronto a casarse. Ella lanza un grito en medio de la calle, al grito le sigue un llanto amargo que despierta a varias personas del barrio. Salen mujeres, hombres, e incluso un niño. Todos corren a consolarla y a preguntarle qué es lo que ha sucedido.

Mirada Obsesiva

Prólogo

He leído que la relación entre el artista suizo Alberto Giacometti y el pensador francés Jean Paul Sartre convergen en el existencialismo, es decir, la necesidad de la construcción de un hombre nuevo. Sin duda esos aires pesimistas que dejó la segunda guerra mundial son sacudidos gracias al manifiesto Sartriano *Existencialismo y Humanismo*. Muchas vidas en Europa han quedado en la desolación y encuentran en el existencialismo una forma de recuperar la libertad, por medio de la propia responsabilidad inherente al ser humano. Así me siento, como una persona desolada que ha sido destruida por alguien que ha pretendido tener siempre todo bajo control, con una mirada fría y distante. Por eso pagaré. Yo tomaré mi responsabilidad y haré que salde sus deudas. Les juro que voy a renacer hasta que pague toda mi desgracia. Estoy pensando en pequeñas cuotas de tortura psicológica. ¿Y por qué no una tortura física? No lo había contemplado, pero sería interesante. Sea lo que sea, lo haré para recuperar mi libertad mental.

La obsesión de la mirada, presente en la obra de Giacometti presenta una gran sed de vislumbrar aquella diferencia entre la vida y la muerte. Una vez el crítico de arte André Parinaud le preguntó a Giacometti:

“¿Podría decirse, Giacometti, sin exagerar, que sus esculturas de cabezas tienen como único objetivo sostener la mirada, intentar comprenderla y circunscribirla?”

—No pienso directamente en la mirada, sino en la propia forma del ojo... en la apariencia de la forma. Si captase la forma del ojo, el resultado sería algo que se parecería a la mirada. Sí, tal vez todo el arte consiste en conseguir situar la pupila... La mirada está hecha por el entorno del ojo. El ojo siempre tiene un aspecto frío y distante. Lo que determina el ojo es el contenedor. Pero la dificultad para expresar realmente ese “detalle” es la misma que hay para traducir, para comprender el conjunto. Si yo lo miro a usted de frente, me olvido del perfil. Si miro el perfil, me olvido de la cara. Todo se vuelve discontinuo. El hecho está ahí. Nunca consigo captar el conjunto. ¡Demasiadas etapas! ¡Demasiados niveles! El ser humano se vuelve complejo. Y, en ese sentido, ya no consigo aprehenderlo. El misterio se espesa sin cesar desde el primer día...”

Yo también estoy obsesionado con la mirada y con los ojos como Giacometti. Por esta razón, voy a utilizar el símbolo que nos hermana para controlar su respiración, su movimiento, su angustia, su vida. Si alguien interfiere llevará el peso de esta lenta venganza y recibirá lo mismo si impide mi objetivo. Observar en silencio sin que nadie lo sepa es un poder único que ellos ignoran y que solo yo disfruto. Nadie estará a salvo mientras ellos estén atrapados en un constante juzgar. Sus vidas se convertirán en misteriosos desórdenes. Yo solo devuelvo la moneda. ¿Con quién empezaré?

CAPÍTULO I: Síndrome de Stendhal

Ya son las cuatro y cuarto de la tarde, y antes de ir a su hogar, Valeria decide hacer una breve parada en el café preferido llamado “Giacometti” como homenaje al artista suizo y propiedad de uno de sus más queridos amigos. Entra al café y está casi lleno pues es temporada de lluvia. Hay un ambiente ameno que la hace inmediatamente olvidar los días pesados de trabajo. Ubica su paraguas cerca de la puerta, y se dirige a su pequeña mesa preferida, que tiene una ventana por la que visualiza un maravilloso parque. Observa que su mesa está agradablemente decorada con un nuevo mantel color blanco. Se sienta y llama a su amigo.

—¡Hola, Gianfranco! —exclama Valeria.

—¡*Signorina, dammi un momento!* —vocifera el hombre.

—Tómame tu tiempo —Ella claramente comprende lo que le ha dicho y como su amigo ha hablado en italiano, recuerda con pena que no ha podido retomar sus estudios en la nueva lengua que él le ha inspirado. Mientras tanto, Gianfranco le da instrucciones al mesero a quien le delega ciertas tareas para ocuparse de su amiga que acaba de llegar.

—¿Cómo has estado? ¡Pero qué tonto soy! No debo preguntar, ¡estás hermosa! —Sonríe Valeria ante el simpático comentario.

—Han pasado tantas cosas en la oficina que me ha dejado tan agotada que no pude reparar mi lección de italiano en mi hora de almuerzo.

—A tus veinticinco años no deberías permitir el agotamiento, además, no te preocupes, todo a su ritmo, los idiomas se van apropiando de manera natural sin presiones ni afanes... *tranquillità* —expresa Gianfranco en tono paterno.

—Con tu afabilidad, créeme que ya no me siento tan extenuada. A propósito del tema, ¿qué has sabido de tus parientes lejanos en Italia?

La simple y normal pregunta le ocasiona a Gianfranco un evidente dolor, la alegría que lo caracteriza se ve interrumpida por una tristeza visiblemente enconada. Esta incómodo por la pregunta, pero con rapidez disfraza su melancolía.

—Pues la verdad, nuestra comunicación no es muy fluida. Hace un par de meses recibí un correo de mi primo, pero eso es todo.

El hombre le contesta de una manera bastante escueta. Valeria infiere que no ha sido un buen momento para preguntar; sin embargo, hubiera preferido escuchar más detalles. De manera improvisada, Gianfranco realiza una charla cotidiana sobre la construcción de algunas ampliaciones que se harán en el parque. Sin duda es un tema un tanto aburrido para Valeria, pero necesario para saber las últimas novedades del barrio. Conversan un poco sobre el tema. Igual, Valeria observa que Gianfranco está desencajado. El hombre italiano le da la espalda para preparar el café. Ella sabe que todavía no se ha recuperado por la pregunta algo “indiscreta”, aún más, cuando se trata de temas familiares. A pesar del mal momento, igual existe un cálido ambiente entre ellos dos. Él le prepara a Valeria su café preferido: *macchiato*.

—¡Toma *Signorina*, esto te quitará el cansancio! —verbaliza efusivamente como buen italiano y su semblante ya parece estar recuperándose.

Se retira Gianfranco por un momento para atender nuevos clientes. Mientras él se retira, la joven se da cuenta de que la mesa está bellamente decorada con un jarroncito de flores frescas que la hace distinguir de las demás. Sabe que las ha puesto Gianfranco, porque conoce que sus flores favoritas son las de lavanda. Contempla las flores y ubica una servilleta paralela a la tacita de café, toma las galletas de cereza ubicándolas de forma lineal en su plato y las consume con cuidado para evitar manchar el mantel. Mientras toma su café, se queda observando algunos afiches del artista Giacometti. Hay fotografías de esculturas, trazos y dibujos de figuras humanas solitarias, con apariencia nerviosa, transmitiendo

soledad y aislamiento. También a mano izquierda se encuentran algunas obras realizadas por Gianfranco. El viejo vuelve a la mesa y Valeria aprovecha la ocasión para preguntarle:

—Gianfranco, sabía que los afiches que decoran tu café son del artista suizo Giacometti, pero nunca te he preguntado qué significan para ti estas obras —expresa Valeria con cierta curiosidad.

—Claro, te contesto: de acuerdo a Jean Paul Sartre, quien escribió un ensayo sobre las esculturas de Alberto Giacometti, el artista estaba obsesionado con el vacío. La obra del artista traduce los conceptos de soledad, aislamiento e insustancialidad. Estos últimos componentes perfilaron su vida. Cuando era muy joven, fui estudiante de arte y como sabes, trabajé en ello. Como no soportaba la academia, decidí tomar cursos libres en Florencia. Fue una época en la que estaba rodeado de artistas, filósofos y escritores. Conocí mucha gente, pero igual, me sentía bastante solo. En aquel entonces, procuraba visitar cuanta exposición surgía en cada galería o museo. De todas las obras que visité la que más me sorprendió fue la obra de Alberto Giacometti. Tanto fue la impresión de sus exposiciones que pensé que había adquirido el “síndrome de Stendhal”

—¿Síndrome de Stendhal? ¡Jamás la había escuchado! —comenta atentamente Valeria.

—También le denominan “síndrome de Florencia”. Son sensaciones extremas provocadas por obras de bellas artes. El nombre de este síndrome fue otorgado por el escritor francés Henri Beyle, bajo el seudónimo Stendhal. Todo se originó cuando el escritor realizó un viaje a Florencia. Lo que experimentó en aquella bella ciudad lo plasmó en un escrito, describiendo que le latía tan fuerte el corazón que sentía que se iba a caer de la impresión. Esto les ha ocurrido a personas que son sumamente sensibles. Incluso a mí me pasó con la obra de Giacometti. Sentía que se exacerbaban todos mis sentidos y prácticamente lo convertí en una enfermedad psicósomática que me duró varias semanas. Sentía mareos y vértigos. No sé si atribuir aquella intensidad de sentimientos a la soledad que me caracteriza desde muy joven. Como sabes Valeria, tengo una vida solitaria, aunque a mis sesenta y tantos años hasta ahora no me he quejado de ella, hasta el momento. ¡Ah! lo olvidaba, igual Giacometti se casó después de un buen largo tiempo, así que, entonces, tal vez en mi caso, tenga todavía alguna esperanza. —Termina la explicación con una gran carcajada.

El hombre maduro se retira para atender a un cliente, en tanto que Valeria permanece pensativa debido a la profunda explicación de Gianfranco. Su amigo está abriendo una ventana de su pasado. Él casi no habla de ello, pero Valeria siente orgullo, pues le ha compartido algo tan íntimo como las profundidades emocionales. Así mismo, reflexiona que ambos comparten un común denominador: la de no tener familia, conjugado con la tendencia a la soledad que comparten y a la que diariamente le hacen trampa frecuentándose en el café. A pesar de que Gianfranco solo le ha contado un trozo bastante importante de su vida, Valeria está orgullosa por la confianza que le están entregando. Sin embargo, le genera inquietud, lo que ella le ha preguntado, quizás inconscientemente, ella tiene un deseo de expresión de hablar sobre su propia familia y comentar por qué ella está tan alejada. En su interior, tiene un deseo ferviente de sanar las relaciones con sus padres, incluso realizar una sanación que incluya todos los ancestros. Por otro lado, Valeria ha consolidado una excelente reputación profesional, pero detrás de esta apariencia, hay dolores familiares, por eso entiende y se acerca a Gianfranco. Comprende la pregunta evadida, y el súbito cambio de tema acerca de su familia, remplazado por un banal tema urbano. Es muy difícil hablar de la familia más aún si se tiene un mar de secretos. Su reflexión se extiende, mientras toma otro sorbo de café. Las gotas de lluvia caen sobre la ventana, y la meditación se hace más existencialista. Se cuestiona repetitivamente si debía preguntarle a su amigo o guardar un poco más de prudencia. Además, está avergonzada ya que se imagina si a ella le hubieran hecho esa pregunta en el trabajo. Se lamenta haberlo hecho en un momento inapropiado y lo

peor en su espacio laboral. La culpabilidad, una profunda ansiedad y un cansancio mental de su propio hermetismo caracterizan el momento reflexivo. Piensa que está aburrída de responderle a todo el mundo con monosílabos, cuando le pregunta por su familia, sin embargo, toma la decisión de acabar con su introspección de una manera paulatina. Toma la decisión de hablar con Gianfranco, pero debe buscar un tiempo adecuado para conversar acerca de la necesidad de expresar y compartir aquellos momentos que ambos tanto protegen. Para Valeria, Gianfranco se ha convertido en una persona bastante importante y se ha dado cuenta de que él merece toda su confianza. Ella se sorprende de su monólogo mental y las conclusiones a las que ha llegado, ya que quiere proponer abrir las puertas de un pasado que lastima. Su naturaleza reservada le ha limitado tener amigos y quiere acabar con esa actitud. Sabe que la soledad la está perturbando, debido a la reserva en la que se mantiene, así que decide encontrar el momento para que ambos se sinceren de ese pasado doloroso familiar. Valeria ha leído el desconsuelo familiar en la expresión facial de Gianfranco, pues lo ha dicho todo. Ella quiere ayudarlo, y compartir que callar puede tener un desenlace en una enfermedad física. La joven rememora una y otra vez la cara de sufrimiento de su viejo amigo, e intuye que debe ser lo bastante serio para nunca hablar del tema, ya que no es la primera vez que ella intenta indagar un poco más de él. Ella insiste en su reflexión con la retención de las palabras, que, a su modo de ver, resumen la conversación con Gianfranco: “vacío y aislamiento”. Términos que la hacen sentir aludida, relacionados a su hogar representado en la ausencia de objetos y el obsesivo control de ellos. Concluye que, gracias a la explicación de las obras de arte que decora el café, se ha develado una afinidad jamás antes contemplada entre ellos. Se toma el último sorbo de café. Mira su reloj y se da cuenta de que en diez minutos serán las cinco de la tarde, pues es tiempo de llegar a casa, como sinónimo de refugio de calma. Ella sabe que es el único lugar que puede ejercer control absoluto de su existencia. Se despide de Gianfranco y él le recomienda escuchar la canción *La pioggia* de Gigliola Cinquetti para sus lecciones de italiano, pues más no podría ser más precisa por los días lluviosos. Agradeciéndole el buen momento, se abrazan cordialmente y Valeria le explica que debe marcharse ya que debe recibir en la noche a los técnicos para la instalación de televisión digital. Toma su paraguas y se marcha.

Gianfranco, por su parte, se retira al baño para liberar todas las lágrimas contenidas y ocasionadas por la simple pregunta. Se encierra en el baño del café y siente punzadas intermitentes en su corazón. La angustia aprisionada en su pecho lo domina. Se da cuenta de que todavía no ha sanado su doloroso pasado familiar. Ha sido tal el impacto de la pregunta de Valeria que hace que se siente en el piso del baño tratando de contener su llanto en una toalla que toma del mueble. Las imágenes de su única esposa e hijo en Italia inundan su cabeza. Son imágenes de absoluta felicidad que en cuestión de segundos se transforma en vacío y soledad. Infiere que la intención de Valeria, es tratar de ayudarlo, pues las emociones reprimidas están saliendo a flote. Su depresión ha durado por muchos años, por lo tanto, se sorprende en la situación que se encuentra llorando como un niño encerrado, entonces, lo niega con furia, y se repite a sí mismo, que no es posible reaccionar así. Se lava la cara, se mira en el espejo y se llena de fuerza pues la vida debe continuar. En cuestión de segundos sale del baño y su cara se ha transformado: saluda con una gran sonrisa a un cliente que lee un libro y él le corresponde el saludo.

A las cinco de la tarde, Valeria llega a su departamento de estilo minimalista y luminoso gracias a las cuatro paredes blancas y al ventanal con una gran vista a innumerables departamentos. Su hogar está decorado con contadas pertenencias: una cama, un sofá, una mesa, un escritorio, una biblioteca y una pequeña cocina. El departamento prácticamente parece un cubo, ya que todas las superficies están limpias y desocupadas. A mano izquierda, se encuentra un balcón con un diminuto jardín que ella misma se ha

esmerado en mantener. A mano derecha, está una gran biblioteca de roble, con una gran colección de música, películas y nuevos libros de aprendizaje de italiano. En cuanto al piso, está hecho de madera clara y en un estado impecable, que ella misma intenta brillar a menudo. Deja las llaves en la mesita de la entrada y advierte que su diploma, recibido el año pasado, está algo torcido, y entonces lo endereza. Sin lugar a dudas, ella disfruta el alineamiento que acaba de realizar. Se desplaza hasta la cocina, para verificar las labores que quiere llevar a cabo. Allí tiene un calendario donde escribe con estricta programación las labores hogareñas. Esta práctica la lleva realizando los últimos años. Como es lunes, revisa en el calendario lo que debe cumplir: trabajo en el jardín y estudio de italiano. Luego se pone cómoda, con un pantalón de algodón y una camiseta blanca para recoger las hojas que se han caído en su diminuto jardín, en ese que mantiene a la perfección: un pequeño bonsái, una matera de forma rectangular con flores, dos plantas de fresas y tres árboles ornamentales de naranjos. Cuando toma la pequeña pala para remover la tierra, recuerda al compañero francés con quien compartió un curso de mantenimiento de jardinería interior. Él le había dicho que tenía *main-verte*, expresión francesa para referir que se tiene buena mano con las plantas. Y debe ser cierto, ya que las hojas de sus plantas han permanecido verdes. Este recuerdo le refuerza la convicción de cuidar de su jardín con las herramientas indispensables que ha procurado comprar semanalmente. Se pone sus lentes y poda el bonsái con meticulosidad. Luego aplica el fertilizante que debe poner a la tierra para recuperar los nutrientes del árbol. Finaliza la rutina hogareña limpiando el jardín. Después de esta actividad, toma un baño rápido. Al cabo de quince minutos recibe a los técnicos de la instalación y un par de hombres comienzan su trabajo en la sección del balcón, mientras que otro taladra la pared para introducir la fibra óptica. Después de cinco minutos, un par de técnicos entran con las botas embarradas ya que no ha parado de llover desde hace cinco días. Las pulsiones de orden en Valeria comienzan a traducirse en un tensional nerviosismo. Se lamenta de no haber comprado un plástico para proteger su recién instalado piso. Se dirige a la cocina para buscar algunos periódicos para intentar proteger el piso, abre el mueble donde guarda los productos de aseo y no encuentra ni una sola hoja. En su ingenuidad, pensó que los hombres serían cuidadosos al caminar por el paso obligado de la sala. La joven observa cómo entran y salen. No aguanta más y decide detener en la entrada de la casa al jefe de los técnicos:

—Por favor, ¿es posible limpiar sus botas antes de entrar al recién piso instalado? —expresa Valeria con cierta molestia.

—Señorita, en tiempos de lluvia es difícil que su piso permanezca limpio. ¿No cree usted? —El hombre se ríe con desparpajo.

—Tiene razón, pero pido que sean más cuidadosos.

—Disculpe señorita, pero es su culpa por no dejarnos una protección. Además, vinimos a instalar su televisión, no a cuidar su piso —responde el hombre arrodillado con cierta rudeza mientras corta cables.

Valeria queda muda pues en el fondo el técnico tiene en parte la razón, pero es inevitable para ella ver como personas ajenas le ensucian su casa, claramente sin intención alguna. Estas normales acciones le generan un profundo disgusto al punto de darle mucha rabia pues no soporta ver como su recién instalado piso de madera clara esté sufriendo rayaduras. Al terminar, los hombres le explican cómo utilizar su nueva instalación de televisión digital. Ella los escucha visiblemente molesta por el desorden causado. Para Valeria, actos tan banales y urbanos, como instalaciones que dejan pequeños trozos de cables, polvo y aserrín, desencadenan en ella estados inquietantes. Cuando se van los trabajadores, la joven se apresura a limpiar lo que ha dejado la instalación. Limpia de una manera casi angustiada. Repite la lamentación varias veces por cada imperfecto que encuentra en la madera. Cuando termina de encerar el piso, observa que algo se ha podido

recuperar, y así, su molestia disminuye. No obstante, decide enviar por correo electrónico una queja a la compañía de televisión digital y señalar lo ocurrido. Descansa mentalmente después de haber escrito la queja. Se va a la cama a estudiar las lecciones de italiano por dos horas. Finalmente, decide ir a dormir. Minutos antes de quedarse dormida, se cuestiona si se ha exacerbado en su reclamo escrito.

CAPÍTULO II: Sección E

Valeria envía los archivos de programas financieros de su computador a las carpetas digitales y a la impresora central de la oficina. Se levanta de su escritorio y se dirige a la sección de fotocopidora para sacar tres paquetes de informes para la junta directiva programada para el día siguiente. Mientras los clasifica, un colega se queda observándola y se acerca para despedirse amablemente. Conversan un buen rato sobre nuevas aplicaciones administrativas para ser descargadas en sus teléfonos inteligentes. El compañero, aprovechando la instancia, le dice de manera cortés, que le ha quedado estupendo el nuevo traje que ha estrenado. Valeria interpreta lo que ha escuchado como una pequeña dosis de flirteo, sin hacerla sentir incómoda. La joven camina con donaire por el pasillo, pues irradia seguridad y sencillez. Por otro lado, un par de compañeras se dan cuenta del ligero coqueteo y admiten que es bastante atractiva e inteligente. Valeria se da cuenta de las miradas de aquellas dos chicas, y nuevamente se concentra en su tarea final de grapar los documentos. Mientras se apaga el computador, ella aprovecha el instante para terminar de organizar su escritorio: separa alfabéticamente lo impreso con clips de colores y lo guarda en el contenedor de la gaveta para la reunión programada a las diez de la mañana. Como le gusta la organización en todo sentido de la palabra, ubica el lapicero a la izquierda, centra su silla y se da cuenta ligeramente de que diminutos papeles yacen en la alfombra. Toma el teléfono y pregunta a la sección de aseo si está disponible una aspiradora manual y le responden que puede ir a tomarla. Va a recogerla y regresa a su puesto de trabajo. Se inclina con sumo cuidado para no arrugar los pliegues de su falda, aspirando con minuciosidad. Este banal acto desata risillas ahogadas en un pequeño grupo de compañeros. Valeria se da cuenta de la imprudencia, pero la ignora. Termina la organización de su oficina y se coloca su abrigo. De repente, su jefe entra a la oficina:

—Valeria, ¡qué bueno que te alcanzo! Quiero felicitarte antes de que te vayas — anuncia el jefe, en voz alta.

—¿A qué se refiere? —pregunta Valeria algo intrigada.

—He revisado las estadísticas de productividad y tu eficacia en los resultados trimestrales supera los rendimientos del último año.

—Sinceramente me sorprende lo que usted dice —expresa Valeria con modestia.

—No te sorprendas. Es producto de tu perseverancia, que se traduce en resultados concretos. En consideración a tu excelente desempeño, hemos decidido en la directiva que ese logro se reflejará en bonos extras a final de mes.

Ella le agradece y sale tranquilamente de la oficina. Sin embargo, se da cuenta de que la envidia se intensifica en algunos compañeros, pues han escuchado la retroalimentación mensual. Valeria sabe que se acrecentarán rumores de pasillos centrados en su mente estructurada y su productividad laboral. Sin embargo, otro grupo de compañeros la detienen en la puerta de la oficina y la felicitan:

—¡Muy bien Valeria, te lo mereces después de tanto esfuerzo!

—¡Muchas gracias compañeros! —De manera grata, Valeria se sonroja ligeramente.

—¿Te diste cuenta de las caras del grupo de la sección E?

—¿Sección E? —pregunta intrigada Valeria.

—Sí. Sección E, por E de envidia —aseguran todos al unísono—. Tú sabes que aquí se debe hablar en clave para no decir sus nombres. Es notorio que te envidian, pero igual se entiende por el porcentaje que recibirás en tu bono, que es muy difícil de alcanzar. Además, el jefe prácticamente lo vociferó: nosotros lo escuchamos con la puerta cerrada. Creemos que lo hizo intencionalmente. Estamos seguros de que nos quiere dar un mensaje para generar comentarios en la oficina, sobre todo con lo que más se discute: el tema de los sueldos.

—¿Ustedes creen? —responde Valeria amigablemente para evitar malas interpretaciones.

Valeria siente que ha hecho bien en responder de manera prudente a los últimos comentarios relacionados a la suscitación de envidia por el bono extra sobre su sueldo. Sabe que es una considerable suma. Igual ella empatiza por unos cuantos segundos con sus compañeros de la “sección E”, pues ella lo interpreta como frustración disfrazada de envidia. Prosigue el grupo de compañeros:

—¿Por qué se rieron de ti antes de la noticia de tu bono? —Insisten curiosamente los colegas.

—Bueno muchachos creo que es suficiente por hoy, tengo que irme, ¡que tengan una buena tarde! —responde con reservas ya que prefiere no realizar ningún comentario acerca del incidente.

Sus compañeros ya conocen muy bien el hermetismo de Valeria y luego se despiden. Valeria piensa que a veces reservarse es conveniente para evitar que un simple comentario pueda desatar la peor de las guerras, cuando de ambientes laborales se trata. No obstante, recuerda los eventos paradójicos del día: la felicitación por ser buena trabajadora y las ridículas risillas de un par de compañeros. Analiza el último momento, en el que utiliza la aspiradora manual, y sabe que a algunas personas les molesta el orden extremo. Al mismo tiempo, no le importa; al contrario, crece en ella un sentimiento de seguridad interior y prefiere recordar las felicitaciones que acaban de darle sus compañeros.

CAPÍTULO III: Teoría del 99 %

Es un nuevo día y Valeria se despierta a las siete de la mañana. Se pone sus zapatillas de *jogging*, su ropa deportiva *dry fit* y guarda un pequeño cronómetro en su bolsillo. Al salir, se dirige a un bello parque con árboles frondosos que está contiguo a su departamento. Se hidrata previamente, realiza sus ejercicios de calentamiento y luego se dispone a dar varias vueltas al parque, con el tiempo que ha programado con el cronómetro. Regresa a su departamento y en treinta minutos se organiza: toma su baño, se viste y elige un precioso vestido bastante *chic*, ya que deberá realizar una presentación en la junta directiva. Los siguientes cuarenta y cinco minutos los emplea para desayunar y leer el periódico. Luego, prepara un desayuno bastante ligero: fresas con un trozo de melón porque ha decidido estar bajo una rigurosa dieta. Una vez lista, se dispone para ir hacia el trabajo en quince minutos. Camina sin premura ya que todas sus acciones están cumplidas. No le gustan los afanes ni las improvisaciones. Como todos los días, llega a la oficina puntualmente a las diez de la mañana.

Valeria conecta el computador al proyector mientras que un compañero apaga las luces para la correcta visualización de las diapositivas. Comienza la exposición que ella ha preparado el día anterior; sin embargo, a medida que habla, se percata de las miradas e intentan desconcentrarla. Igual, ella retoma su argumentación con tal seriedad y profesionalismo que las sustenta con fluidez y cierra el evento con una sesión de preguntas. La exposición de Valeria ha provocado un cálido aplauso. Todos se retiran del salón y el jefe nuevamente la felicita en voz alta. Aquellas apreciaciones están al límite de la adulación y posiblemente le traerá nuevamente resquemores en la oficina, aunque por diplomacia, le agradece. Recoge su computador y se da cuenta de que en los pasillos están reunidos varios compañeros que quieren saber detalles ocurridos en la reunión.

—Valeria ahora entendemos todo. Ya sabemos por qué te aplaudieron, fue por tu vestido vaporoso que te has puesto, ¡te encuentras preciosa!

—¡Ustedes tan bromistas como siempre! —responde Valeria con gracia.

—Es evidente que te ha ido bien. Es tu semana de la suerte. Vimos a la junta directiva saliendo bastante satisfechos con el informe que has presentado.

—Muchachos, no considero que esto se deba a la “suerte”. Realizar este informe me tomó mucho tiempo de preparación.

—Claro Valeria, lo sabemos, hemos dicho “semana de la suerte” porque sin lugar a dudas tu biorritmo debe estar alto en la parte intelectual, recuerda que ayer te felicitaron y hoy nuevamente. ¿Sabes? Los aplausos se escucharon por toda la oficina. Y queríamos comentarte que ignores al grupo de la sección E. Los celos profesionales proliferan.

Valeria analiza detenidamente lo que ha escuchado. De la conversación percibe la buena intención del grupo que se le ha acercado. Sin embargo, siente que su presencia laboral está causando revuelo con una mezcla de admiración, envidia e incluso protección, por lo que les presenta a sus compañeros, en un tono bastante amable, lo que ha sido la filosofía que le ha permitido ser pragmática en la vida:

—Tengo una teoría del 99 %.

—¿De qué trata? —preguntan con real interés en el tema.

—El 99 % de la humanidad reacciona así ante mi presencia: A un 33 % le caeré bien, al otro 33 % le caeré mal, y al restante 33 % le seré indiferente.

—Por supuesto, te encuentras en el porcentaje de percepción negativa. ¡Tú les caes pésimo! —Ríen animadamente por la deducción de la teoría.

—Exacto —responde Valeria de forma contundente—. Considero que uno debe ser práctico. No significa que no me haga respetar. Si se sobrepasan, pondré límites. Ustedes me conocen y me caracterizo por ser disciplinada. Por todo lo que haga seré criticada y si no

hiciera nada también ocurrirá lo mismo. Entonces, ¿qué más da? Por lo tanto, muchachos no me cuenten más detalles sobre los “compañeros de la sección E”. Es evidente que no les caigo para nada bien, pero no guardo nada negativo contra ellos. No me caen mal, solo pretendo que esto se desarrolle fluidamente —añade Valeria con firmeza.

—De acuerdo. No nos sorprende tu franqueza, pero tienes razón, no te comentaremos nada al respecto, solo queríamos protegerte. En cambio, a nosotros nos caen muy mal y cualquier cosa que nos hagan nos defenderemos. ¿No es verdad muchachos? —Los colegas asienten con la cabeza.

—De todos modos, les agradezco que quieran advertirme. Bueno, los dejo, tengo mucho trabajo por hacer.

Se despiden y cada uno se va al lugar de trabajo. Valeria organiza su escritorio y mientras inicia la sesión del trabajo, piensa en todo lo que ha ocurrido. Tanta felicitación le está trayendo problemas en el ambiente laboral y considera que debe buscar un adecuado momento para dialogar con su jefe y encontrar soluciones hacia el camino de la prudencia. Para ella, los últimos eventos, se están convirtiendo en un tema discutible. Después de sus momentos reflexivos, se entrega al trabajo represado. No obstante, el tiempo transcurre muy rápido y sorpresivamente ya ha acabado el día laboral. Mientras prepara su cartera, recibe un mensaje de texto de una amiga cercana que le confirma que irá a su departamento en la noche para ver una película. Es martes y para ella es sinónimo de ocio programado. Quiere realizar algo divertido antes de la mitad de la semana, puede reactivarla energéticamente. Valeria está contenta porque compartir con su amiga no puede ser más oportuno después del día tan ajetreado que ha tenido. Al salir de la oficina, pasa por el café de Gianfranco. Él la recibe con efusividad. Toman juntos un café ya que él ha decidido hacer un pequeño descanso. Valeria saca su agenda y le lee una serie de preguntas sobre la lengua italiana a nivel fonético. Él le responde todas las dudas y le dice que debe escuchar a su cantante preferida de los años setenta, Gigliola Cinquetti, quien interpreta la canción *Alle porte del sole*. Le sugiere que practique y escuche repetidamente la canción hasta que se apropie de los sonidos resultantes entre la consonante C y las vocales I y E. Termina la sesión de estudio y Valeria le expresa lo feliz que está por avanzar en sus clases:

—Aprecio el tiempo que te tomas para compartir tu cultura conmigo; hoy he avanzado muchísimo.

—Al contrario, yo te agradezco. Con estos estudios, me permite una cercanía con mi patria y quién mejor que tú “heredes” mi bagaje cultural. Me siento vivo al hablar en mi lengua materna. Eso no te lo puedo negar. Además, ¿cómo no compartirme al amor platónico de mi juventud?

—¿Te refieres a Gigliola Cinquetti?

—¡Qué mujer y qué voz! Siempre la amé, platónicamente —contesta con una carcajada nostálgica.

—¿Y has tenido un amor real?

—En realidad, he tenido varios amores. Pero un verdadero caballero no tiene memoria—responde el hombre con aparente reserva.

Ella comprende la respuesta prudente del hombre maduro, y también hubiera respondido igual, con discreción. No obstante, la joven se cuestiona si ha cruzado el límite de la privacidad. Terminan su sesión de estudios con un cálido abrazo y, mientras se separan, Gianfranco le dice que, poco a poco, le hará una lista de canciones italianas. La tarde va cayendo y Valeria llega a su casa pronto para organizar un poco, antes de que llegue su amiga Francisca. Le queda tiempo para preparar rápidamente una pizza de tomate y queso *mozzarella*. A las siete y cuarto recibe a su amiga. Conversan un buen rato y Valeria le comenta que ha comprado una película italiana llamada *La Notte* del año 1961, protagonizada por Marcello Mastroianni y Jeanne Moreau. Su amiga no está muy de

acuerdo, sin embargo, comenta que desea desconectarse de un día muy pesado de trabajo. Cenar y toman un buen vino, ven la película y, al cabo de dos horas, su amiga se prepara para marcharse.

—¿Francisca, Te gustó la película? —pregunta Valeria.

—Sinceramente no me gustó mucho, pero en realidad disfrute viendo a Marcello Mastroianni —contesta su amiga con picardía.

—¡Francisca estás loca!

—¡Tú eres la loca por estar estudiando y pensando en italiano todo el rato! Mira, hasta estamos comiendo comida italiana ¡Además, no tenía ni idea que íbamos a ver esta película!

—A mí me fascinó. Adoro las películas en blanco y negro. —Emocionada responde Valeria.

—A propósito, ¿Desde cuándo esta afición por la cultura italiana? ¿No será por el hombre del café? ¿Te estás enamorando de ese hombre mayor? —ríen como dos niñas pequeñas.

—¡Qué curiosa eres! ¡Haces muchas preguntas! —contesta Valeria con cierta timidez.

—No soy curiosa, solo quiero saber dónde te estás metiendo. Tengo derecho a preguntar. Me preocupo —dice Francisca, con semblante serio.

—Primero déjame aclararte que entre Gianfranco y yo solo hay una bonita amistad. A ambos nos gusta disfrutar de la soledad y respetar nuestros espacios y tiempos. A veces tiene actitudes bastante paternas y debo confesarte que me gusta sentirme “sobreprotegida” por ejemplo, cuando yo cruzo la avenida y él se cerciora que los coches estén detenidos.

—¿En serio? No te creo. ¿No será que inconscientemente te estás enamorando de él? — Su amiga no muy convencida, le repara.

—El hecho de que comparta con él todos los días en su café no significa que esté naciendo un romance. Hemos creado un lazo muy cálido de amistad. Si fuere así, inmediatamente lo habría notado y las cosas serían diferentes.

—Bueno. Me convenciste ¿Y qué tal que él sí se esté enamorando de ti?

—Francisca, no lo creo. Te repito que ya lo habría notado. Pero sí te puedo confesar algo. Él me ha inspirado para estudiar la lengua italiana.

—Ya. Te veo muy convencida. Valeria, tengo otra pregunta: ¿No te sientes sola? ¿No crees que es tiempo de establecer una relación? Eres hermosa, inteligente, has logrado tu propio espacio e independencia. Me cuesta creer que no tengas pareja. Y debo ser sincera contigo, tu casa es preciosa, pero es algo vacía, le falta “alguien”. Me refiero a que le falta un componente humano.

—¿Te parece Francisca?

—¿De verdad no estás saliendo con nadie? —Insiste preocupada la amiga.

—En realidad, no; no te niego que en la oficina tengo algunos colegas que me flirtean, pero nada serio.

—¿Alguien te gusta?

—No.

La conversación se diluye. Ninguna de las dos se incomoda, a pesar del silencio que se establece entre las dos y se despiden con gran afectuosidad. Ha quedado un poco de desorden, pero la joven organiza rápidamente. Mientras lo hace, repite mentalmente la conversación que ha tenido con su amiga y eso la lleva a analizar la relación que tiene con Gianfranco. Esta nueva preocupación ocupa en la mente de Valeria una buena parte de la noche. La semilla de la duda ha sido plantada por Francisca. Termina la limpieza de la sala, y todavía no puede identificar qué clase de amor siente por el hombre italiano. “¿Qué estoy sintiendo por él?”, se cuestiona acostada en el sofá.

CAPÍTULO IV: Ruptura de la cotidianidad

Al día siguiente, un cielo despejado es el protagonista matutino. Valeria abre las cortinas de su departamento. Disfruta por algunos minutos de la luminosidad que proyecta su departamento. Es un día maravilloso. Sin embargo, ha amanecido un tanto distraída y falta de energía y emprende su rutina mañanera. Cuando sale del departamento, toma la ruta acostumbrada. Al cruzar la avenida, lo hace de manera desprevenida. De repente, un ciclista distraído, la atropella. Valeria cae al suelo mientras que el ciclista va a su auxilio.

—¡Señorita, discúlpeme! No la he visto. ¿Cómo está? —expresa con preocupación el hombre.

—No lo vi. De verdad que no lo vi. —Valeria se lleva las manos al tobillo y su expresión facial deja ver el dolor que siente.

—Yo tampoco la vi. ¡Créame! ¡Por favor, excúseme! ¡Esto es inaceptable!

—No puedo levantarme. ¡Me duele mucho el tobillo!

—Permítame ayudarla.

El ciclista la ayuda también a recoger su bolso y una carpeta. Valeria no puede caminar, así que se sostiene en el hombre desconocido e intenta sacudirse el polvo del pavimento. Inevitablemente, ella cojea y el hombre la ayuda a sentarse en un banco del parque contiguo a la avenida. Cuando ella se sienta con dificultad, se queda observándolo, pues su rostro le parece familiar:

—Tengo la sensación de haberlo visto en el barrio. Creo que lo conozco.

—Sí, probablemente. Quizá usted me ha visto en esta avenida principal. Mi madre vive a la vuelta de la manzana y procuro visitarla a menudo. Pero dígame, por favor, ¿quiere que la lleve a urgencias?

—No creo que sea necesario. Creo que no fue más que el susto.

—¿Usted dónde vive? Déjeme entonces, llevarla hasta su casa.

Valeria le indica la puerta principal de su edificio. No soporta el dolor. El hombre saca de su bolso un candado y una cadena para asegurar su medio de transporte en un ciclero urbano y así poder ayudar a caminar a la joven accidentada. Se dirigen ambos al edificio y él la ayuda a subir las escaleras. Una vez en el departamento de Valeria, le pregunta nuevamente:

—¿Le duele mucho? ¿Tenía una cita? Lo pregunto pues debe avisar de este accidente, que ha sido claramente por mi culpa. ¿No debería contarle a la persona con quien usted se iba a encontrar lo que le ha pasado?

—No. No me dirigía a ninguna cita. Iba hacia mi trabajo.

—¿Iba a tomar un taxi?

—En realidad, todos los días voy caminando hasta el trabajo.

—Entonces... debe avisar a su oficina y contar lo que le hice.

—¡Por favor le pido que deje de culpabilizarse! La responsabilidad es compartida. Yo crucé sin mirar en ambos sentidos. Así que este accidente es también mi culpa — contesta Valeria, con un tono bastante molesto.

—Entonces desde hoy compartimos este evento. Ahora bien, si somos dueños de tal responsabilidad, creo que lo mínimo que podríamos hacer hoy, es saber nuestros nombres.

—Me llamo Valeria Gómez —responde la joven con cierta desazón.

—¡Es un placer conocerla! Me llamo Mariano Estévez.

—No encuentro mis llaves. —Evade Valeria la presentación.

—Permítame sostener sus cosas mientras usted las busca en el bolso. —El ciclista intenta resarcir su perjuicio con caballerosidad.

Mientras la joven abre la puerta, Mariano pide permiso para entrar. La ayuda a sentarse en el sofá y le dice:

—Valeria, su tobillo está inflamado. No creo que esté roto, pero le recomiendo que vaya al doctor para salir de dudas. Mientras tanto sería bueno que se aplique hielo para evitar que se inflame más la lesión. —Ella lo observa e intenta cambiar el tema. —Bueno, yo también he interrumpido su día. ¿Iba al trabajo también?

—Sí. Me dirigía hacia una galería a entregar un proyecto fotográfico.

—Ya. —Valeria mira su reloj y se preocupa—. Creo que debo comunicarme con mi oficina.

—Tiene toda la razón. Ya me marchó. Estoy tranquilo por haberla dejado en su casa sana y salva. Disculpe, ¿puedo hacerle otra pregunta?

—Cuénteme...

—¿Puedo volverla a ver? Es para saber cómo evoluciona su lesión.

—Puede ser. —Ella le contesta de manera cortante.

—No olvide aplicarse hielo. Hasta pronto, Valeria.

Cuando Mariano se disponía a cerrar la puerta, vuelve a dirigirse a la joven y le indica que ha encontrado un sobre:

—Estaba aquí afuera, en el suelo, frente a la puerta. Alguien debe de haberlo dejado recién, porque no estaba cuando llegamos —explica Mariano.

—De acuerdo; por favor déjelo encima de la biblioteca. Gracias.

—Bueno, hasta pronto. —Cierra la puerta y finalmente se va.

Con dificultad, Valeria reacomoda su pierna y su tobillo. Saca el teléfono de su bolso y habla con su jefe inmediato. Le comenta lo sucedido y este le dice que vaya al doctor y que solicite un justificativo médico para efectos del reembolso laboral. También le pide mantenerlo informado. Cuelga su teléfono, y a la primera persona que piensa pedir ayuda es a su amigo Gianfranco. Lo llama, y en cuestión de minutos, Gianfranco se presenta en su departamento con su viejo coche. Durante el trayecto a urgencias, Valeria le va contando a Gianfranco los detalles que ocurrieron:

—¿Quién te ha ayudado a desplazarte hasta la casa?

—Creo que no me escuchaste. Ya te dije, lo hizo el ciclista.

—¡Es inconcebible su acto!

—Gianfranco, que poco objetivo eres. Yo asumo parte de la responsabilidad porque no tuve la precaución correspondiente.

—¡Te he dicho muchas veces que hay que tener mucho cuidado en aquella avenida peligrosa!

—Gianfranco, fue una distracción. Eso es todo.

—¡Siempre he dicho que de la nada puede aparecer imprudentes coches!

—De acuerdo. —Valeria opta por escucharlo ya que Gianfranco prosigue con el discurso paternalista.

—Además, ¡por más tranquilas que parezcan las calles! ¡Son engañosas! —Gianfranco la reprende durante el trayecto.

Finalmente, llegan a la clínica. Esperan solamente unos treinta minutos. Han tenido suerte porque creían que les iba a tomar más tiempo la espera. El doctor la examina y ordena unas radiografías. Al analizarlas, llega a la conclusión de que su tobillo presenta un esguince y le coloca una férula, inmovilizándole el pie. Asimismo, le ordena quedarse en la casa durante un par de días y en completa calma, ya que la verdadera recuperación reside en la quietud. Valeria le solicita el justificativo laboral y el doctor la prescribe por dos días.

Ya es media tarde y Gianfranco la lleva nuevamente a la casa. Él la acomoda en el sofá, con la pierna lastimada apoyada sobre otra. Luego va a la cocina, le prepara una sopa y algunas gelatinas, ya que tiene la creencia de que con estas ayudará a regenerar la lesión. Su amigo debe dejarla, pues tiene que ocuparse de unos proveedores. Valeria se queda acostada en su sofá y no da crédito de todo lo que ha pasado. Mira el reloj y recuerda llamar a su jefe

para comentar las últimas novedades. No tiene mucho apetito y con dificultad logra levantarse para lavar los platos ya que no le gusta que queden cosas pendientes. Su pie todavía resentido y toma los analgésicos de acuerdo a los horarios determinados. Va hasta su habitación con mucha contrariedad y duerme por espacio de dos horas. Al despertar, se entristece pues su rutina está alterada. Observa su calendario y la actividad correspondiente del día miércoles se relaciona a la jardinería y lectura de nuevos libros. Es imposible realizar las actividades mencionadas, y una gran incomodidad se apodera de ella; no sabe qué hacer. Observa detenidamente toda su casa, y solo ve temas sin atender, convertidos ahora en impedimentos. Le desespera no poder controlar los eventos en su casa. Valeria siente su tobillo tan lastimado como rota está su cotidianidad. Por primera vez en su vida ha tenido un accidente que la ha empujado a la improductividad. Para evitar la confrontación consigo misma, intenta escapar navegando por internet. La incomodidad y el dolor que despierta no le permiten la concentración necesaria. De repente, suena su teléfono y ella contesta:

—Valeria, soy Gianfranco. ¿Cómo sigues?

—No te lo puedo negar, me siento muy incómoda.

—He llamado también para disculparme te reprendí en el trayecto hacia la clínica. Debí ser más comprensivo.

—No hay problema, al contrario, quiero agradecer tu presencia en mi vida. Por otro lado, no soporto este dolor.

—Tienes que tener paciencia, la primera noche después de un accidente es la peor, todos los dolores están vivos.

—Es la mejor descripción. Se está despertando el dolor y no puedo hacer nada.

—No olvides tomar la medicina.

—Ya lo hice. Como fue hace un momento, no siento los efectos.

—Ya verás que pronto te sentirás mejor. Recuerda descansar. Bueno *Tesoro*, debo dejarte, *Addio*. Valeria se queda algo sorprendida, pues su amigo nunca le había dicho *Tesoro*. Busca en el diccionario italiano para encontrar la correcta semántica. Se tranquiliza ya que la palabra tiene una connotación familiar. Recuerda la conversación que tuvo con Francisca. Por unos instantes piensa que quizás Gianfranco está desarrollando sentimientos por ella. Pero lo duda, y una tristeza inmensa se apodera de ella. Cae en la cuenta de que mantenerse ocupada en cada detalle de su hogar la ayuda a alejarse de los dolores que ha tenido en su vida personal. Para evitar ese estado, enciende su nueva televisión digital y no encuentra nada que la entretenga. No quiere pensar más. Cierra las cortinas, se coloca su pijama y decide dormir para olvidar su infortunado día.

CAPÍTULO V: El ojo incógnito

El dolor de su pie lastimado no la deja hacer nada, así que Valeria decide en la mañana sentarse a leer en el sofá y descansar su pie lastimado. Con dificultad, logra llegar a la biblioteca y comienza a buscar algún libro que le interese. Saca un libro de sanación del árbol genealógico que le ha recomendado su terapeuta. Valeria está bastante interesada en perdonar su pasado, incluyendo los de sus ancestros. De repente, observa un sobre blanco. Valeria recuerda que le había pedido a Mariano dejar aquel sobre encima del mueble. Lo abre y en él sólo hay un pedazo de papel con un dibujo en el centro: un ojo. Le da vuelta al papel y ve que no hay ningún escrito. Se intriga por unos instantes pues le parece raro. Al final, lo atribuye a una publicidad de expectación para llamar la atención; se convence que puede ser un logo para un producto de lanzamiento y olvida el tema. Regresa al sofá y lee por varias horas, dejando que la lectura la tranquilice. Al mediodía, recibe la llamada de Gianfranco y le pregunta si puede pasar. A los quince minutos llega su amigo con un par de muletas. Valeria aprecia el regalo, y las prueba. Mientras las ensaya, se lastima tratando de poner el pie izquierdo en el suelo. Con solo apoyarlo, no aguanta ni la férula. De todas maneras, logra algo de independencia. Gianfranco le propone si desea comer en el café, pues podría prepararle allí una sopa y un exquisito emparedado. A Valeria le parece un excelente plan. Sus primeros pasos con las nuevas muletas son torpes, sobre todo cuando ella baja las escaleras; sin embargo, gracias a la paciencia de Gianfranco, ella está menos nerviosa. Llegan al café, y Gianfranco la ayuda a ubicarse en la mesa.

—Espérame. Ya te traigo la sopa *minestrone*.

—¡Qué delicia! ¡Tengo todo el tiempo del mundo y más con estas muletas! —expresa Valeria con humor irónico.

Mientras ella espera se da cuenta de que la mesita tiene un jarroncito de margaritas frescas. Las mira detenidamente, luego alza la vista y observa a Gianfranco trayendo la bandeja con la sopa caliente con paso corto para evitar que se derrame. Este acto de bondad la inunda de ternura, al punto de derramar algunas lágrimas. Gianfranco pone el plato de sopa en la mesa. Ella sonrío, y luego seca sus ojos con un pañuelito que saca de su cartera.

—¿Te está doliendo? ¿Llamo al doctor?

—Gianfranco, no exageremos.

—No minimices la situación, esta lesión es muy seria.

—Cuéntame, ¿Tú hiciste la sopa? Huele muy bien.

—Me cambias el tema.

—Dime, en serio.

—Sí. Yo la hice. Mi *nona* me la preparaba cuando era chico.

Valeria al ver la sopa humeante, su apetito regresa y se la toma con mucho gusto. Gianfranco retira el plato de la mesa y le pregunta qué quiere hacer. Ella dice que desea continuar las clases de italiano. Juntos amplían algunos detalles de la gramática italiana. De repente, Valeria se percata que entra Mariano al café. Ella se arregla sutilmente su cabello. El joven se sienta en una mesa contigua al bar y saluda a Gianfranco, por lo que Valeria le pregunta a Gianfranco:

—¿Conoces a Mariano?

—Sí, ese joven es un cliente regular. Siempre llega a esta misma hora y luego se marcha a las cuatro. Y tú, lo conoces por lo que veo.

—Él me atropelló con la bicicleta.

—¿Qué? No lo puedo creer. Luce tan cuidadoso. Pero... ¿cómo pudo ser tan imprudente? —habla Gianfranco con enojo.

—Ya te lo comenté, yo también fui imprudente.

—Eso es verdad. Siempre te he advertido de esa avenida peligrosa.

Se levanta Gianfranco a recibir a un matrimonio italiano que viven en la ciudad. Los recibe afectuosamente. Regresa a la mesa de Valeria y dice que la dejará sola por un rato. Valeria se despide, contestándole que prefiere estar en su casa y que, si quiere, pueden verse al día siguiente en su departamento. Gianfranco insiste en que se quede un rato más y que espere hasta que pueda acompañarla, pero Valeria quiere irse acostumbrando a caminar con las muletas y en realidad lo que está es tratando de evitar a Mariano. Antes de que ella pueda levantarse de su silla, este se da cuenta de la evasión y se acerca a su mesa.

—Hola, Valeria. ¿No le parece otra coincidencia?

—No debería ser coincidencia, usted me dijo que su madre vivía cerca.

No lo creo. ¿Cuánta gente vive en el mismo edificio y ni siquiera saben de la existencia el uno del otro?

—Su argumento me parece lógico. Bueno, Mariano, lo dejo, debo ir a descansar.

—Por favor, Valeria, lo mínimo que puedo hacer por usted es llevarla hasta su casa. ¿Me permite? Yo sé que le molesta que le repita cuán culpable me siento de haberla lastimado. Pero una cosa es decirlo, y otra, sentirlo.

Inevitablemente, ella sonríe y acepta la petición. Reconoce que hay algo en él que le atrae. No sabe qué es. A lo mejor es su sonrisa encantadora. Mariano le ayuda a llevar su bolso, mientras ella se adapta a sus nuevas muletas, tratando de bajar las escalerillas del café. En el trayecto, la joven inicia la conversación.

—Mariano, cuénteme. Creo que usted me dijo que era fotógrafo. ¿Trabaja usted en una galería?

—Te acordaste de algo. Discúlpame, ¿te puedo tutear? Si nos estamos encontrando tan seguido, la palabra “usted” me parece muy distante y me hace sentir a mil kilómetros de ti. Y la verdad, si nos vamos encontrar por las avenidas o por los cafés, bien pudiera estar naciendo una amistad —le comenta Mariano, ampliando esa sonrisa que empieza a gustarle, y mucho, a Valeria.

—De acuerdo Mariano, está bien. Reformulo la pregunta, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo para un proyecto personal de fotografía llamado “Realidad Factual”. El tema que elegí es retratar lo que el transeúnte ignora, como esquinas, puentes, postes, cables de electricidad, todo lo que ocurre especialmente en la calle.

—¡Un poco frío para mi gusto! —exclama Valeria en tono franco.

—Aparentemente, parece frío, pero nosotros como transeúntes dejamos mucha energía en ellos. Eso lo hace especiales. Yo pretendo que la gente vea eso que hace únicos a los objetos, que deje de observarlos diariamente sin analizar que, de una manera o de otra, se esconden muchas historias.

—No lo había visto de esa manera. Entregamos energía a todos los lugares que tú mencionas. La mayoría de las veces pasamos más tiempo afuera que en nuestros propios hogares.

—Me gustaría que visitaras mi exposición fotográfica. De hecho, te invito. Lo más probable es que tengas otras muchas interpretaciones cuando veas mis fotografías.

Valeria lo escucha atentamente, pero sin querer presiona su pie lastimado en la acera emitiendo una queja de dolor.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Me dolió un poco mi tobillo.

Llegan al departamento y Mariano sostiene la puerta para que Valeria pueda entrar. Hay otro sobre en el suelo, y Valeria le pide a Mariano que lo levante, lo que él no tarda en hacer y se lo da. Ella abre el sobre y nuevamente hay un ojo dibujado. Esta vez, tiene colores.

—¡No lo puedo creer! ¡Otra vez esa publicidad basura!

—Déjame ver. Oh sí, es la típica publicidad de lanzamientos de nuevos productos. Piensan que pueden atraparte con símbolos rarísimos. Parece la apertura de un nuevo bar nocturno.

Entran al departamento y Mariano la ayuda a sentarse en el sofá. Se acerca de manera respetuosa para despedirse con un beso en la mejilla. Valeria le agrada la inesperada despedida y también le corresponde con algo de afecto. Cuando Mariano ve que esta cómoda, le pregunta su número de teléfono para llamarla luego y saber cómo sigue. La joven saca un bolígrafo de su bolso y lo escribe en el sobre del extraño dibujo. Se despiden y el joven cierra la puerta del departamento. Luego, Valeria con cierta dificultad se desplaza a la cocina para tirar al basurero aquella hoja con el ojo incógnito. Mientras lo lanza, le da un poco de rabia, pues es una pérdida de tiempo esas supuestas publicidades. Va nuevamente hasta su sofá y mira su cronograma, sabe que el cuidado de su jardín se está descuidando. Se levanta, ajusta sus muletas y riega las plantas de su diminuto jardín, pero se da cuenta de que ha dejado un charco en el balcón. Mira hacia la cocina, pues allí están sus objetos de limpieza, y sabe que lo que ha hecho significa otro desplazamiento. El esfuerzo le ha producido tener un dolor intenso en su pie. Decide abandonar su jardín e ir hasta su habitación, pero se da cuenta de que algunos libros están al revés. Le parece extraño, ya que ella los ordena alfabéticamente, y por tamaños. Nuevamente una sensación extraña se apodera de ella. Sabe perfectamente que no pudo ser ella. Igual tiene unos instantes de duda, pues el día anterior experimentó una singular depresión que pudo haber ocasionado el descuido.

CAPÍTULO VI: El pasado no perdona

Queda solamente un día de permiso laboral para Valeria. Ella, esta vez, ya no se despierta a la hora acostumbrada. Se ha levantado de la cama a las once de la mañana y se molesta por la pérdida del día. Se baña con mucha dificultad, debido a la férula, y se viste muy cómoda para compensar el dolor que sintió en el baño. Hasta ahí la acompaña la rutina diaria que se ha impuesto. Luego, piensa nerviosamente con quien compartir su tiempo. Todavía no lo tiene muy claro. Sabe que sus actividades programadas son como pequeñas cortinas de humo para evitar la soledad. Siente una desesperación inmensa si alguien no la visita, si nadie viene, pues de otra forma ella se autoanalizará minuciosamente. Sicoanalizarse es sinónimo de hurgar el pasado no sanado. Recoge un tecito realizado en microondas. No le gusta mucho, pero por un tema de rapidez lo prepara. Mientras toma su té recuerda el evento en el café, cuando hizo sentir incómodo a Gianfranco. Se le ocurre que su departamento podría ser un espacio neutral para sincerarse y hablar del tema. Así que decide llamar a Gianfranco para que pasen tiempo juntos y le propone que almuerce con ella, pues pedirá comida a domicilio para agradecerle por todo lo que él ha hecho.

—Gianfranco, soy Valeria. ¿Interrumpo?

—No, de ningún modo. Cuéntame.

—Me gustaría que pases a almorzar por casa. ¿Tienes tiempo?

—Podría ser. Déjame delegar un par de temas a los empleados del café e iré en una hora.

Valeria cuelga e intenta estudiar italiano, pero es inútil, no se halla, pues no termina de aceptar que su rutina se ha descompuesto totalmente. Se va hasta la cama, atribuyéndose la completa responsabilidad por el accidente. Repite mentalmente su autoproclamada sentencia cinco veces, como un mantra. Luego se pregunta qué hubiera pasado de haber tomado otra vía para evitar el accidente con Mariano. Sin duda, su vida no estaría tan desordenada, pues ahora, su trabajo y su casa están en un gran descuido. Piensa que las actividades laborales estarán en completo atraso y un profundo estrés se apodera de ella. Pero, entonces, Valeria recrea situaciones en su mente, negando la actual realidad que la rodea. Imagina que conoce a Mariano en el café. Piensa que todo sería muy diferente. Sin embargo, admite que ha nacido un especial gusto por él. Sonríe al recordar cómo Mariano corrió a auxiliarla cuando él mismo la atropelló. Un torbellino de sensaciones, de molestias y arrepentimiento la sobrecoge, pero son interrumpidas por el llamado del timbre.

Gianfranco saluda a su amiga y trae de postre *Tiramisu*. Él se acomoda y minutos más tarde recibe el pedido a domicilio. Comen y hablan como de costumbre. Ya finalizada la hora de comer, Valeria toma coraje y se sincera con Gianfranco:

—Te he invitado porque quiero mostrarte mi aprecio por todo lo que haces por mí. Pero también quiero pedirte disculpas.

—¿Disculpas? ¿De qué hablas? No me has hecho nada.

—Sé que esta semana he cometido una gran imprudencia. Me he inmiscuido en tu vida privada, preguntándote sobre tu familia. Sé que lo he hecho dos o tres veces, pero quizá, de manera inconsciente yo también desee contarte mi vida personal —asevera Valeria.

Él se queda en silencio pues no sabe qué decir. Mira al suelo y toma un gran sorbo de agua. Valeria prosigue:

—Seré franca, creo que ambos hemos desarrollado un lazo de amistad muy fuerte y que nos hemos protegido mutuamente. En los últimos meses he estado visitando a un terapeuta, que me ha ayudado mucho, y él me dice que el primer paso para mi curación es curar a mi entorno. Sin querer y poco a poco me he dado cuenta de que tienes un dolor latente en el fondo de tu alma. Quiero ayudarte Gianfranco, y si quieres sentirte más cómodo, yo también tengo un pasado que estoy cansada de proteger. Si me permites, puedo escucharte y con ello

podremos sanar juntos. Si lo deseas, yo comienzo contándote mi historia o, al contrario, puedes empezar tú. Tú decides.

El hombre se lleva las manos a la cara para intentar ocultar su dolor. Por unos instantes, la observa, sopesa si debe contarle su pasado y, finalmente, se atreve de una manera muy decidida.

—Valeria, tienes toda la razón. He tratado de ocultar mi dolor, pero me has hecho ver que ha fracasado en mi intento de enmascarar la tragedia personal que arrastro. No creo que hayas cometido ninguna imprudencia; al contrario, aprecio tu preocupación por mí. Quiero aclararte que si no he mencionado estos temas personales es porque me reprimo, hay algo que me impide expresarlo. Pero desde que llegue a este país, eres la única amiga en la que puedo confiar. Ahora bien, si ha surgido este momento es porque, quizá, la vida me está señalando que debo desahogarme y compartirlo con alguien. Te contaré: cuando tenía como treinta años estaba en Florencia. Siempre me había gustado pintar y, en aquel tiempo, trabajaba además ayudando a un escultor prestigioso que vendía pequeñas esculturas en mármol. Su nombre era Enrico y aprendí el oficio con él.

—No tenía ni idea que te dedicabas a la escultura. ¡Considero que es un gran talento, Gianfranco!

—Un talento que he abandonado —responde el hombre con gran tristeza.

—Pero ¿por qué lo abandonaste?

—Ya te enterarás con la historia. En aquel tiempo había mucha demanda de las réplicas de las esculturas religiosas de Michelangelo. Un día, el maestro Enrico me pide que me haga cargo de la atención del taller. Abrí el local muy temprano y tuve mucha suerte, porque vendí varias esculturas y recuerdo muy bien unos cursos de escultura y cerámica. De repente, entró una chica a preguntar por el maestro y me dijo que venía a dejar una hoja de vida como practicante en su taller. Por supuesto, tomé el papel y me ofrecí a entregárselo al maestro. Debo confesar que me quedé impresionado por su belleza interior.

—¿Cómo puedes deducir su belleza interior si ni siquiera la conocías?

—Me di cuenta como la dulzura de sus ojos conectaba con mi corazón en pocos segundos. Sentí que ella también hizo lo mismo. Me enamoré inmediatamente de ella. Al final fue Giulia quien retomó la conversación. Todo en ella me tenía fascinado. Luego, llegó Enrico y le entregué la hoja de vida. Él la citó a una entrevista el día siguiente. Ella llegó puntualmente a la cita y el maestro se reunió con ella un buen rato. Al final, ambos salieron del taller mientras Enrico le anunciaba su nuevo cargo en el taller. Yo sería su maestro. Encantado, le fui presentando cada paso de la producción de las pequeñas esculturas que realizábamos en el taller. Una de las réplicas más vendidas era la *Pietà*. Poco a poco me fui involucrando con Giulia. Trabajábamos día y noche. Nos enamoramos y tuvimos un hermoso noviazgo y al año quedó embarazada. Estaba tan feliz Valeria, que era como tocar el cielo con las manos. Formamos un pequeño hogar cerca del taller. Yo seguí trabajando con el viejo Enrico. Las ventas con los turistas subían y el maestro me subió el sueldo. Compré todo lo que requería un hogar. Nació un bello *bambino*.

—¿Un hijo? ¡Qué maravilloso! Me imagino la felicidad de ustedes.

—La felicidad no cabía en nuestros corazones. Lo bautizamos con el nombre de Gino. Poco tiempo después, decidimos casarnos. El maestro Enrico y su esposa Ana fueron los padrinos de nuestro matrimonio. Mi vida era todo lo que había soñado. Florencia, bella ciudad artística, me estaba entregando una vida de ensueño. Giulia y yo decidimos que trabajaríamos duro para abrir nuestro propio taller. De todas maneras, mi esposa se convirtió en un pilar muy fuerte en el taller de Enrico, mientras tanto nuestro hijo iba creciendo. Paz, amor, tranquilidad, la vida nos sonreía. Como típica familia italiana, todos los domingos, permanecíamos unidos alrededor de la mesa. Unas veces en mi casa y otras en casa de Enrico. Disfruté de esta bella estabilidad por más de veinte años. Nuestro objetivo de reunir

el dinero se estaba concretando. Nuestro hijo decidió estudiar en la Facultad de Derecho y eligió Roma para estudiar allí. Sin embargo, no dejó nunca de visitarnos en vacaciones. Por otra parte, la salud del viejo Enrico estaba debilitándose. Cayó en cama, y tuvo que cerrar el taller. Hablé con el maestro Enrico y me dijo que en vida ya había traspasado su único bien, la casa taller, a sus dos hijos que trabajaban en la banca. Mientras él estaba hospitalizado, sus hijos vendieron rápidamente la propiedad, y dieron la noticia de que ellos pagarían un asilo, para que tuviera “independencia” en compañía de su esposa. El maestro Enrico no pudo soportar aquella situación y murió.

—¿Por lo menos los hijos visitaban a sus padres?

—No. Tenían una pésima relación familiar.

—Pienso que su muerte se aceleró cuando supo la venta de la casa taller y tuvo que enfrentarse a la frialdad de sus dos hijos. Su mujer tampoco pudo soportar perder a su marido y murió a la semana. Con Giulia, ya habíamos hablado que algún día debíamos ser independientes, pero como teníamos tanto amor al maestro Enrico, fuimos leales con él hasta el final. Lloramos mucho tiempo la muerte de nuestro padre artístico y familiar, porque ambos éramos huérfanos y nos habíamos encontrado solos en la vida hasta que conocimos a Enrico. Mi padre me abandonó cuando tenía cinco años y mi madre me dejó donde mi *nona*. Mi madre nunca volvió. Por eso, me aferré tanto a mi familia, ya que ellos habían sanado aquel abandono familiar. Finalmente, mi mujer y yo compramos un pequeño local y seguimos los pasos de maestro Enrico. Con Giulia, nos daba miedo tener el final de Enrico. Así que hablamos con Gino, acerca de nuestro temor: perder nuestro hogar, nuestro taller, nuestra libertad. Gino juro que nunca haría eso. Él nos respondió que había elegido las leyes para defender los casos con justicia. Nuestro hijo se recibió en la Facultad de Derecho. Y entonces...

A Gianfranco se le quiebra la voz. Valeria lo contiene, tomándole la mano y le dice:

—Toma este vaso con agua, tranquilo.

—Viajamos en nuestro auto hacia Roma para la graduación de Gino. Fuimos a un costoso restaurante. Habíamos tomado la decisión juntos, de celebrar sin escatimar gastos. Era una victoria para los tres observar a Gino tan realizado con su nueva carrera. Éramos muy unidos. Aquella noche, en la cena, Gino alzó la copa y brindó por su madre y por mí. Repitió, una y otra vez, que yo era un padre bondadoso. Yo brindé también por tener una mujer dulce y un hijo respetuoso.

—Yo también brindaría por ti. —Valeria toma el brazo de Gianfranco, presintiendo que pronto le contará la tragedia de su vida.

—Después, los tres brindamos por el maestro Enrico y por Ana, acabando en un abrazo largo que luego se haría eterno en mi mente. Pasamos la noche en un bonito hotel para terminar la celebración en familia. En la mañana, muy temprano decidimos regresar a Florencia. Era de madrugada y las carreteras estaban algo oscuras, así que yo decidí manejar. Saliendo de Roma, me cegó una luz potente que me hizo perder el control del auto y volcamos. Desperté al otro día en un hospital de Roma. Los doctores me informaron que mi familia no había resistido el impacto y que el hombre que había ocasionado el accidente había confesado su responsabilidad. Me dijeron yo tenía una suerte increíble pues solo había sufrido algunas contusiones y heridas que sanarían rápidamente. ¿Suerte? ¿Que yo había tenido suerte? Mi vida se desplomó en un segundo al escuchar la tragedia. Pasé de la gloria al infierno. Llegó el reporte policial y leí que el causante del accidente era un hombre de mediana edad, que estaba con tratamiento psiquiátrico con pastillas tranquilizantes, del que había hecho caso omiso al conducir. El hombre, por haber confesado y llamado a la policía, redujo sustancialmente su pena en la cárcel. No sé cómo saque fuerzas para encargarme del funeral de mi hijo y mi esposa.

—De verdad, lo siento mucho. ¡Qué devastador! —La joven se seca algunas lágrimas de su rostro, pues conecta con el gran dolor de su amigo.

—Los únicos que me acompañaron fueron los alumnos de nuestro taller y los amigos de infancia de Gino. Pasé varias semanas en las que no comía, no me bañaba, no trabajaba, pues no había motivo por el cual vivir. Pensé que los estudiantes del taller me demandarían por incumplir el contrato, pero, al contrario, me visitaron y me ofrecieron ayuda. Decidieron entre todos internarme inmediatamente en una clínica psiquiátrica, con la ayuda de la seguridad social, debido a la depresión crónica que yo estaba sufriendo. En ese lugar estuve tres meses, no sané la pérdida de mi familia, pero logró que entendiera que debía luchar por mí, para seguir adelante con mi vida. Cuando salí de allí, fui derivado de psiquiatría a psicología, con visita semanal, para tratar la gran culpabilidad que sentía por haber manejado aquella madrugada. Yo sentía que había segado la vida de mi familia. En una de mis sesiones, mi psicóloga me dijo que yo debía visitar en la cárcel al responsable del accidente. No se me había ocurrido y decidí visitarlo al otro día. Cuando el hombre me vio, agradeció varias veces mi visita y pidió perdón. Vi tanta humildad en sus ojos que sentí un golpe de compasión. No sé por qué pensé que yo también podría estar en su situación, pues ahora yo estaba medicado con tranquilizantes. Regresé a mi taller, devolví a los estudiantes el monto de sus matrículas e inscripciones, vendí todo y decidí empezar una nueva vida, en un nuevo país, con un idioma diferente, que pudiera anestesiarme de mi gran pérdida. Aún tengo una sombra negra de dolor, de soledad, que me cubre y me embarga. Eso pasó hace diez años. Heme aquí, intentando recuperar mi vida. Eso es todo.

La joven se queda observando a su amigo y lo abraza por la espalda. Es un gesto dulce, que busca confortarlo. Él se seca las lágrimas y regresa al presente, acomodándose con entereza.

—Gianfranco, tú historia me estremece. Lo siento mucho, de verdad, es muy doloroso. Nunca te había imaginado en una situación así. Es, sin duda, una lección difícil de entender. Sin embargo, detrás de ese dolor, estoy segura que vienen premios de amor universal para ti. Estoy segura. Después de escucharte, estoy más que convencida de compartirte mi historia. Ahora le estoy encontrando la razón, el porqué del accidente que sufrí esta semana, pues ha hecho que nos unamos más y podamos abrir nuestro interior. Quiero que nos sinceremos. Poder verbalizar todo lo que nos ha causado daño. Te elijo a ti, porque te has convertido en un gran amigo y por más que trataste de maquillar tu dolor con risas y alegrías, yo me daba cuenta de que te pasaba algo muy profundo, que se evidenciaba cuando bajabas la mirada. Por esta razón, también quiero y necesito hablar de mí, Gianfranco. El silencio, a veces, puede ser un gran enemigo. Debo confesar que le tengo un miedo inmenso.

—Así es Valeria, encuentro razón en lo que dices, escucharte hablar de esta manera, me haces sentir importante. Llevo diez años de silencio, a lo mejor puedo estar enfermando. Además, no te había preguntado si te pasaba algo, solo vi una chica independiente y segura de sí misma. También estoy interesado en nuestra curación mutua. Escucharnos puede ser muy beneficioso.

—Yo también he estado visitando un terapeuta que me ha ayudado a superar muchos traumas familiares y a caer en cuenta sobre muchas verdades. Mi primera verdad es el tratamiento del hermetismo que me caracteriza. Además, tengo muchas inseguridades.

—Bueno como todos.

—Una inseguridad que también trato de ocultar bajo mi profesionalismo en el trabajo. Provengo de una familia bastante disfuncional. Cecilia Gómez, mi madre, se enamoró de un hombre casado. Ella, una joven de diecinueve años, estudiante de la Facultad de Literatura y él, un hombre que se acercaba a los sesenta. Él era profesor titular de una prestigiosa universidad que perfilaba para ser decano de la Facultad de Letras. La fama del profesor se extendía por su gran capacidad oratoria y extraordinario bagaje cultural. Desde que se

vieron en el salón de clases, la atracción física fue inevitable. Tuvieron su primer amorío en la habitación universitaria que le pagaban mis abuelos a mi madre. Se destacaron por tener una relación bastante compleja, que oscilaba desde la indiferencia hasta la obsesión. Él establecía las reglas de la relación, pues tenía una reputación que cuidar, sobre todo por su esposa que era hija de una familia influyente de la ciudad. Un día, él la evitaba, otro, la perseguía mientras mi madre le dedicaba eternos ruegos.

—Al parecer, tu padre sabía cómo manipular la situación.

—Exacto. Él sabía cómo dominarla, ya que era muy sagaz. Manejaba a la perfección las artimañas para evitar ser descubierto. Según lo que me cuenta mi madre, su amor se convirtió en devoción a medida que él le entregaba indiferencia. El año universitario siguió su curso, mientras que mi madre perdía la cabeza, diciéndole que lo esperaba diariamente en la habitación. Ella, por supuesto, perdió el año académico, mientras que él aprovechaba su vulnerabilidad emocional. Mi madre fue cediendo cada vez a las seducciones del “grande” Juan Pedro Sanmartín, con la ínfima hora que le dedicaba a diario. Finalmente, cuando acaba el año universitario, él le dice que su relación ha acabado. Ella desesperada, decide quedar embarazada con la esperanza de retenerlo. Cuando se entera, Juan Pedro la amenaza, diciéndole que tiene el poder de destruir a su padre, quien era un viejo conductor de buses urbanos y realizaba esfuerzos enormes para pagar la universidad por medio de préstamos bancarios. Ella se asusta, y decide desaparecer de la vista de Juan Pedro y, paradójicamente, ese año lo ascienden como decano de la facultad. Mi abuelo se entera del embarazo y la rechaza. Le recrimina por todo el esfuerzo realizado para pagar sus estudios en literatura y la expulsa de la casa. Mi abuela le ruega que no lo haga, pero no logra convencerlo.

—¿Dónde naciste? ¿Quién las acompañó durante el parto? —Gianfranco pregunta preocupado.

—Yo nací en un hospital público en vísperas de otoño y, como siempre, mi abuela nos acompañó. A los tres años mi abuelo, todavía decepcionado, pregunta quién es el padre y Cecilia lo confiesa. Cuando mi abuelo escucha su nombre, lo busca en los periódicos, y confirma que fue designado como Ministro de Educación. Cecilia no podía creer el ascenso estrepitoso de Juan Pedro, mientras ella caía en depresión y angustia por el rechazo de su padre.

—Pero... ¿tú y tu madre donde se fueron a vivir?

—En aquel momento, Gianfranco, vivíamos en una vieja pensión fea y sucia. Mi alegría semanal era cuando mi abuelita venía a escondidas de mi abuelo. Nos llevaba comida caliente. Yo comenzaba a entender, a mis tres años, que la tristeza me embargaba profundamente pues mi mamá no desarrollaba ningún afecto por mí, al contrario, me rechazaba constantemente. Se entregó al trago. Solo tomaba *pastis* que era la bebida alcohólica que compartía con Juan Pedro en sus encuentros amorosos. Por otra parte, no tenía claro cuál era su trabajo. Cuando estaba borracha me decía que le dijera Cecilia, que ella no era mi mamá. Sentía un agujero en mi corazón cuando escuchaba esas palabras. La habitación era bastante descuidada. Cuando tenía como once años, finalmente, entendí de que vivíamos: un hombre que salía de la habitación le entregó unos cuantos billetes. Me di cuenta, que mientras ella me mandaba a jugar a la calle, salían hombres cada vez diferentes tratándola con mucha confianza. Esa escena, me marcó, pues yo la veía afectuosa con ellos, pero conmigo era un hielo.

—Tan pequeña para conocer una realidad tan cruda. Lo lamento Valeria.

—Dentro de aquella cruda realidad, la única persona de quien recibía amor, era de mi abuela quien procuraba que yo tuviera ropa limpia. Aprendí a cocinar, a limpiar y organizar la casa, gracias a las enseñanzas de mi abuela. Pero cuando yo llegaba de la escuela, ya estaba sucio por botellas y colillas de cigarros. A mis quince años decidí hacer un plan de vida: salir de esa habitación y refugiarme en la escuela para ser alguien independiente. Gané

reconocimientos académicos y mi mamá, en vez de felicitarme, no hacía más que reprocharme que esos premios no era más que una verdadera falsedad. En ese momento, de ironías y humillaciones me entero que mi padre es el famoso Juan Pedro Sanmartín. En mi inocencia, planeo visitarlo, voy a la biblioteca de mi escuela a buscar toda la información sobre él; me entero de su vida profesional y sin duda nace una admiración que necesita ser prolongada en el refugio de un abrazo paterno. Ya a mis dieciocho años “mi hogar” ya era un completo infierno, así que decidí buscar trabajo cuando me graduará del colegio. Tuve la suerte de encontrar trabajo como ayudante de fotocopidora en la universidad donde mi madre había estudiado. Además, tenía la esperanza de hablar con mi padre, de una manera muy discreta. Me entero que estaba en Europa, en un puesto diplomático pero que había comunicado que regresaría al *alma mater*. Esto me dio esperanzas, así que me enfoque en solamente trabajar. El primer mes como no tenía donde vivir, planeo dormir en la biblioteca por los primeros dos meses y me bañaba en las duchas del gimnasio olímpico. No hubo problema por utilizar estos baños, ya que la comunidad universitaria me conocía pues me desplazaba por todas las facultades a recoger material para ser fotocopiado.

—¡Por Dios, Valeria, qué carácter autónomo tienes! —Completamente sorprendido por la historia, Gianfranco se enorgullece por todos los actos de su amiga.

—Debo admitir que mi vida se ha forjado por múltiples dolores que aún no logro superar; sin embargo, si me he hecho sola, es gracias a las enseñanzas de mi abuela.

—Completamente de acuerdo. Yo soy quien soy por mi *nona*.

—La situación de dormir en las bibliotecas y bañarme en el gimnasio olímpico la soporté por espacio de dos meses. En ese tiempo, ingresé a la universidad para estudiar Finanzas Internacionales. Con mis ahorros, pude alquilar una habitación cerca de la universidad para evitar pagar el transporte. Era un poco más caro, pero valía la pena. Estaba muy feliz por mis logros laborales y visitaba a mi abuela desafiando la mirada de mi abuelo que se fue diluyendo por mi carácter trabajador y persistente. Pasa el tiempo, y pude encontrar un trabajo complementario como administrativa, gracias a mis dotes matemáticas. Un día, me entero que el profesor Sanmartín había regresado a la universidad. Entonces me lleno de fuerza para preguntar por él y logro conseguir una cita. Él me recibe de una manera muy cordial y veo un hombre apacible y tranquilo. Pensé que al verlo tan dócil se me facilitaría la situación, pero fue todo, al contrario; esa inicial imagen fue una trampa en la que caí fácilmente, pues sentía que me ablandaba. Yo no sabía cómo iniciar la conversación, pero me presentó como la hija de Cecilia Gómez, una estudiante suya de hace veinte años. Su cara apacible se transformó en la de una bestia a punto de atacar. Inmediatamente, un aire helado se estableció entre los dos. Él me pide que me retire, puesto que no hay nada que hablar. Nuevamente saco valentía y le expreso que soy el fruto de sus encuentros. De una manera muy inteligente me dice que no sabe de qué le hablo. Su fría actitud hace que yo lllore amargamente. Con mi deseo de establecer una ilusa relación con él, no había estudiado la posibilidad de que él podría hacer que perdiera mi empleo. Entonces, de repente, mi tristeza se convierte en un deseo de venganza. Le digo que si hace que pierda mi empleo yo gritaré a los cuatro vientos su falta de reconocimiento con la ayuda de un abogado, para solicitar un examen de ADN.

—¿Realizaste el examen para exigir tus derechos? —En un tono bastante molesto le pregunta Gianfranco.

—No lo hice. Mi admiración por él se derrumbó en un instante y, a partir de ahí, ya no estaba orgullosa de su herencia genética. Al contrario. Vi un ser abominable que se asusta y acepta mi amenaza. Me estrecha la mano, diciendo “trato hecho” como si se tratara de una transacción financiera. Salgo de allí jurándome que saldré adelante y que me congelaré emocionalmente. No permitiría más maltratos ni humillaciones. Mi relación con mi madre es nula y de su familia no tengo trato con nadie más, excepto con mi abuela, a quien veo

ocasionalmente. Finalmente, me gradúo y, gracias a mi buen promedio, pude conseguir empleo en una multinacional financiera. Ese es mi pasado que tanto me duele.

Los dos, se miran y se abrazan, porque saben que hoy ha sido un día muy importante. Ambos lloran profusamente. Han expresado todo su dolor contenido liberado en el transcurrir de una tarde. Gianfranco, siente que un gran peso sale de su corazón, y que un nuevo ciclo se abre. Valeria expresa su liberación pues no se había atrevido hablar de su vida personal. Observa en la mirada de Gianfranco mucha tranquilidad. De todas maneras, Valeria le pregunta a su amigo:

—¿Has perdonado al hombre que está en la cárcel?

—Él ya salió por su confesión y buena conducta. A veces lo perdono, a veces lo condeno, No tengo un estado definido. Lo único que sé es que el pasado no perdona y que no se puede juzgar. ¿Y en tu caso, has perdonado a tus padres?

—Por lo menos tú tratas de avanzar. En mi caso, no me nace hacerlo. Mi odio se ha convertido en frialdad hacia ellos. Prefiero no sentir nada. Solo indiferencia. Por eso estoy yendo a terapias para transformar esos malos sentimientos en algo bueno. A propósito, Gianfranco, me he dado cuenta de que eres un hombre serio. Te pido que quede esta conversación entre los dos.

El hombre todavía en un estado sensible, le agradece todo, la abraza y dice que descuide, que su vida ha quedado en buenas manos. Se marcha y Valeria queda sola.

CAPÍTULO VII: Divina Juventud

Gianfranco después de visitar a su amiga, llega al café y le pide al mesero que termine de atender por el día. Sube al segundo piso de su local, donde tiene instalado un improvisado hogar. Una cama, un sillón y un bar. Abre la botella de whisky y se acomoda en el sillón comprado de segunda mano. Lloro pues hoy su herida se ha abierto de extremo a extremo. Se dirige a un pequeño mueble, saca algunas hojas en blanco y realiza algunos trazos. Dibuja repitiendo los nombres de Giulia y Gino. Cada vez que termina un dibujo lo lanza al aire. Ya son varios. Bebe toda la botella hasta que se queda dormido. Ya es media noche. El mesero sube al segundo piso, para entregarle las llaves del local. Golpea repetidas veces, pero no hay respuesta. Sin embargo, él empuja suavemente la puerta y el joven Germán deja las llaves en la mesita de noche. Lo despierta suavemente para ayudarlo a desplazarlo hasta la cama, pero Gianfranco bastante alcoholizado repite el nombre de Valeria y le dice al joven:

—Germán, Alcánzame el whisky.

—Don Gianfranco. Por favor no tome más, mejor descanse.

—¡Hazme caso! —Gianfranco ordena de manera molesta.

El mesero no le hace caso porque Gianfranco se queda dormido en su cama y él lo cubre con una manta. Mira el piso, evitando pisar los bosquejos. Ajusta la puerta y se retira. Al otro día, Gianfranco despierta de una gran resaca y le surgen unas incontrolables ganas de comprar un ramo de lavanda para su amiga Valeria, como sinónimo de entregarse mutuamente una parte de sí. Se baña y baja al café y pide un contundente desayuno.

Entretanto Mariano, compra material fotográfico. Él todavía se resiste algo a la tecnología, y prefiere revelar rollos fotográficos en su propio cuarto oscuro con la técnica antigua de impresión. Cuando termina de comprar los materiales pasa por una floristería. Le pide a la vendedora que le preparé un bello ramo de lavanda pues piensa dejarlas en el departamento de Valeria. La vendedora un poco curiosa, le pregunta a quién serán dirigidas y él le dice que siente afectos por una chica. Cuando sale Mariano de la floristería, se encuentra con Gianfranco y se saludan.

—Mariano, ¿Cómo estás? ¡Qué bueno que te encuentro!

—¿Cómo está, Gianfranco?

—Me gustaría hacerte una pregunta: ¿Cómo es que no viste a la chica que atropellaste con tu bicicleta? —Con aire de reclamo pregunta Gianfranco.

—Precisamente le estoy comprando estas flores para excusarme. Le he hecho un daño inmenso, y pienso revertir esta situación.

—Es lo mínimo muchacho. —Gianfranco le da dos palmaditas en el brazo de Mariano y entra la floristería.

La vendedora saluda amablemente a Gianfranco, ya que es un cliente habitual. La mujer siempre le ofrece buenos descuentos. Él le pide un gran ramo de lavanda. La vendedora le pregunta:

—Don Gianfranco, veo que hoy ha comprado más. ¿Entonces esto significa que sí le están correspondiendo?

—Pienso que se debe demostrar los afectos el día de hoy. Mañana es tarde. —Le termina de corresponder con una gran carcajada, paga a la mujer y se va.

La mujer infiere que esas flores son para la joven que ahora anda en muletas. Ella los ha visto con el viejo y ahora con el joven. Se ríe sola, y ubica el dinero en la caja registradora exclamando:

—¡La suerte de la divina juventud!

Mariano llega a su departamento completamente molesto por la palmaditas que recibió de Gianfranco. Lo atribuye claramente a los celos que el viejo pudo sentir de su juventud.

Como él sabe que es bastante atractivo, su ego masculino opaca la inseguridad que sintió por algunos instantes. Se dirige al cuarto oscuro a dejar los materiales fotográficos. Luego busca un jarrón para que las flores de lavanda no se marchiten. Pronto va a la cocina y se prepara un batido proteínico de chocolate y le agrega tres huevos crudos, ya que su secreta pasión es la de cultivar su cuerpo. Después de tomar la bebida, mira su cuerpo. Sabe que es un hombre de muy buena estatura de corte atlético. Piensa un buen rato, buscando una excusa para poder visitar a Valeria. Sin duda le encanta, pero no sabe cómo abordarla. Sabe muy bien que debe aprovechar el tiempo de la licencia médica que le han otorgado a Valeria, pues pronto ella debe volver a trabajar. Antes de llamar a Valeria, se pone muy nervioso, a tal punto que siente que pierde algo de oxígeno. Respira profundo varias veces y hace prácticas gesticulares frente a un espejo que bordea los muros de la sala principal. Los signos de pánico que le produce la simple llamada, lo pone tan tembloroso que logra calmarse con un vaso lleno de agua helada. Se calma un poco, y habla en voz alta para practicar lo que desea decir: ¿Quieres salir a bailar conmigo? y se repite que es un tonto, pues ella no puede ni caminar. ¿Cómo está tu pie herido? y se recrimina por la trillada pregunta. ¿Necesitas algo? Se dice a sí mismo, que la respuesta será negativa pues se ha dado cuenta de que ella es muy autosuficiente. Por último, toma la decisión de ser un poco más directo, y llevarle las flores que ha comprado para ella. En fin, Mariano se enreda por la simpleza del acto de llamar a alguien. Toma el sobre, donde Valeria le escribió su número telefónico. Al marcar el teléfono, sus dedos le tiemblan como a un adolescente. De repente, de manera paradójica, la seguridad vino como un rayo, cuando ella le contesta:

—Hola Valeria, hablas con Mariano —expresa a la joven mientras se organiza la barba que procura mantener organizada.

—¿Cómo estás? cuéntame —responde Valeria, con tono cortante.

—Me gustaría pasar y dejarte algo. No me demoro nada.

—¿No puedes esperar hasta mañana?

—Seré muy breve.

—Bien. Entonces llega a las cinco de la tarde.

—Muy bien nos vemos allá. Hasta pronto.

Mariano no puede creer que ha logrado una cita. Se da cuenta de que el teléfono y sus manos están empapados ya que padece una enfermedad llamada hiperhidrosis. Va hasta el baño y se seca las manos. Se aplica el medicamento en forma de gel y se acuesta en la cama a esperar que sean las cinco de la tarde. Cuando se levanta, busca su mejor ropa para impresionar a Valeria, abre su ropero, pero hay tanto desorden. Hay ropa limpia mezclada con la sucia. Se desespera y la tira al suelo. Entonces, prefiere ir con la ropa que tiene puesta.

Finalmente ha llegado la hora, Mariano llega al departamento de Valeria. Ella abre la puerta. Mariano queda asombrado por su belleza ya que es una chica con una mirada intensa. Esto le produce un nerviosismo que no sabe si puede traicionarlo. Sin embargo, tratando de camuflar la angustia que le produce, le entrega las flores y le dice:

—Hola, un detalle para ti.

—¡Muchas gracias! —La joven intenta disimular la alegría al verlo.

—No pienso demorarme, me gusta cumplir mis promesas. Solo he venido a traerlas.

—¿Cómo sabes que me encanta las flores de lavanda?

—No lo sé. Eran las flores más llamativas del local donde las compré.

—¿Otra coincidencia? —Valeria le pregunta con cierto flirteo.

—Me gustaría que las pusieras en agua fresca.

—Prefiero dejarlas que se sequen. No quiero botarlas. Una vez que se marchitan, igual guardan un olor encantador. —Ella las pone en un jarrón.

—Bien, entonces me voy. Si necesitas algo, no dudes en llamarme.

El joven hombre se retira, ajusta la puerta y se va. A Valeria le parece que ha realizado un acto ubicado y le gusta que su privacidad esté siendo respetada, huele las flores y siente que ya se está acostumbrando a los gestos de Mariano.

CAPÍTULO VIII: Suciedad interior

Valeria contrata un taxi para llegar puntualmente a la oficina. Sus compañeros la reciben con afecto y se ofrecen a ayudarla en lo que necesite. La ponen al día de todo lo sucedido en los días de ausencia y luego se retiran a su labor. Se acerca su jefe a saludarla y le delega tareas a ser entregadas en la tarde. Ella, muy animada trabaja cuidando cada detalle del proceso, pues se trata de proyecciones financieras para un contrato millonario que ha ganado la empresa. A pesar de la disposición de siempre, ella siente que es otra. Ha pasado por tantos eventos en el último fin de semana, ya que se está gestando un cambio interno en ella. Sin embargo, Valeria experimenta una preocupación absoluta por la desorganización de las actividades programadas en su hogar. Piensa en su psicólogo y le envía un mensaje de texto para apartar una cita al final de la tarde. Mientras trabaja, siente una energía diferente. Por primera vez en su vida está pensando en sí misma, pero vuelve a pensar en el desorden que se está generando en su hogar. Realiza su trabajo con el mismo profesionalismo, pero se la pasa mirando el reloj central de la oficina, pues unos deseos inmensos de hablar con el terapeuta la controlan. Quiere hablar cuanto antes y comentarle que su primer ejercicio de liberación fue realizado. Igual, el tiempo pasa volando y llega a su cita con el terapeuta. Llama al taxista para que la recoja. Quince minutos después, llega al consultorio. La secretaria le indica que el psicólogo la atenderá en diez minutos. Los diez minutos se transforman en treinta, y treinta en cincuenta, tiempo suficiente para que Valeria se desespere, ya que no tiene la paciencia para no estar haciendo nada productivo. Finalmente, la secretaria la invita a seguir al consultorio. El psicólogo Isaac Jiménez se excusa y se queda sorprendido por el evidente accidente que Valeria ha sufrido.

—Buenas Tardes, Isaac. —Diplomáticamente saluda Valeria, tratando de encubrir su molestia por el tiempo de espera.

—¿Qué te ha pasado? —Bastante preocupado le pregunta el psicólogo.

—Un accidente saliendo hacia el trabajo.

El terapeuta la ayuda a ubicarse, pero ya Valeria ha ganado cierta habilidad tanto en desplazarse como sentarse. La joven actualiza al psicólogo sobre los hechos que han desestabilizado su cotidianidad. Isaac le expresa que ve algo nuevo en ella. Ella le cuenta de que ha dado un paso importante para romper con su hermetismo y le aclara que por fin le ha contado su vida dolorosa a alguien que también ha tenido un destino trágico. El terapeuta le llama la atención especialmente lo que está hablando en primera instancia:

—¿Valeria, a qué te refieres exactamente sobre la “desestabilización” de la cotidianidad?

—Sí, he logrado estructurar mi vida, desde que dejé el desorden de la casa de mi madre; además, convertí la indiferencia absoluta de mi padre, en una vida organizada, limpia y recta en todo sentido. Especialmente considero que el único lugar que puedo ejercer control es en mi hogar. No soportó que mi casa este hecho un desastre. Desde que me accidenté, no puedo realizar actividades simples como agacharme a arreglar el jardín, aspirar la alfombra o limpiar el polvo acumulado en la biblioteca. No soporto que la taza del café deje marcas en la mesa; claro, lo he limpiado, pero no queda como debería estar: impecable. El hombre la observa fijamente, y todo lo que ella dice, lo plasma en unos extraños símbolos sobre un cuaderno.

—¿La limpieza de tu hogar lo realizas cada fin de semana? ¿Cada tres días? ¿Todos los días?

—Todos los días debo dedicar dos a tres horas de limpieza, a veces puedo durar cuatro horas de limpieza, sobre todo el baño y la cocina. Es indispensable que todo luzca resplandeciente. El punto es que llevo casi cuatro días sin organizar y sinceramente me

parece que todo está en un estado inaceptable. Debo comprobar diariamente que todo esté limpio.

—¿No puedes contratar algún servicio de aseo que se ocupe de las tareas?

—Imposible. No me gustaría contratar a alguien que me ayude a limpiar. Si permito que alguien limpie mi casa, estaría indagando en mi privacidad: leyendo los títulos de mis libros, los nombres de mis películas, los productos, las cajas en las que guardo algunos documentos, escritos, diarios, etc. No soportaría que alguien tocara mis cosas.

—Valeria, ¿qué vas a hacer si tienes tu pie lastimado? No puedes controlar las cosas que demanda tu hogar. ¿Qué harás?

—No sé, pero trataré de limpiar mi hogar lentamente. El problema es que esta mañana me dio una ligera explosión de cólera, viendo la acumulación de polvo que tienen las sillas de madera del comedor. Quería limpiar, pero como le digo, todavía siento dolor en flexionar.

—Valeria, has analizado ¿qué significa la limpieza excesiva que aplicas en tu vida cotidiana? —El psicólogo le pregunta mientras continúa rayando el cuaderno, con exagerados trazos.

—Puede ser... ¿Control, orden, seguridad? —Valeria le intriga lo que hace el psicólogo.

—Sugiero que analices profundamente también otra pregunta ¿Qué intentas eliminar de tu interior?

—¿Está intentado decir que existe suciedad en mi interior?

—No lo he dicho yo. Lo has dicho tú.

La joven se molesta por las preguntas psicológicas. Justo en aquel momento, termina la sesión. El psicólogo le recomienda que reflexione y comparta las conclusiones a las que ella ha llegado próximas sesiones. Valeria se retira indignada mientras él continúa consignando la sesión en el cuaderno, esta vez con una rara caligrafía.

CAPÍTULO IX: Romance Lunático

Los días y las semanas transcurren para Valeria. Ella ha preferido ignorar la tarea que le ha dejado su terapeuta. De todos modos, reflexiona la relación entre ser excesivamente prolija y su mundo interior. A veces se resiste a creer aquellas inferencias del psicólogo. Llega la conclusión que está ofendida. Después piensa, y se pide a sí misma, ser objetiva con el análisis. Después de la sesión, han pasado muchos días, y ella no responde las llamadas del terapeuta. Un día llega tarde a su casa, pues hubo una junta extraordinaria sobre unas decisiones tributarias que se determinaron a última hora. Camina con un poco más de normalidad pues en la última visita al doctor, este le ha retirado la férula. Su pie ha tenido una leve recuperación, así que ha dejado las muletas. Se desplaza hasta su jardín con un recipiente lleno de agua para regar sus plantas, y se da cuenta en el trayecto que algunos almohadones del sofá han sido cambiados de lugar. Esto le produce tal ira que termina por mojar la alfombra. No le queda más remedio que limpiar y secar.

En pleno momento irritable llama Mariano y le pregunta si quiere comer algo ligero. Ella le responde de muy mala manera, pero él logra calmarla y le propone arreglar el mal rato con una deliciosa pizza. Ella accede y toma su abrigo para encontrarse con Mariano.

Se encuentran en la pizzería del barrio, un lugar bastante pintoresco, con ambiente tenue. Valeria encuentra precioso el lugar y el mal momento que ha pasado en su departamento se ha desvanecido. Mariano le propone si desea acompañar la pizza con vino o bebida gaseosa. Ella elige vino. Mariano entonces ordena la pizza al gusto de Valeria y el mejor vino de la casa. Valeria no puede evitar que le guste el galanteo. Por lo tanto, le pide que le dé un momento para ir al baño. La joven aprovecha el momento para perfeccionar su maquillaje y aplicar discretamente un discreto perfume que guarda en su cartera. Luego, ella regresa y encuentra una bonita mesa con una deliciosa pizza mediterránea y un vino chileno. Las conversaciones, risas y coqueteos están a la orden de la noche. Mariano, en un tono bastante caballero, le dice al mesero que él se encargara de la atención de la mesa. Mientras charlan animadamente. Valeria se da cuenta de que ha recibido un mensaje de Gianfranco. Ella discretamente apaga el celular. Entretanto, Mariano se encarga de servir las copas y los platos. Valeria entre risas expresa que se siente algo mareada, pero ella le atribuye aquella sensación al vino pues ya ha bebido más de tres copas. La atracción de los jóvenes no da más espera. Se quedan mirando fijamente, tratando de adivinar quién dará el primer paso para el primer beso. Ella no aguanta más y es ella quien lo besa apasionadamente. El joven paga la cuenta, y caminan por el parque como un par de enamorados. Mariano está muy pendiente del pie de Valeria y dice que tenga cuidado al caminar. Paran un instante y le señala cuán grande está la luna. Escuchar esto para Valeria, siente que su pasión se exagera más y dice que con razón está viviendo un romance lunático. Los deseos se hacen más incontenibles. Valeria, decidida, le propone que vayan a su departamento. Ella lo invita a seguir, y saca de un pequeño mueble un vino que no había abierto desde la navidad. Saca las dos copas y Mariano se ocupa de servir las. Se sientan en el sofá. Entre copas y besos terminan en la habitación. Cuando Mariano entra a la habitación, se da cuenta de que hay un gran espejo y esto lo hace enloquecer aún más de deseo. Valeria se asombra del cuerpo atlético de Mariano y le confiesa cuánto le gusta. Hacen el amor hasta las cinco de mañana. Mariano se queda dormido, pero Valeria está despierta pues no da crédito en lo que ha sucedido. Sabe que tiene que dormir un par de horas antes de ir a la oficina, toma el brazo de Mariano y logra conciliar el sueño.

Pasan los días y el romance se consolida aún más. Comparten más tiempo juntos, y después del trabajo, van al cine. Otros días, Valeria, lo invita a pequeñas cenas improvisadas en su hogar. Un día, Mariano le informa a Valeria que no podrá estar con ella el jueves por la tarde, pues deberá cuidar a su madre. Valeria le dice que no hay ningún problema y piensa

que esta situación será favorable para oxigenar la nueva relación tan intensa que se ha formado.

Como de costumbre, Valeria llega a su casa, y se da cuenta de que no tiene el mismo aire de organización. En la cocina, se percata de que los cubiertos han sido intercambiados de lugar y en la habitación, sus prendas de vestir están cambiadas de posición en el ropero. La nueva situación le genera muchísima sospecha e incluso miedo, porque su primera reacción es pensar que alguien ha entrado a su casa. Los extraños intercambios le producen un mayor estado angustiante cuando entra a su habitación y ve algo que la asusta aún más: puertas del ropero abiertas de par en par con algunas prendas de ropa interior caídas en el suelo.

CAPÍTULO X: Bonsái Q.E.P.D.

Han pasado ciertos detalles que se escapan del orden exhaustivo que intenta supervisar diariamente la joven. Concluye que está distraída por el cambio de rutina que le ha impuesto el accidente en el pie y su nuevo romance. La tranquilidad se difumina y la invade nuevamente la angustia. Nada en esta serie de eventos le parece lógico; la situación con los sobres y bosquejos de ojos que ha recibido y detalles del hogar, que están cambiados de lugar o dirección. Todo esto la pone muy nerviosa. Intenta calmarse, pues sabe que ha habido cambios importantes en su vida, la recuperación lenta de su pie, su nuevo romance y los nuevos horarios en la oficina, así que logra convencerse, que lo sucedido es producto de su distracción.

Pasan algunos días. Las rutinas laborales agotan un poco a Valeria, pero con energía para ocuparse de su jardín. Le pide perdón a sus plantas y árboles, especialmente a su bonsái, expresándoles que no ha sido “una buena madre jardinera”. Poda, riega y limpia. Está contenta porque puede flexionar su cuerpo suavemente pues, poco a poco, ha podido recuperar la fuerza de su pie. De repente se acuerda de su psicólogo. Tiene un pequeño remordimiento por no responderle las llamadas. Toma su teléfono y le envía un mensaje de texto, indicándole que cuando esté preparada para contestar la última pregunta, retomarán las sesiones. De repente, suena el teléfono.

—Valeria, ¿Cómo estás? Quiero proponerte algo.

—¿Mariano, ¿Qué estás pensando?

—Aprovechando que vives en el barrio de mi madre, quisiera que me acompañaras a verla. Quiero presentártela.

—¿Esta misma tarde?

—¿Es posible?

—Para mí es un honor conocer a tu madre.

—De acuerdo. Paso al medio día. Ella va a prepararnos un delicioso almuerzo.

Después de la inusitada propuesta, Valeria busca su mejor vestido y se alista para ir a la cita. Está algo nerviosa, pues le luce apresurada la propuesta de Mariano y se cuestiona el haber aceptado. No quiere tener “familia política”, le desagrada todo tipo de compromiso familiar.

A la hora, vuelve a llamar Mariano:

—Valeria, se cancela la cita.

—¿Qué ocurrió? Te escucho nervioso.

—Debo llevarla a la clínica. Siente una opresión fuerte en el pecho.—Le aclara Mariano, quien suena realmente muy preocupado.

—¡No puede ser! Déjame acompañarte.

—No, a mi madre le gusta su privacidad, más en temas de salud, y no me gustaría molestarla con eso.

—Por favor, te pido que me mantengas informada.

—Te prometo pasar por tu departamento tan pronto pueda.

Valeria cuelga el teléfono y su vestido. A pesar de que no le gustan los compromisos familiares, se preocupa por la desconocida señora. Se pregunta si se trata de un ataque al corazón. Igual, al poco rato su nerviosismo desaparece. Se pone ropa cómoda y va al supermercado a comprar algunos quesos y vinos para Mariano. Hace una pequeña parada en el café de Gianfranco. Él se alegra de verla nuevamente. No pueden conversar mucho porque es un día particularmente ajetreado para él. Se despide Valeria y regresa a su departamento.

Cuando abre la puerta, Valeria no da crédito lo que ve: sus plantas de fresas están regadas por todo el departamento, la tierra húmeda esparcida por la alfombra y el recién

podado bonsái encima de su hasta hace poco organizada cama. Ella grita y llora de dolor por lo que le han hecho. Definitivamente, se convence de que no es una distracción de su parte y que se trata de un acoso. Alguien la está hostigando. Reúne mentalmente los eventos desde las extrañas tarjetas con los ojos dibujados y las cosas cambiadas de lugar. Toma un cuchillo para que la acompañe a revisar todos los espacios del departamento y se cerciora que no haya nadie. Llama a Mariano angustiada y le cuenta lo que ha encontrado. Él, preocupado, le dice que, todavía está en el hospital, pero que, en cuanto deje a su madre estabilizada, irá a buscarla. También le dice que se tranquilice y vaya al café, porque allá estará segura, y que por nada del mundo se quede en el departamento. Mariano teme por su seguridad y la calma, prometiéndole cuidarla toda la noche. Valeria va llorando hacia el café:

—¿*Tesoro*, que te pasó? —Asombrado recibe con los brazos abiertos a Valeria.

—¡Horrible! Gianfranco. Han entrado a mi departamento y destrozaron mi jardín. Se ensañaron con mi amado bonsái.

—¡Oh ven aquí, *Tesoro*! —La consuela abrazándola con mayor fuerza.

—Alguien me vigila, me acosa. ¡Qué clase de enemigo me he ganado! —Llora la joven amargamente.

—Ven siéntate. —Ubica a Valeria en la mesa de siempre.

Valeria le cuenta los sucesos extraños en su departamento. A la hora, llega Mariano al café, quien la besa y la consuela. Gianfranco comprende de inmediato el motivo de la ausencia de Valeria. Se sorprende un poco de la actitud de su amiga y se cuestiona el por qué no le ha contado acerca de su nueva relación, luego de la cercanía que habían logrado después de la confesión conjunta de sus vidas privadas. A pesar de esto, Gianfranco le promete a Valeria que, frente a cualquier situación que pasé, él irá a protegerla. La nueva pareja sale del café. A Gianfranco no le gusta la nueva actitud de Mariano. Mariano también mira con recelo al dueño del café.

La pareja llega al departamento y él limpia todo el desastre mientras Valeria se lamenta por la destrucción de su jardín, especialmente por el bonsái que tanto amaba. Lo toma y las raíces están destrozadas. Debajo de la tierra húmeda, ella encuentra una hoja con un bosquejo del ojo. Esto último la pone aún más nerviosa y definitivamente se convence que es un acoso. Alguien ha entrado en su casa. Valeria no puede dejar de llorar y pone al destrozado bonsái en una bolsa, dejándolo en el balcón. Afectada le dice “que en paz descanses” a su bonsái. Mariano le pregunta si tiene enemigos y ella sospecha de un grupo de colegas que le tienen envidia, pues no sabe a quién más relacionar. Luego la llama Gianfranco y le pregunta lo mismo. Además, él le dice, que quizás sean unos delincuentes que frecuentan departamentos cuando los dueños no están. Ella queda confundida y sospecha aún más. Entonces, decide llamar a la policía y Mariano la apoya. Llegan a los diez minutos. Valeria muy nerviosa, les cuenta los hechos desde los extraños dibujos del ojo, los cambios de posición de ciertos objetos de la casa hasta la destrucción de su jardín. A ellos se les parece menor la escena y le restan importancia al asunto, diciendo que lo del bonsái destrozado ha debido ser una broma de mal gusto o que alguien habrá entrado a robarle, pero, al no haber visto nada de valor, se vengaron ensuciándole el departamento. Valeria les afirma que ningún objeto de valor se encuentra en el departamento. Los agentes de policía concluyen que hicieron todo eso para molestarla. Al ver que Valeria no queda satisfecha con sus explicaciones, le aclaran que es normal que los ladrones hagan cosas así, como ensuciar las paredes, dejar las heladeras abiertas para que todo quede mojado, romper vidrios, orinar en los rincones, etc. De todas maneras, ella insiste con el dibujo que encontró debajo del bonsái destrozado y ellos les interpretan como la extensión de una paranoia. Se retiran y Valeria queda inconforme con la actitud incrédula de los policías. Mariano le pide que se calme, y le dice que es preferible tomar decisiones con la mente descansada. La

convence. Ambos terminan de limpiar el desorden creado. Llega la noche, y Mariano la abraza todo el tiempo y se queda con ella, como él lo ha prometido.

A la mañana siguiente, un precioso día de domingo, nada logra animar a Valeria. Deja de prestar atención a la rutinaria organización de su hogar. Se convence que aquella supervisión que controlaba a diario en su departamento le está ocasionando estragos mentales. Advierte que verificar la posición de los objetos se está convirtiendo en una tortura. Mientras ella realiza las revisiones, Mariano la observa y le formula una pregunta inquietante:

—Valeria, espero que no te molestes con mi pregunta: ¿no será que tú estás haciendo estos actos vandálicos y no te das cuenta?

—¡Qué insensibilidad! ¿Qué me estas intentando decir? ¿Qué estoy loca? —Furiosa, le pregunta.

—Lo pregunto porque la cerradura no está violentada. He preguntado a los vecinos y no han visto algún sospechoso entrando al departamento.

—¿Sabes qué? ¡Quiero que te vayas de mi departamento y me dejes sola!

—Valeria, solo digo una posibilidad.

—¡Vete! —Valeria le señala la puerta.

El hombre no puede creer la actitud de Valeria. Toma su abrigo y se va. Valeria va hacia la cocina, saca un cuchillo aún más grande y lo pone en la mesa de la sala, en caso de que vuelva el acosador.

CAPÍTULO XI: Espectros de paz

Gianfranco cierra el local a las doce de la noche y sube las escaleras que dan a su hogar. Le agrega un poco de whisky, pero esta vez al café. Termina de leer su periódico vespertino de suscripción. A él le encanta leer tanto en la mañana como en la noche. Toma un poco del café *Irish* y recuerda que se ha prometido a sí mismo dejar paulatinamente el alcohol, pero sabe que no podrá ser de golpe. A pesar que Valeria tiene una nueva pareja, él la extraña profundamente. Se sienta en su viejo sillón y luego recuerda una obra musical en piano del maestro ruso Rajmáninov. Se dirige a un viejo baúl y le da alegría encontrarlo. Pone en el viejo tocadiscos *Preludio en do sostenido menor*. Se emociona al escucharlo, pues esta obra le ayudaba a aplicarse con gran concentración cuando trabajaba con su esposa. De repente, le surgen unas ganas inmensas de dibujar mientras escucha otras obras prodigiosas, como *Nocturnos* de Chopin. Tiene tanta inspiración que dibuja bellamente el rostro de su amiga Valeria. Cuando lo termina, lo guarda en un libro para después entregárselo. Las obras musicales lo transportan a la época cuando trabajaba en el taller del maestro Enrico. Recuerdos felices inundan de emoción a Gianfranco. Dibuja a Giulia, luego a su hijo, Gino. No puede creer la fidelidad de los rasgos fisonómicos que ha logrado. Al terminar de dibujar se queda dormido, y tiene el siguiente sueño: una figura transparente se le acerca. Gianfranco reconoce a Giulia observándolo con amor, aparece luego su hijo, con gran felicidad en los ojos. De repente, un calor especial envuelve al cuerpo de Gianfranco. Se despiden las dos figuras señalándoles el corazón. Gianfranco se lleva las manos al pecho. El sueño se acaba, dejando detrás de sí una sensación de calma en la habitación. Gianfranco duda si ha sido un sueño o una visión, por la nitidez de la imagen. Sabe que está tomando menos alcohol, así que no puede atribuir aquella escena a posibles distorsiones de la realidad. Queda en un estado de indescriptible felicidad. Percibe que una luz nace en su interior. Quisiera llamar a Valeria, pero sabe que es tarde, además, con su nueva relación, prefiere ser prudente. Siente que la música le ha abierto todos los sentidos, así que decide pintar rápidamente lo que ha visto. Termina los bosquejos y los guarda en una carpeta. Gianfranco sabe que esta noche marca un antes y un después en su vida. Pues no los había soñado desde la pérdida familiar. Ha concluido que la liberación y los pasos del perdón hacia sí mismo le están permitiendo ver a su familia difunta. Decide volver a dormir y trata de repetir en su mente aquellos espectros de paz, hasta caer nuevamente en un sueño profundo. Al otro día Gianfranco despierta muy emocionado por la visita del más allá. Pero no sabe cómo interpretar aquella señal que sus familiares hicieron. Se levanta con una felicidad que no experimentaba hace más de diez años. Decide ir a la marquetería para solicitar que los dibujos que se plasmaron de las visiones y el dibujo del rostro de Valeria sean enmarcados. El dueño de la marquetería felicita a Gianfranco y le da su opinión:

—¡Excelentes retratos!

—Muchas gracias.

—¡Qué hermosas mujeres!

—¡Sin duda!

—Hay un especial brillo en los ojos de la mujer joven.

—Sí, es una mujer bastante lista.

—En cambio en la otra mujer tiene una mirada serena.

—Creo que he podido plasmar la personalidad de estas increíbles mujeres.

Gianfranco se regocija al escuchar los comentarios del hombre. Piensa que sus talentos aún están intactos. Regresa al café con las nuevas enmarcaciones y las guarda en su habitación. Baja al café y se dispone a trabajar. De pronto entra el mesero con una gran caja de provisiones. Recuerda que tiempo atrás habían conversado sobre el significado de los

sueños. Sabe que tiene confianza con su empleado pues es discreto y responsable. No hay mucha afluencia en el café, así que decide llamarlo:

—Germán, tengo una duda, pero no es de tipo laboral. —Gianfranco finaliza la oración con una risa nerviosa.

—Cuénteme jefe, ¿le ocurre algo?

—Estoy bien. Solo que anoche tuve un sueño o una visión. Todavía dudo de ello. Lo único que puedo asegurar es que me inquieta.

—Cuénteme su sueño.

—Unos familiares fallecidos señalaban mi corazón y luego se despedían pacíficamente ¿cómo interpretas tú este sueño?

—Los sueños se convierten en lugares etéreos para encontrarnos con nuestros seres queridos que han partido a otros planos. Tengo la creencia que nuestros “muertos” regresan para advertirnos de algún acontecimiento que podría afectar nuestra vida. Si han señalado su corazón, considero que ellos intentan entregarle un mensaje de protección emocional. Pase lo que pase ellos estarán protegiéndolo, en caso de algún incidente emocional. Claro está que también pueden hacerle entender que cuide su corazón físico. Don Gianfranco, es mi interpretación. Usted tiene otra cultura, pero en la mía, damos importancia al mundo espiritual.

Gianfranco agradece la interpretación y le pide a Germán que regrese a sus actividades. Queda aún más confundido. Se formula las siguientes preguntas: ¿Su salud corre peligro? ¿De quién deberá protegerse emocionalmente? ¿Quién le hará daño? ¿Qué incidente podría pasar en sus primeros momentos de paz?

CAPÍTULO XII: Burla a la cordura

Transcurre un par de días. Una cierta normalidad regresa al departamento de Valeria pues al parecer la misteriosa presencia no ha dejado signos de aparición. No obstante, aquel lugar impecable pasa a ser un lugar desordenado, con mucha acumulación de polvo y ropa sin organizar. El jardín está completamente olvidado y las fresas empiezan a secarse. Valeria sabe que el último evento de su jardín destruido la ha hecho descuidar el hogar. Por otro lado, le remuerde haber gritado a Mariano. Lo llama y este no contesta. Se desespera y vuelve a intentar el llamado una hora más tarde. No lo consigue. Pasa la tarde deprimida y la soledad la carcome. Llega la noche y, preocupada por Mariano, vuelve a marcar y este le contesta:

—¿Aló?

—¿Por qué no contestabas? Te he marcado todo el día.

—Me dijiste que me fuera de tu casa. Eso hice.

—Discúlpame, estoy teniendo reacciones que yo misma desconozco.

—Entiendo. Pero no tienes derecho a tratarme de esa manera tan hostil.

—Ven. Hablemos.

—No puedo. Estoy ocupado.

—¿Después vendrás?

—Sí. Por favor cuídate.

Valeria, se percata que todavía Mariano está dolido por su reacción. Se avergüenza. También tiene otro remordimiento pues se ha olvidado completamente de Gianfranco y de sus clases de italiano; luego, piensa que Mariano no es muy conversador como antes, pero si sumamente afectuoso. En esa parte, ella realiza comparaciones. Con Gianfranco, hablaban tantos temas tan profundos con gran complementación intelectual. Con Mariano existe una química increíble, difícil de ignorar. En plena reflexión, recibe un llamado de Gianfranco quien le pide si puede visitarla al otro día. Valeria se alegra y dice que puede venir. En ese justo momento llega Mariano al departamento y Valeria le da un gran beso, y él le corresponde. Olvidan el disgusto y se reconcilian. Ella le prepara una rápida cena y le dice:

—Mariano, antes que lo olvide: mañana no podemos vernos.

—¿Por qué? ¿Ahora qué pasa?

—Mañana viene Gianfranco. Quiero compartir con él. Se ha portado muy bien conmigo y no quiero que sigan pasando las semanas sin verlo.

—¿No puede venir entre semana? Los fines de semana siempre lo pasamos juntos.—De manera celosa, expresa Mariano.

—Lo tengo abandonado. Debes entender.

Mariano le pide disculpas a su novia, por su reacción algo posesiva. Le expresa que lo entienda pues prácticamente él está viviendo en el departamento, con la diferencia que él duerme donde su madre. Ella encuentra la razón a Mariano, pero le pide que también la comprenda ya que Gianfranco es una parte muy importante de su vida.

Al otro día Mariano está muy aburrido. Va a la floristería a comprar algunas rosas para su madre. Durante el trayecto reflexiona que está muy acostumbrado a la presencia de Valeria en su vida. Así que decide ir a su departamento a encerrarse en el cuarto oscuro a revelar algunos rollos que tenía en su bolso. Mientras que retoca algunas fotos, siente celos al pensar que Gianfranco irá al departamento de su novia. Así que decide llamar a Julián, un amigo que también se dedica a la fotografía. Lo convence a tomar algunas cervezas. Una hora más tarde, llega su amigo y Mariano lo invita al cuarto oscuro donde también tiene un muro con un gran espejo.

Los dos amigos hablan de todo un poco. De repente, Mariano cambia de actitud y su amigo le pregunta qué le pasa:

—Confieso que a pesar de que siempre me ha ido bien con las mujeres, no estoy muy seguro por Valeria. Siento incertidumbre en la relación que ambos estamos iniciando.

—Mariano, ¿pero tu relación es seria para hablar de esta forma?

—Esta relación es especial. Pero tengo otra confesión. Estoy celoso de Gianfranco.

—¿El italiano viejo del café?

—Sí.

—Creo que es un poco mayor para tu novia. —Su amigo lo dice en tono burlón.

—¿Qué tiene que ver la edad? ¡No seas ridículo! En fin. Tengo además celos profesionales he visto en sus cuadros un don increíble en sus trazos.

—Eres fotógrafo. Tienes otro talento que no se puede comparar a la pintura.

—Estudíé fotografía porque encuentro que es una manera de plasmar la realidad automáticamente a diferencia de los artistas plásticos que pueden hacerlo sin necesidad de tecnologías.

—Mejor tómate una cerveza y relájate. Disfruta tu relación, sin analizar el futuro. Además, lo más incierto son las relaciones amorosas y que no queda más camino que vivir el romance del presente.

—¡No soporto tus ideas desprendidas! —De repente, se le desencadena a Mariano, la hiperhidrosis de las manos. Toma unas toallas y se las seca. Julián ya conoce la afección de Mariano, y sabe que solo le pasa cuando las emociones son muy extremas, por tanto, le cambia de tema, para que no sufra más. Termina la visita y Julián se va.

Simultáneamente, Gianfranco llega al departamento de Valeria. Se da cuenta de que aquella pulcritud del departamento ha desaparecido. Ve muchos platos y vasos sin lavar y la basura está atiborrada de cajas de comidas rápidas. También observa que el jardín está completamente seco. Valeria se da cuenta de lo asombrado que está Gianfranco, pero ella lo ignora. Ella lo invita a sentarse, y ella recibe el cuadro con un bonito papel de regalo:

—Toma mi amiga, ábrelo, lo pinte pensando en ti.

—¿En serio? ¿Qué has hecho? —Sorprendida Valeria abre su regalo y se queda mirando el retrato con ternura.

—¿Qué opinas? —Con el ánimo de saber pronto la impresión del retrato, Gianfranco evidencia cierta ansiedad.

—¡Que puedo decir, ¡Estoy sin palabras! ¡Tienes una habilidad increíble en plasmar mi mirada!

—¡Lo más lindo que tienes en tu cara, son tus ojos!

—Muchas gracias, Gianfranco. —Con mucha emoción deja el cuadro al lado de la pared.

—Además, tengo otro regalo, pero este no es tan artístico.

Le entrega una bolsa con un delicioso emparedado y un café en un pequeño termo. Valeria ríe con el comentario simpático y Valeria guarda su comida en el refrigerador. Pero también se da cuenta de que dentro de la bolsa está el periódico del día y se lo devuelve a Gianfranco, él lo toma, y lo pone en la mesa de centro, diciéndole que lo quiere compartir para que no se aburra. Conversan de temas cotidianos. Gianfranco, de repente, cambia el tema:

—El motivo del regalo, es para agradecer tu interés en mi curación personal. Desde aquel día de nuestra conversación, Me han pasado cosas extraordinarias.

—¿Ahora cómo te sientes?

—Encuentro que me he perdonado. Haber enfrentado mi dolor, ha logrado que observe mi tragedia como un regalo divino.

—¿A qué te refieres?

—Valeria, espero que no pienses que estoy loco, pero una noche, estaba con una gran inspiración. Te pinté a ti, luego a mi esposa y a mi hijo. De repente, tuve un sueño o una

visión. Me confundo porque las escenas fueron muy nítidas: dos figuras de luz aparecieron delante de mí. Eran mi esposa y mi hijo, con sus miradas, yo los percibí en estado de paz. Era una clara escena cuidándose uno al otro. A mi esposa la vi muy joven. Súbitamente, aquella brumosa escena, se dispersó, e inmediatamente la plasmé en otro dibujo.

—¿Tienes los dibujos aquí?

—No. Los tengo en el café. Cuando vayas te los enseñaré.

—¡No sé qué decirte, esto es increíble!

Gianfranco de forma poética, describe a Valeria, el nuevo hombre que es. Él está tan emocionado que no para de hablar. Pero Valeria se da cuenta de algo extraño en el periódico, hay un dibujo, del mismo ojo, algo garabateado que le han dejan en el departamento. Ella entra en pánico, y trata de disimular su miedo. Ella pretende que lo escucha, tratando de ocultar su miedo, pues piensa que en cualquier momento puede atacarla. Se convence definitivamente que el acosador es su amigo. Mira el cuchillo que dejó en la mesa. Valeria lo interrumpe, y le hace saber que le ha vuelto el dolor en su pie y que desea ir a descansar. Gianfranco comprende, toma su abrigo y se va. Valeria verifica por la ventana si se ha ido del edificio y luego se lleva las manos a la cabeza y llora. No puede creer que al hombre al que le ha dado toda la confianza, esté desquiciándola. Vuelve a mirar ese dibujo extraño en el periódico. Piensa que detrás de tal caballerosidad se encuentra un hombre desequilibrado. Se altera bastante, toma el teléfono, y llama rápidamente a Mariano. Él la escucha agitada y este a su vez, corre a su auxilio. Mientras que llega Mariano, Valeria tiene un ataque de ira y se dirige hacia el retrato pintado por Gianfranco estrellándolo contra la pared. En ese justo momento, entra Mariano y no da crédito de los que está viendo:

—Valeria ¡Cálmate! ¡Te puedes lastimar! —Mariano la toma por los brazos y la contiene.

—¡Ya sé quién es la persona que me quiere enloquecer! —Afirma Valeria desconsoladamente.

—¿Quién es?

—¡Es Gianfranco!

—¿Estás segura? ¿De dónde sacas tal afirmación?

Valeria le cuenta todo lo que pasó, los detalles de la historia psicótica de los espectros, el periódico con el ojo garabateado y el regalo. Mientras Mariano escucha, se enfada mucho y califica a Gianfranco de loco y cínico. Al mismo tiempo, llama la atención a Valeria por la destrucción del retrato, ya que la policía podría haber cotejado los trazos del retrato con el garabato del periódico. Ella le encuentra la razón y busca una bolsa para guardar el retrato. Mariano, con expresión preocupada en su rostro, se acerca a Valeria y dice que tiene que saber algo más:

—¡Ya no puedo resistir nada más, Mariano! ¡Pero te exijo que me cuentes ya! —La histeria apresa a Valeria y su cara está irreconocible.

—No te molestes con lo que te voy a decir, pero cuando llegó el día en que nos conocimos ya sabía tanto de ti que en ningún momento te sentí una persona nueva —le dice el joven, con cierto temor a nuevas reacciones.

—¡No puede ser! ¡Mi intimidad al descubierto! ¿Cómo lo sabías? —El llanto se hace más frenético mientras Mariano la abraza.

—Yo frecuentaba el café antes de conocernos. Gianfranco mencionaba tu nombre por cada oportunidad de charla con los clientes. No paraba de hablar de lo bella que eres. Sin embargo...

—¿Sin embargo qué? —La joven le insiste que termine la idea pues Mariano se complica en terminar la idea.

—Sin embargo, reía de tu prolijidad, pero destacó tu profesionalismo laboral y tu amor por la cultura italiana. Él está obsesionado contigo ¡Pero, por favor no llores más!

—¿Cómo quieres que no llore? ¡Si mi vida ha sido expuesta por todo el barrio! ¡Gianfranco fuera que está psicótico, además es un indiscreto! ¡Me ha traicionado! ¡Jamás no lo hubiera creído de él! ¡Se burla de mi privacidad, de mi hogar, de la cordura! ¡Ahora entiendo todo! Haciéndose pasar como un padre comprensivo, tratándome supuestamente como una hija. ¡Y resulta que, para rematar, Gianfranco está obsesionado conmigo!

Mariano la alza en brazos y la lleva a la habitación, la cubre de mantas y almohadones para que termine de desahogar todos esos sentimientos decepcionantes. Le prepara un té de canela que él mismo se la da. En definitiva, ella se queda dormida y él se queda al lado de ella, cuidándola.

CAPÍTULO XIII: *Addio Italia*

Después de lo sucedido, algunas semanas transcurren con cierta calma. Valeria intenta poner de su parte para reconstruir su cotidianidad. Mientras trabaja, los recuerdos intermitentes con Gianfranco se hacen más intensos. Se promete a sí misma que hará lo posible para evitarlo, de hecho, ha cambiado las rutas para llegar al trabajo; sabe que deberá dar una gran vuelta a la manzana para evitar algunos posibles encuentros con Gianfranco, como la panadería donde encarga la pastelería para su negocio y esto le demandará caminar por otro barrio. Pero no le importa. Pues está completamente decidida a no hablar más con el hombre italiano. Tanto ha sido el impacto que ha reunido todo el material que ha comprado para el estudio de la cultura italiana y lo ha puesto en una gran caja para donarlo a la biblioteca municipal. Descubre en ella misma, una faceta radical para poder olvidar este amargo ciclo de su vida. Quiere cerrarlo a como dé lugar. Mariano se ofrece a llevar los libros a la biblioteca, sin embargo, le pregunta si está segura, ya que él piensa que la cultura no tiene nada que ver. Ella está tan determinada que hasta su pequeña colección de películas italianas las pone en una caja para realizar otra donación. Sin embargo, algunos momentos de negación se apoderan de ella, pues resiste a creer que Gianfranco se ha obsesionado con ella. Van a la biblioteca juntos y hacen la donación. Luego, regresan al departamento, y Valeria con cierta sensación persecutoria revisa el orden de su hogar y se da cuenta, que la normalidad comienza a establecerse. Mariano, por su parte dice que necesita hablar con ella:

—Considero que debí omitir la parte en que te comenté que Gianfranco contaba tu vida en el café. Observo que esto te ha causado más dolor que los daños materiales.

—Es verdad. No sé qué es más doloroso: que haya contado mi vida, o haberlo considerado alguien cercano a mí. Esto es un tema cerrado para mí. Es una mala experiencia, la cual deberé con el tiempo comprender las lecciones que debo aprender. Mariano la abraza y de regalo le trae unos chocolates para intentarla sacar de esos estados de tristeza que la ha caracterizado las últimas semanas. Mariano dice que debe ir a la farmacia a comprar los medicamentos a su madre y que deberá dejarla. Valeria, le dice que no hay problema. Se despiden y vuelve a recordarle que no dude en llamarlo. Dos horas más tarde, El teléfono de Valeria suena. Ella toma el teléfono y en la pantalla aparece el nombre de Gianfranco. Ella lanza el teléfono al sofá, y corre a la habitación a esconderse. Nuevamente suena una segunda vez y esta vez deja un mensaje de voz donde expresa que está preocupado pues no la visto por el barrio. Ella revisa las puertas y ventanas pues tiene miedo que la ataque. Recuerda que él le ha contado que estuvo en un centro psiquiátrico después de la muerte de su familia y se lamenta no haber considerado este punto. Sin embargo, no desea molestar a Mariano, pues está con su madre cuidándola. Pues ya tuvo suficiente haberlo sacado del hospital en plena urgencia. Se calma. Toma un gran vaso de agua fresca. Decide ir a la cama y se dispone ver televisión para olvidar el susto del día. Las dos tardes siguientes, Gianfranco va hasta su departamento, para intentar hablar con su amiga. Es inútil. Valeria hace caso omiso y por supuesto trata de no hacer ruido para que él piense que ella no está.

Al otro día por la tarde, Mariano la llama para decirle que la galería fotográfica le ha comprado algunas obras, y desea enseñárselas. Ella dice que será un gran gusto ver su exposición. Van juntos a ver la obra. Entran a la galería y Valeria observa que cada lienzo fotográfico está marcado con el nombre de Tomás Torres.

—Mariano, ¿es tu seudónimo artístico Tomás Torres?

—Sí, ¿No lo sabías?

—Nunca me lo habías contado.

—Pero si te lo conté desde el principio. Tal vez no lo recuerdas.

—Creo entonces que estoy perdiendo la memoria después de lo que me ha venido ocurriendo.

Recorren la galería y observan cuadros de detalles urbanos y la lucha de la naturaleza verde con las ciudades de cemento. Él le da un pequeño recorrido, explicándole cada foto. Salen de la galería, y Mariano se despide de la mujer que les abre la puerta de salida. Valeria lo felicita, pues encuentra que su obra revela un gran significado que revela el afán del hombre a pavimentar cuanta superficie natural encuentre. Dice que no quiere entrar en profundos análisis pues no quiere pensar. Los últimos eventos la han dejado agotada. Mariano dice que le tiene otra sorpresa, pero que deberán recogerla en la floristería del barrio:

—No quiero ir allí. Gianfranco frecuenta mucho ese negocio.

—Considero que no debes darle el poder del territorio pues tú perteneces al barrio.

—Posiblemente se encuentre en la floristería.

—A esta hora el café debe estar más lleno que nunca. No tengas miedo. Yo te protejo.

La vendedora abre las puertas del local, y saluda a Mariano con mucha cordialidad. Valeria mira la lavanda de una manera muy melancólica, pero el joven la sorprende con la compra de un bonsái. Ella fascinada con el regalo le da un gran beso. La vendedora de flores los felicita por la bonita pareja que han hecho. A Valeria no le gusta el comentario de la mujer pues la encuentra indiscreta. Mariano igual le agradece el comentario a la vendedora y se muestra muy orgulloso de la relación. Cuando cruzan la calle, observan que Gianfranco sale del café, gritando el nombre de Valeria. La joven bastante atemorizada le pide a Mariano que aligeren el paso, pues quiere evitarlo. Gianfranco, se queda pasmado que Valeria lo haya ignorado. Sin embargo, piensa que no lo ha escuchado porque algunos coches han pasado a cierta velocidad, y esto no permitió que la joven haya escuchado su nombre. La pareja llega al departamento. Valeria atemorizada dice:

—Te lo dije. Me vio. Estaba pendiente de mí.

—Lo importante es que te vio conmigo. Se dio cuenta de que lo ignoramos y no queremos saber nada de él.

—A lo mejor vuelva cuando me encuentre sola.

—Mejor preocúpate por tu nuevo bonsái. Tranquila.

Ella está afectada por ver a Gianfranco llamándola, pero Mariano la besa para que ella intente olvidar el mal momento. Hacen el amor. Él la abraza muy fuerte y le expresa que sus sentimientos crecen. Se viste y le dice que debe marcharse ya que debe hacer otra entrega fotográfica. Valeria le agradece el bello bonsái, pero no corresponde las palabras sentimentales del joven.

Mientras tanto, Gianfranco ya comprende que Valeria lo está evitando, piensa que quizá ha hecho ofensivo, algo que él no se ha dado cuenta, intenta atar cabos en cual momento pudo haberla ofendido tan gravemente por haber decidido desaparecer abruptamente. Sin embargo, esa misma noche, planea dejarle una nota debajo de la puerta expresando su profundo dolor. Va hasta su habitación, busca un sobre y un papel blanco, y escribe cuán afligido está y espera algún día haber reparado el daño causado. Amanece. Cuando Valeria se dirige a la cocina, ve un sobre debajo de la puerta, lo primero que relaciona es aquel ojo nefasto que intenta enloquecerla. Igual, abre el sobre para intentar ver de qué se trata, pero se sorprende, pues se trata de una pequeña carta escrita a mano, que se centra en la aflicción de Gianfranco. Ella lee repetidas veces la frase: “Espero algún día reparar el daño causado”. Lo que concluye que él está aceptando la culpabilidad de los hechos. Guarda la nota, para reunir las pruebas necesarias, en caso de un ataque mucho más fuerte. Aparece sorpresivamente Mariano muy temprano, esta vez sin avisar.

—Disculpa venir sin avisar. Pero estoy muy preocupado, pues no recibí la llamada que tú acostumbras.

—Mira la nota que me ha dejado Gianfranco debajo de la puerta. —La joven le entrega el papel a Mariano.

—¡Así que el viejo está aceptando su culpabilidad! Sin embargo, tengo otra teoría, Tal vez él está sufriendo esquizofrenia mal tratada, pues a lo mejor ni él se ha dado cuenta del daño realizado.

—¿Qué estás diciendo? Me confundes... ¿por qué lo dices como tratando de justificarlo?

—No lo sé. Pero si estamos seguros que está loco.

La percepción de Mariano la aterra más, y le dice que prefiere cambiar de tema y que mejor la acompañe pronto al trabajo pues se acerca la hora de entrada. Mariano la acompaña. Durante el trayecto, le dice que considera necesario que vivan juntos para poder cuidarla día y noche. Ella se queda en silencio. Se establece un momento incomodo, pues quedan algunas cuadras por caminar. Al llegar a la oficina. Mariano le dice que no tiene que responder de inmediato. Le propone que tome su tiempo a considerar este paso y que, si lo desea, puede verlo desde un punto práctico, ya que podrían compartir juntos los gastos. Le propone que tome la decisión en una buena cuota de libertad. Le da un gran beso afectuoso y ella entra a la oficina.

Valeria saluda a sus compañeros. Se sienta en su puesto de trabajo y la propuesta la ha dejado descolocada. Está muy nerviosa con la propuesta de Mariano. Nunca ha convivido con una pareja. Además, tampoco ha visto a su madre para tener un referente un poco más profundo de él. De todas maneras, considera que, por una parte, mejor no saber nada de su familia. Admite que es una “alérgica” por todo lo que se relacione con la familia. Valeria prefiere no presionar para que le presente a su madre. Reflexiona que Mariano se está convirtiendo en parte de su vida, pero quiere estar nuevamente sola. Recuerda todo lo que le ha pasado y sabe que, es ella misma, quien busca su protección. La dispersión laboral es interrumpida por la llegada de una nueva compañera llamada Mónica Vélez. El jefe las presenta, y le indica que Valeria realizará la capacitación correspondiente. Pasan tiempo hablando de los nuevos programas financieros. Mónica y Valeria, se han caído muy bien a tal punto que Mónica la ha invitado a almorzar. Poseen muchos intereses laborales y conversan todo el día, sobre el nuevo proyecto que les han encomendado. Este nuevo evento laboral ha ayudado mucho a Valeria. Ahora su mente se ha enfocado por varias horas hasta por la noche. Valeria llama a su novio, y le dice que mejor se vean al otro día y que por favor espere su llamado, pues quiere dedicarle tiempo al nuevo proyecto. Continúa con su nueva compañera. Valeria se da cuenta de que Mónica es una chica que no tiene líos de privacidad. Piden comida. Mientras cenan conversan sobre las actividades deportivas de moda:

—Tenemos con mi novio un negocio de deportes extremos. Está ubicado cerca del lago. Los fines de semana, lo acompaño a realizar algunas actividades deportivas como el senderismo. Si te animas, puedes ir. Puedo hacerte un buen precio.

—Me gusta lo que haces en tu tiempo libre. Me gustaría ir al lago este fin de semana.

—No te arrepentirás.

Ha llegado el fin de semana para realizar algunas actividades lacustres gracias a la invitación de su nueva compañera. Valeria desea dar un paseo en lancha. Mónica le indica a cuál subir y le desea que se divierta mientras ella trabaja en el local deportivo. La guía turística señala las montañas que bordea el lago mientras el conductor maneja la lancha con una velocidad adecuada. Finaliza el paseo por una hora. Después de un sábado entretenido, Valeria le agradece a su nueva amiga la invitación. Valeria llega a su casa tarde en la noche. Observa detenidamente el departamento, y este le desencadena inevitables escenas que pasan por su cabeza: los encuentros con Gianfranco, la tierra húmeda por el suelo y aquellos dibujos de ojos extraños. Se sacude fuertemente la cabeza y niega lo que le está pasando.

Decide que lo mejor es ir a dormir para olvidar los incidentes. Pero no será así. Valeria tiene una pesadilla. Sueña que viaja en una lancha. Mira a su alrededor y el lago está lleno de destrozos con agua contaminada. Observa que la persona que maneja la lancha, le da la espalda, y no sabe quién es. Escucha estruendosos rayos. Se levanta y observa que una fuerte tormenta se acerca. Valeria intenta protegerse de la lluvia, pero el conductor de la lancha, hace un viraje tan violento, que la hace caer al piso. La joven lastimada, intenta pararse y el agresivo conductor realiza nuevamente la misma maniobra. Ella cae nuevamente al suelo, y la tormenta llega con tal fuerza que se inunda la lancha. El conductor incógnito, dobla la velocidad, y Valeria se agarra de la silla con fuerza. La lancha se dirige hacia una montaña con una velocidad exorbitante. La joven quiere lanzarse al agua, pero no puede hacerlo. Piensa que debe detener al hombre y tomar el control de la lancha, pero la figura toma la forma aleatoria de un viejo hombre y de un joven. Lastimada, logra enderezarse y toca el hombro del conductor quien gira bruscamente. Ve algo que la horroriza: el rostro de Gianfranco riendo malévolamente. Valeria despierta gritando. Enciende la lámpara de la mesa de noche y llora porque todavía está traumatizada. Mira el reloj y todavía son las dos de la mañana. Piensa en la propuesta de Mariano, y se convence definitivamente de que alguien la cuide. Ha tratado de manejar su traumatismo con independencia, pero siente que no puede más. Inmediatamente llama a Mariano y le pide que por favor pasen la noche juntos. Mariano, llega en quince minutos.

—Estaba preocupado por ti.

—Estoy bien. Solo que te extrañaba.

—Pero... ¿has mirado el reloj?

—Lo sé. No es una hora lógica para encuentros. Quiero que estemos juntos. Eso es todo.

Se abrazan fuertemente. Ella no le cuenta nada, pues no quiere ser evidente que ha tomado la decisión bajo el efecto del miedo. Piensa contar su decisión en el desayuno del domingo. Se quedan dormidos. Cuando despiertan, Valeria le lleva el desayuno a la cama y le agradece por salir corriendo como siempre a su búsqueda.

—Te estás convirtiendo en lo más importante y quiero que te sientas segura a mi lado.

—Mariano. He pensado en tu propuesta. Si lo deseas, puedes vivir aquí.

—¿En serio?

—Por favor hazlo rápido, pues hoy no quiero estar sola.

—Estoy feliz por tu decisión. Quiero protegerte.— La besa con pasión al escuchar la nueva decisión.

Mariano trae sus cosas ese mismo domingo. Valeria al ver las cosas de su pareja, se sorprende del tamaño del espejo. Le parece el tamaño exagerado. Él lo ubica en el muro, al lado de la biblioteca. Ella se disgusta y considera que no hará juego con la decoración minimalista que ella ha intentado ambientar en su hogar. Cuando Mariano termina de desempacar, le propone que vayan juntos a la cerrajería para tener su propia llave. De ahí, van al supermercado, y compran comida para toda la semana. Mariano quiere encargarse de esos gastos. Valeria le gusta el nuevo rol de proveedor de su novio, pues sus amigas le han dicho hasta el cansancio que quien es tacaño con el dinero, es tacaño con el amor. Valeria le ha gustado ese primer detalle, de ocuparse del mercado, además no ha escatimado en comprar los mejores productos, sin mirar el precio. Llegan al departamento, y entre ambos organizan el refrigerador con los recién alimentos comprados. Se besan y deciden pasar la tarde viendo una película de acción elegida por Mariano. Ella no le gusta la idea, pero no se la hace saber, por los últimos gestos de protección.

CAPÍTULO XIV: Zozobra

Durante la semana, la pareja comienza poco a poco adaptarse en la nueva dinámica de convivencia mutua. Mariano se encarga de regar el jardín. Valeria también intenta cumplir las actividades que escribe en el cronograma. No lo había tocado desde que ocurrieron aquellos actos de vandalismo en su hogar y, de repente, con gran pesar, borra las actividades de clase de italiano. Una mezcla de melancolía inunda su interior. Se lamenta por los libros que ha donado en la librería. En lo más profundo de la posición radical que ha adoptado con este asunto, también se entristece por haber regalado toda su colección de cultura italiana. Se obliga a recordar los eventos destructivos y termina de borrar el tablero con gran determinación, para reestructurar la semana. Valeria recibe una llamada de Mónica. Ambas hablan por un espacio de dos horas sobre lo que está pasando con el nuevo proyecto que juntas están realizando. Para animarla, Mónica le pregunta a Valeria, si quiere realizar las actividades programadas de senderismo y le argumenta que la única manera de sanar su pie es tratarlo con normalidad. Valeria acepta y no se lo comunica a Mariano. Llega un nuevo fin de semana y Valeria se dispone a organizar una pequeña maleta para su sábado deportivo. Intenta no despertar a Mariano y cierra la puerta con mucha delicadeza. Se va sin dar aviso a Mariano, ya que su carácter autónomo desde muy joven lo tiene profundamente arraigado. Mariano se despierta, y busca a su novia por todo el departamento. Al darse cuenta de que no está, la llama al teléfono y ella no contesta. Él no puede creer que esto esté pasando. Por un momento, infiere que Valeria solo lo busca cuando lo necesita. Se mira en su espejo ubicado al lado de la biblioteca; su cara hierve de ira y sus manos se humedecen al punto de mojar su ropa de dormir. Una vez más Valeria lo ha ignorado. Tal es la ira que lo domina que seca sus manos con rabia. Surge un deseo único de controlarle sus horarios. Pasan las horas y no sabe nada de ella. Toma su chaqueta y se va. Anochece y Valeria llega nuevamente renovada por su nueva actividad. Piensa ahora hacerlo cada sábado, para reemplazar su antigua actividad de *jogging*. Ella realiza las actividades cotidianas del hogar y se pregunta dónde está Mariano. Ella lo llama, pero tiene el teléfono apagado. Interpreta que al apagar el teléfono es un nuevo juego poder. De todas maneras, ella reconoce que no quería ser interrumpida en su nueva actividad. Llega a la conclusión que debió establecer ciertas reglas que ella considera irrompibles, como los horarios, la libertad de salir sin informar, y realizar las actividades en completa normalidad sin modificar su individualidad. Ella se acuesta y se queda dormida. Pero la despierta varios ruidos en la puerta a las tres de la mañana. Un ruido bastante extraño que se repite constantemente. Se asusta porque escucha que alguien empuja la puerta. Ella va hasta la cocina y toma una botella de vino pues podría ser el acosador. En posición de defensa, está a punto de lanzarlo, mientras abre la puerta. El hombre prende la luz:

—¡Soy yo! ¡Soy yo! ¡No me lances la botella! — Mariano trata de cubrirse el rostro.

—¡Discúlpame! ¿Pero por qué no podías abrir la puerta? ¡Te demoraste mucho! — La joven, con un tono nervioso, pone la botella en la mesa.

—Te pido que te calmes. Todavía no conozco la puerta y me confundí entre las llaves del departamento de mi madre y las tuyas.

—De acuerdo, ven a acostarte. —Valeria se lo dice en un tono ya más calmado.

—No puedo creer tu frialdad—Mariano incrédulo por la reacción de su novia.

—¿A qué te refieres?

—Primero, te vas un sábado por la mañana, sin dejarme nota alguna. Llamo a tu teléfono y lo tuviste apagado durante todo el día. Sinceramente, casi entro en una crisis nerviosa y luego me dio mucha rabia tu desconsideración. Lo primero que pensé es que el hombre que te asedia, te había raptado, pero luego llego en plena madrugada y tú sin preguntarme dónde he estado. ¡No muestras signos de preocupación!

La joven queda en silencio; no había visto la situación de ese modo. Se sintió profundamente desconsiderada y egoísta. Un silencio se establece entre los dos. Valeria en un tono dulce le dice:

—Mariano tienes toda la razón. Pienso que he sido desconsiderada contigo. Pensé que el hecho de vivir juntos no iba a alterar nuestra individualidad. Consideré que mantendríamos el curso normal de nuestras vidas sin dar explicaciones como quien informa un niño a su madre. Me cuesta mucho dar explicaciones en relación a mis horas de llegada, paraderos y compañías.

—Me dio mucha rabia, porque el gran objetivo de estar aquí es cuidarte de esos eventos extraños que te están ocurriendo y de quién esté detrás de ellos. Si no hubiera tales signos de acoso, te juro que compartiría en un 100 % tu visión de vida. Pero entiende, me he apropiado de tu situación.

—Lamento mucho involucrarte en mis problemas, pero una zozobra me invade que me impulsa a huir e ignorar estos últimos disturbios que agobian mi vida.

Valeria justifica su alejamiento. Lo abraza y le pide disculpas por no haber dado aviso. Lo toma de la mano y le dice que vayan a dormir. Ella promete que mañana domingo hará todo lo posible para que su reconciliación sea la mejor que juntos hayan vivido. Mariano, sonríe con lo que ella dice, y mientras la abraza, le dice en un tono muy cariñoso que le avise siempre donde está mientras se soluciona la situación, que ello será temporal mientras se normaliza todo. Valeria está de acuerdo y le agradece la preocupación. Terminan la conversación y se quedan dormidos.

CAPÍTULO XV: Insidioso mural

Pasa una semana. Las rutinas poco a poco se establecen. Mariano viene del mercado y le enseña a Valeria las frutas frescas que ha comprado para ella. Él prepara sus batidos proteínicos y le agrega cuatro huevos. Ya ella ha descubierto el secreto que mantiene su cuerpo atlético, que tanto le gusta. Le da un beso de despedida y le dice que se va a hacer su recorrido en bicicleta por el barrio. Ella, por su parte, va hasta su trabajo, esta vez sola, ya que quiere poco a poco restablecer su más preciada individualidad. Pero este día le depara una sorpresa, algo con lo que ella no esperaría jamás encontrar. En la tarde, Valeria llega a su departamento con las compras. Le ha comprado a Mariano una trentena de huevos para su rutina deportiva. Cuando abre la puerta, no puede creer lo que está viendo, suelta la caja y todos los huevos caen al suelo. Nuevamente, la presencia misteriosa ha hecho una de las suyas. Un mural. Con la técnica propia a la de un artista. Es un ojo perfectamente dibujado, con las partes que lo componen, propias del órgano: esclerótica, iris, pupila, pestañas y párpado, finalizando con una gran ceja. El “ojo mural” está sobre una de las paredes blancas que se encuentra justo al frente de la puerta. Despavorida, toma el teléfono y ahogada por el llanto, llama a su novio. Mariano le dice que llame a la policía, mientras él llega. Esta vez la policía no ha llegado a los diez minutos como la primera vez, han llegado a los treinta minutos. Mientras los espera, ella limpia el desastre sin dejar de llorar y está presa del miedo, que su afán de limpieza no logra calmar. Llegan los mismos policías que la visitaron la primera vez, observan el nuevo mural y la interrogan:

—¿Tiene algún sospechoso identificado?

—Sí. Sospecho del dueño del café que está ubicado en pleno corazón del barrio. Se llama Gianfranco Ferri.

—¿Es conocido suyo?

—Sí. Es alguien a quien le he dado toda la confianza.

—¿Qué le hace pensar que sea el autor de estos dibujos extraños?

—Una vez él trajo un periódico con unos garabatos parecidos a los que me han dejado aquí en el departamento. Además, él es artista. Miren lo que me regaló el último día que lo vi. —Le muestra el retrato hecho por Gianfranco.

—Vemos que el sospechoso la ha retratado a usted.

—¡Les pido que tomen fotos de ese mural! ¡Por favor cotejen estos trazos del retrato!
—Valeria les ruega, con voz angustiada.

Los agentes de policía toman fotos al insidioso mural y colocan las evidencias en unos plásticos transparentes para evitar contaminar los posibles indicios y así encontrar al acosador. Se despiden y dicen que estarán en contacto con ella en cuanto haya novedades. Mariano llega a los quince minutos, y ve el gran ojo pintado en la pared. Se asusta y repite que no había visto nunca tanta locura. Valeria, por su parte, está en el sofá en absoluto silencio, como presa de la parálisis. Tiene miedo de volverse loca. Mariano la abraza y promete tomar medidas más extremas. Valeria con la mirada perdida, dice:

—¡Quiero irme lejos! ¡No deseo permanecer ni un solo minuto en este lugar!

—¡Valeria! ¿Qué dices? ¡Esto no puede quedar impune! ¿No has visto que ha venido la policía y van a capturar al acosador?

—¿No ves como ellos me miran? Ya me están mirando como una loca paranoica.

—¡Por Dios Valeria! Ellos deben actuar de manera objetiva. Hasta pueden sospechar de ti.

—¡Ahora resulta que yo soy una loca vándala! ¡Esto ya me lo has dicho por segunda vez! —Furiosa, le contesta.

—Solo digo que ellos deben manejar la situación con imparcialidad. Te pido que te calmes. No eres ni la primera ni la última en recibir ataques vandálicos. No estoy

justificando, pero debes actuar con racionalidad. —La abraza para apaciguar sus ánimos y logra conseguirlo.

—De acuerdo. Tienes razón.

—Creo que deberemos tomar las siguientes medidas: no debes confiar más en tus compañeros de trabajo incluida tu nueva amiga Mónica.

—¿Tú crees que puede ser una confabulación laboral? —Valeria consternada, vuelve a llorar.

—Puede ser. Pero ahora el directo sospechoso es Gianfranco, y deberemos desconfiar de tus círculos personales y laborales. Mírame a los ojos. Confía en mí. Nada malo va a sucederte mientras estés conmigo.

Ni siquiera las palabras de Mariano la animan. Queda tan deprimida que llama a su jefe y le avisa que no podrá ir a trabajar al día siguiente. También le expresa a Mariano, que no quiere salir a ninguna parte y que solo quiere dormir sin tener que contar las horas. Él le dice que es lo mejor que ha escuchado para que ella se proteja de las lesiones psicológicas que está sufriendo. De repente, suena el teléfono de Mariano. Él contesta. Habla por unos minutos. Valeria se pone la ropa de dormir y se acuesta. Luego, él la interrumpe:

—Valeria, debo visitar a mi madre.

—Mariano, ¡haz lo que quieras! —Le contesta de mal modo.

—Solo quiero avisarte, luego haré unas compras para eliminar ese dibujo.

—¿Quién te entiende? ¡Me calmas, y al minuto me lo recuerdas! —Molesta le responde.

—Puedes responderme como quieras, pero te prometo que te protegeré.

—¡Vete de una vez por todas! —Le grita, pues no quiere saber de nadie.

Mariano se va molesto por la reacción de Valeria y regresa a la hora. La despierta y dice que ha sacado de la mesa de noche de su madre algunos calmantes médicos; si quiere, puede tomar una pastilla, pero le advierte que no sabe cómo va a reaccionar el organismo y que puede que la haga perder la noción del tiempo. Ella dice que no le importa, que eso es lo que quiere. Entonces Mariano va hacia la cocina a buscar un vaso con agua, se lo lleva y Valeria toma la pastilla. Poco a poco, Valeria se va adormeciendo. Mariano le hace saber que no dormirá con ella en la cama, y que se quedará vigilando la puerta y meditará las medidas que tomarán ambos para que cese el acoso. Ella lo observa fijamente y no le dice nada, pues ni siquiera puede mover ni su boca y cae en un sueño profundo. Mariano cierra las cortinas y se va a la sala a cuidar de la puerta, pues está extremadamente preocupado por la seguridad de su novia. Se quedará en el sofá en caso de que vuelva el misterioso personaje.

Han pasado casi dieciocho horas. Valeria despierta confundida, no sabe qué hora es, tiene la sensación de haber dormido un siglo. Va al baño algo mareada y luego llama a Mariano:

—¿Qué hora es?

—Ya casi son las nueve de la noche

—¿Tantas horas he dormido?

—Te lo advertí, esa pastilla es bastante fuerte.

—Mariano, no recuerdo haber soñado nada. Ni siquiera pesadillas tuve.

—En realidad, esa pastilla te bloquea la capacidad, incluso, la de soñar.

—¿Quién te las dio?

—Te dije que se las saqué a mi madre. Seguramente se las recetó el médico.

—Perdí la noción del tiempo y desperté sin recordar nada negativo.

—Bueno en realidad, te di una pastilla completa. Debí haberte dado solo un cuarto. Cuando te vi en estado de shock y con tal estado de nervios, me tomé la libertad de quitársela a mi madre. Tiene una caja completa de medicamentos.

—Mariano, creo que voy a necesitarlas, ya no aguanto más. Además, no quisiera ir al doctor, porque tendría que usar el seguro médico que cubre la empresa donde trabajo y terminarían por enterarse de todo lo que me ha pasado; no deseo que estos temas afecten mi imagen laboral.

—No te preocupes. Si vuelvo a verte en ese estado de nervios, tendré que dártela, pero no hay que abusar.

Mariano, sentado al lado suyo, le explica lo que ha pensado para reforzar el hogar. Dice que piensa instalar una cámara de vigilancia para que ella pueda ver desde su teléfono cualquier movimiento. También propone cambiar las cerraduras. Ella no opina nada al respecto. Para no agobiarla con las nuevas tareas, él dice que se encargara de todo. Luego de la larga conversación, Mariano le trae un caldo de pollo antes de volver a dormir. Valeria le gusta la personalidad protectora de su novio. Sin embargo, le pide aquella pastilla que le bloquea cualquier angustia. Él dice que le dará solo un cuarto, pero es tanta la presión que Valeria ejerce sobre Mariano que logra convencerlo para que le dé una completa. Vuelve Valeria a quedarse completamente dormida y esta vez Mariano se quedará con ella en la cama. Al otro día, ella despierta a la diez de la mañana. Reacciona aturdida y en algún momento se percata que todavía está en plena semana laboral. Se organiza en menos de quince minutos, pero no lamenta llegar tarde. Decide tomar un taxi y Mariano la acompaña hasta la puerta del trabajo. Se encuentra en la puerta de la oficina con el jefe y este le pregunta:

—¿Qué ocurre contigo Valeria?

—Buenos días, he tenido un inconveniente de índole personal que tenía solucionarlo en el acto.

—Seré sincero. No me gustó la ausencia de ayer. Ayer era un día bastante importante. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Pero un inconveniente surgió.

—¿Qué sucedió?

—Se está solucionando. Disculpe voy a retirarme —contesta de manera descortés.

El jefe no puede creer la respuesta y la actitud de Valeria. Entretanto, Mariano va a comprar las nuevas cámaras de seguridad, las latas de pintura blanca para interiores y las cerraduras. Valeria llama a Mariano y le dice que va a llegar tarde pues debe recuperar el tiempo laboral. Él encuentra perfecto lo que escucha, ya que tendrá el tiempo suficiente para instalar lo que ha planeado, sobre todo, pintar el misterioso mural y cubrirlo de blanco; quiere que cuando Valeria regrese, encuentre listo todo lo que él ha prometido. Simultáneamente, Valeria mientras trabaja, recibe un mensaje de texto del terapeuta para saber si se encuentra bien. Ella se queda un buen tiempo pensativa pues no había sospechado del psicólogo. Él conoce todas sus debilidades. Piensa que también pudo haber orquestado tal trama de locura. Pero pronto lo descarta porque, hasta donde sabe, él no tiene habilidades artísticas y el mural presentaba un claro manejo de técnica ilustrativa. Así que regresa con la principal sospecha contra Gianfranco Ferri. Entretanto, en el departamento, Mariano decide primero cubrir de blanco el extraño dibujo y abrir la ventana de par en par, para ventilar el olor característico de pintura. Luego instala las cámaras y hace los ajustes informáticos desde la computadora. Termina instalando las nuevas cerraduras. Quiere impresionar a Valeria por la rapidez en encontrar el refuerzo necesario en su hogar y hacerle saber que él puede protegerla de cuanta amenaza exista. Valeria llama a Mariano, y la recoge en la oficina. Regresan juntos y Valeria queda sorprendida por la rapidez de la instalación y, sobre todo, por el cubrimiento perfecto del blanco sobre el indeseado ojo. Una pequeña tranquilidad le retorna, como si nada hubiera pasado, y abraza fuertemente a Mariano, quien le acaricia el cabello mientras le asegura que su meta es verla tranquila. Cenar carne y verduras. Valeria saca una botella de vino y beben unas cuantas copas.

—Ten cuidado en mezclar alcohol con los medicamentos, pues algunos restos del tranquilizante pueden estar en tu cuerpo.

—A propósito, dame una pastilla. ¡Te lo ruego!

—Te voy a entregar la caja del medicamento, pues no debes rogar por nada. Tienes la suficiente madurez como para regular el consumo del tranquilizante.

—Estoy decidida a bloquear mis sentimientos y angustias.

Valeria nunca ha conversado con su novio acerca de su relación con Cecilia. Por unos instantes la recuerda y se percató que siempre la vio en estados adictivos. Lamenta haberla juzgado por aquellos comportamientos que alteraban propia vida y la de ella. Por primera vez, la comprende y llega a la conclusión que se puede caer fácilmente en una adicción.

CAPÍTULO XVI: ¿Cámaras de seguridad?

Pasan unas semanas. Valeria está completamente dependiente del medicamento. En horas del almuerzo se encuentra con Francisca, la amiga que solía visitarla para ver películas o conversar. Francisca le pregunta si ha visto a su pretendiente italiano. Ella prefiere guardar silencio con lo que está ocurriendo. Su amiga comenta que un día pasó con su hermana a tomar café donde el italiano. Le dijo que era muy bien parecido y que sus canas lo hacían más atractivo. Como la hermana está estudiando una maestría en historia del arte, ella le explicó las obras que decoraban el sitio. Su hermana le comentó sobre la vida de Giacometti y su mujer Annette, veintidós años menor que él, quien lo ayudó a superar sus crisis depresivas y la obsesión por la mirada y los ojos. Esto último logra que Valeria salga del aturdimiento que le están produciendo las pastillas y la deja fría. No sabe que pensar. Piensa que Francisca es una enviada del acosador. Simula que ha recibido un llamado urgente del trabajo y parte de inmediato. No sabe si pensar que su miedo tiene tal fuerza de atracción que su amiga lo ha identificado todo o es una absurda coincidencia. Llega a casa y le comenta a Mariano aquel hecho insólito.

Las cámaras de seguridad han impregnado al departamento de un aire demasiado frío y creado un nuevo ambiente que Valeria ya no siente como su hogar. Toma un té de menta, para tratar de relajarse. Mira cada esquina, nerviosa, y el bombillo rojo que titila en las cámaras la agobia. Tiene temor que el intruso conozca las claves para ingresar a los programas de las cámaras de vigilancia. Intenta buscar un punto para evitar ser observada por la cámara. Es imposible escapar de estos aparatos, que cubren cada espacio del departamento. Asimismo, a pesar de todos los actos de protección por parte de Mariano, aún no logra adaptarse a la convivencia. El único lugar en el que no hay cámaras es el baño, así que decide tomar un largo baño para reflexionar sobre la nueva relación que tiene. Ha reconocido interiormente que acepta a Mariano en su departamento por miedo a nuevos acosos, aunque admite que le fascina físicamente. Seguro que con el tiempo encontrarán algunas cosas en común, ya que Valeria aprecia las conversaciones profundas y, hasta el momento, no logra conseguirlas con Mariano.

Transcurre exactamente dos semanas. Mónica se sorprende del modo gradual en que Valeria se ha ido alejando de ella. Trabajan juntas todavía, pero una barrera se establece entre ellas. Mónica se siente relegada por su amiga ya que le hubiera gustado que Valeria fuera más directa y le hubiera comunicado el porqué de su lejanía. Ha escuchado comentarios sobre el cambio extraño de Valeria. La han encontrado durmiendo encima de la mesa de trabajo. Está llegando tarde. De la franqueza que la caracterizaba, ya no hay rastro. Rehúye de los demás, siendo tajante y fría. Es otra Valeria. Incluso aquel donaire en su vestir se está perdiendo. En la tarde, el jefe la llama a la oficina para entregarle un reporte bimensual:

—Valeria te comunico que tu productividad ha bajado vertiginosamente. Igualmente, quisiera expresar mi preocupación, pero no es laboral.

—No entiendo. Explíquese.

—Discúlpame por entrometerme en tu vida personal, pero te encuentro delgada y con muchas ojeras. ¿Qué ocurre?

—Estoy bien. ¿Me quería comunicar otro tema? —Valeria tajantemente cambia la conversación.

—Como no demostraste un justificativo médico por la última ausencia, tendré que descontarte el día.

—Es lógico que usted tome esta decisión. —contesta aún más antipática.

—Muy bien. Creo que no quieres conversar. Pero te advierto que, si el mal rendimiento prosigue, tendré que prescindir de tus servicios.

Valeria sale de la oficina y se deprime completamente. Su única tabla de salvación era enfocarse en su trabajo para olvidar sus problemas, pero la advertencia la hunde en el precipicio de la desesperación. Algunos compañeros que la apoyaban, ahora la evitan. Ella escucha algunas murmuraciones y el rumor de su baja productividad se propaga por toda la oficina. Algunos expresan con satisfacción que su “reinado” ha acabado, otros se conmueven y quisieran ayudarla, pero no pueden ya que el límite que Valeria ha puesto es difícil de franquear.

Esta vez no quiere ir al departamento, quiere estar absolutamente sola. No desea ver esas cámaras instaladas, parece una oficina de banco más que un hogar. Ha decidido ir a la biblioteca municipal para no dejar rastros de búsqueda digital en su teléfono o en su computador. Quiere buscar los significados que se encuentran detrás de aquel “ojo” y sobre la vida del artista Giacometti. Su amiga Francisca la ha dejado completamente intrigada. Le pide ayuda al bibliotecario y este le indica que lo siga. Primero se dirigen a la sección de misterio y le entrega un libro de cultura egipcia. Y luego van a la sección de arte y le entrega el libro del célebre artista suizo. Tiene miedo que la figura misteriosa la esté observando, busca la última mesa del recinto para tener mayor control si alguien la está observando. Descubre en el primer libro la vida del artista y la relación de sus obras con lo ocular. Al parecer, a Giacometti le tomó muchos años recuperarse de los estragos de la segunda guerra mundial. El impacto de la guerra marca sus obras. Considera que la vida se escapa por los ojos y que la mirada es la diferencia entre la vida y la muerte. Ahora comprende la intención de Gianfranco al nombrar al café. Después de leer una hora aquel libro, con mucha atención, se dispone a leer el significado desde la perspectiva egipcia. Tanto el ojo derecho como el izquierdo poseen diferentes significados. El derecho asociado al sol y al origen de la luz. El izquierdo se asocia a la oscuridad y a lo lunático. Ella trata de recordar la posición exacta del ojo pintado en la pared de su departamento. Inmediatamente lo asocia al ojo izquierdo. Un escalofrío le recorre la espalda y tiene miedo de lo que puedan hacer con ella. Funde la asociación con lo absolutamente negativo, lo oscuro con la muerte. Entrega los libros y se dirige a su casa bastante deprimida. Se cuestiona si ha sido masoquista al buscar aquella información justo en el día de la sentencia laboral. Mariano la recibe preocupado,

—¿Por qué no has contestado mis llamadas?

—Estaba en una junta en la cual prohibían el uso del teléfono. —Valeria le ha mentado a su pareja.

—Nunca te había escuchado que ahora se prohíba el uso de celulares en tu oficina.

—Tiempos de prohibiciones regresan.

Después de la segunda mentira, Valeria busca los tranquilizantes; lo hace a escondidas de Mariano. Pero es inevitable, su rostro evidencia somnolencia.

—Creo que quizás debes dejar de consumir esas pastillas. —Le repara Mariano.

—¿Tú crees que después de haberme enterado que estoy a punto de ser despedida y ver como mi casa se destruye yo quiera estar en los cinco sentidos?

Valeria solo quiere dormir después de un viernes caótico. Al despertar en la mañana, una nueva y más terrorífica invasión ocurre. Esta vez, en lugar de suceder cuando ambos estaban fuera del hogar, sucede con ellos adentro, mientras han dormido juntos toda la noche. Al despertar, notan varios objetos cambiados de lugar, sobre el suelo, formando un ojo. Libros, lámparas y elementos de jardinería simulan la forma ocular. Valeria no puede creer lo que está viendo, se pone histérica y vocifera:

—¡Me van a matar!

—¿Qué estás diciendo?

—¡Ese ojo tiene un mensaje oculto de muerte!

—¿De dónde sacas tal locura?

—¡He investigado cada símbolo que quiere que yo interprete y todo encauza a la muerte! —Mariano la toma de los brazos, pero ella se suelta enérgicamente.

La joven siente que va a enloquecer y por un momento se queda mirando a Mariano en silencio. Tiene miedo de que la paranoia que siente esté distorsionando los hechos y el grave estrés que ha sufrido las últimas semanas desencadene una esquizofrenia. Mariano niega lo que dice y revisa inmediatamente las grabaciones de la noche anterior. Con horror le informa que las cámaras fueron detenidas en modo remoto justo anoche, cuando dormían. Valeria no le cree, así que ella misma comprueba lo de las escenas borradas. Todas las escenas cotidianas se visualizan, excepto las de la noche anterior. Ella se convence de que el acosador también sería un intruso digital. Empieza a gritar nuevamente como loca dirigiéndose a la ventana:

—¡Salga de su cueva! ¡Cobarde! ¡Dé la cara!

—¡Por favor, Valeria, cálmate!

—¡Te odio, Gianfranco! ¡Eres un maniático! ¡Te di todo! —Grita Valeria refiriéndose a compartir su pasado familiar

Mariano, queda impávido por las palabras de Valeria y las interpreta en el plano amoroso. Sale furioso hacia el baño, y siente que los celos lo comen vivo. Valeria, presa de la ira, toma un martillo y una silla. Empieza a destruir todas las cámaras. Por cada aparato que ella destruye, grita:

—¿Cámaras de seguridad? ¡Estas son las cámaras de la locura! ¡Escúchame muy bien, sé que me estás viendo! ¡Te voy a encontrar y te destruiré como lo estoy haciendo con estas máquinas que tanto odio!

Luego, con puntapiés, destruye la forma del raro ojo. Mientras tanto, en el baño, las manos de Mariano empiezan a sudar incontrolablemente y se las seca para que ella no se dé cuenta de su afición. Valeria por su parte, poco a poco se calma y recupera su estado racional bebiendo un gran vaso con vino. Llama a Mariano, pero esta vez él no contesta a su llamado.

—¡Mariano abre la puerta!

—Valeria, por favor, ¡déjame solo!

—Debes entender que estoy perdiendo la cabeza.

—No estoy molesto contigo, estoy molesto conmigo. No estoy logrando protegerte. Anoche se han burlado en mis narices. Apagaron las cámaras. No entiendo. Gianfranco enloqueció y la policía aún no lo detiene.

—De verdad que no entiendo. Por favor, sal de ahí.

El joven hombre sale. Se miran a los ojos y luego se abrazan. De todas maneras, Mariano le dice:

—¡Tengo un mal presentimiento!

—¡Dime!

—Este ataque no solo es contra ti, es también contra mí.

—¡No había contemplado esta posibilidad!

—¡Valeria debemos cambiar de trabajo, de ciudad o de país! Este acoso ha llegado muy lejos debemos protegernos.

Valeria se ilusiona con lo que dice Mariano. Lo compara como una luz en un infinito túnel oscuro. Mariano le toma las manos y le pide lo siguiente, con un tono de voz muy suave:

—Por favor, Valeria. Trata de mantener la cordura y yo me encargaré de presentarte las ideas más concretas para salir de esa situación, ya que la policía no se ha comunicado para concluir este caso de locura. El acosador está muy trastornado y puede pasar una tragedia.

Valeria respira profundo. Ella encuentra en aquella propuesta una posibilidad de escapar del suplicio mental que están sufriendo. Valeria le pide a Mariano que no hable con

los vecinos. No lo había considerado como sospechosos, pues a pesar de que lucen como personas trabajadoras y correctas no significa confiar en ellos.

Después de la neurótica escena, Mariano sale a comprar algo de comida. Valeria decide limpiar los destrozos hechos por ella y un vacío la consume. No solo la protección y la provisión que ofrece Mariano la satisface. Se avergüenza de admitir aquellas conclusiones. De todas maneras, reconoce que entre los dos crece un vínculo especial que se ha desarrollado durante la peor pesadilla de su vida. Por su parte, Mariano no sabe cómo manejar la situación y decide llamar a Julián. Le pregunta si es posible que se vean el lunes por la tarde y acuerdan la cita. Media hora más tarde, Mariano regresa al departamento y encuentra la mayoría de los libros y algunos objetos decorativos metidos en una caja. La joven perturbada no soporta la idea de que sus objetos han sido tocados el acosador. Quiere botarlos o donarlos a la biblioteca. El departamento luce vacío. Mariano sirve la comida, y comen en completo silencio. El tema de conversación de todo lo relacionado con el acosador está agotado. Ninguno de los dos intenta proponer un nuevo tema para hablar. Mariano se queda observándola. Él intenta besarla para seducirla, pero ella lo rechaza sutilmente. El silencio se hace más incómodo. De repente, a Valeria se le ocurre una idea, pero no quiere compartirla con su novio. Ha perdido la confianza en compartir sus temas más íntimos, después de enterarse que Gianfranco ha contado su vida en el café. Inventa una mentira convincente para no estar ni un solo minuto más en el departamento. Además, es claro que la protección de Mariano no está dando resultado. Anoche ha entrado el acosador y se supone que él se daría cuenta. Inventa que quiere ver a su abuela, le miente diciéndole que ella es muy tradicional y vería con malos ojos si llega con un hombre, sin presentarlo a la familia. Le recuerda que la relación en la que están debe desafiar toda imposición contra la libertad. Sabe que ha aceptado rendir cuentas de su paradero, de sus actividades e informar con quién está, todo por culpa de los últimos acontecimientos, pero que esta vez ella intentará ser valiente. Está cansada de estar angustiada. Él le dice que no hay problema. Pero debajo de la mesa Mariano cierra los puños tratando de disimular el gran disgusto que le está ocasionando toda la situación. Alguien es culpable y pagará por esto. De todos modos, cambia de actitud y le dice:

—No te creo. ¿A dónde vas?

—Voy a casa de mi abuela.

—¡No conozco a tu abuela!

—¡Yo tampoco conozco a tu madre y no me quejo!

—¡No me hables como se te dé la gana! —La toma del brazo.

—Te pido que me sueltes. ¡Hago lo que quiero!

—¿No te das cuenta de que corres peligro andando sola en la calle?

—¡El peligro está aquí en la casa! ¡Prefiero estar afuera! ¡Lo más probable es que la protección este afuera! —La joven sale ofuscada y da un portazo.

Entretanto, Mariano va hacia su espejo. Se observa y ve su rostro iracundo por la forma que sale Valeria y se le desencadena la hiperhidrosis en sus manos.

CAPÍTULO XVII: Miguel Ángel

La joven sale del departamento alrededor de las dos de la tarde y se dirige al centro de la ciudad, hacia un sector conocido por sus videntes y tarotistas. Ha recordado que cuando iba al café, escuchaba en la radio a un hombre llamado Miguel Ángel, quien se dedica a ver el futuro o a leer las cartas a los radioescuchas. Está al límite de la angustia, pues no confía ni en ella misma. Quiere que alguien la ayude y ahora opta por la perspectiva esotérica. Toda su vida se ha destacado por ser pragmática, pero lo que le está ocurriendo no sabe si ya se trata de alguna situación paranormal, o de una enfermedad mental. Necesita una explicación y darle una oportunidad a la intuición. Se conecta a internet por su teléfono y busca la dirección del adivino. Anota la dirección en un papel y borra el historial de su celular, pues no quiere contarle a nadie este secreto. Llega al consultorio, que se caracteriza por un portón antiguo de madera. Valeria toca el timbre y abre el portón una mujer de cabello blanco:

—Buenas tardes. ¿Se encuentra Miguel Ángel?

—Miguel Ángel está, pero... ¿viene a una consulta?

—Sí.

—Lo lamento. No podrá atenderla porque él da citas previas.

—Le ruego señora que por favor hable con Miguel Ángel. ¡Es un caso de vida o muerte! ¡Estoy dispuesta a esperar horas hasta que él se desocupe!

La mujer al escuchar los ruegos de angustia, se da cuenta de que se encuentra en una situación bastante grave, le dice que espere un momento y que le comentará la situación a Miguel Ángel. Valeria se sienta en la pequeña escalera que da al portón repitiendo en su mente la figura incisiva del ojo y la destrucción de las cámaras de seguridad realizadas por ella. A los diez minutos sale la mujer y le dice que puede entrar. La joven se muestra bastante agradecida. Hay una gran sala y está increíblemente llena. Le dan una ficha número treinta y dos. Se sienta y le ofrecen revistas para que se distraiga. Sin embargo, ella se queda observando una vitrina con venta de amuletos, velas e imágenes de santos. No puede creer a la situación a la que ha llegado. La necesidad de supervivencia y el mecanismo de defensa la han empujado a considerar una opinión opuesta a la racionalidad. Lee varias revistas. Espera por espacio de tres horas, pero a Valeria no le importaría esperar lo que fuera necesario. Finalmente, el salón está prácticamente desocupado. Solo quedan ella y un hombre. Los dos empiezan a hablar sobre Miguel Ángel. Él dice que se destaca por ser un hombre generoso y acertado. Valeria sospecha que se trate de una manipulación de mercadeo. Ya está perdiendo la fe en las personas. Sin embargo, en el fondo, quiere volver a creer, a confiar, incluso en los extraños. Lllaman la ficha treinta y uno. Al hombre lo han atendido rápido, pues se trataba de la entrega de unas velas. Pronto, la secretaria le agradece la paciencia y le anuncia que puede pasar al consultorio. De repente, Valeria ve un hombre de unos setenta años, de mirada limpia y profunda. Sus ojos son sabios y está vestido con ropas blancas. La pared está decorada con ilustraciones de maestros ascendidos y una suave música de la Nueva Era. La invita a tomar asiento y le dice:

—Debes disculparme las horas de espera, pero espero que comprendas que las citas son programadas.

—Yo debo disculparme Miguel Ángel. Yo le agradezco que me atienda. Pues estoy desesperada y necesito ayuda urgente.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Valeria.

—¿En qué te puedo ayudar?

—He venido a saber las características físicas y psicológicas de la persona que me está haciendo daño. —Valeria llora inevitablemente.

—Debes tomar té relajante. Estas muy alterada. —Miguel Ángel le sirve una taza de té caliente y le ofrece unos pañuelos para que se desahogue.

El viejo hombre se limita a observarla mientras Valeria se toma el té. Cuando la ve calmada, le dice:

—Concéntrate y pide al universo objetividad para saber quién es la persona que está dañando tu vida. Por favor baraja este tarot y dame tres cartas.

Valeria concentrada baraja el mazo de bellas figuras medievales y le entrega las tres cartas solicitadas. Miguel Ángel se preocupa al ver el resultado de las cartas, pero en un tono sereno le expresa:

—Gracias a tu pasado familiar has salido adelante en la vida. Eres una mujer trabajadora y responsable. En esta carta indica a un hombre desequilibrado. Te conoce desde hace años.

—¿Años?

—Sí. Lo suficiente para saber todo de ti. Este hombre ha estado en varios sanatorios visitado por una mujer. Utiliza su físico para engañar a sus víctimas. Tiene alma oscura.

—¿Qué edad tiene? —Le pregunta un tanto incrédula.

—Es un hombre joven que has dejado entrar a tu vida. Debes cuidarte de él. Quiere destruirte tanto emocional como físicamente.

—Quiere decir que me quiere ver muerta.

—Así es Valeria, por eso debemos proteger tu cuerpo mental y físico desde ahora.

—¿A qué se refiere?

—Te atendí porque tienes razón. Este es un caso de vida o muerte.

—Debes realizar un baño de esencias en completa soledad pues tienes una alta carga de larvas energéticas que están contaminando tu espíritu.

—No puedo hacerlo en casa pues estoy viviendo con alguien.

—Te propongo que lo hagas aquí, con la ayuda de mi secretaria. Ella es de absoluta confianza.

Valeria reflexiona lo que le ha dicho el tarotista. Se decide y le dice que por favor lo haga. Llama a la secretaria para que venga a ayudarlo y le explica los elementos que debe traer. La mujer entra con el palo santo y Miguel Ángel enciende las ramas y chisporrotean. Al ver el humo negro, habla en lengua quechua. Le pide que se retire su ropa y que se ponga una blusa blanca que le entrega la secretaria para evitar que el aroma de la rama del árbol que utilizará en el ritual delate dónde ha estado, ya que ella ha venido a escondidas. Ella se queda mirándolo, pues ella ha omitido ese detalle al vidente. El hombre realiza oraciones fuertes mencionando santos protectores hablando en español y en quechua. Quema el palo santo pasándolo por todo su cuerpo. Valeria siente que el humo le renueva el espíritu. Miguel Ángel eleva las manos al universo e invoca a la energía de la vida para que la joven sea protegida. Al terminar el ritual de limpieza, la secretaria trae la ropa y Valeria se la pone. Miguel Ángel le advierte que la limpieza puede verse afectada con mareos o vómitos, pues toda carga negativa, y más aún en su caso se expresará en el cuerpo físico. Cuando termina el ritual, Valeria le pregunta:

—¿Cómo sabe que he venido a escondidas?

—Te aconsejo dejar de mentir, así sean con mentiras pequeñas, pues haces un daño tremendo a tu evolución.

Ella sabe que ha mentido últimamente. Luego saca la billetera y presiente que deberá pagar con tarjeta de crédito pues ha pasado más de dos horas de consulta. Pregunta cuánto le debe. Miguel Ángel le dice una suma justa y que deberá entregar en donaciones y en persona, a familiares suyos en estado precario. Miguel Ángel le dice que debe vencer el orgullo y debe ayudar a alguien en su familia. Ese será su pago. Valeria está sorprendida ya

que no puede creer la humildad del viejo hombre y piensa inmediatamente en su madre. Ella, un poco indiscreta y llena de curiosidad, le pregunta:

—Miguel Ángel ¿a qué se debe esta insólita forma de pago?

—No quiero perder el don que me ha dado el universo, ya que estoy interesado en poder ayudar a la colectividad humana y en su evolución del alma. Sé que tengo una alta reputación que me ha otorgado el espacio radial. Alguna gente me ha aconsejado cobrar exageradamente. No deseo caer en la trampa de la superficialidad.

Valeria le agradece el espacio y se retira. Toma un bus para llegar a su departamento. Advierte interiormente hay un cambio. Sin embargo, no está muy convencida, ya que la adivinación no le pareció muy acertada pues ha dicho que quien desea hacerle daño es un hombre joven que la conoce desde hace años. El único hombre joven, que ella ha dejado entrar en su vida, es Mariano y lo conoce de este mismo año. Piensa en otros hombres jóvenes que son compañeros de trabajo o de universidad, y que la conocen solo superficialmente.

La joven llega justo a las ocho de la noche. Mariano no ha llegado, así que aprovecha a lavar su ropa para evitar levantar suspicacia sobre el olor a palo santo. Rápidamente cuelga su ropa, toma un rápido baño y se pone rápidamente la ropa de dormir. Ya son las nueve de la noche y todavía no llega Mariano. Se mete a su cama y reflexiona todo lo que ha pasado el día de hoy. Escucha las llaves en la puerta y Valeria simula que duerme. Recuerda las palabras de Miguel Ángel y decide no mentir. Así que vuelve y se acomoda en la almohada. Mariano entra a la habitación y le da un beso en la boca pues quiere olvidar la pelea que tuvieron en la tarde. Le pregunta si quiere un trozo de pastel de cerezas. Valeria le dice que sí. Él va a la cocina por platos y algunas sodas. De un momento a otro, Valeria siente unas náuseas terribles y va al baño. Vomita tal como lo ha advertido Miguel Ángel. Mariano se da cuenta y pregunta si necesita ayuda. Valeria se lava sus dientes recordando las palabras de Miguel Ángel que solo vomitaría en caso de haber cargas negativas. Ella se asusta y piensa que tal vez puede ser Mariano. Pero recuerda que el adivino le ha dicho que es un hombre joven que la conoce de años atrás. Pero niega la sospecha. Ella sale del baño y Mariano le pregunta:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, mejor.

—¿Todavía quieres pastel?

—Tengo ganas de comer. Mariano tengo una pregunta: ¿No estás molesto? Esta tarde tuvimos una fuerte discusión.

—Valeria. No te niego que tus actitudes me hieren. Pero mejor olvidemos lo que ha pasado y comamos el pastel.

—Mariano, disculpa, de verdad. Es muy noble de tu parte no iniciar una discusión. No me justifico más, pero ya no sé cómo iré a reaccionar cuando ocurra algo anormal.

Él le sirve el pastel y, esta vez, no le hace ninguna pregunta sobre el día o sus actividades. Además, ella no quiere mentir, ni quiere desvelar la visita al tarotista. Sin embargo, Valeria quiere que conversen y entonces le pregunta:

—¿Cómo ha sido tu tarde?

—Tengo nuevo contrato en un centro comercial para tomar unas fotografías para promocionar algunos restaurantes.

—¡Te felicito! ¿Cuándo empezarás a trabajar?

—El lunes.

—¿Cómo va tu exposición?

—Muy bien, gracias por preguntar. He vendido un lienzo fotográfico.

Vuelve la pareja a estar en silencio. No hay caso. Mariano no es muy conversador. Así que Valeria enciende el televisor y escuchan las noticias de la noche. Terminan el pastel.

Valeria regresa al baño y Mariano verifica puertas y ventanas debido al fracaso de las cámaras de video vigilancia. No quiere volver a tocar el tema, pues con lo que ha visto hoy, sobre la irrupción neurótica de su novia, prefiere guardar silencio. Él se pone su ropa de dormir. Desea tocarla, pero Valeria gira su espalda y le da las buenas noches. Mariano apaga la luz. Valeria rememora su encuentro con Miguel Ángel. Una sensación de purificación la invade y no piensa en las pastillas tranquilizantes. Cierra sus ojos repitiendo varias veces el nombre de Miguel Ángel. Duerme, esta vez, con una particular paz.

CAPÍTULO XVIII: Doble Lamento

Llega otro lunes laboral. Mariano se viste con ropa de oficina. Valeria es la primera vez que lo ve vestido de esa manera y lo mira fascinada. Ella ha decidido recuperar su estatus en el trabajo y, por tanto, quiere ir más temprano a la oficina. Sin embargo, la imagen del ritual de la semana pasada la distrae. La escena se repite en su mente una y otra vez. No sabe exactamente qué significan las palabras pronunciadas por Miguel Ángel en quechua, pero la sensación de purificación espiritual aún permanece. Súbitamente, suena el teléfono de Valeria y le informan que no tendrá que ir a trabajar. Un corte de luz en el sector no ha podido solucionarse y, tratándose de un daño grave, parece que tomará todo el día en repararse. Valeria no quiere permanecer en el departamento. No obstante, se queda y decide abrir las persianas para que entre toda la luz solar. Mariano le dice que se cuide y se va. Valeria está paranoica con los vecinos de alrededor. Desde su balcón puede ver varios edificios, innumerables departamentos que tienen vista hacia el suyo. Ella observa hacia afuera durante un largo rato y en algún momento le parece distinguir un ligero movimiento en la ventana de uno de los apartamentos del edificio contiguo. Le parece ver a alguien que, desde una ventana, la observa con una lente. Ella parpadea varias veces para poder enfocar aquella persona. Identifica que raros movimientos del sujeto los realiza con la lente de su cámara. El reflejo de la luz en el vidrio de aquel prismático le hace sospechar. Se esconde debajo de la ventana, porque se ha dado cuenta de que alguien la observa. Rápidamente, comienza a cerrar las persianas del gran ventanal que apenas hace un rato abrió. Decide, entonces, encerrarse en su casa, asegura la cerradura y vuelve a llorar por el suplicio en el que se encuentra. Está paralizada por lo que ha visto y recuerda las palabras de Miguel Ángel, que ella está en peligro de muerte. En eso el vidente no miente. Una angustia latente se establece a la altura de su corazón. Si sigue así, terminará enfermando y el acosador se saldrá con la suya. Al mediodía llega Mariano y la encuentra en un rincón de la cocina, completamente atemorizada. La levanta y la lleva a la habitación. Ella le comenta lo ocurrido. Él lo desestima, pues el barrio se caracteriza por tener grandes edificios, de veinte y hasta de treinta y cinco pisos, con muchísima gente a la que les puede resultar interesante usar algún telescopio o una cámara para ver o tratar de retratar cualquier cosa, desde un ave hasta un ovni.

El día siguiente, cuando Mariano vuelve a irse muy temprano para trabajar, a Valeria le informan que deberá trabajar desde la casa, pues ha sido tan grave el daño eléctrico que deberán reinstalar las conexiones en la oficina. Le parece una estupenda idea para ocupar su mente y desviar toda la locura de información que ella ha estado tratando de digerir. Trabaja y la tarde transcurre rápido; en pleno análisis financiero, recibe una llamada de la policía. Le preguntan si puede acercarse a la estación policial del barrio pues nuevos datos del posible sospechoso han surgido. Ella le dice que pasará lo más pronto posible. Valeria tiene una mezcla de nervios y felicidad por el avance de la policía; toma su abrigo y llega a los diez minutos. Reconoce al par de policías y se dirige hacia ellos:

—Recibí una llamada de ustedes hace diez minutos.

—Buenos tardes. Por favor entre a la oficina.

—¿Qué ha pasado con Gianfranco Ferri, lo han investigado?

—¡Señorita cálmese! Está agitada.

—¿Qué han sabido? —Valeria respira profundo.

—Las últimas semanas, hemos intentado contactar al señor Gianfranco Ferri. Hemos ido a buscarlo al café, pero el mesero nos informó que había partido a Italia hace dos semanas atrás. Luego contrastamos la información con los reportes del aeropuerto internacional y confirmamos que la información es verídica.

—¿Hace cuánto ha dicho que se fue de viaje?

—Dos semanas.

Valeria se descompone, pues el último ataque ha sido el fin de semana.

—¿Le ocurre algo?

—El fin de semana hubo una intrusión.

—¿Lo informó a la policía?

—No.

—¿Cómo quiere que le ayudemos si omite esta importante información?

—Sucedió en la noche, mientras dormía con mi novio. Entraron y formaron el símbolo del ojo con objetos de mi casa.

—Solicitamos que cada evento que ocurra sea informado. Además, ¿cómo quiere que avancemos en el caso si no nos informa lo acontecido? No queremos vernos obligados a cerrar el caso y continuar con otras investigaciones donde los afectados colaboran permanentemente. —Le aclara el agente tratando de convencer a la joven.

—¡Por favor, no cierren el caso! Les mantendré informados.

Valeria se retira de la estación policial y regresa a su departamento. No quiso dar detalles de lo ocurrido y menos de las destrucciones que ella realizó. Teme que la tilden de neurótica. Cierra a doble llave su puerta, y se lleva las manos a la boca. No puede dar crédito a lo que ha escuchado. El último ataque grave perpetrado por la noche fue hace menos de dos semanas. Comprende que su amigo no pudo haberle hecho daño y que no es el acosador. Tiene sentimientos encontrados entre felicidad y tristeza. Se arrepiente por haber tratado mal y las calumnias que ha proferido contra Gianfranco. No quiere imaginar cuando se entere que los libros y películas en italiano han sido donados. De todas maneras, piensa que, aún sin quererlo, ha sido una buena obra. De repente, recuerda las palabras de Miguel Ángel sobre asistir a una persona en estado precario. La primera persona en la que piensa es en su madre. Sabe que su situación es terrible, además no la ve hace siete años. Considera que debe ir hoy mismo, antes que llegue Mariano, para no tener que dar detalles personales. Nunca han hablado de ello. Además, ella no conoce tampoco familiares suyos. Entrega el informe a su jefe por correo electrónico y se apresura a visitar a su madre. Le pone nerviosa que Cecilia la trate mal. De todas maneras, quiere acercarse a ella y hacerle saber que hizo mal en juzgarla en sus adicciones. Va al supermercado y compra artículos de primera necesidad y comida. Va al cajero automático y retira dinero para dárselo a su madre. Toma el bus y se dirige al barrio donde ella pasó toda su niñez. Millones de recuerdos pasan su mente: buenos y malos. Se le escurren las lágrimas y rápidamente las seca. Se baja del bus y encuentra la casa. Toca el timbre de la casa y sale una señora con semblante nada amigable.

—Buenas tardes, señora Antonia. ¿Se acuerda de mí? Soy Valeria Gómez, la hija de Cecilia. ¿Ella está?

—¿Cómo está usted de cambiada! Ni la reconocí. Su mamá no vive aquí hace como cinco años.

—Pero... ¿por qué se fue?

—Yo la eché.

—¿Qué hizo?

—Yo aguanté muchas cosas que usted ya sabe. Su madre empezó a beber más desde que usted se fue de la casa. Entonces dejó de pagarme el arriendo por un año. Y la eché.

—¿A dónde se fue?

—No tengo la menor idea.

—¿No sabe nada? ¿Algún dato?

—No sé nada. Y sinceramente no me interesa saber nada de ella. Me dio muchos problemas con los vecinos mientras estuvo aquí. Así que disculpe, tengo mucho por hacer.

La dueña de la pensión cierra la puerta. Valeria siente desmayarse. Golpea cada puerta vecina de la pensión y nadie da respuesta de su madre. Regresa a su departamento

desconsolada por las noticias que ha recibido. Ahora su pena es doble: por tratar mal a Gianfranco y no encontrar a su madre.

CAPÍTULO XIX: Método *non sancto*

Valeria llega a su casa. Llama a Mariano por el departamento, pero no hay nadie. Encuentra una nota firmada por Mariano y esta dice que llegará tarde. Esta nota le genera una sensación de libertad pues quiere llorar por su madre y su amigo sin que Mariano se dé cuenta. Está consternada por la desaparición de su madre y la acusación falsa contra Gianfranco. Mira a su alrededor y se deprime profundamente cuando ve en el suelo algunas maletas fotográficas y dos trípodes. Le da fastidio y se convence que no está hecha para convivir con alguien. En un solo instante pasa del fastidio al sufrimiento. Vuelve a llorar por más de hora sin parar. La almohada de su cama está húmeda por todas las lágrimas de las lamentaciones. Pero en medio de sus continuos reproches por ignorar a su madre los siete años y juzgar a Gianfranco, para de llorar cuando recuerda al misterioso personaje que la observaba desde la ventana. Se dirige hacia la ventana sin temor e intenta divisar el departamento en el que ha visto al hombre de los prismáticos. Se da cuenta de que está ubicado en el séptimo piso, y orientado hacia el centro de la cuadra Valeria distingue que aquel departamento tiene cortinas negras. Esto se le produce un escalofrío que le hiela la sangre, pues a diferencia de todos los departamentos, estos tienen cortinas de colores agradables. Sin embargo, Valeria considera este detalle que puede ayudarle a ubicar al verdadero sospechoso. Aprovecha que Mariano no está, y está decidida a resolver la situación sin ayuda de nadie pues ni las supuestas ayudas policiales ni la de Mariano están funcionando. Sale del edificio rápidamente, rogando no encontrarse con Mariano. Le da rabia recordar la última intrusión y que su novio no se haya despertado a detener el acosador. Por lo tanto, saca fuerzas de manera repentina, para investigar y enfrentar aquel hombre en la ventana. Llega al edificio y mira hacia arriba analizando nuevamente cuál es el departamento. Confirma que está ubicado en el séptimo piso. Desea entrar, pero no tiene una excusa válida para hacerlo. Aprovecha que el conserje está regando el jardín y entra rápidamente con una señora que habita en el edificio. Las dos entran al ascensor y la señora presiona el botón número cuatro. Las dos se observan, pero no se dirigen la palabra. Una sensación de valentía y miedo inunda el plexo solar de Valeria, pero ella respira disimuladamente para calmarse. Las puertas del ascensor se abren en el piso cuatro. Valeria espera que la mujer salga del ascensor y presiona el botón número siete. Su corazón se acelera y respira aún más fuerte. Tiene un mal presentimiento. El ascensor abre las puertas en el piso siete. Al salir del ascensor se encuentra con hombre que ha subido por la escalera. La tensión en su pecho se exagera, pero se tranquiliza cuando ve que el hombre continúa subiendo otro piso más. Por unos segundos pensó que se trataba del hombre de los prismáticos. Se alista para realizar su búsqueda con cierta prudencia. Se da cuenta de que hay cinco departamentos posibles con vista a la calle. Luego, la joven golpea cada puerta de cada uno de los cinco departamentos, pero no obtiene respuesta. Valeria está frustrada pues nadie sale a su llamado. Pero vuelve a intentarlo, esta vez golpeando con mayor fuerza. Tiene miedo de llamar la atención, pero sale una mujer anciana con un delantal muy molesta por la presencia ajena en el edificio y le pregunta:

- ¿Por qué subió sin autorización? ¿No se registró con el conserje?
- Disculpe señora, no sabía que en este edificio tenían ese tipo reglas.
- Le pido que se retire y se registre con el conserje. ¡Ha realizado una intrusión! — expresa la vieja dama con desconfianza y molestia.
- Señora, ¡no se moleste! Le enseñaré mi identificación. ¡Pero tiene que ayudarme! — Valeria abre la cartera y le muestra el carnet donde trabaja.
- ¡No es mi problema! ¡Váyase!
- ¡Hay un hombre que me está hostigando y quiero detener esta situación! —Con voz angustiada le ruega a la anciana.

—¿Qué dice? ¡Debió venir con la policía!

—Tiene razón. Si quiere quédese con mi carnet, y luego vengo con la policía para que usted me crea, ¡pero le pido que me dé información sobre alguien que decore las ventanas con cortinas negras en este séptimo piso.

—¡Ah! ¡El departamento 713! Ahí vivía una señora que falleció hace más de cuatro años y ahora ocasionalmente viene su hijo. Además, desde que falleció la señora Helena, este muchacho decoró con esas cortinas negras que yo encuentro nefastas.

—Usted cree que ese hombre esté ahí y no quiera recibirme.

—¿Quién? ¿Mariano?

—¿Mariano? ¿Dijo Mariano? —pregunta Valeria presintiendo lo peor.

—Sí. Mariano Estévez. Veo que usted ya lo conoce.

Valeria empalidece y pierde un poco el equilibrio. La anciana la toma del brazo. La joven no puede hablar del impacto, y deja a la anciana sola. De repente sale corriendo hacia las escaleras y la anciana se compadece de la muchacha pues ha visto la cara de dolor y le grita:

—¡No se vaya así! ¡Tenga cuidado al bajar las escaleras!

—¡Le pido que no le cuente nada a él! —Le ruega la joven mientras baja por las escaleras de una forma desesperada.

Valeria inmediatamente sale corriendo de aquel edificio y vuelve a su hogar. Busca rápidamente un objeto para bloquear la entrada de su apartamento pues teme por su vida. Decide ubicar un sillón detrás de la puerta mientras revisa las cosas de Mariano. Está desesperada por hallar algo. Revisa su clóset, algunos cajones y una gran maleta con rollos fotográficos. Abre cada uno de sus bolsillos hasta que encuentra un cuaderno que ella reconoce. Es el cuaderno de anotaciones de su psicólogo. Llora esta vez, pero de la ira. Observa las anotaciones y extrae dos conclusiones de su análisis: es posible que Mariano lo ha robado o el sicólogo Isaac la está asediando y pretende incriminar a Mariano. Su angustia se acrecienta al borde la locura mientras abre el cuaderno donde están condensadas las percepciones psicológicas de Isaac. Lee todos sus miedos y odios familiares. De todos modos, robado o no, Mariano se ha enterado de su vida personal. Sigue revisando en el cuaderno y en un margen, muy pequeño, hay garabateado un ojo. Entonces se da cuenta de que el periódico que aquella vez le trajo Gianfranco podría haber pasado por las manos de Mariano o de Isaac, en el café, antes de que este lo trajera. Hila en su mente una serie de eventos desde que conoció a Mariano ya que ha tenido acceso a su casa en los últimos tiempos, incluso antes de vivir con él. También recuerda que Mariano había sido quien había querido ponerla en contra de los otros que la rodeaban, porque quería siempre estar protegiéndola; finalmente, se acuerda que él le había dado el sobre con el primer ojo el día en el que “casualmente” se habían conocido cuando él la atropelló con la bicicleta. Pero cae en un estado de negación preguntándose cómo ha llegado este cuaderno dentro de las pertenencias de Mariano. Sabe que debe actuar rápido para confirmar estas confusas conclusiones. Se dirige hacia la cocina y mete un cuchillo en la cartera al igual que el cuaderno. Improvisa una maleta con alguna ropa y artículos de aseo pues no piensa pasar ni una sola noche más allí. Entonces se le ocurre dejar una falsa nota escribiendo que supuestamente deberá trabajar para evitar perder el empleo y que por eso no regresará a casa. De este modo, no levantará sospecha con Mariano y huye. Mientras corre le surge una idea que llevará a cabo; un método *non sancto*. Una fuente de orgullo brota en su interior y se ha jurado a sí misma que realizará actos incluso fuera del margen de la ley.

CAPÍTULO XX: Gatelle Burt

Valeria sale urgentemente del edificio. En ese momento pasa un taxi y lo toma para salir rápidamente de allí. Al subirse le pide al taxista que la lleve al hotel que se encuentra al lado del aeropuerto. Durante el trayecto no da crédito a los últimos descubrimientos. Valeria permanece en estado de shock por algunos minutos. Luego piensa que se encuentra completamente sola en el mundo y resume los últimos hechos de manera obsesiva en su mente: su madre desaparecida, la calumnia hacia Gianfranco, su hogar destrozado, los amigos que ella ha alejado, el psicólogo como nuevo sospechoso y lo peor: su pareja como un posible acosador. No entiende tanta desgracia. Se desordena el cabello con sus manos y está al límite de un colapso nervioso; cree que el mundo está en su contra y razones no le faltan. El taxista la observa por el retrovisor y se asusta ante las reacciones de la chica. Él no se contiene y le dice:

—¡Disculpe mi intromisión, señorita, pero la veo tan afectada! ¿Necesita que la lleve mejor al hospital? Su cara está transfigurada.

—Señor, por favor, ¡necesito llegar rápidamente al hotel! ¡Siento que me voy a desmayar!

—Se está contradiciendo. Creo que mejor la llevo al hospital.

—¡Haga lo que le digo!

Finalmente, en treinta minutos llega al hotel. Valeria baja su pequeña maleta improvisada algo mareada y le paga al taxista, quien nuevamente le dirige la palabra:

—Si necesita ayuda esta noche, cuente conmigo. Tome la tarjeta con mi número. Yo tengo turno toda la noche. Lo digo por si no llega la ambulancia a tiempo, yo puedo llevarla al hospital que queda a diez minutos de aquí. Me quedaré en este sector del aeropuerto.

Valeria le agradece, guarda la tarjeta y entra al hotel. La recepcionista la atiende y le pregunta el tiempo de estadía, Valeria dice que será indefinido. Paga por adelantado por una semana y le dan las llaves de la habitación 505. Toma el ascensor y encuentra la habitación. Abre la puerta y entra en un acogedor dormitorio, bien iluminado, con una pequeña sala y un baño con tina. La joven verifica la puerta y decide relajarse y sumergirse en la tina. El baño la relaja y por primera vez durante mucho tiempo experimenta armonía mental. Permanece allí por una hora, luego de lo cual se mete a la cama y ordena un emparedado con jugo de frutas. La paz de su vida, que ha sido arrancada a la fuerza, retorna levemente en aquella habitación de hotel. El baño la ha dejado renovada para analizar aquel método *non sancto* que se ha planteado para encontrar el paradero de su madre y entrar en el departamento de Mariano. Llega su orden de comida y come con libertad. Abre las cortinas de la habitación y observa el panorama ciudadano. Luces titilantes urbanas permiten concentración para idear su plan. Sin embargo, vuelven los pensamientos obsesivos: permanece algunos segundos atónita al recordar aquel cuaderno en las pertenencias de Mariano. Concluye que deberá contratar a alguien que la ayude a cometer el delito de entrar sin permiso a la propiedad privada de Mariano Estévez. Piensa en el cerrajero del barrio y descarta la idea pues ya la conocen. De repente, recuerda al taxista que le entregó la tarjeta. Abre la cartera y lee el nombre de Arturo Téllez. Se le ocurre que deberá contratarlo para que la ayude en los desplazamientos ya que no quiere regresar a su departamento pues considera que tiene una carga negativa e indeseada. Mira el reloj y son las once de la noche. Sabe que Mariano ya está en el departamento, entonces decide llamar de manera cariñosa para evitar sospechas y confirmar que ha leído la nota. Respira profundo por la nueva farsa que va a crear y llama:

—¿Mariano?

—¿Dónde estás? Es muy tarde.

—¿Leíste mi nota?

—Sí, Valeria, pero ¿tuviste que llamar tan tarde para decirme cómo estás?

—Mariano, solo llamo para decirte que descanses.

—Bueno, pero entonces voy a cerrar todo.

—Descansa. Besos. Buenas noches.

Cuelga con fastidio por el cinismo que ha cometido. Pero ya no le importa, quiere salvar su vida y desenmascarar al verdadero acosador. Toma el directorio pues está decidida a contratar a un detective privado para que la ayude a descifrar los misterios que envuelven su vida. Son muchos temas que ella deberá resolver que solo encauzan al concepto del enigma. Encuentra una lista extensa de detectives privados. Ninguno le llama la atención, hasta que ve el nombre de una mujer. Le da una buena corazonada. Lee lo siguiente en el aviso del directorio telefónico. “Gatelle Burt. Detective Privada. 24 horas sobre 24 siete días sobre siete.” Valeria llama al número indicado y la mujer contesta al segundo timbre:

—Habla Gatelle Burt ¿en qué puedo ayudarle?

—Gatelle. Habla...Emma. —Se demora en presentarse ya que Valeria ha dicho un falso nombre.

—Emma. De acuerdo. La escucho.

—Necesito verla urgente. ¿Puede venir a un hotel ahora mismo?

—Claro que sí. Pero deberá depositar la tarifa establecida en mi página Web. En la pestaña “casos urgentes” encontrará los precios que contemplan asesoría e investigación de la primera etapa del caso. Una vez usted cancele, iré al espacio que usted indique en quince minutos. Me presentaré vestida de motociclista y dirá usted en recepción que ha realizado un pedido a domicilio.

—Muy bien. Enviaré la confirmación de pago a su correo, dirección y número de habitación del hotel. Nos vemos entonces en veinte minutos.

Valeria verifica la confirmación de la página web de la investigadora. Mira el reloj y marca las once y treinta minutos. Realiza el pago en línea y luego envía los datos de su ubicación. Mientras lo hace un pensamiento la asalta: está hastiada de que su mundo lo conformen solo hombres; ha sido muy preferencial con el sexo opuesto y quiere una visión femenina de su situación en desgracia. Luego, llama a recepción y solicita que estén pendientes del domicilio. Pasan los quince minutos exactos y suena el teléfono de la habitación:

—Buenas Noches. Su orden de comida está aquí.

—Sí. Puede seguir. Gracias.

Los nervios se apoderan de Valeria pues debe resumir su vida privada a una extraña. Pero igual se tranquiliza por el buen presentimiento que le ha traído la primera conversación que sostuvo con la detective. Prepara la sala para la reunión que tendrá. En un par de minutos, tocan a la puerta. Valeria observa que se trata de una mujer tan atractiva como ella que bordea los cuarenta años. Es de mediana estatura, de ojos color verde oliva con voz muy firme.

—Emma, buenas noches. Mucho gusto. Soy Gatelle Burt. —Extiende la mano y pide permiso para poner el casco de motociclista en una silla.

—Por favor, siga.

—¿Dónde está la basura?

—¿Por qué la necesita?

—Quiero botar esta caja desocupada del supuesto pedido.

—Oh sí. Tiene razón. Démela y yo la boto.

—Emma. Debe ser breve. Entenderá que el hotel no debe sospechar.

—Para empezar. No me llamo Emma. Mi nombre es Valeria. —Confiesa la joven pues desde que vio a Gatelle le ha generado confianza.

—Ya lo sabía.

—¿Cómo lo supo?

—Por su transferencia bancaria.

—Claro. Iré directo al grano. He sido acosada psicológicamente. Deseo descubrir las verdaderas intenciones de mi novio, de mi terapeuta y encontrar a mi madre desaparecida.

—¿Valeria, ¿cuál es su prioridad?

—Todas.

—Bien. Estaremos trabajando simultáneamente con otras dos detectives para delegar los casos que usted desea que se resuelvan. Por otro lado, tengo otra pregunta: ¿La policía sabe de esto y han abierto un caso?

—Sí. No obstante, mi confianza en ellos se diluye. Mi percepción es que ellos me ven como una paranoica. Sin embargo, al menos han descartado a una persona que me arrepiento de haber incriminado.

—Bien. Sugiero que se presente en la comisaria de la policía semanalmente. De este modo, sabrán por su interés a pesar de su incredulidad en ellos. Por otro lado, es importante que me dé datos sensibles como números telefónicos, direcciones y características psicológicas de las personas implicadas en estas investigaciones.

—Muy bien. Se lo enviaré a su correo.

Valeria le tranquiliza saber que Gabelle iniciará todas las investigaciones solicitadas de manera simultánea. Sintetiza la historia lo más rápido que puede pidiéndole que le ayude a resolver los casos. Le muestra a Gabelle el cuaderno de su seguimiento psicológico y le solicita investigar si ha sido robado y cómo llegó a las pertenencias de su novio. También le señala el dibujo del ojo encontrado en el cuaderno como símbolo del acoso. Valeria quiere saber quién es el verdadero acosador, ya que desafortunadamente ahora está desconfiando de Mariano, o descubrir si quieren implicarlo a él como sospechoso siendo inocente. Gabelle pide permiso para tomar fotografías del cuaderno y Valeria autoriza.

—De acuerdo. Como ha dicho que trabajará los casos de manera simultánea, entonces le daré los datos para que vaya al consultorio psicológico. Sin embargo, yo personalmente quisiera entrar al departamento de Mariano y descubrir que tiene allí. ¿Cómo puedo entrar?

—Mi equipo de trabajo se compone por dos mujeres de confianza. Son expertas en investigación y solución de temas técnicos, como, por ejemplo, entrar a un departamento sin ser descubiertas. Es más, podremos darle la llave para que entre sin ningún miedo.

—¡Excelente, Gabelle!

—Le mantendré informada el plan a seguir.

—Es importante que me mantenga informada. Deseo que se me comunique cada detalle.

Se despide y la detective se retira rápidamente. La recepcionista no se ha dado cuenta de la salida de Gabelle porque está atendiendo a un equipo de basquetbolistas. La detective se sube a la moto y parte a buscar a los verdaderos culpables del caos que se ha instalado en la vida de Valeria.

CAPÍTULO XXI: Mentira fatal

Al día siguiente, Mariano despierta a las nueve de la mañana. Mira su teléfono y se percata que no hay ningún mensaje de su novia. Sospecha que se trata de una mentira de Valeria. A pesar que no le convenció la llamada de anoche, quiere ver cuanto antes a Valeria. La extrañó bastante anoche. Se organiza y piensa ir hasta su trabajo para saber de ella. Llega a la oficina y lo atiende un guardia.

—Buenos días. Busco a Valeria Gómez.

—¿Valeria Gómez? Hoy no la he visto llegar a la empresa.

—¿Qué dice? ¡Pero ella dijo que pasó toda la noche trabajando aquí!

—¿Quién es usted?

—Soy su novio y estoy sumamente preocupado.

—¿Por qué no habla con su jefe directo?

—Sí. Por favor.

El guardia llama al jefe de Valeria y le comenta la situación de la que se acaba de enterar. Luego de cinco minutos de espera, el guardia le pide una identificación a Mariano y le invita a seguir a la empresa, indicándole el camino a tomar para llegar a la sección financiera. Mariano llega a la oficina indicada, toca la puerta y lo hacen pasar:

—Buenos días. Me presento. Soy Mariano Estévez. El novio de Valeria Gómez.

—Siéntese por favor.

—Estoy aquí porque Valeria me dijo que pasaría toda la noche trabajando, pero el guardia me ha informado que no está.

—Lamento informarle que Valeria le ha mentado. Hay políticas internas que prohíben esa práctica, excepto si se presenta algo extraordinario como la caída de bolsas internacionales. Y ayer no pasó nada de lo señalado.

—¿Por qué me ha dicho tal mentira?

—Estamos tan extrañados como usted. El comportamiento de Valeria nos resulta desconocido y, sinceramente debo decir que su rendimiento está cada vez más bajo. Su apariencia física no nos ayuda a la imagen corporativa. Disculpe la intromisión, pero ¿sabe usted que le ocurre?

—Lamento informar que Valeria se comporta de una manera bastante agresiva conmigo. Trato de ayudarle, pero no hay caso. A medida que ella me grita, yo me propongo tener actitudes de nobleza y protección por lo que le está pasando.

—¿Lo que le está pasando? ¿Qué le ocurre?

—Ni yo lo entiendo. No le quito más tiempo. Debo seguir buscando a mi novia.

Se retira Mariano, indignado, y el jefe está atónito por lo que se ha enterado. No puede creer que su empleada estrella esté decayendo de ese modo y que, además, tenga comportamientos agresivos en su vida personal. Por otro lado, Mariano siente ira contra Valeria, pero sonrío: la semilla de la duda contra su novia ya está diseminada en su ambiente laboral.

Entre tanto, Valeria en el hotel se prepara para ir a trabajar. Se ha maquillado y vestido muy bien. Está decidida a ser fuerte y no descuidar más su imagen personal. Ha llegado a la siguiente conclusión: en caso que Mariano no resulte implicado en la nefasta situación, está decidida a terminarle y pedirle que se vaya de la casa. No lo ama. Solo es una atracción física que ha terminado. No hay profundidad en las conversaciones, no hay gustos en común, y lo relaciona con una de las peores épocas de su vida. De hecho, le tiene miedo y sospecha de él. Su discurso de protección no la convence más...De todos modos, quiere los resultados de Gatelle Burt cuanto antes. No obstante, contempla la otra cara de la situación: si Mariano resulta ser el acosador, tendrá que ser muy hábil para que la policía lo detenga y encarcele. Quiere que su plan de investigación resulte. Está dispuesta a pagar la suma que

sea. Estos últimos pensamientos generan en ella un optimismo que la embarga después de la conversación que tuvo anoche con la detective Burt. Llega a la oficina a las diez en punto y el guardia le dice:

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—Me siento muy bien. Pero, ¿por qué su cara de preocupación?

—Porque su novio vino y dijo que usted había estado trabajando toda la noche en la empresa.

—¿Qué? ¿Vino Mariano?

—Así es. Un señor llamado Mariano Estévez. Y habló con su jefe.

Valeria corre hacia la oficina para hablar con su jefe. Se lo encuentra en el pasillo. La invita a seguir a la oficina.

—Siéntate. Necesito hablar contigo.

—¿Qué ha pasado?

—Vino tu pareja y le has mentado y nos has mentado. Utilizaste el nombre de la empresa para tus fines personales. Esto no lo voy a permitir.

—Le pido que me escuche. Estoy en una situación muy seria.

—¿Cuántas veces te solicité que me contaras lo que te ocurría? ¿Ahora quieres contar lo que te pasa? ¿Justo hoy?

—Tiene razón. Aprecio su preocupación, pero los problemas personales quedan fuera de lo laboral y por eso no pude contarle. Pido excusas por utilizar el nombre de la empresa. Lo único que le puedo decir es que estoy en una situación bastante delicada.

—Me temo Valeria que va empeorar tu situación. Igual has involucrado a la empresa en tus temas personales. Te contradices. Has admitido que has mentado y esto no lo puedo tolerar. No tengo más confianza en ti. Estás despedida. Te pido que entregues tu computador y tu oficina. Prescindiremos de tus servicios.

—¡Por favor no lo haga! No puede basar su decisión en algo personal. Debe basarse en mi trabajo. ¡Cometí un error! ¡Lo admito!

—Lo lamento. Este acto de engaño contradice las políticas de la empresa. En tres días hábiles saldría tu cheque. El departamento de recursos humanos se contactará contigo. Agradezco lo que en tu etapa inicial aportaste en la empresa. Un gusto conocerte Valeria.

—¿Puedo saber por lo menos qué le dijo Mariano?

—Son tus problemas personales. No deseo inmiscuirme en tus asuntos. Me es indiferente. Te pido que te retires.

Valeria recibe otro golpe emocional. No puede creer que Mariano se haya atrevido a hablar con su jefe. Él sabía perfectamente que mezclar la parte privada con el trabajo le traería problemas. Sin embargo, se recrimina a sí misma por haber mentado e involucrado a la empresa. Recuerda las advertencias de Miguel Ángel sobre no volver a mentir. Ahora, ha perdido su empleo por esta mentira fatal. Va a la oficina, organiza el computador y lo lleva a la sección de recursos humanos. Firma los respectivos documentos acerca del despido. Le pide a la secretaria una caja para guardar algunas pertenencias que están en su escritorio. Todos se dan cuenta. Los que la odian y los que la aprecian. Sus compañeros intentan acercarse, pero Valeria pone una barrera emocional que impide que los compañeros se despidan. La única que irrumpe esa barrera es su compañera Mónica:

—Es evidente que te vas.

—Así es Mónica. Aprecio que te atrevas a hablarme ya que he puesto muchas barreras.

—Lo intenté, Valeria, muchas veces, pero no quiero juzgarte. Solo quiero decirte que, si quieres ir al lago y distraerte, si necesitas una amiga con quien hablar, puedes contar conmigo.

—Muchas gracias. Aprecio tu gentileza, Mónica.

Las dos colegas se abrazan. Los compañeros que siempre la habían apoyado también se acercan. Le expresan solidaridad y le hacen saber lo bonita que está. Intercambian teléfonos. Los compañeros que la detestan hacen sonido con unas tazas de café simulando un brindis. Valeria le parece ridículo ese acto infantil comparado con los meses de terror psicológico que ha venido sufriendo. Sale de la empresa consternada y se dirige al hotel, y no al departamento, pues teme encontrarse con Mariano.

CAPÍTULO XXII: Llave azul, llave roja

Gatelle Burt está reunida con sus dos colegas en su oficina de investigaciones. La oficina tiene sofisticados aparatos de investigación como cámaras, micrófonos, radares digitales, computadores y otros *gadgets*. Pareciera el espacio de un estudio audiovisual. En otro espacio, tiene un gran clóset donde hay todo tipo de disfraces. No escatima en gastos para resolver sus casos y mantener a su clientela informada. Delega a la investigadora privada Ramírez el caso de desaparición de Cecilia Gómez y buscar una copia de llave del departamento de Mariano.

—Muy bien, Ramírez, aquí está la dirección donde fue vista Cecilia Gómez por última vez.

—De acuerdo. En cuanto tenga información le llamo.

—Perfecto. Si necesita refuerzos, avise inmediatamente a la detective Robles.

Se retira la detective Ramírez. Entre tanto Gatelle se queda conversando el plan con la detective Robles, quien se quedará en la oficina monitoreando las actividades de las solicitudes de las investigadoras.

El plan que Gatelle llevará a cabo lo ejecutará hoy mismo para resolver el misterio del cuaderno. Ha logrado a última hora una cita con el psicólogo Isaac Jiménez. La cita acordada se ha fijado a las dieciséis horas. Se disfrazará de una mujer un tanto desaliñada, de unos cincuenta años, haciéndose pasar por la madre de Valeria. Se pone una melena postiza rubia, intentando parecerse físicamente gracias a una foto que le ha enviado por correo electrónico Valeria. Ha decidido este plan porque ha confirmado que el psicólogo no tiene fotografías familiares de Valeria. Se maquilla simulando algunas arrugas más pronunciadas. Se ha enterado que Cecilia Gómez es alcohólica, por lo que toma unos dulces de anís para simular que ha tomado un *pastis*. Sin embargo, ha comprado el licor y lo pone en la cartera de manera que pueda ser visto por el psicólogo. La detective Burt llama a Valeria y le informa el paso a seguir:

—Valeria, he logrado concretar una cita con su psicólogo a las dieciséis horas. Así que, por favor, no conteste las llamadas de nadie hasta que yo me comunique con usted. Cuando nos veamos, le daré evidencias visuales de lo que le estoy hablando.

—Muy bien. Le comento que he sido despedida de mi trabajo y que, por lo tanto, estaré en el hotel. No me atrevo a ir a mi departamento hasta que tenga una nueva información.

—No lo haga. Espere mi llamado. Hasta pronto.

La detective Burt llega al consultorio y antes de entrar se asegura de tomar un buen trago del licor. La secretaria la mira con cierta displicencia. Un par de pacientes también esperan al psicólogo. Minutos más tarde, la hacen seguir.

—Señora Cecilia Gómez por favor siéntese.

—Doctor Jiménez. ¿Cómo está?

—No soy doctor, puede llamarme Isaac.

—He venido a decirle que estoy muy preocupada por mi hija, Valeria Gómez.

—¿Valeria Gómez?

—Sí. Me he enterado que usted la atiende. Me lo contó mi madre.

—¡Es maravilloso que usted esté aquí!

—Sí, gracias. Me he enterado que usted la atiende y he venido a decirle que estoy dispuesta a realizar una terapia familiar. Me imagino que usted documenta y pueda usted agregarme en su expediente.

—¡Oh, sí! El expediente. Pero temo decirle que semanas atrás entraron unos ladrones y me robaron información de varios pacientes. No le he comunicado a Valeria porque la he llamado tantas veces que prefiero que sea ella quien me llame y así poder comunicarle este asalto.

—¡Es terrible! A mi hija no le gustará saber que su información rueda por ahí. —La detective saca la botella del *pastis* y simula tomar un pequeño trago.

—Así es. Pero ya interpuse la denuncia. Están investigando el caso. Han tomado huellas dactilares en las puertas. —El psicólogo se limita a observar como la mujer guarda la botella en la cartera y recuerda que la madre de Valeria es alcohólica por lo que le ha contado en las sesiones.

—Bueno, solo he venido a informarle que estoy disponible para solucionar el conflicto con mi hija. Pero no le informe hasta que ella lo busque.

—Muy bien. ¿Cómo puedo contactarla?

—No se preocupe. Le daré mis datos a su secretaria. Hasta pronto.

Gatelle Burt sale del consultorio. Obviamente no le entrega ningún dato a la secretaria y llama a la detective Robles para que corrobore con sus contactos en la policía la denuncia de robo realizada por el psicólogo Isaac Jiménez. Una hora más tarde, regresa el llamado a la detective Burt.

—Afirmativo. El psicólogo realizó una denuncia de robo en su oficina.

—¿Existe una evidencia más fuerte?

—De acuerdo al archivo policial, hay un video en el que se aprecia que un par de sujetos realizan el robo. A esa misma hora el psicólogo Isaac Jiménez se encontraba en un coctel de trabajo. El acto delincuencia fue perpetrado en la noche.

—Muy bien. Al parecer a Isaac le han robado el cuaderno.

—Otra pregunta: ¿las fotos y grabaciones que realicé en el consultorio las recibió?

—Correcto. Tengo aquí las copias de ello.

—Estamos en contacto. Hasta Pronto.

Gatelle llama a Valeria para comunicarle el primer avance de la investigación. Le solicita que se vean en un café universitario. Entonces, Valeria llama a Arturo Téllez, el taxista que le entregó la tarjeta. Arturo acude a su llamado para que la lleve al lugar de la cita. Durante el trayecto, Valeria le señala unas observaciones.

—Lo estaré contratando por varios días. Pero la condición principal es que usted no dé información a nadie sobre los lugares a donde voy o con quién me encuentro.

—¿Cómo puedo dar información al respecto si ni siquiera sé su nombre?

—Lo sé. Pero quiero asegurar su servicio de confiabilidad. ¿Podré confiar en usted?

—Cuenta conmigo. Para su tranquilidad, me limitaré a mi oficio de conductor eficiente.

Valeria se tranquiliza, quiere volver a confiar en alguien. Arturo ha llegado en menos de diez minutos al café universitario. La joven le pide que la espere. El taxista se estaciona en una zona permitida. Gatelle saluda a Valeria, quien casi no la reconoce porque tiene un atuendo diferente. Piden un café y hablan sobre las últimas actualizaciones del hecho alrededor del robo del cuaderno.

—Valeria, está verificado. A Isaac, su terapeuta, le han robado los expedientes de su oficina un par de sujetos.

—¿Gatelle, está segura?

—Puedo asegurar con una probabilidad de un 50 %. Falta una prueba de ADN o de huella dactilar que compruebe la certeza. Lo estamos verificando con contactos policiales que tienen acceso a las bases de datos de las denuncias de robos. Por otro lado, he grabado la reunión que sostuve con el psicólogo. Recuerde que me hice pasar por su madre. No puede llamar al psicólogo hasta cuando yo le diga. Observe en el computador nuestra conversación.

—Sí. Él es Isaac.

—Hemos analizado el lenguaje corporal del psicólogo y fue consecuente con sus palabras. Está realmente preocupado por el robo de esta información tan importante. Además, por favor, observe las imágenes que nuestro equipo ha conseguido. —Gatelle le

muestra imágenes del consultorio asaltado y fotos del coctel donde se encontraba el psicólogo.

—Déjeme ver.

—Si se da cuenta, ambos eventos sucedieron simultáneamente. Observe el reloj de ambas capturas de video en este computador.

—Es cierto. Tiene la misma fecha y la misma hora. Por lo tanto, podemos decir que el psicólogo está descartado. —Valeria expresa con tranquilidad.

—Exacto. El paso a seguir es desvelar la intención de Mariano.

—¿Cuándo podré ir al departamento de Mariano?

—Lo más pronto posible.

—Sea más concreta, por favor. Mi vida es un desorden y necesito resolver esto cuanto antes.

—Cuestión de un día más. Permanezca en el hotel. Por favor no salga a ningún lado y si necesita ayuda extraordinaria no dude en hacérmelo saber.

Se despiden. Valeria se sube al taxi y pide que la regrese al hotel. Entra a la habitación y pasa toda la tarde en cama reflexionando sobre el informe de la detective Burt. De repente, se asoma la preocupación por la pérdida del empleo. No sabe qué hacer acerca de su vida laboral. En su hoja de vida ya no podrá poner la empresa por la que ha trabajado los últimos años. Si la pone de referencia, se enterarán de la mentira que involucró a la empresa. Prefiere no pensar más en ello y entonces recuerda los videos que le enseñó la detective Burt. Un misterio se ha esclarecido. Ya no duda de Isaac. Lo más probable es que Mariano le haya robado el cuaderno y, de repente, Valeria no puede más y llora, pues él se ha enterado de sus secretos más íntimos. A pesar de que no está confirmado que Mariano sea el acosador, está decepcionada de él. Se atrevió ir al trabajo y empeorar las cosas. Sin embargo, aún después de esta reflexión, se pide a sí misma objetividad. Ella ocasionó su despido por mentir. Intenta detener el pensamiento repetitivo. Ahora piensa en su madre. Se preocupa por dónde pueda estar, pasando necesidades. Al mismo tiempo, piensa en Gianfranco ya que lo extraña muchísimo. Luego de todo este proceso en el que no lo ha visto concluye que lo ama, pero desde la libertad. Nunca pensó que también se pueden amar a los amigos. En este tiempo de distancia ha comprendido que es un amor incondicional. No es romántico. Lo siente incluso como a un familiar. Sus reflexiones sensibles se acaban cuando enciende el celular y encuentra sesenta llamadas perdidas de Mariano. Sin duda ha enloquecido de incertidumbre. Valeria tiene miedo de regresar al departamento. Pero se le ocurre llamar a la detective Burt.

—Gatelle, tengo sesenta llamadas perdidas de Mariano. ¡Tengo mucho miedo!

—El número de llamadas delata su personalidad obsesiva. Debe cuidarse de ese hombre.

—Quisiera regresar a mi casa, pero ¿es posible que usted le pida a alguien que cambie las cerraduras del departamento?

—Es posible. Podremos hacerlo hoy.

—¡Muy bien!

—Le tengo datos nuevos. Mariano ha compartido tiempo con un hombre llamado Julián. ¿Lo conoce?

—Creo que él lo ha nombrado. Me parece que son compañeros de estudios universitarios. La verdad nunca me interesé en su vida privada.

—Muy bien. Realizaremos esta operación ahora y le avisaremos cuando todo esté listo.

La detective Burt envía un par de técnicos de cerrajería de confianza. Llegan al departamento de Valeria y de una manera impecable van realizando el cambio. Mientras tanto afuera del departamento se encuentra la detective Robles quien se encarga de custodiar la cuadra para avisar en caso que llegue Mariano. Finalizan el cambio de cerraduras. Se

retiran inmediatamente y le informan a la detective Burt. En solo un par de horas la solicitud de Valeria ha sido ejecutada de manera eficiente. La detective entonces llama a Valeria.

—Llamo para decirle que las llaves están listas. ¿Desea que se las lleve?

—Por favor.

—Usted dirá nuevamente en la recepción del hotel que vendrá una amiga a saludarle. Me vestiré de ejecutiva de banco.

—Tiene razón. Es preciso que utilicemos otro argumento.

Valeria está sorprendida de la eficiencia de Gabelle Burt. Ha sido un apoyo extraordinario. Inmediatamente va al computador y realiza una nueva transferencia a la detective para cancelar el cambio de cerraduras. Está muy contenta con sus servicios. Su corazonada no le ha fallado; esto le devuelve una cuota de confianza en sí misma. A los diez minutos llega la detective Burt al hotel.

—Aquí tiene las dos llaves que solicitó.

—Muy bien, Gabelle.

—Esta llave azul es para entrar a su casa y la llave roja es para entrar a la casa de Mariano. Establecimos los colores de este modo para que no se confunda. Guárdelas en su bolso. Por otra parte, disculpe lo que voy a decirle. Hay que observar la difícil situación por la que atraviesa desde la perspectiva optimista. Ha sido despedida de su trabajo para que usted solucione radicalmente sus problemas con dedicación absoluta. De haber estado usted trabajando, nuestras operaciones no estarían fluyendo de la manera en que lo están haciendo y de la forma que nos permite avanzar en estos casos. Así que, por favor, esté atenta a mi llamado, porque todo dependerá de los movimientos de Mariano.

—No lo había visto de esta manera que usted plantea. Gracias por compartirme su punto de vista.

—Esperemos de verdad que todo salga bien. Tengo que pedirle, además, que, en estas situaciones de investigación, decida mantener usted una posición bastante racional. Hemos investigado un poco más y tengo nuevos datos sobre la vida de Mariano que necesito que usted escuche.

—¡Me asusta!

—No me ha entendido, Valeria. Acabo de decirle que no puede permitir que el miedo la domine. Debe escuchar y observar con la mayor frialdad del caso.

—Intentaré. De verdad. Antes de usted conocerme mis respuestas ante la situación de persecución psicológica las tomaba con bastante nerviosismo. Hasta ahora intento reponerme.

—Es preciso que adopte una posición de cordura desde ahora. Este es el nuevo dato que le quiero enseñar, pero con video—La detective Burt después de haber preparado psicológicamente a Valeria le muestra las imágenes en el pequeño computador.

—¿Mariano dónde está entrando y con quién?

—Solo sabemos que ha estado mintiéndole sobre el lugar de trabajo. No existe tal galería de entrega de fotos. No ha logrado ese contrato de fotografía en el centro comercial.

—¿Entonces a qué se dedica?

—Todavía no lo tenemos claro. Pero en el video, observamos que el barrio donde se encuentra la casa donde ellos ingresan, no es de muy buena reputación. Hemos investigado que se trata una discoteca clandestina que opera a cualquier hora. Los hemos visto juntos los dos últimos días, en el mismo lugar en horas de la mañana y luego regresan de manera individual en la tarde. La investigación está en desarrollo.

—¡Pero él me dijo que estaba organizando una exposición!

—Recuerde, debe mantener su mente fría para estos temas. Hay otro dato.

—De acuerdo, déjeme digerir esta última información.

—El seudónimo artístico “Tomas Torres” no le pertenece a Mariano Estévez. Buscamos en la base de datos de propiedad intelectual y le pertenece verdaderamente a un fotógrafo bastante cotizado llamado Joan Pérez.

—¡No puedo creerlo! ¡Cómo puede ser tan sinvergüenza sustentando cada fotografía y pretendiendo que es su exposición! ¡Luego hablando como un filósofo de pacotilla!

—Observe este documento que reitera lo que digo. —Nuevamente le muestra en el pequeño computador.

—En el documento está el nombre de la galería donde él me llevo.

—La detective Ramírez, quien está con el caso de su madre, también ha hablado con el dueño de la galería. Ella se hizo pasar por una falsa coleccionista de arte y así pudo comprobar que Mariano Estévez no tiene relación con la galería.

—¿Pero en qué mentira me he estado sosteniendo?

—Estos han sido los datos que hemos estado recopilando. Ahora falta que usted ingrese al departamento de Mariano tal como lo pidió. Tendremos refuerzos en el exterior del edificio para protegerla.

—A propósito, ¿qué ha sabido de mi madre?

—Todavía la investigación está en desarrollo.

—Le pido que me dé pronto un nuevo dato. No puedo creer la desaparición de mi madre.

—Muy bien, la mantendré al tanto. Le pido que en una hora me llame para decirme a cuál departamento piensa ir primero y organizar la operación de refuerzos correspondientes. ¡Ah!, lo olvidaba: falta que me dé información de su amigo Gianfranco. Necesito investigarlo también. Deme sus datos como direcciones de casa o trabajo, teléfonos, etc.

—Lo último que sé es que él estaba en Italia. No sé si se fue de vacaciones. Su café se llama “Giacometti” y está ubicado en el centro del barrio donde vivo.

—Muy bien, esta información es suficiente. Estaré atenta a su decisión. Recuerde que debemos investigar a Gianfranco. A mi modo de ver, es necesario verificar si él es el acosador. La policía le informó, pero no le dieron pruebas concretas.

—¿Usted cree? Tiene razón. Ellos se limitaron a informarme, pero no me dieron fotografías o videos para que yo me convenciera.

—No soy muy religiosa, pero recuerde, como dijo Santo Tomas: “Ver para creer”.

Gatelle Burt toma la maleta ejecutiva y se va con paso acelerado. Valeria tiene las dos llaves. Ahora podrá entrar fácilmente a su casa y a la de Mariano para descubrir la verdadera personalidad del hombre a quien le entregó toda su confianza. En la mesa están la llave azul y la llave roja. No sabe a dónde ir primero. Necesita digerir la información que le está llegando como un rayo a su cabeza. Prepara la tina, toma unas velitas y las enciende. Trata de seguir los consejos de Gatelle Burt. Se está controlando a petición de la detective. Se sumerge en la tina por casi un minuto. Debajo del agua, intenta gritar para sacar de su mente las mentiras que le ha dicho Mariano acerca de su supuesta profesión. También Gatelle duda de Gianfranco porque no lo ha investigado. Esto último la descoloca. Intenta apelar a la cordura, pero ha descubierto que le duele esta situación, porque a pesar que no ama a Mariano, ha desarrollado un pequeño lazo emocional que empieza a desgarrarse por las últimas investigaciones. Ya sabe que es un completo mentiroso, pero ¿será el acosador? Eso no lo ha confirmado la detective Burt. Después de un largo baño, se viste y entiende que el tiempo es oro. Nuevamente va a la mesa y observa las llaves. ¿Cuál elegirá?

CAPÍTULO XXIII: Hiperhidrosis

Está anocheciendo. Mariano llega al departamento de Valeria, intenta abrir la puerta, pero no logra conseguirlo. Vuelve a introducir la llave a la cerradura y se percata ha sido cambiada. Empuja la puerta como tratando de derribarla, pero es inútil. Le da mucha rabia y tanta frustración que termina dándole patadas a su maleta deportiva. La hiperhidrosis está descontrolada, dejando la cerradura mojada. Inmediatamente llama a Valeria y le deja un mensaje de voz:

—Valeria, ¿por qué desapareces y ahora no me dejas entrar al hogar que intentamos construir? Te he intentado proteger y tu respuesta desagradecida es ignorarme y lanzarme a la calle. No puedo creer tu actitud. Por lo menos dame la cara, termíname de una manera más honesta entregándome mis cosas para entonces terminar este ciclo. —Lo expresa Mariano llorando con evidente voz afligida.

Cuelga el teléfono y vuelve a dar un empujón a la puerta. Llama a su amigo Julián, y se va. La detective Robles se da cuenta de todo y lo filma. Inmediatamente lo envía a la detective Gatelle Burt. También se ha dado cuenta de la afección de Mariano e inmediatamente corre a su coche para encontrar el material adecuado y recoger el fluido. Lo realiza de una manera precisa pues quiere corroborarlo con las huellas que dejaron los dos sujetos en el asalto del consultorio del psicólogo Isaac Jiménez. Va al laboratorio para analizar el resultado que piensa entregar cuanto antes, valiéndose de sus contactos con la policía.

Al otro día, Valeria despierta con sensación de tranquilidad. Ha descansado y está disfrutando el hotel a pesar de todas sus circunstancias, pero sabe que tiene poco tiempo para poder permitirse este lujo. No tiene empleo, y todavía no la han llamado del departamento de recursos humanos para entregarle el cheque y darle tranquilidad económica, aunque sea por un cierto tiempo. Le angustia mirar el teléfono inteligente y encontrar algún mensaje de Mariano. Sus miedos se hacen realidad. Esta vez solo hay un mensaje en el buzón de voz, aunque en el fondo se alegra de no encontrar desesperantes llamadas perdidas. Toma valentía y escucha el mensaje. Es la primera vez que lo escucha llorar. Admite que se siente un poco avergonzada de cambiar las cerraduras y de no permitirle que entre en su casa. Todavía no tiene certeza de si él es acosador. Recuerda que la detective Gatelle Burt le ha dicho que solo hay un 50 % de probabilidades que Mariano sea el autor del robo del cuaderno, por lo que, luego de escuchar la llamada, cae en un precipicio de incertidumbre. Está claro que Mariano es un mentiroso, pero eso no lo hace una mala persona, piensa Valeria, y admite que él ha estado protegiéndola de esos ataques siniestros que todavía se traducen en pesadillas nocturnas. Tiene ganas de llamarlo y cambia de opinión para terminarle de la forma que él solicita. Considera que es lo mínimo que puede hacer, cerrar el ciclo con honestidad y mirándole a la cara. Independiente a ello, igual quiere entrar al departamento. Es una absurda contradicción que ronda en su cabeza. Entonces toma el teléfono para llamarlo, pero justo en ese justo momento llama la detective Gatelle Burt:

—Buenos días, Valeria. Disculpe interrumpir. Sé que le dije que esperaba su llamada para escuchar la decisión de si deseaba primero ir a su casa o a la de Mariano. Pero tengo que comunicarle algo que podrá influir en su decisión. Tiene que venir a la librería que se encuentra al lado del Ministerio de Educación. La cito allí, porque ese lugar es relativamente nuevo y casi nadie lo conoce. Venga a la brevedad.

—Muy bien. Salgo para allá.

Valeria llama rápidamente al taxista Arturo Téllez. El hombre la recoge. Durante el trayecto, la joven lo mira y percibe una buena sensación. Piensa que es un hombre honrado

y que está cumpliendo su palabra de ser discreto, pues solo se limita a su trabajo de transportarla. Pronto llegan al lugar que le ha indicado la detective Burt.

—Siéntese por favor—. La detective le señala el lugar para que ella tenga un punto de observación favorable, si alguien la está mirando.

—Lamento tener malas noticias.

—Me estoy acostumbrado a ellas. ¡Dígamelo rápido, por favor!

—Mariano es el autor del robo y asalto del consultorio. Se ha comprobado en un 100 %.

—¿Cómo supo eso?

—Tengo los resultados del laboratorio. Nuestras conexiones en la policía nos dieron los análisis de la toma de huellas dactilares y algunos rastros de fluidos que ellos recogieron. Tomamos aquellos resultados y nosotros lo cotejamos con las pruebas que recogió la detective Robles. Le comento que filmamos el momento cuando Mariano regresó a su departamento. Como se dará cuenta en el video, tiene un ataque de ira que le desencadena una enfermedad que se llama hiperhidrosis.

—¿Hiperhidrosis? ¿Qué es eso?

— Hiperhidrosis es una enfermedad en la que las glándulas sudoríparas son hiperactivas. Es una sudoración incontrolable. ¿Nunca lo vio padecer esta enfermedad?

—¡Jamás!

—Muy bien. Observe el video. Vea primero cómo intenta derribar la puerta. Su cara está transformada.

—¡Dios mío! ¡Parece una bestia! No lo reconozco. Jamás le vi una expresión tan violenta.

—Ahora observe las patadas que le da a su bolso deportivo.

—¡Definitivamente es otra persona!

—La detective Robles realizó un acercamiento con la cámara. Si se da cuenta, las manos parece que las hubiera metido en un río. Sudan de manera incontrolada.

—Pero ¿cómo no pude darme cuenta?

—Usted no se dio cuenta porque a él se le desencadena cuando está bajo los efectos de una emoción fuerte, como es la ira en este caso. Y por lo que deduzco él se presentó ante usted como una persona comprensiva, tranquila y noble.

—Así se me presentó. Cuando yo reía, lloraba o peleaba, incluso cuando yo también tuve ataques de ira y destruí las cámaras de vigilancia que él instaló, él permaneció sereno y calmado.

—Lamento informarle que esa reacción precisamente era lo que él buscaba. Descontrolarla para producirse placer a sí mismo. Ahora analicemos el video del asalto. Mariano toma las llaves, se pone nervioso al no poder entrar y se limpia las manos en su ropa. Al intentar abrir, toca el primer pomo de la puerta y deja allí sus fluidos sudoríparos. La detective Robles tomó las muestras, se cotejaron con las pruebas de la policía y el resultado es que ambos fluidos pertenecen a la misma persona.

—¡No sé qué decir! ¡Me he quedado sin palabras!

—Por favor, tómese su tiempo para asimilar esta situación.

—Definitivamente él ya sabe toda mi vida personal. El psicólogo consignó cada detalle personal de mi vida privada. Mariano utilizó esos detalles para enloquecerme. ¡Él es el acosador!

—No debe sacar esas conclusiones. Sé que hasta el momento todo apunta a él. Pero debemos tener pruebas concretas para incriminarlo. Falta cerciorarnos de las intenciones de Gianfranco. Aún no podemos descartar a nadie. Valeria, no deseo presionarla más, pero tendré que hacerlo, deberá tomar una decisión en este café. Ahora ¿dónde piensa ir primero? ¿Cuál llave va a utilizar?

—Sin duda, Gattelle. Debo ir al departamento de Mariano. Le agradezco que me telefonara usted justo cuando yo iba a llamarlo.

—¿Por qué razón iba a contactarlo?

—Me dejó un mensaje de voz.

—¿Puedo escucharlo? —Valeria le acerca su teléfono a la detective.

—Si se da cuenta está llorando. Es bastante creíble. Casi caigo en su trampa.

—Me alegra haber llamado en el momento preciso. El curso de la investigación hubiera tomado un rumbo distinto.

—Estuve a punto de buscarlo y cerrar este ciclo que me agobia.

—Apele a la racionalidad. Le estaré señalando este consejo mientras dure la investigación, pero sugiero que lo aplique de por vida, cuando la situación lo amerite. El tiempo es oro. Estaremos llamándola para informarle cuándo debe entrar. Le advierto que puede ser en cualquier momento. Mariano no tiene un horario regular. Lo hemos visto incluso saliendo del departamento en la madrugada. Debe estar preparada. No obstante, permanezca tranquila. Hasta pronto.

Gattelle Burt se va en su motocicleta negra. Mientras tanto Valeria sube al taxi y Arturo la regresa al hotel. Está claro. Mariano sustrajo el cuaderno. Los resultados de las pruebas de ADN que leyó son concluyentes y un elemento objetivo que no piensa obviar. Recuerda que Miguel Ángel le había dicho que la persona que le quería hacer daño es una persona joven, con alma oscura y que la conoce de años. Ese último dato no le cuadra. A Mariano lo conoce solo desde hace unos meses, el tiempo que ha durado el acoso. Pero cambia de parecer, pues nuevamente la detective Gattelle pone bajo la lupa de la duda a su amigo italiano. ¿Será Gianfranco el acosador?

CAPÍTULO XXIV: Junglas de cemento

La detective Ramírez busca en el barrio donde Valeria pasó su niñez y donde fue vista por última vez la señora Cecilia Gómez. Después de varios días de búsqueda, obtiene por fin un primer dato que le da un señor que cuida coches, pero que no será gratis:

—Señorita, la información que me pide vale. Recuerde que estamos en la jungla de cemento y no se trata de un mundo gentil.

—¿Cuánto quiere?

—Deme cinco billetes de la denominación más alta.

—Está exagerando, ¿verdad?

—No hay problema. Si no quiere información, entonces no me pague. Así de sencillo.

—De acuerdo. Pero tendré que regresar porque no me alcanza el dinero que me pide. No se vaya, espéreme.

No hay cajeros electrónicos por la zona, porque no es comercial, lo que obliga a la detective Ramírez a desplazarse hasta un centro comercial y retirar el dinero en un banco. Es el primer dato que va obtener y no puede darse el lujo de perderlo. La información es poder. El hombre que cuida los coches tiene ese poder por ahora, porque es un caso difícil, más todavía si se considera que la señora Cecilia tiene un nulo contacto familiar, ningún historial laboral y mucho menos un historial crediticio que permita obtener datos de una persona desaparecida. Saca el dinero y envía el comprobante a la detective Gabelle Burt. Regresa donde el hombre que sabe todo lo que ocurre en esa calle. Le entrega el dinero y le pregunta:

—¿Cuándo fui la última vez que la vio?

—Yo creo que el mes pasado. Estuvo vendiendo dulces en esa esquina; tenía un comportamiento variable que solo lograba calmar con el alcohol. Tiene fama de borracha.

—¿Le comentó alguna vez dónde compraba el alcohol?

—Sí. ¿Ve aquella licorería que está ubicada? Allí iba.

—¿Sabe si está casada, si tiene hijos?

—¿Casada? —Le pregunta el hombre con una gran carcajada—. Si a ella lo que le gustaba es la vida fácil, señorita. Utilizaba de fachada la venta de dulces para luego ofrecer sus servicios como trabajadora sexual. Solía frecuentar esta zona en busca de clientes. Pero, de repente, desapareció. Nunca más la vi.

Hay una nueva información que da luz verde al caso. Por lo menos, un mes atrás, Cecilia Gómez estaba viva. Por los antecedentes y la falta de información, ya la detective Ramírez había contemplado la posibilidad de dar a Cecilia por muerta. Incluso, estaba dispuesta en buscar en la morgue. Pero, con este nuevo dato, la detective Ramírez cruza la avenida y habla con el dependiente de la licorería.

—Señor, buenas tardes. Busco el paradero de la señora que ve en la foto. Su nombre es Cecilia Gómez.

—Déjeme ver. Esta foto no es muy reciente que digamos.

—Como entenderá años atrás no teníamos a nuestro alcance la tecnología que ahora todos gozamos.

—Mmm. Creo reconocerla. Esta mujer se paraba en esa esquina del parqueadero. Vendía dulces y cigarros. —El dependiente le entrega la foto a la detective Ramírez y ella se alegra de que el hombre que le acaba de dar la información no le mintió.

—¿Venía a comprarle licor?

—No me compraba. Pero igual venía a recoger las botellas con algunos restos de licor que los jóvenes dejaban en el piso. Yo igual la observaba. Parecía buena mujer. Pero las malas lenguas dicen que se prostituye.

—¿Tiene alguna idea de dónde pueda estar?

—Como los chismes abundan, un proveedor de cerveza me contó que la vio en las cantinas de los barrios periféricos de aquellas montañas.

La detective sale satisfecha con la información. A pesar de que se tratan de comentarios de la jungla del cemento, igual le proporcionan directrices para dar con el paradero de la madre de Valeria. Se sube a su coche y en veinte minutos llega al barrio periférico que le señaló el hombre de la licorería. Está atardeciendo y llama a la detective Robles para comunicar el lugar a donde se dirige.

Los caminos no están pavimentados. No hay señalización. Se nota el abandono de la alcaldía. Necesita dejar el coche en un lugar seguro, pero no hay aparcamientos. Solo un par de jóvenes que están parados en una esquina. Llama a uno de ellos:

—¿Me puedes cuidar el coche?—Le muestra un par de billetes.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de horas, incluso menos.

—Entonces deme el doble de lo que me está enseñando. Este barrio es muy peligroso y me estoy exponiendo.

—De acuerdo. ¿Has visto a esta mujer? —La detective le muestra la foto al chico.

—No.

—Bien. ¿Dónde están las cantinas?

—A la vuelta de la esquina.

—Cuídame el coche. Ya vengo.

La mujer camina con premura ya que comienza a oscurecer y las calles están desiertas. Sin embargo, ella está preparada para cualquier ataque. Antes de dedicarse al oficio de detective privada, fue policía y guardaespaldas. Tiene vasta experiencia en artes marciales. Igual ha aprendido en la vida que el peligro puede surgir en cualquier lado. Se cerciora de que su arma permanezca al lado de la cintura, ya que un grupo de hombres salen a la esquina. Se desespera pues no logra encontrar tales cantinas. De repente sale un anciano que trae unos baldes con agua. La detective Ramírez lo detiene:

—Disculpe, señor, ¿sabe dónde están las cantinas? Estoy buscando a esta mujer. —La detective le enseña la foto.

—¡Buenas noches! Señorita, no veo la foto en esta oscuridad. ¿Qué dice? ¿Las cantinas? Debe virar a mano izquierda. Tenga cuidado, ha venido con esa chaqueta de cuero y se la pueden quitar. No debe caminar sola.

—Gracias por su advertencia, caballero.

Finalmente, la detective Ramírez llega a la cantina. Está llena de hombres, que se quedan mirándola. La mujer con firmeza habla con el cantinero y le enseña la foto:

—¿Ha visto a esta mujer?

—¿Es policía?

—Sí, lo soy. —La detective transporta una verdad al presente.

—¡Oh, Cecilia! ¡Cómo se veía de linda en la foto! ¿En que se metió ahora?

—Dígame ¿Dónde está esta mujer? Es importante saber su paradero. Su familia está angustiada, buscándola.

—La pobre está en el refugio para personas que viven en la calle. Cecilia está muy enferma.

—¿Sabe dónde queda ese refugio?

—Me contaron que la encontraron una noche tirada en la calle y la municipalidad la trasladó para el refugio del noroeste de la ciudad. Búsquela allá. Quizá le den la información que está buscando.

—Muchas gracias.

Lo que acaba de escuchar la detective Ramírez le permite rendir resultados a la detective Gattelle Burt. La mujer va corriendo por las calles oscuras, ya que no hay

iluminación pública. Cuando llega al coche, se percata que ha sido desvalijado exteriormente. Abre el automóvil y por suerte sus artefactos de trabajo están intactos. Sabía que estaba corriendo un riesgo y lo asume. Luego viene un par de jóvenes y le dicen:

—Felipe estaba cuidando su coche. Pero vinieron dos hombres, lo empujaron y le quitaron el dinero que usted le dio. Intentaron abrir su coche y no pudieron, pero se llevaron piezas de su coche.

—¿Lo lastimaron?

—No. Solo lo empujaron y él salió corriendo.

Ella se lamenta por haber involucrado al joven. Pero se calma a sí misma diciendo que quizá solo fue el susto del empujón. Tiene una naturaleza autosuficiente y reconoce que debió pedir refuerzos. Expuso al joven y él se lo advirtió. Pero son los gajes del oficio. Por ahora, debe seguir la pista a Cecilia Gómez. ¿Qué será lo siguiente que encontrará?

CAPÍTULO XXV: Mente fría

Al parecer, Mariano retoma la cotidianidad que él tenía antes de conocer a Valeria. Se dirige hacia la floristería para comprar rosas. Al llegar, la dueña del local ve su rostro sombrío y le pregunta:

—Joven, hoy luce triste. ¿Está bien?

—Sí, lo estoy. Mi novia me ha terminado. ¿La recuerda? Solía comprarle flores de lavanda y una vez recogimos en este local un bonsái.

—Oh, sí. Lo recuerdo perfectamente ¡Que pareja tan maravillosa formaban ustedes juntos! ¡Usted tan atractivo y ella tan bella, aunque un poco antipática! Disculpe la pregunta, ¿lo dejó por el italiano? —La indiscreción se destaca en la conversación.

—No, hasta donde sé, no me ha contado nada al respecto. ¿Los ha visto juntos?

—Lo que pasa es que Don Gianfranco llegó esta semana. Y me pareció raro que su novia haya terminado con usted justo cuando él llegó de Italia. Le cuento que él también me compraba muchas flores de lavanda para ella.

—Sí, es verdad.

—Y esas rosas, ¿son para otra chica?

—Son para mi mamá.

Mientras que la dueña de la floristería y Mariano conversan, no se han dado cuenta de que la detective Robles está fingiendo ver las flores y las plantas. La conversación que acaban de tener está siendo filmada por ella.

—¡Oh! ¡Qué joven tan adorable! Reservaré las mejores rosas para usted.

—Gracias señora. Por favor si sabe algo de Valeria, mi exnovia, o de Gianfranco, hágamelo saber. Prefiero la verdad para acabar con mi dolor, que no logró superar.

—No se preocupe, cuente con ello. Un hombre tan atractivo como usted merece toda la felicidad del mundo.

Después de la conversación con alta dosis de zalamería por parte de la dueña de la floristería, Mariano se transforma en un ser iracundo. Va llorando por la calle porque no sabe dónde está Valeria. La detective Robles lo sigue, pero desde el coche. El joven ingresa a su departamento y lleva las rosas al cuarto de su madre. Minutos más tarde decide revelar durante la tarde todos los rollos fotográficos. Saca el cálculo y le espera revelar cientos de fotos. Una vez en el oscuro, llora y grita como un hombre desesperado. Está sufriendo por Valeria. No soporta la idea de que ella no se haya comunicado. Pero no quiere llamar más. Sabe muy bien que tarde o temprano se encontrarán y pierde la noción del tiempo. Las acciones de Mariano están afectando las investigaciones privadas. Así que la detective Ramírez, quien se mantiene estacionada en un lugar estratégico, cerca del departamento de Mariano, llama a la detective Gatelle Burt:

—Tengo malas noticias.

—La escucho.

—Mariano Estévez lleva horas en su departamento. Esta vez no salió alternadamente como solía hacerlo los anteriores días.

—De acuerdo. A las diez de la noche, usted llamará refuerzos para relevar la guardia.

—Entendido.

Hay un sustancial cambio de planes. La idea era que Valeria fuera tan pronto como ella pudiera al departamento de Mariano a buscar evidencias sobre si es el autor de los mensajes del maléfico ojo. Pero ello no será posible sin poner en grave riesgo a Valeria, así que la detective Gatelle Burt llama a su cliente:

—Buenas tardes, Valeria.

—Hola, Gatelle. Cuénteme, ¿alguna novedad?

—Mariano no sale de su departamento, lleva horas allí. Le sugiero que salga del hotel y vaya a su casa. Dice que tiene algún conductor de confianza, ¿verdad?

—Así es, Gatelle. De todos modos, mi decisión ya se la iba a comunicar. Ya no quiero estar más escondida. Volveré a mi casa.

—Perfecto. Cuando usted vaya ¿puedo ingresar a su casa para comunicarle el plan a seguir?

—Estoy de acuerdo con usted. Nos vemos en una hora.

La joven empaca su maleta. Llama a Arturo para que la recoja en el taxi. Está preocupada porque no la llaman de recursos humanos para que le entreguen el cheque. Si no se comunican con ella, tendrá que ir o llamar; acciones que no quisiera realizar. Guarda la llave azul y la llave roja en el bolsillo de su chaqueta. Se despide agradecidamente de la habitación que tanto le procuró. Lo compara como una isla de paz en un océano de engaños, mentiras y ataques psicológicos. Al menos ha podido dormir en paz. Baja a la recepción, paga con tarjeta de crédito y realiza el *check-out* correspondiente. Arturo llega de forma expedita y la lleva hasta su casa. Valeria se despide de él de manera afable pues ya no podrá contratar sus servicios como conductor. Tiene que aminorar gastos, porque las investigaciones se han extendido. El taxista le agradece la confianza y le reitera su apoyo en caso que lo necesite. En la puerta del edificio se encuentra la detective Burt. Valeria la invita a seguir. Busca en su chaqueta la llave azul y se percató de que es una cerradura de alta calidad, abre la puerta y las mujeres ingresan al departamento.

—Gatelle. Por fin entro a mi departamento.

—Valeria. He venido hasta aquí para presentarle mi plan, pero me gustaría que conociera a los detectives Ramírez y Robles quienes han estado coordinando las investigaciones bajo mi dirección.

—No hay ningún problema. Igual quiero conocerlas. Han hecho un excelente trabajo.

—Me gustaría que nos dijera lo que acaba de decir al terminar el trabajo, aún no sabemos qué desenlace va a terminar.

—¿Qué dice? Me asusta.

—Recuerde que su caso es muy serio. Podríamos estar hablando de un asesino que comienza su plan con un acoso.

—De verdad, intento reponerme, pero sus palabras me angustian.

—Intento ser realista y comunicarles a mis clientes que adopte una actitud centrada. Ignoramos el final. Quisiéramos entregarle siempre informes positivos, que se convierten en nuestros objetivos, sin embargo, debido a su naturaleza sensible y afable, le advierto lo que puede venir.

—Detective Gatelle, agradezco que me conecte a la realidad de las cosas. ¿Debo asumir, entonces, que esto puede no tener un final feliz?

—Exacto. Siempre con la mente fría.

—Es difícil, pero no imposible. Mente fría, mente fría. —Valeria se repite el consejo de la detective Gatelle Burt.

Las detectives llegan al departamento. Gatelle abre la puerta y las presenta. Valeria trae algunas sillas para comenzar la reunión. Una vez la mesa preparada, la detective Gatelle Burt toma la palabra:

—Valeria, ahora que la observo equilibrada emocionalmente, la detective Ramírez tiene algo que comentarle.

—Estoy lista.

—Valeria, tengo una noticia buena y otra mala. —Con suma diplomacia habla la detective Ramírez.

—¡Por favor, empiece con la buena noticia!

—La señora Cecilia está viva.

—¿Qué la hizo pensar que estuviera muerta?

—Llegó un punto de mi investigación en que casi empiezo a recorrer las morgues. Realicé investigaciones en los hospitales sin obtener respuesta.

—Pero mi madre es una mujer relativamente joven.

—La juventud no es sinónimo de inmortalidad. Quizá pensar de otra manera es un tanto ingenuo.

—Es cierto, la ingenuidad es la que me ha llevado a estos límites —asevera Valeria—. ¿Cuál es la mala noticia? No demore más en decírmela, cualquiera que sea.

—Puedo clasificarla como una mala noticia, Valeria, porque su fue encontrada en la calle y su estado de salud es muy serio.

—¿En la calle? No lo puedo creer ¿Dónde se encuentra?

—Ahora está en el hospital público. Está muy débil. Cuando yo la encontré, estaba en el refugio para personas que se encuentran en situación de calle.

—¿Debo ir ya!

—Es inútil Valeria. A esta hora no permiten el ingreso. Deberá esperar hasta mañana.

—¿Le comentó que yo la estaba buscando?

—No pude hablar con ella. Pero he verificado que se trata de ella.

—¿Tiene la dirección del hospital?

—Sí. La señora Cecilia está en el hospital San Gabriel.

Valeria llora. Son inútiles los consejos que acaba de escuchar. Ha intentado mantener la mente fría y sus emociones a un lado como le ha solicitado Gatelle Burt, pero es imposible. Las detectives se conmueven por lo que le está pasando a la joven. Las desgracias no tardan en hacerse presentes en cada aspecto de su vida. Solo se limitan a escuchar el llanto incontenible de la joven. En la mesa hay agua y le sirven un vaso. Ha logrado calmarse un poco. Deja de llorar, ha tomado una resolución y les dice:

—¿Cuál es el plan a seguir?

—Ganaremos tiempo, ya que usted vive cerca del departamento de Mariano. Esta noche usted entrará y la acompañará la detective Robles, quien subirá a custodiarla. La excusa que usted presentará en la recepción del edificio, en caso de que le pregunten hacia dónde se dirige es que le lleva su maleta fotográfica. La detective Ramírez se encargará de distraer al conserje mientras ustedes ingresan. Esté pendiente. Nosotras nos vamos.

—Antes de que se vaya, Gatelle, quiero pedirle que si me llega a pasar algo comuniquen lo sucedido a Gianfranco Ferri. Actualícele lo ocurrido. Él es mi mejor amigo, es como mi familia. Algo en mi corazón me dice que él es inocente. Le autorizo contarle este tema delicado.

—De acuerdo Valeria. Lo comunicaré siempre y cuando no esté implicado en este caso.

Se retiran las detectives. La joven no quiere saber más. No le queda otro remedio que tratar de tener su mente fría para poder continuar con el plan. Una vez más debe prepararse para encontrarse con una sorpresa que le depara el destino. ¿Agradable o desagradable? No lo sabrá hasta que entre al departamento de Mariano

CAPÍTULO XXVI: ¡Sorpresa!

El teléfono de Valeria suena. La despiertan a las dos de la mañana.

—¿Aló? —contesta aturdida.

—Valeria, despierte, no hay tiempo que perder. En la puerta está la detective Robles.

La joven toma el bolso, verifica que esté la llave roja y un fuerte presentimiento hace que vaya a la cocina y se lleve un cuchillo. Lo ubica en su bolso. Recuerda llevar la maleta fotográfica de Mariano. Sale del edificio y la detective Robles protege a Valeria quien le hace la siguiente pregunta:

—¿Están seguras de que Mariano no está en su departamento?

—Estamos seguras. Además, observamos que lo recogió ese tipo que siempre lo acompaña a todos lados. Su nombre es Julián. Nuestro refuerzo nos dice que se ambos se encuentran en aquella casa que opera como discoteca clandestina. Así que tenemos tiempo. Ahora debemos esperar la señal de las detectives.

En ese mismo instante, la detective Burt y la detective Ramírez distraen al conserje. Lo hacen salir para que él ayude a retirar el coche supuestamente varado justo al frente del garaje del edificio. El hombre colabora con las detectives, quienes se hacen pasar por unas turistas con acento extranjero. Con la señal enviada por la detective Burt, la detective Robles ingresa con Valeria al edificio. Toman el ascensor y llegan al séptimo piso. Buscan el apartamento 713. Valeria saca la llave roja. Lo introduce en la cerradura y abre la puerta con una facilidad que no ella no puede terminar de creerse, enciende las luces y se da cuenta de que el departamento está abandonado. Camina hacia la ventana y toca las pesadas cortinas pesadas de color negro. La detective Robles está detrás de ella, filmando el departamento de Mariano. Le parece extraño que el departamento no luzca familiar, ya que Mariano siempre le había dicho que iba a la casa de su madre, a verla y a cuidarla porque estaba muy enferma, pero es evidente que allí no ha vivido nadie en años. Sin embargo, abre la puerta de la habitación que huele excesivamente a rosas, pero ve alguien acostado en la cama, y cuando se acerca es un cuerpo embalsamado vestido de dama de alta sociedad. Valeria grita de espanto.

—Valeria, por favor contrólese. Podemos llamar la atención y la policía nos puede incriminar. —La detective Robles intenta calmar a la joven, ya que ella sí está acostumbrada a las escenas con difuntos.

—¡Como quiere que me calme! Hay una mujer embalsamada. La vecina ha tenido razón. Lleva muerta un buen tiempo. ¡Esta persona debe ser su madre! ¡Debe ser Helena! ¿Entonces qué hace aquí Mariano?

—Por favor vayamos a otra habitación, tenemos poco tiempo. —Mientras que la detective sigue filmando.

Valeria todavía muy nerviosa busca la ventana desde la que se ve su propio patio y lo que descubre es perturbador: una habitación que tiene una gran biblioteca de libros de arte, en la mayoría de Alberto Giacometti y fotos del café de Gianfranco Ferri. Pero lo que más le aterra a Valeria es ver que la pared está cubierta por fotografías suyas. Ella en su casa, en su patio, tomando sol, duchándose, vestida, desnuda; ella en la calle, ella en el café, en el trabajo; ella durmiendo. La joven se lleva las manos a su cara y siente que es la protagonista de una historia de terror. Descubren que hay una cámara con teleobjetivo descansando sobre la mesa, y Valeria la toma y la usa para ver su propio balcón. Allí, en el balcón, en el centro, puede ver algo blanco; algo que no estaba cuando revisó la casa. Haciendo foco, logra ver lo que es el objeto: se trata de un pedazo de papel, con un ojo dibujado. Le pide a la detective Robles que mire por el teleobjetivo y, en efecto, nuevamente está ese fatídico ojo en el departamento. En ese momento, la detective Robles se tropieza y su teléfono inteligente cae

al suelo haciéndose mil pedazos. Lo recoge y está completamente roto. Entonces se dirige a Valeria:

—Valeria ¿trajo su teléfono?

—No lo traje.

—Debemos salir inmediatamente. No tenemos quién nos avise.

—¡No! Debo encontrar más pruebas.

—¿Le parece poco lo que vio?

—Quiero mirar la habitación que falta. Luego nos vamos.

Valeria abre el cuarto oscuro y, en la cuerda donde se cuelgan las fotografías, puede ver que se trata de su rostro y muchos acercamientos del ojo izquierdo.

Afuera del edificio, Gabelle Burt está desesperada; no ha podido comunicarse con la detective Robles para dar la señal de peligro. Llama al teléfono de Valeria, pero no hay respuesta. Mariano ya ha ingresado al edificio. La detective Ramírez intenta ingresar al edificio, pero es detenida por el conserje. La reconoce como la mujer del supuesto coche varado y amenaza con llamar a la policía. La detective Ramírez corre e ingresa al coche y le solicita a la detective Gabelle Burt que arranque de inmediato. Huyen del edificio bastante preocupadas, tratando de crear un nuevo plan. Solo se han alejado una cuadra del edificio. Gabelle pide refuerzos y solicita otro coche.

Entretanto, mientras Valeria y la detective Robles deciden irse del departamento, escuchan que en la cerradura introducen una llave. Ya es muy tarde para salir. Están atrapadas en el departamento del acosador psicópata. Las dos corren y se esconden en el cuarto donde está la madre fallecida y embalsamada de Mariano. No hay escapatoria. El acosador ha detectado que alguien ha entrado a su casa, hay pequeños trozos del teléfono en el suelo, el teleobjetivo está movido y la puerta del cuarto oscuro está abierta, cuando él siempre se asegura de que permanezca completamente cerrada para evitar que los rayos de luz alteren sus fotos. Se ríe, pues ya se ha da cuenta de que su maleta fotográfica está en el suelo e infiere que Valeria está allí. Escucha un pequeño ruido que proviene de la habitación de su madre fallecida. Mariano enloquece y grita:

—¡Valeria, debes salir! No te haré daño.

Las mujeres están escondidas en la habitación. La detective Robles alista su arma en caso de que Mariano se ponga violento. De repente, Mariano entra en la habitación y enciende la luz, con el rostro completamente cambiado: ahora tiene su verdadero rostro, el de la locura.

—¡Sorpresa! —Con tono irónico, Mariano avanza hacia las mujeres.

—¡Deténgase o disparo! —La detective Robles se interpone entre Valeria y Mariano.

—¡No creo que exponga a la correcta y perfecta señorita Valeria! —Nuevamente Mariano ironiza.

—¡Es en serio! ¡Retroceda! —Apuntando el arma más firme la detective está a punto de dispararle.

—¡No entiendo Mariano! ¿Por qué has montado todo este espectáculo? Intentando protegerme y... ¡eres tú el verdadero acosador! —Valeria se le enfrenta.

—¡Pero todo ha sido por tu bien!

—¿Por mi bien? ¿A qué te refieres?

—¡Porque te he observado desde hace años!

—¿Años?

—¡Sí! Desde que llegaste a este barrio. ¡Toda sola y desprotegida! ¡Pobrecita! Desde que te vi, decidí que serías mía. ¡Y lo logré! —Esas palabras toman sentido para Valeria. Es la visión que tuvo Miguel Ángel en el tarot. El adivino había dicho que se trataba de un hombre que utilizaba su físico y que conocía a Valeria hace años.

—¡Eres una persona malvada, de alma oscura! —Le grita Valeria.

—¿Ya no me quieres? ¿O ya no te sirvo?

Mariano avanza hacia Valeria, decidido a llevársela por la fuerza, y la detective Ramírez le dispara.

El acosador cae al suelo. Valeria abraza a la detective Robles y se disponen a huir. Pero Mariano ha simulado estar herido. Él toma la lámpara de la mesa de noche donde yace el cadáver de su madre y lo estrella contra la cabeza de la detective Robles. Esta cae al suelo, inconsciente. Valeria grita, pero Mariano logra alcanzarla y comienza a ahorcarla. La joven saca un cuchillo de su bolso e intenta herirlo, pero es inútil, él le gana en fuerza física. Empiezan a forcejear mientras él intenta taponarle la boca. Arrastrándola con él, va hacia un mueble de donde saca una tela para cubrir la boca de Valeria. Mariano rápidamente va por unos sedantes que están en la habitación de su madre e inyecta a la joven, durmiéndola. Mariano alza el cuerpo de Valeria y la lleva al departamento contiguo, que es de su propiedad. Se encierra allí, con ella, mientras amanece.

Mientras tanto, la detective Gatelle Burt no tiene ninguna noticia de la detective Robles ni de Valeria. Toma la decisión, en conjunto con la detective Ramírez, de llamar a la policía. En cuestión de pocos minutos ellos llegan. Suben al departamento y encuentran a la detective Robles en el suelo. La detective Gatelle Burt la lleva a urgencias pues está inconsciente. Uno de los policías que revisan el lugar se da cuenta del cadáver embalsamado sobre la cama. Buscan al acosador y a Valeria y no hay rastro de ellos. Declaran al departamento como zona de investigación policial. Gatelle Burt sabe que Mariano está en el edificio y no ha salido, pero hay tantos departamentos que tendrían que investigar uno por uno. Eso es imposible. Está preocupada por su cliente y por la salud de la detective herida. Igual está siendo atendida y el doctor asegura que, aunque inconsciente, está bien y que en cualquier momento despertará. Se lamenta que todo haya salido mal. No entiende que pasó y, mientras espera que la detective se recupere, la detective Burt toma las filmaciones realizadas por la detective Robles para analizar lo ocurrido. En ese momento, llega la detective Ramírez y le pregunta:

—¿Cómo está Robles? ¿Ya recuperó la conciencia?

—El doctor me dijo que en cualquier momento va a despertar y que sus heridas y contusiones están siendo atendidas. ¿Alguna novedad?

—Mariano no ha salido del edificio. O huyó camuflado en otro auto o sigue en el edificio.

—Él está ahí. Pero ese edificio antiguo parece una colmena. Hay infinidad de departamentos.

—Detective Gatelle, ¿usted ya reviso el material que recopiló la detective Robles?

—Me disponía hacerlo.

Juntas revisan el material. Claramente el video evidencia la falla en el plan. A la detective Robles se le rompió el teléfono y ese era su único medio de comunicación con el equipo detectivesco. Se dan cuenta de todo lo ocurrido: el cadáver embalsamado, los libros de arte de Giacometti, los cientos de fotos que Mariano le tomó a Valeria los últimos cinco años y al café de Gianfranco, varias fotografías de ojos izquierdos. También escuchan la conversación sostenida entre Valeria y Robles sobre el símbolo del ojo que reaparece en el balcón de su cliente. Analizan la defensa de la detective Robles para proteger a Valeria y, en la escena final, ven cómo Mariano finge estar herido para luego lastimar en la cabeza a la detective. Desde ahí no hay filmación de los hechos, solo el audio, ya que cuando lastima a la detective, la cámara de video cae con ella. En el audio se escucha forcejeos, apertura de cajones, sillas que se corren por el piso y, finalmente, un portazo. Luego el audio permanece en silencio, hasta que entra la policía. Gatelle Burt respira profundamente. ¿Cuál será el siguiente paso?

CAPÍTULO XXVII: Segunda oportunidad

Las detectives Burt y Ramírez continúan trabajando en el caso. Valeria, de manera correcta había realizado un pago adelantado. De todos modos y aunque Valeria no hubiera cancelado, igual hubieran proseguido hasta resolver el caso. No hay noticias de Valeria ni de Mariano. Han pasado tres días. Gabelle Burt teme lo peor. Sin embargo, está trabajando en conjunto con la policía para rescatar a Valeria. Ya se está hablando de un secuestro. Claramente, está descartada la sospecha contra Gianfranco Ferri. Así que la detective Gabelle Burt decide ir al café Giacometti para actualizar a Gianfranco sobre lo sucedido. Gianfranco la recibe amablemente y ella le solicita que hablen en privado.

—Señor Ferri. Me llamo Gabelle Burt. Soy detective privada y me contrató su mejor amiga, Valeria, para resolver unos casos.

—¿Casos?

—Sí. Sobre el tema de las intrusiones en su departamento y los mensajes de símbolos extraños de un ojo.

—Claro que lo recuerdo. Pero repentinamente Valeria me dejó de hablar, por lo tanto, desconozco que ha ocurrido en su vida.

—Señor Ferri, lamento informarle que Valeria está secuestrada.

—¿Secuestrada? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué le han hecho a la *bambina*? —Gianfranco se lleva las manos al corazón, sintiendo un dolor tan fuerte, como si le hubieran arrancado un pedazo.

—Lleva dos días desaparecida.

—¿Tiene idea de quien se la llevó?

—Su novio, Mariano Estévez.

—Pero, ¿por qué la secuestró? —Gianfranco no da crédito a lo que escucha.

—Ella quería saber quién la estaba acosando. Incluso pensó en usted y por eso se alejó.

—Ahora entiendo el cambio abrupto que tuvo conmigo.

—Luego le explicaré con más detalle, pero una de las razones por las que Valeria sospechó de usted es debido al nombre del café, “Giacometti”, pues recuerda al artista suizo que estaba obsesionado con la mirada o con los ojos. Y ese fue el principal símbolo del acoso.

—Pero no puede basar sus sospechas por gustos artísticos. Yo le comenté el porqué de mi admiración por este artista.

—No se sienta aludido, yo solo le explico las razones para que entienda que necesito que me ayude y esté atento hasta que Valeria aparezca.

—¿Acaso han descubierto quien es el acosador?

—Así es. Se trata del mismo Mariano Estévez.

—¡Lo sabía! Ese hombre cambió bastante conmigo desde que empezó a salir con Valeria y yo presentía algo malo sobre él. Mariano tenía una sutil mirada de locura, pero no quise decirle nada a Valeria por respeto a su nueva relación. Es una tristeza que una mujer tan dulce y tan correcta haya caído en las manos de un psicópata.

—Tengo otro problema delicado a comunicar. La madre de Valeria está el hospital San Gabriel. La encontraron en la calle y luego la derivaron a un refugio para personas en situación de riesgo. Allí enfermó y ahora está hospitalizada.

—¡No puede ser! ¡La madre de Valeria! ¿Por qué tanta mala noticia junta?

—Señor Ferri, esta información se la he proporcionado porque usted no está dentro de la lista de sospechosos. Debo confesar que sospeché de usted por varias razones, pero todas las he desechado. La principal sospecha que yo tenía es que usted es un talentoso artista y los trazos de los dibujos extraños tenían una técnica muy similar a la suya. Pero hemos descubierto que Mariano tenía muchas fotos de las obras que decoran su café e intentó

copiarlas con mucha exactitud. Además, principalmente, Valeria me pidió que le contara sobre esta situación a usted, en caso de que pasará algo desafortunado como efectivamente sucedió.

—Gracias por su sinceridad y por avisarme de los hechos, detective Gattelle. Le pido que cuando estén en operaciones de rescate, me llamen. Yo quiero participar si puedo ser de ayuda. Además, si se llegan a comunicar con Valeria, por favor dígame que yo me ocuparé de su madre.

—Señor Ferri, aquí están mis datos. Estaremos en contacto.

Gianfranco está bastante preocupado por Valeria. Se encierra en el baño y ora profundamente para que no le pase nada a ella. Luego, se dirige a la cocina donde habla con Germán, a quien le delega todo lo concerniente al café, pues no sabe cuándo regresará. Toma su abrigo y se va al hospital. Gianfranco pregunta por la señora Cecilia Gómez. Ha tenido suerte de que lo hayan dejado pasar, pues ha escuchado que en los hospitales públicos cambian los horarios de visitas a las personas hospitalizadas. La enfermera lo hace seguir.

—Señora Cecilia, buenas tardes.

—Buenas tardes. ¿Quién es usted? —La señora lo mira de una manera especial.

—Soy Gianfranco. Un amigo de su hija Valeria. —Él la observa con la misma energía que ella ha entregado.

—¡Valeria, mi hija! ¿Cómo está? —Gianfranco prefiere evitar la pregunta, ya que debe encontrar un momento más apropiado para darle la noticia.

—Señora, su hija me pidió que viniera a ver cómo sigue usted. —Gianfranco con un tono compasivo se dirige a la señora Cecilia, que hace que se desahogue.

—Estoy regular del cuerpo físico, pero muy mal en mi corazón y en mi alma. Me siento profundamente arrepentida por cómo he tratado a mi hija todos estos años. Estuve al borde de la muerte, ¿sabe? Yo he tenido problemas de alcoholismo. Debido a una gran borrachera, caí al pavimento. Me encontraron con hipotermia, porque justo aquel día fue el día más frío de invierno. —Gianfranco sabe que Cecilia divaga por los efectos de las medicinas, pero la deja continuar —. Unas personas bondadosas me recogieron y me llevaron a un refugio. Allí enfermé gravemente y me hospitalizaron. Tuve una gran infección pulmonar y renal. En este lugar viví una experiencia fuera de lo común. Estaba empeorando y al borde de la muerte. Vi un gran túnel, señor Gianfranco, sentí como el alma se desprendía de mi pecho. Pero un ser de energía me comunicó que debía seguir aquí en la tierra para una gran segunda oportunidad. Creo que usted es un enviado de esa energía hermosa, pues mis plegarias han sido escuchadas y ahora sé dónde está mi hija.

—Señora, yo le agradezco su confianza, pero...

La enfermera interrumpe la conversación, y solicita a Gianfranco que se retire. Cecilia le agradece el acto de bondad y le pide que su hija vaya a verla. El hombre le promete que mañana pasará a visitarla. Gianfranco no puede creer la historia de Cecilia, aunque la comprende mucho porque él también se ha entregado al alcohol. Ahora ya lo ha superado. Brota en su alma la necesidad de ayudarla para que la segunda oportunidad de la que ella habla sea dada. Se propone encontrar a Valeria y ayudar a su madre. Ese será su proyecto de vida de ahora en adelante, pero ¿conseguirá encontrar a Valeria con vida?

CAPÍTULO XXVIII: Caras idénticas

Las detectives Burt y Ramírez no logran dar con el paradero de Valeria. Han pasado varias semanas y temen lo peor. Mariano por su parte, no volvió a su departamento. Los equipos detectivescos han establecido una operación de vigilancia por los alrededores del edificio de Mariano y no hay nuevos datos que puedan ayudar a avanzar en el tema. Mariano se ha escabullido de una manera impecable llevándose a Valeria. Interrogan al conserje y dice que no lo ha visto ni entrar ni salir. Por otro lado, ambas regresan a la oficina. La detective Burt sostiene una gran conversación con la detective Ramírez sobre los últimos reportes recogidos en el hospital psiquiátrico durante las últimas semanas:

—Detective Ramírez, tengo nuevos datos sobre la vida de Mariano Estévez.

—¿Qué ha descubierto detective Burt?

—Encontré información en el expediente psiquiátrico de Mariano Estévez. También he encontrado otra buena fuente de investigación espeluznante en el cementerio central. Lo resumiré así: Mariano estuvo varias veces hospitalizado por trastornos psicóticos desde sus ocho años de edad. Fue internado regularmente por una mujer de alta sociedad llamada Helena de Estévez, su madre. Esta mujer tuvo gran influencia en la ciudad y en el país como crítica de arte. También fue poseedora de varias galerías de arte. Madre e hijo tuvieron una relación de amor y odio, sumisión y rebeldía. Es claro que la señora Helena influyó desde pequeño en Mariano. Lo introdujo en el mundo de las bellas artes obligándolo a seguir sus pasos. Lo inscribió en varias escuelas de arte, donde fue rechazado sistemáticamente por no tener el don artístico del dibujo. Entonces decidió estudiar fotografía para complacer a su madre. La señora Estévez criticó fuertemente el estilo fotográfico de Mariano, al punto que él desertó de sus estudios. Viajó a Europa para desintoxicarse de la relación tan fuerte que tenía con su madre. Llegó a Paris donde descubrió ciertas inclinaciones filosóficas. Se obsesionó con los manifiestos del existencialismo que aboga Jean Paul Sartre.

—¿Qué dicen esos tales manifiestos?

—El existencialismo demanda una forma de recuperar la libertad, por medio de la propia responsabilidad inherente al ser humano. Mariano se obsesionó a tal punto que no hablaba más que de libertad. Una libertad que había sido aplastada por las demandas y exigencias de su madre. Y convirtió aquella “responsabilidad propia del ser humano” interpretándolo como una venganza lenta y fría. La responsabilidad de vengar la humillación de su libertad.

—Detective Burt, ¿cómo sabe esto último?

—Es la conclusión a la que llegó su terapeuta en el último reporte psiquiátrico de hace cinco años.

—Tengo otra pregunta: ¿cómo es que el cuerpo de la señora Helena todavía estaba en la habitación?

—De acuerdo al análisis del cadáver de la señora Helena murió por envenenamiento. Presuntamente este hecho se le puede atribuir a Mariano Estévez. Mariano se encargó del funeral y comentó que su madre murió súbitamente. Todo el mundo le creyó pues era una mujer relativamente mayor y no se realizó ninguna autopsia. Luego del funeral, Mariano pagó para que exhumaran el cuerpo de su madre y se lo llevo a casa. Todo fuera de la ley, pero quienes debían notificarlo a las autoridades simplemente callaron.

—¡Increíble! Este hombre está enfermo.

—¿Pero por qué se ensañó con Valeria?

—No va a creer lo que le voy a contar. Afortunadamente Valeria me dijo el nombre de su padre. Él se llama Juan Pedro Sanmartín, quien es primo hermano de la señora Helena de Estévez. Si observas la foto de la señora Helena y la foto de Valeria te darás cuenta de que son casi idénticas.

—¡Es cierto, son como dos gotas de agua! Mariano sublimó el amor y odio en Valeria.

—Exactamente. Se ha vengado de manera psicológica. Temo que ahora se vengue de Valeria con torturas físicas hasta llegar a la muerte.

—¿Y a qué se debe ese fatídico ojo?

—Sabemos bien que Mariano es voyerista. Es decir, una persona que disfruta contemplando actitudes íntimas. Creo que por ahí podremos relacionar su obsesión con ese símbolo del ojo. De acuerdo a la última grabación que la detective Robles realizó en el día del secuestro, Mariano confiesa a Valeria que la ha seguido los últimos cinco años desde que ella llegó al barrio. Por lo tanto, él ya estaba al tanto de la amistad profunda con Gianfranco. Simulaba ser un cliente más del café para poder estar cerca de Valeria. Como Mariano sabe de historia del arte, él ya estaba enterado de la vida artística de Giacometti, aquel artista que decía que estaba obsesionado con los ojos, pero claramente bajo la lupa conceptual, no bajo la lupa psicótica a la que recurre Mariano. Entonces, utilizó con mayor razón este símbolo para implicar a Gianfranco y ponerlo en contra de Valeria.

—¡La felicito Detective Burt! Creo que hemos dado con los motivos de Mariano Estévez para cometer todos estos delitos.

—¡No podemos cantar victoria! Solo cuando aparezca Valeria y Mariano esté en la cárcel nos podremos felicitar. Pasemos a otro tema. ¿Qué ha sabido de Julián, el mejor amigo de Mariano?

—También está desaparecido. Lo más probable es que esté con Mariano ayudando a que el secuestro prosiga. Pero ya pudimos infiltrarnos en la discoteca clandestina. Ellos allí se divertían a cualquier hora. Es un lugar donde respetan a Mariano, porque es un cliente que da mucho dinero. También nos hemos enterado de que Julián trabaja para él. Fuimos a su departamento y solo tiene fotos de él con Mariano. Esta historia parece una cadena de obsesiones. Nuestros refuerzos ya están enterados para que en terminales aéreas y de transportes sean detenidos a la brevedad si ellos intentan escapar.

CAPÍTULO XXIX: Balde de agua helada

Tal como lo ha prometido Gianfranco, va a visitar a Cecilia, la madre de Valeria. Lo hacen esperar un par de horas, porque han dicho que están realizando una limpieza sanitaria. Finalmente lo hacen pasar y la ve organizando un pequeño bolso.

—Señora Cecilia, buenas tardes.

—¿Gianfranco me dijo que se llamaba?

—Sí. ¿Cómo está?

—Estoy bien.

—¿Pero por qué empaca la maleta? ¿Le dieron de alta?

—Sí. Me han dicho que estoy recuperada. Estoy regular, pero puedo caminar que es lo importante. ¿Y mi hija?

—¿Podríamos hablar de ella afuera?

—¿Le pasó algo?

—Permítame ayudarla con su bolso. La invito a cenar a mi café para que podamos conversar.

Gianfranco invita a la señora Cecilia a que se suba en el viejo coche. Él pone la pequeña maleta en el baúl. Conduce con mucho cuidado ya que la madre de Valeria está todavía delicada. Ella está asombrada de la caballerosidad de Gianfranco. Lo mira y le parece un hombre dulce. Llegan al café Giacometti y ella se percata del nombre artístico del café.

—¿Le gusta Giacometti?

—Mucho.

—Ayer justo leí en el periódico que sus obras se subastan en Christie's.

—No sabía; supongo que es un precio inimaginable.

—Exacto.

El hombre maduro, le enseña el café.

—¡Qué lindo café!

—Por favor, señora Cecilia. Tome asiento.

—No me diga señora. Dígame simplemente Cecilia.

—De acuerdo. Cecilia. Ya le traigo su almuerzo.

El hombre italiano llama a Germán y solicita que la cena sea servida de inmediato. Cecilia se avergüenza de estar en aquel lugar porque algunos clientes son ejecutivos. Mira su ropa y trata de organizarla. Traen un delicioso almuerzo, y ella lo come con timidez. Gianfranco la alienta para que se sienta en confianza. Cuando termina, Cecilia pregunta por su hija:

—¿Dónde está Valeria? ¿Está trabajando?

—Cecilia, me temo que debo darle tristes noticias.

—¿Está muerta?

—No diga eso ni en broma. Pero estaba buscando el momento para decirle que su hija ha desaparecido.

—¿Cómo? ¿Por qué me dice esto hasta ahora?

—No es fácil decirlo. Le pido que se ponga en mi posición. Yo también me acabo de enterar hace poco.

—¿Por qué está desaparecida mi hija? ¿Cuándo fue la última vez que la vieron? — Cecilia llora profusamente.

—Desafortunadamente, cayó en una mala relación sentimental. Él se la ha llevado a la fuerza sin dar ninguna explicación ni dejar rastro.

—¿Qué voy hacer? ¿A quién debo acudir?

—Lo único que le pido es que se calme. A Valeria la secuestraron; perdón... está desaparecida.

—Gianfranco, ¡por Dios! ¿Secuestrada o desaparecida? ¡Hay una gran diferencia! —vuelve a llorar la madre de Valeria.

—No quisiera excusarme por las fallas lingüísticas, sé que mi español no es muy bueno y a veces hablo muy mal e incluso completo las frases de lengua española con palabras italianas. —responde de manera nerviosa Gianfranco tratando de evadir la pregunta.

—¡Responda, por favor, sabe de lo que le hablo!

—Está secuestrada.

—¿La policía la está buscando?

—Sí, Cecilia. Incluso un equipo de detectives está investigando rigurosamente para dar con el paradero de Valeria, pero le pido por favor que se calme.

—¿Mis padres saben de esto?

—Hasta donde yo sé, no. Es difícil de asimilar, pero la detective Gattelle Burt se ha comprometido de entregarme un reporte. Le he solicitado que el día del rescate me llame para que yo pueda colaborar.

—¡Secuestrada por su novio! Creo que estoy recibiendo mi castigo por descuidar y menospreciar a mi hija. No basta con mi arrepentimiento.

—No se flagele más, Cecilia. Ahora no nos queda más que esperar.

—No puedo creer que yo reciba esta noticia tan trágica, justo cuando he decidido cambiar para recuperar a mi hija.

—Cecilia, ¡no se victimice más! ¡Si la vida le puso esta lección tan grande es porque tiene que luchar por su hija con el doble o incluso con el triple de esfuerzo! —La mujer recibe la reflexión de Gianfranco como un balde de agua helada.

—Tiene razón, Gianfranco. Si tiene una noticia le suplico que me llame.

—¿A dónde va tan tarde?

—Me voy al refugio.

—No puedo permitir esto. Le pido que se quede aquí, en el café.

—No quisiera molestarlo más.

—Hágame caso. Venga conmigo, debe descansar.

Gianfranco llama a Germán y le solicita que instale a la señora Cecilia en su habitación del segundo piso. También le pide que organice la pequeña recámara al lado de la bodega, para que Gianfranco pueda dormir allí.

—Muchas gracias, Gianfranco. Esto será temporal. —le dice Cecilia, quien muestra signos de un evidente cansancio.

—No se preocupe. Hoy concéntrese en descansar. Mañana vendrán nuevas soluciones. Hasta mañana.

El joven Germán organiza la habitación y el baño para la señora Cecilia. Baja los artículos personales de su jefe y los acomoda en la habitación al lado de la bodega. Gianfranco porque ha logrado convencer a Cecilia de que pase la noche en su casa y se le ha ocurrido un plan para ayudarla a recuperar la confianza de Valeria.

Al otro día, Cecilia se levanta temprano y Gianfranco le comunica lo que está convencido será una buena noticia para la mujer:

—Cecilia, ¿quieres trabajar conmigo en el café?

—¿De verdad, Gianfranco? ¿Confía en mí al punto de ofrecerme esta solución? Usted no me conoce. He cometido muchos errores en mi vida.

—Conozco a la nueva mujer que me contó con sinceridad que la vida le ha dado una segunda oportunidad. Y para una segunda oportunidad se empieza con la confianza. Confío en ti, Cecilia. Y tú, confía en ti misma, por ti y por la recuperación de la confianza de tu hija.

Cecilia abraza a Gianfranco. No puede creer que comience realmente su segunda oportunidad en la vida.

CAPÍTULO XXX: Esclavo sin voluntad

Han pasado exactamente cuatro semanas de la desaparición de Valeria. La policía y la detective Burt trabajan arduamente para que el rescate sea prontamente organizado. Entretanto, Mariano ha estado escondido en una cabaña de propiedad de su familia, justamente cerca del lago donde Valeria solía realizar actividades con el acompañamiento de su compañera de trabajo, Mónica. Mariano le ha pagado a Julián para que él se encargue de llevar los alimentos y agua. Hasta ahora, nadie se ha dado cuenta de lo que estos dos se traen entre manos.

—Aquí tienes lo que me has pedido.

—¿Te has cerciorado que no te han venido siguiendo?

—No creo que sigan a un pobre hombre que cabalga. —Los dos hombres ríen del supuesto chiste que acaba de realizar Julián. Y es que, para evitar sospechas, llega a la cabaña en caballo.

—¿Trajiste la gasolina?

—Sí. Ya el tanque de la lancha está lleno. ¿Piensas pasear con tu novia?

—En cuanto acepte que seremos pareja y vuelva todo a la normalidad, la llevaré de paseo.

Valeria en aquel momento escucha lo que dicen y trata de hablar, pero no puede porque está sedada. Así ha estado las últimas cuatro semanas, en las que Mariano se ha dedicado a drogarla, pues piensa que puede borrar los malos momentos que han pasado. Julián se queda mirando a Valeria, quien con la mirada le pide ayuda. No puede sostenerle la mirada. Al final, Julián ha logrado empatizar con la joven y, aunque él ha sido compañero de aventuras de Mariano durante muchos años, piensa que esto ha llegado al límite. La mirada de Valeria ha logrado que tenga un gran peso en su conciencia, del que quiere liberarse y cuanto antes mejor. Trata de convencerlo y se dirige a Mariano.

—Oye, ¿por qué no sueltas a la muchacha? Ya es suficiente.

—¿Qué me estás diciendo? ¡Repítelo!

—¡No sedes más a Valeria, puede fallecer de un paro cardíaco!

—¿Estás intentando convencerme después de que te he pagado todo el dinero que me has pedido para que me ayudes a esconderla en la cabaña?

—Bueno, viejo, ¡cálmate!

—¡Entonces trae el dinero y la suelto!

—¿Sabes qué? Me aburrí de ser tu mensajero. ¡Ya me cansé!

—Hay una fuerte dependencia entre los dos. Yo te necesito y tú me necesitas.

—De verdad, Mariano, ¡no sé qué estás jugando, pero me estás asustando! Llevas cuatro semanas dopando a esta pobre chica. ¡Para ya!

—No seas estúpido Julián. No voy a parar hasta que ella me diga que ya todo está olvidado.

—¡Es imposible! Creo que ni te reconoce. Haz llegado al límite.

—Si me abandonas te destruiré en todo aspecto de tu vida. Empezaré por la parte económica. Si me dejas, quedarás en la calle. Son años que dependes de mí.

—¿Sabes qué, Mariano? No me importa, ¡Suelta a la chica!

—No te metas en mis asuntos sentimentales. ¡Jamás me metí en los tuyos! —Mariano toma una botella y amenaza con romperla en su cabeza.

—Cálmate, ¡pareces un loco!

—Enloquezco porque huelo la traición.

—No te traicionaré, tranquilo.

—Claro, no es llegar y encontrar un Mariano que te ayude en todo lo que pides materialmente. Pensándolo bien, ya no dependeré de ti. Buscaré a alguien más inteligente que tú.

—¡Tranquilo viejo! Haz lo que quieras con tu novia. Creo que me retiro.

Cuando Julián da la vuelta, Mariano le rompe la botella en la cabeza. Cae hacia adelante. Solo pierde la consciencia unos segundos y, al despertarse, Julián permanece en el suelo. Se toca la cabeza y está sangrando. Después de tantos años de compartir aventuras locas, no lo había visto en una fase tan psicótica. Ha actuado como un loco. Mira a Valeria y la observa débil. Tiene miedo de que muera y observa que las manos de Mariano sudan profusamente limpiándose las con mucha rabia. Julián yace en el suelo. Sigue simulando que está inconsciente. Recuerda las palabras hirientes de Mariano. Nunca lo había humillado de esa manera. Reconoce que ha vivido a expensas de él, trayéndole lo que él pide desde lo lícito hasta lo ilícito. Esta pelea lo ha despertado reconociendo que está hastiado de los servicios. Es hora de liberarse de Mariano. Espera que gire y dar fin a las reverencias. Valeria, en ese momento mira a Julián. Él le hace una señal con la mano para que espere. Mariano termina de secarse las manos y abre un compartimiento donde hay un rifle. En ese justo momento, cuando Mariano está de espaldas, Julián le propina una patada por la espalda. Cae Mariano al suelo y mira a Valeria, a quien Julián intenta desamarrar. Mariano lo insulta porque no puede levantarse del dolor y Julián promete a la chica que vendrá por ayuda, rompe la ventana y huye cabalgando. Mariano se levanta y se percata de la dirección por donde huye Julián. Toma el rifle. Tiene un pequeño visor que apunta a la cabeza y dispara. Julián cae del caballo. Y el caballo frena. Mariano empieza a correr para atrapar a Julián, pero el joven herido se da cuenta de que el disparo solo le ha alcanzado el brazo. Toma nuevamente el caballo y logra huir. Esta vez, Mariano no tiene buena puntería y regresa a la cabaña para desquitarse con Valeria.

—Te he dicho, Helena, que todo es por tu culpa.

—No soy He-le-na. —Valeria apenas puede pronunciar.

—Eres como mi madre. Son como dos gotas de agua, Valeria. Te odio y te amo a la vez.

—Cal-ma.

—¿Me pides calma? No seas ridícula. Dime que me amas y te liberaré.

Valeria baja la cabeza. Ella solo quiere morir. Ha llegado al límite de las desgracias. Rememora la expresión facial de redención de Julián. Puede que él cumpla su palabra, pues ha prometido ayudarlo. Siente que, en medio de los peores momentos, todavía se puede creer en la humanidad. Desde que Mariano la secuestró, ella se refugia en su mente. Su cuerpo físico solo ha recibido inyecciones de dopaje. Mariano vuelve a hablarle otra vez.

—¿En quién piensas ahora? ¿En Julián?

La joven tiene miedo, no sabe si Mariano ha leído sus pensamientos o ha dicho todo lo que pensaba.

—¿Sabes Valeria? No me preocuparé por Julián. Siempre fue un cobarde. Por eso lo elegí, porque es como un esclavo sin voluntad. Tendré que eliminarlo. Creo que es hora de descansar. Pero antes, haré un par de llamadas para que vigilen nuestra cabaña.

Mariano llama a un par de sujetos que viven a la altura de la entrada de la laguna. Se han comprometido con Mariano a avisarle si ven algo extraño, como coches policiales o lanchas que vayan a dirección hacia su cabaña. Toma a Valeria y la acomoda en la cama, diciéndole:

—Descansa amor. Conmigo nada te va a pasar. Hasta mañana.

Valeria no responde. Ahora está desmayada porque Mariano le ha inyectado otra dosis. La cubre con una manta y se queda dormido al lado de ella.

CAPÍTULO XXXI: Vivir una vida menos ordenada

Es de madrugada y la detective Ramírez todavía trabaja. Debe entregar un informe a un hombre que tiene un alto cargo financiero, quien solicitó sus servicios para descubrir la infidelidad de su esposa. Le parece ridículo el caso, comparado con lo que está sufriendo Valeria. Sin embargo, no quiere juzgar al hombre de banco porque, cuando se reunió con ella, estaba sufriendo bastante considerando que él había sido fiel toda la vida. De repente, suena su teléfono.

—Detective Ramírez, habla Burt.

—¿Qué sucede?

—Buenas noticias. Julián se entregó y confesó el paradero de Valeria.

—¡Excelente noticia! ¿Cuál es el paso a seguir?

—Mañana por la mañana, vamos a rescatarla.

—¿A qué hora?

—Ocho de la mañana. Es la hora que suele levantarse Mariano.

—No debemos fallar. Es la gran oportunidad para cerrar este caso y que Valeria salga con vida.

—¡Qué bueno que esté con vida!

—El operativo de rescate puede complicarse porque Mariano ha dopado a Valeria durante las últimas cuatro semanas.

—Detective Burt, prefiero que esté dopada antes que herida o muerta.

—Así es. Pasaremos por usted a las seis de la mañana. Descanse.

Gatelle Burt, con su sentido de la responsabilidad y de la ética, recuerda a Gianfranco porque le ha prometido un avance informativo. Entonces, lo llama a pesar de la hora:

—Señor Ferri. Disculpe que lo llame de madrugada.

—No hay problema. ¿Encontraron a Valeria?

—Tenemos datos que nos pueden acercar a ella. Lo actualizo. Lo que ocurrió fue extraordinario. Julián, el mejor amigo de Mariano, ha confesado su participación en el secuestro de Valeria. Lo han formalizado como cómplice, pero se reducirán las penas de robo del consultorio y secuestro si colabora con la captura a Mariano. Él ha accedido a cooperar con la policía en todo lo que le solicitan.

—Entonces, ¿a qué hora me presento y en dónde?

—No se preocupe. Una furgoneta lo recogerá a usted y otros detectives. La policía está enterada y lanchas especializadas están preparadas.

—¿Lanchas?

—Valeria se encuentra en una cabaña en un lugar lacustre.

—De acuerdo. Nos vemos en pocas horas.

—Descanse todo lo que pueda. Hasta pronto.

Una mezcla de felicidad y angustia se apodera de Gianfranco. Debe avisar a Cecilia de las últimas novedades. Sube al segundo piso y le cuenta lo que se ha descubierto.

—Voy a ir con ustedes. —le dice Cecilia muy decidida. Aún está reponiéndose de su enfermedad, pero por su hija es capaz de todo.

—Cecilia, no podrá ir. Es un operativo policial y de seguro la detective Burt ha tenido que mover sus influencias para permitir que yo les acompañe. Usted deberá permanecer aquí en el café y se hará cargo de lo que le pedí. ¿De acuerdo?

—Estaré preocupada. ¡Déjeme ir con usted!

—Por favor, debe entender que este operativo es sumamente peligroso. Le pido prudencia ya que no debe exponerse; aún está usted convaleciente y debe cuidar su salud física.

—De acuerdo, Gianfranco.

—En caso de que yo no pueda comunicarme, lo hará la detective Gattelle Burt.

Cecilia permanece en silencio y prefiere confiar en las palabras de Gianfranco. El reloj marca las seis de la mañana. La furgoneta ya ha recogido a las detectives Burt y Ramírez, a Gianfranco y otros agentes especiales que cubrirán el operativo de rescate. Se dirigen a la cabaña donde Valeria está secuestrada y divisan el lugar del secuestro. Mariano se despierta con el ruido de la furgoneta y una sirena policial, y no da crédito a la ineficiencia de los vigilantes que había contratado en la entrada de la laguna. Toma su maleta, el rifle y lleva cargada a Valeria en sus espaldas. Emite una gran queja de dolor por la patada que le propinó Julián. Igual, Mariano tiene buena musculatura y pone Valeria inconsciente en la lancha que le había preparado Julián, antes de la pelea. Enciende la lancha y emprende la huida. Unos segundos después, en una embarcación policial se suben las detectives Burt, Ramírez y Gianfranco. Conduce un agente preparado para la persecución. Están a punto de alcanzarlos. Cuando la lancha policial se acerca a la de Mariano, Gianfranco de una manera arriesgada se abalanza sobre ella y Mariano, quien se mantiene aferrado al timón, gira su cabeza, y su reacción es reír como un loco. Suelta el timón y empieza a luchar con Gianfranco. La lancha está sin control. Entonces, la detective Burt salta a la embarcación y toma el control para evitar el accidente. Los dos hombres siguen luchando, mientras Valeria continúa inconsciente, tirada en el piso de la lancha. Mariano, de repente, saca un cuchillo y trata de clavárselo a Gianfranco a la altura del corazón, quien cae herido. La detective Burt conduce la lancha y se da cuenta de que la lucha ha sido ganada por Mariano. Este, a su vez, alza los brazos para atribuirse la victoria e intenta asesinar a Valeria con el mismo cuchillo que atacó a Gianfranco, pero la detective Ramírez salta a la lancha dándole un potente golpe en la cabeza que lo desmaya.

Ha finalizado la persecución y tanto Valeria como Gianfranco son derivados de urgencia al hospital. En cuanto Mariano despierta, se percata que está esposado y rodeado por oficiales de policía. Termina en un psiquiátrico de máxima seguridad y su condena se amplía, ya que los policías descubren que contaba con casos de acoso anteriores a otras chicas. No volverá ver a nadie porque está privado de la libertad. Ha perdido completamente la razón.

Todo vuelve a la normalidad. Valeria se recupera gracias a los cuidados de su madre, Cecilia, con quien se ha reconciliado. Un profundo agradecimiento siente por todas las personas que han hecho que ella vuelva a creer en la humanidad: en primer lugar, agradece a Gianfranco quien se recupera del golpe con el cuchillo que le propinó Mariano; afortunadamente el golpe fue amortiguado por un chaleco antibalas proporcionado por la policía. Ahora, el hombre italiano solo envía besos al cielo, porque su esposa e hijo protegieron su corazón, mensaje revelado en aquel sueño de hace unos meses. Valeria también agradece profundamente a las detectives Burt, Ramírez y Robles, quienes se comprometieron a velar por su vida y resolvieron el caso. Después de esta dura lección de vida, Valeria se ha prometido no ser tan estructurada como antes y dejar de ser presa del reloj, del calendario, del orden y sus normas... Ahora es una joven normal, que ha aprendido a vivir una vida menos ordenada, porque sabe que no desea que nadie, ni siquiera ella misma, vuelva a tener control sobre su vida.

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado de esta colección de mis novelas. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia. Para dejar un comentario en Amazon, por favor has click [AQUÍ](#)

Conéctate con Raúl Garbantes

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor encuéntrame en:

Facebook: <https://facebook.com/autorraulgarbantes>

Twitter: <https://twitter.com/raulgarbantes>

Mis mejores deseos,

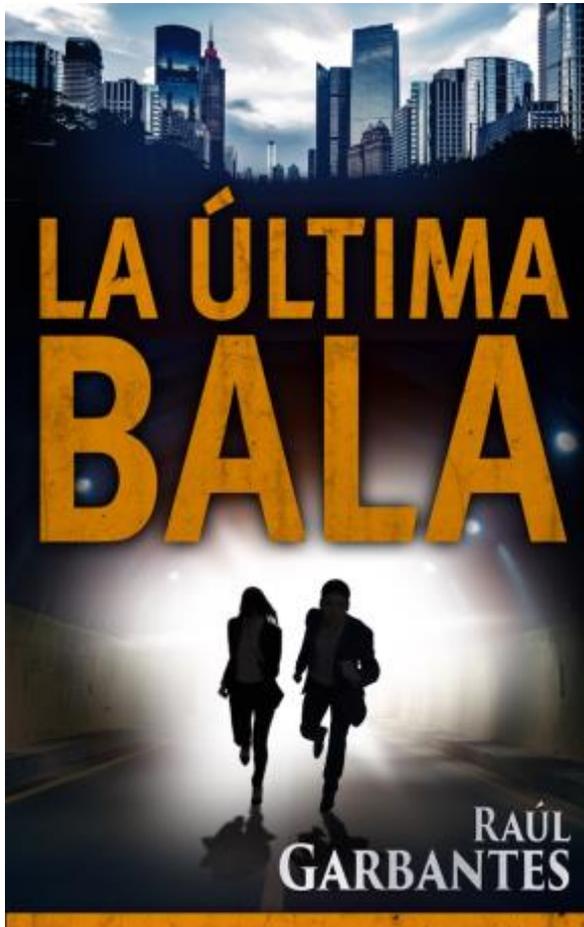
Raúl Garbantes

Autor

<https://amazon.com/author/raulgarbantes>

Otras obras del autor

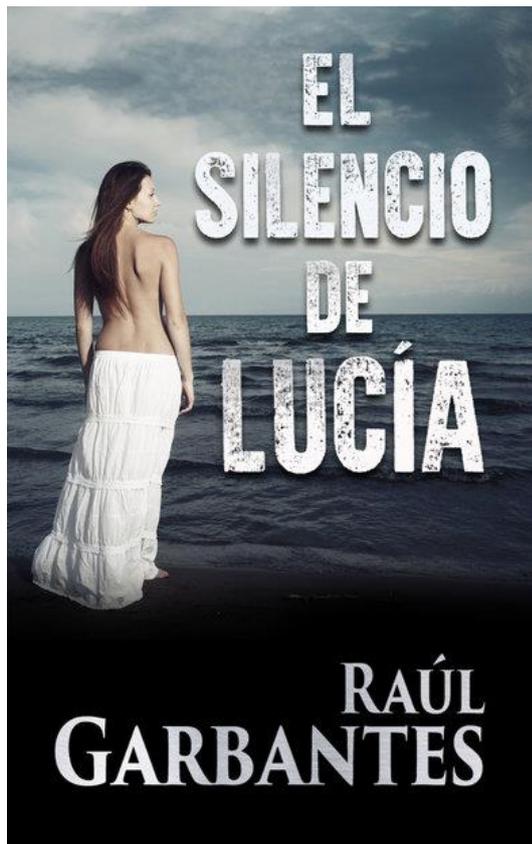
La Última Bala:



El detective Olivert Crane siempre ha sido de los mejores en su trabajo, en las peligrosas calles de la ciudad de Seattle siempre ha sabido valerse por sí mismo mientras sigue buscando respuestas sobre la muerte de su padre. Con la repentina aparición de diferentes casos enlazados por un peligroso criminal y con una larga lista de sospechosos él tendrá que averiguar en quién puede confiar de verdad.

Disponible en Amazon: <https://www.amazon.com/dp/B0190K3FWU/>

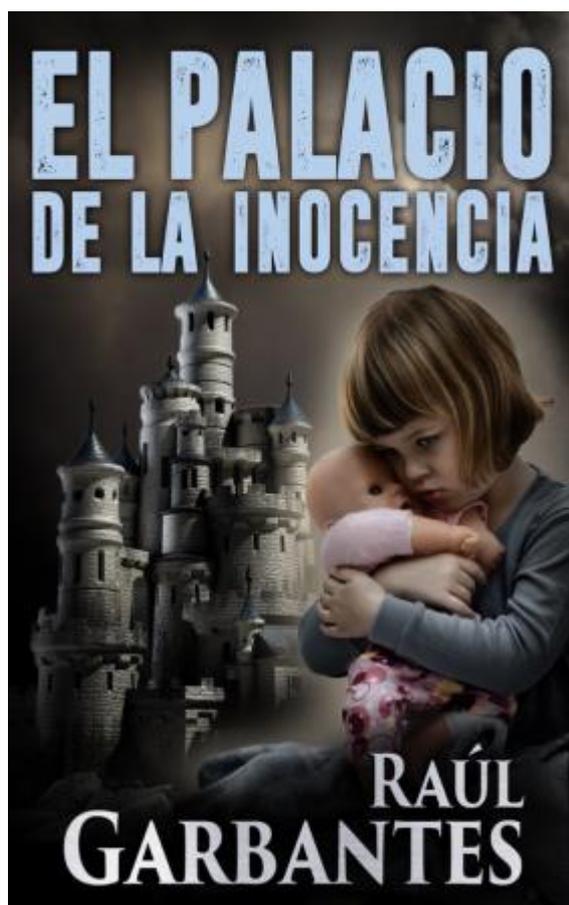
El Silencio de Lucía:



Después de pasados varios años, Lucía vuelve a la isla que la vio nacer y crecer. Su regreso transcurre entre recuerdos, reflexiones, un corazón roto y muchas preguntas. Lo único que se hace evidente, es la incertidumbre que envuelve cada cosa que piensa. Durante toda su vida, ha tenido que aprender a vivir con una sensibilidad extraordinaria que, de cierta manera, la ha unido de manera especial a sus prójimos, pero a la vez, la separa de todos. De casi todos. Ahora, un fracaso amoroso la obliga a replantearse su vida entera, debatiéndose entre la esperanza y el desengaño: tras una fuerte discusión, dejó el apartamento que compartía con el amor de su vida, Darío, frustrada por el aparente enfriamiento de su relación. Sin embargo, poco se imagina lo que le depara el destino en este regreso a la isla, que la enfrentará con viejos demonios y probará su misma humanidad.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01DI4MQOC/>

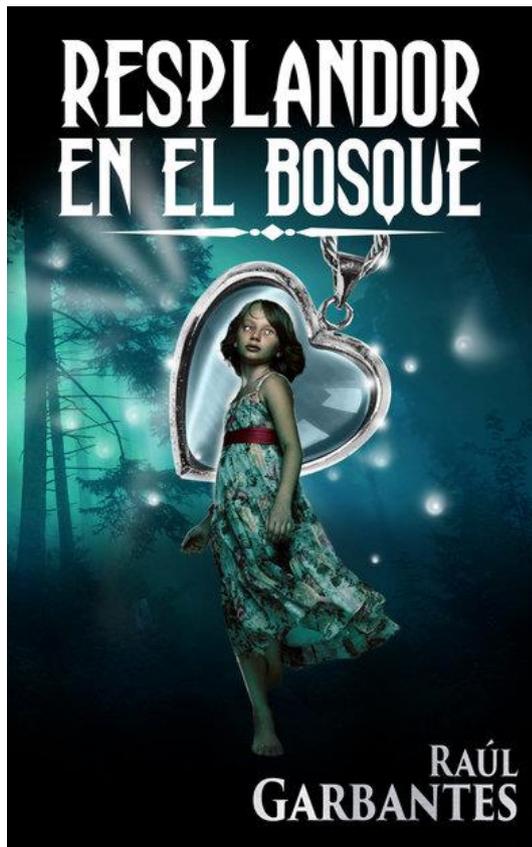
El Palacio de la Inocencia



La inocencia es una virtud frágil para quienes están obligados a crecer demasiado pronto. Pero hay juegos que no pueden abandonarse y deben ser jugados hasta el final. En medio de una noche llena de pesadillas, Diana, una maestra de educación infantil, se ve obligada a atender una llamada con un anuncio que cambiará su presente por completo: su hermana, Bárbara, y su pequeño sobrino, Leo, han sido brutalmente asesinados, mientras que Mina, su sobrina de cinco años, fue secuestrada sin dejar rastro. La tragedia y la incertidumbre serán una constante a partir de ese momento en la vida de Diana, quien intentará localizar a su sobrina con la ayuda de Justo, el jefe del departamento de homicidios. La policía encuentra pocas pistas sobre quién podría ser el culpable y la misteriosa vida que llevaba su hermana aporta pocas respuestas para resolver el caso. Pero un día, Diana recibe mensajes cifrados con acertijos por parte de un hombre que se hace llamar el “guardián de los juegos”. ¿Quién será este mensajero anónimo y por qué está relacionado con su familia? En una carrera desesperada contra el tiempo, Diana debe descifrar los enigmas de este psicópata para poder rescatar a Mina. Acompáñala a resolverlos.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01GRY9ST6/>

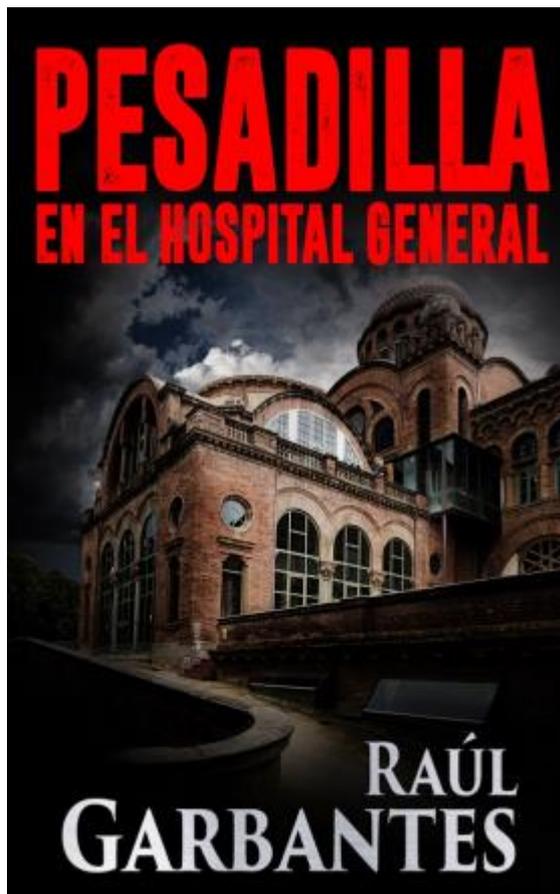
Resplandor en el Bosque



La pequeña Sarah va en el auto junto a su padre de regreso a casa. Pasan por el bosque en el que su madre desapareció hace cinco años y la niña se siente atemorizada. Después de cruzarse en el camino con un venado, se accidentan en el auto y, en el trájín, la pequeña cae por el abismo que da al bosque. Cuando abre los ojos se da cuenta de que se encuentra metida en una de sus peores pesadillas, está perdida en el mismo bosque en el que perdió a su madre.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01GAGU9UI/>

Pesadilla en el Hospital General



Tres personas se enfrentan al crimen organizado de la capital. La aparición de un paciente sin identificación en la sala de emergencias del Hospital General, desencadenará una serie de eventos misteriosos e intimidantes que obligarán a Julián Torres, Alejandra Villalobos y Willy Baralt, a desentrañar los hilos y urdimbres que unen la red de ilegalidad de la ciudad. El lector que recorra estas páginas se conmoverá con las historias de los personajes, la trama escalofriante en la que se ven envueltos y no despegará los ojos hasta el final, para saber si serán capaces o no de enfrentarse a los corruptos y criminales de la capital.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01FZO75H6/>

Colección Completa de Misterio y Suspense



La colección completa con todas mis novelas de misterio y suspense.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01MU6ZEBS/>